

LA HISTORIA SECRETA DEL MUNDO

Planeta

Índice

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

FRONTISPICIO

INTRODUCCIÓN

1. EN EL PRINCIPIO

2. UN CORTO PASEO POR LOS BOSQUES DE LA ANTIGÜEDAD

3. EL JARDÍN DEL EDÉN

4. LUCIFER, LA LUZ DEL MUNDO

5. LOS DIOSES QUE AMARON A MUJERES

6. EL ASES INATO DEL REY VERDE

7. LA ERA DE LOS SEMIDIOSES Y LOS HÉROES

8. LA ESFINGE Y EL INICIO DE LOS TIEMPOS

9. EL ALEJANDRO MAGNO DEL NEOLÍTICO

10. EL VÍA CRUCI S DEL MAGO

11. EL ESFUERZO POR LLEGAR A ENTENDER Y DOMINAR LA MATERIA

12. EL DESCENSO A LA OSCURIDAD

13. LA RAZÓN (Y CÓMO PONERSE A SU ALTURA)

14. LOS MI STERIOS DE GRECIA Y ROMA

15. EL REGRESO DEL DIOS SOL

16. LA TIRANÍA DE LOS PADRES

17. LA ERA DEL I SLAM

18. EL SABIO DEMONIO DE LOS TEMPLARIOS

19. LOCOS DE AMOR

20. EL VERDE TRAS LOS MUNDOS

21. LA ERA ROSACRUZ

22. EL CATOLICI SMO OCULTO

23. LAS RAÍCES OCULTAS DE LA CIENCIA

24. LA ERA DE LA MASONERÍA

25. LA REVOLUCIÓN MÍ STICO- SEXUAL

26. LOS ILLUMINATI Y EL AUGE DE LA IRRACIONALIDAD

27. LA MUERTE MÍ STICA DE LA HUMANIDAD

28. MIÉRCOLES , JUEVES Y VIERNES

AGRADECIMIENTOS

NOTA SOBRE LAS FUENTES Y LA BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

AGRADECIMIENTOS POR LAS ILUSTRACIONES

CRÉDITOS

SINOPSIS

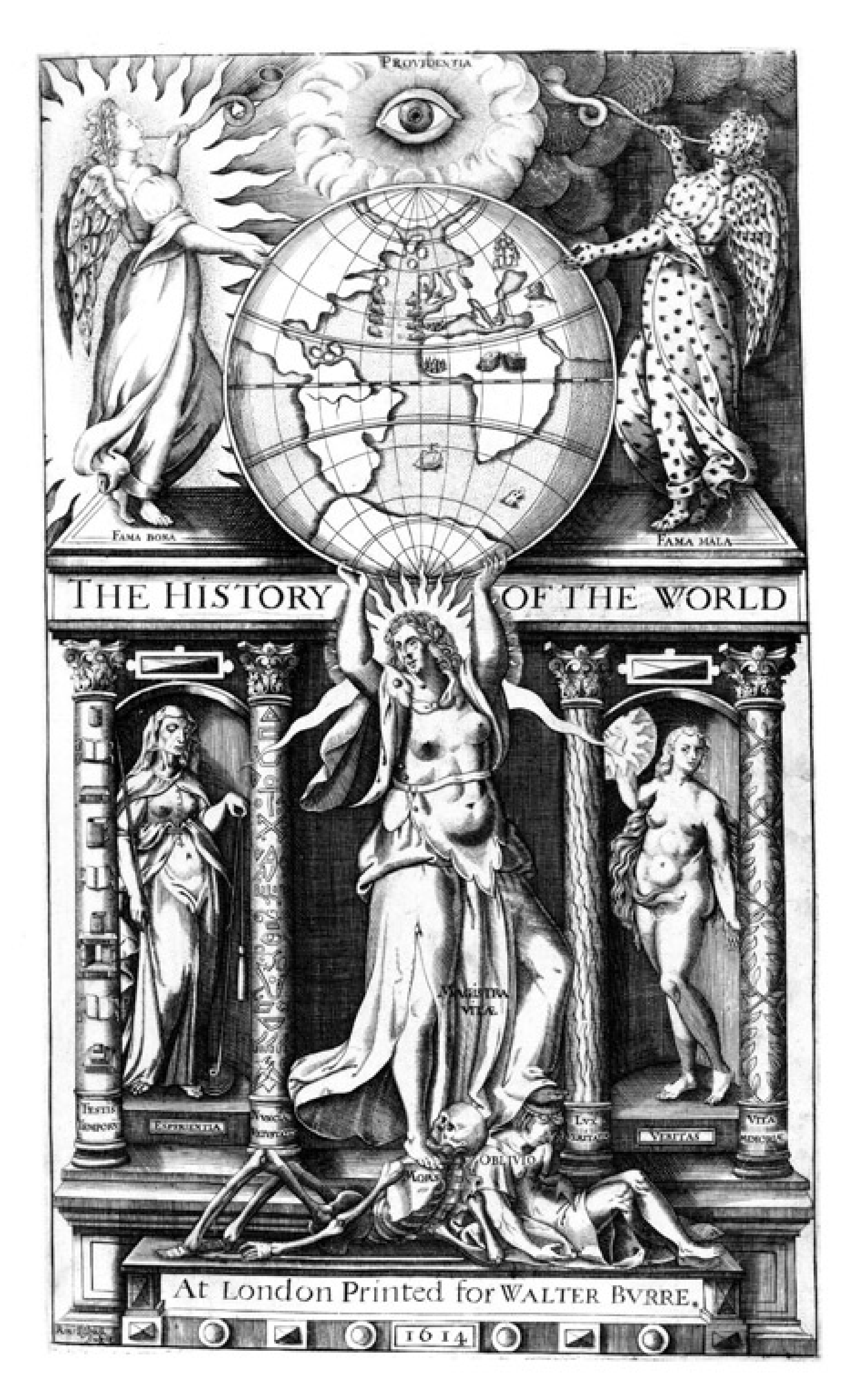
Jonathan Black ofrece una guía de las enseñanzas de las antiguas escuelas mistéricas, conservadas a lo largo de los siglos gracias a sociedades secretas. Este conocimiento, propone una versión alternativa de la historia de la humanidad que contesta preguntas a las que la ciencia no consigue dar respuesta. El mundo que nos rodea, la literatura, los nombres de los días de la semana y los cuentos infantiles encierran una filosofía secreta. Este libro nos da las claves para interpretarla.

Jonathan Black

La historia secreta del mundo

Traducción de Eva M.ª Robledillo





Frontispicio de *The History of the World* [*Historia del mundo*, 1614] de sir Walter

Introducción

Ésta es la historia del mundo que se ha enseñado a lo largo de los siglos en algunas sociedades secretas. Aunque tal vez parezca bastante disparatada para la mentalidad moderna, una proporción extraordinariamente elevada de hombres y mujeres que hicieron historia creyeron en ella.

Los historiadores de la Antigüedad cuentan que, desde los albores de la civilización egipcia hasta la caída de Roma, los templos públicos de ciudades como Tebas, Eleusis y Éfeso tenían recintos ceremoniales anexos. Los eruditos clásicos denominan a estos recintos «escuelas mistéricas».

Allí se enseñaban técnicas de meditación a la élite política y cultural. Tras años de preparación, Platón, Esquilo, Alejandro Magno, César Augusto, Cicerón y otros se iniciaron en una filosofía secreta. En diferentes épocas, los medios empleados por estas «escuelas» consistían en la privación sensorial, los ejercicios de respiración, las danzas sagradas, el arte dramático, las drogas alucinógenas y distintas formas de redirigir la energía sexual. Con estas técnicas se pretendía alterar el estado de conciencia a fin de que los iniciados pudieran ver el mundo de un modo totalmente nuevo.

Todo aquel que revelara a terceras personas las enseñanzas que le habían sido transmitidas entre las paredes del templo, era ejecutado. Jámblico, filósofo neoplatónico, recordaba lo que les sucedió a dos muchachos que vivían en Éfeso. Una noche, intrigados por los rumores de fantasmas y prácticas mágicas de una realidad más intensa y espectacularmente real oculta en el templo, se dejaron llevar por la curiosidad. Arropados por la oscuridad, treparon por los muros y se dejaron caer al otro lado. Se produjo entonces un pandemónium que se pudo oír por toda la ciudad, y a la mañana siguiente se descubrieron los cadáveres de los muchachos frente a las puertas del recinto.

En la Antigüedad, las enseñanzas de las escuelas mistéricas eran tan celosamente guardadas como los secretos nucleares en la actualidad.

Luego, en el siglo III, cuando el cristianismo se convirtió en la religión dominante del Imperio romano, los templos de la Antigüedad se clausuraron. El riesgo de «difusión» se atajó declarando esos secretos como heréticos, y el hecho de transmitirlos o profesarlos, un pecado capital. Sin embargo, como veremos, los miembros de una nueva élite dominante, entre la que figuraban líderes religiosos, empezaron a formar sociedades secretas. Y, a puerta cerrada, prosiguieron con la enseñanza de los antiguos misterios.

Este libro contiene una serie de datos que demuestran que a lo largo de los siglos se ha conservado y alimentado una filosofía antigua y oculta, que se originó en las escuelas mistéricas, por medio de sociedades secretas como los caballeros templarios y los rosacruces. A veces, esta filosofía se ha ocultado a la gran mayoría de la población, mientras que en otras épocas se ha mostrado a la vista de todos, aunque siempre procurando que las personas ajenas a esas sociedades no pudieran reconocerla.

Por poner un ejemplo, el frontispicio de *The History of the World* [*Historia del mundo*] de sir Walter Raleigh, de 1614, se exhibe en la Torre de Londres. Miles de personas desfilan cada día ante él sin darse cuenta de que contiene una cabeza de cabra, así como otros mensajes en clave.

Si alguna vez se ha preguntado por qué Occidente no tiene equivalente al sexo tántrico que se muestra abiertamente en las paredes de los monumentos hindúes, como los templos de Khajuraho, en el centro de la India, tal vez le interese saber que en gran parte del arte y la literatura occidentales se oculta una técnica análoga, el arte cabalístico de la *karezza*.

También veremos cómo las enseñanzas secretas sobre la historia del mundo influyen en la política exterior de la actual Administración estadounidense para Europa central.

¿El anterior papa era católico? Bueno, no de un modo tan directo y evidente como se podría creer. Una mañana de 1939, un joven de veintiún años iba caminando por la calle cuando lo atropelló un camión. Mientras estaba en coma, tuvo una sobrecogedora experiencia mística. Al recuperar la conciencia, se dio cuenta de que, aunque había sucedido de un modo inesperado, esa experiencia era el fruto que debía esperar de las técnicas que le había enseñado su mentor, Mieczyslaw Kotlarczyk, un moderno maestro rosacruz. A raíz de su experiencia mística, el joven entró en el seminario, más tarde se convirtió en obispo de Cracovia y, finalmente, en el papa Juan Pablo II.

En la actualidad, el hecho de que un sumo pontífice de la Iglesia católica se iniciara en el reino espiritual al amparo de una sociedad secreta tal vez no sea tan impactante como antiguamente, ya que la ciencia ha arrebatado a la religión su función de principal fuerza de control social. Ahora es la ciencia la que decide cuáles son las creencias aceptables para nosotros y cuáles son reprensibles. Tanto en la Antigüedad como en la era cristiana, la filosofía de esas sociedades secretas se mantuvo oculta, puesto que todo aquel que la profesara o transmitiera estaba amenazado de muerte. Actualmente, en la era poscristiana, esa filosofía secreta sigue rodeada de temor, pero en este caso se trata de miedo a la «muerte social» en vez de a la ejecución. Creer en principios clave, como la comunicación con seres incorpóreos o la influencia material de las cábalas secretas en el curso de la historia, se considera algo propio de chiflados en el mejor de los casos, y, en el peor, la definición exacta de lo que es estar loco.

En las escuelas mistéricas se obligaba a los candidatos que querían ingresar en ellas a bajar por un pozo, a someterse a la prueba del agua, a intentar pasar por una puerta muy pequeña y a entablar conversaciones con animales antropomórficos. ¿No nos recuerda eso algo? Lewis Carroll es uno de los muchos escritores infantiles (otros son los

hermanos Grimm, Antoine de Saint-Exupéry, C. S. Lewis y los creadores de *El mago de Oz* y *Mary Poppins*) que han creído en la historia y la filosofía secretas. Con una mezcla de literalidad infantil y desbarajustada, estos escritores se propusieron socavar el sentido común, la concepción materialista de la vida. Querían enseñar a los niños a pensar con otra perspectiva, a mirarlo todo del revés y a darle la vuelta, así como a escapar de formas de pensar rígidas y convencionales.

Otros personajes similares son Rabelais y Jonathan Swift, cuyas obras generan desconcierto, ya que no dan especial importancia a lo sobrenatural, sino que, en ellos, esa condición simplemente se da por sentada. Consideran los objetos imaginarios igual de reales que los objetos terrenales del mundo físico. Satíricos y escépticos, estos escritores ligeramente iconoclastas socavan las suposiciones de los lectores y se muestran subversivos frente a las actitudes realistas. La filosofía esotérica no se menciona explícitamente en *Gargantúa y Pantagruel* ni en *Los viajes de Gulliver*, pero si se escarba un poco, ésta sale a la luz.

De hecho, este libro demostrará que, a lo largo de la historia, una asombrosa cantidad de personajes célebres han cultivado en secreto la filosofía esotérica y los estados místicos enseñados en las sociedades secretas. Podría argumentarse que, dado que vivían en épocas en las que ni siquiera las personas más cultas disfrutaban de todos los beneficios intelectuales que aporta la ciencia moderna, es lógico que Carlomagno, Dante, Juana de Arco, Shakespeare, Cervantes, Leonardo, Miguel Ángel, Milton, Bach, Mozart, Goethe, Beethoven y Napoleón profesaran creencias que no son aceptadas en la actualidad. Sin embargo, ¿no resulta sorprendente que muchos individuos de la era moderna hayan creído en los mismos principios, y no sólo los locos, los místicos solitarios o los escritores del género fantástico, sino también los fundadores del método científico moderno, los humanistas, los racionalistas, los libertadores, los defensores

de la secularización y los flagelos de la superstición, así como los modernistas, los escépticos y los bromistas? ¿Acaso los propios individuos que más han contribuido a dar forma a la cosmovisión materialista y científica vigente en la actualidad creían en secreto en otros principios? ¿Es posible que Newton, Kepler, Voltaire, Paine, Washington, Franklin, Tolstói, Dostoievski, Edison, Wilde, Gandhi, Duchamp se iniciaran en una tradición secreta, se les enseñara a creer en el poder que la mente ejerce sobre la materia y fueran capaces de comunicarse con espíritus incorpóreos?

Las bibliografías recientes de algunas de estas personalidades apenas mencionan las pruebas existentes que demuestran su interés por ese tipo de ideas. En el clima intelectual actual se suelen rechazar esas creencias, considerándolas una afición, una aberración pasajera o ideas divertidas con las que esos célebres personajes podían haber jugado o usado a modo de metáforas para su obra, pero nunca se toman en serio.

No obstante, como veremos, Newton fue sin duda un alquimista practicante durante toda su etapa adulta, y consideraba la alquimia como su dedicación más importante. Voltaire participó en rituales mágicos durante todos los años en que dominó la vida intelectual en Europa. Washington invocó a un importante espíritu del cielo al fundar la ciudad que llevaría su nombre. Y cuando Napoleón dijo que lo había guiado su estrella, no se trataba tan sólo de un recurso retórico, sino que se refería al gran espíritu que le mostró su destino y lo hizo invulnerable y magnífico. Uno de los objetivos de este libro es demostrar que, lejos de tratarse de modas pasajeras o misteriosas excentricidades, lejos de ser casuales o irrelevantes, esas extrañas ideas conformaban la filosofía central de muchos de los personajes que hicieron historia, y, tal vez de un modo más relevante, demostrar que compartían una unanimidad destacable en cuanto a propósito. Si se entretejen las historias de esos grandes hombres y mujeres para crear una narración histórica continua, se ve una y otra

vez que en los momentos decisivos de la historia esa filosofía secreta milenaria estaba presente, oculta entre las sombras, haciendo notar su influencia.

A partir de la época de Zaratustra, en la iconografía y estatuas de la Antigüedad, el conocimiento de la doctrina secreta de las escuelas mistéricas se indicaba colocando en la mano del personaje un pergamino enrollado. Como veremos, esta tradición ha continuado en la edad moderna y, en la actualidad, las estatuas públicas de los pueblos y ciudades de todo el mundo muestran lo extendida que está la costumbre. No es necesario viajar a sitios tan lejanos como Rennes-le-Château, la capilla de Rosslyn o el remoto Tibet para hallar símbolos ocultos de un culto secreto. Al acabar este libro, el lector podrá ver que todas esas señales están a su alrededor, en los edificios y monumentos públicos más destacados, en iglesias, en el arte, en la literatura, en la música, en el cine, en los festivales, en el folclore, en los propios cuentos que cuenta a sus hijos, e incluso en los nombres de los días de la semana en lenguas como la inglesa.

Dos novelas, *El péndulo de Foucault* y *El código Da Vinci*, han popularizado la idea de que existe una conspiración de las sociedades secretas para controlar el curso de la historia. En esos libros, aparecen personajes que oyen misteriosos rumores acerca de esa antigua filosofía secreta, le siguen la pista y se sienten atraídos por ella.

Algunos académicos, como Frances Yates, del Instituto Warburg, Harold Bloom, profesor Sterling de Humanidades en la Universidad de Yale, y Marsha Keith Schuchard, autora de la reciente y reveladora obra *Why Mrs Blake Cried: Swedenborg, Blake and the Sexual Basis of Spiritual Vision*, lo han investigado en profundidad y han escrito sobre ello de un modo inteligente, aunque adoptando siempre un punto de vista moderado. No revelan si se han iniciado a manos de hombres enmascarados, si han viajado a otros mundos o si se les ha demostrado el poder de la mente sobre la materia.

Los conocimientos más escondidos de las sociedades secretas se transmiten únicamente de forma oral, mientras que otros se ponen por escrito de un modo intencionadamente confuso, para que los individuos ajenos a la sociedad no puedan entenderlos. Por ejemplo, la doctrina secreta podría deducirse a partir del prodigiosamente oscuro y extenso libro de Helena Blavatsky del mismo nombre, o de los doce volúmenes de la alegoría de G. I. Gurdjieff *Relatos de Belcebú a su nieto*, o bien de los cerca de seiscientos volúmenes que recogen los ensayos y conferencias de Rudolf Steiner. De modo similar —en teoría—, se podrían descifrar los grandes textos alquímicos de la Edad Media o los tratados esotéricos de iniciados de alto nivel de épocas posteriores, como Paracelso, Jakob Böhme o Emmanuel Swedenborg, pero en todos estos casos los textos se dirigen a individuos neófitos. Son documentos que intentan ocultar tanto como revelan.



IZQUIERDA Estatua de un gobernante romano.

DERECHA Estatua de George Washington, de sir Francis Chantrey, grabado de 1861.

Llevo más de veinte años buscando una guía concisa, fiable y totalmente clara de la doctrina secreta. Me he decidido a escribirla yo mismo porque estoy convencido de que no existe un libro de estas características. Se pueden encontrar volúmenes y sitios web publicados por el propio autor, que dicen ser guías de esos conocimientos, pero al igual que los coleccionistas de cualquier ámbito, a quienes curiosean por las librerías sumidos en una búsqueda espiritual, pronto se les agudiza el instinto para detectar lo «auténtico», y no hay más que leer por encima esos libros y sitios web para comprobar que carecen de información verdaderamente orientadora, que adolecen de una formación filosófica deficiente y que contienen muy pocos datos sólidos.

Esta historia es el fruto de casi veinte años de investigación. Ensayos como *Mysterium Magnum*, un comentario sobre el Génesis del filósofo rosacruz y místico Jakob Böhme, junto con libros de sus homólogos rosacruces Robert Fludd, Paracelso y Thomas Vaughan, han sido fuentes clave, así como los comentarios contemporáneos sobre sus obras de Rudolf Steiner y otros autores. Las referencias de estos textos se encuentran en las notas del final, en vez de incluirse en el libro, a fin de favorecer de este modo la concisión y la claridad.

Sin embargo, ha sido crucial contar con la ayuda de un miembro de más de una de las sociedades secretas para entender esas fuentes, alguien que, en el caso de al menos una de esas sociedades, ha sido iniciado al más alto nivel.

Llevo años trabajando como editor en una de las principales editoriales de Londres, encargando libros sobre un amplio abanico de temas que van de lo más a lo menos comercial, dejándome llevar a veces por mi interés por lo esotérico. Eso me ha permitido conocer a muchos autores importantes que se dedican a ese ámbito. Un día entró en mi oficina un hombre que sin duda estaba hecho de una pasta diferente. Venía con una propuesta comercial: quería reeditar una serie de clásicos esotéricos (documentos de alquimia y

cosas por el estilo) y redactar él mismo nuevos textos de introducción. No tardamos en hacernos buenos amigos y pasamos mucho tiempo juntos. Me di cuenta de que podía preguntarle acerca de casi todo y que él me contaba lo que sabía, cosas sorprendentes. Visto en retrospectiva, creo que me estaba instruyendo, preparándome para la iniciación.

Intenté convencerle en varias ocasiones de que pusiera todo aquello por escrito, de que escribiera una teoría esotérica general. Se negaba siempre, alegando que, si lo hiciera, «los hombres de la bata blanca irían a buscarle y se lo llevarían», pero yo sospechaba también que, para él, publicar esos conocimientos significaría romper juramentos solemnes y aterradores.

Así que, en cierto modo, he escrito el libro que yo quería que él escribiera, basado en parte en los textos rosacruces que él me ayudó a entender. También me dirigió a fuentes de otras culturas. En este volumen, aparte de las corrientes cabalísticas, herméticas y neoplatónicas que fluyen relativamente cerca de la superficie de la cultura occidental, se incluyen elementos sufíes e ideas que emanan del esoterismo del hinduismo y el budismo, así como de fuentes celtas.

No tengo intención de exagerar las similitudes entre estas ideas ni tampoco corresponde a este libro seguir la pista de todas las formas en que esta miríada de perspectivas se han fusionado, separado y fusionado de nuevo a lo largo de los siglos. Pero sí me centraré en los aspectos que subyacen tras las diferencias culturales y sugeriré que estas corrientes conllevan una cosmovisión unificada que contiene dimensiones ocultas, y una visión de la vida que obedece a determinadas leyes misteriosas y paradójicas.

En conjunto, las diferentes tradiciones procedentes de todo el mundo se iluminan mutuamente. Es fabuloso comprobar como las experiencias de un anacoreta del siglo II en el monte Sinaí o de un místico medieval alemán coinciden con las de un maestro indio del siglo XX. Dado que las

enseñanzas esotéricas son más clandestinas en Occidente, suelo recurrir a ejemplos orientales para ayudar a entender la historia secreta de Occidente.

No es mi intención analizar los posibles conflictos entre distintas tradiciones. La india pone más énfasis en la reencarnación que la sufí, que habla tan sólo de unas pocas reencarnaciones. Por tanto, en beneficio de la narración, he optado por incluir únicamente una pequeña cantidad de reencarnaciones de personajes históricos célebres.

Asimismo, he decidido sin demasiados miramientos qué escuelas ideológicas y qué sociedades secretas se basan en tradiciones auténticas. De este modo, se incluyen la cábala, el hermetismo, el sufismo, los templarios, los rosacruces, la masonería esotérica, el martinismo, la teosofía de madame Blavatsky y la antroposofía, pero no así la cienciología, la sociedad cristiana de Mary Baker Eddy y un sinfín de material contemporáneo «canalizado».

Esto no implica que el libro huya de la controversia, pero los intentos previos de hallar una «filosofía perenne» han desembocado en una serie de perogrulladas («todos somos iguales bajo la piel», «el amor es en sí mismo su propia recompensa») con las que resulta difícil estar en desacuerdo. Debo pedir disculpas por adelantado a todos aquellos que esperen algo con lo que sea tan fácil estar de acuerdo. Los conocimientos que revelaré, que comparten las escuelas mistéricas y las sociedades secretas de todo el mundo, indignarán a mucha gente y desafiarán abiertamente el sentido común.

Un día, mi mentor me dijo que estaba listo para la iniciación y que me iba a presentar a algunas personas. Aunque llevaba tiempo esperando ese momento, me negué, si bien yo mismo me quedé sorprendido de mi reacción. Sin duda me daba un poco de miedo. Por aquel entonces, sabía que en

muchos rituales de iniciación se provocaba una alteración del estado de conciencia, e incluso a veces se vivían las llamadas experiencias «post mórtem».

Pero por otra parte no quería que se me ofreciera todo ese conocimiento de golpe, sino que deseaba seguir disfrutando del hecho de intentar descubrirlo por mí mismo.

Tampoco quería prestar un juramento que me prohibiera escribir acerca de ello.

Esta historia del mundo se estructura del siguiente modo. Los cuatro primeros capítulos analizan lo que sucedió «en el principio» tal como lo transmiten las sociedades secretas, incluido lo que está implícito en las enseñanzas secretas sobre la expulsión del Edén y la Caída. Estos capítulos intentarán, asimismo, reflejar la cosmovisión de las sociedades secretas a través de unas gafas conceptuales, de forma que los lectores puedan apreciar mejor lo que viene después.

En los siguientes siete capítulos, muchos personajes mitológicos y de leyenda son tratados como figuras históricas. Es la historia de lo que sucedió antes de disponer de crónicas escritas, tal como se enseñaba en las escuelas mistéricas y como se sigue enseñando en las sociedades secretas en la actualidad.

El octavo capítulo se ocupa de la transición hacia lo que se considera convencionalmente la historia, pero se siguen utilizando relatos de monstruos y bestias fantásticas, de milagros y profecías y de personajes históricos que conspiraban con seres incorpóreos para dirigir el rumbo de los acontecimientos.

Espero que, a lo largo del libro, la mente del lector disfrute por igual de las extrañas ideas presentadas y de la revelación de los nombres de los personajes que han dado crédito a esas ideas. Espero también que algunas de las extrañas afirmaciones les hagan reaccionar, que muchos lectores piensen: «Sí, eso explica por qué los nombres de los

días de la semana van en ese orden concreto… Por eso la imagen del pez, el acuario y la cabra con cola de serpiente se identifican con constelaciones que en realidad no se les parecen… Eso es lo que se celebra en realidad en Halloween… Eso explica las raras confesiones de culto al diablo de los caballeros templarios… Eso es lo que convence a Cristóbal Colón para emprender su extraño y peligroso viaje… Por eso se erigió un obelisco egipcio en el Central Park de Nueva York a finales del siglo XIX… Por eso se embalsamó a Lenin…»

El objetivo es demostrar que los hechos fundamentales de la historia pueden interpretarse de un modo casi totalmente contrario a como solemos concebirlos. Por supuesto, para lograrlo sería necesario disponer de toda una biblioteca, algo así como los treinta kilómetros de estanterías de literatura esotérica y oculta que se dice que está guardada bajo llave en el Vaticano. No obstante, en este único volumen demostraré que esta visión alternativa, la imagen reflejada al otro lado del espejo, es coherente y convincente, y tiene su propia lógica, además de contar con la virtud de explicar áreas de la experiencia humana que siguen siendo inexplicables desde el punto de vista convencional. A lo largo de este libro citaré también a autoridades en la materia a las que pueden recurrir los lectores interesados.

Algunas de estas autoridades se han sumergido en tradiciones esotéricas. En otros casos se trata de expertos en sus propias disciplinas (ciencia, historia, antropología o crítica literaria) cuyos resultados en sus campos de especialización confirman, en mi opinión, su cosmovisión esotérica, incluso si no tengo manera de saber si su filosofía de vida personal se basa en una dimensión espiritual o esotérica.

Pero sobre todo —y quiero hacer hicapié en este punto— pido al lector que aborde este libro con una actitud nueva, que lo considere una forma de ejercitar la imaginación.

Quiero que el lector intente imaginarse cómo sería creer en lo contrario de lo que se le ha educado para creer. Eso implica inevitablemente un cierto grado de alteración del estado de conciencia, lo cual es justo lo que debería darse, ya que todas las ideologías esotéricas del mundo creen que ésa es la condición para acceder a formas superiores de inteligencia. En concreto, el sistema de creencias occidental siempre ha puesto énfasis en el valor de los métodos de ejercitación de la imaginación consistentes en el cultivo y la evocación prolongada de imágenes visuales, que actúan cuando se permite que se adentren en la mente en un sublime estado de concentración.

Por lo tanto, aunque este libro pueda considerarse tan sólo una crónica de las creencias absurdas de la gente del pasado, una fantasmagoría épica, una cacofonía de experiencias irracionales, espero que, al llegar al final, algunos lectores oigan algunas armonías y quizá sientan también una ligera contracorriente filosófica que les sugiera que puede que sea cierto.

Por supuesto, cualquier teoría atinada que quiera explicar por qué el mundo es como es, debe ayudar también a prever lo que sucederá más adelante, motivo por el que el último capítulo revela qué nos deparará el futuro (suponiendo siempre, por supuesto, que el gran plan cósmico de las sociedades secretas se desarrolle con éxito). En este plan se incluye la creencia de que en Rusia se originará un nuevo gran impulso de la evolución; que se hundirá la civilización europea y que, finalmente, la llama de la verdadera espiritualidad se conservará encendida en Estados Unidos.

Para ayudar a la imaginación en su importantísima labor, a lo largo del libro se incluyen extrañas y misteriosas ilustraciones, algunas de las cuales no han sido vistas nunca antes fuera de las sociedades secretas.

Asimismo, podrán verse aquí algunas de las imágenes más conocidas de la historia mundial, los principales iconos de nuestra cultura (la Esfinge, el Arca de Noé, el Caballo de Troya, la Mona Lisa, y Hamlet y la calavera), ya que está demostrado que todas ellas tienen un significado extraño e inesperado según las sociedades secretas.

Finalmente, se ofrecen ilustraciones de artistas europeos contemporáneos, como Ernst, Klee y Duchamp, así como de proscritos estadounidenses, como David Lynch. Se demuestra también cómo su trabajo está impregnado de la antigua filosofía secreta.

Si se sume en un estado mental diferente, las historias más célebres y conocidas adoptarán un cariz muy distinto.

De hecho, si hay algo en esta historia que sea cierto, todo lo que te han enseñado tus profesores está en tela de juicio.

Sospecho que no le asusta esta posibilidad.

Tal como uno de los seguidores de la antigua filosofía secreta expresó de un modo tan memorable: «Tienes que estar loco, o no habrías venido aquí.»

1. EN EL PRINCIPIO

Dios observa atentamente su reflejo • El universo a través del espejo

Hubo una vez en que no había tiempo.

El tiempo no es más que una medida del cambio de posición de los objetos en el espacio y, como sabe cualquier científico, místico o loco, en el principio no había objetos en el espacio.

Por ejemplo, un año es la medida del movimiento de traslación de la Tierra alrededor del sol. Un día representa el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje. Dado que, por sí mismos, ni la Tierra ni el sol existían en el principio, los autores de la Biblia no pretendieron decir que el mundo se creara en siete días en el sentido habitual del término «día».

A pesar de esta ausencia inicial de materia, espacio y tiempo, algo debió de pasar que diera origen a todo. Es decir, debió de pasar algo antes de que hubiera algo.

Al no haber nada cuando sucedió por primera vez algo, se puede afirmar con seguridad que ese primer acontecimiento debió de ser bastante diferente de la clase de fenómenos que solemos explicar según las leyes de la física.

¿Tendría sentido afirmar que podría haber sido algo en cierto modo más mental que físico?

A pesar de que la idea de que los fenómenos mentales puedan producir efectos físicos parezca de entrada contraria a la intuición, es de hecho una situación que experimentamos en todo momento. Por ejemplo, cuando se me ocurre una idea (del tipo «tengo que alargar la mano y acariciarle la mejilla»), un impulso nervioso se transmite mediante las sinapsis de mi cerebro, algo así como si una corriente eléctrica recorriera de arriba abajo un nervio de mi brazo e hiciera que mi mano se moviera. ¿Este ejemplo cotidiano puede decirnos algo acerca de los orígenes del cosmos?

En el principio debió de surgir un impulso de algún lugar, pero ¿de dónde exactamente? De niños, ¿acaso no nos quedábamos maravillados al ver por primera vez cómo los cristales se precipitaban hacia el fondo de una solución, como si un impulso pasara con esfuerzo de una dimensión a la siguiente? En esta historia veremos cómo, para muchos de los individuos más brillantes del mundo, el origen del universo, la misteriosa transición de la no materia a la materia, se ha explicado justamente de ese modo. Creían que un impulso surgía con esfuerzo de otra dimensión y se adentraba en ésta, considerando que esa otra dimensión era la mente de Dios.

Ahora que aún estás en el umbral —y antes de que te arriesgues a perder más tiempo leyendo esta historia—, debo dejar claro que voy a tratar de persuadirte para que te plantees algo que podría parecerle bien a un místico o a un loco, pero que desagradaría a un científico. A un científico no le gustaría lo más mínimo.

Para los pensadores más avanzados del momento, académicos como Richard Dawkins, profesor Charles Simony del Public Understanding of Science de Oxford, y otros materialistas militantes que controlan y mantienen la cosmovisión científica, la «mente de Dios» no va mucho más allá de la idea de un anciano de cabello blanco que vive por encima de las nubes. Según ellos, es el mismo error que cometen los niños y las tribus primitivas cuando suponen que Dios debe ser a su imagen y semejanza (la falacia antropomórfica). Lo que dicen es que, incluso si aceptáramos que Dios pudiese existir, ¿por qué demonios debería «Él» parecerse a nosotros? ¿Por qué Su mente debería parecerse en absoluto a la nuestra?

Lo cierto es que tienen razón. Por supuesto, no hay ningún motivo… a menos que sea al revés. Dicho de otro modo, la única razón por la que la mente divina se parecería a la nuestra sería porque la nuestra hubiera sido hecha a semejanza de la suya, es decir, que Dios nos hubiera hecho a su imagen y semejanza.



Alicia entra en el revés del mundo.

Y eso es lo que sucede en este libro, porque en esta historia, todo está al revés.

Aquí todo está del revés o se le ha dado la vuelta. Las siguientes páginas le invitarán a pensar en lo último en lo que quieren que piense quienes velan por el consenso y lo mantienen. Le inducirán a tener ideas prohibidas y le darán a probar filosofías que los líderes intelectuales de nuestra época consideran heréticas, estúpidas y disparatadas.

Déjeme que me apresure a tranquilizarle diciéndole que no voy a intentar enredarlo en un debate académico, ni a tratar de convencerle mediante argumentos filosóficos de que cualquiera de estas ideas prohibidas son ciertas. Los argumentos formales a favor y en contra pueden encontrarse en las obras académicas convencionales que se citan en las notas. Sin embargo, sí voy a pedirle que abra su mente. Quiero que imagine cómo sería contemplar el mundo y su historia desde un punto de vista lo más alejado posible del que le han inculcado.

Nuestros pensadores más vanguardistas se horrorizarían y, sin duda, le desaconsejarían jugar con esas ideas en cualquier caso, y menos aún recrearse en ellas durante todo el tiempo que pase leyendo este libro.

Por consenso, se ha intentado borrar del universo todo recuerdo, cada ínfima huella de esas corrientes. La élite intelectual del presente cree que, si dejamos que vuelvan a colarse en nuestra imaginación, aunque sea por un instante, nos arriesgamos a que nos arrastren de nuevo a una forma de conciencia aborigen o atávica, a un cieno mental del que hemos estado esforzándonos por salir durante muchos milenios para así poder evolucionar.

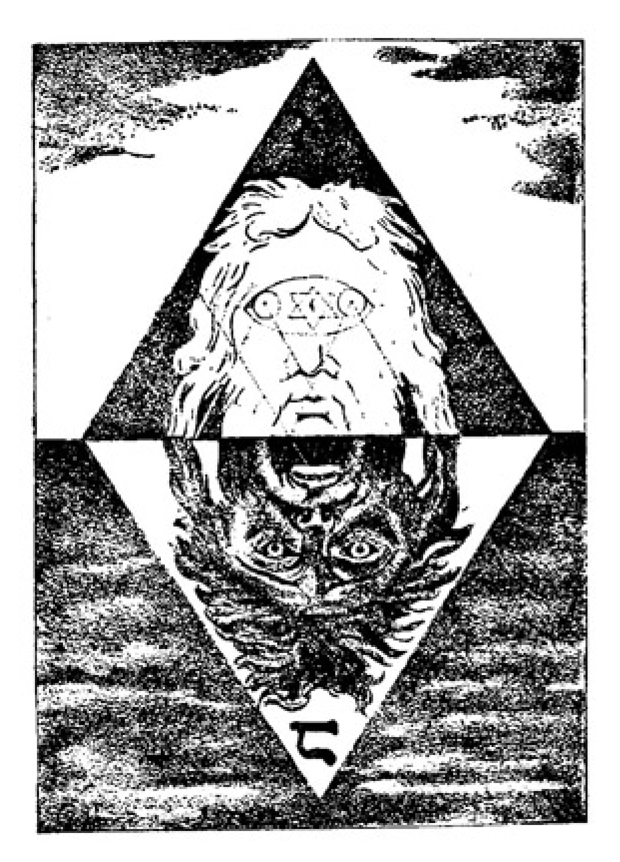
Así pues, ¿qué pasó en esta historia antes de que existiera el tiempo? ¿Cuál fue el fenómeno mental primigenio?

En esta versión, Dios se reflejaba a sí mismo. Se miraba, por así decirlo, en un espejo imaginario, y veía el futuro. Imaginó seres a su imagen y semejanza. Imaginó seres libres y creativos, capaces de amar de un modo tan inteligente y de pensar con tanto afecto, que pudieran transformarse a sí mismos y a los demás de su especie en lo más profundo de su ser. Que pudieran abrir su mente para abarcar todo el cosmos y que, en su corazón, pudieran discernir también los secretos más sutiles de su funcionamiento.

Para ponerse en la piel de Dios, debe imaginar que está mirando fijamente el reflejo de usted en un espejo con el deseo de que esa imagen reflejada cobre vida y actúe de un modo totalmente independiente.

Tal como veremos en los siguientes capítulos, en la historia a través del espejo que enseñan las sociedades secretas, eso es justo lo que Dios hizo: sus reflejos (los humanos) adoptaron y crearon, de un modo gradual y por etapas, una vida independiente, que Él alimentó, guió e impulsó durante mucho tiempo.

En la actualidad, los científicos le dirán que en sus momentos de mayor angustia no sirve de nada clamar al cielo gritando, expresando sus sentimientos más profundos y sinceros, dado que allí no encontrará ninguna respuesta. Las estrellas no pueden mostrarle más que indiferencia. Lo que deben hacer los humanos es crecer, madurar y aprender a aceptar esa indiferencia.



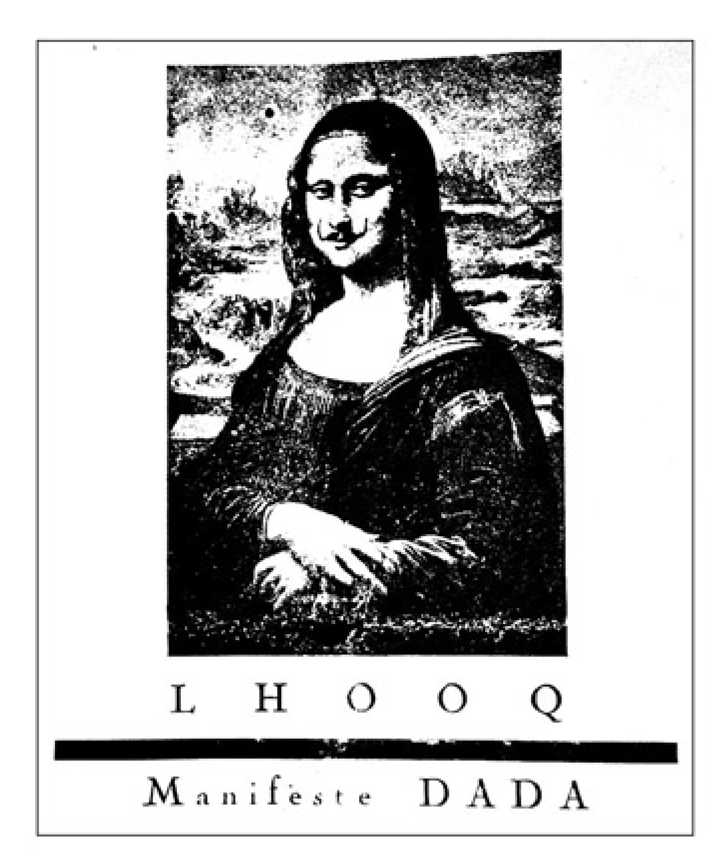
Representación del siglo XIX de la imagen cabalística de Dios con el reflejo de sí mismo.

El universo que describe este libro es distinto, porque se gestó con la humanidad en mente.

En esta historia, el universo es antropocéntrico, de modo que cada uno de sus esfuerzos tiene como objeto a los seres humanos. El universo ha cuidado de nosotros a lo largo de los siglos, nos ha acunado, nos ha ayudado a evolucionar hacia ese don singular que es la conciencia humana, y nos ha guiado como individuos hacia los grandes momentos de nuestras vidas. Cuando clamamos al cielo, el universo se vuelve hacia

nosotros con compasión. Cuando estamos en una importante encrucijada de nuestra vida, todo el universo contiene el aliento para ver qué camino elegimos.

Es posible que los científicos hablen del misterio y el milagro que representa el universo, de que todas y cada una de las partículas que engloba están conectadas entre sí por la fuerza de la gravedad.



LHOOQ: Manifiesto DADA de Marcel Duchamp, reproducido en el libro *Surrealismo y Pintura*, de André Breton. La idea de que el mundo físico responde a nuestros deseos y miedos más íntimos es difícil, y tal vez un tanto perturbador que sigamos dando vueltas a eso para tratar de entenderlo mejor. En 1933, André Breton, seguidor de la filosofía de las sociedades secretas, declaró algo estupendo que, desde entonces, ha iluminado el arte y la escultura, sobre todo en el caso de las preconcepciones de Duchamp: «Cualquier resto o desecho a nuestro alcance debería considerarse una emanación de nuestro deseo.»

Tal vez señalen hechos sorprendentes, como que cada uno de nosotros está formado por millones de átomos que antaño configuraban el cuerpo de Julio César. Quizá afirmen que somos polvo cósmico, pero sólo en el sentido, un poco decepcionante, de que los átomos de los que estamos hechos se forjaron a partir del hidrógeno contenido en las estrellas que

explotaron mucho antes de que se creara nuestro sistema solar. Pero lo importante es que, por mucho que lo adornen con la retórica del misterio y la milagrería, el suyo es un universo donde reinan fuerzas ocultas.

En el universo científico, la materia precedió a la mente, y ésta es un accidente de la materia, prescindible y superflua para la misma. Tal como un científico se atrevió a describirla, la mente es una «enfermedad de la materia».

Sin embargo, en ese otro universo basado en la idea de que la mente es anterior a la materia, al que se refiere este libro, el vínculo entre la mente y la materia es mucho más estrecho. Se trata de una relación viva y dinámica. En este universo, todo está vivo y hasta cierto punto tiene conciencia, lo cual responde de un modo sensible e inteligente a nuestras más profundas y sutiles necesidades.

En ese lugar donde la mente es anterior a la materia, esta última no sólo emanó de la mente divina, sino que se creó para facilitar unas condiciones en las que la mente humana fuera posible. La mente humana sigue siendo el centro del cosmos, ya que cuida de él y satisface sus necesidades. La materia actúa dirigida por la mente humana, tal vez no en el mismo grado pero sí de la misma forma en que actúa dirigida por la mente divina.

En 1935, el físico austríaco Erwin Schrödinger formuló su famoso experimento teórico, el Gato de Schrödinger, para describir cómo los acontecimientos cambian en función de cómo se observen. De hecho, estaba aplicando las enseñanzas de las sociedades secretas sobre la experiencia cotidiana a la esfera subatómica.

En algún momento, todos nos hemos hecho la famosa pregunta de si un árbol que se tala en un bosque remoto, donde no hay nadie, hace ruido al caer. Pues claro que sí, nos decimos, porque ¿acaso un sonido que no oye nadie no es asimismo sonido? Las sociedades secretas sostienen que este tipo de especulaciones son realidades. Según enseñan, un árbol

cae en un bosque, por muy remoto que éste sea, para que alguien, en algún lugar y en algún momento, se vea afectado por esa caída. No sucede nada en ningún lugar del cosmos que no esté vinculado con la mente humana.

En el experimento de Schrödinger, un gato se sienta en una caja llena de material radiactivo que en un 50 por ciento de los casos puede provocar la muerte del gato. Es decir, hasta que abramos la caja para ver qué hay en su interior, hay un 50 por ciento de probabilidades flotando en el aire de que el gato muera o sobreviva; sólo en ese momento sucederá el hecho real, la muerte o la supervivencia del gato. En nuestra observación está matar o salvar al gato. Las sociedades secretas siempre han mantenido que en el mundo cotidiano sucede algo similar.

En el universo de las sociedades secretas, si se lanza una moneda al aire en el controlado entorno de un laboratorio, según las leyes de la probabilidad, puede salir cara en el 50 por ciento de los casos y cruz en el otro 50 por ciento. Sin embargo, esas leyes serán invariables únicamente en el contexto del laboratorio. Es decir, las leyes de la probabilidad sólo funcionan si se ha excluido deliberadamente toda subjetividad humana. En una situación normal, cuando la felicidad y el deseo humano de realización personal dependen del resultado de una tirada de dados, las leyes de la probabilidad se tuercen, y en ese momento entran en juego leyes más profundas.

En la actualidad, todos somos conscientes de que nuestros estados emocionales afectan a nuestro cuerpo y, aún más, que las emociones profundamente arraigadas provocan cambios profundos a largo plazo, ya sean éstos curativos o nocivos: se trata de los llamados efectos psicosomáticos. No obstante, en el universo que describe este libro, nuestros estados emocionales afectan también a la materia ajena a nuestro cuerpo. En este universo psicosomático, el comportamiento de los objetos físicos en el espacio se ve directamente tocado por

los estados mentales sin que nosotros intervengamos para nada. Podemos dirigir la materia según cómo nos situemos ante ella.

En *Bob Dylan: crónicas I*, la reciente biografía del cantante, éste explica lo que debe pasar si un individuo quiere cambiar la época en la que vive: tiene que tener poder y dominio sobre los espíritus. Él dice haberlo hecho una vez. Afirma que hay un tipo de individuos que pueden llegar a ver el corazón de las cosas, la verdad de las mismas —y no de un modo metafórico—, verlas realmente, como cuando se mira fijamente un metal y éste se funde; verlas tal y como son, sin adulteraciones.

Subrayamos que no está hablando metafóricamente, sino que lo hace de un modo bastante literal, de un antiguo y poderoso saber conservado en las sociedades secretas; unos conocimientos de los que se han empapado los grandes artistas, escritores y pensadores que han forjado nuestra cultura. En el núcleo de este saber se halla la creencia de que las fuentes más profundas de nuestra vida intelectual son también las fuentes más profundas del mundo físico, dado que, en el universo de las sociedades secretas, toda química es psicoquímica, y las formas en que el contenido físico del universo responden a la psique humana vienen definidas por leyes más profundas y poderosas que las de la ciencia material.

Es importante destacar que estas leyes más profundas son algo más que las meras «rachas» de suerte que experimentan los jugadores, o que los accidentes que parecen suceder en secuencias de tres. Las sociedades secretas creen que esas leyes son las que se entretejen en lo más íntimo de la trama de cada vida privada, así como los grandes y complejos patrones del orden providencial que ha dado forma a la historia mundial. La teoría de este libro es que la historia tiene una estructura más profunda; que los acontecimientos que solemos explicar en términos políticos, económicos o de desastres

naturales pueden ser contemplados de un modo más provechoso bajo la perspectiva de patrones distintos y más espirituales.

Toda la ideología inversa, distinta y contraria de las sociedades secretas, todo lo extraño y alucinante contenido en las páginas siguientes, deriva de la creencia de que la mente precedió a la materia. Aunque apenas tengamos datos que demuestren lo que creemos que sucedió en los orígenes de la humanidad, nuestra propuesta tiene consecuencias importantísimas para entender cómo funciona el mundo.

Si se cree que la materia precedió a la mente, hay que explicar cómo una agrupación fortuita de sustancias químicas crea la conciencia, lo cual resulta difícil. Si, por el contrario, se cree que la materia emanó de la mente cósmica, se plantea el también dificultoso reto de explicar el modo en que eso se produjo, de proporcionar un modelo válido.

De los sacerdotes de los templos egipcios a las sociedades secretas actuales, de Pitágoras a Rudolf Steiner, del gran iniciado austríaco de finales del siglo XIX al de principios del XX, este modelo se ha concebido siempre como una serie de ideas que emanan de la mente cósmica. A partir de una mente pura, esas ideas se convertirían más tarde en una especie de protomateria, energía que se iría volviendo cada vez más densa hasta llegar a constituir en elemento tan etéreo que sería más ligero que el gas, sin ningún tipo de partículas. Finalmente, las emanaciones se transformarían en gas, luego pasarían a estado líquido y, en última instancia, a estado sólido.

Kevin Warwick, profesor de Cibernética en la Universidad de Reading, en el Reino Unido, es uno de los principales creadores de la inteligencia artificial. Trabajando en amistosa rivalidad con sus homólogos del MIT, en Estados Unidos, ha construido robots capaces de relacionarse con su entorno, aprender y ajustar su conducta en consonancia con éste. Estos robots muestran un grado de inteligencia equiparable al de animales de un orden inferior, como las

abejas. Afirma que dentro de cinco años los robots tendrán el mismo grado de inteligencia que los gatos, y que en diez años serán como mínimo tan inteligentes como los humanos. También está ideando una nueva generación de ordenadores robóticos que espera que sean capaces de diseñar y fabricar otros ordenadores, de forma que cada nivel genere el inmediatamente inferior.

Según los cosmólogos de la Antigüedad y de las sociedades secretas, las emanaciones de la mente cósmica deberían entenderse de ese mismo modo, es decir, con una jerarquía en sentido descendente, desde los principios superiores, más poderosos y dominantes, hasta los principios más limitados y específicos, de manera que cada nivel cree y dirija el inmediatamente inferior.

Se ha pensado también que estas emanaciones están de algún modo personificadas, que en cierto sentido también son inteligentes.

En el año 2001, cuando Kevin Warwick presentó sus hallazgos a sus colegas en el Royal Institute, vi cómo algunos lo criticaron por sugerir que sus robots eran inteligentes y, por consiguiente, dotados de conciencia. Sin embargo, lo que es innegablemente cierto es que los cerebros de esos robots evolucionan de un modo casi orgánico. Forjan algo muy similar a una personalidad, se relacionan con otros robos y llevan a cabo elecciones, yendo más allá de aquello para lo que se los ha programado. Warwick argumentaba que, aunque era posible que sus robots no tuvieran una conciencia dotada de todas las características de la conciencia humana, tampoco tenían ese tipo de conciencia los perros. Comentó que, al igual que éstos disponían de conciencia canina, sus robots tenían conciencia robótica. Por supuesto, en algunos aspectos —como la capacidad de realizar enormes cálculos matemáticos al instante—, los robots muestran tener una mente superior a la nuestra.



Grabado alquímico del *Mutus Liber*, publicado de forma anónima en 1677. En la alquimia, la precipitación del rocío del alba es un símbolo de la emanación de la mente cósmica en el reino de la materia. La cábala dice que el rocío divino cae al agitar la cabeza el Antiguo, originando así vida nueva. Más concretamente, el rocío es un símbolo de las fuerzas espirituales que actúan en la conciencia durante la noche. Por eso tener mala conciencia puede quitarnos el sueño. En esta ilustración se ve a los iniciados recogiendo el rocío, es decir, cosechando los beneficios derivados de los ejercicios espirituales que realizaron antes de irse a dormir.

Podríamos considerar de un modo similar la conciencia de las emanaciones de la mente cósmica. También podríamos pensar en los maestros espirituales tibetanos, que se dice que son capaces de gestar un tipo de pensamientos, llamados *tulpas*, mediante una intensa concentración y visualización. Estos seres (a los que podríamos llamar Seres del Pensamiento) adoptan una especie de vida independiente y obedecen las órdenes de su maestro. De forma similar, Paracelso, el médico y alquimista suizo del siglo XVI, escribió sobre lo que el denominaba *aquastor*, un ser creado mediante

el poder de concentración de la imaginación, que podía cobrar vida propia y, en circunstancias especiales, volverse visible, incluso tangible.

Según la antigua doctrina secreta presente en todas las culturas, en el nivel inferior de la jerarquía, esas emanaciones, esos Seres del Pensamiento procedentes de la mente cósmica, se entrelazan tan estrechamente que adoptan la forma de la materia sólida.

En la actualidad, si se quisiera describir este extraño fenómeno, se recurriría al lenguaje de la mecánica cuántica. Pero en las sociedades secretas, el hecho de que las fuerzas invisibles se entretejan para adoptar la forma del mundo material siempre se ha concebido como una red de luz y color o, si se quiere emplear un término alquímico, la Matriz.

LOS PRINCIPALES CIENTÍFICOS SE PREGUNTAN: ¿LA VIDA ES SÓLO UN SUEÑO?

Este titular se publicó en inglés en el *Sunday Times* en febrero de 2005. La noticia era que sir Martin Rees, astrónomo real de Gran Bretaña, dijo: «Durante décadas, los ordenadores han pasado de poder simular únicamente patrones muy simples a ser capaces de crear mundos virtuales con gran cantidad de detalles. De continuar esa tendencia, cabe imaginar que los ordenadores llegarán a simular mundos tal vez incluso tan complicados como aquel en el que creemos que vivimos. Eso plantea la siguiente pregunta filosófica: ¿Podríamos estar dentro de una simulación de ese tipo y que lo que creemos que es el universo fuera una especie de cúpula celeste en vez del universo real? En cierto sentido, nosotros mismos podríamos ser las creaciones de esa simulación.»

La noticia en la que se enmarcaba lo anterior era que los principales científicos de todo el mundo están cada vez más fascinados por el extraordinario grado de adaptación del ser humano al entorno (lo que nos ha permitido evolucionar), y que eso está haciendo que se cuestionen lo que es verdaderamente real.

Al igual que los recientes acontecimientos en el ámbito científico, las novelas y las películas han intentado, en cierto modo, transmitirnos la idea de que lo que consideramos normalmente la realidad podría ser una «realidad virtual». Philip K. Dick, tal vez el primer escritor que sembró estas ideas en la cultura popular, se impregnó del saber iniciático sobre la alteración del estado de conciencia y las dimensiones paralelas. Su novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas*?, pasó a la gran pantalla con el título de *Blade Runner*. Otros filmes sobre esta temática son *Minority Report*, basado también en un libro de Dick, *Desafío total*, *El show de Truman* y ¡*Olvídate de mí*! Pero la más importante ha sido *Matrix*.

En ésta, amenazadores villanos vestidos de negro patrullan el mundo virtual que llamamos realidad para controlarnos a fin de cumplir sus viles propósitos. En parte se trata de un reflejo fidedigno de las enseñanzas de las escuelas mistéricas y de las sociedades secretas. Aunque todos los seres que viven tras el velo de la ilusión forman parte de la jerarquía de emanaciones de la mente divina, algunos muestran una perturbadora ambivalencia moral.

Son los mismos seres que las gentes del viejo mundo consideraban sus dioses, espíritus y demonios.

El hecho de que algunos científicos destacados empiecen a ver de nuevo posibilidades en esa forma tan antigua de considerar el cosmos es una señal alentadora. Aunque la sensibilidad actual tiene poca paciencia con la metafísica, con lo que podrían parecer abstracciones exageradas y rebuscadas, apiladas una encima de otra, la cosmología de la Antigüedad era, como cualquier cronista de ideas ecuánime admitiría, una magnífica máquina filosófica. Puede competir con la ciencia moderna en su descripción de dimensiones entrelazadas y en desarrollo, el choque, la formación de la estructura y la interacción de grandes sistemas; en su escala, complejidad e imponente capacidad explicativa.

No podemos afirmar simplemente que la física haya sustituido a la metafísica y la haya convertido en inútil. Existe una diferencia clave entre estos sistemas, y es que explican cosas distintas. La ciencia moderna trata de cómo el universo llega a ser lo que es. La filosofía antigua del tipo que analizaremos en este libro cuenta cómo nuestra experiencia del universo llega a ser como es. Para la ciencia, el gran milagro que debe explicarse es el universo físico. Para la filosofía esotérica, es la conciencia humana.

Los científicos están fascinados por la extraordinaria serie de equilibrios entre varios grupos de factores que han sido necesarios para hacer posible la vida en la Tierra. Hablan en términos de compensación entre calor y frío, entre humedad y sequedad, de que la Tierra esté a una determinada distancia del sol (y no a una distancia superior) y el sol esté en una fase concreta de evolución (ni más caliente ni más frío). A un nivel más fundamental, para que la materia se una entre sí, tanto la fuerza de la gravedad como el electromagnetismo deben tener una intensidad determinada (ni más fuerte ni más débil). Etcétera.

Desde el punto de vista de la filosofía esotérica, diríamos que han sido precisos una serie de equilibrios igual de extraordinarios para formar nuestra conciencia subjetiva tal como es hoy, es decir, para dar a nuestra experiencia la estructura que posee.

Con el término «equilibrios» me refiero a algo más que tener una mente atemperada en sentido coloquial, es decir, experimentar saludables emociones, no demasiado intensas, sino que hablo de algo más profundo, de algo fundamental.

Por ejemplo, ¿qué se necesita para crear la narrativa interior, la recopilación de historias que vamos ensartando para formar nuestra propia conciencia fundamental? Por supuesto, la respuesta es la memoria. Sólo si recuerdo qué hice ayer puedo reconocerme como la persona que lo hizo. La clave es que se necesita un grado concreto de memoria, ni más ni

menos. El novelista italiano Italo Calvino, uno de los muchos escritores contemporáneos seguidores de la antigua filosofía mística, lo expresa claramente: «La memoria debe ser lo bastante potente como para permitirnos actuar sin olvidar lo que queríamos hacer, aprender sin dejar de ser quienes somos, pero también debe ser lo suficientemente débil como para permitirnos seguir avanzando hacia el futuro.»

Pero otros tipos de equilibrio son precisos para que podamos pensar libremente, para entretejer los pensamientos en torno a esa conciencia nuclear de uno mismo. Tenemos que ser capaces de percibir el mundo exterior a través de los sentidos, pero es igual de importante que no nos dejemos abrumar por las sensaciones que, de permitírselo, podrían ocupar todo nuestro espacio mental. Entonces no podríamos ni reflexionar ni imaginar. Este equilibrio es a su manera tan extraordinario como, por ejemplo, el hecho de que nuestro planeta no esté ni demasiado lejos ni demasiado cerca del sol.

También tenemos la capacidad de mover nuestro punto de conciencia por nuestra vida interior, como el cursor en una pantalla de ordenador. En consecuencia, somos libres de pensar en lo que queramos. Si careciéramos del equilibrio correcto de apego y desapego de nuestros impulsos internos, así como de nuestras percepciones del mundo exterior, ahora mismo no tendría usted libertad para desviar la mirada de la página que está leyendo si así quisiera hacerlo, ni tampoco libertad para pensar en otra cosa.

Así pues, lo crucial es que si las condiciones más fundamentales de la conciencia humana no se caracterizaran por este grupo de equilibrios armonizados de modo tan excepcional, no podríamos pensar con libertad ni tener una voluntad sin ataduras.

En lo que respecta a los puntos más sublimes de la experiencia, lo que el psicólogo estadounidense Abraham Maslow denominó con acierto «experiencias máximas», se necesitan equilibrios aún más armonizados. Por ejemplo, es

posible que debamos tomar decisiones en momentos cruciales de nuestra existencia, y es habitual, aunque no universal en el devenir humano, que si intentamos determinar cómo, actuar correctamente en nuestras vidas, poniendo en juego toda nuestra inteligencia, dedicándonos a ello de corazón, ejercitando la paciencia y la humildad, lleguemos a discernir —tan sólo— qué es lo correcto. Por otra parte, una vez tomada la decisión adecuada, la forma de actuar elegida requerirá, probablemente, de toda nuestra fuerza de voluntad, durante tanto tiempo como seamos capaces de mantenerla, si queremos llevarla a cabo con éxito. Esto se encuentra justo en el núcleo de lo que significa vivir la vida como ser humano.

No hay inevitabilidad en el hecho de que nuestra conciencia tenga la estructura que hace posible estas libertades, estas oportunidades de elegir hacer lo correcto, de crecer y convertirnos en individuos buenos, y tal vez incluso en héroes (a menos que creas en la Providencia, es decir, a menos que creas que estabas predestinado a ser así).

Por lo tanto, la conciencia humana es una especie de prodigio. Si bien en la actualidad tendemos a pasarlo por alto, a los antiguos les causaba gran impresión por su carácter milagroso. Como estamos a punto de comprobar, sus líderes intelectuales detectaban cambios sutiles en ella con tanta diligencia como los científicos contemporáneos detectan cambios en el entorno físico. Su crónica de la historia, con sus mitos y fenómenos sobrenaturales, era precisamente una descripción de la evolución de la conciencia humana.

La ciencia moderna trata de reforzar una visión estrecha y reduccionista de nuestra conciencia. Intenta convencernos de la irrealidad de los elementos —incluso de aquellos persistentes en nuestra experiencia—, que no puede explicar. Entre ellos, figuran el misterioso poder de la oración, las premoniciones, la sensación de que nos están observando, la evidencia de la telepatía, las experiencias extracorpóreas, las coincidencias significativas, y otros fenómenos que la ciencia moderna esconde debajo de la alfombra.

Y lo que es mucho más importante es que la ciencia, con esa dinámica reduccionista, niega la experiencia humana universal de que la vida tiene un sentido. Algunos científicos llegan a negar incluso que valga la pena planteárselo.

A lo largo de esta historia, comprobaremos que muchos de los individuos más inteligentes que han existido se han convertido en seguidores de la filosofía esotérica. Creo que incluso puede ser que toda persona inteligente, en algún momento, haya intentado saber más acerca de esa filosofía.

Preguntarse si la vida tiene sentido es un impulso humano natural, y la filosofía esotérica posee el corpus de ideas más rico, profundo y centrado sobre ese tema. Por lo tanto, antes de embarcarnos en nuestra narración, es crucial que apliquemos una visión filosófica más radical a la parte más débil del pensamiento científico moderno.

A veces las cosas salen mal y la vida parece no tener sentido. Pero otras veces sí parece tenerlo. Por ejemplo, en ocasiones, la vida parece haber dado un mal giro (suspendemos un examen, perdemos el trabajo o terminamos una relación), pero después de eso resulta que encontramos nuestra verdadera vocación o nuestro verdadero amor a raíz de este vuelco en principio equivocado. O puede que alguien decida no subirse a un avión que más tarde se estrella. Si sucede algo así, es posible que creamos que hay «alguien allí arriba» que nos protege, que guía nuestros pasos, que experimentemos un sentimiento más agudizado de la precariedad de la vida, de lo fácil que habría sido que todo fuera distinto de no ser por un suave empujoncito, casi imperceptible y tal vez de otro mundo.

De forma similar, si se impone la parte práctica y científica de nuestra personalidad, podemos considerar que una coincidencia no es más que una confluencia fortuita de acontecimientos relacionados, pero a veces, en el fondo, intuimos que una coincidencia no es en absoluto fruto de la casualidad. En ocasiones, en esas coincidencias, creemos ver

un indicio, aunque evasivo, de un patrón profundo cuyo significado queda oculto tras la maraña de la experiencia cotidiana.

Y, a veces, la gente descubre que, justo cuando parece haber perdido toda esperanza, encuentra la felicidad al otro lado de la desesperación; o que en medio del odio brota oculta la semilla del amor. Por motivos que analizaremos más adelante, en la actualidad, las cuestiones relacionadas con la felicidad parecen estar muy vinculadas al concepto del amor sexual, por lo que, a menudo, es la experiencia del enamoramiento la que nos hace pensar en «el destino».

Recientemente, ha tenido amplia repercusión el hecho de que los principales científicos proclamen que la ciencia está a punto de descubrir la explicación para —o el significado de— todo en la vida y el universo. Esa creencia suele estar relacionada con la «teoría de cuerdas», una teoría, según se dice, a punto de formularse, sobre todas las fuerzas de la naturaleza, que combinará las leyes de la gravedad con la física del mundo cuántico. En ese momento podremos relacionar las sensatas leyes por las que se rigen los objetos visibles con el muy distinto comportamiento de los fenómenos del reino subatómico. Una vez formulada la teoría, entenderemos todo lo que hay que entender sobre la estructura, el origen y el futuro del cosmos. Habremos explicado todo lo que hay, porque, según se dice, no hay nada más.

Antes de conocer los secretos de los iniciados y empezar a comprender sus extrañas creencias sobre la historia, es importante tener clara la distinción entre «significado», usado en relación con las preguntas sobre el sentido de la vida, y «significado» utilizado en el ámbito científico.

Un chico queda con su novia, pero ella le da plantón. Él se siente herido y enfadado, y quiere una explicación a la penosa situación por la que ha pasado. Cuando localiza a la chica, le pregunta. Lo que quiere saber una y otra vez es: ¿POR QUÉ?

… porque perdí el autobús, dice ella,

… porque salí tarde del trabajo

… porque se me fue el santo al cielo y no me di cuenta de qué hora era

… porque estaba molesta por algo.

Pero él la sigue presionando hasta que obtiene lo que busca (por decirlo de algún modo):

… porque no quiero verte más.

Cuando preguntamos el PORQUÉ de algo, eso puede interpretarse de dos modos: como en las primeras respuestas de la chica, evasivas, donde es sinónimo de CÓMO, es decir, una secuencia de causa y efecto, de choques entre átomos; o bien se puede interpretar de la forma en que el chico quería que se le respondiera, que tiene que ver con el hecho de tratar de comprender una INTENCIÓN.

De forma similar, cuando preguntamos sobre el sentido de la vida y del universo, no estamos preguntando CÓMO sucedió bajo la perspectiva causa-efecto; cómo los elementos y condiciones adecuados confluyeron para formar la materia, las estrellas, los planetas, etcétera. Lo que queremos saber es la intención que subyace en todo ello.

Por lo tanto, las grandes preguntas del PORQUÉ (¿POR QUÉ la vida? ¿POR QUÉ el universo?) como cuestiones de sentido filosófico bastante elemental, no pueden ser respondidas por científicos o, más concretamente, por científicos en su faceta de científicos. Si les preguntamos «¿POR QUÉ estamos aquí?», nos engañarán con respuestas evasivas que, al igual que las primeras de la chica, son perfectamente válidas, en el sentido de que son respuestas correctas a la pregunta desde el punto de vista gramatical, aunque dejan un regusto de insatisfacción en la boca, ya que no contestan al interrogante como en el fondo queríamos que se nos respondiera. Lo cierto es que todos tenemos el deseo, profundamente arraigado y tal vez ineludible, de que esas

preguntas se contesten desde el punto de vista de la INTENCIÓN. A los científicos les cuesta entender esta distinción; por muy brillantes que sean como científicos, son muy tontos en el terreno filosófico.

Es evidente que podemos optar por dar un propósito y un sentido a parcelas de nuestras vidas. Si decido jugar al fútbol, chutar la pelota y meterla dentro de la portería significa que he marcado un gol. Pero nuestra vida en conjunto, desde que nacemos hasta que morimos, no puede tener sentido sin que existiera antes una mente que la dotara de éste.

Lo mismo ocurre con el universo.

Por lo tanto, cuando oímos decir a los científicos que el universo tiene «sentido», es «maravilloso» o que «misterioso», deberíamos tener presente que tal vez usen estas expresiones con un cierto grado de deshonestidad intelectual. Un universo ateísta sólo puede tener sentido y ser maravilloso o misterioso de manera accesoria y bastante decepcionante (del mismo modo en que se dice que lo que hace un prestidigitador delante del público es «magia»). En realidad, cuando se trata de considerar grandes cuestiones como la vida y la muerte, todas las ecuaciones científicas son formas un poco más complicadas y pedantes de decir: «Lo ignoramos.»

En la actualidad se nos anima a dejar al margen cuestiones trascendentes, como la vida y la muerte. ¿Por qué estamos aquí? ¿Cuál es el sentido de la vida? Se nos dice que ese tipo de preguntas son absurdas y que lo que tenemos que hacer es vivir y basta. De este modo, perdemos cierto sentido de lo raro que es el hecho de estar vivo.

Este libro se ha escrito en la creencia de que algo valioso está en peligro de extinción total y que, en consecuencia, estamos menos vivos que antes.

Lo que sugiero es que si observamos los fundamentos de la humanidad desde un ángulo distinto, podemos ver que la ciencia no sabe realmente tanto como afirma; que no es capaz

de abordar lo más profundo y sublime de la experiencia humana.

En el próximo capítulo, empezaremos a imaginarnos dentro de la mente de los iniciados de la Antigüedad, y a ver el mundo desde su punto de vista. Consideraremos los saberes antiguos que hemos olvidado y veremos que, desde su perspectiva, incluso aquellas cosas que la ciencia moderna nos anima a creer que son firme y fiablemente ciertas, en realidad son tan sólo una cuestión de interpretación, poco más que un efecto óptico.



Imagen de doble perspectiva, que puede parecer una bruja o una joven de perfil que lleva un sombrero con una pluma, dependiendo de su predisposición.

Pongámonos en la mente de los pobladores del pasado

Cierre los ojos e imagínese una mesa, una buena mesa, en la que le gustaría trabajar. ¿De qué tamaño sería? ¿De qué tipo de madera estaría hecha? ¿Cómo se unirían las partes de madera? ¿Estaría barnizada, pulida o sólo cepillada? ¿Qué otras características tendría? Imagínesela con tanta viveza como pueda.

Ahora observe con detenimiento una mesa real.

¿De qué mesa puede estar seguro de saber la verdad?

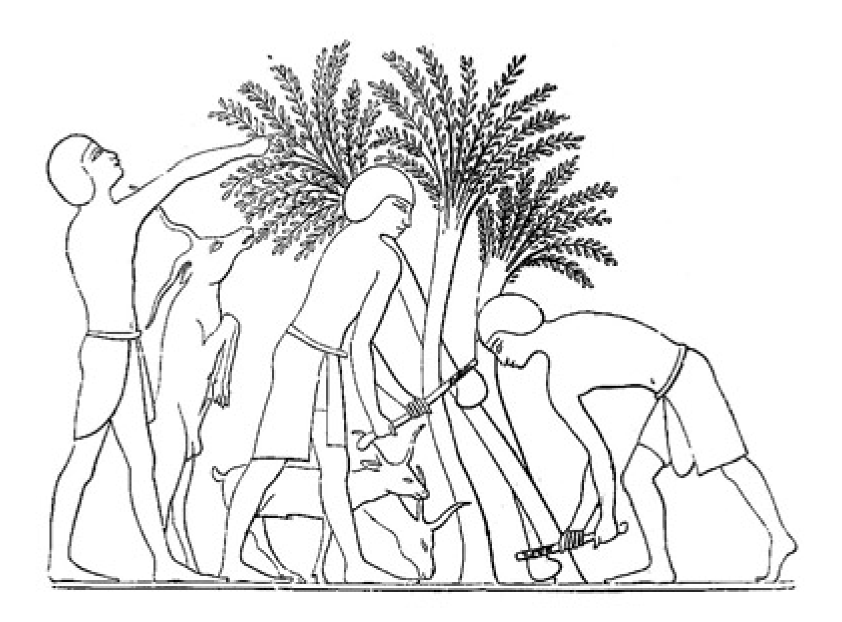
¿De qué se puede estar más seguro, del contenido de nuestra mente o de los objetos que percibimos mediante nuestro sentidos? ¿Qué es más real, la mente o la materia?

El debate que surge a raíz de estas sencillas preguntas ha sido central en toda filosofía.

En la actualidad, la mayoría de nosotros opta por la materia y los objetos ante la mente y las ideas. Tendemos a considerar los objetos físicos como el patrón de la realidad. Por el contrario, Platón afirmaba que las ideas son la esencia de las cosas. En la Antigüedad, los objetos del ojo de la mente se consideraban realidades eternas de las que se podía estar realmente seguro, al contrario que las superficies externas transitorias que estaban ahí fuera. Lo que quiero decir es que antes no se creía en un universo en el que la mente precedía a la materia porque se hubieran sopesado cuidadosamente los argumentos filosóficos de ambos lados y se hubiera llegado a una conclusión razonable, sino porque el mundo se concebía con la creencia de que la mente era anterior a la materia.

Si bien ahora nuestros pensamientos son apagados y vagos en comparación con las impresiones que nos llegan a traves de los sentidos, en la Antigüedad sucedía lo contrario.

La gente de aquel entonces tenía menos conciencia de los objetos físicos. Para ellos, éstos no se definían y diferenciaban de un modo tan radical como para nosotros.



Un irritante comentario que les gusta hacer a los guías en las visitas a ruinas antiguas es el siguiente: «Observen este grabado de mujeres lavando la ropa en el río, o de hombres sembrando; pueden ver exactamente la misma escena al natural muy cerca de aquí.» Hay dos tipos de historia, una de las cuales se basa en el enfoque contemporáneo y sensato que da por sentado que la naturaleza humana no ha cambiado mucho con los años. Esta historia pertenece al otro tipo. En ella, la conciencia cambia de una era a otra, incluso de generación en generación. Obsérvese el dibujo de un árbol en una tumba de la octava Dinastía, vago desde el punto de vista anatómico y un tanto superficial. A los artistas que pintaron esas paredes les interesaban menos los objetos físicos que los dioses representados a sólo unos pasos en el sanctasanctórum del templo. En lo que se fijaban con detalle y con la máxima concentración era en los objetos que veían con los ojos de la mente. Éstos se representaban en imágenes doradas, enjoyados y con todo lujo de detalles. El contenido de esta historia es pues todo lo contrario de lo que nuestro guía turístico podría decir, a saber, que cualquier similitud entre las mujeres lavando de la actualidad y las mujeres lavando de hace cuatro o cinco mil años es poco más que una cuestión de apariencias.

Si observa el dibujo de un árbol en las paredes de un antiguo templo, se dará cuenta de que el artista no se ha fijado realmente en cómo se unen las ramas al tronco.



Anillo con sello de Micenas en el que se ven unas sacerdotisas con adormidera. Quienes hayan tomado drogas como la marihuana, o alucinógenos como el LSD, tal vez están familiarizados con el hecho de experimentar un pensamiento en todo su esplendor multidimensional y en constante cambio. William Emboden, profesor de Biología de la Universidad Estatal de California, ha publicado convincentes trabajos que demuestran que en el Antiguo Egipto se usaba el lirio africano, junto con el opio y la raíz de mandrágora, para provocar un estado de trance.

En la Antigüedad, nadie contemplaba un árbol de la forma en que lo hacemos ahora.

En la actualidad, tendemos a pensar de un modo muy reduccionista. Solemos seguir la moda intelectual reinante, que considera que las ideas no son más que palabras (tal vez con la sombra de otras cosas, como sentimientos, imágenes, etcétera), pero que sólo las palabras en sí mismas tienen verdadera relevancia.

Sin embargo, si adoptamos este punto de vista en boga, aunque sólo sea por un momento, veremos que se opone abiertamente a la experiencia cotidiana. Por ejemplo, considere un pensamiento en apariencia banal e irrelevante, como: «No debo olvidarme de llamar a mi madre esta noche.» Si ahora tratamos de analizar ese pensamiento mientras se abre paso por nuestra conciencia, si tratamos de retenerlo para arrojar un poco de luz sobre él, quizá veamos que contiene una serie de asociaciones de palabras, tal como se revelaría en el test de un psicoanalista. Concentrándonos más, podría llegar a

ser perfectamente evidente que esas asociaciones tienen su raíz en recuerdos que suponen sentimientos, y que incluso pueden llevar consigo sus propios impulsos. El sentimiento de culpa por no haber telefoneado antes a mi madre, tal como nos cuentan ahora los psicoanalistas, hunde sus raíces en un complejo conjunto de sentimientos que se remontan a la infancia (deseo, ira, sensación de pérdida y traición, dependencia y deseo de libertad). Cuando contemplo mis sentimientos negativos, surgen otros impulsos (tal vez nostalgia de cuando todo iba mejor, de cuando mi madre y yo estábamos unidos) y se reactiva un viejo patrón de conducta.

Mientras seguimos tratando de analizar este pensamiento, él se moverá hacia aquí y hacia allá. El propio hecho de examinarlo lo altera, provoca reacciones, a veces incluso contradictorias. Un pensamiento nunca está inmóvil, sino que es algo vivo que, en definitiva, no puede identificarse con la letra muerta del lenguaje. Por eso, Schopenhauer, otro defensor de la filosofía mística clave para este libro, dijo que «en cuanto intentas traducir un pensamiento a palabras, deja de ser cierto».

Dimensiones enteras resplandecen en el lado oscuro hasta del pensamiento más aburrido y vulgar.

Los hombres y mujeres sabios de la Antigüedad sabían cómo relacionarse con esas dimensiones, y durante muchos milenios crearon y perfeccionaron imágenes para llevar a cabo exactamente esta función. Tal como se enseñaba en las escuelas mistéricas, la más antigua historia del mundo se expone en una serie de imágenes de este tipo.

Antes de considerar estas imágenes poderosas y evocadoras, quiero pedir al lector que participe en un ejercicio de imaginación, que intente representarse cómo experimentaba el mundo alguien del pasado, un candidato que quisiera iniciarse en una escuela mistérica.

Por supuesto se trata de una forma de ver el mundo totalmente alucinatoria desde el punto de vista de la ciencia contemporánea, pero, conforme avance esta narración, conoceremos cada vez más datos que sugieren que muchos de estos grandes personajes de la historia cultivaron a propósito ese antiguo estado de conciencia. Tal como veremos, creían que eso les permitía ver cómo era el mundo en realidad, cómo funcionaba, en cierto modo de manera superior a cómo funciona en la actualidad. Devolvieron al «mundo real» concepciones que cambiaron el curso de la historia, no sólo inspirando las mayores obras del arte y la literatura, sino impulsando algunos de los descubrimientos científicos más importantes.

Por lo tanto, tratemos de meternos en la mente de alguien que vivió hace dos mil quinientos años, caminando por el monte hasta llegar a un bosquecillo sagrado o a un templo, como Newgrange en Irlanda, o Eleusis en Grecia…

Para esa persona, el bosque y todo lo que éste contenía estaba vivo. Todo lo que lo rodeaba lo estaba observando a él. Espíritus invisibles susurraban en los movimientos de los árboles. La brisa que le acariciaba la mejilla era el gesto de un dios. Si el choque de las bolsas de aire del cielo daba lugar a truenos, se trataba de un arrebato de la voluntad cósmica, y tal vez caminaba entonces un poco más rápido. ¿Quizá se refugiaba en una cueva?

Cuando en la Antigüedad un hombre se aventuraba a entrar en una cueva, tenía la extraña sensación de entrar dentro de su propia calavera, de aislarse en su propio espacio mental privado. Si subía a lo alto de una montaña, notaba que su conciencia corría hacia el horizonte en todas direcciones, hacia los extremos del cosmos, y se sentía en sintonía con él. Por la noche, creía que el cielo era la mente del cosmos.

Al recorrer un camino por el monte, sentía intensamente que estaba siguiendo su destino. En la actualidad, cualquiera de nosotros se preguntaría: ¿Cómo he acabado teniendo esta

vida que parece tener nada o muy poco que ver conmigo? Esa forma de pensar sería inconcebible para los antiguos, cuando todo el mundo era consciente del lugar que ocupaba en el cosmos.

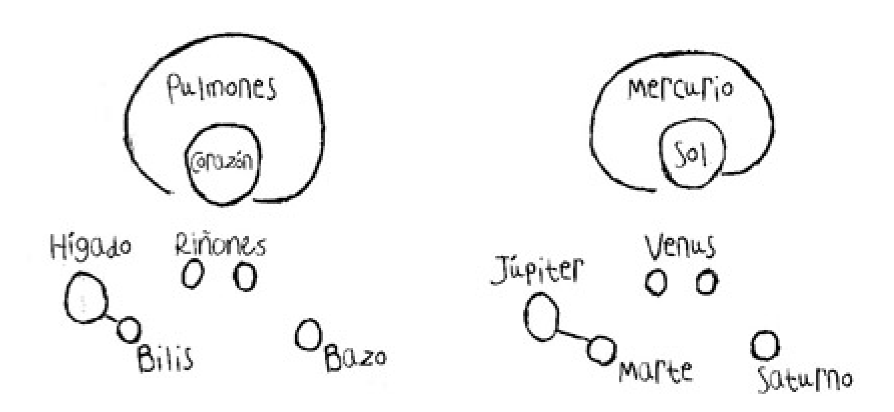
Todo lo que le pasaba (incluso ver un corpúsculo flotando en un rayo de sol, escuchar el zumbido de una abeja o ver posarse un gorrión) estaba predestinado a ser así. Todo le hablaba. Todo era un castigo, una recompensa, un aviso o una premonición. Por ejemplo, si veía un búho, no sólo era el símbolo de la diosa Atenea, sino la propia diosa. Parte de ella, tal vez un dedo amonestador, se había introducido en el mundo físico y en la conciencia de quien lo veía.

Es importante entender la forma concreta en que los seres humanos sentían la afinidad con el mundo físico según los habitantes de la Antigüedad. Creían, de un modo bastante literal, que no hay nada en nuestro interior que no tenga su correspondencia en la naturaleza. Por ejemplo, los gusanos tienen la misma forma que los intestinos, y procesan la materia igual que estos conductos. Los pulmones, que nos permiten movernos libremente por el espacio con una libertad parecida a la de una ave, tienen forma de pájaro. El mundo visible era la humanidad puesta del revés. El pulmón y el pájaro eran expresiones del mismo espíritu cósmico, pero de maneras diferentes.

Para los maestros de las escuelas mistéricas era significativo que, si se miraban los órganos internos del cuerpo humano desde arriba, su disposición fuera un reflejo del sistema solar.

Por lo tanto, en opinión de los antiguos, toda biología era astrobiología. En la actualidad, sabemos muy bien que el sol da vida y energía a los seres vivos, que hace germinar la semilla para que de ella nazca una planta, logrando con paciencia que crezca, pero en el pasado se creía además que

las fuerzas de la luna tendían a aplanar y ensanchar las plantas. Y pensaban que las plantas bulbosas, como los tubérculos, se veían especialmente afectadas por ella.



Dibujo contemporáneo, al estilo de Rudolf Steiner, que ilustra la disposición de los órganos humanos tal como se enseña en la filosofía rosacruz.

Tal vez lo que resulte más sorprendente es que se creía que las complejas formas simétricas de las plantas seguían los perfiles que las estrellas y los planetas describen al desplazarse por el cielo. La trayectoria ondulada que sigue un cuerpo celeste se observa también en el movimiento de una hoja al crecer, o de una flor. Por ejemplo, en Saturno, que tiene un perfil agudo en el cielo, veían la forma de las punzantes y puntiagudas hojas de las coníferas. ¿Acaso es una coincidencia que la ciencia contemporánea haya demostrado que el pino contiene una cantidad inusualmente grande de plomo, el metal al que los antiguos creían que daba vida el planeta Saturno?

De un modo parecido, en la Antigüedad se pensaba que la forma del cuerpo humano se veía afectada por los perfiles descritos en el cielo por las estrellas y los planetas. Por ejemplo, los movimientos de los planetas se inscribían en el cuerpo humano en el trazado de las costillas y en la lemniscata (figura curva en forma de 8) de los nervios centrípetos.

La ciencia ha acuñado el término «biorritmos» para describir el modo en que la relación de la Tierra con la luna y el sol, marcada por la secuencia de las estaciones y por la sucesión del ciclo diurno y nocturno, influye, desde el punto de vista bioquímico, en la fisiología de todo ser vivo, como

por ejemplo en los patrones de sueño. Pero aparte de estos ritmos más evidentes, en la Antigüedad se admitía la existencia de otros más complejos desde el punto de vista matemático, en los que intervenían las esferas más alejadas del cosmos, que se abrían paso hacia la vida humana. Los humanos respiran una media de 25.920 veces al día, lo cual se corresponde con el número de años del Gran Año platónico (es decir, el tiempo que el sol tarda en completar un ciclo completo del zodiaco). La duración media o «ideal» de la vida humana (setenta y dos años) también contiene el mismo número de días.

Esta sensación de interconexión no se limitaba al ámbito corporal, sino que abarcaba también la conciencia. Cuando nuestro hombre del pasado daba un paseo y veía una bandada de pájaros que volaban tan juntos que parecían uno solo, la bandada le parecía una sola ave impulsada al unísono por un mismo pensamiento (de hecho, pensaba que así era). Si los animales del bosque se movían a la vez, de un modo repentino y violento, presas del pánico, creía que los había impulsado Pan. Nuestro hombre estaba seguro de que eso era lo que estaba sucediendo, porque sentía que los grandes espíritus pensaban a través de sí mismo y a través de los demás a un tiempo. Sabía que, cuando llegase a la escuela mistérica y su maestro espiritual les transmitiera nuevas ideas asombrosas tanto a él como a sus compañeros de clase, todos experimentarían los mismos pensamientos, como si el maestro sostuviera objetos físicos para que todos los vieran. De hecho, se sentía más cerca de la gente cuando compartían sus pensamientos que con la mera proximidad física.

En la actualidad, tendemos a experimentar un fuerte sentido de propiedad respecto a nuestras ideas. Queremos que se nos reconozca mérito por haberlas tenido, y nos gusta pensar que nuestro espacio mental privado está preservado, que ninguna otra conciencia puede inmiscuirse en él.

Sin embargo, no es necesario que nos extendamos mucho en estas suposiciones para saber que no siempre se ajustan a la realidad. Para ser sinceros, debemos admitir que no somos nosotros quienes generamos nuestras ideas. Incluso genios como Newton, Kepler, Leonardo, Edison y Tesla dijeron que la inspiración les venía como si fuera un sueño, y a veces literalmente en el sueño. A todos nosotros, las ideas cotidianas nos llegan de un modo natural. Coloquialmente usamos expresiones como «se me ha ocurrido que…» o «me viene a la mente que…». Si eres afortunado, puede suceder que, de vez en cuando, te venga a la mente una ocurrencia innovadora perfectamente formulada. Por supuesto, entonces te vanaglorias de tu dicha, pero la pura realidad es que la ocurrencia es probable que haya salido en tu boca antes de tener tiempo de formularla de manera consciente.

Lo que nos dice la experiencia cotidiana es que las ideas se introducen de un modo bastante rutinario en lo que nos gusta pensar que es nuestro espacio mental privado, procedentes de otro lugar. En la Antigüedad se creía que ese «otro lugar» era «otro individuo», ya fuera éste un dios, un ángel o un espíritu.

Y a una persona no siempre la impulsa el mismo dios, ángel o espíritu. Mientras que en la actualidad nos gusta pensar que cada uno de nosotros tiene un centro de conciencia propio dentro del cerebro, en la Antigüedad se creía que cada persona tenía varios centros de conciencia distintos que se originaban fuera del cerebro.

Como veíamos antes, se pensaba que los dioses, los ángeles y los espíritus eran emanaciones de la gran mente cósmica (es decir, Seres del Pensamiento). Lo que le pido que considere ahora es que esos importantes Seres del Pensamiento se expresaban a través de la gente. Si en la actualidad creemos con toda naturalidad que la gente piensa, los antiguos consideraban que eran los pensamientos los que habitaban dentro de la gente.

Tal como veremos más adelante, dioses, ángeles y espíritus pueden propiciar importantes cambios en la suerte de un país. El centro de estos cambios será a menudo un individuo. Por ejemplo, Alejandro Magno o Napoleón eran vehículos de un gran espíritu, y durante un tiempo lo tuvieron todo de cara de un modo fuera de lo común. Nadie podía hacerles frente, y triunfaron en cuanto llevaron a cabo, hasta que el espíritu los abandonó. Entonces, de repente, todo empezó a ir mal.

Vemos el mismo proceso en el caso de artistas que se convierten en vehículos de la expresión de un dios o de un espíritu durante un determinado período de sus vidas. En ese momento, parecen «encontrar su voz» y crean una obra maestra tras otra con mano firme, transformando a veces la conciencia de toda una generación, modificando incluso totalmente el rumbo de una cultura dentro de la historia. Pero cuando el espíritu se marcha, el artista nunca vuelve a crear con el mismo grado de genialidad.

De modo similar, si un espíritu se introduce en un individuo para crear una obra de arte, ese mismo gran espíritu puede estar de nuevo presente cuando esa obra de arte es contemplada por los demás. Uno de sus contemporáneos dijo: «Cuando Bach toca el órgano, incluso Dios viene a misa.»

En la actualidad, muchos cristianos creen que Dios está presente en el pan y el vino, en el momento culminante de la misa, aunque de un modo bastante evasivo que los siglos de debate teológico nunca han logrado definir con certeza. Por otra parte, si se estudian las liturgias del Antiguo Egipto que han sobrevivido, como el *Libro del ritual de apertura de la boca*, o se consultan las crónicas guardadas en el templo de las Vírgenes Vestales de Roma, que contienen las «epifanías» (o apariciones divinas) habituales, resulta bastante evidente que en aquella época se esperaba que los dioses estuvieran presentes en el clímax de las ceremonias religiosas (y de un

modo mucho más imponente que en los actuales servicios religiosos cristianos). A la gente de la Antigüedad, la presencia divina les infundía un temor reverente.

Cuando un pensamiento se le ocurría al hombre que caminaba por el bosque, lo sentía como si hubiera sido rozado por el ala de un ángel o por la túnica de un dios. Notaba una presencia, aunque no siempre pudiera percibirla directamente y con todo detalle. Sin embargo, una vez dentro del recinto sagrado, no sólo podía notar el ala, o las turbulentas ondas de luz y energía que formaban la túnica, sino que, en medio de la luz, veía al propio ángel o dios. En esas ocasiones, creía percibir realmente la presencia de un ser del reino espiritual.

En la actualidad consideramos los momentos de iluminación como fenómenos internos, mientras que antaño se creía que asaltaban a alguien desde el exterior. El hombre al que hemos estado siguiendo, esperaba que el Ser del Pensamiento que veía fuera visible también para los demás (hoy calificaríamos eso de alucinación colectiva).

Ignoramos cómo afrontar ese tipo de experiencias. Ignoramos cómo actuar ante un espíritu incorpóreo. Ignoramos quiénes son esos espíritus. Hoy en día, a menudo parece que busquemos una y otra vez una experiencia espiritual auténtica, pero rara vez estamos seguros de haber tenido una que merezca propiamente ese nombre. Nuestros antepasados creían tan firmemente en los espíritus que nunca se les hubiera ocurrido negar la existencia del mundo espiritual. De hecho, a los habitantes del antiguo mundo les hubiera costado tanto dudar de la existencia de los espíritus como a nosotros no creer en la mesa o el libro que tenemos delante.

La actual escasez de experiencias dificulta que se crea en espíritus incorpóreos. De hecho, la Iglesia predica que creer es admirable precisamente porque es algo difícil. Según parece, cuanto más desproporcionada sea la creencia respecto a lo evidente, mejor. Esto hubiera parecido absurdo en el mundo antiguo.

Si se cree en un universo en el que la mente precede a la materia, si se cree que las ideas son más reales que los objetos, tal como lo hacían los habitantes de la Antigüedad, las alucinaciones colectivas son, por supuesto, mucho más fáciles de aceptar que si se cree en un universo en el que la materia es anterior a la mente; en ese caso, son casi imposibles de explicar.

En esta historia, los dioses y los espíritus controlan el mundo material y ejercen poder sobre él. También veremos cómo, a veces, irrumpen seres incorpóreos que no han sido invitados. En ocasiones, comunidades enteras se ven poseídas por una convulsión de desenfreno sexual incontrolable.

Por eso, comunicarse con los espíritus se ha considerado siempre sumamente peligroso. En la Antigüedad, la comunión «controlada» con los dioses y los espíritus se reservaba exclusivamente a las escuelas mistéricas.

Robert Temple, que actualmente es profesor visitante de Humanidades, Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Louisville, en Estados Unidos, y profesor visitante de Historia y Filosofía de la Ciencia de la Universidad de Tsinghua, Pekín, ha demostrado que antiguas culturas como la china y la egipcia tenían un conocimiento del universo que, en cierto sentido, era más avanzado que el nuestro. Por ejemplo, ha explicado cómo los egipcios, lejos de ser primitivos o estar atrasados en estas cuestiones, sabían que Sirius era un sistema formado por tres estrellas, cosa que no fue «descubierta» por la ciencia moderna hasta 1995, cuando astrónomos franceses, dotados de potentes radiotelescopios, detectaron una estrella enana roja, más tarde llamada Sirius C. Lo cierto es que los antiguos egipcios no eran ni ignorantes ni ingenuos, aunque tal vez estemos tentados de considerarlos así.

Una de las creencias absurdas que nos gusta atribuir a los antiguos pobladores del mundo es que adoraban al sol como si creyeran que ese astro era un ser con sentimientos. El

comentario de Robert Temple sobre los textos clave de Aristóteles, Estrabón y otros, muestra que lo que creían era que el sol era una especie de lente a través de la cual un dios irradiaba su influencia espiritual desde su reino a la Tierra. Otros dioses hacían llegar su influencia a través de otros planetas y constelaciones. Conforme cambiaban las posiciones de los cuerpos celestes, los diversos patrones de influencia iban dictando el rumbo y la estructura de la historia.



Relieve romano del siglo I en el que se ve a un candidato que es conducido a una ceremonia de iniciación.

Volviendo al hombre que caminaba por el bosque en la Antigüedad, ahora sabemos que percibía cómo los espíritus tras el sol, la luna y otros cuerpos celestes actuaban en diferentes partes de su mente y de su cuerpo. Sentía que sus extremidades se movían como el ágil Mercurio, y notaba el espíritu de Marte rugiendo en su interior, en el salvaje río de hierro fundido que era su sangre.

Su riñón en cambio se veía afectado por el movimiento de Venus. La ciencia contemporánea está ahora empezando a entender el papel que desempeña el riñón en la sexualidad. A principios del siglo XX se descubrió el papel de éste en las reservas de testosterona. Entonces, en la década de 1980, el importante laboratorio farmacéutico suizo Weleda comenzó a realizar estudios que demostraban que los movimientos de los

planetas producían alteraciones químicas en las soluciones de sales metálicas, lo suficientemente espectaculares como para que se vieran a simple vista, incluso aunque esas influencias fueran demasiado sutiles como para ser medidas con cualquier procedimiento científico inventado hasta el momento. Lo que es aún más destacable es que estos espectaculares cambios en las soluciones y las sales se produzcan en relación con el movimiento del planeta con el que se ha asociado tradicionalmente cada metal. Así, las sales de cobre contenidas en el hígado se ven afectadas por Venus, siendo el cobre el metal con el que se ha relacionado a Venus. Es posible que la ciencia contemporánea esté a punto de confirmar lo que los antiguos ya sabían con certeza. Es por completo acertado decir que Venus es el planeta del deseo.

En las escuelas mistéricas se enseñaba por ejemplo que, además de la conciencia mental que todos tenemos, una conciencia emocional que emana del sol se introduce en nuestro espacio mental a través del corazón. Dicho de otro modo, el corazón es la puerta por la que el dios Sol entra en nuestras vidas. Asimismo, una especie de conciencia asociada al hígado emana de Venus y se introduce en nosotros, extendiéndose a la mente y al cuerpo a través de la puerta de nuestros riñones. La interacción de estos distintos centros de conciencia nos hace unas veces cariñosos, otras asriscos, otras melancólicos, inquietos, valientes, pensativos, etcétera, lo cual da forma a la singularidad de la experiencia humana.

De este modo, actuando a través de los distintos centros de conciencia, los dioses de los planetas y las constelaciones nos preparan para las grandes experiencias, las grandes pruebas a las que el cosmos quiere que nos sometamos. La estructura profunda de nuestras vidas viene determinada por los movimientos de los cuerpos celestes.

Me veo abocado al deseo por Venus y, cuando vuelve Saturno, soy severamente puesto a prueba.

En este capítulo ya hemos recurrido a algunos de los ejercicios de imaginación utilizados en la doctrina esotérica. En el próximo capítulo, atrevasaremos el umbral de las escuelas mistéricas y empezaremos a seguir la historia antigua del cosmos.

3. EL JARDÍN DEL EDÉN

El código del Génesis • Entra en escena el Señor de las Tinieblas • El humano vegetal

Ciencia y religión coinciden en que, al principio, el cosmos pasó de un estado de inexistencia a un estado de existencia material. Pero la ciencia tiene muy poco más que decir sobre esa misteriosa transición, toda ella sumamente especulativa. Incluso los propios científicos están divididos en su opinión respecto a si la materia se creó de una sola vez o si sigue creándose.

En cambio, entre los sacerdotes iniciados de la Antigüedad existía una notable unanimidad. Sus enseñanzas secretas están codificadas en los textos sagrados de las principales religiones del mundo. En las páginas siguientes veremos cómo el Génesis contiene una historia secreta en clave de la creación, cómo unas cuantas frases que son enormemente familiares se pueden reinterpretar y revelar nuevos mundos extraordinarios de pensamiento, poderosas perspectivas de la imaginación. Asimismo, veremos cómo esta historia secreta coincide con las enseñanzas secretas de otras religiones.

En el principio surgió del vacío una materia más tenue y sutil que la luz, por aquel entonces un gas excepcionalmente etéreo. Si el ojo humano hubiera contemplado los albores de la historia, lo que hubiese percibido habría sido una inmensa niebla cósmica.

Este gas o niebla era la Madre de Todo lo Vivo, ya que contenía en él todo lo necesario para generar vida. La Diosa Madre, como se la ha llamado a veces, se metamorfoseará a lo largo de esta historia y adoptará formas muy diversas, nombres muy distintos, pero en un principio, «la tierra era caos y confusión».

Ahora viene el primer gran cambio. El relato de la Biblia prosigue: «Y oscuridad por encima del abismo.» Según los analistas bíblicos que trabajan inmersos en la tradición esotérica, ésta es la forma que tiene la Biblia de decir que la Diosa Madre fue atacada por un abrasador viento seco que casi acabó con toda posibilidad de vida.

De nuevo, al ojo humano le hubiera parecido como si unas neblinas ligeramente mezcladas, que hubieran emanado primero de la mente divina, hubiesen sido absorbidas de repente por una segunda emanación. A continuación se produjo una violenta tormenta, un fenómeno extraño y espectacular como el que puede observar un astrónomo (la muerte de una estrella inmensa, quizá), aunque, en ese caso, «en el principio», debió de ser a una escala totalmente arrolladora, abarcando todo el universo.

Eso es lo que hubiera visto el ojo físico. Pero el ojo de la imaginación puede ver que esta gran nebulosa y la terrible tormenta que la atacó ocultan dos gigantescos fantasmas.

Antes de que tratemos de dar sentido a esta historia antigua del cosmos, o de entender por qué tantas mentes brillantes han creído en ella, es importante que intentemos absorberla del modo en que se habría presentado en la Antigüedad, como una serie de imágenes de la imaginación. Conviene que dejemos que esas representaciones penetren en nuestra mente del mismo modo en que los sacerdotes iniciados querían que lo hiciesen en la del candidato a la iniciación.

Hace unos años mantuve una conversación con uno de los personajes legendarios del crimen organizado de Londres, un hombre que había ayudado a que sacasen de un centro penitenciario psiquiátrico a un delincuente llamado Frank *el Loco del Hacha* Mitchell y, después, según se dice, se había vuelto él mismo un poco loco. Mató al Loco del Hacha en la parte trasera de una furgoneta con una escopeta de cañones recortados y luego se bañó en su sangre, entre carcajadas. Pero su recuerdo más vívido, el que personalmente le resultaba más

escalofriante, era el primero que tuvo. Recordaba una pelea que debió de presenciar cuando contaba tal vez tan sólo dos o tres años de edad.

Su abuela estaba peleándose a puñetazo limpio en una calle adoquinada, justo delante de su casa, entre la hilera de casas victorianas del antiguo East End londinense. Recordaba las lámparas de gas proyectando luz sobre los adoquines mojados, y la saliva que salía volando por el aire, y cómo su abuela parecía una giganta que se movía con pesadez, si bien asimismo con una fuerza sobrenatural. También recordaba cómo sus enormes antebrazos, musculosos y despellejados por trabajar de lavandera para mantenerlo a él, golpeaban sin cesar a la otra mujer, incluso cuando esta última yacía en el suelo, incapaz de defenderse.

Deberíamos imaginar algo parecido cuando pensemos en las dos fuerzas titánicas enzarzadas en el combate del origen de los tiempos. A menudo, la Diosa Madre ha sido evocada como una figura afectuosa, estimulante y maternal, de silueta redondeada y aspecto apacible, pero también con una vertiente aterradora. Combativa cuando tenía que serlo. Por ejemplo, para los habitantes de la antigua Frigia era Cibeles, una diosa cruel sentada en un carro tirado por leones y que llevaba a sus devotos a un estado de delirio tan salvaje y desenfrenado, que éstos llegaban incluso a castrarse a sí mismos.

Su oponente sería, si cabe, más terrorífico. Alto, delgado, con la piel escamosa y pálida y los ojos de un rojo vivo: el Señor de las Tinieblas. Éste se habría abalanzado en picado sobre la Madre Tierra armado con una mortífera guadaña, revelando su identidad a todo aquel que no la hubiera adivinado. Así, si la primera emanación de la mente de Dios se metamorfoseó en la diosa de la Tierra, la segunda se habría convertido en el dios de Saturno.

Saturno delimitaría el sistema solar. De hecho, era el principio de la limitación personificado, que contribuyó a la creación permitiendo que existiera cada uno de los objetos y,

por lo tanto, posibilitó la transición de la amorfia a la forma. Es decir, gracias a Saturno hay en el universo una ley de identidad que permite que algo exista, que sea lo que es y que nada más pueda ser eso. Gracias a Saturno, un objeto ocupa un determinado lugar en un determinado momento, y ningún otro objeto puede ocupar ese espacio; y, a su vez, ese objeto tampoco puede estar en más de un lugar a la vez. En la mitología egipcia, Saturno era Ptah, que moldea la tierra en un torno de alfarero, y, en muchas mitologías, el título de Saturno es *Rex Mundi*, el Rey del Mundo o «Príncipe de este mundo», ya que controla nuestra vidas materiales.

Si una entidad concreta puede existir a lo largo del tiempo, también puede dejar de existir. Por eso Saturno es el dios de la destrucción, y se come a sus propios hijos. A veces se lo representa como el Anciano Padre del Tiempo y otras como la propia Muerte. Por influencia de Saturno, todo lo vivo contiene la semilla de su propio fin, y es por él por lo que aquello que nos alimenta también es lo que nos destruye. La Muerte está por todo el cosmos, entretejida en el brillante cielo azul, en una hoja de hierba, en el pulso en la fontanela de un bebé, en la luz de la mirada de un enamorado. Saturno hace que nuestra vida sea dura, que toda espada tenga un doble filo y que toda corona sea una corona de espinas. Si a veces sentimos que nos cuesta demasiado seguir adelante, si la vida nos hace daño, si clamamos a las estrellas del cielo desesperados, es porque Saturno nos pone al límite.

Y podría haber sido peor, ya que el potencial de vida del cosmos podría haberse extinguido incluso antes de originarse. El cosmos habría sido entonces, durante toda la eternidad, un lugar donde se abocara materia muerta de manera interminable.

En el transcurso de esta historia, veremos cómo Saturno ha regresado en distintos momentos, cada vez de una guisa distinta, para cumplir su objetivo de momificar a la humanidad y exprimir toda la vida que a ésta le queda. Al final veremos

también cómo se espera que en breve realice una intervención sumamente decisiva, que desencadene un acontecimiento que han vaticinado durante mucho tiempo las sociedades secretas.

En el Génesis, el intento del diablo de anular los planes divinos en su origen, ese primer acto de rebeldía de un Ser del Pensamiento contra la Mente de la que ha emanado, se aborda sólo a traves de una breve frase, pero, como ya se ha dicho, la Biblia no se rige por una escala temporal tal como la concebiríamos en la actualidad. La tiranía de Saturno respecto a la Madre Tierra, su devastador intento de extraer todo el potencial de vida del cosmos, siguió siendo durante largos períodos de tiempo inconmensurable para la mente humana.

Finalmente se acabó con la tiranía de Saturno, que, si bien no del todo derrotado, se mantuvo a raya, confinado en la esfera que le correspondía. De nuevo, el Génesis nos cuenta cómo sucedió: «Dijo Dios: “Haya luz”, y hubo luz.» Y la luz iba apartando la oscuridad que se cernía sobre las aguas.

¿Cómo se logró esta victoria? En la Biblia existen dos relatos de la creación. El segundo, al inicio del Evangelio de san Juan, es, en ciertos aspectos, más completo, y puede ayudarnos a descifrar el Génesis.

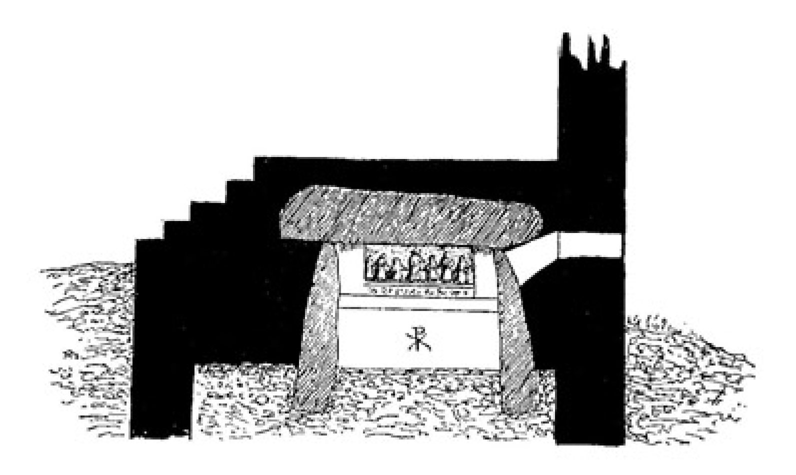
Pero antes de seguir con la crónica bíblica de la creación, debemos ocuparnos de un tema delicado. Hemos empezado ya a interpretar el Génesis en relación con la diosa de la Tierra y con Saturno. Cualquiera que haya sido educado en alguna de las grandes religiones monoteístas se mostrará, como es lógico, un tanto reacio a esa argumentación. Sin duda, esta creencia politeísta en divinidades estelares y planetarias es más propia de religiones más primitivas, como las de los antiguos egipcios, griegos y romanos.

Los cristianos de mentalidad convencional tal vez quieran dejar de leer en este momento.

En el presente, la Iglesia predica un monoteísmo extremo y radical, lo cual, tal vez en parte, se debe a un dominio de la ciencia que deja poca cabida a Dios. En el cristianismo, que no ve la ciencia con malos ojos, Dios se ha convertido en una inmanencia indiferenciada e indetectable en el universo, y la espiritualidad no es más que un sentimiento vago y confuso de unión con esta inmanencia.

Sin embargo, el cristianismo hunde sus raíces en religiones más antiguas del lugar de donde surgió, que eran politeístas y astronómicas. Y las creencias de los primeros cristianos así lo reflejaban. Para ellos, la espiritualidad era sinónimo de comunión con espíritus reales.

Las iglesias cristianas, desde la catedral de Chartres o San Pedro, en Roma, hasta las pequeñas iglesias parroquiales de todo el mundo, han sido construidas en lugares donde antiguamente había pozos sagrados, cuevas sagradas, templos y escuelas mistéricas. A lo largo de la historia, algunos sitios de este tipo han sido considerados puertas para los espíritus, grietas en el tejido del continuo espacio-tiempo.



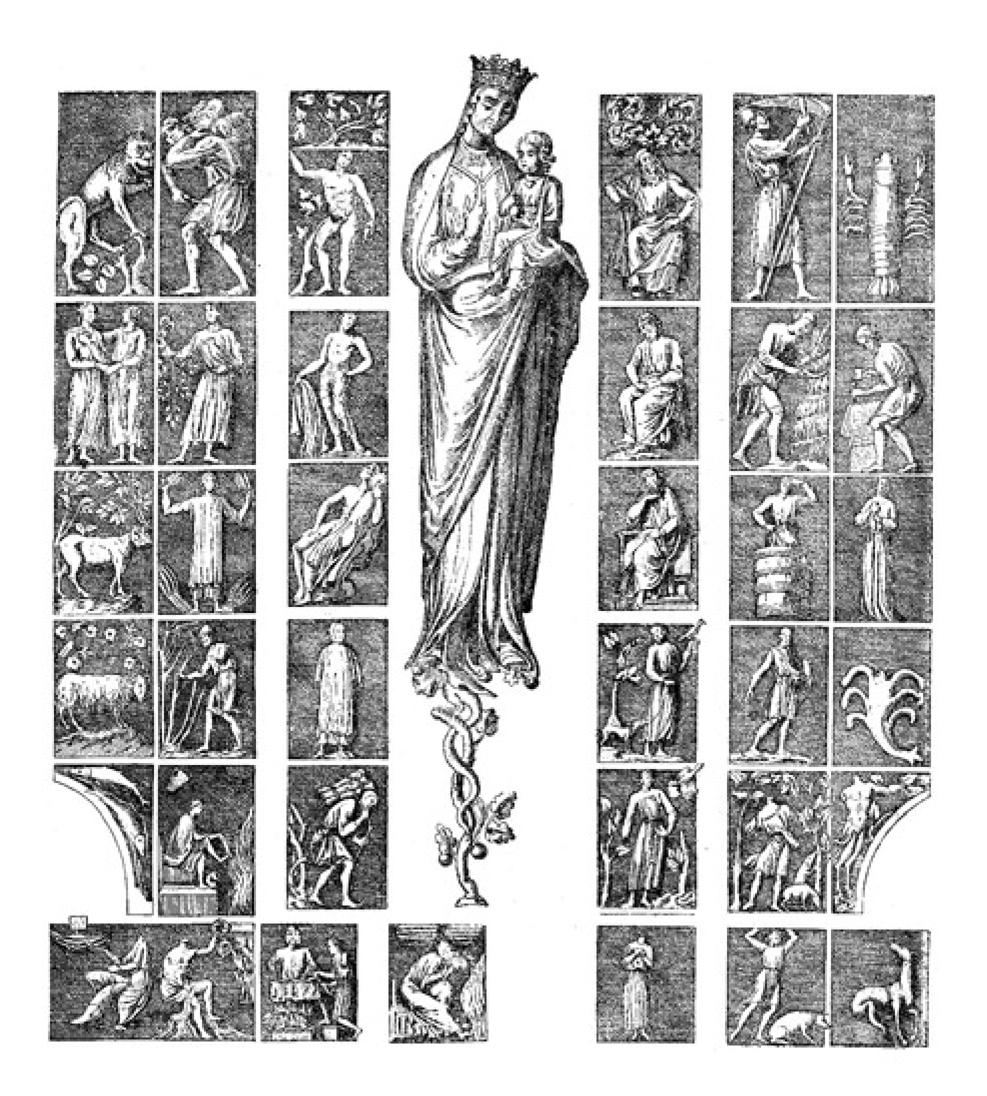
Capilla cristiana de los Siete Durmientes, construida sobre un dolmen, cerca de Plouaret, Francia.

La ciencia de la astroarqueología ha demostrado que esas puertas se alinean con fenómenos astronómicos, dirigidos a canalizar el influjo de los mundos espirituales en momentos propicios. En Karnak, Egipto, cuando salía el sol en el solsticio de invierno, un fino rayo de luz entraba por las

puertas del templo y recorría casi quinientos metros, atravesando patios, vestíbulos y pasillos, hasta penetrar en la oscuridad del sanctasanctórum.

A muchos cristianos les sorprenderá saber lo mucho que ha perdurado esta tradición. Todas las iglesias cristianas están alineadas desde el punto de vista astronómico, normalmente hacia el este el día del santo al que está dedicada la iglesia. Las grandes catedrales, desde Notre-Dame en París a la Sagrada Familia en Barcelona, están cubiertas de símbolos astronómicos y astrológicos.

Aunque los miembros de la Iglesia modernos condenen a menudo la astrología, no se puede negar, por ejemplo, que las grandes festividades religiosas se asocian con fenómenos astronómicos (la Pascua de Resurrección es el primer domingo después de que la luna llena caiga en el equinoccio vernal o aparezca tras éste; la Navidad es el primer día después del solsticio de invierno, cuando el sol naciente empieza a retroceder visiblemente en dirección opuesta por el horizonte).



Hermoso simbolismo astronómico en el exterior de la catedral de Notre-Dame, París.

Incluso una somera mirada a los textos bíblicos demuestra que la actual interpretación radicalmente monoteísta de las escrituras no se corresponde con las creencias de los autores de esos textos. La Biblia se refiere a muchos seres espirituales incorpóreos, como los dioses de tribus rivales, ángeles, arcángeles, y también a diablos, demonios, Satanás y Lucifer.

Todas las religiones creen que la mente precedió a la materia. Todas sostienen que la creación se produjo a través de una serie de emanaciones, visualizadas universalmente como una jerarquía de seres espirituales, ya sean éstos dioses o ángeles. La doctrina de la Iglesia siempre ha aceptado la existencia de una jerarquía de ángeles, arcángeles, etcétera,

mencionada por san Pablo y explicada por su discípulo san Dionisio, codificada por santo Tomás de Aquino y plasmada vívidamente en el arte de Jan Van Eyck y en la literatura de Dante.

En la actualidad, el cristianismo a menudo ningunea y desacredita estas doctrinas, pero lo que los líderes de la Iglesia se han mostrado decididamente resueltos a eliminar —lo que se ha circunscrito a la doctrina esotérica— es que se identifiquen diferentes órdenes de ángeles con los dioses de las estrellas y los planetas.

Aunque no se ha filtrado hacia los niveles inferiores, hasta el grueso de la congregación, los actuales estudiosos de la Biblia reconocen que ésta contiene muchos pasajes que debería entenderse que hacen referencia a dioses astronómicos. Por ejemplo, el Salmo 19 dice: «En el mar levantó para el sol una tienda, y él, como un esposo que sale de su tálamo, se recrea, cual atleta, corriendo su carrera.» El estudio de este pasaje, junto con los textos comparativos de culturas próximas, revela que se refiere al matrimonio entre el sol y Venus.

Un fragmento como éste podría ser descartado considerándolo incidental respecto al principio teológico principal de la Biblia. Podría sospecharse que es una interpolación de una cultura extranjera. Pero lo cierto es que, una vez se eliminan las capas de traducciones erróneas y otros tipos de confusión, puede observarse que los más importantes pasajes de la Biblia se refieren a divinidades estelares y planetarias.

Los cuatro querubines son uno de los símbolos más relevantes de ese texto sagrado, ya que aparecen en versículos clave de Ezequiel, Isaías, Jeremías y del Apocalipsis. Populares en la iconografía hebrea y cristiana, importantes en el arte y la arquitectura eclesiásticos en todo el mundo, se simbolizan con un buey, un león, un águila y un ángel. En las doctrinas esotéricas, estos cuatro querubines son los grandes

seres espirituales que están detrás de cuatro de las doce constelaciones que forman el zodiaco. La prueba de sus identidades astronómicas reside en las imágenes a las que se asocian: buey = Tauro, león = Leo, águila = Escorpio, y ángel = Acuario.



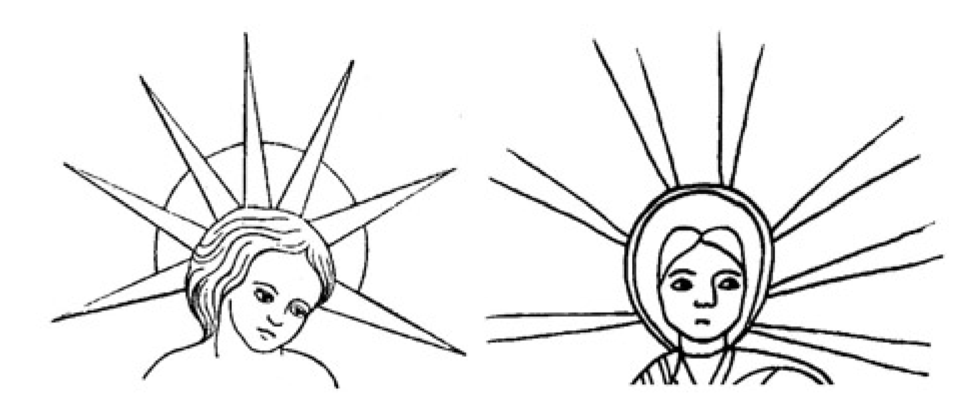
IZQUIERDA Los cuatro querubines del sueño de Ezequiel en el cuadro de Rafael.

DERECHA La combinación del Querubín (el «Tetramorfo») en la mitología hindú.

Este simbolismo cuádruple relativo a las constelaciones se repite en todas las grandes religiones del mundo. No obstante, para hallar el ejemplo más importante y revelador del politeísmo en el cristianismo debemos volver al relato de la creación tal como se cuenta en el Génesis y en el Evangelio de san Juan.

El versículo 1 del Génesis suele traducirse así: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», pero de hecho, cualquier estudioso de la Biblia admitirá, incluso aunque sea bajo presión, que la palabra *Elohim*, traducida aquí como «Dios», está en plural. Así, el versículo dice en realidad: «En el principio crearon los dioses los cielos y la tierra.» Ésta es una anomalía bastante extraña ante la que los clérigos ajenos a

la tradición esotérica suelen hacer la vista gorda. Sin embargo, en el seno de esta tradición, es bien sabido que eso hace referencia a divinidades astronómicas.



Representación de Apolo en una escultura romana. En la Antigüedad, el dios Sol se solía representar con siete rayos que emanaban de él, en referencia a los siete espíritus solares que conformaban su naturaleza. En el *Libro de los muertos* egipcio se los llama los Siete Espíritus de Ra, y en la antigua tradición hebrea, los Siete Poderes de la Luz. En el arte de los inicios del cristianismo se usaba idéntica imagen del dios Sol para representar a Cristo, aquí en un mosaico del siglo III en los sótanos del Vaticano.

Como hemos sugerido, podemos descubrir su identidad si comparamos el versículo del Génesis con el versículo paralelo del Evangelio de san Juan. «En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. […] Todo se hizo por ella […] y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron.»

Este paralelismo resulta útil, porque Juan no acuñó de nuevo la expresión [la Palabra], sino que se refería a una tradición que ya era antigua en su época y que es evidente que esperaba que sus lectores entendieran. Aproximadamente cuatro siglos antes, Heráclito, el filósofo griego, había escrito: «El Logos [es decir, la Palabra] existía antes de que existiera la Tierra.» Aquí lo importante es que, según la tradición antigua, la Palabra que brillaba en las tinieblas en el Evangelio de san Juan (y, como hemos visto, los dioses que dijeron «haya luz» en el Génesis) son los siete grandes espíritus que actuaban juntos como una gran influencia espiritual que emanaba del sol.

Así, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento aluden al papel del dios Sol en la creación tal como se solía concebir en las religiones de la Antigüedad.

El segundo gran acto de la obra teatral de la creación empieza cuando el dios Sol llega para rescatar a la Madre Tierra de manos de Saturno.

En el imaginario colectivo, el Sol es un joven apuesto y radiante, con una melena leonina. Es músico y conduce un carro. Recibe muchos nombres, como Krisna en la India o Apolo en Grecia. Surgiendo esplendoroso de entre la tormenta, hace retroceder la oscuridad de Saturno hasta que éste se convierte en un dragón o serpiente gigante que rodea el cosmos.

A continuación, el Sol calienta a la Madre Tierra para que produzca vida nueva, y, mientras lo hace, suelta un gran rugido triunfal que reverbera hasta los confines exteriores del cosmos. Ese rugido hace que la materia de la matriz cósmica vibre, baile y genere formas. En los círculos esotéricos, este proceso se denomina a veces como «la danza de las sustancias». Al cabo de un rato, esa danza hace que la materia se coagule y adopte distintas configuraciones.

Así pues, a lo que estamos asistiendo aquí es al canto del sol para que el mundo empiece a existir.

El Sol-León es una imagen habitual en el arte antiguo. Siempre que aparece, se refiere a ese temprano estadio de la creación basado en la creencia de que la mente precede a la materia. A finales de la década de 1950 se escribió un magnífico relato que contaba de nuevo la historia del Sol-León en ese acto de creación. Está en el libro anterior a *El león, la bruja y el armario*, llamado *El sobrino del mago*. Lo que han pasado por alto las escuelas no esotéricas de crítica literaria es que la obra de C. S. Lewis está impregnada de doctrinas rosacruces. En su relato, el Sol-León se llama Aslan:

> En la oscuridad empezaba a suceder algo por fin. Una voz había comenzado a cantar. Sonaba muy distante y a Digory [el primer niño que exploraba Narnia] le costaba mucho decidir de dónde provenía. En ocasiones, parecía venir de todas partes a la vez; otras veces casi creía que surgía de la tierra bajo sus pies, pues las notas bajas eran lo bastante graves como para ser la voz de la tierra misma. No había palabras. Apenas si existía una melodía. Sin embargo, se trataba, sin comparación posible, del sonido más hermoso que había oído jamás. Era tan bello que apenas podía soportarlo […]. Por el este, el cielo cambió de blanco a rosa y de rosa a dorado. La voz creció y creció, hasta que todo el aire se estremeció con ella […]. El león iba y venía por aquel territorio vacío y entonaba una nueva canción. […] Y mientras andaba y cantaba, el valle se llenó de hierba verde que se desparramaba a partir del león como un estanque. La hierba ascendió por las faldas de las pequeñas colinas como una oleada.

Con la victoria del dios Sol, los maestros de las escuelas mistéricas querían indicar la transición momentánea de un cosmos puramente mineral a otro en el que florecía la vida vegetal.

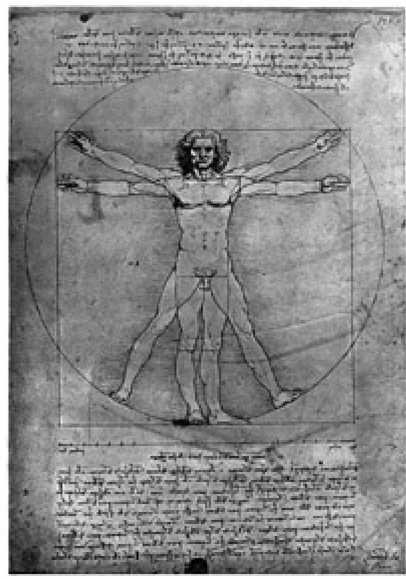
Según la tradición de los misterios, en la forma más temprana y primitiva de la vida vegetal, cada germen se unía a los demás para formar inmensas estructuras flotantes, a modo de telarañas, que llenaban todo el universo. En los *Vedas*, los libros sagrados de la India, esta fase de la creación se describe como «la red de Indra», una malla infinita de hilos luminosos y vivos que se entrelazan perpetuamente, que se unen como olas de luz y después se vuelven a separar.

Pasó el tiempo, y algunos de estos hilos empezaron a entrelazarse de un modo más permanente, y los haces de luz se dividieron y adoptaron una forma parecida a la de un árbol. Quizá podamos hacernos una idea de ello si recordamos la experiencia de haber visitado de niños un gran invernadero como al que le gustaba ir a Alice Liddell, la niña que inspiró *Alicia en el País de las Maravillas*, en los Kew Gardens de Londres. En él, por todas partes se ven grandes zarcillos enredados, y flota una neblina húmeda y un verdor luminoso bañado por el sol.

Si pudiésemos aterrizar en medio de todo esto y nos sentáramos en una de las grandes ramas verdes que se extienden hasta perderse de vista, y si esta gran rama en la que

estuviéramos sentados se agitara de repente, viviríamos la experiencia de sentirnos como el héroe de una historia fantástica que estuviese sentado en una roca que se moviera porque resultase ser un gigante. El enorme ser vegetal que se hallaba en el corazón del cosmos, cuyas extremidades blandas y luminosas se extendían hacia sus cuatro extremos, era Adán.





IZQUIERDA De un manuscrito del siglo XIII. Adán con las extremidades estiradas hacia las esquinas del cosmos.

DERECHA La comparación con el famoso dibujo de Leonardo revela un significado que a menudo se pasa por alto. Adán ocupaba literalmente todo el cosmos.

Aquello era el Paraíso.

Dado que aún no había ningún elemento animal en el cosmos, Adán no sentía deseo y, por lo tanto, no mostraba preocupación ni insatisfacción. Las necesidades se satisfacían antes incluso de que pudieran percibirse. Adán vivía en un mundo en perpetua primavera. La naturaleza le procuraba alimento en forma de una savia lechosa, similar a la que se encuentra en el diente de león en la actualidad. Los recuerdos de esa maravillosa saciedad nos han llegado en forma de estatuas de la Diosa Madre de varios pechos.

Con el paso del tiempo, las formas vegetales se volvieron más complejas, más parecidas a las plantas que conocemos hoy en día. Si entonces hubiera podido ver la historia del

cosmos con sus propios ojos, le habría sorprendido la miríada de flores que palpitaban y se agitaban al viento.

Hemos sugerido que la historia secreta de la creación sigue un muy curioso paralelismo con la historia científica de la creación. Por ejemplo, acabamos de ver que la fase puramente mineral de la existencia precedió a una fase vegetal primitiva, que luego evolucionó hacia un período con plantas más complejas. Pero existe una crucial diferencia sobre la que debo llamar la atención. En la historia secreta, lo que finalmente evolucionó y se convirtió en vida humana no sólo pasó primero por una fase vegetal y ya está, sino que el elemento vegetal sigue siendo una parte fundamental del ser humano en la actualidad.

Si sacáramos el sistema nervioso simpático del cuerpo y lo pudiéramos de pie para que se sostuviera solo, veríamos que parece un árbol. Tal como uno de los principales homeópatas británicos me dijo con una bonita formulación: «El sistema nervioso simpático es el regalo del reino vegetal al cuerpo físico del hombre.»

En todo el mundo la doctrina esotérica se ocupa de las sutiles energías que fluyen por esa parte vegetal del organismo y también de las «flores» de ese árbol, los chacras, que actúan, como veremos, como sus órganos de percepción. El gran centro del componente vegetal del cuerpo humano, que se alimenta de las olas de luz y calor que irradia el sol, es el chacra del plexo solar, llamado «solar» porque se formó en esa era, la dominada por el sol.



Ídolo solar germánico. Grabado de 1596. J. B. Van Helmont, un importante alquimista y científico que aparecerá más adelante en esta historia, llamó al estómago «el asiento del alma».



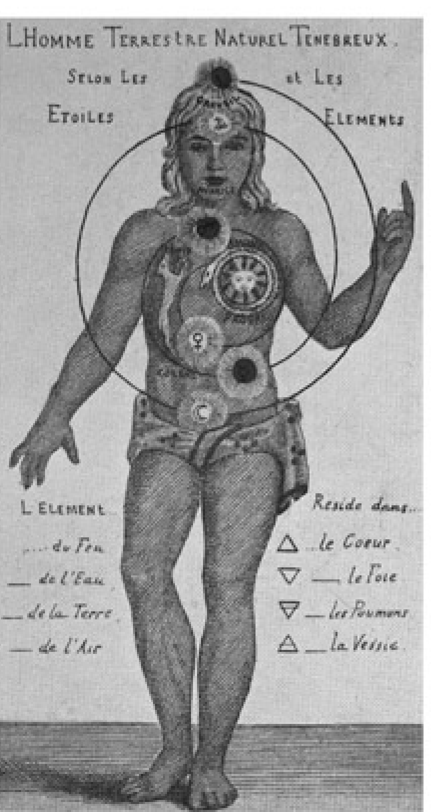


Ilustración hindú de los siete chacras principales y, a título comparativo, ilustración de Johann Gichtel para los textos sobre los chacras del místico cristiano del siglo XVII Jakob Böhme.

Chinos y japoneses son los que mayor conciencia siguen teniendo de este elemento vegetal del cuerpo humano. En la medicina china se cree que el flujo de energía de esta fuerza vital vegetal, llamada *chi*, da vida al organismo, y que la enfermedad aparece cuando esa delicada red de energías se bloquea. El hecho de que ese flujo de energía no pueda ser detectado por la materialista ciencia moderna, y que parezca actuar en un reino un tanto escurridizo entre el espíritu humano y la carne del cuerpo animal, no resta eficacia a este tipo de medicina, tal como atestiguan generaciones y generaciones de pacientes.

Lo mismo que en la medicina, chinos y japoneses tienden a hacer gran hincapié en el papel del plexo solar en la práctica espiritual. Si se contempla la estatua de un Buda meditando se verá a alguien sumido en meditación, y que el centro de esa meditación, su centro de gravedad mental y espiritual, es su bajo vientre. Esto se debe a que se ha apartado de la mentalidad rígida y limitada del cerebro y se ha sumergido en su propio centro (a veces llamado *hara*), que está conectado con toda vida. Buda se halla concentrado en llegar a sentirse más vivo, en ser consciente de su unidad con todas las cosas vivas.



El perfil almendrado o mandorla que rodea esta visión de Jesús, llamada *vesica piscis*, procede del jeroglífico egipcio denominado *Ru*, que simbolizaba el portal del nacimiento y también el Tercer Ojo, o chacra frontal. La intención de los masones que lo tallaron en una iglesia de Alpirsbach, en Alemania, era que el espectador

pudiera tener una experiencia directa de los grandes seres espirituales, y comunicarse con ellos mediante la activación del Tercer Ojo. Resulta extraordinario que, en todo el mundo, el arte y la arquitectura cristiana contenga con frecuencia representaciones del Tercer Ojo, que no identifica la gran mayoría de los cristianos.

Aunque el concepto de los chacras se ha popularizado en Occidente a partir de la llegada de las doctrinas esotéricas orientales, los chacras son asimismo fundamentales para la tradición esotérica occidental, y se pueden hallar tanto en el pensamiento egipcio como en el hebreo. Y, del mismo modo en que el cristianismo tiene una tradición oculta de dioses estelares y planetarios, tiene también una tradición oculta de chacras.

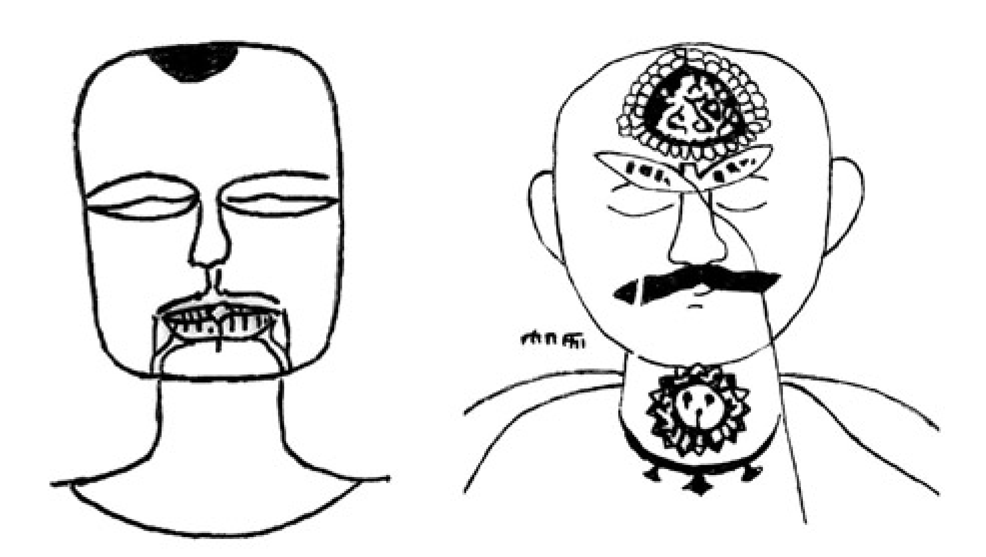


El Tercer Ojo representado como una serpiente ureo en un grabado mural de Egipto.

Los órganos del cuerpo vegetal están situados en nódulos a lo largo de su tronco o tallo. Están formados por una cantidad variable de pétalos (por ejemplo, el chacra del plexo solar posee diez pétalos, mientras que el chacra frontal tiene

dos). Los siete chacras principales (ubicados en la ingle, el plexo solar, los riñones, el corazón, la garganta, la frente y la coronilla) aparecen en los textos del siglo XVII de Jakob Böhme y, como veremos más adelante, en los de su casi contemporánea santa Teresa de Jesús, en los que reciben el nombre de «los ojos del alma».

Por otra parte, si se examina la Biblia a fondo, se pueden hallar muchas referencias en clave a los chacras. Los cristianos de mentalidad convencional explican que los «cuernos» con los que tradicionalmente se ha representado a Moisés son fruto de un malentendido basado en una mala traducción. Sin embargo, en la tradición esotérica, esos cuernos representan los dos pétalos del chacra frontal, a veces llamado Tercer Ojo. El florecimiento de la vara de Aarón simboliza la activación de los chacras, la apertura de las sutiles flores a lo largo del tenue árbol. En el capítulo final veremos cómo, en el Apocalipsis, el relato de la apertura de los siete sellos es, de hecho, una alusión a la activación de los siete chacras, y una predicción de las grandes visiones del mundo espiritual que eso tendrá como consecuencia.



Hombre meditando sobre la glándula pineal, tomado de un dibujo de Paul Klee, con la representación hindú del mismo a modo de comparación.

La glándula pineal es una pequeña glándula gris, del tamaño de una avellana, que está situada en la parte posterior del cerebro, donde la médula espinal se une con éste. En la

fisiología esotérica, cuando tenemos una corazonada, nuestra glándula pineal empieza a vibrar, y si se aumenta y prolonga esa vibración mediante disciplinas espirituales, se puede hacer que se abra el Tercer Ojo, ubicado en mitad de la frente.

Los anatomistas modernos no se ocuparon de la glándula pineal hasta 1866, fecha en que se publicaron de forma casi simultánea dos monografías, una de H. W. de Graaf y la otra de E. Baldwin Spencer. Más tarde se descubrió que la glándula pineal es de gran tamaño en los niños y que cuando se produce la consolidación de varias partes del organismo, más o menos en torno a la pubertad (es decir, cuando por naturaleza nos volvemos menos imaginativos), la glándula pineal inicia un proceso de calcificación y se encoge. En la actualidad, los científicos saben que la melatonina es una hormona que se sintetiza principalmente en la glándula pineal, sobre todo de noche. La melatonina es fundamental para los ciclos de vigilia y sueño, y para el buen funcionamiento del sistema inmunitario.



Artistas como Pieter Brueghel, Henri Met Des Bles y, aquí, El Bosco representaban a menudo a criaturas protohumanas con estructuras óseas rosadas y de consistencia cerúlea. Los críticos de arte no han descubierto hasta ahora la fuente de estas imágenes.

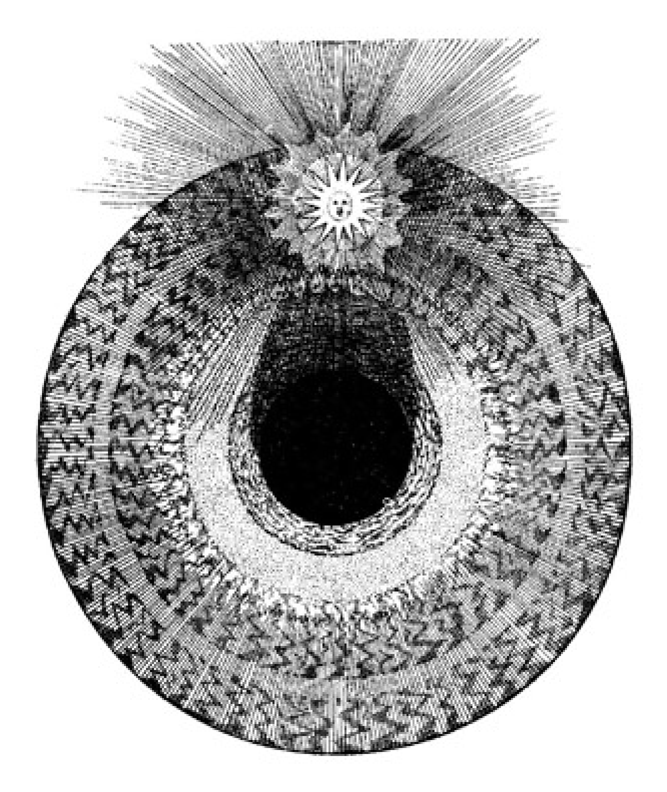
Si bien la ciencia moderna descubrió la glándula pineal relativamente tarde, los antiguos en cambio supieron de su existencia muy pronto, y creían también comprender su función. Asimismo, sabían cómo manipularla para alterar el estado de conciencia. Los egipcios la dibujaban como una serpiente ureo, y en la literatura hindú se mostraba como el Tercer Ojo de la Sabiduría, o el Ojo de Siva. Se representaba como la vara rematada por una piña de los seguidores de Dioniso, y un anatomista griego del siglo IV a. J. C. la describió como «el esfínter que regula el flujo de pensamiento».

Creían que era un órgano de percepción de los mundos superiores, una abertura a la iluminación y las maravillas de las jerarquías espirituales. Esta ventana podía abrirse sistemáticamente mediante la meditación y otras prácticas secretas que generaban visiones. Investigaciones realizadas recientemente en la Universidad de Toronto han demostrado que meditar sobre la glándula pineal usando los métodos recomendados por los yoguis indios, hace que ese órgano libere un torrente de melatonina, cuya secreción nos hace soñar y, en determinadas dosis, puede provocar también alucinaciones en estado de vigilia.

Volviendo al relato de la creación y a las grandes imágenes recogidas en el Génesis, vemos que, al principio, el cuerpo de Adán era muy blando y amorfo, con una piel casi tan delicada como la superficie de un estanque, pero luego empezó a endurecerse. Tal como Jakob Böhme, el gran místico cristiano y filósofo rosacruz, escribió en *Mysterium Magnum*, su comentario sobre el Génesis, «lo que con el tiempo se convertiría en hueso, ahora se endurecía y se transformaba en algo parecido a la cera». Al calor del sol, sus extremidades verdes también empezaron a teñirse de un color rosado.

A medida que Adán se solidificaba, empezaba también a dividirse en dos, es decir, era hermafrodita, y se reproducía de modo asexual. Si se lo presiona, cualquier experto en hebreo bíblico admitirá que en el Génesis 1, 27, el versículo que suele traducirse como «creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya […], macho y hembra los creó», debería decir así: «Crearon, pues, ellos [es decir, *Elohim*] al ser humano a imagen suya […], macho y hembra los crearon.»

Por lo tanto, mediante este método vegetal de reproducción, Eva había nacido del cuerpo de Adán, gestada a partir de un cartílago de éste, que le hacía las veces de estructura ósea.



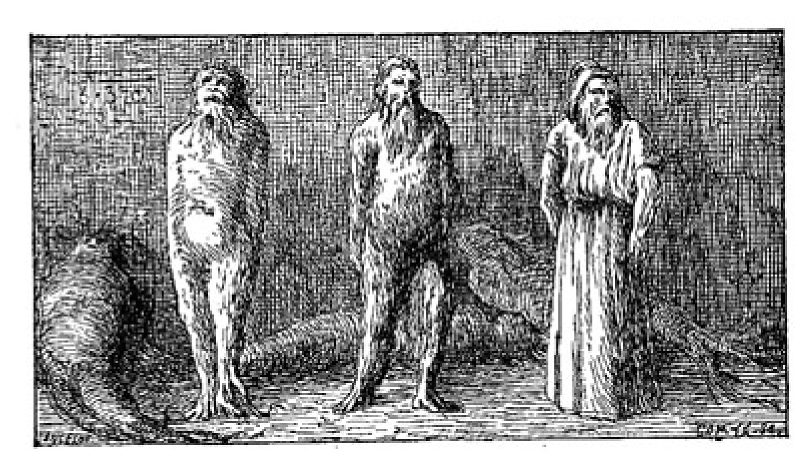
La separación de la Tierra y el sol en un grabado inglés del siglo XVII que ilustra los textos de Robert Fludd, un eminente erudito rosacruz que se cree que fue uno de los traductores de la Biblia del rey Jacobo.

La progenie de Adán y Eva también se reproducía de un modo asexual, procreando mediante sonidos, de manera análoga a la actividad creativa de la Palabra. Este episodio de la historia está relacionado con la idea masónica del «Mundo

perdido», la creencia esotérica de que, cuando vuelva a descubrirse ese Mundo, en un futuro lejano, será posible fecundar sólo con el sonido de la voz humana.

Adán, Eva y sus descendientes no morían, sino que simplemente dormían de vez en cuando para regenerarse. Sin embargo, ese estado de ensoñación del jardín del Edén no podía durar para siempre. De haber sido así, la humanidad nunca habría pasado de la fase vegetal.

Siempre se había querido que el dios Sol se separara de la Tierra… durante un tiempo.



Hombres mandrágora en un grabado del siglo XIX. Las raíces de mandrágora han desempeñado siempre un importante papel en la tradición esotérica porque su forma parece representar a menudo el esfuerzo de los vegetales por adoptar la silueta humana. ¿Serían así los colosos que vio Heródoto?

Por supuesto, no hay restos de la época en que los dioses y los protohumanos estaban en fase vegetal, pero existe al menos una crónica fiable de la existencia de ese tipo de restos.

Heródoto, el escritor griego del siglo V a. J.C., es llamado a veces el padre de la historia porque fue el primero que trató de investigar y componer un relato coherente y objetivo de la misma.

Hacia 485 a. J.C., Heródoto visitó la ciudad egipcia de Menfis. Allí, en vastas criptas subterráneas, le mostraron hileras de estatuas de antiguos reyes que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, pertenecientes a épocas increíblemente remotas. Mientras las recorría con los

sacerdotes, llegó a una serie de 345 colosales tallas de madera de seres que habían reinado antes de Menes, el primer rey humano. Según los sacerdotes, esos seres «nacieron el uno del otro», es decir, sin necesidad de una pareja sexual, mediante el método vegetal de la partenogénesis. Esos monumentos de madera, cada uno con una placa que daba cuenta de su nombre, historia y anales, constituían un registro de una época durante mucho tiempo perdida de la vida vegetal de la humanidad.

4. LUCIFER, LA LUZ DEL MUNDO

La manzana del deseo • La batalla en el cielo • Los secretos de los días de la semana

La creación era representada en las escuelas mistéricas. Se trataba de una obra en tres actos.

En el primero, se escenificaba la opresión de la Madre Tierra por parte de Saturno. Se llamaba la Era de Saturno.

En el segundo se ponía en escena el nacimiento del Sol y la protección que brindaba a la Madre Tierra. Ésta, la época paradisíaca de la población vegetal, se recordaba como la Era del Sol.

Durante la representación de estos importantes acontecimientos, el candidato a la iniciación se hallaba inmerso en lo que, en parte, era una obra con efectos especiales y, en parte, una sesión de espiritismo. En un estado de conciencia alterado, tal vez bajo los efectos de las drogas y con poca perspectiva, el candidato era guiado por los sacerdotes en un viaje chamánico por los mundos espirituales. La obra teatral, tal como la llamaríamos hoy, debió de pasar finalmente de los centros griegos de los misterios a representarse en lugares públicos. Sin embargo, al menos en los orígenes de las escuelas mistéricas, los candidatos a la iniciación nunca habían visto nada igual.

Ahora llegamos al tercer acto, el tema de este capítulo. Al principio del mismo, se produce ese acontecimiento trascendental al que nos hemos referido al final del capítulo anterior. La Tierra y el sol se separan. A partir de entonces, los rayos vivificantes del astro, en vez de iluminar a la Tierra interior, brillan sobre ella desde el cielo. En consecuencia, ésta se enfría y se vuelve más densa, menos gaseosa y más líquida. Se encoge, y toda su superficie acuosa es ocupada por Adán, Eva y su floral progenie, que palpita y se mece con el viento.

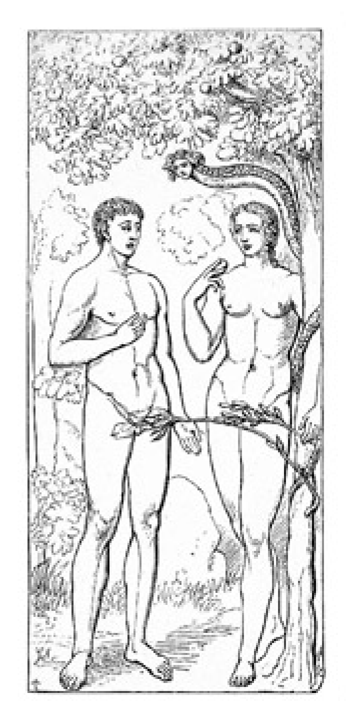
De repente, en el clímax del tercer acto, el candidato a la iniciación que contemplaba esta obra en la escuela mistérica notaba un olor a azufre, e incluso tal vez lo medio cegaba un destello de luz, como si de un relámpago se tratara, cuando la pacífica escena bucólica se veía invadida por un centelleante y extraño ser vivo, espeluznantemente lívido y con cuernos. La imagen que se debía de imaginar era la de una serpiente cuyo cuerpo parecía no tener fin, millones de kilómetros que avanzaban sinuosamente hacia el interior del cosmos, una serpiente de una belleza perversa. Dice Ezequiel 28, 13: «En Edén estabas, en el jardín de Dios. Toda suerte de piedras preciosas formaban tu manto: rubí, topacio, diamante, crisólito, piedra de ónice, jaspe, zafiro, malaquita, esmeralda; en oro estaban labrados los aretes y pinjantes que llevabas.»

El candidato a la iniciación observaría aterrorizado cómo se enrollaba, apretando cada vez más, alrededor del tronco vegetal de Adán, y entendería que lo que contemplaba era la serie de acontecimientos que hacían que la vida en la Tierra avanzara trabajosamente hacia la siguiente fase de la evolución. Porque la imagen de la serpiente enrollada al árbol constituye la representación más evidente de la transición terrestre de la vida vegetal a la animal.

Desde el siglo XVIII, cuando la cosmovisión que defendía que la materia precedía a la mente empezó a sustituir a la antigua cosmovisión basada en el concepto de que la mente era anterior a la materia, la Iglesia ha tratado de conciliar el relato de la creación del Génesis con los hallazgos científicos; una empresa abocada al fracaso, porque se basa en una interpretación moderna y anacrónica del Génesis.

Este libro de la Biblia no plantea la evolución de un modo objetivo, como lo hacen los científicos contemporáneos, que recopilan y evalúan datos geológicos, antropológicos y arqueológicos de un modo imparcial, sino que es un relato subjetivo de la evolución de la humanidad tal como se creía que sucedió. Es decir, la descripción de la serpiente enrollada en el árbol es la imagen de la formación de la columna

vertebral y el sistema nervioso central característicos de los animales, tal como ha quedado en el subconsciente colectivo humano.




IZQUIERDA Adán, Eva y la serpiente, de Massolino.

DERECHA Grabado renacentista del árbol en el Jardín del Edén con forma de esqueleto, por Jacob Rneff.

Una y otra vez, veremos cómo el relato esotérico no contradice necesariamente al científico. Tal como sugeríamos con la imagen de doble perspectiva, ambos tratan de lo mismo pero desde un punto de vista muy distinto.

En el capítulo anterior veíamos cómo, en cierto sentido, la materia había preparado el terreno para el nacimiento de la vida vegetal. Ahora, la vida vegetal como tal formaba un nicho del que podía surgir la vida animal. Dicho de otro modo, la vida vegetal formó un plantío donde cayeron las semillas de la vida animal.

Éste es el principio del trascendental episodio de la historia que conocemos como la Caída.

Al candidato a la iniciación se le haría sentir de un modo bastante literal la atroz sensación de vivir una situación crítica y peligrosa similar a la de la Caída. De repente, y como si le

empujara un temblor de tierra, se veía cayendo por un agujero negro, precipitándose en lo que inmediatamente descubría que era un nido de serpientes. En la tradición esotérica, la cámara situada debajo de la Gran Pirámide de Gizeh, conocida como la Cámara de la Ordalía, cumplía justo esa función. Excavaciones recientemente realizadas en Baia, Italia, donde los romanos creían que un sistema de cuevas, en parte natural y en parte artificial, constituía la entrada a los infiernos, han descubierto en realidad un lugar donde se ubicaba una puerta trampa que arrojaba a los candidatos a la iniciación a un nido de serpientes situado debajo.

El candidato experimentaba por sí mismo cómo Lucifer y sus legiones infestaban el mundo con una plaga de serpientes centelleantes. Veía cómo, según la historia secreta, toda la Tierra se convertía en un hervidero de vida animal primitiva. También contemplaba cómo el deseo atormentaba a la propia Tierra, haciendo que ésta se convulsionase, y constataba cómo las huellas de ese tormento quedaban plasmadas en las expresivas formaciones rocosas.

Sin embargo, ¿por qué el paso de la vida vegetal a la animal debía estar marcado por ese tormento? El relato de la tragedia en el Génesis hace hincapié en este elemento atormentador con algunas de las expresiones más impresionantes del Antiguo Testamento: «A la mujer le dijo: “Tantas haré tus fatigas cuantos sean tus embarazos: con dolor parirás los hijos. […]” Al hombre le dijo: “[…] maldito sea el suelo por tu causa; con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá.» Al parecer, debido a la Caída, los humanos deben sufrir, luchar y morir, pero ¿por qué?

Expresadas en ese lenguaje arcaico se encuentran más verdades de las que la ciencia moderna reconocería. Las plantas se reproducen por un método llamado partenogénesis, mediante el cual, de una parte de la planta nace una nueva. Este nuevo brote es, en cierto modo, una continuación de la planta que le ha dado origen, por lo que, en cierto sentido,

aquélla no muere. La evolución de la vida animal y su modo de reproducción característico, el sexo, trajo consigo la muerte. Tan pronto como se sintió hambre y deseo, se experimentó descontento, frustración, dolor y miedo.



Loki, el equivalente escandinavo de Lucifer, suele representarse como un dios apuesto y apasionado, pero también malvado, ingenioso y astuto. Ilustración del siglo XIX, de R. Savage.

¿Quién tienta a Eva? ¿Quién es la serpiente que enciende el deseo en el mundo?

Probablemente, todos creemos saber la respuesta a esa pregunta, pero de un modo ingenuo. El problema es que los responsables de nuestro desarrollo espiritual nos han dejado con la capacidad de comprensión de un párvulo.

En el capítulo anterior hemos visto cómo la Iglesia ha tapado sus raíces astronómicas, cómo el inicio del Génesis oculta en sus relatos a los mismos dioses planetarios que sabemos que existían en otras religiones más «primitivas» (el

dios Saturno, la diosa Tierra y el dios Sol). Conforme avanzamos en el libro, comprobamos de nuevo cómo esta ocultación de las raíces astronómicas, el monoteísmo radical de la Iglesia moderna, puede impedir que entendamos con claridad lo que ese antiguo texto trata de decirnos.



El paralelismo entre Lucifer y Venus puede verse también en la mitología de ambas Américas, donde aparece en la figura del dios serpiente Quetzalcóatl, con cuernos y plumas.

Lógicamente, la mayoría de la gente cree que el cristianismo acepta la existencia de un único diablo —*el* Diablo—, es decir, que Satanás y Lucifer serían uno solo.

Pero, de hecho, tan sólo tenemos que echar una rápida y renovada ojeada a los textos para comprobar que la intención de los autores de la Biblia era bastante diferente. Una vez más, esto es algo aceptado por los estudiosos de la Biblia, pero no se ha filtrado al grueso de la congregación.

Hemos visto que Satanás, el Señor de las Tinieblas, el agente del materialismo, se identifica con el dios del planeta Saturno de la mitología grecorromana. Lucifer, la serpiente, el provocador que aviva el deseo animal en la humanidad, ¿debe identificarse también con Saturno, o tal vez con un planeta diferente?

Existe un enorme y erudito corpus de referencias bibliográficas que comparan los textos bíblicos con documentos más antiguos y con otros contemporáneos de culturas próximas, y que demuestran que las dos principales encarnaciones del mal en la Biblia, Satanás y Lucifer, no son el mismo ser. Por suerte, no tenemos que sumergirnos en esta

bibliografía, ya que la propia Biblia incluye una afirmación bastante explícita, en Isaías 14, 12: «¡Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora!»



La serpiente, a veces enrollada en torno al cuerpo de la diosa, era considerada «la ministra de la diosa» por los griegos.

El lucero del alba es, por supuesto, Venus. Por lo tanto, la Biblia identifica a Lucifer con el planeta Venus.

En un primer momento, podría parecer que iba contra la intuición el hecho de equiparar a la diosa grecorromana Venus (Afrodita para los griegos) con Lucifer en la tradición judeocristiana. Venus/Afrodita es de sexo femenino y parece tener mayor relevancia. Sin embargo, poseen en realidad puntos de similitud clave.

Tanto Lucifer como Venus/Afrodita están ligados al deseo animal y a la sexualidad.

La manzana es la fruta asociada a ambos. Lucifer tienta a Eva con una manzana y Paris le entrega a Venus ese mismo fruto en un gesto que precipita el rapto de Helena y la Gran Guerra de la Antigüedad. Universalmente, la manzana es la fruta de Venus, porque si se parte en dos el camino que Venus describe en el cielo durante un período de cuarenta años, es una estrella de cinco puntas, exactamente la imagen que forman las pepitas del corazón de la manzana.

Lucifer y Venus son asimismo figuras ambiguas. Lucifer es el mal, pero un mal necesario. Sin la intervención de éste, la protohumanidad no habría evolucionado más allá de una forma de vida vegetal. Gracias a la intervención de Lucifer en la historia somos seres animados, tanto en el sentido de que podemos movernos por la superficie del planeta como de que nos mueve el deseo. Un animal tiene conciencia propia de ser una entidad diferenciada, cosa que no poseen las plantas. Decir que Adán y Eva «sabían que estaban desnudos» equivale a decir que se dieron cuenta de que tenían cuerpo.

Desde la Antigüedad, nos han llegado hermosas representaciones de Venus, aunque también existen otras terroríficas. Tras la imagen de una mujer de belleza incomparable se ocultaba la aterradora mujer serpiente.

Con el fin de profundizar en esta ambigüedad y entender mejor el siguiente evento importante en la historia secreta del mundo, recurrimos ahora a una antigua versión alemana de la tradición de Venus/Lucifer, que apareció en la poesía medieval y que pasaría a formar parte de la corriente literaria mundial al adoptarla y adaptarla Wolfram von Eschenbach en *Parzival*.

> *¡Mirad! ¡Ahí está Lucifer!*
> *Si aún quedan maestros sacerdotes,*
> *Sabréis que estoy diciendo la verdad.*
> *San Miguel vio la ira de Dios [...]*
> *Le sacó la corona a Lucifer de la cabeza*
> *De tal forma que la piedra salió disparada*
> *Y en la tierra se convirtió en la piedra de Parzival.*

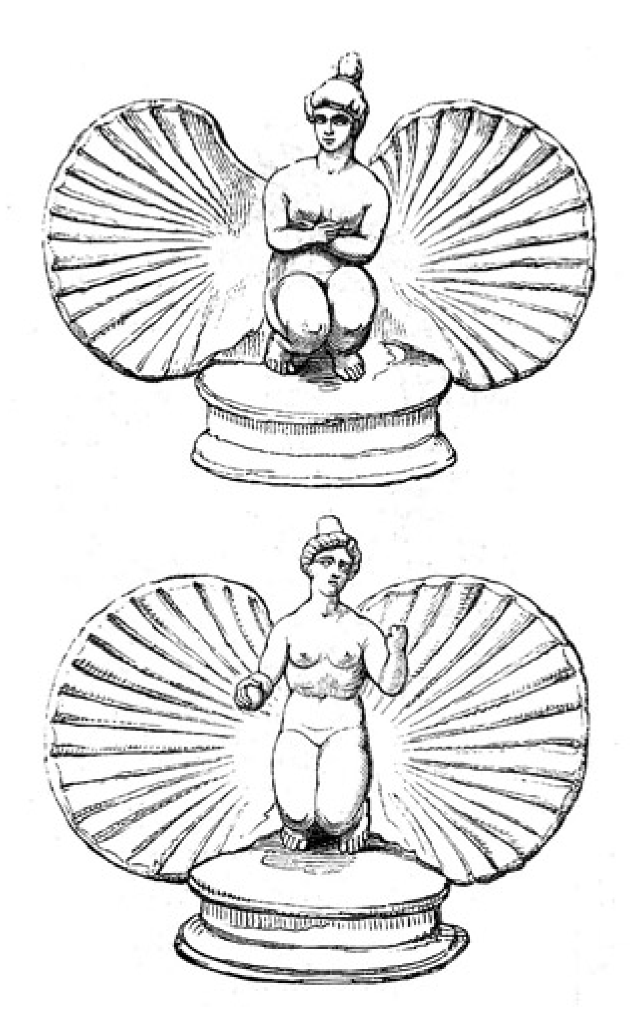
Según la tradición, mientras Lucifer caía, una gran esmeralda se le desprendió de la frente. Esto simboliza que la humanidad sufriría una cada vez mayor pérdida de visión del Tercer Ojo, el chacra frontal.

Mientras que el resultado de la influencia de Satanás es que la vida sea a menudo dura de sobrellevar, es fruto de la influencia de Venus que con frecuencia sea difícil de entender.

Esta última dio una paradójica y engañosa cualidad al corazón del universo.

En otras palabras, el engaño irrumpió en el mundo, y Lucifer dotó a la materia de un glamour destinado a deslumbrar a la humanidad y cegar a la gente para impedirle ver las verdades superiores.

¿Por qué a veces parece que el camino hacia delante retroceda? ¿Por qué aquello que no deberíamos hacer bajo ningún concepto apenas parece distinto de lo que deberíamos hacer? En lo más profundo de mi corazón sé lo que debería hacer, pero hay otro elemento ajeno en mi interior que quiere llevarme por el mal camino. La influencia luciferina está muy arraigada en mi fisiología. El deseo y el engaño se mezclan en mi interior peligrosamente. Por influencia de Lucifer, «no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero» (Rom. 7, 19). San Pablo, que, como veremos, era neófito de la tradición de los misterios, afirma que una parte del ser humano siempre sabe lo que es correcto, pero a menudo se deja dominar por la parte que está bajo el yugo de Lucifer.



Estas estatuillas griegas expresan en cierta medida el gozo con que los griegos se dedicaban a los placeres del deseo, su disfrute del mundo material. En los relatos griegos de la creación, Venus nace por un acto de sublevación de Saturno, que corta con su hoz los testículos de Urano, el dios del cielo, castrándolo. Cuando el esperma de Urano cae al mar, nace la hermosa diosa Venus, totalmente formada, y llega hasta la costa flotando en una concha marina. Antiguamente se creía que las conchas surgían del agua, del mismo modo que la materia emanaba del espíritu. De ahí que simbolizaran la emanación de la mente cósmica, tanto en estos dibujos como, por ejemplo, en la iconografía de Santiago de Compostela.

La ciencia moderna nunca formula preguntas del tipo: ¿Cómo se introdujo el engaño en el mundo? ¿Y la imaginación? ¿Y la fuerza de voluntad? Sin embargo, en el pasado, el engaño, la imaginación y la voluntad se contaban entre las mayores fuerzas del universo, que vivían tanto en el exterior, en el espacio tridimensional, como dentro de la propia mente humana. Para los habitantes del pasado, la historia de la creación era el relato de cómo se originaron estas fuerzas.

Friedrich Nietzsche decía: «Necesitas tener caos en tu interior para poder crear una estrella danzante.» Los humanos nunca habrían podido volverse libremente creativos, valientes o afectuosos si no hubieran sido capaces de cometer errores, de ver las cosas de un modo distinto a como son y de creer que éstas son diferentes a como son. Se debe a Lucifer que nuestras creencias no siempre sean proporcionales a la evidencia. A menudo creemos lo que queremos creer. Por ejemplo, la vida de alguien a quien conocemos puede parecer un absoluto fracaso o un éxito alentador según cómo elijamos analizarla, con buenos sentimientos o con mezquindad. Y cuando el fuego severo, el azufre primigenio, nos arde en la boca del estómago, cuesta decantarse por los buenos sentimientos.

Cuando, en el principio de los tiempos, la diosa Tierra fue atacada por el dios de Saturno, el joven dios Sol acudió para protegerla y, librando una gran batalla en el cielo, venció a Saturno. Por lo tanto, el candidato a la iniciación al que se le mostraba la historia secreta del mundo ya había contemplado un gran combate. Ahora tenía que presenciar otro en el que el enemigo era la gran serpiente que había entrado reptando en el Paraíso para corromperlo.

¿Quién sería el nuevo campeón que combatiera en esa segunda batalla?

Al igual que en el caso de la fusión de Satanás y Lucifer, obra de la Iglesia con el fin de ocultar sus raíces astronómicas, ahora debemos desenmarañar otra confusión intencionada.

En los capítulos iniciales del Génesis, que relatan la historia de la creación, la palabra que suele traducirse como «Dios» es, como hemos visto, *Elohim*. Más tarde, el Génesis deja de referirse a *Elohim* y, en su lugar, el término que se traduce como «Dios» es *Yahvé*. Los estudiosos de la Biblia ajenos a la tradición esotérica solían explicar lo que les parecía que eran dos nombres distintos para un mismo Dios como resultado de dos corrientes literarias diferentes, la corriente de

Elohim y la de Yahvé, que debían de datar probablemente de dos períodos distintos y que un redactor de una época posterior unió.

Sin embargo, los eruditos conocedores de la tradición esotérica tienen una explicación mucho más sencilla. Elohim y Yahvé no son nombres distintos para una misma entidad, sino entidades diferentes. Como hemos visto, Elohim es el nombre colectivo de los Siete Espíritus que actúan juntos en calidad de dios del Sol, mientras que Yahvé se originó cuando uno de esos siete se separó del grupo para defender a la Tierra de Venus.

Para descubrir la verdadera identidad astronómica de Yahvé, debemos fijarnos de nuevo en la iconografía de su rival, Venus. Tenemos que recordar también que, antiguamente, la historia de los orígenes del cosmos lo mismo trataba de cómo se reunía la experiencia humana, de cómo esa experiencia adquiría su estructura característica y de cómo se conformada el universo físico. Es decir, trataba tanto de los principios de la naturaleza humana como de las leyes del mundo natural.



En el reverso de un espejo griego del siglo I a. J.C. está representada la historia de Sémele, diosa de la luna, y un hermoso joven llamado Endimión. En la historia, Sémele se enamora de Endimión y le lanza un conjuro que hace que éste se suma en

un lánguido sueño perpetuo. Aquí, mediante la vara de Dioniso, se muestra explícitamente cómo la luna actúa sobre la glándula pineal.



Representación medieval de Yahvé como dios de la guerra.

La naturaleza humana está tan formada, que todo lo que pueda hacer para resistirme a mis deseos animales (de hecho, lo que me impide convertirme en un mero animal) procede de mi capacidad de pensar y reflexionar. A Venus se la solía representar sujetando un espejo, pero no por vanidad, como se cree en la actualidad, sino porque el espejo era un símbolo del poder de la reflexión para actuar sobre el deseo.

El dios de la reflexión era el dios de la gran reflectora del cielo, la luna. En todas las culturas antiguas, la luna regulaba no sólo la fertilidad sino también el pensamiento.

De hecho, los sacerdotes iniciados creían que, para crear unas condiciones en las que el pensamiento humano fuera posible, el cosmos había tenido que estructurarse de un modo determinado. Para posibilitar la reflexión humana, el sol y la luna tuvieron que situarse en el cielo de tal manera que la luna reflejara la luz del sol en la Tierra.



Perseo, el portador del escudo lunar.

Asimismo, creían que esta disposición en el cielo se reproducía a una escala menor en la mente humana. En ésta, la glándula pineal representaba el sol, y la glándula pituitaria o hipófisis era la que podía modificar las visiones que la glándula pineal recibía de los mundos espirituales, y reflexionar sobre ellas.

Aunque pueda parecer una de las creencias más ridículas que hayan podido existir, los primeros pobladores la consideraban parte de su experiencia cotidiana real. Detectaban pequeños cambios en su estado de conciencia, que creían que mutaba con el desplazamiento de la luna y el sol. Invito a los lectores a comprobar si, según su propia experiencia, tienen sueños más vívidos cuando hay luna llena.

Si se observa un puñado de ostras colocadas en una bandeja durante un mes, se puede ver cómo crecen y menguan según la luna. La ciencia moderna ha confirmado que la hipófisis se comporta como una de esas ostras.

El dios de la Luna se dio a conocer a los hebreos como Yahvé y a los musulmanes como Alá, el gran dios del «no».

Por lo tanto, en el clímax de esta gran obra cósmica de la creación, con la Tierra en peligro de convertirse en un infierno viviente, surgió una nueva fuerza que se enfrentó a Lucifer. Del mismo modo que los siete *Elohim* habían intervenido para mantener a raya a Saturno/Satanás, ahora, uno de esos siete se había separado del grupo para convertirse en el dios de la Luna, y desde allí actuó para mantener a raya a Venus/Lucifer.

Esta gran batalla cósmica contra Venus es recordada en las culturas de todo el mundo, por ejemplo en la historia del combate de Krisna con la serpiente-demonio Kaliya, y en los relatos de la batalla de Apolo contra la serpiente Pitón y del enfrentamiento de Perseo contra el dragón de voraz apetito sexual que acechaba a Andrómeda, en el que usó su escudo a modo de espejo.

El Yahvé del Antiguo Testamento es un dios celoso, furioso y belicoso. En la tradición judía, el arcángel Miguel dirige las fuerzas de Yahvé. En palabras del Apocalipsis: «Entonces se entabló una batalla en el cielo. Miguel y sus Ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Ángeles combatieron […]. Y fue arrojado el Gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra.»

Así pues, hemos visto que en el tercer gran acto de la obra de la creación, el dios de la Luna cosechó una gran victoria.

De este modo empezó la era lunar. Las tres primeras épocas del cosmos, la mineral, la vegetal y la animal (*Saturn-day* [sábado o día de Saturno], *Sun-day* [domingo o día del Sol] y *Moon-day* [lunes o día de la Luna]), se recuerdan en los nombres de los primeros tres días de la semana en inglés. Esos días de la semana reciben el nombre de estos tres cuerpos celestes en este orden concreto por este único motivo.



Aquí se observa la batalla del dios Sol contra una serpiente o dragón en un grabado extraído de un cuadro de Rafael.

5. LOS DIOSES QUE AMARON A MUJERES

Los nefilim • El diseño genético de la humanidad • Los dioses pez • La historia original del origen de las especies

Estamos a punto de adentrarnos en uno de los episodios más oscuros e indecorosos de la historia mundial. Incluso en el seno de las sociedades secretas a menudo se corre sobre él un tupido velo.

Beroso, un sacerdote babilonio de la época de Alejandro Magno, fue uno de los primeros historiadores. A partir de los escasos fragmentos que perduran, es evidente que, como había hecho Heródoto antes que él, estudió las listas de reyes inscritas en las paredes de los templos e indagó en los archivos secretos del clero.

Los escasos fragmentos de Beroso que se conservan contienen conocimientos sobre la historia de los orígenes de la Tierra y el cielo y de la raza de los hermafroditas, los humanos presexuales que se reproducían mediante partenogénesis.

Beroso describe a continuación el modo en que la Tierra pasó a ser habitada por una raza primitiva. Un día surgió un monstruo en la costa, un animal llamado Oannes, «[…] cuyo cuerpo entero era el de un pez. Que bajo la cabeza de pez tenía otra cabeza, también con pies debajo, parecidos a los de un hombre, adjuntos a la cola de pez. Su voz y su lenguaje eran también articulados y humanos. Y una representación de él se ha preservado hasta hoy. Este monstruo estaba acostumbrado a pasar el día entre los hombres, pero durante ese tiempo no tomaba comida. Les dio una perspectiva de las letras y las ciencias y de las artes de toda clase. Les enseñó a construir ciudades, a fundar templos, a compilar leyes, y les explicó los principios del conocimiento geométrico. Hizo que distinguieran las semillas de la tierra, y les mostró cómo recolectar las frutas; en resumen, los instruyó en todo lo que podía tender a suavizar las costumbres y a humanizar sus vidas. […] Y cuando se ponía el sol, este ser Oannes se

retiraba adentrándose en el mar, y pasaba la noche en las profundidades, porque era anfibio. Después de él aparecieron otros animales como Oannes».



Oannes: grabado del siglo XIX en las paredes de Nínive (el original se halla en la actualidad en el Museo Británico).

Se pueden encontrar relatos similares sobre dioses pez que aparecen de repente y se convierten en maestros de la humanidad también en otras tradiciones, como por ejemplo en las historias hindúes sobre Matsya, el primer avatar de Visnú, y los relatos de los antiguos fenicios sobre Dagón, que enseñó a la humanidad el arte del riego, y los antiguos dioses pez del pueblo dagón, en África occidental. Incluso sabemos por Plutarco que, en las primeras representaciones, a Zeus se lo mostraba como un varón con cola de pez, una imagen que ha sobrevivido en la mitología griega en su hermano Poseidón.

Algunos escritores modernos ajenos a la tradición esotérica han creído ver en estas imágenes pisciformes pruebas de una invasión alienígena en la Antigüedad. Incluso se ha sugerido que el diseño genético de la raza humana fue obra de

invasores alienígenas, lo cual es un buen ejemplo de la mala comprensión de las tradiciones esotéricas que realizan quienes tratan de interpretarlas de manera materialista.

Si nuestro candidato a la iniciación hubiese estado siendo introducido a un nivel lo suficientemente alto, se le habría enseñado la verdad sobre la materia, algo muy parecido a lo siguiente…

En el Génesis se incluye un pasaje que en un principio no parece referirse exactamente a esos extraños acontecimientos, aunque trata también sobre la invasión perpetrada por seres de otro reino: «Cuando la humanidad empezó a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres les venían bien, y tomaron por mujeres a las que preferían de entre todas ellas. […] cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos: éstos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.

»Viendo Yahvé que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo» (Gén. 6, 1-5).

¿Qué diantres tenemos que interpretar a raíz de este pasaje? La expresión traducida en él como «hijos de Dios» se usa en otras partes de la Biblia para referirse a los ángeles, mensajeros que bajan del cielo. Pero en este contexto, «bajar» parecería conllevar una descalificación moral. Al afirmar el Génesis que los ángeles practicaban el sexo con mujeres, ¿acaso estaba diciendo que esos ángeles se «rebajaban» para intervenir en el mundo material? ¿Y quizá se habían quedado también prendados de él?

Como digo, estamos intentando adentrarnos en uno de los episodios más oscuros de la historia secreta y, de hecho, esos cinco versículos del Génesis seguirían siendo totalmente impenetrables si no fuera por el hecho de que este episodio se trata de un modo bastante más completo en las antiguas tradiciones judías, sobre todo en el Libro de Enoch.

Aunque ese libro desapareció de la historia exotérica convencional (es decir, la accesible a todo el mundo) en el 300-400 d. J.C., la masonería siguió creyendo en su existencia, su contenido y sus enseñanzas. En 1773, el explorador escocés James Bruce localizó en monasterios etíopes algunas copias manuscritas muy deterioradas del mismo, lo que sirvió para que se vindicaran las antiguas tradiciones masónicas.

Aunque nunca formó parte del canon de las escrituras cristianas, puesto que éstas se compilaron en el siglo IV, el Libro de Enoch era, sin embargo, lo suficientemente respetado por los autores del Nuevo Testamento como para citarlo, considerándolo sin duda al nivel de las sagradas escrituras. Algo que indica la consideración que merecía este libro es que Jesucristo conocía, evidentemente, sus conceptos de la llegada del reino y del juicio final. Además, la expresión usada en su Transfiguración, «Éste es mi Hijo, mi Elegido», quiere demostrar que Jesucristo es el Prometido por el Libro de Enoch.

Esto es lo que el Libro de Enoch dice respecto a los ángeles que amaban a mujeres: «Así sucedió que, cuando en aquellos días se multiplicaron los hijos de los hombres, les nacieron hijas hermosas y bonitas; y los Vigilantes, hijos del cielo, las vieron y las desearon, y se dijeron unos a otros: "Vayamos y escojamos mujeres de entre las hijas de los hombres y engendremos hijos." […] Todos y sus jefes tomaron para sí mujeres y cada uno escogió entre todas y comenzaron a entrar en ellas y a contaminarse con ellas, a enseñarles la brujería, la magia […] Quedaron embarazadas de ellos» (Enoch 6, 1-4).

Más tarde, Enoch realiza una visita a los cielos, donde los ángeles rebeldes (o Vigilantes) piden que Enoch interceda ante Dios en su nombre. Pero cuando él intenta hacerlo, Dios se limita a repudiarlos, enviando a Enoch de vuelta: «Ve y diles a los Vigilantes del cielo que te han enviado a suplicar por ellos: "A vosotros corresponde interceder por los humanos y no a los humanos por vosotros."»

La historia de los ángeles insurrectos se vuelve a contar después, por así decirlo, de boca del propio Dios y con más detalles: «¿Por qué habéis abandonando el cielo alto, santo y eterno, os habéis acostado con mujeres y profanado a vosotros mismos con las hijas de los hombres y tomado esposas como los hijos de la tierra y habéis engendrado hijos gigantes? Vosotros que fuisteis santos espirituales viviendo una vida eterna os habéis manchado con la sangre de las mujeres y habéis engendrado con la sangre de la carne y como los hijos del hombre habéis deseado después carne y sangre como aquellos que mueren y perecen. […] Y ahora, a los Vigilantes, que te han enviado a suplicar por ellos, que en otra época habitaban en el cielo, diles: "Vosotros estabais en el cielo pero todos los misterios no se os habían revelado. No habéis conocido sino un misterio indigno y en el endurecimiento de vuestro corazón lo habéis comunicado a las mujeres y por ese misterio ellas y los hombres han multiplicado el mal sobre la tierra." Diles pues: "No tendréis paz."»

La Epístola de san Judas 6, 6, afirma que los Vigilantes «abandonaron su propia morada». Un escritor cristiano del siglo III, Commodiano, escribió lo siguiente: «Las mujeres que sedujeron a los ángeles eran tan lascivas, que quienes las sedujeron ya no podían desear volver al cielo.»

Pero más allá de estas extrañas pinceladas textuales hay un conjunto de personajes que nos resultan muy familiares.

Cuando la Epístola de san Judas describe que los Vigilantes abandonaron su propia morada, parece referirse a ellos en cierto modo como guardianes del tiempo. Sin embargo, la pista definitiva y concluyente para revelar la identidad oculta de estos «ángeles caídos» reside en su número; en una de las versiones del Libro de Enoch son siete.

En todas las tradiciones, el siete es el número de los grandes dioses del sistema solar. De nuevo, observamos que la narrativa bíblica ha codificado relatos de los mismos dioses astronómicos que tenían griegos y romanos.

Los ángeles que sintieron atracción sexual por las mujeres humanas no son otros que los dioses del Olimpo.

Como hemos visto, la Biblia incluye un relato en clave de la creación en el que los papeles protagonistas los representan Saturno, la Tierra, el Sol, Venus y la Luna. Hemos seguido la historia desde lo puramente material a lo vegetal, y de ahí a las primeras tentativas de la vida animal. La época posterior vendría marcada por la llegada de los dioses del sistema solar: Júpiter (o Zeus para los griegos) se convirtió en el rey de todos los dioses. Los dioses de Marte y Mercurio también verían la luz en esa época.

El joven Júpiter tenía que esconderse de su padre, Saturno. La Madre Tierra, Gea, lo ocultó en la isla de Creta, en las profundidades de una cueva. Aislado del resto de los dioses, el joven Júpiter subsistió alimentándose de la leche de una cabra-ninfa y de la miel de abejas sagradas.

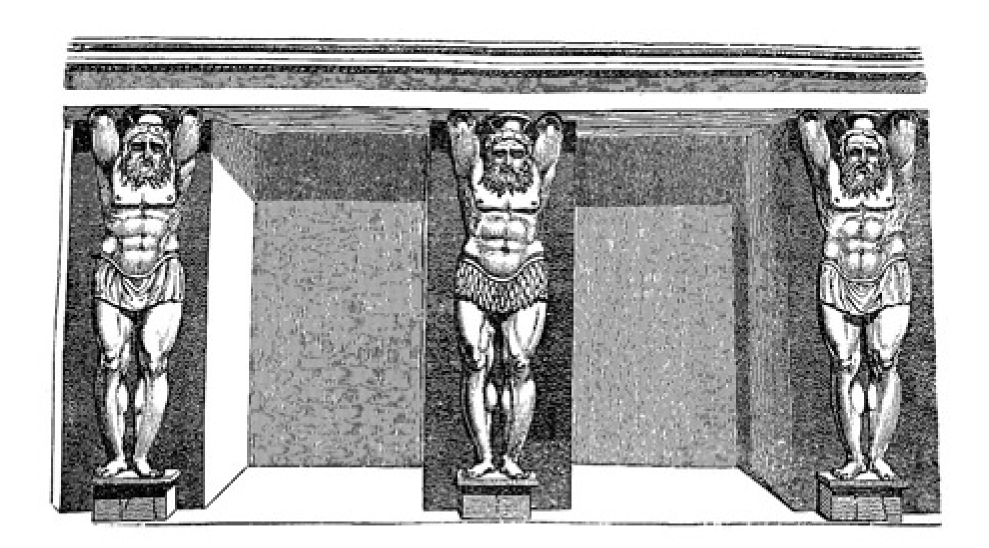
Gea escondió a Júpiter en esa cueva porque temía que Saturno y los titanes, los hijos e hijas mayores de Saturno, fueran en su busca para acabar con él. Ella sabía que el nacimiento de Júpiter era la prueba de que el reino de Saturno estaba próximo a su fin, pero la transición de una era a otra siempre es dolorosa. El viejo orden siempre trata de resistir más allá del tiempo que se le asigna.

Los titanes se encargaban de hacer cumplir las leyes de Saturno. Eran devoradores de conciencias. Querían engullir toda nueva vida y crear lo que Milton, conocedor de todo lo relativo a la historia secreta, llamaba «un universo de Muerte».

Los titanes serían siempre enemigos de Júpiter. Aunque no lograron asesinarle de niño, no dejaron de estar en guerra con él, tanto esporádicamente como en grandes batallas, hasta que Júpiter finalmente los derrotó para siempre y los encerró bajo tierra, donde esas espectaculares fuerzas de la materia pasaron a formar parte de la propia estructura terrestre, y siempre que los volcanes rugían y amenazaban con entrar en erupción, los antiguos identificaban eso como su ira.

Con los titanes apresados, Júpiter se convirtió durante un tiempo en el soberano indiscutible del monte Olimpo, rey de los dioses y dios de una nueva era. Cuando hacía oscilar su magnífica cabellera, toda la Tierra temblaba. Era el único dios con la fuerza suficiente para lanzar rayos.

En su obra maestra, *Las bodas de Cadmo y Harmonía*, el gran escritor y estudioso italiano Roberto Calasso, que ha hecho mucho para llevar al público profano las enseñanzas esotéricas sobre la realidad histórica oculta tras los mitos, afirma que «el Olimpo es una rebelión de la ligereza contra la precisión». Es decir, los dioses olímpicos (Júpiter, Apolo, Marte, Mercurio, Diana, Atenea y otros) se rebelaban contra las limitaciones impuestas por Saturno. Los habitantes del Olimpo volaban por los aires para llevar a cabo actos mágicos y derrotar a monstruos terribles. Fue una época espléndida y espectacular que sigue viva y se agita en la mente, inspirando una parte del arte, la escultura y la literatura más imaginativos de la historia.



Los telamones se representan obligados a sujetar la Tierra en un grabado del siglo XIX procedente de recientes descubrimientos en Pompeya. Los telamones eran titanes forzados a formar parte de la estructura terrestre. Su progenie se componía de demonios terrestres, o duendes. Incluso en el siglo XIX, en algunas zonas rurales remotas del sur de Europa se los seguía temiendo. Se decía que estas criaturas de ojos rojos y cubiertas de escamas que parecían uñas grises muertas, perseguían el espíritu de los vivos incluso después de la muerte.

Pero también fue, de algún modo, siniestra una era llena de ambigüedad moral. El rayo de Júpiter atraviesa un denso aire cargado de testosterona, el salvaje hedor a pasión animal, la feroz crueldad de la misma.

Júpiter violó a Calisto, que se convirtió en una osa. Violó a Ío y la transformó en una vaca. Castigó a Licaón por canibalismo, convirtiéndolo en lobo. El deseo que sentía Apolo por Jacinta hizo que la hermosa joven se metamorfoseara en esa flor y su violación de Dafne culminó en la transformación de ésta en laurel.

Deberíamos recordar que todos estos mitos explican la proliferación de las formas naturales, la población de cada centímetro cuadrado de nuestro planeta con una variedad casi infinita de plantas y animales, la biodiversidad que es su gran orgullo natural. Aunque Zeus no es moral a ojos de alguien como Moisés, él y sus compañeros del Olimpo son dueños de una fecundidad galvanizante, de la inmensa creatividad del mundo biológico.

¿Y qué hay de la historia de los dioses pez? ¿Cómo encaja eso?

Como hemos visto, muchas mitologías de todo el mundo relatan la extraña historia de la llegada de los dioses pez, y hemos comentado someramente que incluso Júpiter era uno de ellos en sus primeras representaciones. También hemos visto que los mitos de Júpiter y de otros dioses del Olimpo son una explicación de la proliferación de la vida animal. Si se unen ambos aspectos, se plantea una posibilidad sorprendente.

¿Acaso la antigua mitología anticipaba la moderna concepción científica que sostiene que la vida animal que evolucionaría hasta adoptar forma humana se originó a partir de los peces?

De ser así, sería una revelación sorprendente.

El descubrimiento de la evolución de las especies de Darwin se considera uno de los hallazgos científicos más grandes de la historia, junto con los de Galileo, Newton y Einstein. ¿Acaso los sacerdotes de las escuelas mistéricas tenían conocimiento de la evolución de las especies muchos milenios antes? Ahora descubriremos cómo las pruebas de esta afirmación, que pueden parecer improbables, al menos en principio, estaban escritas ya en el firmamento con luces muy brillantes para que todos las viéramos.

Estamos descifrando las claves del cosmos. Como hemos visto, los episodios iniciales de la historia deben interpretarse en términos de la creación ordenada del sistema solar. Uno detrás de otro, Saturno, el Sol, Venus, la Luna y Júpiter se unieron en la labor de forjar las condiciones básicas que permitieran la evolución de la vida en la Tierra. Seguir esta secuencia nos ha llevado a los albores de la vida animal y de la conciencia, y al inicio de la proliferación de las formas animales.

Para comprender la historia del desarrollo de estas formas animales, debemos recurrir de nuevo a la astronomía. A partir de la secuencia en la que los antiguos creían que se crearon los planetas, llegamos a una secuencia entrelazada, la constelación del zodiaco.

En la Antigüedad, se pensaba que las fuerzas de la naturaleza dormían durante el invierno y después volvían a despertarse, ejerciendo de nuevo su influencia en primavera. Por lo tanto, para ellos era muy importante ver en qué constelación el sol surgiría en primavera. Este astro avivaba esa constelación, dándole energía y aumentando su poder para dar forma al mundo y a su historia.

Debido a una ligera fluctuación en la Tierra mientras rota sobre su eje, da la impresión de que el sol va ya cayendo lentamente hacia atrás contra el telón de fondo de las estrellas. Durante un período de aproximadamente 2.160 años, el sol sale siempre en la misma constelación, y después pasa a la

siguiente. En la actualidad nos encontramos en la Era de Piscis y estamos a la espera del inicio de la célebre Era de Acuario. Al igual que una constelación sigue a otra, y que una era sigue a otra, las variaciones sinfónicas de la Música de las Esferas indican que se va a producir un nuevo movimiento. El ciclo de poderes vigorizantes, de impulsos instintivos que se propagan por el cosmos, pasa a un nuevo plano.

Nosotros concebimos las doce constelaciones del zodiaco como una secuencia asociada a los meses del año, de modo que a Aries lo sigue Tauro, luego Géminis, etc. En el ciclo mayor determinado por la aparición de estas constelaciones en el equinoccio de primavera, éstas avanzan en cambio de un modo «retrógrado», es decir, a Géminis lo sigue Tauro, luego Aries, etc.

Este fenómeno se denomina precesión. Existe cierta controversia entre los académicos respecto al momento en que las primeras comunidades se dieron cuenta de ello. El libro más revelador sobre el tema fue *Hamlet's Mill*, escrito por Giorgio de Santillana, profesor de Historia y Filosofía de la Ciencia del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT), y Hertha von Dechend, profesora de Ciencias de la Universidad de Frankfurt, y publicado en 1969. Muy bien documentado, inició un proceso de redescubrimiento de una dimensión astronómica de mitos que llevaba mucho tiempo olvidada fuera de las sociedades secretas. Defiende la tesis de que uno de los relatos cruciales de toda la mitología, de hecho de toda la literatura, desde *Edipo rey* hasta *Hamlet*, la historia del hijo desposeído que derrota a su tío para recuperar el trono de su padre, es una descripción de un fenómeno astronómico, la sucesión de un período de precesión por otro.

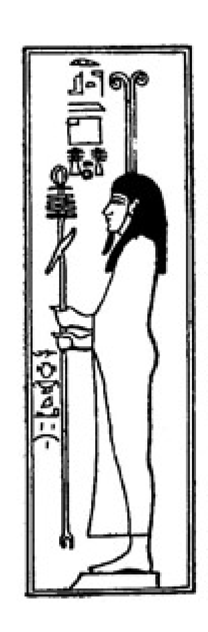
Sin embargo, *Hamlet's Mill* ofrece un modelo básicamente estático. Sostiene que la precesión está codificada en un arquetipo concreto, pero no muestra cómo la sucesión de las constelaciones dominantes nos permite ver distintas capas mitológicas en su secuencia cronológica correcta.

Analicemos ahora esta secuencia según la realidad histórica que subyace tras los mitos de Júpiter y el resto de dioses, según la tradición esotérica.

Al considerar la historia tal como se ha recordado en la mitología, sobre todo la protagonizada por los dioses del Olimpo, como es lógico, nos hemos hecho una imagen mental de los humanos con características anatómicas contemporáneas. No obstante, no deberíamos olvidar que esos mitos representan el aspecto que tendrían todas esas cosas para el ojo de la imaginación, pero que para el ojo físico, de haber existido, todo ello habría tenido un aspecto muy distinto. Esto es así, dado que lo que estas imágenes figuradas representan es el inicio y desarrollo de formas de vida primitivas.

Si el período en que se inició la vida marina estaba marcado por la soberanía del planeta Júpiter, en términos de la precesión de las constelaciones lo estaría por Piscis. Cuando el sol empezó a salir por primera vez en la constelación de Piscis, una nueva forma se condensó a partir de la sustancia semilíquida en la superficie terrestre. Se trataba de la forma embrionaria más primitiva de pez, algo así como las actuales medusas.

En la Antigüedad, se creía que este impulso evolutivo era un dios. Si la vida primitiva en la Tierra (la vida que finalmente se convertiría en humana) adoptó la forma primitiva de un pez, era porque un dios adoptó esta forma y, por así decirlo, llevó consigo la vida a la Tierra.



La «Linterna de Osiris» es un vestigio de esa antigua protuberancia vegetal en la forma animal.

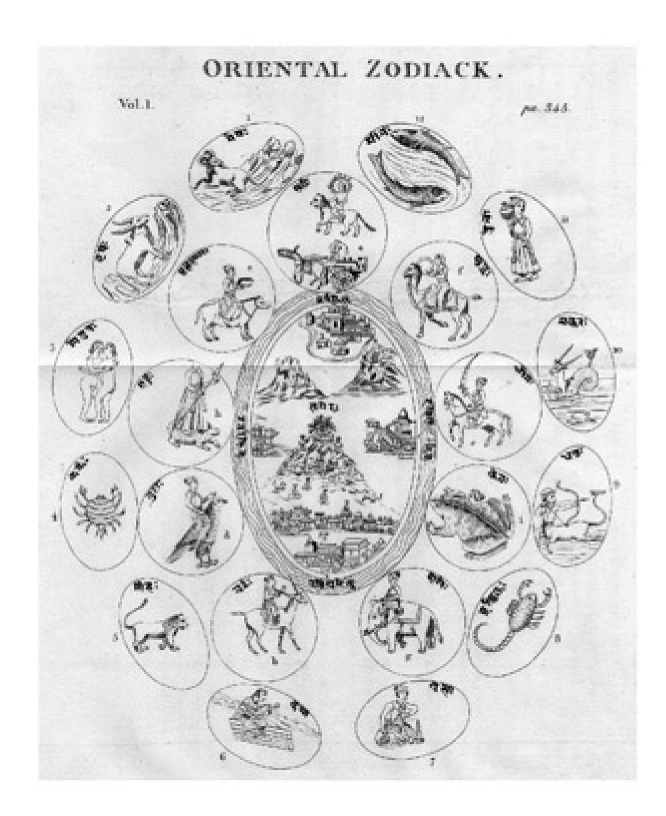
En Egipto, este milagroso evento, el nacimiento de la vida animal, se conocía como el nacimiento de Horus, cuyas primeras representaciones, al igual que las de Júpiter, mostraban un ser mitad hombre, mitad pez.

Por lo tanto, comprobamos de nuevo que los griegos y los egipcios, al igual que los griegos y los judíos, adoraban al mismo dios con un atuendo cultural diferente.

La siguiente era precesional fue la primera Era de Acuario, la época de la evolución de los anfibios, gigantescas criaturas flotantes parecidas a los actuales delfines, pero con extremidades unidas por una membrana y frente en forma de lámpara o linterna. Esta lámpara era la glándula pineal, que aún sigue sobresaliendo de la cabeza de algunos reptiles, como los tuátaras de Nueva Zelanda, similares al lagarto.

La «lámpara» seguía siendo el principal órgano de percepción de estas criaturas protohumanas. Al ser sensible al frío y al calor que desprendían otros seres vivos, tanto a corta como a larga distancia, la lámpara podía intuir la naturaleza interna de los mismos. Estos protohumanos podían percibir también por intuición la naturaleza de las plantas, deduciendo si servían de alimento o si tenían propiedades medicinales, una capacidad similar a la que poseen algunos animales. Y puesto

que no se habían establecido totalmente las leyes del crecimiento natural, los humanos podían hablarles a las plantas, de tal forma que, según constaba en las antiguas sagas judías, podían hacer que «un árbol diera frutos o que las espigas de cereal crecieran hasta hacerse del tamaño de los cedros del Líbano». Cabe imaginar que la forma de hablar de estos anfibios-humanos se parecería al bramido de un venado.







Los zodiacos de la India, Egipto y Grecia muestran una extraordinaria similitud en sus imágenes.

Más tarde, se idealizó a esos humanos con cabeza de lámpara, concibiéndolos como unicornios. Gea seguía dictándoles lo que debían hacer con clarividencia, de modo que la ley natural y la ley moral iban de la mano y eran equivalentes. Esta realidad histórica está bellamente

representada en el famoso tapiz del Museo de Cluny de París, donde un unicornio tiene la cabeza apoyada en el regazo de una virgen.

Nuestra memoria colectiva nos habla de que el unicornio era una criatura perseguida. Tal vez los humanos hallaran santuario en el regazo de la Madre Tierra, pero el mundo se estaba convirtiendo en un lugar peligroso. Hemos visto que, en un principio, el deseo existía con independencia de la humanidad, y los deseos continuaron existiendo de un modo independiente, no integrado en la forma protohumana. Estos deseos desbocados eran los dragones de la mitología, que aterrorizaban al resto de la creación.

Cuando la cenagosa superficie terrestre empezó a endurecerse y a convertirse en algo parecido a tierra firme, se inició la siguiente fase del desarrollo de la humanidad. Éste fue el principio de la Era de Capricornio, cuando los protohumanos desarrollaron piernas y extremidades para sostenerse sobre suelo firme con el fin de tratar de satisfacer sus crecientes deseos animales.

Según los antiguos, la llegada de Marte había permitido la evolución de los animales de sangre caliente. Marte llegó en el momento de la transición de los anfibios de tipo lagarto de la Era de Capricornio a los animales terrestres de cuatro patas de la Edad de Sagitario.

El hierro de Marte generó sangre roja y sentó las bases de las que surgiría el egotismo, y no sólo en el sentido de un sano deseo de supervivencia. Conforme la Tierra seguía endureciéndose y volviéndose más densa y firme, siguió encogiéndose, de modo que cada ser sólo podía prosperar a costa de otro. Los humanos apenas podían dar un paso sin dañar, e incluso matar, a otro ser vivo. Marte es la causa de que exista también en la naturaleza humana una parte cruel que se regodee de ello, que se regocije al obligar a otro ser humano a someterse y sienta euforia si domina a los demás, si es capaz de imponer su voluntad sin límites.

Dado que los protohumanos se convirtieron en criaturas plenamente terrestres, surgió también la necesidad de crear nuevas formas de comunicación humanas. Mercurio influyó en la evolución del tórax, además de estilizar y fortalecer las extremidades, lo cual era lo más apropiado para que los humanos se acercaran entre sí y vivieran y trabajaran en comunidad. Mercurio era el mensajero y escriba de los dioses, conocido como Hermes entre los griegos y Tot entre los egipcios. También era el dios del engaño y de los ladrones.

En este capítulo se ha comentado el Génesis tomando en consideración tradiciones paralelas, como la egipcia y la griega. Esta forma de interpretar o descifrar la Biblia surgió entre los neoplatónicos y los primeros cabalistas y fue dilucidada por grupos como los rosacruces. Mucho de lo que hemos considerado puede encontrarse, por ejemplo, en los textos del siglo XVII de Robert Fludd (con gran influencia en *El paraíso perdido*, de Milton) y, un poco más tarde, en el comentario ya mencionado del Génesis de Jakob Böhme, *Mysterium Magnum*. Más recientemente, la tarea de dilucidar estos comentarios y redefinir las enseñanzas rosacruces recayó en el gran erudito e iniciado austríaco Rudolf Steiner, cuya Sociedad Antroposófica puede considerarse con todo derecho la auténtica superviviente de la verdadera corriente rosacruz.



La cabeza de Medusa en una joya griega. El cielo nocturno era una historia viviente, ya que se consideraba que los cuerpos celestes eran los cuerpos materiales de los seres espirituales o dioses. Las primeras comunidades creían que tenían la capacidad de comunicarse con esos seres y que notaban su influencia. Por ejemplo, no es ninguna coincidencia que en todas las culturas de la Antigüedad se creyera que la estrella Algol, asociada con la cabeza de la Gorgona Medusa en la tradición griega, era una influencia maligna. Los astrólogos judíos la llamaron Lilith, un oscuro espectro, e incluso antes, los israelitas del desierto la habían denominado Cabeza de Satanás, mientras que los chinos la bautizaron con una expresión que significaba «cadáveres apilados». Diferentes culturas experimentaban la misma realidad espiritual cuando contemplaban la misma zona del cielo.

Incluso fuera de la tradición esotérica se reconoce que las antiguas civilizaciones del mundo se mostraban marcadamente de acuerdo en lo relativo a las imágenes asociadas a la secuencia de las constelaciones del zodiaco. Este consenso general es sumamente extraordinario si se considera que la disposición de las estrellas vistas desde la superficie terrestre apenas permite distinguir esas imágenes.

En realidad, los habitantes del pasado veían en esta secuencia de las constelaciones la historia de la evolución de la humanidad, así como el mundo tal como se recordaba y concebía en su mente colectiva. Para ellos, la historia del mundo estaba escrita en las estrellas.

Por lo tanto, lo que en general se considera una idea moderna refutadora de una superstición antigua es, de hecho, una idea antigua. El conocimiento de la evolución ordenada de las especies se originó miles de años antes de que Darwin se embarcara en el *HMS Beagle*.

Esta historia secreta estaba codificada en el zodiaco, fue puesta por escrito por iniciados como Jakob Böhme y Robert Fludd, y se ha conservado y trasladado hasta la era moderna gracias a grupos esotéricos, pero siempre intentando que fuera difícil de entender para los no iniciados.

En el siglo XIX, cuando los libros del hinduismo se tradujeron por primera vez a lenguas europeas y se divulgaron, gran parte del conocimiento esotérico que antes se había controlado y gestionado con cautela, llegó al público. La fascinación por esas ideas despertó el interés por la cábala y otras tradiciones occidentales, y contribuyó a avivar el ansia de espiritualismo. Muchos de los grandes intelectuales de la época mostraron interés respecto a la aplicación de la metodología científica a los fenómenos espirituales y espiritualistas. En 1874, Charles Darwin asistió a sesiones de espiritismo con la novelista George Eliot. El rival de Darwin, A. E. Wallace, participó en varios experimentos controlados para estudiar el espiritualismo, con el convencimiento de que sus fenómenos podían medirse y corroborarse por medio de otras ciencias. Como veremos más adelante, muchos intelectuales importantes del momento, entre ellos algunos científicos, creían que había algo en la filosofía esotérica, y que la ciencia y los fenómenos sobrenaturales finalmente convergerían.

Friedrich Max Müller, un joven estudioso alemán, fue contratado en la década de 1840 por la Compañía de las Indias Orientales para traducir el *Rig Veda*, antes de que fuera premiado con una cátedra en Oxford. Después tradujo los libros sagrados de Oriente en cincuenta volúmenes, lo cual permitió que se divulgaran por primera vez las doctrinas

esotéricas orientales. Fue también muy amigo de Darwin, con quien mantenía correspondencia con regularidad. *El origen de las especies* se publicó en 1859.

En la historia secreta, la evolución de las especies no coincide con el progreso constante que describe la ciencia, sino que considera que se produjeron altibajos y giros inesperados que tuvieron consecuencias importantes en la forma de concebir nuestra propia fisiología y estructura mental. Hubo callejones sin salida, falsos inicios e incluso intentos deliberados de sabotaje.

Se gestaron serpientes, arañas, escarabajos y parásitos bajo la malvada influencia del Lado Oscuro de la Luna.

Según la doctrina secreta, los animales evolucionaron hasta adoptar las formas que hoy nos resultan familiares, influidos por estrellas y planetas (por ejemplo, los leones por la constelación de Leo y los toros por la de Tauro).

El plan cósmico era que todas las formas biológicas del mundo se incorporaran gradualmente a la humanidad, que se quería que fuera la culminación de toda la creación. A medida que los dioses iban dotando a los humanos de la anatomía que hoy conocemos, éstos adoptaban las formas híbridas (mitad animal, mitad humano) que recordaban los sumerios, los egipcios, los persas y los babilonios, hasta que finalmente adquirieron formas perfectas desde el punto de vista anatómico, las que han quedado representadas por las últimas grandes civilizaciones de la Antigüedad, los griegos y los romanos. Por ejemplo, en las paredes de los templos egipcios, la diosa del planeta Venus era Hator, con cabeza de vaca, y el dios del planeta Mercurio era Anubis, con cabeza de perro. Según la tradición secreta, los griegos clásicos recordaban a estos mismos dioses, esos mismos seres vivos, en una forma posterior más evolucionada.

Los textos antiguos que describen esa época también ponen un gran énfasis en los gigantes que poblaban el mundo. El autor del Libro de Enoch, enmarcado en la tradición judía, y

Platón, perteneciente a la tradición griega, coinciden en que en aquel período inicial anterior al Diluvio Universal existió una raza de gigantes. De hecho, pueden verse referencias a una raza antediluviana de gigantes en todo el mundo desde los danavas y daityas de la India hasta los miaotse chinos. En un *Diálogo entre Midas el Frigio y Sileno*, del que han sobrevivido fragmentos de la época de Alejandro Magno, Sileno afirma que «los hombres crecían hasta doblar el tamaño de los más altos de su época, y vivían el doble». En la tradición secreta, las gigantescas estatuas de Bamiyán, recientemente destruidas en Afganistán, no eran tres estatuas gigantes de budas sino tres estatuas a tamaño real de gigantes de 52, 36 y 9 metros de altura. Las túnicas que los hacían parecer budas estaban hechas de yeso y se dice que se añadieron a la roca más tarde. Existen crónicas del siglo XIX que sostienen que los lugareños creían que eran estatuas de miaotse, los gigantes de la tradición china. También se dice que las famosas estatuas de la isla de Pascua se hicieron en el tamaño real de los históricos gigantes.

Asimismo había monstruos sin ninguna posibilidad, como hombres con una sola pierna, hombres murciélago, hombres insecto y hombres con cola. Manetón, un historiador egipcio del siglo III a. J.C., también recopiló relatos sobre la progenie de los Vigilantes: «Trajeron a seres humanos con dos alas, también a otros con cuatro alas y dos caras, seres humanos con un cuerpo y dos cabezas; unos tenían patas de cabra y cuernos en la cabeza, otros patas traseras de caballo y piernas humanas delante; también había otros de quienes se decía que eran toros con cabeza humana, y perros de cuatro cabezas, que ostentaban una cola de pez en su parte trasera […] y otros monstruos, como todo tipo de seres similares a dragones.»

Así pues, ésta es la época que se recuerda en los grandes mitos, de la que se hace eco la literatura fantástica, como *El señor de los anillos* de J. R. R. Tolkien o la saga de Narnia de C. S. Lewis. Ese tipo de literatura supone una transmisión de recuerdos colectivos de este período en que los humanos

convivían en la Tierra con gigantes, dragones, sirenas, centauros, unicornios, faunos y sátiros. Legiones de gnomos, silfos, ninfas, dríadas y otros seres espirituales menores servían a los dioses, y los humanos tenían contacto con ellos, libraban batallas contra ellos y a veces incluso se enamoraban de ellos.

En la historia secreta, las últimas criaturas antes de los humanos fueron los simios. Aparecieron porque algunos espíritus humanos se apresuraron a encarnarse demasiado pronto, antes de que se hubiese perfeccionado la anatomía humana.

Por consiguiente, en la historia secreta no es correcto afirmar que los humanos vienen del mono, sino que los monos representan una degeneración de la humanidad.

Por supuesto, ninguna de esas fantásticas criaturas ha dejado huella en los registros fósiles, así que ¿por qué los grandes hombres y mujeres que eran iniciados en las sociedades secretas creían en ellos? ¿Por qué cualquier persona inteligente debería ni siguiera contemplar la idea?

6. EL ASESINATO DEL REY VERDE

Isis y Osiris • La caverna del cráneo • El Paladión

En la época que describen los mitos del Olimpo, los dioses se relacionaban con los humanos. Sin embargo, la historia del último dios que gobernó la Tierra se recoge en su versión más completa en los textos egipcios en vez de en los griegos. Los egipcios creían incondicionalmente que su dios más importante había estado entre ellos, les había conducido en la guerra y los había gobernado con sabiduría y acierto.

Heródoto describe una visita al templo donde se dice que estaba enterrado Osiris: «Gigantescos obeliscos de piedra se yerguen en el patio, junto al que hay un lago circular artificial. En este lago, por la noche, los egipcios escenifican los misterios, el Rito Negro que conmemora la muerte y resurrección de un ser cuyo nombre no me atrevo a pronunciar. Sé lo que sigue, pero […] no diré nada más.»

Por suerte podemos complementar este escueto relato con la historia de Osiris contada por un personaje casi contemporáneo de Heródoto, Plutarco, sacerdote iniciado del Oráculo de Delfos. En los párrafos siguientes, he utilizado como base el relato de Plutarco, insertando material de otras fuentes…

Tenemos que empezar imaginándonos un mundo en guerra, asolado por monstruos errantes y animales salvajes. Osiris era un magnífico cazador, un «Maestro de las Bestias» (recordado como Orión el Cazador en la mitología griega y Herne el Cazador en la escandinava), además de un gran guerrero. Limpió el terreno de bestias rapaces y derrotó a los ejércitos invasores.

Pero la caída de este fabuloso guerrero no la produjo la lucha contra los monstruos ni el campo de batalla, sino el enemigo que tenía en casa.

Al regresar de una de sus campañas militares, Osiris fue recibido por los vítores de la multitud, por el pueblo que tanto le quería. El reino de Osiris, aunque acechado por constantes ataques procedentes del exterior, se recordaría como una edad de oro. Y fue una época de bienestar, tanto doméstico como ciudadano. Su nombre se asocia a la inseminación (*ourien* significa semen), y lo que en la actualidad conocemos como el Cinturón de Orión es un eufemismo. Antiguamente, era un pene que se iba poniendo erecto a medida que avanzaba el año. Este tipo de cosas deben alertarnos de que el relato que viene a continuación tiene un intenso contenido sexual.

Osiris aceptó una invitación de su hermano Set para asistir a una cena de gala en la que se celebraría la victoria.

Algunos decían que Osiris se había estado acostando con la hermosa Neftis, de piel oscura, mujer de Set y hermana de su propia cónyuge, Isis. ¿Eso daba a Set un motivo para asesinarlo? Es posible que no hubiera necesitado ninguno, y encontramos la pista que explica el rencor de Set en su propio nombre: era un enviado de Satanás.

Después de la cena, Set propuso un juego. Había construido un hermoso arcón, parecido a un cofre pero esculpido en madera de cedro y con incrustaciones de oro, plata, marfil y lapislázuli. Quien encajara perfectamente en el arcón, dijo, podía llevárselo.

Uno a uno, los invitados trataron de meterse en él, pero eran demasiado gordos, demasiado flacos o demasiado bajos. Finalmente, fue Osiris el que probó y se tumbó.

—¡Encajo! —gritó—. Encajo como si fuera mi propia piel.

Pero el deleite del premio se acabó de repente cuando Set cerró la tapa de golpe. La aseguró con clavos y tapó todas las grietas con plomo fundido, el metal de Satanás. Entonces, junto con sus secuaces, llevó el arcón a orillas del Nilo y lo lanzó al agua.

Osiris era inmortal y Set sabía que no podía matarle, pero pensaba que así podría deshacerse de él para siempre.

El arcón bajó flotando por el Nilo durante varios días y varias noches, y finalmente tocó tierra en la costa de la actual Siria. Un joven y delicado arbusto de tamarisco que crecía allí acogió al arcón entre sus ramas, y luego creció hasta envolverlo totalmente, rodeándolo con delicadeza y resguardándolo con su tronco. Con el tiempo, ese árbol se hizo célebre por su esplendor, de modo que el rey sirio mandó cortarlo y lo colocó en un pedestal que se erigía en el centro de su palacio.

Mientras tanto, Isis, separada de su marido y destronada, se cortó el pelo, se tiznó el rostro de ceniza y vagó por la Tierra buscando a su amado con los ojos arrasados en lágrimas. Al cabo de un tiempo, empezó a trabajar como sirvienta en la corte de un rey extranjero. (Los lectores se darán cuenta rápidamente de que esta historia, en sus orígenes una obra dramática sagrada en los templos egipcios, nos ha llegado en una versión ligeramente modificada como el cuento de la *Cenicienta*.)

Isis nunca perdió la esperanza de encontrar a Osiris. Un día, sus poderes mágicos le permitieron visualizar a su marido en el arcón, en el centro del árbol que había en el palacio donde estaba sirviendo, el del rey sirio. Isis le reveló a éste su verdadera identidad real, y lo convenció para que la dejara cortar el árbol y le permitiera llevarse el arcón.

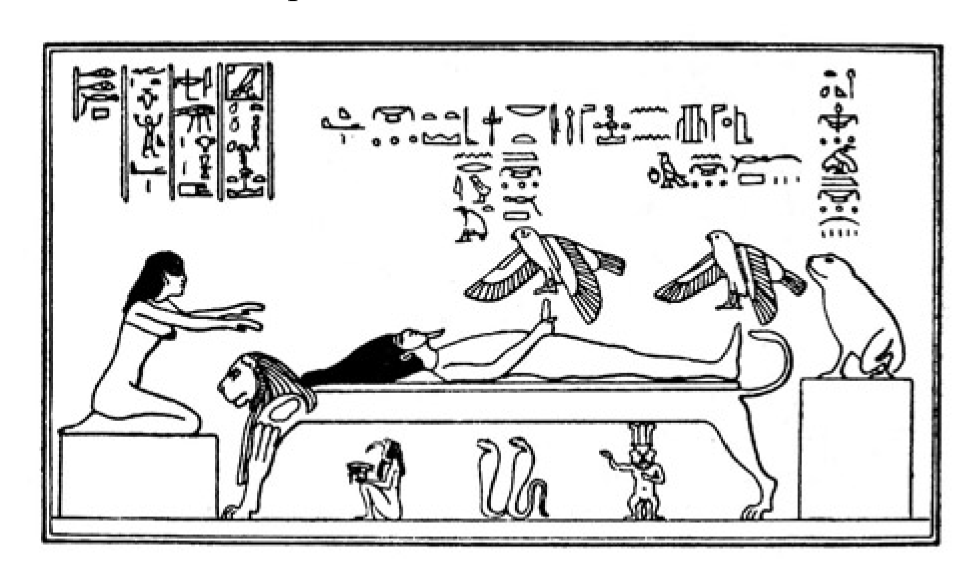
Se fue con el cofre en una barca y desembarcó en la isla de Chemmis, en el delta del Nilo, donde pretendía usar su magia para resucitar a su marido.

Pero Set también tenía poderes mágicos, así que, mientras él y sus malvados secuaces cazaban una noche a la luz de la luna, tuvo de repente una visión en la que vio a Isis acunando a Osiris. De modo que, mientras ella dormía, aprovechó para abalanzarse sobre la pareja de amantes.

Decidido esta vez a ir sobre seguro, atacó a Osiris con un feroz regocijo, cortándole en catorce trozos que luego escondió en secreto en diferentes lugares de la Tierra.

La viuda Isis tuvo pues que volver a ponerse en marcha. (Los lectores masones tal vez sean conscientes de que se autodenominan «Hijos de la Viuda» en parte para poner de manifiesto su participación en la búsqueda de Isis.)

Ésta llevaba siete velos para esconderse de los secuaces de Set. Contó en su viaje con la ayuda de Neftis, que también quería a Osiris, y que se convirtió en perra para ayudarla a encontrar, excavar y recuperar los trozos del cadáver de Osiris. Consiguieron dar con todos los trozos excepto el pene, que se habían comido los peces del Nilo.



Grabado en la pared del templo de Filae.

Isis y Neftis llegaron a una isla en Abydos, al sur de Egipto, y allí, de noche, juntaron todos los pedazos vendándolos con un largo trozo de lino blanco.

Ésa fue la primera momia.

Finalmente, Isis hizo un pene de oro y se lo pegó a Osiris. Aunque no pudo resucitarlo totalmente, sí revivió a su marido desde el punto de vista sexual, de tal forma que ella, adoptando forma de pájaro, podía ponerse encima y acariciarlo

suave y delicadamente hasta que él eyaculaba. Así se impregnó de su semen, y de esta forma concibió a Horus, el nuevo Señor del Universo.

Al crecer, Horus vengó la muerte de su padre matando a su tío Set. Osiris por su parte se convirtió en señor de los infiernos y dios de los muertos. Los egipcios lo solían representar sobre todo en este papel, normalmente con la cara verde, totalmente vendado e inmóvil, pero emanando un poder que es simbolizado mediante sus insignias reales, y sosteniendo la vara y el mayal.

¿Qué demonios significa todo esto? ¿Qué interpretación permite?

En primera instancia, parece representar la sucesión de una constelación por otra en la precesión de los equinoccios. Horus destrona a Set y toma su lugar.

A otro nivel, tal vez el más evidente, se trata de un mito sobre la fertilidad referido al ciclo anual de las estaciones. Para los egipcios, la aparición de la estrella Sirius en el horizonte después de ocultarse durante meses era la señal de que Osiris aparecería de nuevo poco después y se produciría la inundación del valle del Nilo. Los mitos sobre el dios-rey resucitado existieron en el mundo entero, desde Tamuz y Marduk a las historias del Rey Pescador asociadas a Parzival y a la saga del rey Arturo. Todas siguen el mismo patrón. Se hiere de muerte al rey en los genitales y, mientras éste yace en un estado de sufrimiento, la tierra permanece yerma. Entonces, en primavera, se realiza una operación mágica y se yergue de nuevo, tanto desde el punto de vista sexual como para fertilizar el mundo.



Isis amamantando a Horus. Para los idealistas que creen en un universo en el que la mente precedió a la materia, un universo que ha ayudado a cuidar de la humanidad y la ha ayudado a evolucionar, la imagen de la diosa madre y su hijo, quizá incluso más que la cruz, es su icono clave y el más importante.

Así es cómo Osiris pasó a ser adorado en Egipto como dios de las cosechas y de la fertilidad estival. La esperada aparición anual en el este de Orión y de su consorte Isis, la estrella que nosotros denominamos Sirius, la más brillante del cielo, como se ha dicho, anunciaba la inundación del valle del Nilo que resucitaba las plantas y también el mundo animal y humano (es decir, literalmente, una cuestión de vida o muerte). Los egipcios confeccionaban pequeñas momias con sacos de lino rellenos de maíz. Cuando el maíz se mojaba, brotaba a través de la tela, lo cual era una señal de que el gran dios estaba renaciendo.

«Yo soy la planta de la vida», dice Osiris en los textos de las pirámides.

No me entretendré en este rasgo de Osiris porque su relevancia en la mitología relacionada con la fertilidad ha sido ampliamente apreciada desde hace más un siglo, desde la

publicación de *La rama dorada*, de sir James Frazer. El problema es que su importancia ha tendido a ser reconocida a expensas de todo lo demás.

Si el pueblo llano egipcio que atestaba los patios exteriores de los templos entendía la historia de Osiris a este nivel de mito de la fertilidad, existía otro nivel superior que sólo conocían los sacerdotes del sanctasanctórum, el Rito Negro, cuyos secretos se jactaba de conocer Heródoto.

Este secreto era un secreto histórico.

Para llegar hasta el fondo de la cuestión, tenemos que analizar una historia igual de extraña y perturbadora de la mitología griega. Sabemos por Plutarco que, en la Antigüedad, Osiris, el último diosrey que gobernó la Tierra, era equiparado a Dioniso, el último de los dioses del Olimpo.

Las fuentes no coinciden en lo que respecta a la ascendencia de Dioniso. Algunos dicen que su padre era Hermes y otros, que era Zeus. Todos coinciden sin embargo en que la madre del pequeño dios era Gea y que, al igual que hizo con Zeus (o Júpiter), escondió al bebé en una cueva.

Dioniso, como Zeus, representa la evolución de una nueva forma de conciencia y, de nuevo, los titanes estaban decididos a cortarla de raíz. Una vez más, como vemos, los titanes son los devoradores de la conciencia.

Se embadurnaban el rostro de yeso blanco para ocultar su color negro y evitar así que se supiera que eran siervos del dios cuervo. No querían asustar a Dioniso llevándoselo a escondidas de una cuna oculta en un rincón al fondo de una cueva.

De repente, los titanes se abalanzaron sobre Dioniso y le hicieron pedazos. Arrojaron los trozos en un caldero de leche hirviendo y, después, desprendieron la carne de los huesos con los dientes.

Mientras tanto, Atenea había entrado a hurtadillas en la cueva para robar el corazón del niño-cabra antes de que ese órgano hirviera y también se lo comieran. A continuación se lo entregó a Zeus, que abrió un orificio en su muslo, introdujo el corazón y se lo cosió dentro. Al cabo de un tiempo, justo cuando Atenea salió totalmente formada de la cabeza de Zeus, el resucitado Dioniso brotó también entero del muslo de Zeus.

Para entender la realidad histórica que subyace tras este misterioso episodio y la historia paralela de Osiris, tenemos que recordar que en este relato de la historia del universo, la materia emanó de la mente cósmica a lo largo de prolongados períodos de tiempo y se desarrolló de un modo muy gradual hasta adquirir la solidez con la que estamos familiarizados en la actualidad.

También es necesario recordar que aunque tal vez pensemos que los grandes personajes de la mitología, tanto dioses como humanos, tienen una anatomía similar a la nuestra, éste es sólo el modo en que se presentan ante los ojos de la imaginación.

El mundo era muy distinto para los ojos físicos, en aquel momento en pleno desarrollo. Seguía siendo el mundo reflejado en *Las metamorfosis*, del poeta-iniciado Ovidio, en el que los humanos y los animales no tenían una forma anatómica fija, como en la actualidad, sino que había gigantes, híbridos y monstruos. Los humanos más avanzados desde el punto de vista anatómico estaban desarrollando los dos ojos que tenemos en la actualidad, pero la Lámpara de Osiris seguía sobresaliendo en el centro de la cabeza, donde las fontanelas aún no se habían endurecido.

Poco a poco, la materia se fue haciendo más densa de un modo gradual. Y lo que es importante tener en cuenta es que a pesar de que ésta surgió de la mente, era independiente de ella. Cuanto más se endurecía esa materia, mayor obstáculo constituía para que la mente cósmica fluyera en libertad. Lo que sucedió gradualmente es que, conforme la materia se

endurecía hasta convertirse en los objetos sólidos que conocemos hoy, gradualmente se desarrollaban dos dimensiones paralelas, el mundo espiritual y el material; el primero, visualizado a través de la Lámpara de Osiris y el último, por ambos ojos.

La historia de Osiris/Dioniso es la siguiente fase —tal vez la más decisiva— del proceso en el que las partes de la gran mente cósmica, la conciencia universal, se fragmentaron y fueron absorbidas en cuerpos separados. Las fontanelas del cráneo se endurecieron y se cerraron sobre la Lámpara de Osiris, con lo cual, la gran mente cósmica que quedaba por encima se filtró hacia el exterior.

Según la antigua sabiduría, mientras no se puso obstáculo a los espíritus, los dioses y los ángeles situados por encima de los humanos, no hubo posibilidad de que éstos disfrutaran de la libertad para pensar o del libre albedrío que diferencian a la conciencia humana. Si no se nos hubiera desconectado de los mundos espirituales y de la gran mente cósmica, si nuestra anatomía corporal no los hubiera expulsado hacia el exterior, nuestra mente estaría totalmente ofuscada y abrumada.

Los humanos tenían a partir de entonces un espacio sólo para sí mismos, donde poder pensar.

La imagen arquetípica de este modelo de la condición humana es el mito de la caverna de Platón. Los prisioneros están encadenados en una caverna de cara a la pared y no pueden mirar a su alrededor. Los hechos que suceden en el exterior de la cueva proyectan sombras en la pared interior de la misma, que los prisioneros creen que son reales.

Ésta es una concepción filosófica que los académicos denominan idealismo, que sostiene que la mente cósmica y los pensamientos o los Seres del Pensamiento que emanan de ella (*ideas*) son la realidad superior. Los objetos físicos, en cambio, son simples sombras o reflexiones de esta realidad superior.

Al estar tan lejos de la época en la que se creía en el idealismo, nos cuesta considerarla una filosofía de vida activa en vez de una aburrida teoría. Sin embargo, quienes creían en el idealismo concebían el mundo de ese modo y, asimismo, entendían el idealismo como un proceso histórico.

Los académicos suelen pasar por alto el significado sorprendentemente literal de la alegoría de Platón. En ella, la caverna son las fontanelas del cráneo y éste es un habitáculo oscuro y óseo, cubierto de carne.

Platón, como neófito, sería plenamente consciente del sutil mecanismo de proyección de sombras y reflexión que tiene lugar en el interior del cerebro humano, la fisiología y psicologías ocultas de la doctrina secreta.

El rasgo distintivo de la vida humana, su logro colosal, y también el logro colosal del cosmos, es la capacidad de pensar. El cerebro es el objeto físico más complejo, el más sutil y, en general, el más misterioso y milagroso del universo conocido.

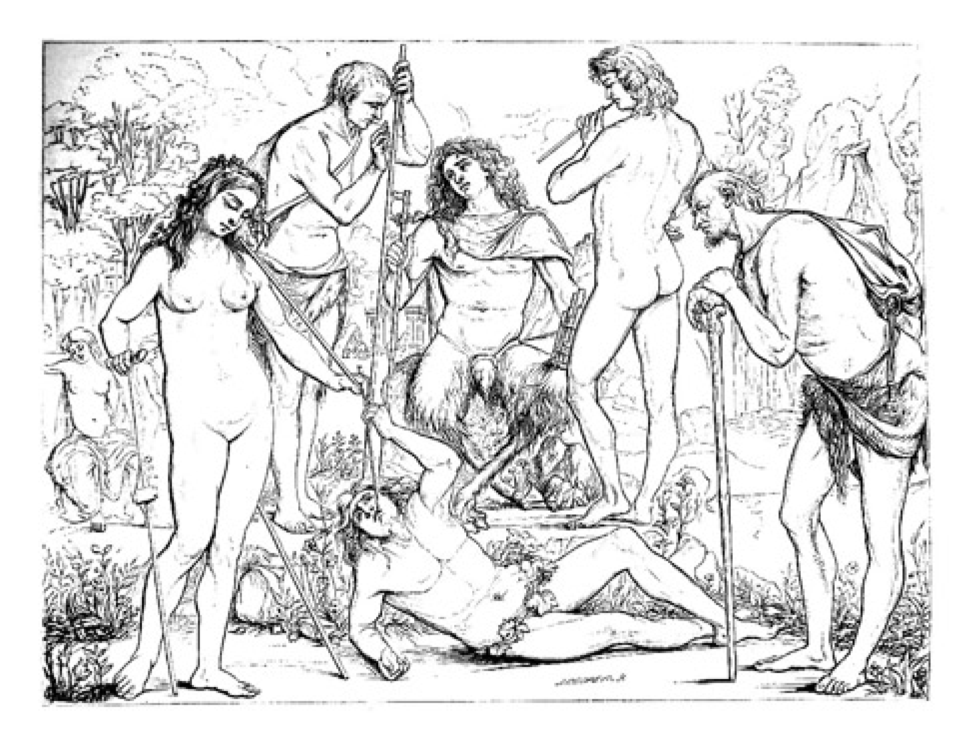
Según la doctrina secreta, el cosmos creó el cerebro humano con la finalidad de poder reflexionar sobre sí mismo.

Si queremos entender esto, es crucial dejar de pensar de un modo materialista, ver las cosas, por así decirlo, por el otro extremo del telescopio. Si se es idealista, se cree que el universo fue creado por la Mente y para las mentes. Más concretamente, se cree que la Mente cósmica creó el universo material para dar a la mente humana su forma actual.

La historia idealista de la creación es la historia de ese proceso, y los magníficos acontecimientos encuadrados en ella han sido fruto de una ordenada intervención del sol, la luna, los planetas y las estrellas. Nuestra conciencia tiene su actual estructura porque los cuerpos celestes están dispuestos por encima de nosotros del modo en que lo están.

Con la luna en el lugar que le correspondía para reflejar la luz del sol en la Tierra, una vez reproducido este proceso en el microcosmos del interior de la mente humana, y con la materia

con una consistencia al fin lo suficientemente densa como para que el cráneo que contiene el cerebro se cerrara, llegamos al punto en que la anatomía y la conciencia humanas adoptaron una forma que identificaríamos actualmente. Se dieron las condiciones básicas que permitían a los humanos reflexionar, es decir pensar.



Los compañeros de Pan, de Luca Signorelli. Este grabado es una de las escasas reproducciones de un cuadro destruido durante la segunda guerra mundial.

Sin embargo, hay que considerar otra cuestión más.

En la historia secreta, esa evolución puede explicarse también desde una dimensión específicamente sexual.

Los sacerdotes de los misterios creían que conforme la Lámpara de Osiris iba desapareciendo de debajo de la cubierta ósea del cráneo y empezaba a ocupar el lugar que conocemos actualmente como la glándula pineal, iba surgiendo un pene de carne. Según la antigua sabiduría, ese miembro fue la última parte del cuerpo humano que adoptó su actual forma, motivo por el que artistas de las sociedades secretas como Miguel Ángel y Signorelli, el hermano iniciado de Leonardo, representaban a menudo el pene de los personajes mitológicos con forma vegetal.

Al dar la historia este gran giro, cuando el pene se convirtió en carne, los humanos ya no pudieron reproducirse mediante el antiguo método vegetal de la partenogénesis, por lo que toda la humanidad se abocó totalmente a la sexualidad animal.

Y a partir de aquí se abre una tercera y atroz dimensión.

Los huesos de los humanos se endurecieron y fueron adquiriendo consistencia. Su cráneo se convirtió en algo medio vivo y medio muerto.

De ahí el axioma de la doctrina secreta de que el principio de la muerte fue el inicio del pensamiento.

Según esta doctrina, existe una oposición fundamental entre la vida y el pensamiento. Los procesos vitales de los humanos (digestión, respiración y crecimiento, por ejemplo) son principalmente inconscientes. Sólo se llega a la dimensión consciente y reflexiva si se suprime parte de estos procesos vitales. El organismo humano «arrebata» fuerzas que los animales usan para el crecimiento y la estructuración biológica, y las canaliza de manera que crea las condiciones necesarias para pensar. Se dice que éste es uno de los motivos por el que los humanos son, en comparación, animales endebles.

El pensamiento humano es un proceso mortal, que limita tanto el crecimiento como la longevidad.

Cuando los protohumanos eran criaturas vegetales, no morían. Al empezar a adoptar características animales, comenzaron a experimentar un anticipo de la muerte, como un sueño repleto de sueños. Al cabo de un tiempo, «despertarían» de nuevo en el mundo material. Este sueño, aun siendo muy profundo, ya no daba a los humanos el descanso que ansiaban. Conforme los huesos humanos y el cuerpo terrestre se endurecían y se volvían rígidos hasta adoptar casi su consistencia actual, los humanos perdían libertad de

movimiento, e incluso les resultaba doloroso moverse. La llamada de la muerte era cada vez más estridente, hasta que se volvió casi abrumadora.

El sueño se hizo cada vez más profundo, hasta convertirse en algo parecido a la muerte, y después se convirtió en la misma.

Finalmente, los humanos entraron en los indómitos ciclos de vida, muerte y resurrección, en los que las criaturas deben morir para dejar paso a una nueva generación. Ahora vivían en un lugar donde los padres tenían que morir para dejar el camino libre a sus hijos, donde el rey tenía que morir para dar paso a un sucesor más joven y enérgico. Los estudiosos han logrado interpretar textos relacionados con este pensamiento gracias a las inscripciones en el complejo de la Pirámide Escalonada de Saqqara, cerca de El Cairo, con lo que se ha podido dilucidar lo que ocurría en los rituales «HebSed» que se celebraban allí. Tras someterse a una ceremonia de muerte y resurrección en una cámara subterránea instaurada por la escuela mistérica, el recién regenerado faraón aparecería en un atrio con público. Allí tenía que someterse a una serie de pruebas de fuerza y potencia, entre ellas correr con un toro para tratar de demostrar que, tal como debía gritar según el ritual, «soy libre para correr por el campo». Si el faraón no superaba estas pruebas, sufría la misma muerte sangrienta que el toro. El siguiente testimonio directo de un sacrificio de un dios toro en la India es el de un viajero británico del siglo XIX: «Cuando se asesta el golpe que corta la cabeza de la víctima, empiezan a sonar los címbalos, se tocan los tamtanes y las cornetas y toda la asamblea, gritando, se unta el cuerpo de sangre, se revuelcan en ella y, bailando como demonios, acompañan sus danzas con canciones, alusiones y gestos obscenos.»



En el norte de Europa, el dios integrado en los ciclos de la naturaleza se representa como el Hombre Verde. Osiris, dios revestido de hojas, salvaje como la naturaleza, pero también víctima de ella, contempla a la congregación desde lo alto de las paredes de incontables iglesias cristianas.

Heródoto debió de presenciar algo muy parecido a esto si se le permitía observar el Rito Negro de los egipcios. En el clímax de la ceremonia de iniciación que hemos repasado, el candidato también debía de haber presenciado algo similar, la muerte de un gran dios.

Los humanos estaban cambiando a muchos niveles. Hemos llegado al momento crucial en la historia secreta del mundo en que la materia se había precipitado fuera de la mente y se había endurecido hasta tal punto que el cráneo humano acabó adoptando una forma muy parecida a la actual. Sin embargo, el Tercer Ojo seguía siendo mucho más activo que en la actualidad, y no se había atrofiado. Las percepciones del mundo material eran igual de vívidas que las del mundo espiritual.

Un ser humano al que se escoltaba hasta la sala del trono podría contemplar a otro humano sentado enfrente de él, o al menos algo muy parecido a un ser humano. Aunque éstos ya

no tenían acceso ilimitado al mundo espiritual, a ese hombre se le permitía en ese momento observar al nuevo rey con su Tercer Ojo, y de ese modo, ver a un dios sentado allí.

La mayor crónica histórica de la pérdida de la capacidad humana de practicar este doble modo de percepción procede del *Bhagavad Gita*, un texto sagrado hindú. Un auriga llamado Arjuna está lleno de dudas en la víspera de una batalla. Krisna, el líder que va a guiarlo en el combate, permite que Arjuna lo vea, con su ojo de la visión o Tercer Ojo, en su forma divina. Temblando, sobrecogido y maravillado, el auriga ve que los ojos de Krisna son el sol y la luna, y que todo él llena el cielo y la Tierra de resplandor, como si contuviera la luz de mil soles, y lo contempla asimismo adorado por un sinfín de otros dioses, y guardando en su interior todas las maravillas del cosmos. Después, Krisna vuelve a su forma humana y muestra su amable rostro de persona para confortar al aterrado Arjuna.

Es posible que Osiris ofreciera esa experiencia a quien entrara en su sala del trono en Tebas. Jakob Böhme describía el mundo de la piedra tallada, la madera esculpida, las túnicas reales y la carne y la sangre como «Mundo Exterior». Al hacerlo, pretendía ser un tanto despectivo. Sabía que el mundo interior, accesible al Tercer Ojo, es el real, y que en medio del mundo sangriento, doloroso e impregnado de muerte en el que se encontraban los seguidores de Osiris en ese momento, era a eso a lo que se aferraban.

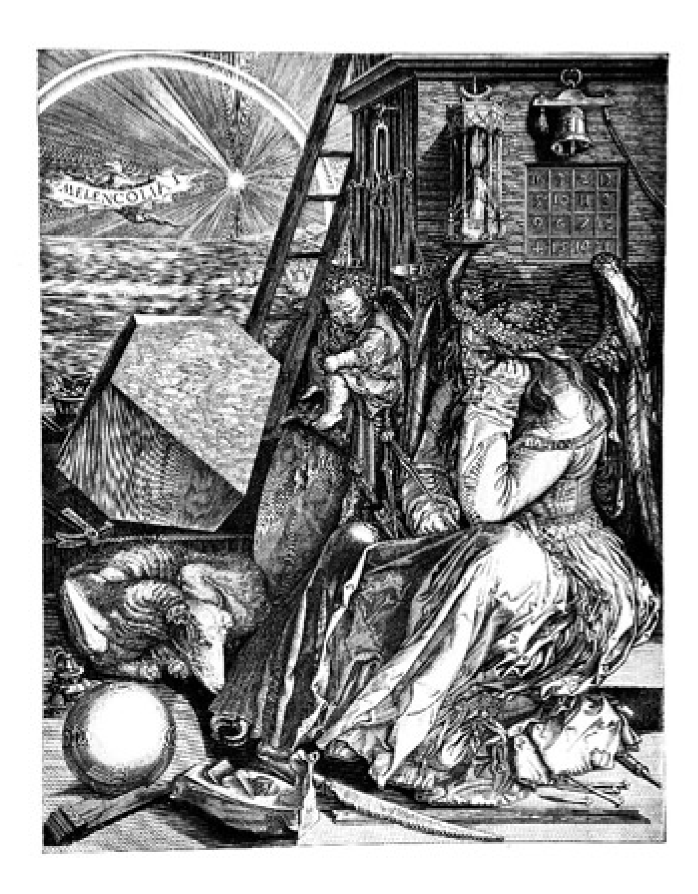
Así pues, el mito de Osiris tiene muchos significados, pero es sobre todo un mito relacionado con la conciencia.

Nos transmite que todos tenemos que morir, pero para resucitar. El punto clave en esta historia es que Osiris no resucita para vivir una vida normal sino que renace en un estado superior de conciencia. «No decaeré, no me corromperé, no me pudriré, no me convertiré en gusanos […] Tendré mi ser, poseeré mi ser; viviré, viviré», proclama en el *Libro de los muertos*. De nuevo nos encontramos con una

expresión, una idea de resurrección que les puede resultar extrañamente familiar a los cristianos. Osiris está descubriendo ahí lo que los cristianos llaman la «vida eterna».

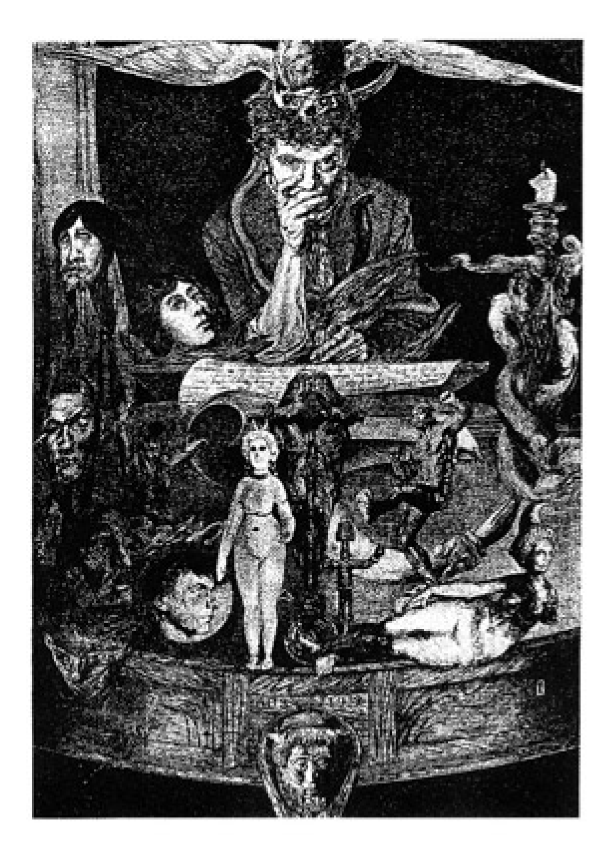
En la historia de Osiris hemos comprobado cómo las fuerzas del sexo, la muerte y el pensamiento se entretejían de un modo aún más estrecho para crear ese elemento único que es la conciencia humana. Los hombres y mujeres sabios de la Antigüedad creían que la muerte y la sexualidad eran necesarias para que surgiera el pensamiento, y dado que entendían el modo en que esas fuerzas se habían entrelazado en un proceso histórico, también comprendían cómo el pensamiento consciente podía usarse para manipular las fuerzas sexuales y de la muerte y llegar así a estadios superiores de conciencia. Desde la Antigüedad, esas técnicas han sido algunos de los secretos mejor guardados de las escuelas mistéricas y de las sociedades secretas.

Nos ocuparemos de dichas técnicas con mayor profundidad más adelante, aunque se trata de una área que nos resulta difícil, porque solemos concebir la sexualidad en un plano muy materialista. Por ejemplo, en la actualidad, nos cuesta mucho observar las pinturas y esculturas de falos erectos que adornan las paredes de los templos hindúes o egipcios e imaginar cómo debían de «interpretarse», ya que, en el mundo contemporáneo, la espiritualidad se ha separado por lo general del sexo.



Melancolía I de Durero y, en la otra página, *La postura de la muerte*, de Austin Osman Spare. Al igual que en las sociedades secretas se enseñan técnicas para controlar las fuerzas sexuales con el fin de alcanzar formas superiores de conciencia, también se enseña a canalizar las fuerzas de la muerte, firmemente interrelacionadas con aquéllas. Osman Spare desarrolló una práctica que consistía en cerrar totalmente la boca, las fosas nasales y los ojos y taparse los oídos. En la India, adeptos como Bhagavan Shri Ramana y Thakur Haranath han entrado en largos trances similares a la muerte, que incluso han llevado a sus próximos a preparar su entierro, y después han resucitado con una nueva forma superior de conciencia.

En la Antigüedad, el esperma se concebía como una expresión de la voluntad cósmica, el poder generador oculto en las cosas, el principio regulador de toda forma de vida. Se creía que cada partícula espermática contenía una parte de esa materia prima a partir de la cual se creaba todo, una partícula que podía explotar con un calor en extremo abrasador para formar todo un macrocosmos nuevo. Los adolescentes de nuestro tiempo pueden experimentar cierta reminiscencia de esa antigua sensación, cuando el primer despertar de la sexualidad les provoca vívidas emociones de una intensidad nueva y les hace palpitar en el pecho unas intensas ansias de comerse el mundo.



Sin embargo, el deseo siempre está abierto a la corrupción. Si deseamos algo, lo poseemos en nuestra imaginación. El deseo nos endurece. Cuando deseamos a alguien, lo materializamos, por tomar prestada la expresión de Jean-Paul Sartre. Queremos que se someta a nuestra voluntad, lo cual es fruto de la influencia del Espíritu de la Oposición.

En el marco de la creencia de que la mente precede a la materia, esta degradación de los demás a través del modo en que los percibimos puede ser literalmente cierta. El modo en que miramos a la gente afecta a su constitución fisiológica y a su química interna.

La ciencia moderna nos ha enseñado a creer que la necesidad sexual es algo impersonal, algo con una voluntad al margen de nuestra propia voluntad, una expresión del instinto de supervivencia de las especies. Sin embargo, en el pasado, el impulso sexual era también la expresión de una voluntad que iba más allá del individuo. El saber antiguo consideraba la sexualidad como algo que empujaba hacia los grandes

momentos de la vida, ya que entonces eran conscientes de que el sexo controla de quién nacemos, lo mismo que determina por quién nos sentimos atraídos.

En la Antigüedad, un hombre podía ver a la mujer que deseaba y experimentar un deseo atroz y abrumador. Sabía que el resto de su vida dependería de la forma en que ella reaccionara. También sabía que su deseo hundía sus largas raíces en una época muy anterior a la suya. Sabía que lo que lo hacía sentirse atraído por aquella mujer no era sólo algo biológico (como se dice actualmente) sino que tenía otras dimensiones, espirituales y sagradas. Si el planeta del amor los había encaminado a ese encuentro, entonces los otros grandes dioses del cielo habían estado preparando también esa experiencia para ellos durante muchos milenios y a lo largo de numerosas encarnaciones.

En la actualidad sabemos que al mirar una estrella lejana estamos viendo algo que sucedió hace mucho, por el tiempo que ha tardado la luz de la estrella en llegar a la Tierra. Las primeras comunidades creían en otra verdad, y ésta es que, al contemplar su propia voluntad, veían también algo que habían sido creado mucho antes de nacer ellos. Creían que cada vez que sentían que se fundían con otro ser humano en el acto sexual, esa sensación se asociaba al fugaz movimiento de constelaciones enteras. También, que la forma de hacer el amor afectaría al cosmos durante los milenios posteriores.

Al tener relaciones sexuales, interactuamos con los grandes poderes cósmicos, y si lo hacemos de forma consciente, es posible que participemos de ese acto mágico. El mágico elemento al que se refería Rilke cuando escribió que «dos personas que se unen de noche evocan el futuro».

Existe otro giro en el relato sobre Osiris, una sombra oscura en una historia ya de por sí oscura. Hemos visto que Isis tenía una hermana, Neftis, y que ésta tuvo algún tipo de desliz sexual con Osiris, quizá una especie de pérdida de la gracia. Pero, más tarde, Neftis utilizó sus poderes mágicos

para ayudar a Isis a buscar las partes del cuerpo de Osiris, y también la ayudó a unirlas de nuevo. Por lo tanto, el personaje de Neftis representa una especie de forma oscura del saber, alguien caído pero capaz de redimirse.

En la mitología cristiana, este mismo personaje, este mismo impulso espiritual reaparece con María Magdalena. Hemos visto ya la historia de la Caída. Tal como hemos dicho, no se trató de una caída de los espíritus humanos a un mundo material preexistente (es muy fácil y habitual caer en el error de imaginar que fue así), sino una caída en la que los cuerpos humanos se volvieron más densos conforme el mundo material se volvía también más denso.

Vivimos en un mundo posterior a la Caída. A la vez que una miríada de espíritus nos ayuda a crecer y evolucionar, otro grupo, igual de numeroso, trata de destruirnos tanto a nosotros como al propio tejido de nuestro mundo. En la mitología cristiana —y en la doctrina secreta de la Iglesia—, la Tierra, por haber caído, sufrió y fue castigada a contener su propio espíritu aprisionado en las profundidades del mundo subterráneo, en su interior. A veces llamada Sofía, como en la tradición cristiana, esta sabiduría sólo se logra cuando descendemos a los lugares oscuros y demoníacos de la Tierra, y también a los que están en nuestro interior. A causa de Neftis —y de Sofía— todos tenemos la necesidad de tocar fondo, de experimentar lo peor que la vida tiene que ofrecer, de luchar con nuestros demonios, de probar los límites de nuestro intelecto y de ir más allá de la locura.

Sabemos por Plutarco que, en la Antigüedad, Isis se identificaba con Atenea, la diosa griega de la sabiduría. Atenea tenía una hermana adoptiva, una joven de piel oscura llamada Palas, a la que quería más que a nadie. Despreocupadas, solían jugar a distintos juegos, a luchar y a simular peleas con lanzas y escudos en las llanuras de Anatolia. Pero un día, Atenea se distrajo. Resbaló y le clavó accidentalmente la lanza a Palas, que cayó muerta.

Desde entonces, se llamaría a sí misma Palas Atenea, para dejar patente su lado oscuro, al igual que, en cierto sentido, Neftis representa el lado oscuro de Isis. Atenea también esculpió una estatua de Palas en madera negra, para honrar su memoria.

Esta estatua, llamada Paladión, esculpida por la propia diosa y lavada con sus lágrimas, se veneró en la Antigüedad como objeto del poder de cambiar el mundo. Mientras los habitantes de Anatolia la conservaron en su capital, Troya, ésta fue la mayor ciudad del mundo. Pero los griegos querían tener el intelecto de los troyanos, y cuando se llevaron triunfalmente la estatua, el liderazgo de la civilización mundial pasó a sus manos. Más tarde fue enterrada debajo de Roma, con todo esplendor, hasta que el emperador Constantino la trasladó a Constantinopla, convirtiéndose ésta en el centro de la espiritualidad mundial. En la actualidad se dice que la talla está escondida en algún lugar de Europa oriental, motivo por el que, recientemente, los grandes poderes masónicos han intentado controlar esa región.

El culto de Neftis, junto con sus equivalentes griegos y cristianos, conforma una de las corrientes más oscuras y poderosas del ocultismo. Este tipo de fuerzas magníficas dan forma a la historia del mundo incluso en la actualidad.

7. LA ERA DE LOS SEMIDIOSES Y LOS HÉROES

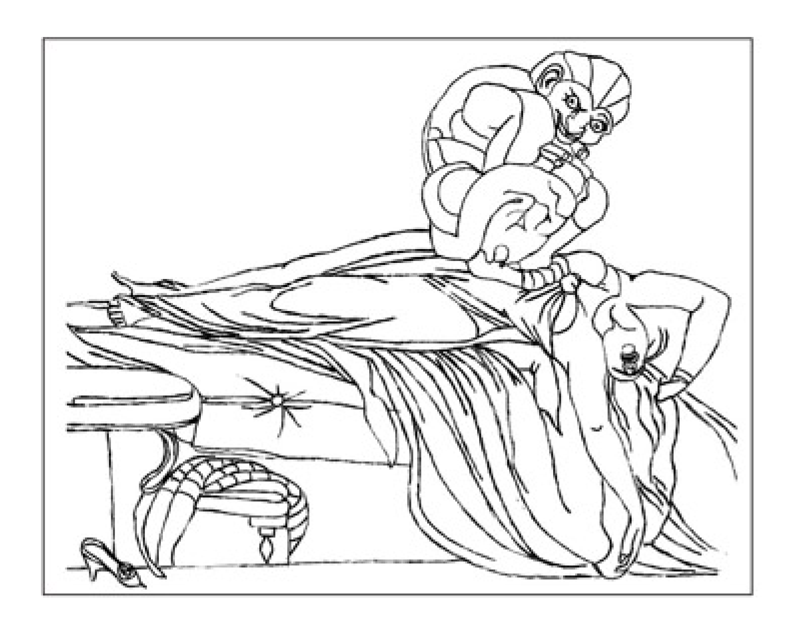
Los antiguos • Las amazonas • Enoch • Hércules, Teseo y Jasón

Cuando Heródoto trataba de dar sentido a las extrañas estatuas de madera de los reyes que habían reinado antes que ningún rey humano, los sacerdotes egipcios le dijeron que nadie podía entender esa historia sin conocer «las tres dinastías».

Si Heródoto hubiera estado iniciado en las escuelas mistéricas, hubiera entendido que las tres dinastías eran, en primer lugar, la generación más antigua de dioses creadores (Saturno, Rea y Urano), la segunda generación, formada por Zeus, sus hermanos y sus hijos (como Apolo y Atenea) y, finalmente, la generación de semidioses y héroes. Este capítulo girará en torno a esta última generación.



Medallón que muestra a Isis en la luna. En *El asno de oro*, de Apuleyo, Isis es descrita así: «Una corona de variadas flores adornaba la altura de la cabeza, delante de la cual, sobre la frente, una plaquita circular en forma de espejo despedía una luz blanca, queriendo indicar la Luna. A derecha e izquierda este adorno estaba sostenido por dos flexibles víboras, de erguidas cabezas, y por dos espigas de trigo.»



Dibujo del artista suizo del siglo XIX Henry Fuseli en el que se muestra a un demonio, a veces llamado Hanon-Tramp. Los demonios lunares viven en el «Lado Oscuro de la Luna», donde desempeñan un papel lícito en la economía espiritual del cosmos, ayudando a arrancar la corrupción de los espíritus humanos tras la muerte. Sin embargo, si irrumpen en el reino terrenal, se muestran como enanos malvados. Del tamaño de un niño de seis o siete años, con grandes ojos hipnóticos, emiten en ocasiones un grito ensordecedor que puede dejar a un humano petrificado de miedo. Estos demonios, que tienen más poder cuando la luna está menguando, pueden explicar algunos encuentros actuales con «extraterrestres», los cuales, al menos en su forma física, no desempeñan ningún papel en la cosmología esotérica.

La materia se fue volviendo cada vez más densa y, puesto que materia y espíritu son conceptos antagónicos, se redujo paulatinamente la presencia de los dioses. Cuanto más superior e inefable era el dios, más le costaba tratar de meterse en la apretada red física que cubría la Tierra. Los grandes dioses, como Zeus o Palas Atenea, parecían hacer sentir su presencia e intervenir directamente en los asuntos humanos sólo en momentos de crisis.

En las escuelas mistéricas se enseñaba que aproximadamente hacia el año 13000 a. J.C. se produjo un cambio decisivo en esa dirección. Desde ese momento, los dioses superiores tendrían dificultades para descender más abajo de la luna. Sus visitas a la superficie de la Tierra se fueron haciendo cada vez menos frecuentes y más fugaces. Se creía que, en estas visitas, dejaban accidentalmente a su paso

el extraño y sobrenatural muérdago, una planta que no puede crecer en el suelo terrestre, pero que brotaba libremente en la luna.



Batalla de los lapitas y los centauros en el friso del Partenón.

Al no estar presentes los dioses superiores para mantenerlos a raya, los descendientes de Saturno (con aspecto de cangrejo), que habían sido encerrados en cuevas subterráneas, empezaron a trepar para salir de nuevo a la luz del día, infestaron la superficie terrestre, y acosaron y se alimentaron de humanos. Los monstruos marinos también se abalanzaron sobre la costa para llevarse a miembros de la tribu que deambulaban demasiado cerca de la orilla. Los gigantes robaban ganado y a veces se alimentaban también de carne humana.

Se libraron importantes batallas entre la humanidad y ejércitos de otro tipo de criaturas, restos de la época anterior. La guerra entre los lapitas (una tribu del Neolítico que tallaba piedras) y los centauros quedó grabada en el friso del Partenón. Se había invitado a los centauros a la boda del líder de los lapitas, pero aquéllos, al ver los cuerpos blancos y sin pelo de las mujeres de los lapitas, se encendieron. Se llevaron a rastras a la novia y la violaron, y lo mismo hicieron con sus damas de honor y con los jóvenes pajes. En la lucha resultó muerto el rey de los lapitas, y así empezó una enemistad que duró generaciones.

Conforme los huesos se endurecían, el mundo animal empezó a sentir su peso. La creación se agotó cada vez más y los animales se volvieron cada vez más perversos, ya que tenían que luchar para sobrevivir. A medida que la humanidad iba decayendo, lo hacía también la naturaleza. Comenzaron a aparecer garras y terribles dientes. Los leones y los lobos empezaron a atacar a los humanos. A las plantas les salieron espinas que pinchaban y dificultaban la recolección de sus frutos, y aparecieron asimismo plantas venenosas, como el acónito.

En el friso del Partenón también se dejó constancia de batallas contra las amazonas, una raza de guerreras que fueron las primeras en ir a caballo al campo de batalla. Para que se le permitiera casarse, una amazona tenía que matar a un hombre. Con sus corazas de piel y sus escudos en forma de media luna, su caballería devastaba hileras enteras de soldados de infantería. Eran espléndidas, y representaban una nueva forma de conducta humana, ya que la posibilidad de matar y asesinar había llegado pisándole los talones a la posibilidad de morir. Si recibimos un corte, sangraremos. Si se nos hace un corte profundo o se nos hiere repetidamente, moriremos. Algunos humanos empezaron a deleitarse en ello. El Libro de Enoch cuenta que la superficie terrestre se cubrió de ejércitos en guerra, y afirma que «la propia carne humana se había vuelto perversa».

Debido a la rígida carcasa ósea del cráneo y al confuso entramado de los órganos de percepción espiritual, los humanos se encontraban ahora aislados, no sólo de los dioses que estaban por encima de ellos, sino también del resto de sus congéneres. Una sombra se cernía en las relaciones humanas, de modo que un centro de conciencia podía creerse aislado de otro. «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?», preguntó Caín, lo cual representa la evolución de la nueva forma de conciencia. Esta pregunta no hubiera sido comprensible para Adán y Eva, que eran como ramas del mismo árbol.

Igual que estaríamos embrollados y confundidos por los mundos espirituales si éstos no hubieran salido al exterior, y si no existieran filtros en la empatía sentiríamos el dolor de los demás como si fuera propio hasta el punto de que estaríamos totalmente abrumados por el sufrimiento ajeno, sin un cierto aislamiento ningún humano podría probarse como individuo, nadie podría sentir el ardiente fuego que impulsó a Caín a seguir avanzando. Pero, claro, nada de todo esto estaba exento de peligros…

La historia demuestra que a los humanos les aterrorizaban los humanos con otras formas de conciencia, a los que a menudo les costaba tolerar. A veces sentían la necesidad de hacerlos desaparecer de la faz de la Tierra. No tenemos más que pensar en el trato que dieron los europeos a los aztecas, en el casi genocidio de los aborígenes australianos, o en el intento de los nazis de aniquilar a los gitanos. Más adelante veremos que, desde la época de Moisés, los judíos han estado a menudo en primer plano en lo que respecta a forjar nuevas formas de conciencia.

En esos momentos, los humanos eran libres de cometer errores, de elegir el mal y disfrutarlo. Ya no recibían todo su alimento espiritual de los pechos rebosantes de savia lechosa de la Madre Tierra. La ley natural y la ley moral ya no eran una misma cosa.

La Tierra se volvió más fría, más densa y más peligrosa en diversos sentidos. La gente luchaba por sobrevivir, y a veces llegaba al límite de su resistencia. Descubría que en el camino que tenía por delante siempre le acecharía el riesgo de morir, pero si no seguía ese camino moriría igualmente. Así pues, tenía que arriesgar lo que más apreciaba o igualmente perdería. Más allá de un determinado punto no hay vuelta atrás. Y, tal como descubrirían, debían llegar a ese punto.

También descubrieron aspectos molestos de sí mismos, como el hecho de que aquel nuevo mundo los había hecho más broncos y que habían adquirido la dura coraza protectora de la

costumbre. Romper esa coraza y dejar al descubierto su lado sensible, la mejor parte de sí mismos, la que los hacía sentir plenamente vivos de nuevo, era un proceso difícil y doloroso que pocos podían afrontar.

El mundo se volvió oscuro, se convirtió en un lugar paradójico donde los opuestos se enfrentaban y donde resultaba doloroso ser humano, un mundo que pedía heroísmo a gritos.

Los seres más grandes y aterradores de la monstruosa progenie de Saturno llegaron los últimos. Tifón salió del mar y se dirigió directo hacia el Olimpo, escupiendo fuego por la boca y tapando el sol con sus alas de murciélago. Tenía cabeza de asno, y al salir del mar, los dioses vieron que bajo su cintura no había más que una maraña de miles de serpientes entrelazadas. Zeus trató de derribarlo con rayos, pero Tifón se limitó a sacudírselos de encima. Cuando finalmente se abalanzó sobre Zeus, éste se hizo con la hoz de pedernal que Crono había utilizado para mutilar a Urano. Pero las extremidades del monstruo, que eran en efecto serpientes, se enrollaron en las de Zeus, sujetándoselas con firmeza y arrebatándole la hoz. Entonces, una vez tuvo al rey de los dioses inmovilizado, Tifón le cortó los tendones, y aunque Zeus era inmortal y nadie podía matarlo, sin tendones estaba completamente indefenso.

Tifón se llevó consigo los tendones y se retiró a una cueva para recuperarse de sus propias heridas. Entonces, Apolo y Pan surgieron de las sombras, donde habían urdido un plan. Se fueron en busca de Cadmo, el héroe conocido por matar dragones, que vagaba por la Tierra en busca de su hermana Europa, a la que Zeus se había llevado disfrazado de toro blanco. Apolo y Pan le prometieron a Cadmo que, si los ayudaba, acabaría su búsqueda.

Pan le dio a Cadmo su flauta y, disfrazado de pastor, el héroe la tocó para el convaleciente Tifón. Éste, que nunca había oído música, se quedó extasiado con ese nuevo y extraño

sonido. Cadmo le contó que aquello no era nada comparado con la música que podía tocar con una lira, pero que, por desgracia, la cuerdas de su instrumento estaban rotas. Tifón le entregó entonces los tendones de Zeus para que los usara a modo de cuerdas y Cadmo le dijo que tenía que regresar a su cabaña para reponer su lira. Así fue cómo Zeus recuperó sus tendones y pudo atacar al monstruo, vencerlo y enterrarlo bajo el monte Etna.

Lo destacable aquí es que Zeus sólo logró salvarse con la ayuda de un héroe. Ahora los dioses necesitaban realmente a los humanos.

Los mitos de los héroes griegos (Cadmo, Hércules, Teseo y Jasón) son algunos de los relatos más famosos de la historia humana. Aunque podría parecer que están totalmente ausentes del relato bíblico, según la antigua creencia que se conserva en las sociedades secretas, Cadmo sería Enoch, el primer humano de la tradición judía al que los dioses recurren para pedir ayuda.

El Antiguo Testamento contiene sólo unas pocas y enigmáticas palabras sobre Enoch. «Henoc tenía sesenta y cinco años cuando engendró a Matusalén. Henoc anduvo con Dios; vivió, después de engendrar a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. El total de los días de Henoc fue de trescientos sesenta y cinco años. Henoc anduvo con Dios, y desapareció porque Dios se lo llevó» (Gén. 5, 21-24).

Aunque aquí no se dice mucho, como ya hemos visto, en la literatura judía existen obras que hablan de Enoch, incluidos algunos libros que se citan en el Nuevo Testamento. En uno de ellos, el *Libro de los jubileos*, se cuenta cómo Enoch descubre las escrituras de los Vigilantes, pero se trata de una traducción incorrecta. Lo que se quiere decir es que descubrió (es decir, inventó) el lenguaje mismo.

En la tradición judía, a Enoch se lo presenta como un personaje extraño. Su resplandeciente semblante resultaba incómodo de contemplar y, sin duda, su presencia

incomodaba. En esto tal vez nos recuerde al Jesús de los Evangelios, que cautivaba a enormes multitudes, pero sentía deseos de retirarse para estar solo con los grandes seres espirituales que se le aparecían.

En solitario, Enoch podía comunicarse con los dioses y los ángeles con una facilidad que la raza humana estaba perdiendo rápidamente.

Al principio, Enoch solía pasar un día enseñando a las muchedumbres y después permanecía tres días solo. Más tarde, dedicó a la gente sólo un día a la semana, después un día al mes, y finalmente, un día al año. La multitud ansiaba su retorno, pero cuando volvía, su rostro brillaba tanto y les resultaba tan incómodo mirarlo que tenían que apartar la mirada.

¿Qué hacía Enoch en sus solitarias vigilias? En repetidas ocasiones veremos que los grandes momentos decisivos de la historia son fruto de dos tipos de pensamiento. En primer lugar, los acontecimientos dan un giro cuando a los grandes pensadores, como Sócrates, Jesucristo y Dante, se les ocurre por primera vez algo en lo que nadie había pensado antes. En segundo lugar, esos momentos cruciales surgen cuando los pensamientos se ponen por escrito y quedan grabados de forma indeleble, ya que conservan el saber de la Antigüedad, que corre el riesgo de perderse para siempre.

La generación de Jared, el padre de Enoch, fue la última en experimentar una visión ininterrumpida de las sucesivas oleadas de generaciones de dioses, ángeles y espíritus que emanaban de la mente de Dios. Lo que Enoch conservaba en el primer lenguaje, que él inventó, y en los primeros monumentos de piedra —los círculos de piedra más antiguos —, era esta visión de las jerarquías de los seres espirituales que estaban por encima de los humanos. Enoch es uno de los personajes importantes de la historia secreta del mundo, porque escribió una crónica completa de lo que llamaríamos, en términos actuales, el ecosistema de los mundos espirituales.

Por ello se le recuerda, no sólo como Cadmo en la tradición griega, sino como Idris en la árabe y como Hermes Trismegisto en la tradición esotérica egipcia. Era consciente de que del mismo modo que pensar debilita la salud, el lenguaje debilita la memoria. También predijo una catástrofe que iba a destruir todo lo creado por la humanidad, excepto lo que él guardaba en su mente y los monumentos de piedra más resistentes.

Rindió homenaje a las jerarquías celestiales, no sólo en monumentos de piedra sino también mediante la invención del lenguaje mismo, ya que según la doctrina secreta, toda lengua se originó al dar nombre a los cuerpos celestes.

De hecho, las primeras manifestaciones artísticas, como las descubiertas en las famosas cuevas de Lascaux, en Francia, y de Altamira, en España, son en realidad una representación de esos mismos cuerpos celestes. Éstos, a su vez, son los pensamientos de la gran mente cósmica, que se entrelazan con todo el contenido del universo. En aquel entonces, el lenguaje y el arte permitieron a los humanos capturar esas ideas de algún modo y hacerlas suyas.

Enoch se retiraba cada vez con más frecuencia a las montañas, donde el terreno era inhóspito y las condiciones climáticas duras. Cada vez podía seguirlo menos gente. Afirmó lo siguiente: «Allí mis ojos vieron los misterios del relámpago y del trueno; y los secretos de los vientos y cómo se distribuyen para soplar sobre la tierra; y los secretos de las nubes y el rocío, de dónde proceden en ese lugar y desde dónde saturan el polvo de la tierra. Allí vi las cámaras cerradas desde donde son distribuidos los vientos, el depósito del granizo y del viento, el depósito de la neblina y las nubes que revolotean sobre la tierra desde el comienzo del mundo. Y vi las cámaras del sol y de la luna, de dónde proceden y hacia dónde regresan.»

El Libro de Enoch relata que en su visión final extática fue guiado en una visita por los cielos, por las diferentes esferas del cielo y por las diferentes órdenes de ángeles que allí habitaban, y por toda la historia del cosmos.

Finalmente, Enoch se dirigió un día al último precario grupo de seguidores que habían logrado seguir sus pasos en su recorrido por la montaña. Mientras él hablaba, éstos alzaron la vista al cielo y vieron bajar un caballo en un remolino de viento. Enoch se montó en el animal y cabalgó hacia el cielo.

La historia de la ascensión al cielo de Enoch nos viene a decir que él no murió como un humano, ya que no era del todo humano. Lo mismo que los demás semidioses y héroes de la tradición griega, Enoch/Cadmo era un ángel encerrado en un cuerpo humano.

Aunque las historias de Hércules, Teseo y Jasón son ya suficientemente conocidas como para tener que contarlas aquí de nuevo, contienen algunos elementos especialmente relevantes para la historia secreta.

En los relatos del semidiós Hércules comprobamos lo mucho que la humanidad ha caído en el materialismo. Hércules quería que le dejaran solo para proseguir con su vida materialista y disfrutar de los placeres mundanos (emborracharse, asistir a banquetes y meterse en peleas), pero constantemente lo interrumpía el deber de seguir su destino espiritual. Hércules, un personaje titubeante, desmañado y a veces ridículo, se debatía entre fuerzas cósmicas opuestas.

Ovidio describe también cómo, a medida que se retiraban los dioses, Eros empezó a causarle problemas, pues Hércules se dejaba llevar tanto por el deseo como por los espíritus que trataban de controlarle.

En la actualidad, si nos enamoramos de alguien atractivo, es posible que veamos en su belleza un signo de gran sabiduría espiritual. Cuando observamos unos ojos bonitos, tal vez esperamos encontrar en ellos el secreto de la propia vida. La

historia del amor que Hércules sentía por Deianira, el amor de Ariadna por Teseo o el de Jasón por Medea muestran que la unión espiritual entre las personas estaba ya empezando a enturbiarse. Se podía mirar a los ojos a alguien hermoso y quedar decepcionado por lo que allí se veía. La sexualidad se había vuelto complicada.

El riesgo de engaño se agravó debido al gusto por el engaño. Lo mejor y lo peor para mí, lo que debería hacer sobre todo y lo que no debería hacer bajo ningún concepto eran cosas muy parecidas. En el fondo de mi corazón, tal vez sé diferenciar entre todo ello, pero entonces, un espíritu perverso puede hacer que quiera decantarme por la opción equivocada. La belleza espléndida siempre está rodeada de una gran perturbación psíquica.

En los doce trabajos de Hércules se le muestra pasando una serie de pruebas que le han impuesto los sucesivos espíritus que gobiernan las constelaciones. Se trata de una serie de dificultades por las que todos los humanos pasan, y, en general, se someten a ellas inconscientemente, como Hércules. Así pues, la vida de este héroe es un ejemplo del dolor que comporta el hecho de ser humano. Hércules es como un hombre cualquiera, atrapado en un ciclo de dolor.

Según lo concebimos actualmente, el hecho de que una historia sea alegórica hace más improbable que se trate de una representación fiel de hechos reales. Los escritores contemporáneos intentan vaciar sus textos de significado, simplificarlos para hacerlos más naturalistas.

Para los antiguos, que creían que cada acontecimiento que tenía lugar en la Tierra estaba guiado por el movimiento de las estrellas y los planetas, cuanto más resaltaba una narración estos elementos «poéticos», más auténtico y realista era el texto.

Por consiguiente, se puede tener la tentación de considerar que los viajes al infierno de Hércules, Teseo y Orfeo eran una simple metáfora. Es cierto que, a un

determinado nivel, sus aventuras representan el inicio de la aceptación de la realidad de la muerte por parte de la humanidad. Sin embargo, cuando tratamos de imaginar las aventuras en el infierno de Hércules, Teseo y otros, no debemos imaginar que se trataba de viajes puramente internos o mentales. Cuando luchaban contra monstruos y demonios, se enfrentaban en efecto a fuerzas que dominaban su propio ser, la corrupta carne humana, el oscuro laberinto de la mente del hombre, pero también combatían contra monstruos reales de carne y hueso.

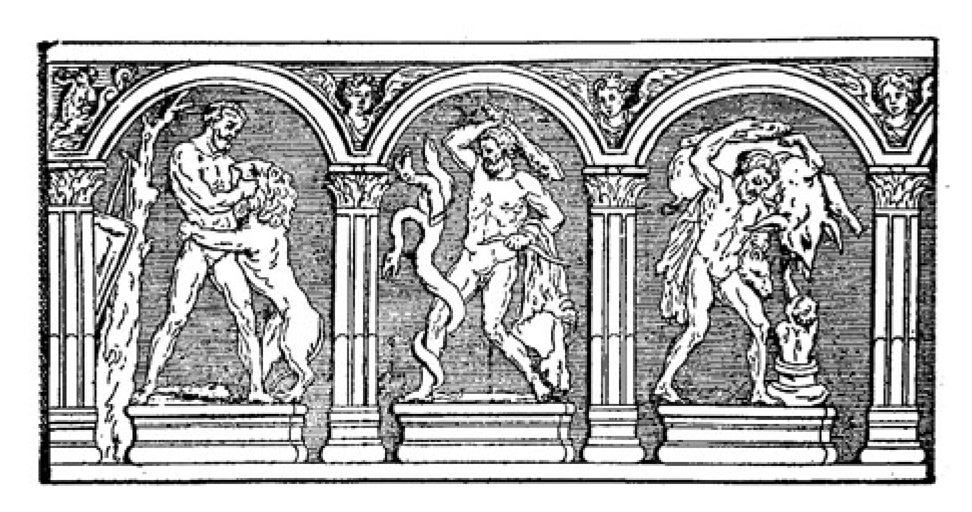
Si comparamos la historia de Teseo y el Minotauro con un mito mucho más antiguo como el de Perseo y la Gorgona Medusa, podemos ver que, en la época de Teseo, el ritmo de la metamorfosis parece haberse ralentizado. En el relato de Perseo, cada episodio se refiere a poderes sobrenaturales o a una transformación mágica. Por otro lado, el hombre-toro Minotauro es, al parecer, un extraño superviviente o resto de una época anterior.

La última aventura que los semidioses y héroes emprendieron juntos debería interpretarse también como historia. Se libraban batallas para tratar de robar el conocimiento más sagrado de las tribus rivales y, en cierto modo, la búsqueda de Jasón del vellocino de oro fue un ejemplo de ese tipo de incursiones.

Isaac Newton reveló parte de los conocimientos secretos de su hermandad al afirmar que la búsqueda del vellocino, al igual que los trabajos de Hércules, muestra el avance del sol por los signos del zodiaco. Lo que no reveló, aunque sin duda sabría, es que el vellocino representa el espíritu animal purificado totalmente mediante la catarsis, de tal modo que brilla como el oro.

Una serpiente enrollada al árbol trata de evitar que Jasón se haga con el vellocino. Ésta es descendiente de la serpiente luciferina que inició la corrupción en la fisiología humana y que estaba enroscada en el árbol del jardín del Edén.

Pero si Jasón puede arrebatarle el vellocino, adquirirá magníficos poderes para sí mismo. Podrá pedir que su espíritu salga de su cuerpo a voluntad, comunicarse libremente con los dioses y ángeles como los individuos de épocas anteriores. Podrá controlar su propia fisiología, influir en la mente de los demás por telepatía e incluso transformar la materia.



Los trabajos de Hércules. El filósofo neoplatónico Porfirio analizó esos doce trabajos e indicó los signos del zodiaco que subyacían en cada uno de ellos. Actualmente se cree que si una narración tiene un formato alegórico, eso indica que no puede ser una crónica exacta de hechos históricos. Pero si, como hacían los antiguos, se cree que todos los acontecimientos de la Tierra se rigen por los movimientos de los cuerpos celestes, entonces se opinará lo contrario. Todas las crónicas de hechos históricos reales deben, inevitablemente, ser un reflejo de acontecimientos astronómicos, como el paso del sol por las constelaciones. En este relieve de un sarcófago se muestra a Hércules viajando por las constelaciones de Leo, representado por el león de Nemea, Escorpio, representado por la hidra, y Libra, representada por el jabalí de Erimantea (al domar al jabalí, Hércules equilibra los espíritus animales con una mesurada inteligencia).

Por lo tanto, la narración de Apolonio de la búsqueda de Jasón debe interpretarse como un manual de iniciación y como un relato histórico verdadero. Más adelante veremos que los alquimistas de la Edad Media, y con posterioridad el propio Newton, se basaron en este punto de vista.

Si se observa este período de Enoch, Hércules y Jasón con una perspectiva científica, no se verá ninguno de los espectaculares acontecimientos descritos en este capítulo. Ni héroes o monstruos que salen del mar, ni divinidades fantasmales como Zeus ni la nigromancia que provoca la caída de imperios. Sólo se verá el viento y la lluvia en un lúgubre

paisaje natural cuyos únicos indicios de vida humana son, en el mejor de los casos, algunas moradas bastante elementales y herramientas primitivas de piedra.

Sin embargo, es posible que la ciencia sólo nos muestre lo que ocurrió en la superficie. ¿Acaso estaban sucediendo acontecimientos más importantes bajo esa superficie? Lo que la historia secreta conserva es un recuerdo de la experiencia subjetiva, de las notables experiencias que transformaron la psique humana durante esa época. Por lo tanto, ¿qué es más real? ¿Qué nos dice más de la realidad de ser humano en ese momento, el saber científico o el saber esotérico codificado en la mitología antigua?

¿Podría haber niveles de verdad o realidad en los acontecimientos actuales que le pasasen inadvertidos a la conciencia sensata y científica y que nosotros usásemos para hallar nuestro camino entre los atascos, las grandes superficies y los correos electrónicos?

Orfeo • Dédalo, el primer científico • Job • La resolución del enigma de la Esfinge

Al zarpar Jasón en la nave *Argos*, en lo que resultaría ser la última hazaña de los semidioses y héroes, lo acompañaban muchos de los personajes importantes de la época, como Hércules y Teseo. Pero entre esos musculosos superhéroes había uno con unos poderes muy distintos, un personaje de la transición que deseaba seguir viviendo una vez los semidioses y héroes se hubieran ido, cuando los humanos tuvieran que valerse por sí mismos.

Orfeo había viajado desde el norte trayendo consigo el don de la música. La suya era tan hermosa que no sólo encandilaba a humanos y animales, sino que también podía hacer que los árboles e incluso las rocas se movieran.

En el viaje con Jasón ayudó a los héroes cuando la fuerza bruta no servía de nada. Cantando acompañado de su lira, cautivó a las enormes rocas que chocaban entre ellas y amenazaban con aplastar la nave *Argos*, e hizo que el dragón que custodiaba el vellocino de oro se sumiera en un profundo sueño.

A su regreso se enamoró de Eurídice, pero, el día de su boda, a ella la mordió una serpiente en el tobillo y murió. Destrozado por el dolor, Orfeo bajó al ultramundo decidido a recuperarla, ya que se negaba a aceptar el nuevo orden de la vida y de la muerte.

La muerte era entonces algo espantoso. Ya no era un descanso placentero mediante el cual el espíritu se recuperaba y se renovaba, preparándose para la próxima encarnación, sino que era una dolorosa separación de los seres queridos.

Descendiendo sin cesar hacia las profundidades, Orfeo se encontró con Caronte, el anciano y tétrico barquero, que al principio se negó a llevarlo a través de la laguna Estigia hasta la tierra de los muertos. Pero Caronte se quedó adormecido

con la lira, al igual que Cerbero, el perro de tres cabezas encargado de custodiar la entrada al ultramundo. Orfeo embelesó también a los atroces demonios que se ocupaban de arrancar de los espíritus de los muertos la impía lujuria animal y los deseos salvajes que seguían aferrados a ellos.

Finalmente, llegó al lugar donde el rey del mundo subterráneo tenía cautiva a su amada, pero el soberano no se dejó cautivar totalmente por Orfeo, ya que aceptó liberar a Eurídice con una pequeña condición. Ésta podía regresar al mundo de los vivos si Orfeo podía llevarla hasta allí sin volver ni una sola vez la cabeza para asegurarse de que ella le seguía.

Pero, por supuesto, Orfeo se volvió en el último momento, al salir a la luz del sol, tal vez temiendo que el rey lo hubiese engañado. Y vio entonces cómo el amor de su vida se lejaba de repente de él, bajando por los pasadizos de piedra hasta perderse de vista, desapareciendo en el infierno como un hilo de humo. Los otros héroes, más robustos, habían triunfado en sus respectivas búsquedas al luchar con uñas y dientes, hasta casi agotar sus fuerzas y su resistencia, siendo valientes y no rindiéndose nunca. Pero los tiempos estaban cambiando. Los grandes iniciados que conservaron esta historia para que llegara hasta nuestros días querían que entendiéramos que Orfeo fracasó porque intentó hacer lo mismo que habría hecho todo buen héroe, tratar de asegurarse de algo.

También es posible que su música hubiese perdido algo de encanto, ya que no impidió que un grupo de ménades, las compañeras de Dioniso, se arrojaran encima de él y lo despedazaran. Tiraron su cabeza al río, donde flotó arrastrada por la corriente, sin dejar de cantar. Mientras pasaba flotando, los sauces llorones se apelotonaban en las orillas. Finalmente, la cabeza de Orfeo fue rescatada y colocada en un altar en una cueva, donde una gran multitud acudía a consultarla a modo de oráculo.

Si Cadmo/Enoch dio nombre a los planetas y las estrellas, fue Orfeo quien los midió y, al hacerlo, inventó los números. Una octava está formada por ocho notas, pero en cierto sentido, realmente sólo tiene siete, ya que la nota número ocho siempre representa la elevación hacia la siguiente octava. Por eso, las octavas se asocian con el ascenso a través de las siete esferas del sistema solar, que antiguamente eran cruciales en todo pensamiento y experiencia. Al proporcionar un sistema de notación, Orfeo dio origen a las matemáticas. A partir de ahí, los conceptos pudieron manipularse, lo cual sentó las bases del conocimiento científico del universo físico.

Orfeo es un personaje de transición porque, por un lado, es un mago con poderes para mover piedras con la música pero, por otro, es un precursor de la ciencia. Si bien más adelante encontraremos una ambigüedad similar en muchos científicos importantes, incluso en la edad moderna, el otro representante de la transición que vivió en la época de Orfeo fue Dédalo. (Sabemos que fueron contemporáneos porque Dédalo era el guardián del Minotauro al que mató Teseo, y éste había participado en la búsqueda del vellocino de oro.)

Dédalo es célebre por haber inventado unas alas de cera y plumas para huir volando de Creta junto con su hijo, Ícaro. Asimismo, diseñó un laberinto, y se le atribuye también la invención de la sierra y de las velas de navegación. También era inventor, ingeniero y arquitecto según nuestra concepción actual. No se valía de la magia.

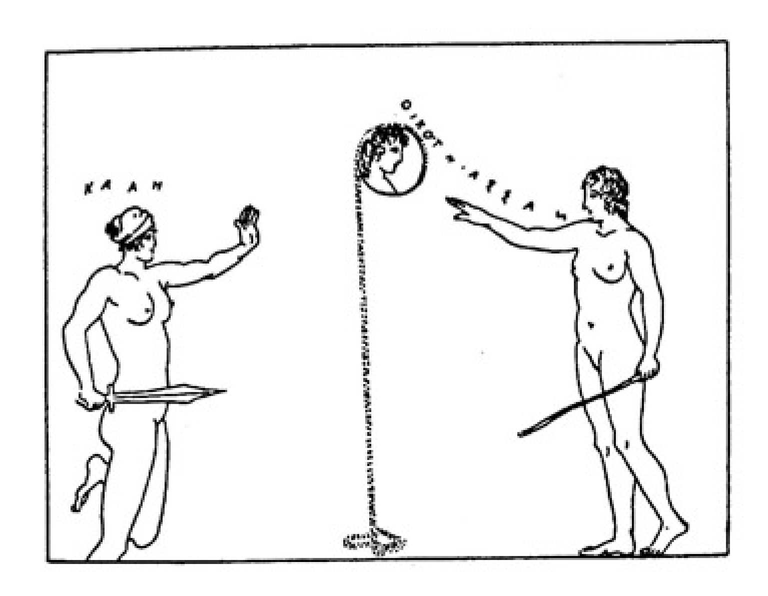
Si la ciencia fue una innovación de la época, también lo fue la magia. Esta última era la aplicación de un modo científico de concebir lo sobrenatural. En esa época ya no vemos los cambios de forma, aparentemente sin esfuerzo, de períodos anteriores ni la transformación punitiva de quienes han tenido una mala conducta en arañas, venados o plantas. Pero sí tenemos a Medea, la mujer de Jasón, y Circe, a quien Medea acudía para solicitar ayuda, consejo y protección mágica. Circe y Medea tuvieron que esforzarse para crear efectos sobrenaturales usando pociones, conjuros y sortilegios.

Si la invención de las palabras y los números permitió que los humanos empezaran a manipular el mundo natural, también les hizo creerse capaces de manipular el mundo espiritual. Medea ofreció a Jasón una poción roja como la sangre, preparada con jugo de azafrán, para apaciguar al dragón que custodiaba el vellocino, mientras ella entonaba cánticos y utilizaba ramitas de enebro para rozar los párpados del animal. Creaba elixires mágicos y conocía los secretos de los encantadores de serpientes.

A medida que el mundo material seguía volviéndose más denso, y conforme se iba dejando fuera a los seres del mundo espiritual, resultaba cada vez más difícil encontrar incluso a los espíritus del nivel inferior, los de la naturaleza (como los silfos, las dríadas, las náyades y los gnomos). Se perdían en los arroyos, los árboles y las piedras, huyendo con las primeras luces del alba. Aun así, parecían seguir estando tentadoramente cerca, y fueron esos espíritus (entonces lo mismo que ahora) a los que a los magos les resultó más fácil manipular.

Algunos magos intentaron también someter a dioses importantes a su voluntad, bajarles de la luna. Los mitos del primer hombre lobo, Licaón, que desencadenó la inundación de Deucalión; la inundación de Poseidón de la llanura triasiana que hizo que Atenea tuviera que trasladar su ciudad al emplazamiento actual de Atenas, y las atroces tormentas que seguían a Medea allí adonde iba, son una muestra de las catástrofes medioambientales derivadas de la práctica de la magia negra.

Al final de ese período, la humanidad estaba enferma, lo mismo que la naturaleza.



Dibujo griego en el que los magos hacen bajar a la luna.

Según el baremo estándar de un héroe convencional, Orfeo tal vez fracasara, pero su influencia en la historia fue mayor y perduró más que la de Hércules, Teseo y Jasón. La música, creada por Orfeo, iba a ser un bálsamo para curar el espíritu enfermo y angustiado de la humanidad durante milenios.

Si la gente se estaba aislando no sólo de los dioses sino también del resto de la humanidad, si estaba cansada de aguantar un entorno siempre cruel y a veces hostil, y su imaginación estaba infectada por los impulsos perversos y feroces de la magia, todo eso se vería contrarrestado por la influencia estética en la imaginación, no sólo a través de la música, sino también de la literatura, la pintura y la escultura. Las inspiradoras imágenes de la belleza, la verdad y el amor actuaban en la humanidad a un nivel subyacente al de la mente consciente. Tenían más poder que cualquier doctrina moral abstracta y explícita.

Orfeo fue el fundador mítico de los misterios que iluminarían e inspirarían a la antigua Grecia.

Quizá la expresión artística más impactante de la crisis espiritual del final de la época de los héroes esté en la Biblia.

En el texto escrito que ha llegado hasta nuestros días, la historia de Job es una de las últimas que se cuenta en el Antiguo Testamento, pero en sus orígenes fue una de las partes más antiguas.

Job era un hombre bueno, a pesar de haber perdido todo su dinero, que sus hijos hubiesen muerto y que él estuviese completamente solo y cubierto de dolorosas llagas. Mientras, la maldad prosperaba. La historia de Job nos ha llegado no porque fuera un destacado líder, o el artífice de grandes hazañas, sino por ser el primer humano que pensó algo trascendente y profundamente cierto: «La vida es injusta.» Hércules había servido a los dioses como pasatiempo, pero fue Job quien clamó al cielo desafiante. A diferencia de Hércules, Job podía usar el lenguaje para hacerlo.

En la actualidad, creemos que tenemos la suficiente capacidad de maniobra mental como para elegir en qué pensar. No obstante, antes de la invención del lenguaje, que fue el gran logro de esa época, semejante maniobrabilidad no hubiera sido posible.



El *Job* de Blake.

El lenguaje nos permite distanciarnos del mundo, nos ayuda a abstraernos de lo que está presente físicamente y nos permite fragmentar la experiencia, esté presente o no, en partes que podamos manejar. Hasta cierto punto, podemos vivir las experiencias en el orden que queramos.

Este proceso lleva implícito un cierto grado de aislamiento. Al margen de las ventajas que trajo consigo, el lenguaje hizo del mundo un lugar más frío, oscuro y confuso. Antes hemos visto que el acto de pensar es en sí mismo un proceso que aísla. Del mismo modo, el lenguaje nos debilita, nos resta energía vital y nos hace sentirnos más inseguros en nuestra peregrinación por el mundo.

El lenguaje trajo consigo una nueva forma de conciencia. Antes de Job, la gente creía que todo lo que le ocurría estaba predestinado a ser así, que todo se regía por la intención divina subyacente. No lo ponían en duda, ni tampoco podían hacerlo. En ese momento, sin embargo, el lenguaje permitía a Job verlo todo en perspectiva. Y empezó a percibir incoherencias. La vida *es* injusta.

Pero Dios reprendió a Job por ser tan poco comprensivo. ¿Dónde estabas cuando puse los cimientos de la Tierra? ¿Cuando los luceros del alba cantaban juntos y todos los ángeles gritaban jubilosos? ¿Has entrado al mar en plena marea viva, o has caminado por las profundidades de lo más profundo? ¿Se te han abierto las puertas de la muerte? ¿Sabes dónde vive el Sol y de dónde viene la oscuridad? ¿Puedes unir las cadenas de las Pléyades o aflojar el Cinturón de Orión?

Lo que salvó a Job fue que tenía esa sensación que todos tenemos cuando acabamos de tener un sueño maravilloso e intentamos recordarlo pero no podemos. Él era consciente de que, en cierto modo, el campo de la experiencia humana se estaba reduciendo. «Quién me hiciera volver a los meses de antaño, aquellos días en que Dios me guardaba, cuando su lámpara brillaba sobre mi cabeza» (Job 29, 2-4).

Job se refiere, por supuesto, a la «Lámpara de Osiris».

En la actualidad, la palabra *apócrifo* tiene connotaciones peyorativas, pero en realidad denota algo oculto —o esotérico—. En el Testamento apócrifo de Job se le compensaba por ser consciente de lo que ignoraba, consciente de lo que había perdido. Se le devolvieron sus hijos e hijas, estas últimas con cintos de oro. Uno de los cinturones dio a Job la capacidad de entender el lenguaje de los ángeles, el segundo, los secretos de la creación y el tercero, el lenguaje de los querubines.

La música, las matemáticas y el lenguaje se inventaron en la época de los héroes, lo mismo que la astronomía (otro de los logros atribuidos a Enoch). Los primeros círculos de piedra no sólo reflejaban la organización de las jerarquías de los dioses y los ángeles, sino también la posición de las estrellas y los planetas.

Por lo tanto, en la historia secreta, es el momento en que se pueden empezar a fijar por primera vez las fechas de los acontecimientos importantes.

Entre las garras de león de la Esfinge de Gizeh, que mira al este, hay una piedra de gran tamaño con la inscripción: «Éste es el espléndido lugar del Primer Tiempo.» El misterioso «Primer Tiempo», o *Zep Tepi*, era una expresión que usaban los egipcios para referirse al inicio de los tiempos. En su mitología, el *Zep Tepi* estaba marcado por el surgimiento de las aguas del montículo primordial, en el que se posó el Fénix.

Mediante una excelente reconstrucción, que comienza estando de pie entre las garras de la Esfinge, Robert Bauval ha logrado determinar la fecha del *Zep Tepi*. En esa mitología, la llegada del Fénix marcó el inicio de una nueva era. En la mitología egipcia, el Fénix, o pájaro Bennu, es el símbolo del ciclo sotíaco de 1.460 años (que es el tiempo que tardaba el calendario de 365 días de los egipcios en sincronizarse de nuevo con el inicio del ciclo anual, marcado por la salida helíaca de Sirius). La sincronización de esos dos ciclos, el anual y el sotíaco, se produjo en 11451, 10081, 7160, 4241 y

2781 a. J.C. Bauval advirtió de inmediato que esas fechas coincidían con el inicio de algunos de los grandes proyectos de construcción a lo largo del Nilo. Sin duda, el comienzo de ese ciclo fue muy importante para los antiguos egipcios…

Al intentar dilucidar cuál de los ciclos habría sido el «Primero», al principio se vio seducido por la idea de que podría ser el año 10081 a. J.C. porque, según la creencia esotérica, la Esfinge se había construido en esa época, o incluso antes.

Entonces Bauval determinó que, previamente, en el año 11451 a. J.C., la Vía Láctea, que tenía una inmensa relevancia en las culturas antiguas de todo el mundo por ser el «río de las almas», se alineaba directamente a lo largo del lecho fluvial del Nilo, de forma que se reflejaban la una en el otro y viceversa. Además, también le chocó que en esa fecha tan temprana, el año 11451 a. J.C., los ciclos sotíaco y anual coincidieran con un tercer ciclo, el Gran Año (el ciclo completo de 25.920 años del zodiaco) de un modo sumamente significativo, ya que en aquella fecha, la mirada al este de la Esfinge con cuerpo de león se dirigía al inicio de la Era de Leo.

La Esfinge encarna las cuatro constelaciones cardinales del zodiaco, las cuatro esquinas del cosmos: Leo, Tauro, Escorpio y Acuario, los Cuatro Elementos de la creación del mundo material. Según la historia secreta, esa figura es un monumento que conmemora la primera vez que los Cuatro Elementos se quedaron fijos en su lugar y la materia finalmente se solidificó.

Cuando Platón escribió en el célebre *Timeo* que el Alma del Mundo era crucificada en el Cuerpo del Mundo, no estaba profetizando la crucifixión de Cristo, como algunos apologistas cristianos han sostenido, sino que estaba recordando ese momento crucial de la historia mundial, tal como el idealismo lo concibe, en que la conciencia se fijó finalmente en la materia sólida.

La Esfinge ocupa por tanto un lugar muy especial en la historia, según postula el idealismo. Marca ese punto en el que, después de oleadas y oleadas de emanaciones de la mente cósmica, la materia sólida adoptó finalmente la forma que tiene en la actualidad. Por eso, quizá sea el mayor icono del mundo antiguo. En aquel entonces, las leyes de la física, tal como las conocemos hoy, tan sólo se estaban empezando a poner en marcha, y a partir de ese momento las fechas pueden establecerse con seguridad, ya que el gran reloj del cosmos se había puesto en hora en su complejo patrón de órbitas.

Si realmente se hubiera producido esta solidificación tardía de la materia, eso por supuesto invalidaría los métodos de datación, como el carbono 14, que se suelen usar para tratar de determinar las cronologías antiguas. La ciencia contemporánea realiza una suposición en sus cálculos que no practicaban los antiguos, a saber, que las leyes naturales se han cumplido en todos los lugares y en todas las épocas.

La Esfinge plantea un enigma a Edipo: ¿Qué es lo que camina a cuatro patas, después con dos y luego con tres? Si no halla la respuesta, la Esfinge lo matará. Sin embargo, él interpreta correctamente que el acertijo se refiere a las etapas del hombre. Un bebé camina a gatas, después crece y camina erguido sobre dos piernas, hasta que envejece tanto que necesita una tercera pierna, o bastón, para caminar. Pero aquí, el término «etapas» es también otra forma de referirse a la evolución de la humanidad. La forma de la Esfinge es un monumento a esta evolución.

Al ser derrotada por el ingenio de Edipo, la Esfinge se arroja por el precipicio o abismo. Su muerte es un modo de mostrar que, en ese momento, los dioses de los elementos, esos principios organizadores del universo, fueron satisfactoriamente absorbidos en el interior del cuerpo humano.

En la leyenda de Edipo resulta clave el terrible destino que quiere evitar, aunque no lo logre, pues, tal como predice el oráculo, acaba matando a su padre y casándose con su madre. Cuando las leyes de la naturaleza se volvieron fijas y mecánicas, los humanos se vieron atrapados en ellas.

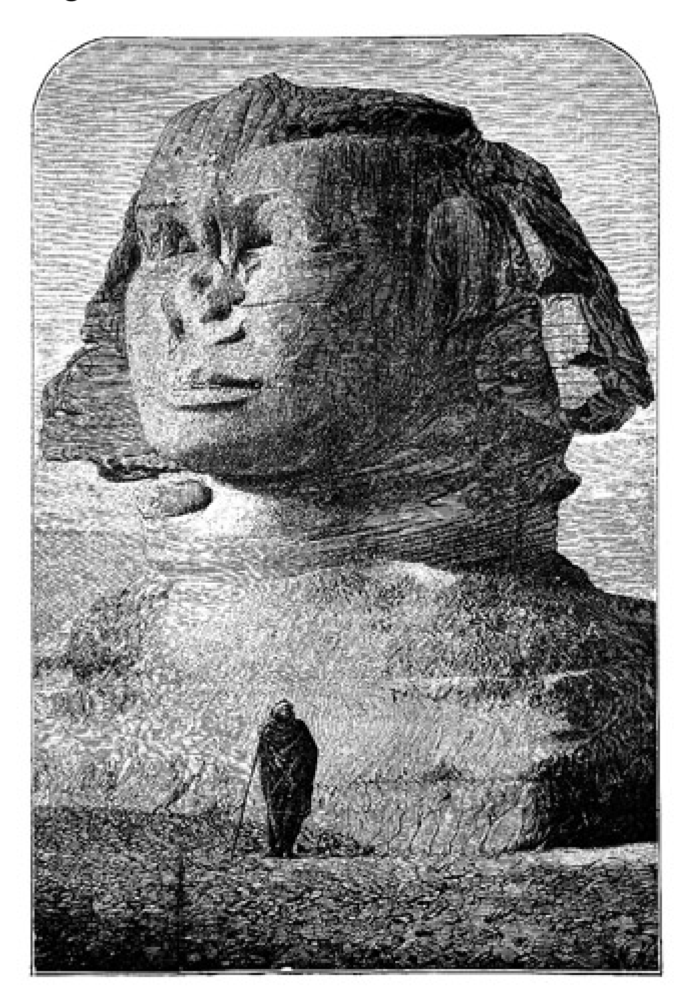
Así pues, la Esfinge marca el fin de la Era de la Metamorfosis, la fijación de las formas biológicas que conocemos en la actualidad, así como la instauración de las leyes de la naturaleza. También es la barrera que impide la vuelta atrás. En el Génesis es uno de los querubines quien prohíbe el regreso al Edén, y los egipcios llamaban *Hu* («protector») a la Esfinge, compuesta de cuatro querubines. Con ello se referían a que ésta vigilaba que nadie volviera subrepticiamente a los antiguos modos de procreación.

En general se tiene la idea equivocada de que en 1650, cuando el obispo Usher calculó que el mundo se había creado en el año 4004 a. J.C., ése era en cierto modo el último vestigio de una antigua superstición. De hecho, el célebre cálculo de Usher fue fruto de una época en la que el materialismo estaba ganando terreno, lo mismo que la interpretación literal y acotada de la Biblia que les habría parecido absurda a los habitantes del pasado. Éstos creían que las almas humanas habían existido a lo largo de una innumerable cantidad de eras antes del año 11451 a. J.C., y sólo entonces el cuerpo humano, tal como lo conocemos hoy, se materializó totalmente en torno al espíritu humano.

Es interesante advertir que, según los cálculos de Manetón, en el siglo III a. J.C., ése es casi exactamente el momento en que finalizó el reinado de los semidioses.

Más adelante veremos que, según la doctrina esotérica, la materia no sólo emanó de la mente hace poco tiempo, sino que su existencia será breve. Se volverá a disolver dentro de tan sólo unos nueve mil años, cuando el sol salga de nuevo y se encuentre con la mirada de la Esfinge en la constelación de Leo.

Según las enseñanzas de las sociedades secretas, vivimos en una pequeña isla de materia, en medio de un inmenso mar de ideas e imaginación.



La Esfinge, que mostraba los Cuatro Elementos fijos en los cuatro puntos cardinales. En la época moderna, el eminente egiptólogo R. A. Schwaller de Lubicz (protegido de Henri Matisse) fue el primero en declarar que la Esfinge podría haber sido esculpida antes del año 10000 a. J.C. Señaló que las paredes en torno al monumento muestran signos de erosión por agua que no podría haberse producido después de ese período. Según la historia secreta, esta figura es un monumento a la primera vez que los Cuatro Elementos se quedaron fijos en su lugar y la materia se solidificó. En el año 11451 a. J.C., el este, el oeste, el norte y el sur estaban unidos a los Cuatro Elementos que componían el mundo físico.

9. EL ALEJANDRO MAGNO DEL NEOLÍTICO

Noé y el mito de la Atlántida • El Tibet • La conquista de la India de Rama • *Los Yoga Sutras de Pantanjali*

Si tienes una cierta idea del mito de la Atlántida, es posible que tengas la impresión de que sólo existe una única fuente antigua de esa leyenda, Platón.

El relato de éste dice así: los sacerdotes egipcios le contaron a Solón —un gobernante y abogado de la generación del bisabuelo de Platón—, que en el Atlántico había una gran isla que había quedado destruida aproximadamente nueve mil años antes, hacia 9600 a. J.C.

El dios Poseidón había sido quien dio origen a la civilización de la isla, habitada por los hijos de su unión con una hermosa mujer llamada Clito. (Como hemos visto en el capítulo quinto, esta intervención de un dios pez es un relato en clave de la evolución común a todas las mitologías del mundo.)

Además de la isla principal, los atlantes también gobernaron otras islas de menor tamaño de la zona.

La más extensa estaba constituida por una hermosa llanura fértil y por una gran colina, donde vivía Clito. Los habitantes disfrutaban de los alimentos que crecían en abundancia en la isla. Dos arroyos de agua manaban de la tierra, uno de agua caliente y otro de agua fría.

Para tener a Clito para él solo, Poseidón mandó excavar una serie de canales circulares alrededor de la colina. Con el tiempo, surgió allí una sofisticada civilización, que domesticaba a los animales salvajes, extraía metales de las minas y llevaba a cabo trabajos de construcción, como templos, palacios, hipódromos, gimnasios, baños públicos, edificios gubernamentales, puertos y puentes. Muchas de las

paredes se recubrieron de metales, como latón, estaño y un metal rojo desconocido llamado oricalco. Los techos de los templos eran de marfil, y sus pináculos, de oro y plata.

En las islas de la Atlántida gobernaban diez reyes, cada uno con su propio reino, y nueve de ellos estaban subordinados al monarca de la isla más grande.

El templo central, dedicado a Poseidón, contenía estatuas de oro, incluida una del dios representado de pie en un carro tirado por caballos con seis alas y flanqueado por cientos de nereidas montadas sobre delfines. Entre el bosque de columnas de ese templo había toros vivos sueltos que campaban a sus anchas, y cada cinco o seis años se dejaba solos dentro del templo a los diez monarcas de las diez islas para que cazaran esos toros sin ayuda de armas. Capturaban uno, lo llevaban hasta la gran columna de oricalco, donde estaban inscritas las leyes de la Atlántida, y allí lo decapitaban.

La existencia en las islas de la Atlántida era idílica. De hecho, se vivía tan bien que, al final, la población no pudo soportarlo más y empezó a inquietarse, a volverse decadente y corrupta, a desear novedades y poder, de modo que Zeus decidió castigarla. Las islas se inundaron hasta convertirse sólo en pequeños islotes, como un esqueleto que sobresaliera del mar. Finalmente, un gran terremoto que duró un día y una noche engulló lo que quedaba.

Sería improbable que este relato de la destrucción de la Atlántida fuera cierto si Platón fuera el único autor clásico que hubiera escrito sobre el tema. Aristóteles dijo al respecto: «Platón hizo salir a la Atlántida del mar, y después la sumergió de nuevo», lo cual se ha interpretado como que Platón se lo inventó todo. Sin embargo, si se indaga un poco, se comprueba que la literatura clásica está plagada de referencias a la Atlántida, por ejemplo en las obras de Proclo, Diodoro, Plinio, Estrabón, Plutarco y Posidono, que hablan de muchas cosas

que no están presentes en el relato de Platón y proceden, al parecer, de fuentes más antiguas (suponiendo que éstas no sean también inventadas).

Proclo afirma que, tres siglos después de Solón, el sacerdote de Sais mostró a Crantor las columnas cubiertas de inscripciones jeroglíficas que contaban la historia de la Atlántida. Un personaje casi contemporáneo a Platón, ahora conocido como un falso Aristóteles, escribió acerca de un paraíso insular semejante en su libro *De mirabilibus auscultationibus* (*De las maravillas escuchadas*).

Marcelo, un historiador griego que fue casi contemporáneo de Platón, se basa claramente en fuentes antiguas cuando escribe que «en el Océano Exterior [la Atlántida] hay siete islas pequeñas y tres más grandes, una de las cuales estaba dedicada a Poseidón». Esto coincide con el relato de Platón en cuanto al número de reinos. Un historiador griego del siglo IV a. J.C., Teopompo de Quíos, vuelve a contar la historia relatada dos siglos antes de Platón por Midas de Frigia, que afirma que «además de las partes del mundo que se conocen con certeza (Europa, Asia y Libia [África]), existe otra que es desconocida, de una inmensidad increíble, donde vastos prados y pastos fértiles alimentan a manadas de bestias enormes y fuertes, y donde los hombres son dos veces más altos y viven dos veces más que el resto de los mortales». Tal como hemos visto, Enoch y los mitos y leyendas de varias culturas de todo el mundo mencionaban la existencia de gigantes antes del Diluvio Universal.

Por supuesto, hay también un mito griego del Diluvio Universal. La historia de Deucalión es muy anterior a la de Platón y, lo mismo que en el relato de éste y en el bíblico, da a entender que el Diluvio Universal pretendía destruir gran parte de la humanidad, ya que ésta había evolucionado mal. Rudolf Steiner ha señalado que en todas las historias de semidioses y de héroes (Cadmo, Teseo y Jasón) se habla de viajes hacia el este, y afirma que deberíamos interpretarlas como historias de

la migración causada por el deterioro de las condiciones de vida en las islas de la Atlántida que se dieron antes de la tragedia final.

Cuando Platón escribe sobre Poseidón, el primer dios soberano de la Atlántida, su relato nos recuerda lo que hemos visto en el capítulo quinto: que Poseidón era la forma original mitad pez mitad hombre de Zeus/Júpiter. Poseidón era también el dios del furioso mar y la deidad de las profundidades volcánicas subterráneas, cuyo bramido, similar al de un toro, indicaba que iba a producirse una catástrofe climática. Poseidón intervino tanto al inicio como al final de la historia de la Atlántida.

Otras culturas antiguas remiten también al relato de Platón. Los aztecas de Sudamérica decían proceder de Aztlán, «la tierra en medio del agua». A veces, se llamaba a ese territorio «Aztlán de las Siete Cuevas», y se representaba como un zigurat rodeado de seis pirámides de menor tamaño. Según las creencias populares recopiladas por los conquistadores españoles, la humanidad habría sido borrada de la faz de la Tierra por un gran diluvio de no ser por un sacerdote y su mujer, que construyeron una barca con un tronco hueco en la que rescataron semillas y animales. La compleja y sofisticada astronomía de estas tribus sudamericanas ha permitido a un investigador moderno deducir que ese diluvio se produjo hacia el año 11600 a. J.C.

Esta fecha podría parecer muy lejos de la que propone Platón, hacia el año 9600 a. J.C., pero lo importante es que ambas fechas coinciden en fijar el Diluvio al final de la era glacial. La geología moderna sostiene que al fundirse los casquetes polares se produjeron una serie de inundaciones procedentes del norte. Ya hemos mencionado que se decía que las islas de la Atlántida habían sufrido inundaciones catastróficas durante un largo período de tiempo antes de que la última isla se sumergiera finalmente del todo.

En la actualidad, los arqueólogos submarinos están descubriendo en muchas partes del mundo restos de civilizaciones que fueron cubiertas por las inundaciones causadas por el deshielo al final de la era glacial. En abril de 2002, los testimonios de varios pescadores locales ayudaron a ubicar la ciudad perdida de las Siete Pagodas, junto a la costa de Mahabalipuram, en la India. Las estructuras en forma de templo que se han encontrado son mucho más imponentes y complejas de lo que cabría esperar para ser del período final de la era glacial (el Neolítico, o la Nueva Edad de Piedra). Con motivo del descubrimiento Graham Hancock, un autor e investigador que ha contribuido en gran medida a poner en tela de juicio nuestras suposiciones académicas sobre la historia antigua, dijo: «He sostenido durante muchos años que los mitos sobre las inundaciones en el mundo merecen tomarse en serio, un punto de vista que rechaza la mayoría de los académicos occidentales. Pero aquí, en Mahabalipuram, se ha demostrado que los mitos son ciertos y que los académicos están equivocados.»

Yo mismo he visto objetos sacados del lecho marino junto a la costa atlántica americana (las llamadas piedras escocesas) que estoy convencido de que le costaría mucho reproducir a la tecnología de hoy, y no digamos hace once mil años, cuando la zona en cuestión se sumergió bajo el mar. Desde el punto de vista del diseño, las piedras escocesas tienen características notablemente similares a objetos egipcios. Este secreto no me corresponde revelarlo a mí, pero espero que, cuando este libro se publique, tal vez Aaron du Val, presidente de la Sociedad de Egiptología del Museo de Miami, se haya decidido a enseñar al mundo lo que tiene en su poder.

Aunque los mitos que nos han llegado no contienen ninguna descripción minuciosa de lo que propició que esos objetos se sumergieran bajo el mar, y a pesar de que el relato bíblico es breve, se puede complementar y arrojar luz sobre esos hechos con los relatos de otras culturas, sobre todo la sumeria, y con otras narraciones del Próximo Oriente. Ningún

académico discute que algunos de estos relatos de culturas más antiguas sirvieron como material de base para la historia bíblica. Elementos que nos resultan familiares de la Biblia, como el arca, las palomas y la rama de olivo, aparecen ya en relatos sumerios anteriores, en los que Noé se llama Ziusudra. También está presente en los relatos mesopotámicos, donde recibe el nombre de Atrahasis, y en los babilonios, en los que se lo llama Upnapishtim. Si se entrelazan estas versiones diferentes, se obtiene una versión ampliada de la historia bíblica:

> Un día, estando Noé en una cabaña de cañizo, oyó una voz que le advertía de que una tormenta iba a acabar con la humanidad. Esa voz masculina le ordenó derribar su cabaña de cañizo y hacer una barca. Noé y su familia se pusieron a ello. Construyeron una gran embarcación de cañas, que calafatearon finalmente con brea para impermeabilizarla. Metieron en ella todo lo que crecía en el suelo, todo lo que pastaba en la tierra, los pájaros del cielo, el ganado y los animales salvajes que pululaban por el país. Entonces estalló un aguacero que durante seis días y seis noches hizo que la barca se sacudiera con las olas. La lluvia y la tormenta sumergieron la superficie de la Tierra. Al séptimo día, al oír que el viento empezaba a amainar, Noé abrió una ventana y la luz le iluminó la cara. El mundo estaba en silencio, porque toda la humanidad había vuelto al barro…

Ese catastrófico diluvio, que casi aniquiló a la humanidad, lo recuerdan cada año tanto los vivos como los muertos en el día de los muertos o Halloween. En Inglaterra, incluso en el siglo XIX, los lugareños solían disfrazarse de muertos, poniéndose caretas e imitando con los labios cerrados el sonido que hacían los muertos vivientes.

Cuando Noé y su familia desembarcaron para pisar tierra firme, ocurrió algo bastante extraño. «Noé se dedicó a la labranza y plantó una viña. Bebió del vino, se embriagó, y quedó desnudo en medio de su tienda. Vio Cam, padre de Canaán, la desnudez de su padre, y avisó a sus dos hermanos afuera» (Gén. 9, 20-22).

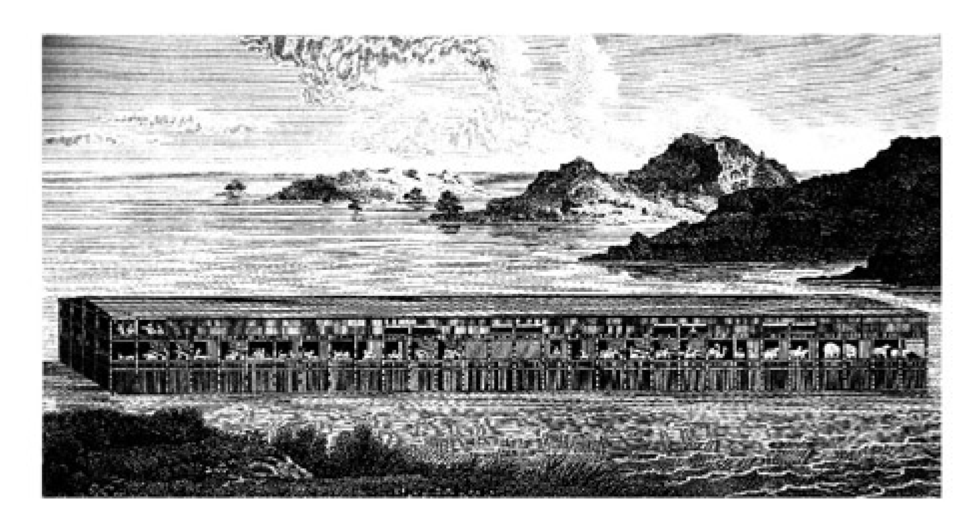
Que Noé se convirtiera en agricultor encaja perfectamente, ya que la arqueología demuestra que la agricultura empezó durante ese período, el Neolítico. Pero

¿cómo debemos interpretar la extraña historia de la embriaguez y la desnudez?

Para darle sentido, debemos recurrir a la creencia que identifica a Noé con el legendario personaje griego Dioniso el Joven.

Pero primero tenemos que desenredar dos hilos distintos de dos historias sobre dos personajes muy diferentes con el mismo nombre, Dioniso, un dios, y el que más tarde sería un semidiós. Ambos han participado de modo muy distinto en la historia de la humanidad en dos épocas diferentes. El Dioniso que debería identificarse con Noé no es Dioniso Zagreo, Dioniso el Viejo, de una época anterior, y que fue desmembrado tal como se ha contado en el capítulo sexto.

Después del Diluvio, Dioniso el Joven, a menudo representado en una barca, viajó desde la Atlántida hasta la India pasando por Europa, con la intención de enseñar en todo el mundo el arte de la agricultura, la siembra de la cosecha, el cultivo de la viña y la escritura. Esta última, por supuesto, la había ideado Enoch, pero estaba en peligro de perderse tras la devastación que comportó el Diluvio.

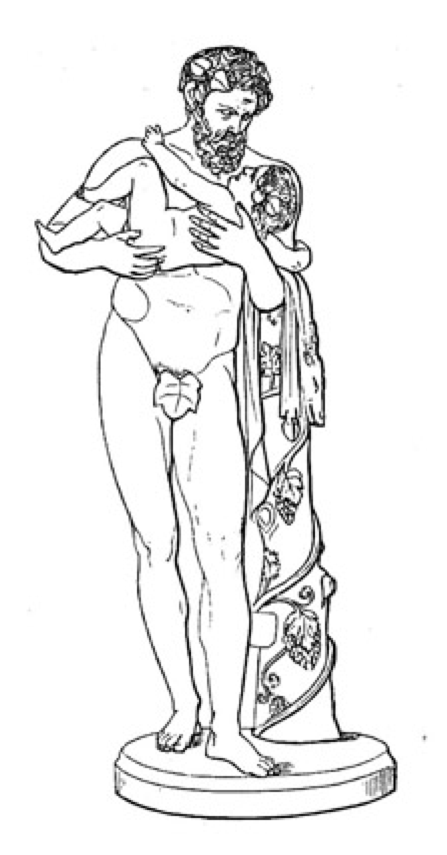


El arca de Noé. Cuenta la leyenda que el único animal que no subió al arca fue el unicornio, y por eso se extinguió. El Diluvio es una muestra evidente de la pérdida de poder del Tercer Ojo. Cuando las aguas sumergieron la Atlántida, acabó la época de la Imaginación. Se formó el subconsciente.

Dioniso y sus seguidores llevaban el tirso, una vara con culebras enrolladas alrededor y rematada por una piña que representaba la glándula pineal. Esto demuestra que Dioniso enseñó también la evolución secreta de la forma humana, el desarrollo de la médula espinal rematada por la glándula pineal que acabamos de describir.

Los faunos, sátiros y todo el cortejo de Dioniso representan a los rezagados de la Atlántida. Son los últimos vestigios de un proceso de metamorfosis de las formas. El curioso relato del Génesis en el que los hijos de Noé destapan sus genitales mientras él duerme ebrio, también se refiere a ese proceso. Hemos visto que los genitales fueron la última parte de la anatomía humana que evolucionó hasta adoptar su forma actual, y los hijos de Noé tenían curiosidad por averiguar sus orígenes. ¿Su padre era un homínido, un semidiós, un hombre o un ángel?

Los relatos sobre este individuo en la tradición griega y judía (Dioniso el Joven y Noé) hablan ambos de la viña y la intoxicación. Ya conocemos a los seguidores de Dioniso. Las salvajes ménades le arrancaron a Orfeo las extremidades utilizando sus uñas y dientes. En un estado de éxtasis inducido por la bebida, las ménades fueron poseídas por un dios.



Dioniso el Joven fue educado por el sátiro Sileno.

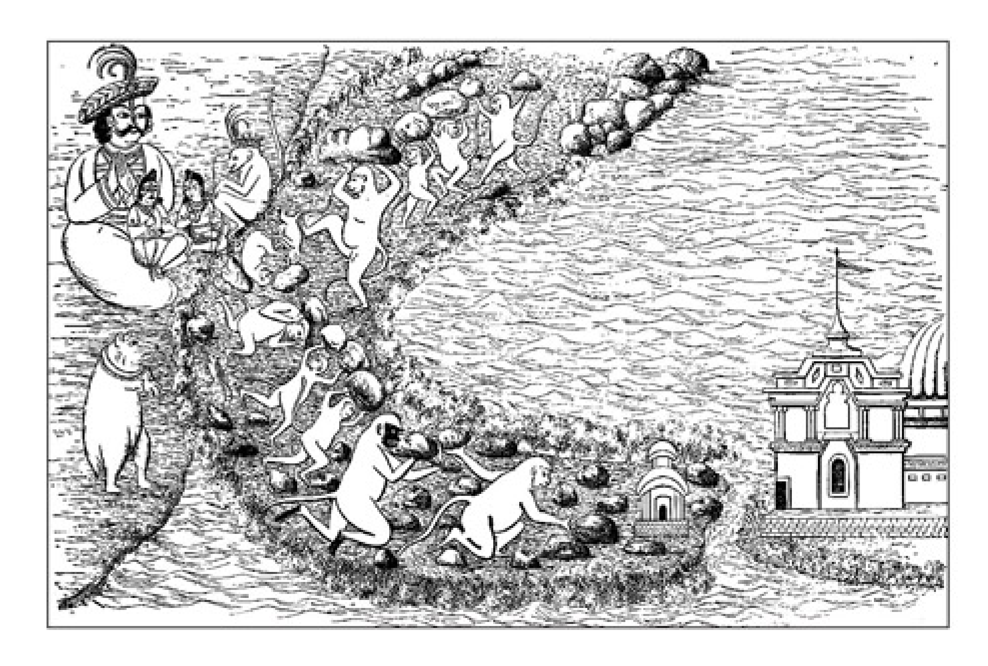
Los pueblos primitivos siempre habían vivido en armonía con la parte vegetal de su naturaleza. Una de las consecuencias de ello es cómo han entendido que las distintas plantas ejercen efectos diferentes en la biología, la fisiología y la conciencia humanas.

Lo que observamos en los relatos griegos y judíos sobre los orígenes de la agricultura es una muestra de una nueva forma de conciencia más consciente de sí misma. ¿Qué mayor símbolo podría haber del impacto del pensamiento disciplinado humano en la naturaleza que los trigales?

La tarea de los líderes de la humanidad debería ser ahora forjar esa nueva conciencia meditativa.

En el Zend-Avesta, los textos sagrados del zoroastrismo, el personaje de Noé/Dioniso recibe el nombre de Yima. Le cuenta a la gente cómo construir un poblado (un *var*), un lugar cercado, una especie de fortaleza para resguardar a «hombres, ganado, perros, pájaros y fuegos vitales». Enseña a la población que, cuando lleguen al sitio donde van a asentarse,

deben «drenar agua, colocar postes de delimitación, construir casas a partir de los postes, levantar paredes y cercas y fabricar esteras». No tenía que haber «ni supresión ni vileza, ni necedad ni violencia, ni pobreza ni frustración, ni mutilación, ni vejez, ni gigantes, ni ninguna de las características del espíritu maligno».



La invasión de Ceilán por parte de Rama, el «pastor de pueblos».

De nuevo, percibimos una preocupación respecto a la regresión a formas anómalas de la época previa, como los gigantes.

El poeta épico griego Nono relató la migración de Dioniso a la India, un viaje que se describe también en el Zend-Avesta como «la marcha de Rama en la India». Pero la descripción más completa la ofrece el gran poema épico indio, el Ramayana.

Lo que resulta evidente a partir de estos relatos es que las grandes migraciones hacia el este no se dirigían a territorios deshabitados. Mientras que los atlantes prácticamente se habían extinguido, los emigrantes viajaban a nuevas tierras ocupadas por las tribus aborígenes. Vemos la reacción de Dioniso a lo que encontró en esos nuevos territorios en su prohibición del canibalismo y el sacrificio humano. Los sacerdotes nativos custodiaban a veces enormes serpientes o

pterodáctilos, extraños supervivientes de la época anterior al Diluvio que eran venerados como dioses y se alimentaban de carne de prisioneros. El Ramayana explica que Rama y sus seguidores cayeron de repente sobre esos templos con antorchas, y sacaron de ellos tanto a los sacerdotes como a los monstruos. Rama aparecía sin previo aviso, a veces con el arco preparado y otras desarmado, sólo con su capacidad de petrificarlos con su mirada azul claro de flor de loto.

Rama había sido desterrado, y era nómada. Su reino estaba bajo el mar. No vivía como un rey, sino que acampaba en medio de la naturaleza con su amada Sita.

Entonces, Sita fue raptada por el malvado mago Ravana. El Ramayana relata cómo Rama acaba su viaje con la conquista de la India y la toma de Ceilán, el último refugio de Ravana. Rama construyó un puente sobre el mar que enlazaba el continente indio con Ceilán con ayuda de un ejército de monos, es decir, homínidos, los descendientes de los espíritus humanos que se habían encarnado demasiado pronto y fueron condenados a extinguirse. Finalmente, tras una batalla que duró trece días, Rama mató a Ravana mandando fuego contra él.

Podríamos considerar a Rama como el Alejandro Magno del Neolítico. Tras la conquista de la India, tenía el mundo a sus pies. Y también tenía un sueño.

Mientras caminaba por el bosque una noche, a la luz de la luna, se le acercó una hermosa mujer de piel blanca como la nieve, que llevaba una espléndida corona. Al principio no la reconoció, pero entonces ella dijo: «Soy Sita, toma esta corona y reina en el mundo conmigo.» A continuación se arrodilló humildemente y le ofreció una deslumbrante corona, el reino que a él se le había negado. Pero justo entonces, el ángel de la guarda de Rama le susurró al oído: «Si te pones esa corona en la cabeza, no me verás más. Y si estrechas a esa mujer en tus brazos, ella experimentará tal felicidad que la matará al instante. Sin embargo, si rechazas amarla, vivirá el resto de su

vida libre y feliz en la Tierra, y tu espíritu invisible la gobernará.» Mientras Rama decidía qué hacer, Sita desapareció entre los árboles. Nunca más se volverían a ver, ya que vivirían separados el resto de sus días.

Los relatos sobre la vida posterior de Sita sugieren que en ningún caso parece que fuera tan feliz como el ángel de la guarda había prometido. La ambigüedad y la incertidumbre dan un toque muy moderno a esa historia.

También podemos ver en ella una paradoja que está en el corazón de la condición humana. Todo amor, si es verdadero, implica libertad.

Con su destreza con el arco, su hermoso rostro, sus ojos azules y su pecho de león, Rama se parece en muchos aspectos a los héroes que describe la mitología griega, como Hércules, pero en su historia hay, como digo, algo nuevo. A Hércules se le pidió que eligiera entre la virtud y la felicidad, y, sorprendentemente, se decantó por la primera. Sin embargo, en la historia de Rama hay un elemento de «sorpresa moral». El lector del relato estará probablemente de acuerdo con Sita cuando ésta habla con Rama y le dice que es correcto y apropiado que acepte la corona que le han arrebatado desde su nacimiento. No obstante, la sorprendente decisión de Rama (rechazar la corona que es legítimamente suya y negarse a casarse con la mujer que ama) dilata la imaginación moral y estimula la inteligencia moral. Su elección nos anima a mirar más allá de lo convencional, a imaginarnos dentro de la mente de los demás y también, finalmente, a pensar por nosotros mismos. La doctrina esotérica siempre ha tratado de socavar y subvertir los modos de pensar convencionales, habituales y mecánicos. Más adelante veremos cómo los escritores, dramaturgos y novelistas versados en la doctrina esotérica, de Shakespeare y Cervantes a George Eliot y Tolstói, estimularían la imaginación moral, una de las características diferenciadoras de la literatura más sublime. Si el arte y la literatura más importantes dan la sensación de que existen

patrones, leyes que actúan más allá de la ideología convencional, el arte esotérico sublime acerca estas leyes a la superficie de la conciencia.

La historia de Rama también recupera la idea de que, según la historia secreta, el cosmos se formó para establecer las condiciones en que la población podría experimentar la libertad de pensamiento y el libre albedrío. Si bien Rama podría haber impuesto a su pueblo lo correcto y lo bueno, gobernándolos con mano de hierro, optó sin embargo por dejarlos decidir por sí mismos. Así, Rama es el arquetipo del exiliado, «Rey Secreto» o «Filósofo Secreto», que influye en el curso de la historia no desde el trono, sino mezclándose de incógnito entre la gente. Intentó ayudar a los humanos a evolucionar libremente.

Rama es un semidiós, pero rechaza ser el soberano del mundo. Los dioses, e incluso los semidioses, ya no se sentarán en tronos en carne y hueso.

Al final del viaje, los emigrantes fundaron Shambala, una gran fortaleza espiritual en la montañosa región del Tibet. Éste, el llamado techo del mundo, es la mayor meseta del planeta, rodeada de altas cordilleras montañosas. Algunas comunidades creen que la población tibetana desciende directamente de los atlantes.

Algunos afirman que sólo se puede llegar a Shambala por un túnel subterráneo, otros dicen que existe en otra dimensión a la que se abre una puerta secreta en algún lugar de la región. San Agustín fue el mayor teólogo cristiano después de san Pablo y, al igual que este último, era iniciado de una escuela mistérica. Escribió acerca del lugar donde vivían Enoch y los santos, un paraíso terrenal situado a tal altura que el Diluvio no pudo alcanzarlo. Emmanuel Swedenborg, un teólogo, diplomático e inventor sueco del siglo XVIII —también el principal masón esotérico de la época—, escribió que «el "Mundo Perdido" debe buscarse entre sabios del Tibet y de la Tartaria». Anne-Catherine Emmerich, una mística católica

alemana del siglo XIX, describió de modo similar un Monte de Profetas donde viven Enoch, Elías y otros que no murieron de la forma habitual, sino que «ascendieron», y donde también pueden encontrarse los unicornios que sobrevivieron al Diluvio.

De las estribaciones montañosas del Tibet manaban arroyos de espiritualidad viva que confluían, cobraban fuerza, adquirían profundidad, se ensanchaban y se convertían en un poderoso río, como el Ganges, que abastecía a toda la India.

En esta historia del mundo escrita en las estrellas, la siguiente era se inició al empezar a salir el sol en la constelación de Cáncer en el año 7227 a. J.C. y al fundarse la primera gran civilización india, la más antigua y más profundamente espiritual de las civilizaciones posteriores al Diluvio. Los fundadores de la misma daban poca importancia al mundo material recién creado, que consideraban un *maya*, es decir, un espejismo o ilusión que amenazaba con obnubilar respecto a las realidades superiores de los mundos espirituales. Recordaban con nostalgia la época antes de que se hubiera corrido ese velo de materia entre la humanidad y las jerarquías espirituales.

Los baños helados y otras formas de autotortura de los ascetas pueden considerarse como parte de su esfuerzo por mantenerse atentos a los mundos espirituales. Mientras el velo era todavía relativamente translúcido, ellos se esforzaron conscientemente por recordar los lineamentos del mundo espiritual y por grabarlos indeleblemente en la conciencia humana.

El éxito de esa misión ha hecho que la India siga siendo la mayor fuente de conocimiento espiritual del mundo, sobre todo en lo que respecta a la fisiología oculta. Tal como me dijo recientemente un iniciado de alto rango, «si visitas la India en la actualidad, no puedes evitar notar que en el aire sigue crepitando la astralidad».

Los grandes maestros occidentales como Pitágoras, Apolonio de Tiana y el conde de Saint Germain han viajado a la India en busca de esa astralidad. Los Evangelios incluyen unas cuantas citas de fuentes hindúes más antiguas, así como otras ideas que se originaron allí.

Sir John Woodruffe, el académico sánscrito que tradujo por primera vez los textos tántricos, en el siglo XIX, escribió que incluso la venerable tradición sufí se basaba en los conocimientos hindúes, por ejemplo para la enseñanza de los chacras.

Desde la década de 1960, muchos occidentales creen que la religión hindú ofrece un conocimiento espiritual práctico, que incluye disciplinas espirituales concretas y guías por los mundos espirituales, que no han podido encontrar en la Iglesia. Es probable que las librerías en Occidente dispongan de más libros sobre el misticismo derivado de la tradición oriental que sobre el que proviene de la tradición occidental.

Tras el rechazo del trono por parte de Rama, no hay ninguna personalidad importante que domine este período. Si Rama fue un poderoso héroe que luchaba contra monstruos, se embarcaba en aventuras prolongadas y peligrosas y fundaba ciudades, sus sucesores, a veces llamados los siete sabios, o rishis, se caracterizaban por su calma, su inactividad. No construían edificios de piedra, sino que vivían en construcciones de barro o en refugios sencillos a los que se daban forma con raíces y zarcillos. Los rishis no tenían nada que perdurara, excepto sus conocimientos.

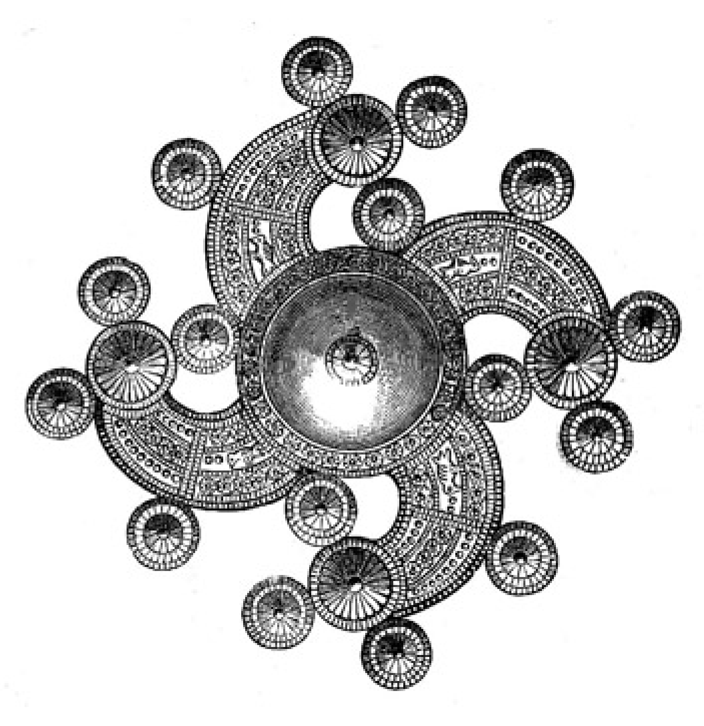
La cábala incluye esta sencilla afirmación: «Todo lo que has visto, cada flor, cada ave, cada piedra morirá y se convertirá en polvo, pero el hecho de haberlos visto no morirá.» Este proverbio podría parecer muy acertado para los rishis. Sentados con las piernas cruzadas, con las plantas de los pies mirando hacia arriba, rechazaban sentir la gravedad, la atracción reductora y descendente del mundo material, y su deseo era, por el contrario, dirigirse hacia los mundos

superiores. Podían ver a seres espirituales que actuaban en la Tierra, observar cómo éstos ayudaban a que las semillas germinaran en primavera, a que las flores se abrieran en verano, a que los árboles dieran frutos en otoño y a que las semillas se conservaran durante el invierno. Los rishis experimentaban el flujo y reflujo de la experiencia espiritual como una enorme exhalación. La antigua civilización hindú era una especie de reino inferior del Cielo.

Antes hemos hablado del modo en que los materialistas se apropian indebidamente de palabras y expresiones como «el significado de la vida», usándolas en un sentido secundario y levemente deshonesto. Lo mismo ocurre con el término «espiritual», utilizado a menudo por la gente para jactarse de tener buen corazón, o de tener principios, de un modo cordial, confuso y quizá pseudomístico. En realidad, lo «espiritual» se refiere a la capacidad de ver, oír y comunicarse con los espíritus, como hacen los adeptos hindúes.

Éstos también eran capaces de comunicarse de formas ocultas. Notaban si los demás eran amables o no por su respiración. Al inhalar el aliento de alguien, podían percibir la vida interior de esa persona.

Los adeptos hindúes podían verter su conocimiento en el alma de los demás en un incesante flujo de imágenes. Mucho más tarde, ese conocimiento se traduciría en palabras, y se transmitiría de forma oral de generación en generación, hasta ponerse finalmente por escrito en los *Vedas*.





La «esvástica» del Neolítico, esculpida en una piedra en la yerma zona de Keighley, en Yorkshire (Inglaterra), es un símbolo, que representa la flor de loto de dos pétalos girando. Arriba, el mismo símbolo, con el sol celta, en un broche encontrado en Suecia. El *Rig Veda* dice: «Contemplemos el glorioso esplendor de Savitri, el dios-sol de la esvástica, para inspirar nuestras visiones.»

Con la mirada, podían ahuyentar serpientes y amansar a tigres y leones. No había nada que pudiera distraer a los adeptos de su contemplación. Deambulaban libremente, construyendo sólo endebles refugios, alimentándose de fruta y bebiendo la leche de sus rebaños. Eran vegetarianos, y nunca comían carne, ya que creían que, si lo hacían, absorberían la agonía de la muerte del animal.

Se concentraban en la conciencia vegetal, en los procesos físicos (despertarse, dormir, respirar y digerir) que, como hemos visto, son el regalo del reino vegetal al cuerpo humano. Al aprender a controlar el *ens vegetalis*, o cuerpo etéreo, podían controlar también la respiración, el ritmo de la digestión e incluso la frecuencia cardíaca y el flujo sanguíneo, lo cual les permitía lograr las sorprendentes proezas por las que son famosos los adeptos hindúes (por ejemplo, la capacidad de detener el corazón a voluntad).

Asimismo, estos adeptos sabían que si se concentraban profundamente en la contemplación del chacra del plexo solar, podían percibir cosas mediante el don de la clarividencia. Y sabían cómo envolver a los demás en un haz de amor que emanase del chacra del corazón.

Además de los dieciséis pétalos del chacra del corazón, los adeptos veían 101 arterias sutiles y luminosas que salían de la misma zona, como si fueran los radios de una rueda. Tres de ellas, las más grandes, subían hacia la cabeza. Una iba hasta el ojo derecho y se correspondía con el sol y el futuro. Otra ascendía hasta el ojo izquierdo y se asociaba a la luna y el pasado. Sabían que, mediante la combinación de esos dos órganos, los humanos pueden percibir los movimientos de los objetos materiales respecto a otros en el espacio, y también notar el paso del tiempo.

De esas tres arterias, la que se encontraba en medio subía desde el corazón hasta la coronilla. A través de esta ruta, el camino ascendente siempre está iluminado desde abajo, por un corazón radiante. Y también a través de esa arteria central era por donde el espíritu salía del cuerpo por la coronilla al morir.

Para los antiguos, toda forma de vida se asociaba a un impulso, ritmo o respiración. Creían que todas las vidas humanas entraban en el mundo de la *maya* (ilusión) a través de una inspiración temporal y que después salían de nuevo mediante la espiración, un proceso que se repetía a lo largo de

los años. Podían ver cómo los grandes rebaños o multitudes de almas salían y entraban en la vida material mediante el proceso de inspiración y espiración.

Esta antigua civilización hindú era, en cierto modo, un reflejo del mundo vegetal líquido y lleno de sol del período anterior a la separación del sol y la Tierra. En cierto sentido, también fue una época de ensoñación que tenía que acabar si se quería que se produjeran avances.

Hemos visto que los magníficos seres de las jerarquías superiores ya no podían encarnarse en cuerpos físicos, tal como lo habían hecho en la Atlántida. Pese a ello, sí podían manifestarse en forma de espectros o fantasmas semimateriales, pero incluso eso se daba cada vez con menos frecuencia. Al final de esa era, la gente sólo podía verlos con sus ojos físicos una o dos veces en su vida. Conforme los dioses se retiraban, la gente tenía que encontrar formas de seguirlos. Y así nació el yoga.

En el clímax de la meditación, un impulso de energía procedente de la base de la columna vertebral ascendía por la arteria central y atravesaba el corazón hasta llegar al cerebro. En ocasiones se creía que esa energía era como una serpiente que recorría la columna vertebral hasta el cráneo y propinaba un mordisco en un punto, justo por detrás del tabique nasal. Con esta mordedura, se liberaba un flujo extático cerrado de corrientes luminosas en el que setecientas mil de estas señales emitían zumbidos como si de millones de abejas se tratara. Los adeptos llegaban así a otra dimensión, que al principio parecía consistir en un poderoso mar de olas gigantes entrelazadas de luz y energía (la experiencia mística preliminar en todas las tradiciones). Cuando estas fuerzas aparentemente impersonales se iban acostumbrando al mundo espiritual, empezaban a transformarse en el aspecto externo de los dioses y, finalmente, de esa luz surgían los rostros de los propios dioses; los mismos rostros de los dioses de estrellas y planetas con los que nos hemos familiarizado en los últimos capítulos.

Uno de los libros más cortos del mundo, y aun así uno de los más poderosos, es el llamado *Los Yoga Sutras de Pantanjali*. Se puso por escrito en su forma actual aproximadamente en el año 400 a. J.C., pero tiene su origen en las enseñanzas de los rishis.

Pantanjali pide al lector que se concentre en la fuerza del elefante para, de ese modo, adquirir su fuerza. Afirma que se pueden conocer las vidas anteriores mediante la meditación sobre el pasado. Sería iluso creer que usted o yo seríamos capaces de llevar a cabo tales proezas. Se trata de hazañas que, en la actualidad como en aquel entonces, sólo pueden lograr los iniciados de más alto rango, los que han llegado al nivel más avanzado. El resto de nosotros sólo seremos capaces de realizar esas hazañas en futuras encarnaciones.

Los rishis enseñaban que la evolución del cosmos es el propósito de la existencia y que las semillas de esta transformación residen en el cuerpo humano.

En el año 5067 a. J.C., estos dioses hicieron avanzar el universo hacia la siguiente fase de la evolución humana, a medida que el sol entraba en el signo de Géminis. Así como antes el impulso para la evolución de la humanidad se había desplazado hacia Oriente, desde la inundada Atlántida hasta la India, ahora empezaba a moverse hacia Occidente, tal como lo sigue haciendo hoy en día.

10. EL VÍA CRUCIS DEL MAGO

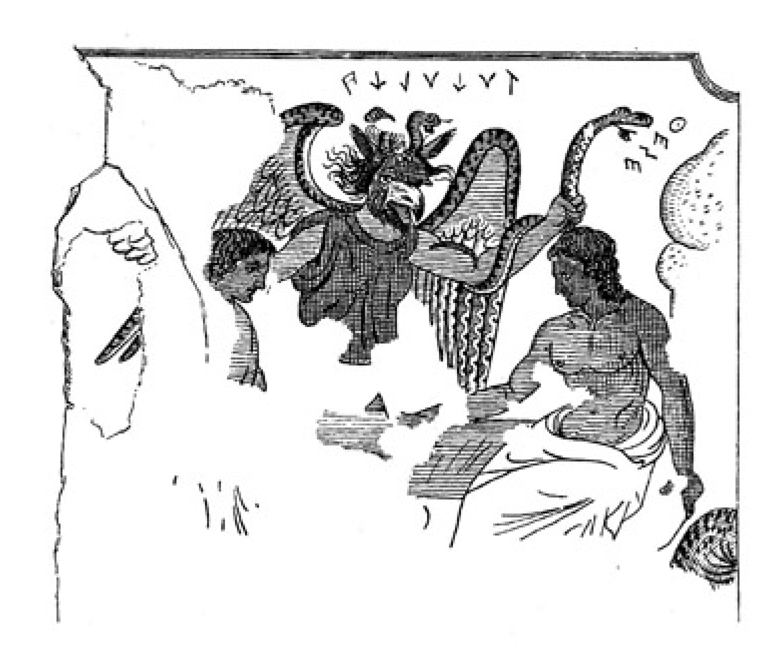
La batalla de Zaratustra contra los poderes de las tinieblas • La vida y muerte de Krisna el pastor • El inicio de la Edad Oscura

En el año 5067 a. J.C., en la región que actualmente llamamos Irán, se vaticinó el nacimiento de un nuevo gran líder. Tenemos que representarnos a su madre viviendo en una pequeña comunidad agrícola, como la desenterrada en el yacimiento de Çatal Hüyük.

La peste se desencadenó en medio de un invierno excepcionalmente duro. Las malas lenguas hicieron circular rumores en la comunidad, acusando a las jóvenes de brujería, afirmando que las tormentas y la peste eran obra suya.



Zaratustra con el pergamino enrollado. Llevar un pergamino enrollado en la mano derecha indica siempre que el sujeto está vinculado a la filosofía secreta. Si se fija, en las calles de Londres, París, Roma, Washington D. C. o cualquiera de las grandes ciudades del mundo, quizá le sorprenda comprobar cuántas estatuas de ilustres personajes y dioses llevan pergaminos enrollados.



Representación etrusca de un demonio en forma de un Asura persa. Asura quiere decir literalmente «no dios», ya que «*a*» significa «no» y Sura es el nombre persa que designa a un dios o ángel. En todas las tradiciones, a menudo se representa a los demonios mordisqueando las vísceras, siguiendo el principio fundamental de que la conciencia y la memoria no sólo se alojan en el cerebro, sino en todo el cuerpo. Nuestros actos a los que preferiríamos no enfrentarnos, las experiencias dolorosas y no digeridas, se guardan en las vísceras.

Entonces, en el quinto mes de embarazo, la madre tuvo una pesadilla. Vio una inmensa nube de la que surgían dragones, lobos y serpientes que intentaban arrancarle a su hijo del cuerpo. Pero conforme los monstruos se iban acercando, el niño le habló desde dentro del útero para tranquilizarla, y cuando su voz se fue apagando, la madre vio una pirámide de luz que bajaba del cielo. En la parte inferior de la misma había un joven que sujetaba una vara de mando en la mano izquierda y un pergamino en la derecha. Sus ojos reflejaban su fuego interno, y se llamaba Zaratustra.

Existen diversas teorías respecto a las fechas en que vivió Zaratustra. Algunos escritores de la Antigüedad lo sitúan más o menos en el 5000 a. J.C., mientras que otros, como Plutarco, lo hacen en el 600 a. J.C. De nuevo, esto se debe a que hubo más de un Zaratustra.

El nacimiento del primer Zaratustra desencadenó vendavales de odio. El rey estaba sometido a un círculo de hechiceros que lo convencieron de que el niño tenía que morir.

Fue a la casa de la joven madre y encontró al bebé solo en su cuna. El monarca estaba decidido a apuñalarlo, pero al levantar la mano se quedó misteriosamente paralizado. Se marchó y después envió a uno de sus criados a secuestrar al niño para abandonarlo en un lugar inhóspito, plagado de lobos. Sin embargo, la manada de lobos que el rey esperaba que desmembrasen al pequeño vieron algo en sus ojos que los hizo huir aterrorizados. El bebé creció hasta convertirse en el joven que su madre había visto en sueños.

Las fuerzas del mal sabían que su mayor enemigo había bajado a la Tierra, y tan sólo estaban esperando su momento.

La Era de Géminis estuvo marcada por la división. Ya no se podía vivir a salvo en el Paraíso, tal como se había vivido en la época hindú. Si esa época había sido una recapitulación del período celestial antes de la separación de la Tierra y el sol, la nueva era persa lo era del atroz período en que los dragones de Lucifer habían perturbado la vida en la Tierra. Ahora, las fuerzas del mal, dirigidas por Ahrimán (el Satanás de la tradición zoroástrica), se reafirmaban. El cosmos fue invadido por hordas de demonios que oscurecieron los cielos. Esos diablos se abrían paso a la fuerza entre los humanos y los rangos de las jerarquías espirituales. Si el período hindú fue la época en que la fisiología secreta de la humanidad se quedó grabada en la memoria humana, la persa está marcada por el conocimiento de la demonología.

Zaratustra clasificó a las huestes de demonios contra las que dirigió a sus seguidores. Y esa base de clasificación es la que las sociedades secretas usan en la actualidad.

En ese momento decisivo de la historia, la población empezó a sentir incertidumbre a un nivel que hoy en día consideraríamos existencial. Ya no estaban tan seguros de vivir en un cosmos benevolente en el que al final todo iba a salir bien. Por primera vez, empezaron a sufrir el tipo de miedo que Émile Durkheim denominó *anomie*, el miedo al caos destructivo que se cuela furtivamente en los márgenes de

la vida y que puede atacarnos desde la oscuridad que reina fuera del campamento o desde la oscuridad que nos abruma mientras dormimos. También puede estar al acecho cuando morimos.

Al quedarnos dormidos, perdemos nuestra conciencia animal. En las doctrinas de las sociedades secretas, la conciencia animal —o espíritu— se representa flotando fuera del cuerpo durante el sueño. Esto tiene principalmente dos consecuencias. La primera es que sin la parte animal, nuestro cuerpo vuelve a un estado vegetal. Al no estar ya debilitadas por la agitación de la conciencia animal o por el cansancio que produce pensar, las funciones corporales controladas por la parte vegetal se renuevan, y nos levantamos como nuevos. La segunda es que, apartado de las percepciones sensoriales del cuerpo, el espíritu entra en un estado alternativo de conciencia, lo que constituye una experiencia del mundo espiritual sublunar. En los sueños, percibimos los mundos espirituales, donde se nos acercan ángeles y demonios, así como los espíritus de los muertos.

O al menos eso era lo que experimentaba la humanidad en la época de los rishis. En la de Zaratustra, la naturaleza humana se había enredado con la materia y era tal la corrupción que soportaba que los sueños se habían vuelto caóticos y difíciles de interpretar. Eran de índole fantástica, y tenían a menudo un significado extraño y distorsionado. Aun así, podían contener advertencias de los espíritus, fragmentos de vidas anteriores e incluso recuerdos de episodios históricos.

En la fase más profunda del sueño, puede abrirse el Tercer Ojo y avistar los mundos espirituales, pero al despertar, nos olvidamos de todo.

Tras años de exilio, el joven Zaratustra sentía la necesidad de regresar a Irán. Tuvo una visión. Una gigantesca y resplandeciente criatura espiritual salía a su encuentro y le pedía que la siguiera. Zaratustra tenía que dar noventa pasos por cada nueve del gigantesco espíritu, mientras este último

avanzaba por el suelo pedregoso, conduciendo a Zaratustra a un claro, resguardado por rocas y árboles. Allí, un círculo de otros seis espíritus similares flotaba en el aire. El resplandeciente grupo se volvió para dar la bienvenida a Zaratustra y lo invitó a abandonar su cuerpo físico durante un rato para unirse a ellos.



Grabado en mármol del siglo II a. J.C. Mitra, arcángel del sol (san Miguel en la tradición judía), está matando aquí al toro cósmico de la creación material. Del espinazo del toro brota el trigo de la vida vegetal, y de su sangre el vino de la vida animal. Obsérvese que Mitra lleva puesto el «mitra frigio», que resurgió en la historia exotérica cuando lo llevaron los iniciados de las sociedades secretas que dirigieron la Revolución francesa. El martinista francés Joseph de Maistre escribió un relato de las ceremonias de iniciación mitraicas a partir de varias fuentes. Se cavaba un hoyo, en medio del cual el candidato permanecía de pie. Sobre el hoyo se colocaba una reja metálica, encima de la cual se sacrificaba un toro. El candidato quedaba empapado con la sangre del animal, que le caía desde arriba. En otra parte de la ceremonia, el candidato se tumbaba en un ataúd como si estuviera muerto. Entonces, el iniciador lo agarraba de la mano derecha y tiraba de él hacia arriba para ayudarlo a entrar en una «nueva vida». Había siete grados de iniciación: Cuervo, Ninfo, Soldado, León, Persa, Mensajero del Sol y Padre.

Ya nos hemos encontrado antes con esos espíritus resplandecientes. Se trata de los espíritus del sol que reciben el nombre de *Elohim*. Ahora iban a preparar a Zaratustra para su

misión.

En primer lugar, lo hicieron pasar sobre brasas sin quemarse. En segundo vertieron sobre su tórax plomo fundido (el metal de Ahrimán), que aguantó sin una queja. Zaratustra se quitó el plomo del pecho y se lo devolvió tranquilamente a los espíritus. Finalmente, le abrieron el torso y le mostraron los secretos de sus órganos internos antes de cerrarlo de nuevo.

Zaratustra regresó a palacio y predicó lo que le había sido revelado. Le contó al rey que los espíritus solares que habían creado el mundo estaban en proceso de transformarlo y que un día el mundo sería un enorme cuerpo lumínico.

Aunque el monarca al que se dirigió era nuevo, estaba sometido a un grupo de malvados ministros, igual que su predecesor, y no quiso escuchar estas buenas nuevas permitiendo que sus ministros lo convencieran para encarcelar a Zaratustra.

Sin embargo, éste escapó de la cárcel, así como de los intentos de asesinato. Sobrevivió para librar gran cantidad de batallas contra las fuerzas del mal, combates en los que midió sus poderes mágicos contra los de malvados hechiceros. Más tarde se convirtió en el arquetipo de mago, con un gorro alto, una capa de estrellas y una águila en el hombro. Zaratustra era un personaje peligroso y un tanto desconcertante, preparado para combatirlos con sus mismas armas.

Condujo a sus seguidores a grutas apartadas, ocultas en los bosques. Allí, en cavernas subterráneas, los convirtió en iniciados. Quería dotarlos de los poderes sobrenaturales que necesitaban para vencer. Sabemos de la existencia de esta primera escuela mistérica porque sobrevivió de forma clandestina durante cinco milenios en Persia antes de resurgir encarnada en el culto de Mitra, muy popular entre los soldados romanos, y más tarde, de nuevo, en el maniqueísmo, una doctrina religiosa posterior que contaba con san Agustín entre sus iniciados.

Zaratustra preparó a sus seguidores para enfrentarse a los demonios de Ahrimán, o Asuras, mediante severas pruebas de iniciación que resultaban aterradoras. «Quien teme a la muerte —decía—, ya está muerto.»

Menippo, filósofo griego del siglo III a. J.C., iniciado por los sucesores mitraicos de Zaratustra, escribió que, tras un período de ayuno, mortificación y ejercicios mentales realizados en solitario, el candidato era obligado a nadar en agua y atravesar fuego y hielo. Se lo lanzaba al interior de un pozo con serpientes y se le hacía un corte transversal con una espada en el pecho para que fluyera la sangre.



Paracelso dijo: «Tan necesario es saber lo bueno como lo malo, porque ¿quién puede saber lo que es bueno sin conocer lo malo?» Reunión de una sociedad secreta contemporánea en los bosques de West Sussex, Inglaterra. A veces se da por sentado que todas las sociedades secretas se comunican con espíritus malignos. Sin embargo, las grandes sociedades secretas, las más relevantes desde el punto de vista histórico, como los rosacruces y los masones, a pesar de reconocer que existe un lado oscuro, lo consideran como algo a lo que enfrentarse.

Al experimentar los límites extremos del miedo, el neófito estaba preparado para lo peor que pudiera pasarle, tanto en la vida como después de muerto.

Una parte importante de esta preparación consistía en hacer que el candidato experimentara conscientemente la separación de la parte animal de su estructura corporal de las partes vegetal y material, como ocurre al dormir. Igual de importante era sentir la separación de la parte animal de la vegetal, como sucede al morir. Es decir, la iniciación comportaba lo que en la actualidad llamamos a veces una «experiencia cercana a la muerte».

Al salir del cuerpo, el candidato sabía sin lugar a dudas que ésta no era el final.

Quienes aprendían a soñar conscientemente, es decir con la capacidad de pensar y ejercer la fuerza de voluntad de la que solemos disfrutar sólo cuando estamos despiertos, eran capaces de desarrollar poderes que en la actualidad definiríamos como «sobrenaturales». Si uno puede soñar conscientemente, tiene mayor capacidad de moverse por los mundos espirituales a su libre albedrío, de comunicarse libremente con los espíritus de los muertos y otros seres incorpóreos. Quizá se llegue incluso a conocer el futuro de un modo que sería imposible en otras circunstancias. Tal vez se pueda viajar a otras partes del universo material y ver cosas en lugares donde no se está presente físicamente, el denominado viaje astral. Paracelso, el gran iniciado del siglo XVI al que, como veremos, se considera padre tanto de la medicina experimental como de la homeopatía contemporáneas, aseguraba que podía visitar a otra gente en sueños.

También veremos como a algunos neófitos se les han revelado muchos descubrimientos científicos importantes mientras se encontraban en ese estado alternativo de conciencia.

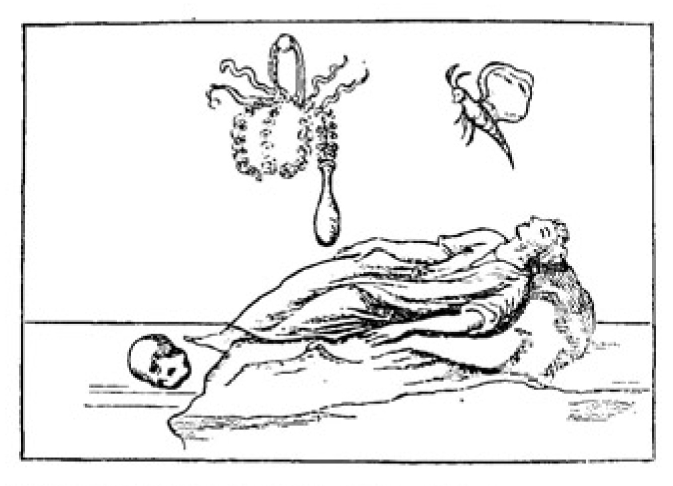
Otro de los dones que puede ofrecer la iniciación son formas sobrenaturales de influir en otras mentes. Los iniciados que he conocido tienen el indudable don de leer la mente mucho más desarrollado que los científicos escépticos para reproducir experimentos de «lectura en frío».

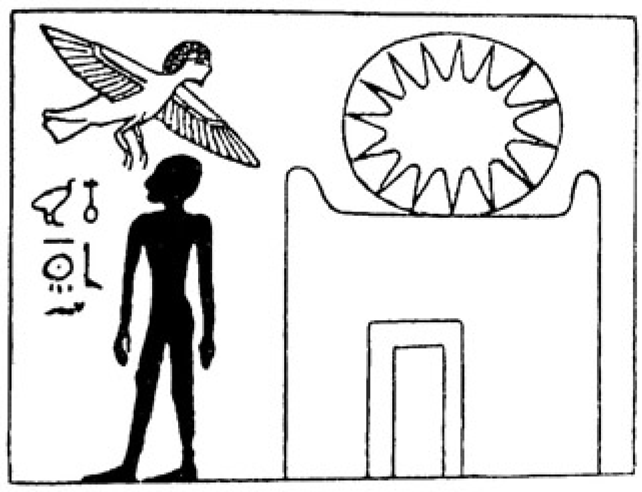
De un modo similar, la ciencia sólo posee las más endebles e imprecisas explicaciones para el fenómeno de la hipnosis. Esto se debe a que la hipnosis se originó como una práctica oculta, y básicamente lo sigue siendo, a pesar de que es posible que la gente del epectáculo abuse de ella. Explicable en última instancia sólo si se cree que la mente precedió a la materia, se originó entre los rishis hindúes y en técnicas practicadas durante el proceso de iniciación por parte de los sacerdotes de los templos egipcios. En *Los Yoga Sutras de Pantanjali*, esta capacidad de influir en la mente de los demás es uno de los poderes denominados *vibhuti*. Aunque su influencia sobre la mente se usaba con buenos fines, conforme el mundo se volvía más peligroso tuvo que utilizarse alternativamente como ataque y defensa.

Hemos visto cómo, desde el punto de vista de la filosofía que cree que la mente precedió a la materia, la forma de mirar a alguien puede afectarle a un nivel subatómico. La representación del Tercer Ojo como una cobra enrollada en la frente de los iniciados egipcios simboliza que puede estirarse y atacar aquello que percibe. En el siglo XVII, J. B. von Helmont, científico y alquimista, dijo que «un hombre puede matar a un animal mirándolo fijamente durante quince minutos». A partir del siglo XVIII, los europeos que viajaban a la India se quedaban asombrados de la capacidad de los adeptos para llevar a alguien a un estado inmediato de catalepsia con una sola mirada. Un amigo de George Eliot, el iniciado Gerald Massey, recogió la historia de un viajero del siglo XIX que se había quedado hipnotizado por la mirada de una serpiente. Iba cayendo en un sueño «sonámbulo» cada vez más profundo bajo la fascinante influencia del reptil y, entonces, alguien del grupo disparó al animal para interrumpir el poder que ejercía sobre él, y el hombre notó un disparo en la cabeza, como si también él hubiera sido alcanzado por la bala. Los viajeros del siglo XX contaban historias de lobos capaces de dejar petrificadas a sus víctimas e impedirles gritar para pedir ayuda, incluso cuando la víctima no era consciente de que la

estaban observando. Más cerca en el tiempo, en un pueblecito llamado Crowborough, a menos de diez kilómetros de donde escribo, vivía un sabio y curandero de la localidad, de nombre Pigtail Badger. Los lugareños le tenían miedo, porque se decía que ese hombre alto, corpulento y de mirada penetrante podía inmovilizar a cualquiera con sólo mirarlo. Contaban que a veces solía hacérselo a los campesinos y que luego se sentaba y se comía sus almuerzos delante de ellos.

Las enseñanzas más importantes de la iniciación se referían al modo de experimentar los mundos espirituales tras la muerte. Esto no era porque el candidato dudara de que después hubiese vida (pensar así hubiera sido inconcebible en aquella época) sino porque temía que su experiencia se hiciera real. En primer lugar, tenían miedo de que los demonios a los que habían evitado en vida estuvieran allí al acecho. La iniciación mostraba a los candidatos cómo realizar a salvo el viaje tras su fallecimiento.





Iconografía del espíritu que abandona el cuerpo en el arte egipcio y en el cristiano (*Christian Iconography* de Didron). En la representación egipcia se muestra cómo el espíritu se separa del alma-materia abandonada.

Durante el sueño, el espíritu animal deja atrás las partes vegetal y mineral del cuerpo. Al morir, la parte vegetal, que es la que ordena las funciones vitales básicas, se marcha con el espíritu animal.

La parte vegetal de la naturaleza humana desempeña numerosas funciones, entre ellas la de almacenar la memoria. Cuando esa parte se separa del cuerpo material, ambos empiezan a desintegrarse. Esa desintegración hace que al espíritu se le muestre la vida que acaba de completar.

La parte vegetal se disipa y se separa del espíritu animal en cuestión de días. Después, el espíritu pasa a la esfera sublunar, donde los demonios lo atacan y le arrancan todos los deseos impuros, corruptos y brutales, todos los impulsos

malvados de la voluntad. Esta región, en la que el espíritu debe soportar ese doloroso proceso de purificación durante un período que dura aproximadamente un tercio del tiempo pasado en la Tierra, recibe el nombre de Purgatorio en la tradición cristiana. Es el Inframundo o Infierno de los egipcios y los griegos y el *Kamaloca* (literalmente, «región del deseo») de los hindúes.

Existe una frase extraordinaria que se atribuye al maestro Eckhart, el místico alemán del siglo XIII: «Si luchas contra la muerte, sentirás que los demonios te desgarran la vida, pero si tienes la actitud correcta frente a la muerte, podrás ver que los diablos son en realidad ángeles que dejan tu espíritu en libertad.» Un iniciado adopta la actitud adecuada frente a la muerte. Ve más allá de las apariencias y sabe que los demonios, en el lugar que les corresponde, desempeñan un valioso papel en lo que podríamos llamar la «ecología» del mundo espiritual. A menos que el espíritu se purgue de esa forma, no puede ascender hacia las esferas superiores y escuchar su música. Tras su pródigo viaje por la Tierra, el espíritu no puede reunirse con el Padre hasta haberse purificado.

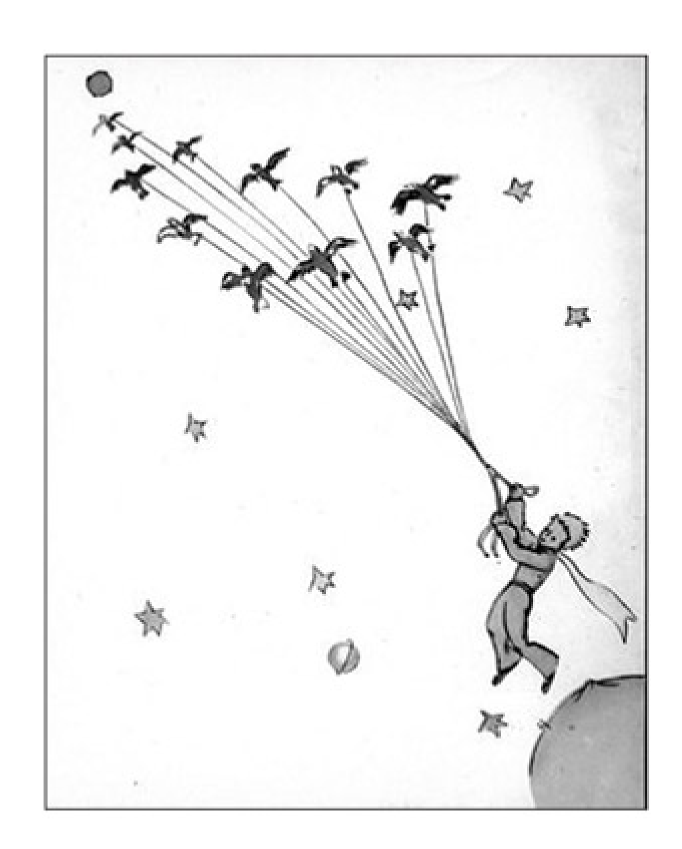


Ilustración de *El principito* que muestra el ascenso a las esferas.

Es importante seguir recordando que el conocimiento adquirido en la iniciación no es lacónico ni abstracto, sino existencial. El iniciado tiene una fulgurante experiencia extracorpórea.

Desde la esfera lunar, el espíritu incorpóreo se eleva volando hacia el reino de Mercurio, y desde allí sigue hasta Venus y después hasta el sol. A continuación, el espíritu experimenta, en palabras del orador griego Arístides, «una ligereza que nadie que no sea iniciado podría describir o entender». Es importante no olvidar que esta enseñanza era común a las escuelas mistéricas de todas las culturas de la Antigüedad y que se ha perpetuado en el mundo moderno mediante las sociedades secretas. Desde el Libro de los muertos egipcio, pasando por la cábala cristiana del *Pistis Sophia* y por la *Divina Comedia* de Dante, hasta obras contemporáneas, como *El principito*, del escritor francés del siglo XX Antoine de Saint-Exupéry, se ha preservado la doctrina secreta, a veces en libros que sólo los iniciados pueden leer, y en ocasiones oculta a todos.

En los textos antiguos, se transmiten al iniciado los nombres secretos de los espíritus que custodian la entrada a cada esfera y los apretones de manos y otras señales y fórmulas, en ocasiones secretos, necesarios para franquear la entrada. En el *Pistis Sophia* se dice que estas esferas son de cristal, y que los guardianes de la entrada a las mismas son arcontes o demonios.

En todas las religiones del pasado, el ser que guía al espíritu humano por el infierno y ayuda a franquear la entrada ante los demonios guardianes es el dios del planeta Mercurio.

Sin embargo, los iniciados de las escuelas mistéricas guardaban un secreto aún más extraño. A medio camino del viaje por las esferas se produce un cambio, y un importante ser, cuya identidad tal vez sorprenda, pasa a hacerse cargo de la misión de guiar al espíritu humano por ese recorrido ascendente. En la última parte del ascenso del espíritu por las esferas celestes, el guía que ilumina el camino es Lucifer.

En la ecología espiritual del cosmos, Lucifer es un mal necesario, tanto en esta vida (sin él la humanidad no podría sentir deseo) como en la vida de ultratumba. Sin Lucifer, el espíritu se sumiría en una oscuridad total, y no podría entender el ascenso. Apuleyo, escritor latino del siglo II, escribió que, en el proceso de iniciación, el espíritu se enfrenta a los dioses del cielo con todo su esplendor al descubierto (y desprovisto de todas sus ambigüedades).

El espíritu sube por las esferas de Júpiter y Saturno, atraviesa la esfera de las constelaciones y, finalmente, se reúne con la gran Mente Cósmica. Se trata de un viaje doloroso, confuso y agotador. Plutarco afirma: «Pero, al final, una luz prodigiosa brilla para darnos la bienvenida, hermosos prados llenos de cánticos y danzas, la solemnidad de los reinos sagrados y santas apariciones.»

Después, el espíritu debe iniciar el descenso por las esferas, lo cual le prepara para la siguiente encarnación. Conforme va bajando, cada esfera da al espíritu un regalo que

necesitará al entrar de nuevo en el plano material.

El siguiente texto se ha compilado a partir de fragmentos de lápidas antiguas, que se remontan tal vez al año 3000 a. J.C., excavadas en Iraq a finales del siglo XIX:

> Le hizo pasar la primera puerta, y le devolvió la capa que cubría su cuerpo.
>
> Le hizo pasar la segunda puerta, y le devolvió los brazaletes de sus manos y de sus pies.
>
> Le hizo pasar la tercera puerta, y le devolvió el cinto.
>
> Le hizo pasar la cuarta puerta, y le devolvió los adornos de su pecho.
>
> Le hizo pasar la quinta puerta, y le devolvió el collar de su cuello.
>
> Le hizo pasar la sexta puerta, y le devolvió los pendientes de sus orejas.
>
> Le hizo pasar la séptima puerta, y le devolvió la gran corona de su cabeza.

Incluso en la actualidad, a todos los niños se les recuerdan estos regalos en el cuento *La bella durmiente del bosque*. El espíritu humano sigue respondiendo con entusiasmo a este cuento, sintiéndolo en el fondo real.

Sin embargo, para entender el contenido esotérico de *La bella durmiente del bosque* es necesario pensar en cierto modo al revés. El cuento relata que, en su fiesta de cumpleaños, seis hadas entregan a la princesa regalos que la ayudarán a gozar de una vida feliz y plena. La séptima hada, que representa a Saturno o Satanás, el espíritu del materialismo, maldice en cambio a la pequeña con la muerte, que es sustituida por un sueño que ha de durar cien años. Por supuesto, estas siete hadas son los siete dioses de las esferas planetarias.

Lo que está al revés en ese cuento es que ese sueño mortal y sin ilusiones que constituye la maldición del hada malvada se corresponde con la vida en la Tierra. Es decir, por obra de Satanás, los humanos vamos perdiendo gradualmente la conciencia y, finalmente, el recuerdo del tiempo que pasamos entre las jerarquías celestiales: «Nuestro nacimiento no es sino un sueño y un olvido.» Por lo tanto, en ese cuento debe entenderse que la fiesta en la escena inicial se celebra en el mundo espiritual, y sólo cuando la Bella Durmiente se duerme está viva en el plano material. ¡Al despertar, muere!

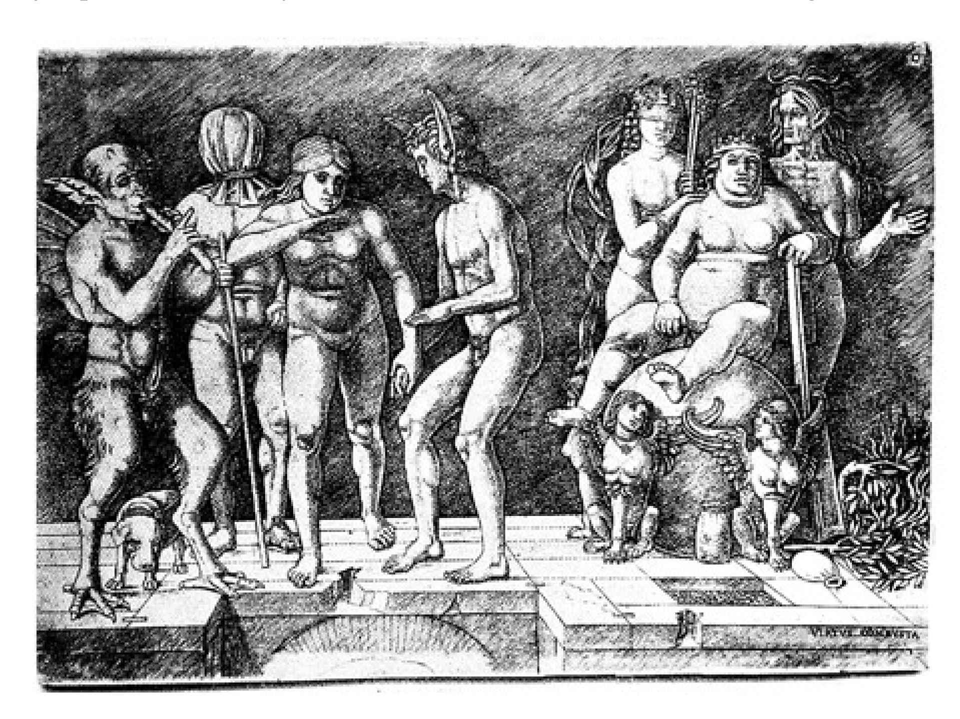
De hecho, hemos visto ya una paradoja similar en la historia de Osiris, que en su mayor parte se desarrolla en el mundo espiritual. Cuando Osiris es encerrado en el cofre en el que encaja a la perfección, como si fuera su propia piel, éste es en realidad su piel. Sólo está muerto para Isis cuando está vivo en el plano material.

Estas historias muestran el modo en que la vida terrenal y la vida de ultratumba se rigen por los planetas y las estrellas y deberían alertarnos de otra dimensión muy importante en las doctrinas de iniciación. Esta última prepara al candidato para lidiar con los guardianes de las distintas esferas, tanto en el ascenso como en el descenso. Si esas enseñanzas se quedan bien grabadas en el espíritu individual, prepararán finalmente al espíritu para que participe de forma consciente con los seres espirituales superiores en una nueva encarnación. Aquí, la palabra clave es «consciente».

En la iniciación se forja una relación consciente y activa con espíritus incorpóreos, e implica un conocimiento existencial del modo en que influyen en nuestra vida terrenal así como en la vida de ultratumba. Revela la forma en que actúan cuando estamos despiertos, cuando soñamos y cuando morimos. Tal como hemos visto, las historias que hemos analizado, como las pruebas de Hércules, se estructuran en función de diferentes ciclos astronómicos (el desplazamiento del sol a lo largo de los meses del año y en la precesión de los equinoccios). Lo cierto es que los mismos patrones por los que se rige la vida en la Tierra estructuran también los mundos espirituales. Hércules y Job se sometieron a pruebas en sus vidas terrenales que han quedado impresas en la historia mundial, pero también tendrán que pasar por las mismas pruebas en la vida de ultratumba, a menos que aprendan a ser conscientes de ellas. Y si no lo logran, deberán someterse a ellas en su próxima reencarnación.



Las creencias rosacruces sobre la reencarnación están codificadas en la historia de *Blancanieves y los siete enanitos*. Al «morir» Blancanieves, la colocan en una caja de cristal, una legendaria costumbre de los rosacruces. Es posible que toda esta idea de la reencarnación les parezca extraña a quienes se han educado en la cultura cristiana actual. Sin embargo, como veremos, en el Nuevo Testamento se habla de la misma; los primeros cristianos creían en ella, y los cristianos de más alto rango han creído en ella en secreto desde entonces. La creencia secreta en la reencarnación se encuentra oculta en clave en el arte, la arquitectura y la literatura, por ejemplo en *El libro rojo de los cuentos de hadas*, de Andrew Lang.



Iniciación por el maestro renacentista Andrea Mantegna. Compárese con la representación latina antigua del proceso de iniciación en la página 56. Se amenaza al acólito encapuchado, y de repente se le empuja para hacerle creer que está experimentando una caída mortal. Esto forma parte del proceso en que se provoca una experiencia extracorpórea que permita al acólito adquirir el conocimiento personal y existencial de lo que pasará cuando el espíritu salga del cuerpo tras la muerte. La continuidad de este proceso puede verse también en la crónica que hace el gran mago del siglo XVIII Cagliostro de su iniciación en una logia masónica de Londres. En la Logia de la Esperanza, situada encima de un pub en el barrio de Soho, se le pidió que repitiera un juramento mediante el cual se comprometía a guardar silencio y después se le vendaron los ojos. A continuación se le ató una cuerda alrededor de la cintura y oyó el chirrido de unas poleas mientras lo subían hasta el techo. De repente notó que caía al suelo, se le destaparon los ojos y vio cómo se estaba cargando una pistola con pólvora y con una bala. Le volvieron a vendar los ojos, le pusieron la pistola en la mano y le pidieron que demostrara su obediencia disparándose en la cabeza. Al dudar, sus iniciadores lo increparon gritándole y acusándolo de cobarde. Apretó el gatillo, oyó una explosión, sintió un golpe en un lado de la cabeza y olió a pólvora. Había creído verdaderamente que iba a morir; ya era un iniciado.

Éste es el propósito de la iniciación: adquirir cada vez más conciencia de las experiencias, reducir los obstáculos que la limiten.

En nuestra vida privada (y comunitaria) giramos continuamente en los círculos que nos han trazado los planetas y las estrellas. Pero si podemos adquirir conciencia de esos círculos, si podemos ser conscientes al máximo de la actividad de las estrellas y los planetas en nuestras vidas, en cierto sentido ya no nos tendrán atrapados. Subiremos por encima de ellos, no nos moveremos en círculo sino en una espiral ascendente.

Zaratustra llevaba una capa cubierta de estrellas y planetas como muestra del saber que los grandes espíritus del sol le habían otorgado. Él transmitía ese conocimiento en la iniciación. Cuando los candidatos volvían a entrar en su cuerpo tras su experiencia extracorpórea, Zaratustra les permitía examinar cómo funcionaba aquél por dentro de un modo que sólo miles de años más tarde se pudo redescubrir mediante la autopsia. Una vez más, la diferencia radicaba en que los antiguos, según su tendencia a ver la vida del modo más subjetivo posible, no concebían la anatomía humana de forma abstracta y conceptual, sino que experimentaban con

ella. Por ese motivo, sabían de la existencia de la glándula pineal mucho antes de que fuera «descubierta» por la ciencia moderna.

En la transición del sexto al quinto milenio a. J.C., la humanidad empezó a construir los grandes círculos de piedra que se han conservado hasta la actualidad. Del mismo modo que la retirada de los dioses durante el período hindú había obligado a la humanidad a idear modos de seguirlos, el oscurecimiento de la guía directa de los dioses hizo necesario que la humanidad descubriera nuevas formas de buscar esa guía. De nuevo, se estaba sacando a la humanidad de su ensimismamiento.

Como iniciador de estos monumentos de piedra, Zaratustra puede considerarse una especie de imagen reflejada de Enoch en la era posterior al Diluvio.

Los círculos de piedra megalíticos que empezaron a extenderse a lo largo y ancho del Próximo Oriente, Norte de Europa y Norte de África se construyeron con la finalidad de determinar los movimientos de los cuerpos celestes. En la década de 1950, el profesor Alexander Thom, de la Universidad de Cambridge, fue el primero en darse cuenta de que los monumentos megalíticos de todo el mundo están construidos sobre la base de una unidad de medida común, que él denominó «yarda megalítica». Desde entonces, esto se ha comprobado mediante análisis estadísticos de monumentos de muy diversa índole. Recientemente, el doctor Robert Lomas, de la Universidad de Sheffield, ha demostrado por qué esta unidad de medida se extendió con una unanimidad y precisión tan asombrosa a diferentes partes del mundo; un péndulo que oscile 360 veces durante el tiempo que tarda una estrella en recorrer uno de los 360 grados en los que se divide la cúpula del cielo medirá exactamente 41,45 centímetros, que es justo media «yarda megalítica».

Puesto que antiguamente se creía que las estrellas y los planetas controlaban la vida en la Tierra, los antiguos definieron, por lógica, las medidas matemáticas originales del mundo físico en relación con esos cuerpos celestes (es decir, espirituales). Por tanto, en sus orígenes, las matemáticas no eran tan sólo holísticas, en el sentido de que tomaban en consideración el tamaño, la forma y el movimiento de la Tierra y su relación con los cuerpos celestes, sino que eran también la expresión de un impulso espiritual.

Las fuerzas del mal amenazaban siempre con destruir a Zaratustra. En la actualidad existen conmovedores recordatorios en los pequeños santuarios del zoroastrismo, donde se mantiene encendida una llama en permanente riesgo de apagarse. A la edad de setenta y siete años, Zaratustra fue asesinado en su propio altar.

Poco antes de finalizar el cuarto milenio nació Krisna. En el año 3228 a. J.C. Este pastor y profeta fue, en algunos aspectos, el precursor de Jesucristo. (Dentro de poco veremos cómo se representa a Krisna, Osiris y Zaratustra asistiendo a la Natividad, aunque disfrazados, en famosas pinturas renacentistas.)

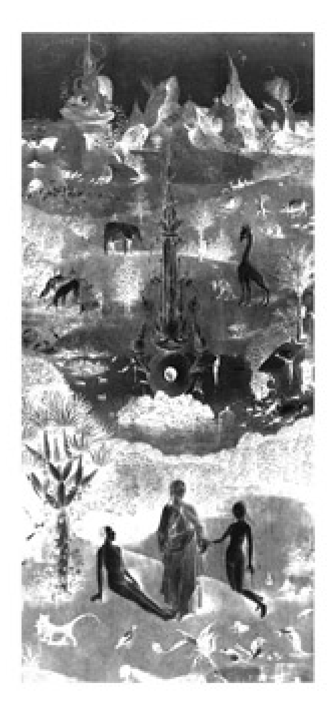
Por supuesto, no debe confundirse con el dios de la guerra Krisna, el Krisna de la Atlántida que combatió en una batalla épica para derrotar a las fuerzas luciferinas del deseo y el engaño. Ahora, esas fuerzas habían penetrado aún más en la naturaleza humana y habían degenerado, transformándose en un deseo de conseguir oro y derramar sangre.



Las emanaciones cósmicas entrelazadas que forman la ilusión del mundo material reciben el nombre de Matriz en la tradición alquímica. Fotograma de la película *Matrix*, en el que el límite entre el mundo material y el mundo «real» está patrullado por amenazadores y sobrenaturales personajes vestidos de negro.

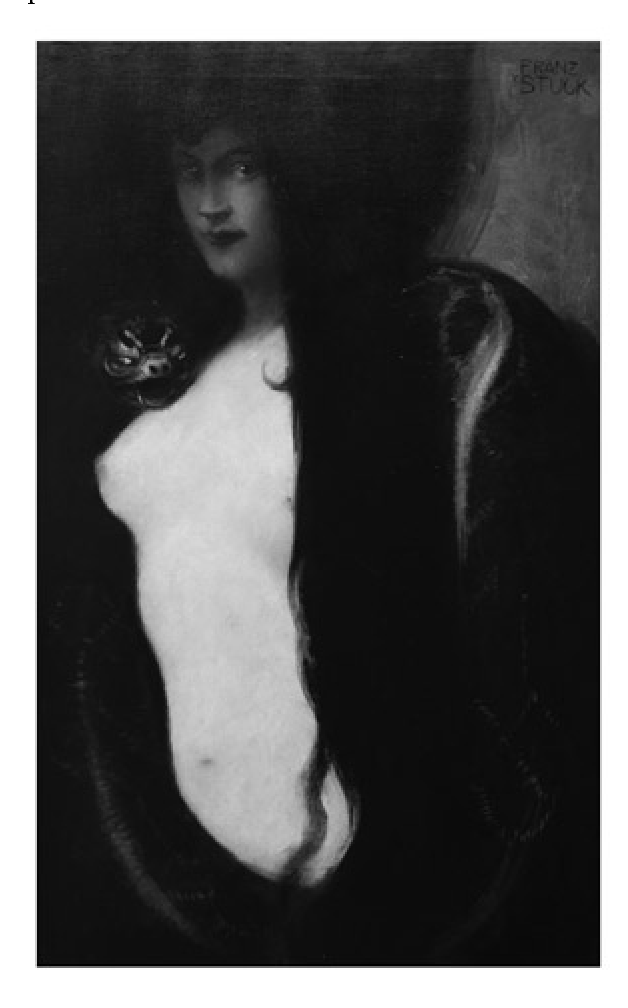


Ningún surrealista recordaba la era vegetal del cosmos con tanta frecuencia o con tanta viveza como Max Ernst. Su contemporáneo Gaudí también se hacía eco de la era vegetal en su arquitectura, en sus oraciones diarias e incluso en su dieta a base de leche y lechuga. Esta era sigue existiendo en una dimensión paralela. W. Q. Judge, teósofo contemporáneo de ambos artistas, describió que ese lugar está lleno de visiones y ruidos extraños, como los de la jungla virgen de Sudamérica.



Al principio, la materia era más leve y etérea que el gas, pero se fue endureciendo hasta convertirse en la materia sólida que conocemos en la actualidad. Los cuerpos humanos también pasaron por este proceso, en el que la estructura ósea evolucionó

a partir de una estructura cerosa rosada, lo que describe el filósofo rosacruz Jakob Böhme e ilustra aquí El Bosco.



La serpiente luciferina enroscada en el árbol es la imagen más clara de la introducción de la vida animal en la vida vegetal, y también de la formación de la columna vertebral propia de los animales. La serpiente fue necesaria para el desarrollo de la vida animal, pero también dio origen al deseo, la ira, el engaño y, en última instancia, el pecado. *El pecado*, del artista alemán del siglo XIX Franz von Stuck.



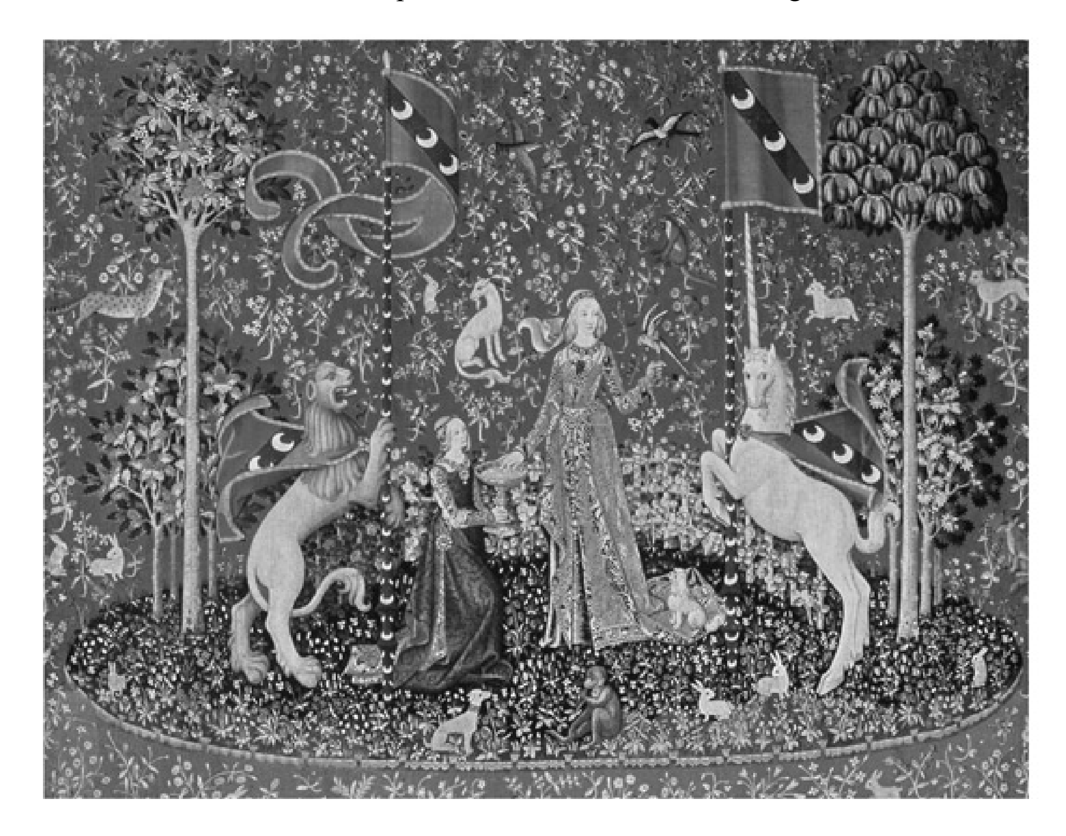
A los espíritus malignos les cuesta salir de la dimensión a la que pertenecen y entrar en el mundo material, pero a veces la intromisión de los no iniciados puede hacer que esto suceda, de forma que comunidades enteras se dejan arrebatar y poseer por una atroz brutalidad, a menudo sexual. Esto se refleja de un modo vívido en las películas de David Lynch y en la serie de televisión «Twin Peaks».



La pesadilla. Gran conocedor del pensamiento esotérico, el artista suizo Henry Fuseli representa a un demonio del Lado Oscuro de la Luna.



Gema antigua con un grabado del romano Aspasio. En la tradición esotérica, los mitos de dioses con amantes humanos que se transforman después en plantas y animales hacen referencia a la proliferación de las formas biológicas.



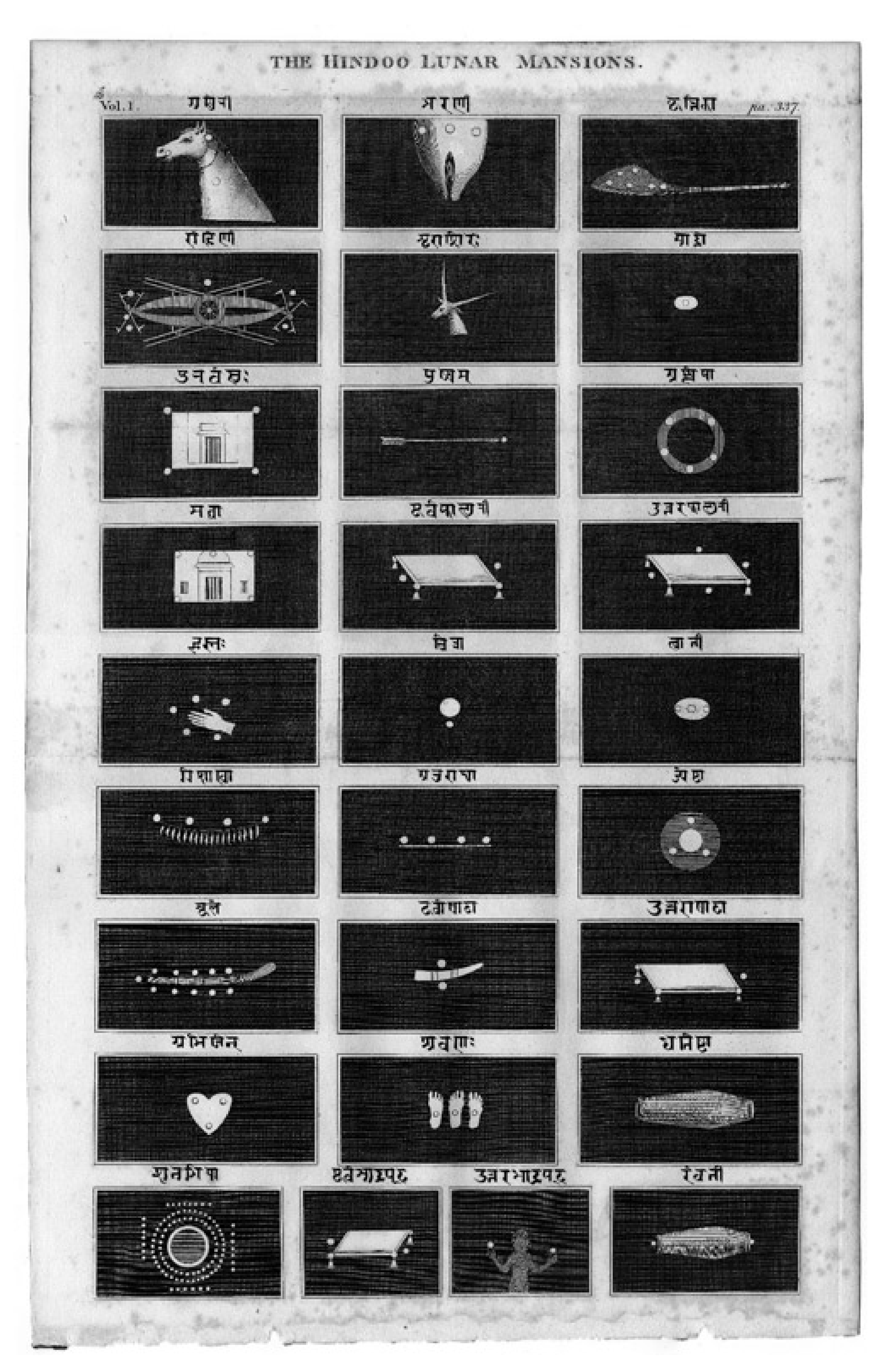
Antes de que la anatomía humana evolucionara hasta adquirir la morfología que nos es familiar, surgió un Tercer Ojo en mitad de la frente que nos permitía percibir a la Madre Naturaleza y recibir su sabiduría. Uno de los famosos tapices del Museo Cluny de París.



Este cuadro de *La tentación de san Antonio* del artista holandés Domenicus Van Wijnen presenta temas esotéricos que no suelen hacerse explícitos. Todas las grandes religiones son idealistas, en el sentido de que creen que la materia se formó a partir de emanaciones de la mente cósmica. Lo que distingue al elemento esotérico de estas religiones es concebir esas emanaciones como espíritus o ángeles asociados al Sol y la Luna y los planetas del sistema solar.



Los novios desnudando a la novia, de Marcel Duchamp. Desnuda, la novia se descubre ante Sofía, o la sabiduría esotérica, adorada por los siete grandes espíritus del sistema solar. Fría representación moderna de la cosmología esotérica por un devoto del siglo XX de la doctrina hermética.



Casas hindúes de la luna de Moor. El viajero británico de principios del siglo XIX Edward Moor grabó estos antiguos símbolos hindúes de las fases lunares. Los filósofos esotéricos siempre les han prestado mucha atención, al creer que no sólo influyen en la marea y en la morfología vegetal, sino que también alteran la conciencia humana.



Minerva expulsando a los Vicios del jardín de la virtud, de Andrea Mantegna. En un paisaje neolítico visto desde la perspectiva actual sólo se discerniría un páramo con pocos signos de vida humana, tal vez algunas piedras apiladas y gente que lleva poco más que pieles animales. Visto a través de la conciencia del tiempo, sería tal como Mantegna lo representa aquí, con dioses, diosas y espíritus magníficamente dispuestos, que tomaron parte en los acontecimientos importantes que contribuyeron a que nuestra conciencia tuviera su estructura actual. ¿Qué versión es más cierta, más real?



Tras la muerte, el espíritu humano se ve atacado por demonios que le arrancan los pecados. En el proceso de iniciación, el candidato experimenta el viaje de ultratumba mientras todavía está vivo, lo cual le será de gran ayuda en esta vida y en la próxima. Este proceso de iniciación se muestra en un panel del retablo de Isenheim, obra de Matthias Grünewald.



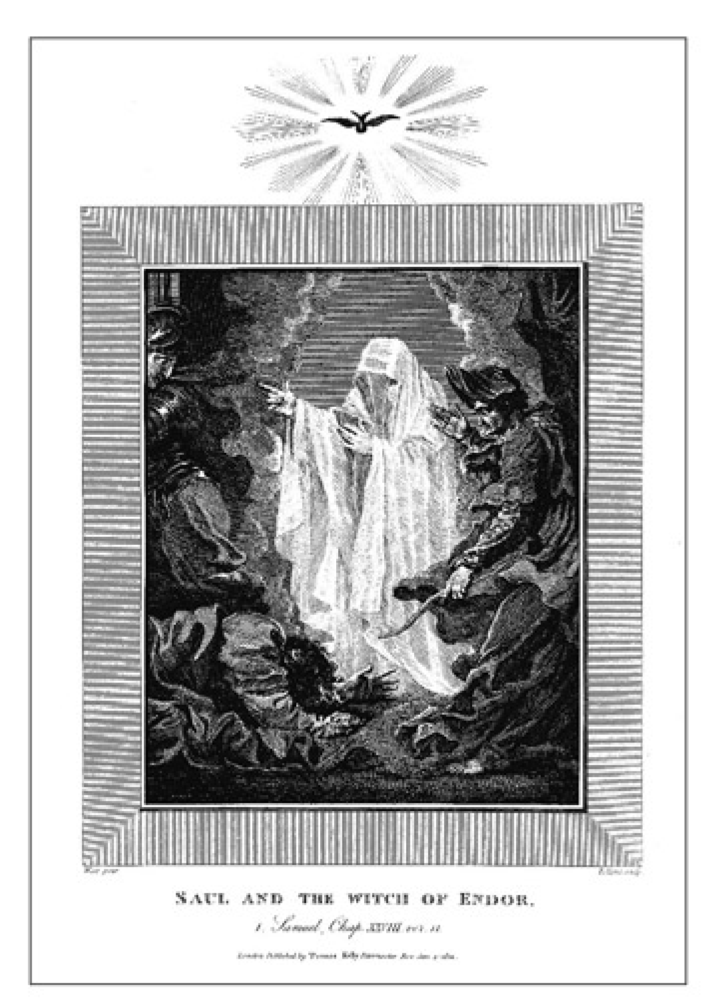
Detalle de un panel de *El jardín de las delicias*. Siguiendo la experiencia del *Kamaloca* o purgatorio, el espíritu asciende por las esferas celestes antes de volver a descender para someterse a la siguiente encarnación. Este descenso es lo que muestra aquí El Bosco, cuyos cuadros son imposibles de descifrar sin tener conocimientos esotéricos.



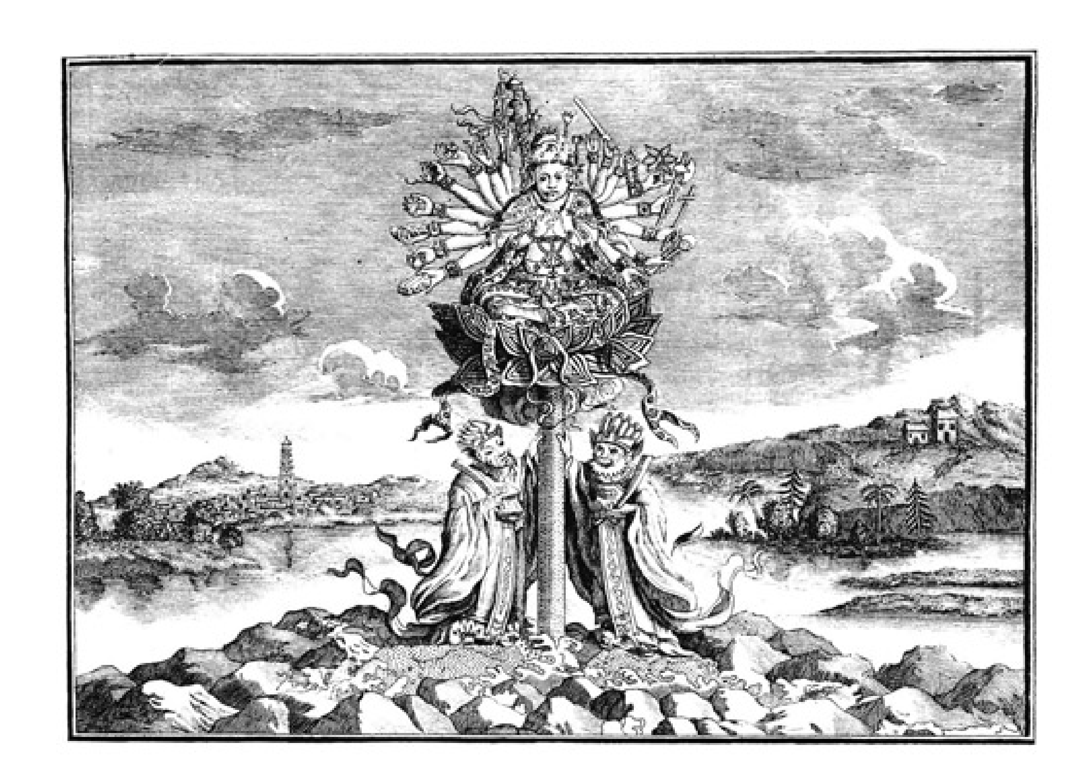
En la narración esotérica de la historia, una gran catástrofe climática comporta un cambio en la conciencia. El Diluvio Universal que tuvo lugar al final de la era glacial fue testigo del anegamiento de los escenarios de los grandes eventos de la evolución humana inicial (y la formación del subconsciente). Ilustración de una biblia del siglo XIX.

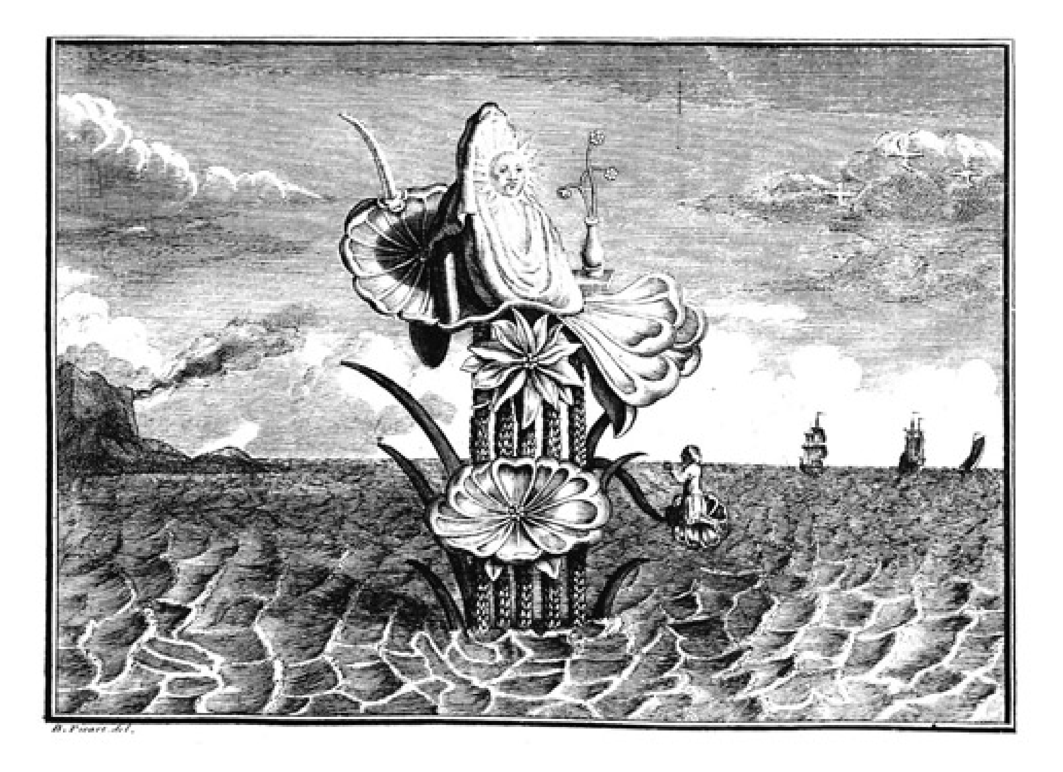


La tradición esotérica defiende la alteración del estado de conciencia, no un misticismo confuso. En ese estado de alteración se puede acceder a la inteligencia sobrenatural, lo cual tiene resultados prácticos. En la Biblia, la entrada en un pozo subterráneo de José es una descripción en clave de su iniciación. Sus sueños ayudaron al faraón a salvar a su pueblo de la hambruna. Ilustración de una biblia del siglo XIX.



En la actualidad, a algunos cristianos les aterroriza lo sobrenatural, pero sin embargo, la Biblia está repleta de fenómenos sobrenaturales. En esta imagen, la pitonisa de Endor invoca a «un espectro que sube de la tierra ». Ilustración de una biblia del siglo XIX.





Atanasio Kircher, el jesuita, fue un gran estudioso de los arcanos vinculados a varios de los protagonistas de esta historia. Entre sus obras, figuraban cuadros de la Diosa Madre, Cibeles, y una de las primeras representaciones occidentales de Buda, que muestra el conocimiento esotérico de la dimensión vegetal del cuerpo humano.



Krisna es un dios de transgresión, cuya *numer* (o potencia sagrada) lo lleva más allá de la moralidad convencional.

La que iba a ser su madre, la Virgen Devaki, se había visto asediada por extrañas visiones. Un día se sumió en un profundo estado extático. Oyó una música celestial de arpas y voces, y en medio del centelleante resplandor de una miríada de luces se le apareció el dios Sol con aspecto humano. Deslumbrada por él, quedó inconsciente.

Krisna nació algo más tarde. Después, un ángel advirtió a Devaki que su hermano, Kansa, intentaría asesinar al niño, por lo que ella huyó de la corte y se refugió entre pastores, a los pies del monte Meru.

Kansa era un infanticida, pues también ordenó matar a los niños varones pobres de su reino. Lo era incluso de niño. En esa ocasión, ya de mayor, envió a una serpiente gigante a matar a su sobrino, pero Krisna pudo acabar con el animal aplastándolo. Una mujer diablo llamada Putana, con los pechos llenos de veneno, lo atrajo hacia sí, pero Krisna succionó su pecho con tanta fuerza, que la diablesa se desplomó y murió.

Kansa siguió acosando a su sobrino, tratando de darle caza como a un animal salvaje, pero, al crecer y convertirse en un adulto, Krisna contó con la protección de los pastores y se escondió en las montañas y los bosques, donde predicaba un evangelio basado en el rechazo de la violencia y en el amor por toda la humanidad: «Ofrece bondad a cambio de maldad, olvida tu propio sufrimiento por el de los demás», y «renuncia al fruto de tus acciones; deja que tu acción sea su propia recompensa». Krisna decía cosas que nadie había dicho antes.

Al llegar estas prédicas a oídos de Kansa, no hicieron sino enfurecerle aún más, torturándolo profundamente.

Entre los numerosos títulos de Krisna figuran los de «el vaquero» y «el señor de las lecheras». Disfrutaba de una vida sencilla en el campo, predicando, pero evitando el enfrentamiento directo con Kansa.

Todas las lecheras de la zona estaban locamente enamoradas del esbelto joven. Le gustaba tocar la flauta y bailar la danza del amor con ellas. En una ocasión vio que se iban a bañar al río Yumana, así que les robó la ropa y trepó a lo alto de un árbol para que no pudieran atraparlo. Otra vez, estaba bailando con muchas lecheras y todas ellas querían darle la mano, así que se multiplicó en muchos para que cada una creyera que sujetaba la mano del verdadero Krisna.

Un día, él y su hermano entraron en la ciudad de Kansa, llamada Mathura, disfrazados de campesinos pobres, con el fin de participar en un festival de atletismo. Conocieron a una muchacha desfigurada llamada Kubja, que llevaba ungüentos y perfumes a palacio. Cuando Krisna le pidió que le regalara alguno, ella le dio varios de buena gana, a pesar de no poder permitírselos, y él la curó de su deformidad y la hizo hermosa.

Pero Kansa no se había dejado engañar por el disfraz de los dos hermanos, de modo que cuando participaron en la competición de lucha, tenía preparados a dos gigantes para

matarlos. Si fracasaban en el intento, tenía dispuesto un enorme elefante para que los aplastara hasta morir. Krisna y su hermano los vencieron a todos y escaparon.

Finalmente, Krisna decidió dejar a un lado los disfraces y salir de su escondite para enfrentarse a Kansa. Al entrar de nuevo en Mathura, fue aclamado como su salvador por las masas, que lo colmaron de flores y guirnaldas. Kansa lo estaba esperando con su séquito en la plaza mayor.

—Me has robado el reino —dijo su tío—. ¡Mátame!

Cuando Krisna se negó, Kansa hizo que sus soldados lo capturaran y lo ataran a un cedro, donde fue torturado por los arqueros.

Con la muerte de Krisna, en el año 3102 a. J.C., empezó la Kali Yuga (Edad Oscura). Una *yuga* es una división de un Gran Año, y en un ciclo procesional completo hay ocho *yugas*.

En las tradiciones tanto oriental como occidental, este importante cambio cósmico se inició en el año 3102 a. J.C. y finalizó en 1899. Como veremos en el vigésimo cuarto capítulo, los masones conmemoraron el cercano fin del Kali Yuga erigiendo enormes monumentos en el centro de todas las ciudades importantes de Occidente. La mayoría de la gente pasa junto a esas familiares construcciones sin ser conscientes de que son baluartes de la historia y la filosofía propuesta en este libro.

Entre la oscuridad que se estaba acumulando apareció una luz. Cuando Krisna murió, otro personaje importante estaba entrando en la edad adulta, un iluminador que se encarnó del mismo modo que tres milenios más tarde se encarnaría Jesucristo.

Nos ocuparemos de la vida y la época del encarnado Lucifer en el siguiente capítulo.

Imhotep y la Edad de las Pirámides • Gilgamesh y Enkidu • Abraham y Melquisedec

Desde los albores de la sociedad como tal han existido pequeños grupos en ella que han practicado técnicas secretas para sumirse en estados alternativos de conciencia. Lo han hecho en la creencia de que ese estado confiere la capacidad de percibir aquello que es inaccesible para la conciencia ordinaria.

El problema es que, desde el punto de vista de la conciencia ordinaria actual (realista y dominada por el sentido común de un modo nunca visto antes), todo lo que se ve en situación de estado alternativo es, casi por definición, alucinatorio. Si los iniciados de las sociedades secretas se sumen en estados alucinatorios en los que se comunican con seres incorpóreos, ven el futuro e influyen en el curso de la historia, ese tipo de cosas son sólo alucinaciones.

Sin embargo, ¿qué ocurre si pueden mostrarse sus resultados?

Hemos empezado a ver que ese tipo de estados han inspirado algunas de las obras más importantes de la historia en el ámbito del arte, la literatura y la música. No obstante, alguien empeñado en negarlo podría desestimarlo, considerándolo una simple cuestión de imaginación, algo sin ninguna relevancia para los aspectos prácticos de la vida. Al fin y al cabo, gran parte del arte, incluso del arte más sublime, tiene una componente fantástica.

Nuestra mentalidad moderna prefiere resultados más concretos. ¿Qué hay de los grandes logros de la ingeniería o de los grandes descubrimientos científicos? En este capítulo, seguiremos la trayectoria de una época en la que importantes iniciados de las escuelas de los misterios obsequiaron a la humanidad con algunas de las proezas más espectaculares de la ingeniería, desde el templo de Baalbeck, en el Líbano, cuya

construcción incluye un bloque de granito tallado de aproximadamente mil toneladas de peso que no podría levantar ni la grúa más potente de la actualidad, hasta la Gran Pirámide de Gizeh y otras pirámides menos conocidas en China.

Al principio de este período parecieron surgir de repente de la nada las primeras civilizaciones importantes (la civilización sumeria, dominada por el héroe-toro Gilgamesh, el Egipto del culto al toro de Osiris y la Creta de los bailes ante los toros). Todas ellas se enmarcan en la Edad de Tauro, que empieza a principios del 3000 a. J.C. Sin un motivo aparente que la historia convencional pueda determinar, en ese momento, un gran número de personas empezaron a convivir en ciudades sumamente organizadas, complejas, de un tamaño considerable y con unas características excelentes desde el punto de vista técnico.

En China tuvo lugar un acontecimiento sombrío aunque trascendental. Está envuelto en un velo de misterio. Incluso los grandes iniciados son incapaces de contemplarlo con claridad total.

En el año 3000 a. J.C., los habitantes de China llevaban una vida tribal y nómada y, según Rudolf Steiner, fue en uno de sus campamentos donde nació un personaje extraordinario. Del mismo modo que milenios más tarde descendería a la Tierra otro destacado ser celestial para encarnarse en Jesucristo, ahora era Lucifer el que también se encarnaba.

El nacimiento de Lucifer marcó el inicio de la sabiduría.

Por supuesto, estoy utilizando el término «sabiduría» en un sentido concreto (de hecho, en el mismo sentido académico en que lo usan los estudiosos de la Biblia cuando se refieren a «la sabiduría de los libros de la Biblia». Por ejemplo, el saber encerrado en los Proverbios o en el Eclesiastés es una recopilación de reglas para llevar una vida feliz y satisfactoria, pero a diferencia de las enseñanzas incluidas en otros libros bíblicos, carecen de una dimensión moral o religiosa. Este

saber es totalmente prudencial y práctico, ya que recomienda lo que se debe hacer para salvaguardar los intereses propios más preciados. Así, en ningún momento se sugiere la probabilidad de que el buen comportamiento se recompense o de que una mala conducta sea castigada, excepto por la propia comunidad humana. Tampoco menciona que exista un orden providencial.

Estos libros, compilados en su forma actual hacia el año 300 a. J.C., eran fruto de una mentalidad que se había desarrollado aproximadamente dos mil quinientos años antes. La historia secreta sostiene que ese tipo de sabiduría fue posible gracias a la encarnación e intervención de Lucifer.

La mayor parte de los procesos de iniciación en disciplinas espirituales se han llevado a cabo entre la infancia y la edad adulta, y tras muchos años de preparación. Por ejemplo, por tradición, sólo se ha permitido la iniciación en la cábala a los cuarenta años de edad, y los candidatos a la iniciación de la escuela de Pitágoras tenían que vivir aislados y en silencio durante años antes de poder empezar su formación. Sin embargo, desde su nacimiento, Lucifer permaneció dentro de los confines de una escuela mistérica. Un círculo de magos se dedicaron intensivamente a su educación, permitiéndole participar en las ceremonias más secretas, moldeando su alma, hasta que finalmente, a los cuarenta años, tuvo una revelación. Se convirtió en la primera persona capaz de plantearse la vida en la Tierra de un modo completamente racional.

En el octavo capítulo se explicaba que Orfeo inventó los números. No obstante, en la época de éste era imposible pensar en los números sin pensar también en su significado espiritual. En este otro momento, gracias a Lucifer, se hizo posible concebirlos sin connotaciones simbólicas, pensar en ellos como simples unidades de cuantificación desvinculadas de cualquier noción de calidad. La gente era ya libre de medir, de calcular, de crear y de construir.

Sabemos por Plutarco que el hijo de Orfeo, Asclepio, era comparado con Imhotep, que vivió aproximadamente en el 2500 a. J.C. Por aquel entonces, esta gran ola de cambio, esta forma revolucionaria de pensar se había extendido desde el Próximo Oriente.

Primer ministro del rey egipcio Zoser, Imhotep era conocido como «carpintero, escultor y creador de vasijas de piedra». También se le llamaba Jefe de los Observadores, lo que se convertiría en el título del sumo sacerdote de Heliópolis. Imhotep, al que a veces se representaba vistiendo un manto cubierto de estrellas y también, en ocasiones, sosteniendo un pergamino enrollado, fue famoso en la Antigüedad por ser el gran arquitecto y constructor de la Pirámide Escalonada de Saqqara. En el siglo XIX, los arqueólogos que realizaban excavaciones bajo la Pirámide Escalonada descubrieron un depósito secreto de objetos que había permanecido sellado desde que se colocaron los cimientos de la construcción; esos objetos pasaron a conocerse como las «cosas imposibles de Imhotep», algunas de las cuales se exponen en la actualidad en el Metropolitan Museum de Nueva York. A los comentaristas del siglo XIX les sorprendieron sobre todo las vasijas, y aventuraron que los artesanos actuales serían incapaces de reproducirlas. Con su cuello de jirafa y panzudas como eran, en la actualidad sigue siendo difícil comprender cómo hacían para ahuecar el cristal del que estaban hechas.

A media hora en coche al norte de Saqqara se eleva la Gran Pirámide. Aunque se pueda discutir que se trate de la construcción más espléndida de todos los tiempos, en este cruce de caminos de la historia se erige una planta cuadrangular orientada hacia los puntos cardinales con una precisión extraordinaria. No es necesario describir de nuevo su magnificencia. Baste decir que, aunque en principio sería posible reconstruirla en la actualidad, hacerlo desequilibraría a casi todas las economías mundiales más opulentas. También

llevaría a la ingeniería moderna a los límites de su capacidad, sobre todo en lo que respecta a la precisión de sus orientaciones astronómicas.

Pero lo que hace aún más extraordinaria a la Gran Pirámide, casi milagrosa según la historia secreta, es que fue la primera construcción egipcia.

Los historiadores convencionales han dado por sentado que el afán constructor de los egipcios evolucionó a partir de sencillas tumbas de una planta llamadas *mastabas*, siguiendo con la complejidad relativa de la Pirámide Escalonada, y culminando en la sublime complejidad y sofisticación de la Gran Pirámide, cuya edificación suele situarse hacia el año 2500 a. J.C. Al carecer de crónicas escritas contemporáneas, y puesto que esas construcciones no contienen material orgánico que pueda ser analizado mediante el carbono 14, hasta ahora no ha habido forma de datar la piedra esculpida, por lo que éste ha sido al parecer, un modo bastante lógico de interpretar los hechos.

Al principio de este libro, sugería que en esta historia todo está al revés, que se le ha dado la vuelta a todo. Según la doctrina secreta, la Gran Pirámide se construyó en el año 3500 a. J.C., antes de la fundación de las grandes civilizaciones de Egipto y Sumeria, en una época en que las únicas construcciones que existían eran los círculos de piedra y otros monumentos ciclópeos.

Así, tenemos que imaginarnos a los habitantes de la Edad de Piedra, ataviados con pieles animales y llevando primitivas herramientas, contemplando estupefactos la Gran Pirámide.

De este modo, según la historia secreta, la Pirámide Escalonada y otras pirámides menores no representarían un ascenso sino un declive.

Tradicionalmente se ha considerado que la Gran Pirámide es un sepulcro. Según esa idea, los estrechos conductos que apuntan hacia estrellas concretas desde el exterior de las

llamadas cámaras del rey y de la reina, se ha creído que eran una especie de máquina diseñada para ayudar a proyectar el espíritu del faraón muerto fuera de su tumba, hacia su lugar de descanso celestial. Bajo ese punto de vista, la Gran Pirámide sería una especie de gigantesca máquina de «excarnación».

Según la historia secreta, esta interpretación es anacrónica. En esa época se creía de forma universal que, después de la muerte, todos los espíritus humanos ascendían por las esferas planetarias hasta llegar a las estrellas. De hecho, como hemos visto, los vivos tenían una experiencia tan vívida de los mundos espirituales que les hubiera resultado tan difícil no creer que el viaje de ultratumba era real como a nosotros dudar de que el libro o la mesa que tenemos delante son reales.

Deberíamos buscar en otra parte la explicación de qué función cumplía la Gran Pirámide. Todo el tenor de la antigua civilización egipcia es que ésta trataba de entender y dominar la materia, lo cual constatamos en su innovador acto de cortar y esculpir la piedra.

También percibimos la nueva relación con la materia en la práctica de la momificación. Nunca nos mostramos tan dispuestos a atribuir tontas creencias a los antiguos como cuando asociamos la momificación egipcia y el conjunto de objetos fúnebres enterrados junto a los muertos con la supuesta creencia de que el espíritu tal vez quisiera usar esos objetos fúnebres en la vida de ultratumba. Según la doctrina esotérica, la razón de ser de todas esas prácticas fúnebres era más bien que ejercían una especie de atracción magnética sobre el espíritu en plena ascensión que lo ayudaría a reencarnarse con rapidez. Se creía que si se conservaba el cuerpo desechado, seguiría constituyendo el núcleo del espíritu que lo había abandonado, y ejercería una atracción que arrastraría a éste de nuevo hacia la Tierra.

La explicación esotérica de la Gran Pirámide es similar. En el séptimo capítulo veíamos cómo los dioses importantes, al tener cada vez más dificultades para encarnarse, habían retrocedido hasta la luna, visitando la Tierra cada vez con menos frecuencia.

La Gran Pirámide es una gigantesca máquina de encarnación.

La civilización egipcia supone un nuevo gran impulso en la evolución humana, muy diferente del de la civilización oriental, en la que se enseñaba que la materia era una *maya*, o ilusión. Los egipcios iniciaron la gran misión espiritual de Occidente, a veces llamada «la Obra» en la alquimia, en la masonería sufí y en otras prácticas de las sociedades secretas. Esa misión consistía en trabajar la materia, tallarla, esculpirla e imbuirla de intencionalidad hasta que se hubiera ejercitado y espiritualizado toda partícula de materia del universo. La Gran Pirámide fue la primera manifestación de ese impulso.

Esta historia trata de la conciencia en sus diferentes formas.

En primer lugar se ha contado en varios grupos cuyo propósito es sumirse en estados de conciencia alterados.

En segundo lugar, esta historia asume que la conciencia ha cambiado con el tiempo de un modo mucho más radical de lo que aceptan los historiadores convencionales.

En tercer lugar, sugiere que la misión de estos grupos es dirigir la evolución de la conciencia. En un universo surgido de la mente, el fin y el propósito de la creación es siempre la mente.

Quisiera centrarme ahora en la segunda de estas aseveraciones, para mostrar cómo algunos estudiosos han defendido recientemente en sus textos el punto de vista esotérico de que la conciencia era muy distinta a como es en la actualidad.

Contemporánea al auge de la civilización egipcia, hacia el año 3250 a. J.C., la civilización sumeria surgió en la región situada entre el Tigris y el Éufrates. En las primeras ciudades de Sumeria había estatuas de antepasados y dioses menores en las casas particulares. A veces se tenía un cráneo a modo de «casa» donde pudiera vivir un espíritu menor. Sin embargo, se creía que el espíritu de mayor envergadura y que salvaguardaba los intereses de la ciudad vivía en la «casa de dios», un edificio en el centro del complejo del templo.

Conforme crecían estas ciudades, también lo hacían las casas de dios, hasta convertirse en zigurats —enormes pirámides de base rectangular y escalonadas, construidas con ladrillos de barro—. En el centro de cada zigurat había una gran cámara en la que se encontraba la estatua del dios, engastada con metales preciosos y joyas, y envuelta en un deslumbrante ropaje.

Según los textos cuneiformes, a los dioses sumerios les gustaba comer, beber, escuchar música y bailar. Se solía colocar comida en mesas y se los dejaba a solas para que la saborearan. Al cabo de un rato, los sacerdotes entraban y se comían las sobras. Los dioses también necesitaban camas para dormir y para mantener relaciones sexuales con otros dioses. Para ello, había que lavarlos, vestirlos y ungirlos con perfume.

Al igual que sucedía con los objetos fúnebres en Egipto, estas prácticas se realizaban para intentar tentar a los dioses a quedarse en el plano material, recordándoles los placeres sensuales que se les negaban en los mundos espirituales.

La abeja es uno de los símbolos más importantes en la tradición secreta, ya que este insecto sabe hacer colmenas con una especie de sabiduría preconsciente. La construcción de colmenas requiere una técnica excepcionalmente compleja y precisa. Por ejemplo, todos los paneles incorporan el ángulo de rotación de la Tierra. Los sellos cilíndricos sumerios de esa época muestran figuras con cuerpo humano pero con enjambres de abejas por cabeza. Esto se debe a que en,

entonces, se creía que en la conciencia individual intervenían muchos centros distintos de conciencia, tal como se ha descrito en el segundo capítulo. Estos centros podían compartirse e incluso trasladarse de una mente a otra, como un enjambre de abejas que se mueve de colmena en colmena.



Diosas sumerias con enjambres de abejas en lugar de cabeza.

En 1976, Julian Jaynes, profesor de Historia de la Universidad de Princeton, publicó un excelente análisis de textos sumerios y de otros antiguos documentos. En *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bi-Cameral Mind* («El origen de la conciencia en el colapso de la mente bicameral») se argumenta que, durante esa época, los humanos carecían del concepto de vida interior tal como lo concebimos en el presente. No tenían ni siguiera palabras para referirse a él, y sus textos narrativos muestran cómo describían los rasgos de la vida mental, como desear, pensar y sentir —que nosotros creemos que se generan de algún modo en nuestro «interior»—, como la actividad de los espíritus o dioses dentro de sus cuerpos y alrededor de ellos. Esos impulsos obedecían las órdenes de seres incorpóreos que vivían fuera de ellos, en vez de producirse en su interior por voluntad propia.





ARRIBA En este dibujo de Flaxman, iniciado de las sociedades secretas, Atenea sujeta a Aquiles para evitar que ataque a Agamenón.

IZQUIERDA El demonio susurra algo al oído de una santa, sentado en su hombro.

Resulta interesante que el análisis de Jaynes coincida con el relato esotérico de la historia antigua de Rudolf Steiner. Este último, nacido en Austria en 1861, representa una auténtica corriente de ideología rosacruz, y es el maestro esotérico de la edad moderna que ha ofrecido la crónica más detallada de la evolución de la conciencia. Las investigaciones de Jaynes están, por lo que yo sé, al margen de esa doctrina.

Tal vez sea más fácil valorar el análisis de Jaynes en relación con la mitología griega, que nos resulta más familiar. Por ejemplo, en la *Ilíada* nunca vemos a nadie que se siente y decida qué hacer, tal como nos vemos hacer a nosotros mismos. Jaynes sostiene que para los personajes de la *Ilíada* no existe la introspección. Cuando Agamenón le arrebata a Aquiles su esclava, este último no se contiene. Es una diosa quien tiene que tirarle del pelo para advertirle que no ataque a Agamenón. Otro dios sale del mar para consolarlo, y es un dios el que susurra a Helena la nostalgia. Los estudiosos de la era moderna suelen interpretar estos pasajes como

descripciones «poéticas» de emociones internas, en las que los dioses eran símbolos parecidos a los que crearía un poeta moderno. El perspicaz análisis de Jaynes muestra que esta interpretación aplica la conciencia actual a textos escritos por gente con un tipo de conciencia muy distinto. Jaynes no es el único que opina así. El filósofo de Cambridge John Wisdom ha escrito lo siguiente: «Los griegos no hablaban de los peligros de reprimir los instintos, pero sí pensaban en si contrariaban a Dioniso o si olvidaban a Poseidón por Atenea.»

En los capítulos finales de esta historia veremos cómo la antigua forma de conciencia prosignió hasta incluso mucho más tarde de lo que Jaynes sostiene. Sin embargo, por el momento, quiero referirme brevemente a una diferencia significativa entre el análisis de Jaynes y el modo en que los antiguos concebían las cosas. Este profesor afirma que los dioses que controlan las acciones humanas son «alucinaciones auditivas» y muestra a los reyes sumerios y los héroes griegos rodeados de esas falsas ilusiones. En cambio, para los antiguos no eran simplemente eso, sino seres vivos independientes.

Jaynes cree que, en la época homérica y la anterior a ésta, todo el mundo vivía en un mundo de falsas ilusiones hasta que, según dice, el lado derecho del cerebro predominó sobre el izquierdo. Así pues, desde su punto de vista, cada individuo, aunque creyera que le hablaba el mismo dios que se manifestaba a todos los demás, estaba, de hecho, atrapado en una falsa ilusión personal. El problema de esta concepción es que, dado que las alucinaciones, no son, casi por definición, algo consensuado, induciría a pensar que esa gente vivía en un estado completamente caótico y bárbaro, caracterizado por una total incomprensión mutua. Los psiquiatras clínicos de nuestro tiempo definen como esquizofrénico a aquel que es incapaz de distinguir entre imágenes y sonidos generados de forma externa e interna. La locura clínicamente diagnosticada supone un trastorno extremo e incapacitador, además de un deterioro de la función doméstica, social y ocupacional. En cambio, los habitantes de esa época crearon las primeras civilizaciones tras

el Diluvio, con diferenciación entre las órdenes de clérigos, militares, agricultores, comerciantes y fabricantes. La organización de la mano de obra permitió llevar a cabo importantes infraestructuras públicas, como canales, diques y, por supuesto, templos. Contaban con economías complejas y grandes ejércitos disciplinados. Para que cooperasen de ese modo entre sí, las alucinaciones tendrían que haber sido indudablemente alucinaciones colectivas. Es decir, si la antigua visión del mundo era una falsa ilusión, tenía que ser una falsa ilusión multitudinaria, sofisticada y casi infinitamente compleja.

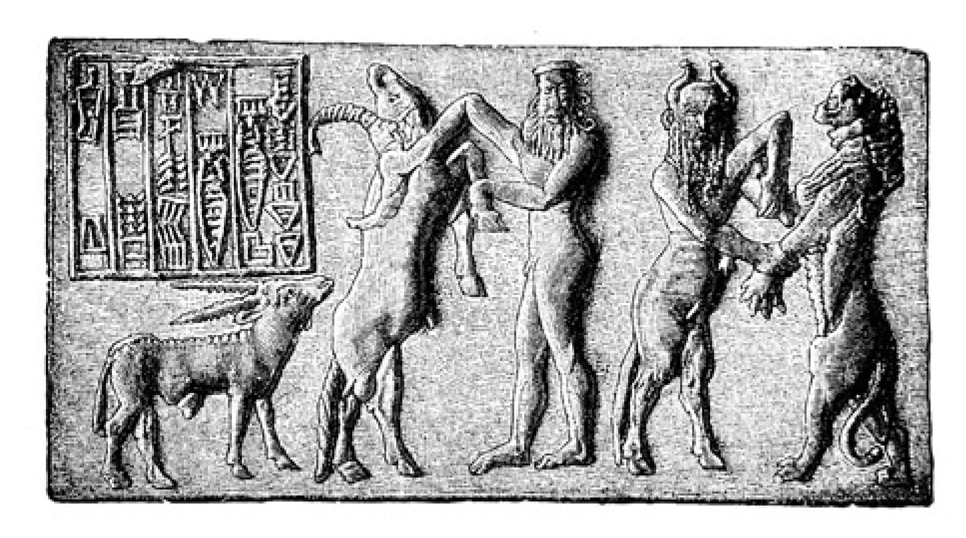
Lo que he tratado de presentar hasta ahora es la historia del mundo tal como la concebían los antiguos, que profesaban una cosmovisión basada en el concepto de que la mente era anterior a la materia. En esa concepción, todos creían que interactuaban de forma colectiva con los dioses, los ángeles y los espíritus.

Gracias a Freud y Jung todos estamos familiarizados con la idea de que nuestras mentes contienen complejos psicológicos que son independientes de nuestros centros de conciencia y, por lo tanto, hasta cierto punto, pueden considerarse autónomos. Jung describió estos importantes complejos psicológicos en relación con las siete principales divinidades planetarias de la mitología, y los bautizó como los siete arquetipos principales del inconsciente colectivo.

Aun así, cuando Jung conoció a Rudolf Steiner, que creía en los espíritus incorpóreos, incluidos los dioses planetarios, lo desacreditó calificándolo de esquizofrénico. En el vigésimo séptimo capítulo veremos cómo en la última etapa de su vida, poco antes de morir, Jung se salió de las normas comúnmente aceptadas en el consenso científico moderno. Llegó a la conclusión de que esos complejos psicológicos eran autónomos, en el sentido de que eran independientes del cerebro humano. De esta forma, dio un paso más que Jaynes. Al no considerar ya a los dioses como alucinaciones

(individuales o colectivas), sino como formas de inteligencia superior, aceptó la filosofía antigua que postulaba que la mente era anterior a la materia.

El lector debería procurar dar el mismo paso. Es importante que se ponga en guardia contra cualquier impresión de que —para ser justo— esta versión de la historia quizá tenga algún tipo de cohesión, o parezca verdadera en un cierto sentido poético o, peor aún, espiritual. Es importante, porque perder por un instante la concentración en esta cuestión podría hacer que, despreocupado y enérgico, empezara a andar por la calle que lleva directa al manicomio.



Representación en un sello cilíndrico de dos héroes cazando; se dice que son Gilgamesh y Enkidu.

Gilgamesh, el gran héroe de la civilización sumeria, fue rey de Uruk hacia el año 2100 a. J.C. Su historia está marcada por la locura, los sentimientos radicales, la ansiedad y el aislamiento. El gran poeta Rainer Maria Rilke lo llamó «la épica del temor a la muerte».

La historia que se narra aquí se ha ido entretejiendo en gran medida a partir de tablas de arcilla desenterradas en el siglo XIX, pero parece bastante completa.

Al principio de su trayectoria, el joven rey se apoda «toro embestidor» por estar rebosante de energía, abrir pasos en las montañas, excavar pozos, explorar y lanzarse a la batalla. Es el

más fuerte de todos, es hermoso, valiente y un gran amante del que ninguna virgen está a salvo, pero se siente solo. Desea con todo su corazón tener un amigo, alguien que sea igual a él.

Así fue cómo los dioses crearon a Enkidu, un hombre tan fuerte como Gilgamesh, aunque salvaje, con todo el cuerpo cubierto por una maraña de pelo. Vivía entre bestias salvajes, comía lo mismo que ellas y bebía de los ríos. Un día, un cazador se encontró de bruces con esta extraña criatura en los bosques y se lo contó a Gilgamesh.

Al oír el relato del cazador, el rey supo en lo más profundo de su ser que ése era el amigo que había estado esperando. Ideó un plan brillante. Ordenó a la más bella de las prostitutas del templo que se adentrara desnuda en el bosque para encontrar a ese hombre salvaje y domesticarlo. Cuando ella le hizo el amor, él se olvidó de su hogar en las montañas, tal como Gilgamesh sabía que ocurriría. Ahora, cuando Enkidu se encontraba con los animales salvajes, éstos notaban la diferencia y ya no corrían a su lado, sino que huían de él.

Gilgamesh y Enkidu se conocieron en el mercado de Uruk, en un torneo de lucha entre campeones. Toda la población se había agolpado para presenciarlo. Finalmente, ganó Gilgamesh, tumbando a Enkidu de espaldas sin despegar sus propios pies del suelo.

Así fue como una célebre amistad dio lugar a una serie de aventuras. Cazaron panteras y persiguieron y atraparon al monstruo Humbaba, guardián de los bosques de cedros. Cuando más tarde mataron al toro del cielo, Gilgamesh mandó colocar los cuernos en la pared de su habitación.

Pero entonces Enkidu enfermó gravemente, y Gilgamesh se sentó junto a su cama seis días y siete noches. Finalmente, a Enkidu le salió un gusano por la nariz. Tras la muerte de su viejo amigo, Gilgamesh le tapó el rostro con un velo y empezó a rugir como una leona que ha perdido a sus cachorros. Más tarde, vagó por la estepa, llorando, temeroso de su propio final, que empezaba a corroerle las entrañas.

Gilgamesh acabó en la taberna del final del mundo. Quería evadirse de su preocupación y le preguntó a la hermosa tabernera cómo llegar hasta Ziusudra, que, como hemos visto, es otro nombre que recibe Noé o Dioniso. Ziusudra era un semidiós que nunca había muerto realmente.

Gilgamesh construyó una barca de vela con madera recubierta de brea, como las que siguen usando los árabes en las lagunas en la actualidad, y se marchó para conocer al vidente. Ziusudra le dijo: «Te revelaré un secreto, un secreto de los dioses. En el fondo del mar crece una planta que tiene espinas como la rosa. Si eres capaz de subirla a la superficie, podrás volver a ser joven. Es la planta de la eterna juventud.»

Ziusudra le estaba diciendo cómo bucear bajo el mar que cubría la Atlántida, cómo encontrar el saber esotérico que se había perdido en el momento del Diluvio. Gilgamesh se ató piedras a los pies, como los buscadores de perlas de la zona, se sumergió, arrancó la planta, se desató las piedras y subió triunfal a la superficie. Sin embargo, mientras descansaba en la orilla para recuperarse del esfuerzo, una serpiente que había olido la planta la robó.

Gilgamesh murió.

Al leer la historia de Gilgamesh, es posible que nos intrigue saber de qué modo falla en la prueba que el gran líder de la humanidad le ha impuesto. Se percibe ahí una cierta ansiedad que puede verse también de manera más dispersa en las civilizaciones babilonia y mesopotamia que florecieron y llegaron a dominar la región.

Tras la muerte de Gilgamesh llega la época de los zigurats más importantes. La historia de la torre de Babel, el intento de edificar una construcción que llegara al cielo, y la pérdida como consecuencia de un único idioma que uniera a toda la humanidad, se refiere al hecho de que a medida que las naciones y las tribus empezaron a sentirse apegadas a sus propios espíritus guiadores y ángeles de la guarda, perdieron de vista a los dioses superiores y a la gran mente cósmica

primigenia que confiere un mismo destino a las distintas partes del universo. Los zigurats representan un intento desacertado de llegar hasta el cielo por medios materiales.

La torre de Babel fue construida por Nemrod, el Cazador. En el Génesis se considera a Nemrod «el primero que se hizo prepotente en la Tierra». El arqueólogo David Rohl ha identificado de forma convincente a Nemrod con el histórico Enmerkar (Enmer, el Cazador), el primer rey de Uruk que escribió al vecino rey de Aratta para pedirle dinero en concepto de tributo en la que se considera la carta más antigua que ha sobrevivido.

Nemrod fue el primer hombre que deseó el poder en beneficio propio, y a raíz de esa ansia se desató la crueldad y la decadencia. En la tradición judía, la profecía del inminente nacimiento de Abraham llevó a Nemrod al infanticidio en masa. Con esto, debemos interpretar que practicaba el sacrificio infantil, enterrando los cadáveres en los cimientos de sus imponentes edificios.

Nos adentramos en la historia secreta de Abraham hacia el año 2000 a. J.C., cuando vagaba entre los edificios de su nativa Ur (Uruk). Decidió dedicarse a una búsqueda, convertirse en un nómada del desierto para redescubrir el sentido de lo divino, que estaba perdiéndose.



Ilustración de *El mago de Oz*. Frank Baum era teósofo, y en su libro más célebre transmitió en clave conocimientos esotéricos. Los cuerpos animal, vegetal y mineral se simbolizan con el león cobarde, el espantapájaros y el hombre de hojalata, respectivamente. *Oz* es una palabra cabalística que significa, desde el punto de vista místico, «77», lo cual ilustra la fuerza de la magia cuando actúa en la materia.

Al visitar Egipto, el faraón le ofreció a una de sus hijas, Agar, como esclava para la mujer de Abraham, Sara. Agar dio a Abraham su primer hijo, Ismael, que se convertiría en el padre del pueblo árabe. Según eso, deberíamos interpretar que Abraham adquirió importantes conocimientos secretos de los sacerdotes egipcios. En esa época, los matrimonios se celebraban entre miembros de una tribu o de toda una familia. Los poderes sobrenaturales se asociaban a la sangre, y el matrimonio entre personas consanguíneas reforzaba esos poderes, algo que ha formado parte de la tradición gitana, por ejemplo. El matrimonio entre personas de distintas tribus podía suponer un intercambio de poderes y conocimiento.

¿Qué tipo de iniciación pudo haber recibido Abraham en Egipto?

Deberíamos imaginarnos al candidato a la iniciación tumbado en un sepulcro de granito, rodeado de iniciados que lo han hecho sumirse en un trance muy profundo, como si estuviera durmiendo. Mientras se encuentra en ese estado, ellos pueden elevar su cuerpo vegetal —y con éste, su espíritu o cuerpo animal— y sacarlo de su cuerpo físico, de forma que flote en el aire como un fantasma a la entrada del sepulcro. Un testigo de la ceremonia de iniciación a la que se sometió el poeta irlandés W. B. Yeats describía cómo en el transcurso de la misma se tocaban una serie de campanas para marcar las distintas fases. Podía verse el espíritu de Yeats brillando con distintos grados de intensidad durante las diferentes fases, cada una de ellas marcada también por distintos patrones de color.

Los iniciados que realizaban ese tipo de ceremonias sabían cómo moldear el cuerpo vegetal del candidato para que, al volver a introducirse en el cuerpo material, el candidato pudiera ejercitar y usar sus órganos de percepción de forma

consciente. Al cabo de tres días, el neófito «nace de nuevo», o se convierte en un iniciado, lo cual queda indicado por el momento en que el hierofante le agarra la mano derecha y tira de él para sacarlo del ataúd.

En la filosofía esotérica, el cuerpo vegetal es de suma importancia, puesto que no sólo controla las funciones corporales vitales, sino que los chacras forman, por supuesto, parte de él. Así, en efecto, este cuerpo constituye la puerta entre el mundo físico y el espiritual, y si se estimulan los chacras, se pueden generar poderes de percepción e influencia sobrenaturales; poderes para establecer una comunicación con espíritus incorpóreos y también poderes curativos.

El sueño del templo (que seguirían practicando los neófitos de las escuelas mistéricas dos mil quinientos años más tarde, y que se sigue practicando en algunas sociedades secretas en la actualidad) consistía en permitir que un enfermo durmiera en el templo. Este sueño solía durar tres días, durante los cuales los iniciados solían ejercitar sus cuerpos vegetales de un modo no muy distinto al proceso de iniciación.

Quien se sometía a ello podía tener visiones muy realistas, dirigidas por los iniciados. En primer lugar, se lo sumía en la más absoluta oscuridad. Sentía como si estuviese perdiendo el conocimiento, como que se estaba muriendo. Le daba la impresión de que volvía de nuevo en sí, guiado entonces por un ser con cabeza de animal que bajaba por largos pasadizos y recorría una serie de cámaras. A lo largo de distintas fases se veía confrontado y amenazado por otros dioses y demonios con cabeza de animal, incluidos monstruosos cocodrilos que lo despedazaban.

En el Libro de los muertos egipcio, el candidato se abre paso entre esos guardianes de las diferentes entradas proclamando: «Yo soy el gnóstico, yo soy el que sabe.» Se trata de una fórmula mágica que el neófito usa en el proceso de iniciación, y que podrá utilizar de nuevo una vez muerto.

Se acerca al sanctasanctórum y contempla una intensa y magnífica luz que brilla a través de las grietas por todo el marco de las puertas. Grita: «¡Déjame ir! ¡Permíteme espiritualizarme, convertirme en puro espíritu! ¡Me he preparado con las escrituras de Tot!»

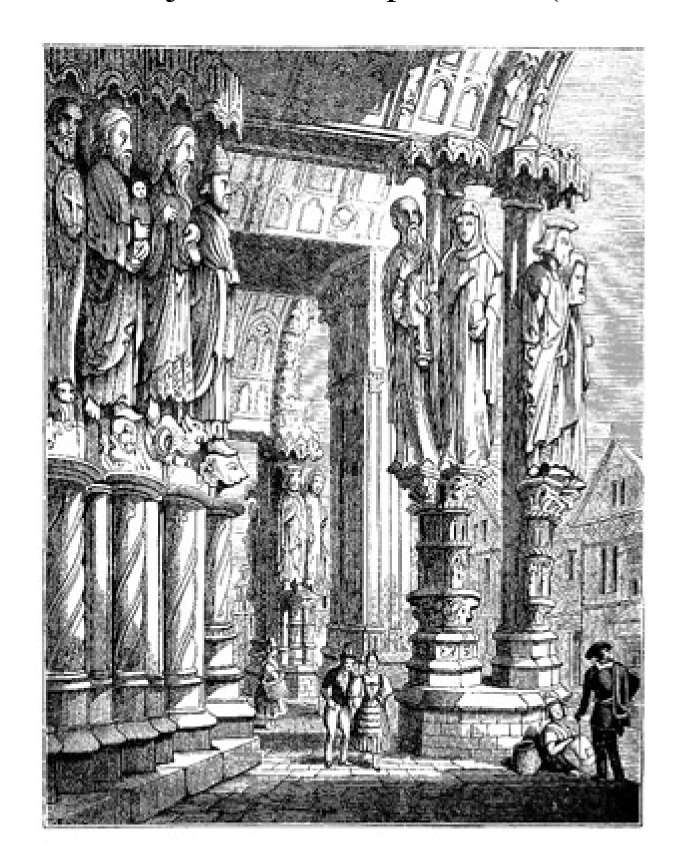
Finalmente, de las turbulentas ondas luminosas sale una visión de la Diosa Madre dando de mamar a su hijo. Se trata de una visión sanadora, porque nos remonta a la época paradisíaca que analizábamos en el tercer capítulo, antes de que la Tierra y el sol se separaran, cuando la Tierra estaba iluminada desde su interior por el dios Sol, antes de que existiera la insatisfacción, la enfermedad y la muerte. Y también simboliza el anhelo de la llegada de una nueva época en la que la Tierra y el sol se vuelvan a unir, en la que el sol transfigure de nuevo la Tierra.

En todas las épocas y en todas partes, ha habido gente que cree que si se medita sobre esta imagen de la Diosa Madre y su hijo, se logra una curación milagrosa.

Tras su estancia en Egipto, Abraham se marchó hacia el oeste, hacia la actual Palestina. Tuvo que armar y entrenar a sus esclavos para rescatar a su hermano, capturado por los bandidos de la zona. Tras un sangriento y feroz combate, al ir caminando por un valle (que los actuales estudiosos de la Biblia identifican con el valle del Cedrón), se encontró a un extraño individuo llamado Melquisedec.

Al igual que sucede con Enoch, en la Biblia se hace una breve mención de Melquisedec, aunque se transmite la sensación de que es un ser sobrenatural y de que hay algo importante que no se dice. «Entonces Melquisedec, rey de Salem, presentó pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, y le bendijo diciendo: "¡Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de cielos y tierra, y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos!"» (Gén. 14, 18-20). Esta sensación de sobrenaturalidad se ve reforzada por un misterioso pasaje del Nuevo Testamento: «[…] Jesús,

hecho, a semejanza de Melquisedec, Sumo Sacerdote para siempre. En efecto, este Melquisedec, rey de Salem, sacerdote de Dios Altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando regresaba de la derrota de los reyes, y le bendijo, al cual dio Abraham el diezmo de todo, y cuyo nombre significa, en primer lugar, "rey de justicia" y, además, rey de Salem, es decir, "rey de paz", sin padre, ni madre, ni genealogía, sin comienzo de días, ni fin de vida, asemejado al Hijo de Dios, permanece sacerdote para siempre [...] que lo sea, no por ley de prescripción carnal, sino según la fuerza de una vida indestructible. De hecho, está atestiguado: Tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec» (Heb. 6, 20-7, 17).



Melquisedec aparece bastante más en el arte y la literatura que en la Biblia, donde se lo menciona sólo brevemente. Por ejemplo, está presente de un modo destacado en las estatuas eclesiásticas más esotéricas de Francia, como aquí, en el pórtico septentrional de la catedral de Chartres. Se lo suele representar sosteniendo el cáliz o grial.

Sin duda, aquí pasa algo raro. No cabe duda de que este misterioso individuo, que tiene la capacidad de vivir eternamente, no es un ser humano normal y corriente.

En la tradición cabalística, la identidad secreta de Melquisedec es Noé, el gran líder de la Atlántida que había enseñado a la humanidad la agricultura, el cultivo del maíz y de la viña, y que nunca había muerto realmente sino que había pasado a otra dimensión. Ahora reaparecía para ser el maestro espiritual de Abraham, para iniciarlo a un nivel superior.

Para entender las enseñanzas iniciáticas de Melquisedec tenemos que analizar un episodio posterior en el que, según la antigua creencia, este personaje estaba presente, aunque esto se oculta en la versión bíblica.

Isaac tenía veintidós años cuando su padre lo subió a lo alto de una montaña para sacrificarlo en el altar de Melquisedec.

En determinados tipos de iniciación es muy importante que en un momento concreto de la ceremonia el candidato crea, tal vez brevemente pero con total convicción, que va a morir.

Aunque ha entendido que va a experimentar una muerte simbólica, de repente se le ocurre que tal vez haya habido un cambio de planes. Quizá haya jurado de un modo sumamente solemne, so pena de muerte, enmendarse y mantenerse fiel a sublimes ideales. En ese momento, con la hoja del cuchillo en el cuello, se pregunta si los iniciados que lo tienen en su poder saben que les ha mentido. Según le viene ahora a la cabeza, es consciente de que ha hecho cosas que no debería o que no ha hecho aquello que debería, que no hay nada sano en él. En lo más profundo de su corazón, es consciente de que no tiene la suficiente fuerza de voluntad como para cumplir el juramento que ha prestado. Simplemente, él solo se ha condenado a muerte y es totalmente incapaz de ayudarse. En ese momento se da cuenta de que necesita ayuda sobrenatural.

Es posible que percibamos un ligero reflejo de esas emociones de miedo y emoción si nos dejamos conmover por una excelente tragedia, *Edipo rey* o *El rey Lear*. En la iniciación se le hace sentir al candidato la tragedia de su propia

vida, una necesidad abrumadora de experimentar una catarsis. Empieza a juzgar su propia vida tal como los ángeles y los demonios la juzgarán una vez haya muerto.

Cuando el cuchillo de Abraham empezaba a cortar el cuello de Isaac, un ángel lo sustituyó por un carnero cuyos cuernos se habían quedado atrapados en un matorral cercano.

Los cuernos en el matorral representan el chacra frontal de dos pétalos (o dos cuernos), enredado ya en la materia. Abraham actúa así porque había que sacrificar esa forma de ver las cosas. Al menos por el momento, debemos anestesiar la percepción de los mundos espirituales por el bien de la misión de los antecesores de Abraham, para desarrollar el cerebro como órgano del pensamiento.

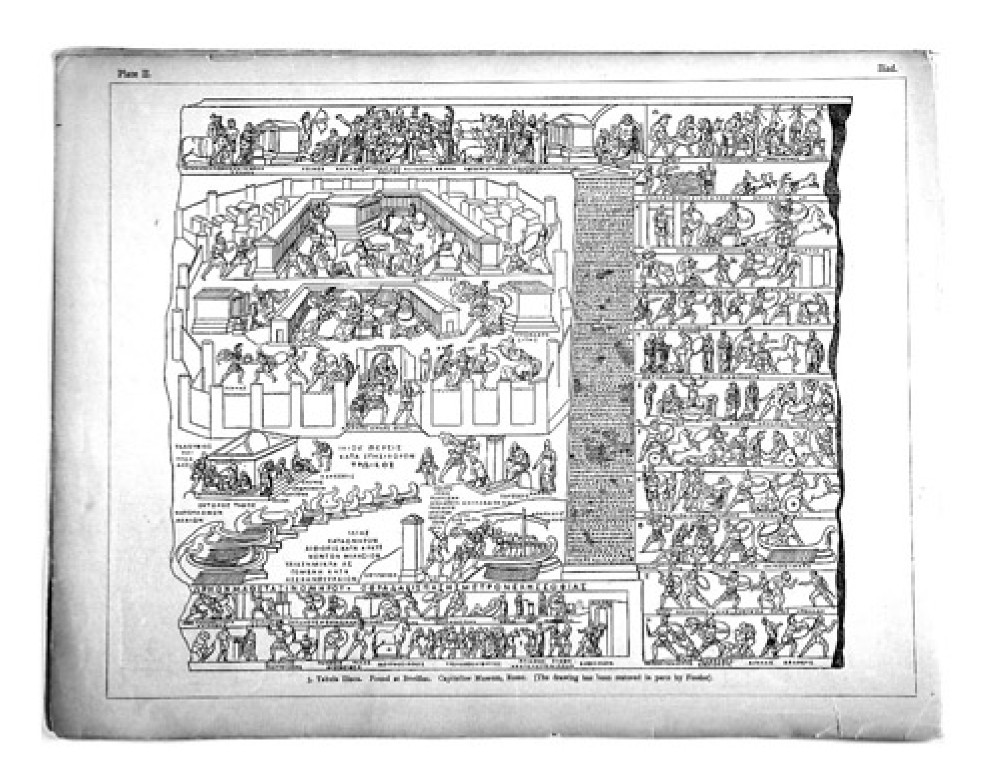
A los judíos los guiará Jehová, el gran espíritu de la luna, el gran dios de la prohibición que ayuda a la humanidad a evolucionar lejos de la experiencia animal y extática, lejos de la vida del alma tribal o de grupo, en aras del desarrollo de la libre voluntad individual y de la libertad de pensamiento.

En la historia secreta, este sacrificio del chacra frontal tiene lugar en el altar de Melquisedec, el sumo sacerdote de los Misterios Solares. Esto significa que Isaac se sometió a una iniciación a tal nivel que entendió la necesidad de que existiera esa siguiente fase lunar del desarrollo humano. La evolución de la libre voluntad individual y de la libertad de pensamiento permitirá finalmente a los humanos adoptar un papel consciente en la transformación del mundo.

Isaac permaneció en la escuela mistérica de Melquisedec durante tres años y medio, aprendiendo ese tipo de cosas.

Dado que Melquisedec es sacerdote de los Misterios Solares, cabe imaginar que esa escuela contiene en su recinto un círculo de piedra. Hemos llegado a la época por excelencia de esos templos solares, que aún sobreviven en lugares como Lüneberg, en Alemania, Carnac, en Francia y Stonehenge, en Inglaterra. En el siglo IV a. J.C., el historiador Diodoro de

Sicilia describió un templo solar esférico dedicado a Apolo en el norte. En la actualidad, los estudiosos creen que se refería a Stonehenge o, más probablemente, a Callanish, en el norte de Escocia, pero en cualquier caso debe interpretarse que la asociación con Apolo indica el deseo de que el dios Sol renazca de las entrañas de la Diosa Madre.



El caballo de Troya se muestra en el panel inferior. La historia del sitio de Troya nos ha llegado, en su mayor parte, por el relato de «Homero, el ciego». En el lenguaje de las sociedades secretas, «ciego» no tiene necesariamente un significado literal. En el caso de Homero, tal vez signifique que era un iniciado, cuya mirada se dirigía hacia el mundo espiritual en vez de hacia el material. Florence y Kenneth Wood han demostrado que la *Ilíada* puede interpretarse como una alegoría astronómica. Sin embargo, como hemos visto, eso no implica que no sea también un hecho histórico real. Como iniciado, Homero sería consciente de los grandes dioses de las estrellas y los planetas que guiaban la vida inferior.

La otra contribución importante al desarrollo del pensamiento vino, por supuesto, de manos de los griegos.

El sitio de Troya marca el inicio del auge de la civilización griega, cuando los griegos tomaron la iniciativa de la civilización egipciocaldea y se forjaron sus propios ideales.

Hemos repasado una historia mundial en la que, por primera vez, las vidas de los grandes héroes culturales de todo el mundo (Adán, Júpiter, Hércules, Osiris, Noé, Zaratustra,

Krisna y Gilgamesh) se han entrelazado en un relato cronológico. En su mayoría, no han dejado huellas físicas, y sólo perduran en la imaginación colectiva, conservados únicamente en fragmentos históricos y en algunas imágenes esporádicas.

Sin embargo, a partir de ahora veremos que, de hecho, los hallazgos arqueológicos recientes han demostrado que muchos personajes legendarios que la mayoría de la gente da por sentado que no son ni mucho menos históricos, han dejado vestigios físicos.

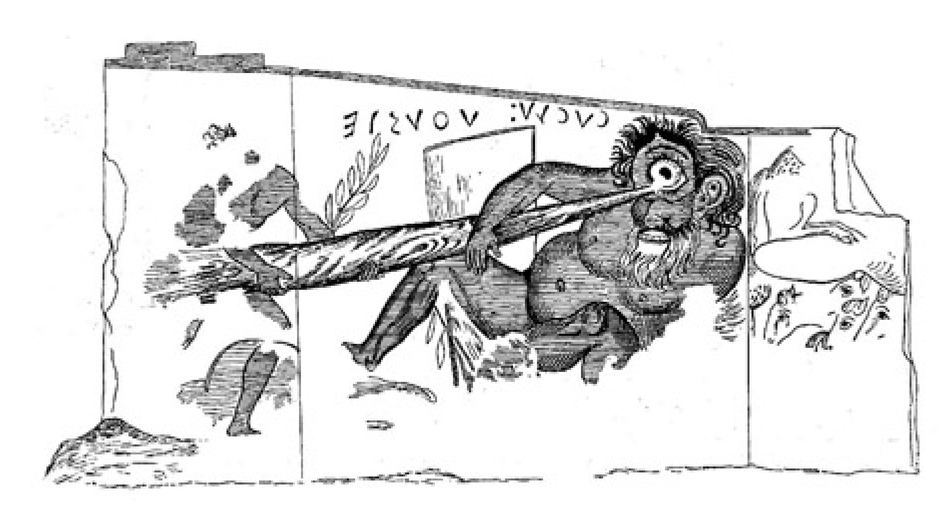
El descubrimiento de las ruinas de Troya por parte del arqueólogo alemán Heinrich Schliemann en la década de 1870 siempre ha estado rodeado de polémica. La capa arqueológica que excavó data probablemente del año 3000 a. J.C., y por lo tanto, es demasiado antigua como para corresponder a la época de Homero, pero en la actualidad, la mayor parte de los expertos está de acuerdo en que la capa correspondiente al año 1200 a. J.C., al final de la Edad de Bronce, concuerda con el relato de Homero.

En la Antigüedad, las guerras se libraban para conseguir el conocimiento iniciático sagrado, en parte por los poderes sobrenaturales que éste confería. Los griegos lucharon porque querían llevarse la estatua que hizo Atenea con sus propias manos, el Paladión. Deberíamos interpretar de la misma forma su lucha para hacerse con Helena.

En la actualidad es posible que veamos en el rostro de una mujer bella «la promesa de la felicidad», en palabras de Stendhal. Sí, tal vez acariciemos esa promesa en un sentido tosco o trivial, pero también podemos hacerlo en un sentido más profundo. Quizá la belleza sublime nos parezca mística, como si contuviera el propio secreto de la vida. Si pudiera estar con esa hermosa persona, pensamos, mi vida tendría pleno sentido. La presencia de una belleza excepcional puede inducir una alteración del estado de conciencia, y a menudo se

ha asociado a los iniciados de sexo masculino con mujeres muy bellas, tal vez en parte porque su participación intensifica las técnicas sexuales secretas de las escuelas.

Poseer a Helena permitiría a los griegos avanzar hacia la siguiente fase de la civilización.



El dibujo de Ulises cegando al cíclope Polifemo, que poseía un solo ojo, muestra cómo el precursor de una nueva forma de pensar destruye el antiguo Tercer Ojo. La historia paralela de David y Goliat, que data de dos siglos después, en la que David mató al gigante con una piedra lanzada al centro de su frente, demuestra que ese tipo de concepciones que constituían vestigios del pasado seguían siendo una realidad histórica.

Percibimos el cambio de conciencia sobre el que versa la historia del sitio de Troya en la famosa frase de Aquiles: «Preferiría estar vivo y ser esclavo que ser rey entre los muertos.» A los héroes de Grecia y Troya les encantaba vivir al sol y era horrible cuando se ocultaba de repente y se enviaba a sus espíritus a la tierra de la oscuridad, a la penumbra de Occidente. Era el «temor a la muerte» de Gilgamesh intensificado hasta un nivel que parece casi actual.

Cabe advertir que Aquiles no dudaba que existiera realmente vida después de la muerte, pero es evidente que la concepción que tenía de ella no iba más allá de la triste semivida de la esfera sublunar. No se le permitía ver las esferas celestes superiores.

Podemos ver este cambio decisivo en la conciencia desde otro ángulo si nos preguntamos cuál de los héroes ganó realmente Troya para los griegos. No fue el valiente y fuerte Aquiles, el último de los semidioses, casi invencible. Fue el ingenioso Ulises, que derrotó a los troyanos tras engañarlos para que aceptaran como regalo un caballo de madera, que llevaba soldados escondidos en su interior.

Para la mentalidad actual, la historia del caballo de Troya parece casi totalmente improbable. Desde el punto de vista de la psicología moderna, parece irreal asumir que alguien pudiera ser tan bobo. Sin embargo, en el momento en que se desencadenó la guerra de Troya, la población estaban empezando a salir de la mente colectiva a la que hemos seguido antes por el bosque de la Antigüedad y cuya definición acabamos de ver con Jaynes. Antes de la guerra de Troya, todo el mundo compartía el mismo mundo ideológico. Los demás podían ver lo que una persona pensaba. No hubiera sido posible pues que existiera una mentira semejante, dado que la población actuaba con gran sinceridad. Tenían la sensación, que nosotros hemos perdido, de que todo lo que hacían participaban en los eventos cósmicos.

En el sitio de Troya se produjo el primer engaño de la historia.

12. EL DESCENSO A LA OSCURIDAD

Moisés y la cábala • Ajnatón y Satanás • Salomón, la reina de Saba e Hiram • El rey Arturo y el chacra frontal de la corona

Quizá la civilización egipcia sea la más próspera en toda la historia escrita, ya que duró más de tres milenios. Compárese con la civilización cristiana europea y americana, que hasta ahora sólo ha durado aproximadamente dos milenios. Otro aspecto destacado es la excelente conservación de las crónicas históricas egipcias, que han sobrevivido en las paredes de los templos, en tablillas y en papiros, y que han sido cruciales para situar en su contexto cronológico las civilizaciones vecinas que han dejado crónicas y vestigios no tan completos.

El éxodo de los hebreos de Egipto se ha situado normalmente en el reino del faraón Ramsés II, uno de los monarcas más importantes y opulentos de Egipto. Gran constructor de Luxor y Abu Simbel, sus monumentos incluyen también el obelisco gigante que en la actualidad se erige en la plaza de la Concorde de París. En «Ozimandias», del poeta romántico Shelley, se convirtió en el arquetipo de gobernante terrenal que llega a creer que sus logros durarán para siempre: «Contempla mis obras, tú, poderoso, y desespera.»

Un oponente digno de Moisés, se diría. Así lo creía Cecil B. de Mille. Sin embargo, ha surgido un contratiempo. Los arqueólogos han descubierto que si se buscan restos hebreos en el reinado de Ramsés II, o si se buscan, por ejemplo, vestigios de la caída de Jericó o del templo de Salomón en las capas arqueológicas correspondientes, no se encuentra nada en absoluto. Esto ha hecho que los expertos lleguen al consenso de que los mitos épicos de los orígenes de los judíos eran «simplemente mitos», en el sentido de que no se basaban en la realidad histórica.

Vale la pena detenernos un momento para preguntarnos cuántos de ellos querían que esas historias fueran irreales; en qué medida sus convicciones se fundamentaban en una especie

de júbilo adolescente al ser invalidadas las seguras creencias de la infancia.

En la década de 1990, un grupo de jóvenes arqueólogos procedentes de Austria y Londres, dirigidos por David Rohl, empezaron a poner en tela de juicio la cronología convencional de Egipto. En concreto, se dieron cuenta de que en la época de la III dinastía media, dos listas de reyes que se creía que iban una después de la otra debían considerarse simultáneas.

En consecuencia, la cronología del Antiguo Egipto se «acortó» aproximadamente cuatro siglos. Conocida como «Nueva Cronología», está ganando cada vez más terreno incluso entre la generación más veterana de egiptólogos.

Un efecto colateral casual de la Nueva Cronología (digo «casual» porque esos expertos no tienen objetivos religiosos) fue que, cuando los arqueólogos de campo empezaron a buscar restos de los relatos bíblicos de unos cuatro siglos antes, realizaron sensacionales descubrimientos.

El hecho de ser humanos nos da una extraordinaria libertad para creer lo que queramos, pero para alguien que carece de un poderoso motivo para creer que las historias bíblicas sean «meros cuentos de hadas», estos nuevos hallazgos son bastante concluyentes.

Muestran que Moisés no vivió hacia el año 1250 a. J.C., en la época de Ramsés II, sino que nació aproximadamente en 1540 a. J.C., y que el éxodo tuvo lugar hacia el año 1447 a. J.C. Mediante retrocálculos astronómicos (observaciones de Venus registradas en textos mesopotámicos con referencias cruzadas con la Biblia y que también sobreviven en las crónicas egipcias), David Rohl ha aportado datos sólidos que demuestran que Moisés fue criado por un príncipe egipcio durante el reinado de Neferhotep I, a mediados del siglo XVI a. J.C.; Rohl ha encontrado datos complementarios en un texto de Artapano, un historiador judío del siglo III a. J.C. que es posible que tuviera acceso a los archivos ahora perdidos de los

templos egipcios. Artapano contaba que el «príncipe Mousos» se convirtió en un célebre administrador durante el reinado de Kenefres, el sucesor de Neferhotep I. Después, Mousos fue desterrado cuando el faraón sintió celos de él. Finalmente, Rohl ha demostrado que el faraón del éxodo fue el sucesor de Kenefres, Dudimose. Las excavaciones del período de Dudimose han revelado restos de un asentamiento extranjero de esclavos o trabajadores, lo que se menciona también en el Papiro de Brooklyn, un real decreto que autorizaba el traslado de un grupo de esas características justo en esa época. Es posible que ese asentamiento fuera construido para y por los hebreos. También hay fosas comunes y evidencias de precipitados entierros en masa que tal vez sean vestigios de las plagas bíblicas.

Es posible que el hecho de desenterrar ruinas de piedra y objetos de cerámica nos permita determinar la realidad histórica, pero para entender lo que era realmente importante desde el punto de vista humano, lo que se sentía al vivir en esa época, lo más sublime y profundo que tiene para ofrecer la experiencia humana, debemos recurrir de nuevo a la tradición secreta.

Como príncipe egipcio, Moisés fue iniciado en los misterios egipcios. Esto lo recogió el historiador egipcio Manetón, que identificó Heliópolis como escuela mistérica. Se confirma en Hechos 7, 22, cuando el apóstol Esteban afirma: «Moisés fue educado en toda la sabiduría de los egipcios».

De hecho, las enseñanzas de Moisés están imbuidas de sabiduría egipcia. Por ejemplo, en el encantamiento 125 en el Libro de los muertos, se describe el juicio de los muertos. Se solicita al espíritu que declare ante Osiris que ha llevado una buena vida y, a continuación, que niegue haber cometido una lista de actos inmorales específicos ante los 42 jueces de los muertos: «No he robado, no he jurado en falso», etc. Por supuesto, esto precede a los Diez Mandamientos.

Señalar esto no supone denigrar a Moisés, ya que es lógico que sus enseñanzas se inscribieran en el marco histórico en que vivió. Lo que es relevante desde el punto de vista histórico es la forma en que reformuló el saber antiguo con el objetivo de dirigir a la humanidad hacia la siguiente fase de la evolución de la conciencia.

Cuando Moisés se exilió al desierto, conoció a un viejo y sabio maestro. Jetró era un sumo sacerdote africano (etíope), que guardaba una biblioteca de tablas de piedra. Cuando Moisés se casó con su hija, Jetró lo inició a un nivel superior. A esa iniciación se refiere la historia de la zarza ardiendo. El pasaje en que Moisés ve que la zarza arde sin consumirse, es una visión de sí mismo, al que no logra destruir el fuego expiatorio que espera al otro lado de la tumba. La contemplación de la zarza ardiendo hizo sentir a Moisés que tenía una misión por cumplir, el impulso de trabajar por el bien superior de la humanidad, de llevarnos a todos a una tierra que manase leche y miel.

Pero cuando dudó ante la magnitud de la tarea que tenía por delante, Dios endureció su resolución: «Toma también en tu mano este cayado, porque con él has de mostrar las señales.» Cuando Moisés regresó a Egipto, tenía intención de pedir al faraón que dejase partir a su pueblo.

Cuando Moisés y su hermano Aarón estaban de pie en la sala del trono, Aarón tiró de repente al suelo su cayado, que se transformó por arte de magia en una serpiente. El faraón ordenó a los hechiceros de la corte que igualaran esa proeza, pero al hacerlo, la serpiente de Aarón se tragó a las de los magos.

Conforme de desataba la batalla de voluntades entre Moisés y el faraón, Moisés usó su propio cayado (o báculo) para dirigir el curso de los acontecimientos: para descargar truenos y granizo desde el cielo, para enviar una plaga de langostas, para dividir el mar Rojo y para golpear una roca de modo que manara de ella agua en abundancia.

¿Qué significa esto? Sospecho que quizá muchos lectores ya vayan bastante por delante de mí, pero la leyenda popular de que ese bastón se tallara con madera procedente del árbol del jardín del Edén pone de manifiesto su significado más profundo. El cayado forma parte de la dimensión vegetal del cosmos. Al dominarla y manipularla mientras discurre por su propio cuerpo, Moisés, ahora iniciado, también podía dominar y manipular el cosmos a su alrededor.

Más tarde, una vez que Moisés dejó de intentar convencer al faraón de que liberase a su pueblo y se llevó a éste al desierto del Sinaí, bajó de la montaña con las tablas de piedra. Moisés resultó ser entonces un líder exigente, en cierta medida más estricto que el faraón. Una y otra vez, su pueblo no lograba cumplir sus exigencias. En un momento dado fueron castigados con una plaga de encendidas serpientes mortales (Núm. 7, 19). Para salvarlos, Moisés clavó una serpiente de bronce en un mástil horizontal cruzado con otro palo vertical.

San Juan comenta este pasaje en el Nuevo Testamento: «Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto así tiene que ser levantado el Hijo del Hombre» (Jn. 3, 14). Sin duda, san Juan concibe la serpiente de bronce como un presagio de la crucifixión de Jesucristo. «Levantado» denota transformación o transfiguración. La serpiente de bronce se ha purificado y, así, espera impaciente, según sugiere san Juan, la transfiguración del cuerpo material de la humanidad.

El cayado que usa Moisés para castigar a los egipcios y disciplinar a su propio pueblo era una imagen de la serpiente luciferina de la conciencia animal, que se ha enderezado y sometido por la fuerza de voluntad y por una disciplina moral que es muy difícil de mantener.

El gran regalo que Moisés hizo a su pueblo fue, por lo tanto, el sentimiento de culpa. La moralidad aparece en la historia con Moisés y, con ella, una llamada a que el corazón cambie.

Si observamos los Diez Mandamientos desde el punto de vista de la doctrina esotérica, lo más relevante es la forma en que los dos primeros prohibían el empleo de imágenes en la práctica religiosa, y exigían a los judíos que no adorasen a otros dioses. Después de Abraham, Moisés quería implantar un nuevo tipo de religión que suprimiera las prácticas de religiones más antiguas, con sus ceremonias complejas y abrumadoras, el sonoro golpeo de los címbalos, las cegadoras nubes de humo y el discurso de ídolos. La antigua religión pretendía degradar la conciencia. Los feligreses solían acceder a los mundos espirituales, pero de un modo descontrolado, con las grandes, sobrecogedoras y tumultuosas visiones de los seguidores de Osiris. Eso era lo que Moisés quería derrocar y sustituir por una más reflexiva y consciente comunión con lo divino.

Mediante la prohibición de las imágenes, Moisés ayudaba también a sentar las bases que harían posible el pensamiento abstracto.

Los Diez Mandamientos y las demás leyes del Éxodo y el Deuteronomio conforman las enseñanzas populares de Moisés. Están dirigidas a toda la población. En la tradición esotérica también enseñó la cábala, las enseñanzas místicas secretas del judaísmo, a setenta individuos a la vez.

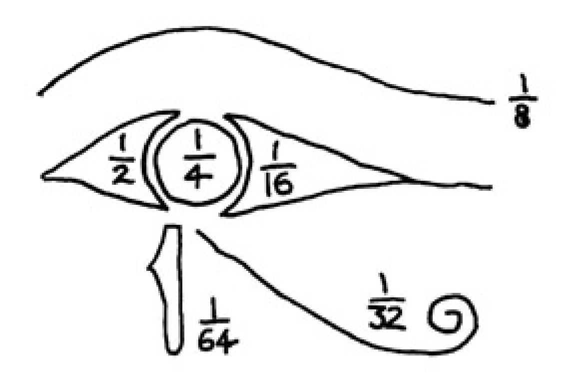
La cábala es una gran Iglesia, así como una importante religión en el mundo, y volveremos a diferentes aspectos asociados a ella.

De nuevo, señalar que ésta evolucionó a partir de una tradición más antigua —el sistema numérico místico de los egipcios—, no resta mérito a Moisés ni a la cábala.

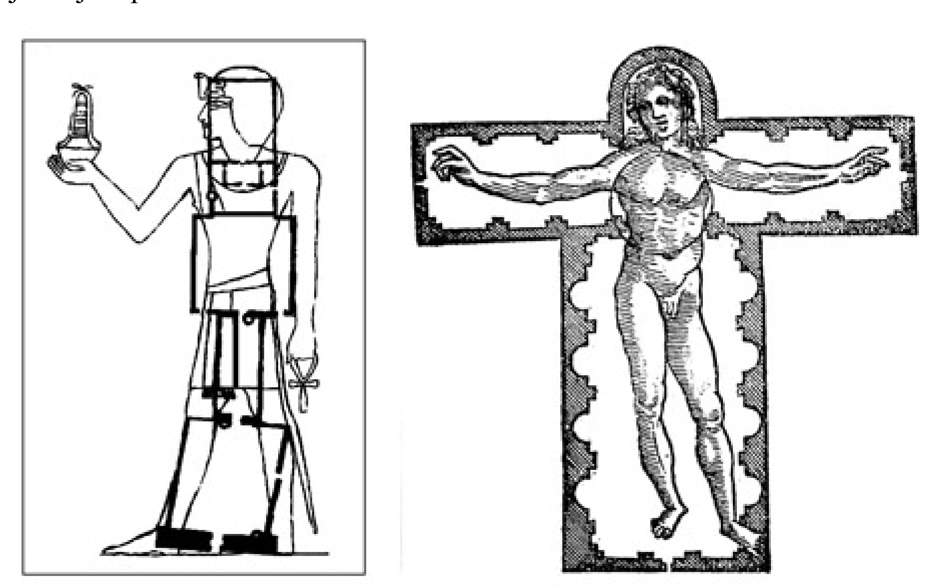
Aunque no nos han llegado muchos cálculos matemáticos del Antiguo Egipto, su concepción de las matemáticas superiores ha sobrevivido en el arte egipcio. Por ejemplo, el ojo de Horus se representaba a menudo como el ojo Udja, que ahora sabemos que se componía de una serie de jeroglíficos en forma de fracciones que suman un total de 63/64. Si se invierte

y se divide 64 por 63, se obtiene como resultado el que se ha considerado el mayor secreto de los egipcios, un número que Pitágoras llamó la «coma».

Se sabe que números tan sumamente complejos como la coma de Pitágoras, Pi y Phi (a veces denominado la Divina Proporción o Número de Oro) son números irracionales. Se encuentran en el fondo de la estructura del universo físico, y los egipcios consideraban que eran los principios que controlaban la creación, aquellos por los que la materia emana de la mente cósmica.



El ojo Udja representado como una serie de fracciones.



En el idealismo sagrado, la forma humana es un microcosmos del universo. Las proporciones divinas pueden encontrarse no sólo en la amonita y la nebulosa, sino también en el cuerpo humano. El apóstata egiptólogo R. A. Schwaller de Lubicz se pasó quince años in situ determinando las proporciones matemáticodivinas del templo de Luxor. Demostró que la colocación de los cimientos y la consagración del templo era toda una ceremonia que recibía el nombre de «Entrega de la casa a su Señor». Escribió que, al igual que en el hinduismo, la construcción de un templo

con la forma del cuerpo humano era un proceso mágico. Se creía que si el supervisor de los trabajos de construcción del templo había cometido un error en la construcción de una parte concreta del templo, padecería una enfermedad o lesión en la parte correspondiente de su propio cuerpo.

En la actualidad, los científicos reconocen que la coma de Pitágoras, Pi y la Divina Proporción, así como la secuencia de Fibonacci, estrechamente relacionada, son constantes universales que describen patrones complejos en la astronomía, la música y la física. Por ejemplo, la secuencia de Fibonacci es una serie en la que cada número es la suma de los dos anteriores. Las espirales se forman siguiendo esa secuencia. Está presente en la naturaleza en las espirales de las galaxias, la forma de las amonitas y la disposición de las hojas en un tallo.

Para los egipcios, esos números eran también las armonías secretas del cosmos, y las incorporaban en forma de ritmos y proporciones en la construcción de sus pirámides y templos. El edificio así construido sería perfecto. Una sala, una entrada, una ventana que integrara la Divina Proporción resultaría inefablemente agradable al espíritu humano.

Por supuesto, los grandes templos de Egipto rebosan de formas vegetales, como las columnas en forma de junco de la gran sala hipóstila del templo de Karnak. No obstante, lo que a los constructores de templos les preocupaba especialmente reproducir era la vida vegetal que confiere simetría a las extremidades humanas, la vida vegetal que hace que las costillas giren y se curven según una armoniosa fórmula matemática.

Lo cierto es que los templos egipcios se construían así porque los dioses ya no podían morar en cuerpos de carne y hueso. El edificio se construía entonces para que sirviera de cuerpos al dios, ni más y ni menos. El espíritu divino vivía en el interior de los cuerpos vegetal y material que incorporaba el templo, del mismo modo que el espíritu humano vive dentro de sus cuerpos vegetal y material.



Sala hipóstila en Karnak.

Los hebreos no dejaron una herencia arquitectónica tan rica como la de los egipcios. Su misticismo numérico nos ha llegado en clave en el lenguaje de los libros de Moisés.

El gran libro de la cábala es *El Zohar*, un amplio comentario sobre los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, que se suele atribuir a Moisés. Según la cábala, si el mundo se había materializado, las palabras y las letras habían sido los medios que habían posibilitado este proceso. Dios creó el mundo manipulando y creando modelos a partir de las letras del alfabeto hebreo. Por lo tanto, los caracteres hebreos tienen propiedades mágicas, y los patrones que forman en la escritura abren capas (perspectivas, de hecho) de significado oculto.

El capítulo 14 del Éxodo en hebreo contiene tres versículos (19, 20 y 21), cada uno de los cuales consta de 72 caracteres. Si se escriben esos versos uno encima de otro de

forma que las 72 letras aparezcan en columnas, y se lee cada columna por separado, se descubren los 72 nombres secretos de Dios.

Cada letra hebrea es también un número. Álef, la A hebrea, equivale a 1, Bet equivale a 2, etcétera. Aquí entran en juego asociaciones complejas. La palabra hebrea para *padre* tiene un valor numérico de 3 y el término *madre* tiene un valor de 41. La palabra hebrea para *hijo* equivale a 44, la combinación del padre y la madre.

La cosa se pone aún más emocionante.

El valor numérico del sintagma hebreo para designar *jardín del Edén* es 144. El valor numérico del Árbol de la Ciencia es 233. Si dividimos 233 entre 144, nos acercamos mucho (a cuatro puntos decimales) al valor del número de oro Phi.

En las últimas décadas, los matemáticos se han aplicado a la tarea de encontrar mensajes en clave en el texto de los libros de Moisés. El revelador trabajo de Witztum, Rips y Rosenberg se ha centrado en descubrir los códigos de transcripción usando secuencias de letras equidistantes. Entre los resultados publicados, se incluyen algunos nombres de personajes históricos posbíblicos de la historia hebrea, pero hasta ahora no se han mostrado ni teoremas, ni secuencias de frases, ni nada que pueda interpretarse como un mensaje. De nuevo, no me corresponde a mí revelar el secreto, pero un estadístico de Cambridge me ha enseñado los resultados de la aplicación de un «código de saltos» sumamente complejo, un código cuya validez ha corroborado un profesor de matemáticas de la Universidad de Cambridge. Los fragmentos que me ha enseñado recordaban a los Salmos.

Imagínese que hubiera otro libro entero, o una serie de libros, codificados en el texto que tenemos. ¿Cada uno de esos textos tendría también diferentes capas de significado? Una proeza de esa envergadura está más allá de la capacidad de la inteligencia humana corriente.

Investigaciones recientes llevadas a cabo por un grupo secreto, han demostrado que J. S. Bach compuso algunas de las melodías más hermosas del mundo —como la célebre *Chacona*— dando a cada nota el valor de una letra del alfabeto. La música de Bach deja entrever mensajes secretos parecidos a los Salmos. De nuevo, ¿esto sobrepasa la inteligencia humana corriente?

En los círculos esotéricos, el lenguaje con capas de significado que se transmite a los iniciados se denomina a veces Lenguaje Verde o Lenguaje de las Aves. Se dice que lo escribieron Rabelais y Nostradamus, contemporáneos en la Universidad de Montpellier, así como Shakespeare. Wagner se refiere a él cuando alude a la creencia de que Sigfrido aprendió el Lenguaje de las Aves bebiendo sangre del dragón.

Una última posibilidad ahora que aún estamos metidos en el tema. ¿Es posible que todos hablemos siempre el Lenguaje Verde? ¿Quizá la única diferencia entre nosotros y los grandes iniciados, como Shakespeare, es que ellos lo hacían a conciencia?

Sigmund Freud se mostraba profundamente interesado por la cábala. Como veremos, influyó en su forma de pensar. Sin embargo, se equivocó totalmente al argüir que el faraón egipcio Ajnatón fue el origen del monoteísmo de Moisés. Ahora sabemos que Moisés vivió antes. Las ideas del monoteísmo de Ajnatón fueron sutil aunque peligrosamente distintas.

En la cúspide del Nuevo Reino egipcio, el reinado del padre de Ajnatón, Amenofis III, parecía marcar el inicio de una nueva era en la que había aún más paz y prosperidad. En esa época, la cual, aunque no de pudiera igualar la insólita proeza que fue la Gran Pirámide, sería testigo de la construcción de los templos más espléndidos de la Antigüedad.

Tras el nacimiento de tres hijas, la reina Tiy dio un hijo varón a Amenofis. Ya sea porque lo deseaban desde hacía mucho, o tal vez porque era evidente que a su padre no le quedaba mucho tiempo de vida, el muchacho que iba a convertirse en Ajnatón se crió dentro del recinto del templo, y creció con el sentimiento de que tenía una misión cósmica.

Ajnatón nació con un defecto cromosómico que le dio un aspecto extraño, hermafrodita e incluso sobrenatural: muslos femeninos y un rostro alargado que podría considerarse etéreo, espiritual. Este defecto también puede dar lugar a síntomas de inestabilidad mental, como manía, delirio o paranoia.

Quizá fuera una mezcla de estos factores lo que influyera en sus actos, que amenazaron con alterar todo el progreso de la evolución humana.

A diferencia de Babilonia, donde los reyes eran independientes del clero —lo cual dio lugar a una crueldad despótica extrema—, los faraones egipcios gobernaban escudados por los sacerdotes iniciados. Por eso la concepción popular de la revolución de Ajnatón como un acto de individualismo radical es poco acertada.

El reinado de este faraón coincidió con el inicio de un ciclo sotíaco. Constituía uno de los principales ciclos astronómicos que dieron forma a la historia, según la teología clerical.

El ciclo sotíaco dura 1.460 años. En la mitología egipcia, cada vez que empezaba ese ciclo regresaba el pájaro Bennu, el Fénix, que anunciaba el nacimiento de la nueva era y un nuevo designio divino. Cuando Ajnatón anunció el cierre del templo más espléndido del mundo en Karnak, y la creación de un nuevo centro de culto y capital aproximadamente a medio camino entre Karnak y Gizeh, no se trató del acto obstinado de un excéntrico, sino de un rey iniciado que llevaba a cabo el destino cósmico. Se estaba preparando para recibir al pájaro Bennu, que regresaría en el año 1321 a. J.C.

La primera decisión que tomó fue construir un nuevo templo para Atón, el dios del disco solar. En el gran patio del nuevo templo de Ajnatón se encontraba su principal objeto, un obelisco coronado por la piedra Benben donde iba a posarse el legendario Fénix.

Su siguiente decisión, respaldada por su madre, la reina Tiy, fue construir su nueva gran capital y trasladar a ella todo el aparato gubernamental en barcazas. Quería trasladar la Tierra sobre su eje.

Entonces negó la existencia de todos los demás dioses y declaró que Atón era el único y auténtico Dios. Se trataba de un monoteísmo muy parecido al actual. Se prohibió el culto a Isis, Osiris y Amón-Ra, los templos de éstos se destruyeron y clausuraron, y sus festivales populares se declararon supersticiosos.

En las reformas de Ajnatón hay algo que llama la atención a la mentalidad actual. Al igual que el monoteísmo moderno, el de Ajnatón era materialista. Por definición, el monoteísmo suprime otros dioses (así como otros espíritus y otras formas de inteligencia incorpórea). Por lo tanto, suele ser materialista en el sentido de que tiende a negar la experiencia de los espíritus, y, como hemos dicho, es en esa experiencia en lo que radica realmente la espiritualidad.

Así pues, Ajnatón declaró divino y fuente de toda bondad al sol físico. En consecuencia, durante su reinado, el arte se deshizo del formalismo hierático del arte tradicional egipcio con sus rangos de divinidades. El arte de la época de Ajnatón parece naturalista de un modo que nos resulta fácil apreciar. Algunos de sus hermosos himnos a Atón han sobrevivido, y lo que es destacable es que parecen anticiparse a los Salmos de David. «Cuánta diversidad en lo que has hecho. Has creado el mundo según tu voluntad; todos los hombres, el ganado y los animales salvajes», declama Ajnatón. «¡Cuán numerosas tus obras, Yahvé! Todas las has hecho con sabiduría, de tus criaturas está llena la tierra», cantaba David.

Pero tras la poesía, tras toda esa inteligencia pura y el modernismo estaba latente una locura monomaníaca. Al prohibir todos los demás dioses y declararse el único canal de la sabiduría y la influencia de Atón en la Tierra, estaba despidiendo, de hecho, a todo el clero y sustituyéndolo por su propia persona.

No obstante, a pesar de convertirse a sí mismo en el centro de toda la práctica religiosa, se retiró cada vez más al fondo del laberinto de patios de su palacio con su hermosa mujer Nefertiti y sus amados hijos. Jugaba con sus jóvenes vástagos, componía himnos y se negaba a escuchar cualquier mala noticia sobre el descontento popular o sobre las rebeliones en las colonias egipcias que amenazaban su supremacía en la región.

Finalmente, la caída se produjo desde el interior. Cuando llevaba quince años de reinado, a pesar de todas sus plegarias a Atón, murió la hija a la que amaba con locura. Entonces, su madre Tiy, que siempre le había apoyado, también falleció. Nefertiti desaparece de los registros de la corte.

Al cabo de dos años, el clero mandó matar a Ajnatón, y entronizó al trono al joven al que el mundo iba a conocer.

De inmediato, el clero empezó a restaurar Tebas. La capital de Ajnatón pronto se convirtió en una ciudad fantasma y todos los monumentos del antiguo faraón, toda imagen de él y toda mención de su nombre se borraron de la faz de la Tierra sin piedad y de un modo sistemático.

Algunos estudiosos actuales han considerado a Ajnatón como un personaje profético, incluso un santo. Sin embargo, resulta significativo que, tal como sabemos por Manetón, los egipcios recordaran su reinado como un acto propio de Set. Set es, por supuesto, Satanás, el gran espíritu del materialismo, que siempre quiere destruir la auténtica espiritualidad. Si su enviado, Ajnatón, había convertido con éxito a la humanidad al materialismo, se habían perdido para siempre los tres

milenios de crecimiento gradual y agradable del espíritu humano, y las numerosas cualidades que han evolucionado desde entonces.

Aunque tal vez no haya sobrevivido ni de lejos en el mismo estado de conservación que algunos templos egipcios, ningún templo tiene tanta importancia en la imaginación colectiva como el de Salomón.

Saúl ha sido identificado recientemente como un personaje histórico que aparece en las cartas de reyes súbditos de Ajnatón, que fieles a él, le escribían contándole acontecimientos locales. En esas cartas, Saúl se llama «Labya», el rey de los «habiru». Tras constatar esta identificación en las crónicas de las culturas vecinas, podemos afirmar con certeza que David («Tadua») fue el primero que agrupó las tribus de Israel en un reino al convertirse en rey de Jerusalén en el año 1004 a. J.C., es decir, durante el reinado de Tutankamón. David colocó los cimientos de un templo en Jerusalén, si bien falleció antes de poder construirlo, de modo que esa tarea recayó en su hijo, del que sabemos ahora que fue coronado rey de Jerusalén en el año 971 a. J.C.

Antes de conocerse los avances realizados gracias a la nueva cronología de David Rohl, se creía que Salomón, en caso de que fuera un personaje histórico real, había vivido en la Edad de Hierro. Esto suponía un gran problema, porque la arqueología no logró encontrar en los restos de ese período pruebas de la opulencia y de los proyectos de construcción por los que Salomón había sido siempre famoso. Reubicar a este rey a finales de la Edad de Bronce encajaba en cambio perfectamente. Las ruinas de la arquitectura de estilo fenicio que un tal Hiram podría haber construido, se habían excavado en los estratos adecuados.

La figura de Salomón brilla en la imaginación popular como la personificación de toda la magnificencia y el saber real (y en la tradición secreta, como el mago que controlaba a los demonios). En la tradición secreta de la masonería, tal

como sabemos por un discurso ceremonial del caballero Michael Ramsay, de 1736, Salomón recogió sus conocimientos sobre magia en un libro secreto que más tarde se colocó en los cimientos del segundo Templo de Jerusalén.

Para los judíos, el reino de Salomón era tan magnífico que el oro y la plata pasaron a ser tan habituales como las piedras de la calle. Pero dado que los judíos, al haber sido nómadas, no tenían costumbre de construir templos hasta ese momento, Salomón optó por contratar como arquitecto para el proyecto a un fenicio, Hiram Abiff. Si bien, a tenor de las medidas proporcionadas por el Antiguo Testamento, el edificio no parece mayor que una iglesia parroquial, estaba sin embargo profusamente ornamentado, y decorado con una magnificencia sin parangón.

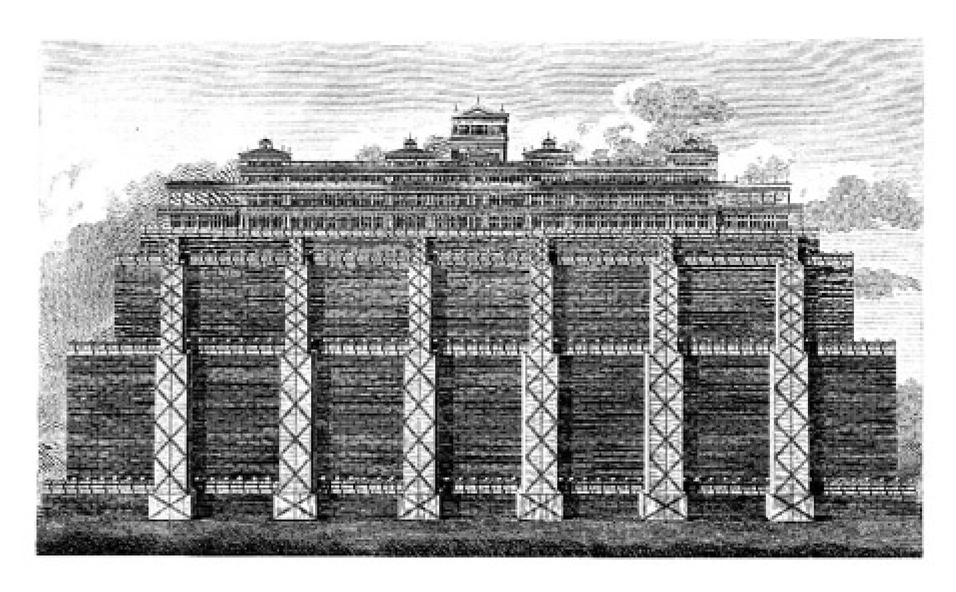
En el centro del mismo se encontraba el sanctasanctórum, recubierto de láminas de oro y con joyas engastadas. Se diseñó para albergar el Arca de la Alianza, que contenía las tablas de la ley de Moisés. Los querubines que extendían las alas sobre el Arca para protegerla representaban, como hemos visto, las constelaciones del cinturón del zodíaco. En las esquinas del altar se erguían cuatro cuernos, que simbolizaban la luna, y un candelabro de oro con siete brazos (por supuesto, una representación del sol, la luna y los cinco principales planetas a cada lado). Las columnas de Jakin y Boaz medían el pulso del cosmos. Se habían colocado así para marcar los puntos más lejanos de la salida del sol de los equinoccios, y según Josefo, historiador judío del siglo I, y Clemente, el primer obispo de Alejandría, estaban coronadas con «planetarios», representaciones mecánicas del movimiento de los planetas. En la Biblia se menciona varias veces la presencia de granadas esculpidas a modo de decoración. Las sotanas de los sacerdotes estaban decoradas con piedras preciosas que representaban el sol, la luna, los planetas y las constelaciones (la única gema mencionada son las esmeraldas).

Lo más extraordinario del templo parece haber sido un mar (o según el Corán, una fuente) de bronce fundido. De nuevo, al igual que sucedía con la serpiente de bronce clavada en un mástil por Moisés, esta imagen de metales fundidos debería alertamos de la presencia de prácticas secretas dedicadas a transformar la fisiología humana.

Hiram, el maestro de obras, contrató a una hermandad de artesanos para llevar a cabo sus diseños. Los dividió en tres grados: aprendices, compañeros y maestros. Aquí se reflejan las ideas de fraternidad que finalmente se extenderán más allá de lo exclusivamente esotérico para transformar la organización de la sociedad en su conjunto; y en la historia del asesinato de Hiram Abiff vemos una advertencia de cómo todo puede torcerse.

En algunas tradiciones secretas existe una corriente oculta que sostiene que Salomón e Hiram Abiff eran rivales. La reina de Saba visitaba a Salomón, pero también sentía curiosidad por conocer al hombre que había diseñado un templo tan maravilloso.

Cuando la reina sintió la mirada de Hiram Abiff en ella, experimentó una sensación como si tuviera metal fundido en su interior. Le preguntó a Hiram cómo había conseguido bajar la belleza de los cielos a la Tierra en la arquitectura del Templo. Él le respondió sujetando en alto una cruz Tau —la que tiene forma de letra T—. Al instante, todo el gran grupo de obreros entró en tropel en el templo como si fueran hormigas.



El Templo de Salomón en un dibujo del siglo XVIII. El académico masón Albert Pike lo llamó «imagen condensada del cosmos». Las columnas gemelas Jakin y Boaz contienen diversos significados, incluido, a un nivel fisiológico, los movimientos rítmicos de la sangre roja y púrpura y, a un nivel cósmico, la entrada rítmica de los espíritus en los mundos espiritual y material, alternativamente.

De nuevo aparece la imagen del insecto. En el Talmud y el Corán se recoge la creencia de que el Templo se construyó con la ayuda de un misterioso insecto capaz de tallar la piedra, el denominado Shameer. De forma similar a la colmena de abejas, aquí se nos muestra una imagen de las fuerzas espirituales, que Hiram es capaz de dirigir.

Tres de los obreros de Hiram estaban celosos de sus poderes secretos y decidieron que querían conocer los secretos del mar fundido, de modo que le tendieron una emboscada al final de la jornada, cuando se disponía a marcharse del Templo. Cuando en repetidas ocasiones se negó a revelar sus secretos, lo asesinaron, propinándole cada uno de ellos un fuerte golpe en la cabeza que le provocó una hemorragia. Se dice que algunos secretos murieron con él y que siguen perdidos, y que los divulgados en las escuelas mistéricas y las sociedades secretas desde entonces son secretos de menor envergadura.

Hay un atisbo de connotación sexual en la descripción de la sensación de quemazón de la reina de Saba y la cruz Tau, pero para empezar a comprender los secretos de Hiram

debemos preguntarnos lo siguiente: dados todos los elementos astronómicos en el diseño y la decoración del Templo, ¿cuál era su orientación concreta?

Dos investigadores masónicos de mentalidad independiente, Christopher Knight y Robert Lomas, han explicado esta orientación a partir de la pista de que Hiram procedía de Fenicia, donde la principal divinidad era Astarté, o Venus. Por supuesto, esto liga también con los detalles decorativos ya mencionados, es decir con las granadas, que son el fruto de Venus, y las esmeraldas, que son las piedras preciosas de Venus.

Según Clemente de Alejandría, la cortina que separaba el sanctasanctórum llevaba recortada la forma de una estrella de cinco puntas. Esta estrella ha sido siempre el símbolo de Venus, ya que el patrón que ese planeta traza alrededor de la eclíptica en su ciclo de ocho años de duración (cinco apariciones en el cielo matutino y cinco en el cielo vespertino) adopta una forma de cinco puntas. Es el único que describe de ese modo una figura totalmente regular. Ésta se considera a veces un pentagrama, otras una estrella de cinco puntas y otras, como veremos cuando lleguemos al análisis del movimiento rosacruz, una flor de cinco pétalos, la rosa.

Además de ser el símbolo de Venus, el pentagrama tiene una gran relevancia en la geometría porque, como reveló Luca Pacioli, profesor de matemáticas de Leonardo, en su libro sobre la proporción divina, contiene en todas sus partes el Número de Oro.

Pero hay más. Esta geometría sagrada está vigente tanto en el tiempo como en el espacio.

Durante exactamente ocho años solares, se producen cinco ciclos de Venus de 584 días, lo que significa que un ciclo de Venus es 1,6 veces un ciclo solar. Ya nos hemos encontrado antes con el número 1,6. Es el inicio de la Proporción Divina, uno de los números irracionales y mágicos que describe la

emanación de la mente en la materia. En la doctrina antigua y secreta, los planetas y las estrellas controlan esta precipitación de la materia.

Las asociaciones con Venus se multiplican, de forma que una dimensión se abre en el interior de otra como los universos burbuja de la ciencia moderna. Existen muchas etimologías contrapuestas del nombre Jerusalén; una de ellas sostiene que el nombre original de la ciudad era Urshalem, compuesto por *ur* («fundado por») y *Shalem* (el nombre antiguo de Astarté, o Venus, en su forma vespertina). En la tradición masónica, las propias logias siguen el modelo del Templo de Jerusalén. La estrella de cinco puntas de Venus se representa encima de la silla ceremonial el Gran Maestre, y los iniciados se saludan unos a otros con un fraternal abrazo ceremonial en el que se forma una figura de cinco puntas. Las logias tienen ventanas de gablete alineadas de tal forma que la luz de Venus brilla a través de ellas en determinadas fechas importantes. Un maestre masón renace de cara a la luz de Venus en un equinoccio.

Teniendo en cuenta la identificación de Venus con Lucifer, estas asociaciones podrían parecer un poco desconcertantes de entrada. Sin embargo, en la historia esotérica, Lucifer es siempre un mal «necesario». La capacidad humana de pensar se forjó a partir del equilibrio entre Venus y la luna (y esta última, como acabamos de ver, también aparece de forma prominente en el diseño del altar del Templo).

La misión de Salomón era llevar a la humanidad a un mundo más material y sombrío, manteniendo viva la llama de la espiritualidad. Esta misma misión asumiría la masonería en el siglo XVII en los albores de la edad moderna del materialismo.

Las leyendas salomónicas encuentran un eco distante en las islas Británicas. Los eruditos de la actualidad suelen ser de la opinión que si las leyendas de Arturo tienen una base

histórica, ésta radica en la «Época Oscura» que siguió a la retirada de los romanos de Gran Bretaña, cuando un jefe militar cristiano podía haber librado batallas gloriosas, aunque en última instancia fútiles, para resistir a los invasores paganos. No se sabe cómo se había considerado que el personaje histórico tras las leyendas de Arturo podía ser Owain Ddantgwynne, un jefe militar galés que derrotó a los sajones paganos en la batalla de Badon, en el año 470. En ese caso, Arturo habría tenido un título, que significaba «el oso».

Sin embargo, el rey Arturo original vivió en Tintagel un poco antes que Salomón, hacia el 1100 a. J.C., cuando las apacibles comunidades rurales de la Gran Bretaña de la Edad de Bronce fueron invadidas por los pueblos de carácter más militar de los castros de la Edad de Hierro. Su mentor espiritual, Merlín, el mago de Cellydon Wood, había sobrevivido a la época de los círculos de piedra. Ayudó a Arturo a mantener vivos los Misterios Solares. El propio rey Arturo fue un rey Sol, rodeado de los doce caballeros del zodíaco, y se casó con Venus, ya que Ginebra era la forma celta de Venere o Venus. Su corona era un radiante chacra frontal con el que guiar a su pueblo por la oscuridad (al igual que había hecho Salomón).



Heródoto relata que en Irán se creía que el rey emitía una luz tan intensa e insoportable que tenía que permanecer tras una cortina durante las audiencias con sus súbditos. La corona era el símbolo de que se había adquirido un determinado grado de iniciación y de que el neófito estaba coronado con el fuego búdico.

Elías y Eliseo • Isaías • Budismo esotérico • Pitágoras • Lao-tsé

Tras Salomón, el reino de Israel empezó su decadencia.

Se desarrolló la institución de los profetas, cuya función era asesorar a los reyes (pero a diferencia de Melquisedec y Abraham, o Merlín y Arturo, su relación era contenciosa, incluso subversiva). Proclamaban cosas incómodas que no gustaban y que nadie quería oír. Despotricaban y desvariaban. A veces se los tenía incluso por locos.

Elías era un hombre indómito, extraño y solitario, casi un vagabundo, que llevaba un cinturón de piel y una larga túnica. Al igual que Zaratustra, combatía el fuego con fuego.

Siguiendo órdenes divinas, se ocultó en el desierto, bebió de un arroyo y fue alimentado por cuervos. El cuervo indica que estaba sometiéndose a un proceso de iniciación igual que el sabio Zaratustra. El «Cuervo» era uno de los grados de iniciación en sus misterios.

El rey de Israel, Ajab, se casó con Jezabel y empezó a erigir altares a Baal (el nombre cananeo de Saturno/Satanás). Elías libró y ganó una batalla contra los profetas de Baal, haciendo que lloviera fuego del cielo. Más tarde, pidió que lloviera fuego nuevamente para matar a pelotones militares enviados por Jezabel para capturarlo.

Elías era un hombre melodramático, el profeta que más cerca estuvo de la locura. Existen relatos de continuas y sorprendentes demostraciones de su carisma (su clarividencia y su capacidad de potabilizar el agua de un pozo envenenado, de hacer flotar el hierro o de curar a un leproso). En un extraño relato, se dice que devolvió la vida a un joven tumbándose encima de él e infundiéndole su espíritu. Cuando tuvo que huir de nuevo al desierto, lo hizo por su vida (y para acercarse a Dios). Se encontró de pie en una montaña en medio de una tormenta atroz. Nos lo podemos imaginar maldiciendo la

tormenta, una combinación de Lear y el Loco. Finalmente, se rindió, abatido, y se durmió bajo un enebro, donde soñó con un ángel.

Siendo aún de noche, partió hacia el monte Horeb en busca de Dios, tal como le había ordenado el ángel. Pero mientras lo subía, empezó a soplar un fuerte viento que sacudió la propia montaña y le lanzó enormes rocas encima. Elías sabía que Dios no tenía nada que ver con aquel viento y logró resguardarse en una cueva. De repente, un rayo impactó en el suelo, justo enfrente de la entrada, y provocó una inmensa hoguera en la vegetación del exterior; como consecuencia, Elías quedó atrapado en su interior. También supo que Dios no tenía nada que ver con aquel fuego.

Al cabo de un rato, amainó la tormenta y se apagó el fuego. Al amanecer, todo estaba en calma. Salió el lucero del alba y entonces, en medio de la suave brisa matutina, Elías oyó la aún tenue voz de Dios.

A pesar de ser un personaje exuberante, incluso extravagante, fue un profeta con una nueva interioridad. Se trata de una continuación del episodio de Moisés y la voz que salía de la zarza ardiendo, pero más sosegada, casi subliminal. Si bien antaño lo divino se sentía de un modo abrumador, ahora había que escuchar muy atentamente, practicar la disciplina mental y concentrarse para distinguido.

Sin embargo, para comprender el verdadero significado de la misión de Elías, hay que entender su muerte, y para hacerlo, tenemos que dirigirnos primero a la India.

Existen testimonios de la existencia de adeptos hindúes capaces de desmaterializarse y materializarse a voluntad. En la fantástica *Autobiography of a Yoghi* («Autobiografía de un yogui»), de Paramahansa Yogananda, publicada por primera vez en 1946, el autor describe que tenía que conocer a su maestro espiritual, Sri Yukteswar, en la estación de tren de la localidad, pero recibió un mensaje telepático de que no fuera. Su maestro se había retrasado. El alumno esperó en el hotel.

De repente, en una ventana que daba a la calle, brilló la luz del sol y su maestro se materializó claramente frente a él. Le explicó entonces que no era una aparición, sino de carne y hueso, que había recibido órdenes divinas de ofrecer a su pupilo esa extraña experiencia. Paramahansa Yogananda tocó las extendidas sandalias hechas de lona naranja atadas con un cordel. También notó cómo la tela ocre de la túnica de su maestro le rozaba al pasar.

Elías desarrolló este don hasta llegar a la fase siguiente. Aprendió a excarnarse y encarnarse según su voluntad.

Se dice que eso es algo imposible de hacer, pero según la doctrina secreta, no. El gran iniciado del siglo XX, G. I. Gurdjieff, sostenía que lo realmente necesario para convertirse en maestro de uno mismo en esta vida era lo necesario para sobrevivir como ser consciente en la vida de ultratumba. A la iniciación le preocupa tanto la vida de ultratumba como la propia existencia. En el séptimo libro de *La República*, Platón afirma: «Aquel que no pueda distinguir la Idea del Bien con la razón […] bajará al Hades antes de poder despertar aquí, para acabar durmiendo perfectamente allá.»

Al final de su vida, Elías subió al cielo en un carro de fuego. Por lo tanto, al igual que Enoch y Noé lo hicieran antes que él, no murió de la forma convencional. Se unió a la congregación de maestros ascendidos, que son invisibles la mayor parte del tiempo pero regresan a la Tierra en momentos de grandes cambios y de crisis.

En la ideología cabalista, el carro en el que Elías sube se llama la Merkabah. Los grandes iniciados ejercitan el cuerpo vegetal para que no se disuelva tras la muerte, con lo cual permiten que el espíritu en ascenso mantenga aspectos de la conciencia que normalmente sólo son posibles durante la vida en la Tierra. Conocen técnicas secretas mediante las cuales pueden cristalizarse delicadas energías de tal forma que no se dispersen.

Más tarde veremos que los pensadores cristianos llamaban a ese carro el cuerpo de la Resurrección.

Mientras Elías ascendía, se le resbaló el manto, que recogería Eliseo, a quien él había elegido como su sucesor. Por medio de un misterioso proceso, la entrega del manto dota a Eliseo de una gran parte del poder de Elías. (Volveremos a analizar cómo sucede esto cuando consideremos la vida y obra de Shakespeare.)



Ascenso de Elías. Ilustración de una Biblia del siglo XIX.

Pero la sucesión de Elías por parte de Eliseo no está exenta de ambigüedad. Antaño parecía como si Elías quisiera repudiar a Eliseo. Se marchó a toda prisa y cuando Eliseo logró alcanzarle, dijo: «Anda, vuélvete, pues ¿qué te he hecho?» ¿Acaso ve algo en Eliseo de lo que no está seguro? Más tarde, una numerosa pandilla de muchachos se burla de Eliseo por ser calvo, y éste usa su poder para llamar a dos osos del bosque para que los ataque y los mate. Parece como si el profeta siguiera aún enzarzado en una batalla a muerte con Baal.

Dos siglos después, en la época del profeta Isaías, tuvo lugar una nueva comprensión trascendente de la forma en que actúa el universo. El concepto de la Gracia llevó a los profetas a un terreno menos bélico. En el año 550 a. J.C., Isaías proclamó: «El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande […] Porque una criatura nos ha nacido, un hijo se nos ha dado. Estará el señorío sobre su hombro, y se llamará su nombre "Maravilla de Consejero", "Dios Fuerte", "Siempre Padre", "Príncipe de Paz".»

El concepto de la Gracia surgió a partir de este sentido profético de la historia. Los reyes de los dos reinos y sus pueblos no pudieron cumplir lo que se les había pedido. Experimentaron una degeneración y la tierra quedó devastada. Pero entonces, por la Gracia de Dios, salió una raíz viva en aquel páramo. Los profetas sintieron de ese modo la Gracia en sus propias vidas; a nivel político y militar, en el auge y la caída, y la prosperidad posterior de sus propios pequeños reinos. También profetizaron su repetición en los mayores ciclos cósmicos de la historia.

Por otra parte, para los seguidores de Baal, la vida era un ejercicio de poder. Creían que si llevaban a cabo prácticas religiosas correctas (sacrificios y ceremonias mágicas) podían obligar a sus dioses a someterse a su voluntad.

Isaías rechazaba este punto de vista. Contaba a su pueblo que Yahvé les había mostrado su Gracia al haberlos elegido, al capacitarlos para obedecer, al limpiar sus pecados, al salvarlos cuando habían sido testarudos y habían desobedecido, y por la promesa de devolverles la gloria anterior aunque no se la merecieran. El amor misericordioso de Yahvé nunca podía exigirse, comprarse ni ganarse, decía. Era un amor que se recibía de un modo totalmente gratuito.

Una vez entendido este tipo de amor divino, sólo sería cuestión de tiempo que esa comprensión abriera una nueva dimensión en el amor recíproco de los humanos.

Isaías era muy consciente tanto de la historia como de las futuras riquezas de Israel («saldrá un vástago del tronco de Jesé»). Asimismo, tiene una gran visión del fin de la historia, al que volveremos más adelante («serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito»).

La tradición profética desaparecería hacia el año 450 a. J.C. Tal como escribiría el cabalista rabí Hayim Vital, a finales del siglo XVI, después de Ageo, Zacarías y Malaquías, los profetas únicamente podían explorar los niveles inferiores de los cielos y, aun así, sólo de un modo muy confuso.

Lo último que se lee en el Antiguo Testamento son las sonoras palabras de Malaquías, que profetiza el regreso de Elías, lo cual se sigue esperando actualmente cada año en la Pascua judía, cuando se le reserva un lugar para cenar, con una copa de vino, y se deja la puerta abierta.

Sin embargo, en distintas partes del mundo, otros iniciados destacados abrían otras dimensiones nuevas en la condición humana. Un sublime espíritu de iluminación se abría paso a la vez por mentes y culturas distintas.

El príncipe Siddhartha nació en una época y un lugar marcados por los pequeños conflictos bélicos en Lumbini, en el actual Nepal.

Hasta los veintinueve años de edad vivió rodeado de un enorme lujo. Todas y cada una de sus necesidades se satisfacían antes de que empezara siquiera a sentirlas y todo lo que veía era placentero. Un día salió del palacio real y vio algo que nunca se le había permitido ver, un anciano. A pesar de estar horrorizado, no apartó la vista, y descubrió que su pueblo estaba enfermo y agonizante.

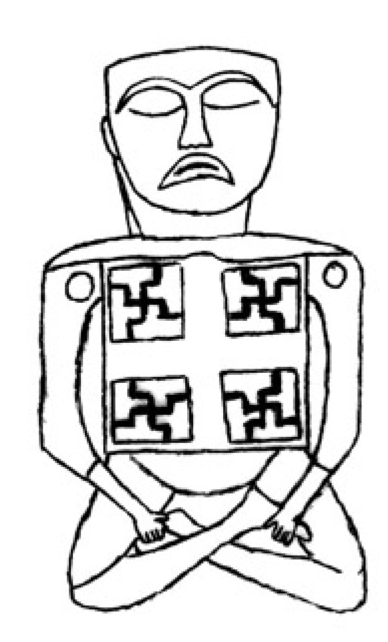
Decidió marcharse del palacio (dejar a su mujer y a su hijo) para intentar dar algún sentido a aquel sufrimiento. Vivió con una comunidad de ascetas durante siete años, pero no

pudo encontrar lo que buscaba en *Los Yoga Sutras de Pantanjali* ni en las enseñanzas de los descendientes de los rishis.

Finalmente, al cumplir los treinta y cinco años, fue a sentarse bajo una higuera a orillas del río Neranjara, decidido a no moverse hasta entenderlo.

Pasados tres días y tres noches, se dio cuenta de que la vida es sufrimiento, de que el sufrimiento está causado por el deseo de poseer cosas terrenales, y que es posible librarse de todo deseo. De hecho, se puede lograr tal libertad y afinidad con el mundo espiritual que nunca sea necesario reencarnarse otra vez, y, así, convertirse en un buda, tal como hizo Siddhartha.

Buda llamaba al camino hacia la comprensión (o iluminación) «el Camino Óctuple», que incluía la visión correcta, la contemplación perfecta, el habla correcta, la conducta correcta, la forma de vida correcta, el esfuerzo correcto, el pensamiento correcto y la concentración correcta.



En el budismo esotérico, Buda es el espíritu de Mercurio. Por lo tanto, no es casualidad que los celtas llamaran al planeta Mercurio «Budh», que significa «sabia enseñanza». Este grabado en un cubo, encontrado en Oesberg, Noruega, demuestra que los celtas conocían la posición del loto característica de Buda.

Es posible que, para la mentalidad moderna, el Camino Óctuple parezca imposiblemente moralizador y magnánimo. Tal vez parezca también un poco abstracto, incluso nada práctico. Pero las enseñanzas de Buda tienen un lado esotérico, y al igual que todas las doctrinas esotéricas, tienen un significado eminentemente práctico. La filosofía esotérica enseña a sus iniciados cómo lograr una transformación psicológica usando técnicas concretas para manipular la fisiología humana. En el caso del Camino Óctuple de Buda, estas ocho prácticas son ejercicios para vigorizar ocho de los dieciséis pétalos del chacra de la garganta.

Esto supone un cambio histórico en la práctica iniciática. Por ejemplo, en los ritos de iniciación practicados en la Gran Pirámide se hacía que el candidato entrara en un profundo estado de trance parecido a la muerte y, a continuación, un círculo de (cinco) iniciados sacaba el cuerpo vegetal del cuerpo físico del neófito. Lo trabajaban, lo moldeaban y lo inducían a adoptar formas capaces de percibir los mundos superiores, de modo que cuando el cuerpo vegetal volvía a sumirse en el cuerpo físico y el candidato se reanimaba, nacía a una nueva vida más sublime. La cuestión es que el candidato egipcio había permanecido inconsciente durante todo ese proceso.

En cambio, los seguidores de Buda participaban conscientemente en su propia iniciación, ejercitando sus propios chacras. Parte de esta tarea consistía en vivir una nueva forma de vida más moral, basada en la misericordia hacia todos los seres vivos.

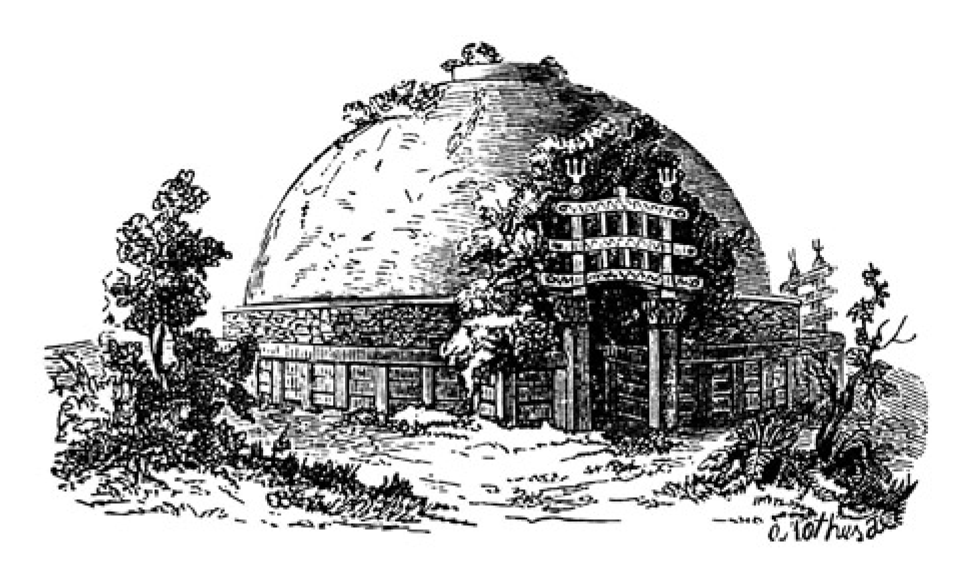
Dado que la gente se mostraba cada vez más independiente de los mundos espirituales, se corría el peligro de que los poderes de un individuo fueran más fuertes que su deseo de hacer lo correcto y de usarlos con sabiduría. También existía el riesgo de que alguien malintencionado obtuviera los poderes sobrenaturales que confiere la iniciación.

En efecto, hay gente que ha podido adquirir esos poderes a pesar de no ser iniciados. A veces es consecuencia de un trauma infantil grave, que puede provocar una grieta en la psique por la que los espíritus pasan apresuradamente y de forma descontrolada. Algunos médiums actuales han sufrido grandes traumas infantiles. Otras veces la gente adquiere esos poderes al practicar la nigromancia, o bien magia que, como mínimo, no se ajusta a los objetivos espirituales más sublimes, como es el caso de las venerables escuelas secretas que mantienen viva una antigua tradición genuina. El peligro de todo esto es que a un individuo no iniciado, incluso aunque tenga buenas intenciones, le cueste identificar a los espíritus con los que se está comunicando.

Por otro lado, el propósito del Camino Óctuple es la iniciación enmarcada en una evolución moral controlada y protectora. Para ser capaz de controlar el mundo, primero se debe ser capaz de controlarse a sí mismo.

El chacra de la garganta es el órgano asociado a la formulación de la sabiduría espiritual. Conecta el chacra del corazón con el de la frente. En la fisiología del iniciado, las corrientes de amor fluyen desde el chacra cardíaco, pasando por el chacra de la garganta, para iluminar el chacra frontal. Cuando esta luz asciende hasta el chacra frontal, se abre como una flor al sol.

Es posible que percibamos un reflejo (o anticipación) de esto en nuestras propias vidas. Si miramos a alguien con ojos llenos de amor, vemos en él buenas cualidades que no perciben los demás. El mero hecho de mirar a alguien con amor puede sacar a relucir esas cualidades y ayudarlo a florecer. Si conoce a alguien con un carácter espiritual sumamente refinado, probablemente verá que se muestra feliz, sonriendo, riéndose, casi como si fuera un niño. Esto se debe a que observan a toda la humanidad con el ojo del amor.



El emperador budista Asoka, nieto del primer hombre que unificó la India, gobernó desde el año 273 a. J.C. Al perder más de cien mil hombres en una batalla, renunció a la guerra, y desde entonces trató de gobernar según el iluminador ejemplo de su espiritualidad budista. Mandó construir cerca de 84.000 *stupas* (santuarios) en la India, de los que sobreviven unos pocos. En la historia convencional se le recuerda por sus sistemas de riego, caminos, hospitales y jardines botánicos, su vegetarianismo y su prohibición de matar animales. En la historia esotérica es recordado asimismo por haber fundado los Nueve Desconocidos, una poderosa sociedad secreta que muchos, como D. N. Bose, uno de los principales científicos indios, creían que seguía activa en el siglo XX.

Al fallecer, Buda cumplió su objetivo. No se le pediría que se reencarnase.

Pero eso no quiere decir que ya no forme parte de esta historia, como veremos cuando lleguemos al Renacimiento italiano.

Pitágoras nació en la próspera isla griega de Samos hacia el año 575 a. J.C., cuando se estaban apilando los primeros bloques de mármol en la Acrópolis de Atenas.

Nadie ha tenido más influencia que él en la evolución del pensamiento esotérico occidental. Pitágoras fue considerado un semidiós en vida. Al igual que Jesucristo, no nos ha llegado nada de lo que escribió, salvo unas pocas frases recopiladas y relatos escritos por sus discípulos.

Se decía que tenía la capacidad de estar en dos lugares a la vez, que una águila blanca había dejado que la acariciase, que una vez se dirigió al dios de un río y una voz le dijo desde

el agua: «¡Saludos, Pitágoras!» También se dice que en una ocasión mandó a algunos pescadores que habían tenido un día nada fructífero echar sus redes al mar una última vez, tras lo cual pescaron tanto que casi se les reventaron las redes. Era un gran sanador, y a veces recitaba versos concretos de Homero que creía que tenían un gran poder, al igual que los místicos cristianos recitarán después versículos de los Salmos y del Evangelio según san Juan. Usaba también la música con fines curativos. Empédocles, uno de los primeros filósofos griegos, afirmaba que Pitágoras podía curar a los enfermos y rejuvenecer a los ancianos. Al igual que Buda, podía recordar sus encarnaciones anteriores y se decía incluso que conocía toda la historia del mundo desde sus orígenes.

Su sabiduría era fruto de años de investigación y de diversas iniciaciones en las escuelas mistéricas. Pasó veintidós años aprendiendo los secretos de los sacerdotes iniciados egipcios. También estudió con los magos de Babilonia y con los descendientes de los rishis en la India, donde se conserva el recuerdo de este gran mago, al que llamaban Yaivancharya.

Pitágoras quería sintetizar la doctrina esotérica de todo el mundo en una cosmovisión exhaustiva (lo que Leibniz, el matemático y cabalista del siglo XVII, llamaría más tarde la Filosofía Perenne).

Según el idealismo, ese punto de la historia mundial es un momento decisivo. Las grandes ideas o pensamientos que emanaban de la mente cósmica se encontraban casi ocultos por la materia que habían creado juntos. La misión de Pitágoras era dejar constancia de ellos en forma de conceptos antes de que desaparecieran del todo. Por lo tanto, su filosofía inicia el proceso de traducir la visión primordial, la conciencia gráfica de los antiguos, en términos abstractos y conceptuales.

Hacia el año 532, Pitágoras se peleó con Polícrates, el tirano dictador de Samos. Tras su exilio forzoso, estableció una pequeña comunidad (la primera de varias) en Crotona, al sur de Italia. Los candidatos a la iniciación que querían entrar

en su comunidad tenían que someterse a años de formación, en los que, entre otras cosas, tenían que seguir una extraña dieta a base de amapolas, semillas de sésamo y pepino, miel silvestre, flores de narciso y la piel de una cebolla albarrana de la que se hubiera exprimido totalmente el jugo. Se ponía mucho énfasis en la gimnasia como forma de armonizar los tres cuerpos humanos (material, vegetal y animal), y se exigía a los candidatos que hicieran voto de silencio durante años.

Pitágoras era capaz de ofrecer a sus pupilos una magnífica visión de los mundos espirituales, que él solía interpretarles. De esta primera enseñanza discursiva saldrían las matemáticas, la geometría, la astronomía y la música.

En su día, se decía que Pitágoras era el único ser humano capaz de oír la Música de las Esferas, concebida como una escala de distintas notas, cada una de ellas formada por los siete planetas que se iban moviendo por el espacio. Aunque es fácil rechazar esto alegando que son tonterías místicas, la historia de cómo midió la primera escala musical suena muy bien.

Un día, mientras Pitágoras paseaba por la ciudad, oyó cómo un metal golpeaba un yunque. Advirtió que los martillos de diferentes tamaños emitían sonidos distintos. Al volver a casa colocó un tablón de madera a lo largo de una habitación y colocó encima una serie de pesas en una escala ascendente. Aplicando un procedimiento de ensayo y error, determinó que las notas musicales que suenan bien al oído humano se asocian a diferentes pesos. Después, siguiendo criterios matemáticos estrictos, calculó que eran proporcionales entre sí. De estos cálculos de Pitágoras procede la octava musical que conocemos y que disfrutamos hoy en día.

Cuando Pitágoras y sus seguidores empezaron a describir el elemento racional en la vida, comenzaron por formular un concepto paralelo. Se trataba de una idea que tal vez no se había articulado nunca antes, ya que hasta ese momento había formado parte de la experiencia cotidiana de toda la población.

El concepto era el siguiente: la vida puede explicarse en términos racionales sólo hasta cierto punto, dado que también incluye una gran parte de irracionalidad.

Las enseñanzas de las escuelas mistéricas relacionadas con el lado racional ayudarían a construir ciudades, a desarrollar la ciencia y la tecnología y a estructurar y regular el Mundo Exterior. Las enseñanzas irracionales en su forma explícita se confinarían a las escuelas, ya que hablar de ellas en el exterior era peligroso y podría también provocar hostilidad. Plutarco decía que quien conoce las verdades superiores, considera que los valores «serios» de la sociedad son difíciles de tomar en serio. Asimismo, le gustaba citar a Heráclito: «La eternidad es un niño que juega a las tablas.»

Entonces cuando el nacimiento del pensamiento racional, las escuelas mistéricas sostenían lo contrario. No es casualidad que individuos como Pitágoras, Newton y Leibniz, que son los que más han hecho por ayudar a la humanidad a entender y dominar la realidad del universo físico, se sumergieran también a fondo en la ideología esotérica. Esto se debe a que, como vieron estas fabulosas mentes, es indudablemente cierto que si se contempla la vida del modo más subjetivo posible en vez de objetivo, como corresponde al ámbito científico, surgen patrones muy distintos. La vida vista objetivamente puede ser racional y estar sujeta a la ley natural, pero experimentada de forma subjetiva es irracional.

Al dividir conscientemente la experiencia de esta forma, Pitágoras permitió concebir con más claridad ambas dimensiones.

Se enseñaba a sus discípulos a vivir apartados de la sociedad, alternando entre el éxtasis místico y el análisis intelectual. Pitágoras fue el primero en autoproclamarse amante de la sabiduría, es decir, «filósofo», pero al igual que Sócrates y Platón, sus seguidores, parecía más un mago que un profesor universitario actual. Sus alumnos lo admiraban.

Creían que tenía el poder de hacerles soñar lo que quería y también que podía reorientar al instante su conciencia en un estado de vigilia.

Pitágoras suscitaba una violenta ira en aquellos que eran excluidos de su círculo interno. En un momento dado, rechazó el ingreso de un hombre llamado Cirón en su escuela mistérica por su conducta imprudente y arrogante, por lo que éste inició una revuelta popular contra él. El gentío irrumpió en el edificio donde se reunían Pitágoras y sus seguidores y le prendió fuego. Murieron todos los que estaban en su interior.

En la época de Pitágoras, otros dos filósofos de diferentes partes del mundo, Heráclito en Grecia y Lao-tsé en China, salieron brevemente a la superficie de la historia tratando de definir de un modo racional la dimensión irracional de la vida.

No te puedes bañar dos veces en el mismo río, decía Heráclito.

Se cuenta la historia de que Confucio fue a ver a Lao-tsé para pedirle que lo iniciara. Lao-tsé lo rechazó, despreciándolo por su mezcla de modales para congraciarse y su trepidante ambición. Aunque probablemente sea apócrifa, señala una importante verdad, que es que el confucianismo y el taoísmo representan la ideología exotérica y esotérica en China.

Confucio se pasó años recopilando el saber chino tradicional, compilaciones que adoptarían a modo de manuales de gobierno los dirigentes chinos de épocas posteriores.

Las enseñanzas de Confucio son eminentemente prácticas. Un viaje de mil kilómetros empieza con un simple paso. Valora más el trabajo que el precio. Si no puedes cumplir tus propósitos, ajusta tus propósitos. Etcétera.

Podemos comparar a Confucio con Rudyard Kipling, dado que ambos eran funcionarios de un imperio. Si el materialismo científico describía todo lo que hay en la vida, el

poema de Kipling «Si» sería la última palabra sobre la forma de dirigir la vida, y la filosofía esotérica no tendría nada que enseñarnos.

> Y si puedes obligar a tu corazón, a tus nervios y a tus músculos
> a servirte en tu camino mucho después de que hayan perdido su fuerza,
> excepto La Voluntad que les dice «¡Continuad!».
> […] si puedes emplear el inexorable minuto
> recorriendo una distancia que valga los sesenta segundos
> tuya es la Tierra y todo lo que hay en ella,
> y lo que es más, serás un hombre, hijo mío.

El problema es que, aunque quizá haya veces en que lo mejor es intentarlo con todas las fuerzas y no rendirse, otras veces, como Orfeo descubrió en carne propia, es prudente rendirse y dejarse llevar. A veces, cuando se intenta atrapar lo que se quiere, simplemente se lo aleja aún más. En ocasiones, la única forma de conservar algo es dejarlo ir. Como dice Lao-tsé:

> Dado que el despierto se pone detrás, da un paso adelante.
> Al ceder, gana.
> Al ser altruista, se siente realizado.
> La tranquilidad domina la inquietud.

Treinta años después de la muerte de Pitágoras, un enorme ejército persa dirigido por Jerjes asedió Grecia. A principios del siglo v a. J.C., los atenienses derrotaron e hicieron retroceder a las fuerzas persas en la batalla de Maratón y, después, mediante la alianza de Atenas y Esparta, en Micale.

Pitágoras había institucionalizado el debate abierto de opciones y la toma de decisiones colectiva sobre asuntos que afectaban a toda la comunidad, lo que actualmente denominamos política. De ahí (y en el espacio creado por la alianza de Atenas y Esparta) surgiría el carácter único de la ciudad-estado griega de Atenas.

14. LOS MISTERIOS DE GRECIA Y ROMA

Los Misterios Eleusinos • Sócrates y su demonio • Platón el mago • La identidad divina de Alejandro Magno • Los césares y Cicerón • El auge de los magos

Si en los atenienses vemos el don de la libertad de pensamiento individual, en Esparta vemos el desarrollo de la voluntad, la ventaja competitiva y la admiración de los hombres fuertes, hasta el punto de idealizarlos. Los héroes sentaron las bases del florecimiento de la cultura griega, que en el siglo v a. J.C. empezó a establecer los cánones de la belleza de las formas y el rigor del intelecto que hemos aspirado a igualar desde entonces.

Era la Grecia de los grandes iniciados: los filósofos Platón y Aristóteles, el poeta Píndaro y los dramaturgos Sófocles y Eurípides.

La más famosa de todas las escuelas mistéricas griegas estaba en Eleusis, una aldea a varios kilómetros de Atenas. Cicerón, el político romano —que a su vez era iniciado—, afirmaría que los Misterios Eleusinos y lo que surgió de ellos fue lo mejor que Atenas había dado al mundo civilizado.

Eleusis viene de *elauno*, que significa «llego» en el sentido de «devengo», «nazco». Aunque ahora no queda prácticamente nada en el santuario (tan sólo han sobrevivido unas cuantas piedras dispersas y un par de paneles del interior), una descripción de la época habla de un muro exterior de piedra gris azulada que pasaba inadvertido. En el interior había estatuas pintadas y frisos de diosas, haces de grano y flores de ocho pétalos. En un relato se dice que había una abertura en el techo del sanctasanctórum que constituía la única fuente de luz.

Los misterios menores, celebrados en primavera, incluían ritos de purificación, así como adaptaciones teatrales de las vidas de los dioses. Una estatua de un dios coronado con mirto

y portando una antorcha se llevaba en una procesión acompañada de danzas y cánticos. Se sacrificaba al dios, que permanecía muerto durante tres días. Cuando se representaba al dios sacrificado resucitando de entre los muertos, los hierofantes y candidatos gritaban: «¡Iacos! ¡Iacos! ¡Iacos!»

Estas celebraciones también tenían un componente abiertamente sexual. Psello, un erudito bizantino, escribió que Venus aparecía saliendo del mar de entre representaciones en movimiento de los genitales femeninos, y que después se celebraba el matrimonio de Perséfone y Hades. Clemente de Alejandría contaba que se representaba la violación de Perséfone, y Atenágoras decía también que, durante esta interpretación dramática, extraña, violenta y casi surrealista, ella llevaba un cuerno en la frente, que simbolizaba tal vez el Tercer Ojo.



Panel que ha sobrevivido de Eleusis, en el que se muestra a Deméter y a un candidato a la iniciación.

También se decía que durante las ceremonias se vertía leche procedente de un cuenco de oro en forma de pecho. A un primer nivel, es evidente que esto se relaciona con el culto a la

Diosa Madre, pero, a un nivel más profundo, debería hacernos pensar que esas ceremonias se asociaban a la vida después de la muerte. Sabemos por Pitágoras que la Vía Láctea se concebía como un enorme río o tropa de espíritus. Los espíritus de la muerte, en forma de estrella, cruzaban la puerta de Capricornio y subían por las esferas antes de descender de nuevo al mundo material por la puerta de Cáncer. Píndaro afirmaba: «Afortunado el que ha visto los Misterios antes de ser enterrado bajo tierra, porque sabe lo que ocurre cuando se acaba la vida.» Sófocles decía: «Bienaventurados los que han visto los Misterios antes de morir. Tendrán vida tras la muerte. Todos los demás no experimentarán más que sufrimiento.» Plutarco, por su parte, sostenía que quienes mueren sienten por primera vez lo que los iniciados ya han experimentado.

Los misterios mayores, celebrados en el equinoccio de otoño o en fechas cercanas, iban precedidos de nueve días de ayuno, después de los cuales se daba a los candidatos a la iniciación una fuerte bebida llamada *kykeón*.

Por supuesto, el hecho de estar totalmente famélico puede provocar un estado de ensoñación, o al menos crear propensión a tener alucinaciones. Después de permanecer tanto tiempo en ayunas, el candidato bebía esa mezcla de cebada tostada, agua y aceite de poleo, que, tomada en determinadas cantidades, puede tener efectos narcóticos.

Se sabía que los misterios abocaban a los participantes a vivir experiencias sumamente intensas, a experimentar el miedo más atroz y los terrores y arrebatos más macabros. Plutarco describió lo que sentían los que estaban a punto de iniciarse como el pánico ante la muerte y, por supuesto, en cierto sentido eso era lo que les iba a pasar.

Imagine que hubiera presenciado interpretaciones dramáticas de aterradores hechos sobrenaturales en los misterios menores y ahora creyera que iban a pasar de verdad, que iba a participar en una representación dramática en la que lo iban a matar y, en cierto sentido, ¡iba a morir de verdad! La

crónica de Proclo sugiere que los candidatos eran atacados por veloces huestes de demonios terrenales. Aunque en esa época a los seres espirituales superiores, los dioses, les costaba mucho entrar en el reino material, que era denso, a los espíritus menores, como los demonios y los espíritus de los muertos, les resultaba relativamente fácil. Los demonios avergonzaban, castigaban y torturaban al candidato. En su *Descripción de Grecia*, Pausanias describe a un demonio llamado Eurínomo, de piel de un color negro azulado como la de las moscas, que devoraba la carne de los cadáveres en descomposición.

¿Debemos creer esto al pie de la letra? Como he mencionado antes, esas ceremonias de iniciación eran, en parte, un ritual y una dramatización, y, en parte, una sesión de espiritismo. El hecho de que las drogas influyeran en la invocación de esos demonios no implica necesariamente (desde un punto de vista idealista) que fueran ilusorios. Debemos recordar también que en la India rural siguen celebrándose ceremonias religiosas perfectamente respetables en las que se rinde culto a espíritus menores: pretas, bhutas, pisachas y gandharvas; ceremonias que consideraríamos sesiones de espiritismo en Occidente.

Las escuelas mistéricas querían proporcionar al candidato una auténtica experiencia espiritual, lo que en el contexto de la filosofía idealista implica sentir de un modo genuino los espíritus (primero los demonios y los espíritus de los muertos, y después los dioses).

Por supuesto, en el siglo V a. J.C., a un dios sin cuerpo material le costaba influir directamente en la materia (por ejemplo mover un objeto pesado). No obstante, los sacerdotes iniciados podían pronunciar palabras mágicas en el interior de una nube de humo que emanaba del fuego de sacrificio y a veces aparecía el rostro de un dios. Karl von Eckartshausen, el teósofo de finales del siglo XVIII, enumeraba las fumigaciones

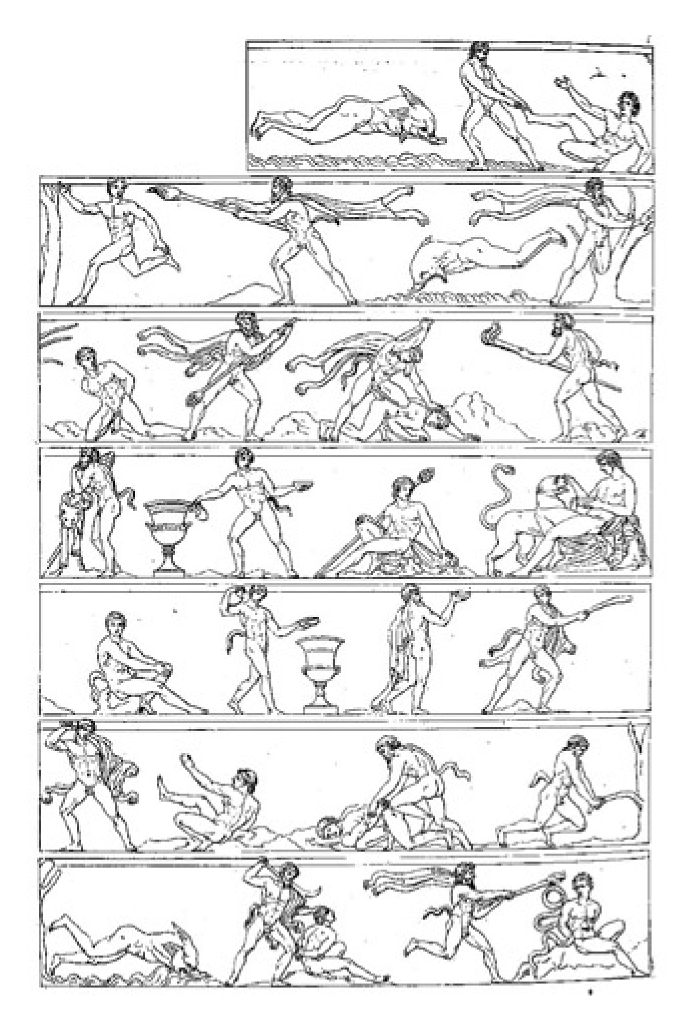
más eficaces para provocar apariciones: cicuta, beleño, azafrán, aloe, opio, mandrágora, salvia salorum, semilla de amapola, asafétida y perejil.

Las estatuas de aspecto asombrosamente real que han dado fama a Grecia, surgieron de las escuelas mistéricas. Originalmente, su función era ayudar a traer a los dioses a la Tierra.

A partir del uso anterior que se daba a las estatuas en Egipto y Sumeria, sabemos que el objetivo era que los dioses se introdujeran en ellas, las habitaran como si fueran su cuerpo físico y les insuflaran vida. Si uno se quedaba frente a la estatua de Artemisa, en Éfeso, la Madre Tierra se cernía sobre ti como si fuera un gran árbol. Se tenía la sensación de ser absorbido en la matriz vegetal del cosmos, el gran océano de olas de luz entrelazadas, y de fundirse en él.

Parecía que las estatuas respiraban, que se movían. Se decía que a veces hablaban.

Después de varias pruebas, se permitía que el candidato que las superaba con éxito subiera al reino empíreo, un lugar inundado de luz, música y danza. Dioniso (Baco o Iacos) se aparecía en una visión lumínica radiante y hermosa. Arístides, el orador, recordaba: «Creí sentir que el dios se acercaba, y lo toqué en un estado entre la vigilia y la ensoñación. Mi espíritu era muy ligero, de un modo que alguien no iniciado no entendería.» Al referirse a la liviandad de su espíritu está aludiendo a una experiencia extracorpórea. También parece evidente que en el clímax de las ceremonias de los misterios, los dioses ocupaban a veces cuerpos vegetales etéreos, de tal modo que se manifestaban en forma de fantasmas o espectros luminosos.



En la doctrina al revés de las sociedades secretas, los griegos crearon las primeras estatuas de cuerpos humanos perfectos, porque los cuerpos humanos sólo adquirieron una forma perfecta en ese momento de la historia. El culto griego al cuerpo surgió de la reciente experiencia de la forma perfecta.



También conocido como el Cetro de Hermes, el caduceo era una vara fina rodeada de dos culebras. El tirso era una representación del caduceo, hecho probablemente de un tallo hueco, como el del hinojo, en el que Prometeo transportó el fuego para iluminar a la humanidad. El tirso en el que se esconde el fuego sagrado secreto es el *Sushumna Nadi* de la fisiología oculta hindú. En el extremo superior de la vara había una piña que representaba la glándula pineal.

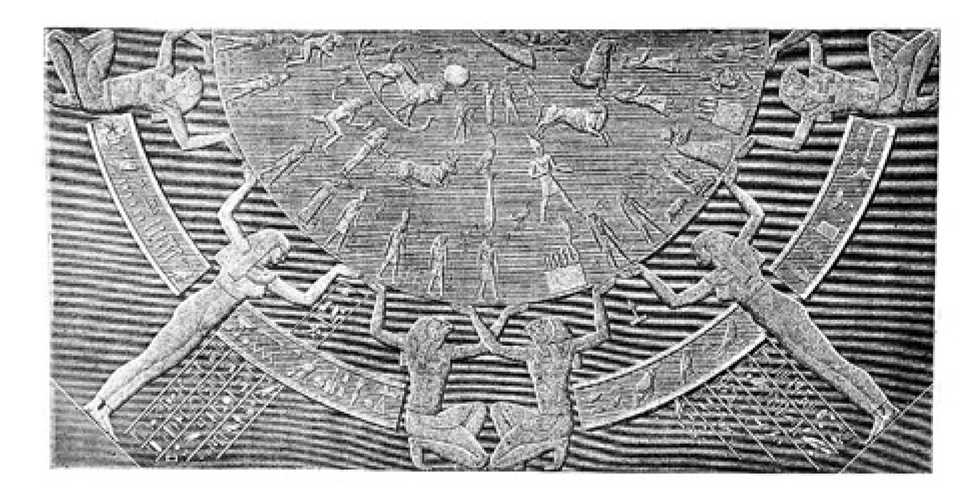
Por lo tanto, el proceso de iniciación confería el conocimiento directo, existencial e innegable de que el espíritu podía vivir fuera del cuerpo, y mientras se encontraba en ese estado, el candidato se convertía en un espíritu entre espíritus, un dios entre dioses. Cuando el iniciado «renacía» en el mundo material cotidiano, cuando se le coronaba como iniciado, retenía muchos poderes divinos de percepción y capacidades para influir en los acontecimientos.

Por consiguiente, la experiencia de la iniciación era mística. Sin embargo, como hemos visto en el caso de Pitágoras, se demostró que el conocimiento práctico, e incluso científico, también estaba implícito en esta experiencia. Tras la iniciación, el hierofante dilucidaba lo que acababa de experimentar el nuevo iniciado, dibujando las revelaciones de los arcanos a partir de un libro hecho con dos tablas de piedra, el llamado *Libro de la interpretación*. Explicaba cómo se habían formado el mundo material y el cuerpo humano material y el modo en que ambos eran dirigidos por los mundos espirituales. Para ayudarse en sus explicaciones, el hierofante usaba también símbolos, entre los que se incluían un tirso hecho con una caña, a veces con siete nudos y coronado por una piña. Asimismo, se valían de los «juguetes de Dioniso»: una serpiente dorada, un falo, un huevo y una tapa giratoria que emitía el sonido «om». Cicerón escribiría que, cuando se lograba entenderlos, los misterios ocultos guardaban más relación con la ciencia natural que con la religión.

En este proceso didáctico había también un componente profético. En la iniciación final de Eleusis se enseñaba al candidato una espiga de trigo desgranada que se sujetaba en

alto en silencio. A un primer nivel, los misterios se realizaban con fines agrícolas, para pedir buenas cosechas. Sin embargo, a otro nivel, se asociaban con la cosecha del alma.

Esa espiga de trigo era la estrella Spica (Espiga), la semilla divina que sujetaba con la mano izquierda la diosa virgen de la constelación de Virgo. Me refiero, por supuesto, a la diosa que los egipcios llamaban Isis. La espiga que sujeta simboliza el deseo de que llegue la gran «época de la siembra» cósmica. Se convertirá en el pan de la Última Cena, que simboliza el cuerpo vegetal de Jesucristo, así como la dimensión vegetal, o alteración del estado de conciencia en el que debemos sumirnos, según el cristianismo esotérico, si queremos encontrarlo allí.



La importancia de Spica en la Antigüedad queda demostrada por el hecho de que, aparte de Sirio, es la única estrella incluida en el famoso planisferio de Dandara, del que aquí se muestra una parte. La gran rueda cósmica tritura a todas las estrellas excepto a ésa, que se salva, justo en el exterior de su borde.





Grabados en gemas de Sileno y Sócrates.

De nuevo observamos que la dimensión vegetal del cosmos es el centro de la ideología esotérica. En la filosofía platónica, el alma es la mediadora entre el cuerpo material y el espíritu animal. Si queremos salir del mundo material y entrar en los mundos espirituales, el objeto de nuestra obra debe ser esa dimensión vegetal.

Los espíritus pueden influir en los acontecimientos de otras formas.

A todo aquel que contempla uno de los bustos de Sócrates que han sobrevivido le puede sorprender el carácter vívido y satírico de su fisonomía. En la tradición secreta, Sócrates era la reencarnación del gran espíritu que había habitado previamente en el cuerpo de Sileno.

A veces, Sócrates hablaba de su demonio, refiriéndose al espíritu bueno que lo guiaba por la vida. En la actualidad, esto podría parecer un concepto extraño. Sin embargo, quizá resulte ilustrativo el siguiente relato sobre el demonio en la época moderna. Se trata de un incidente que recordaba un alumno del filósofo esotérico ruso P. D. Ouspensky, que influyó en muchos de los grandes escritores y artistas del siglo XX, como el poeta y dramaturgo T. S. Eliot, el arquitecto Frank Lloyd Wright y los artistas Casimir Malevich y Georgia O'Keefe.



La muerte de Esquilo esculpida en una gema. A Esquilo, hijo de un sacerdote de Eleusis, se lo amenazó con ser ejecutado por haber revelado los secretos de los misterios al llevarlos a escena. Se libró de la ejecución alegando que nunca se había sometido a la iniciación, pero cuando una águila tiró una roca desde una gran altura, de tal forma que impactó en su cabeza calva y lo mató, muchos lo interpretaron como un justo castigo divino.

Ese hombre, abogado de profesión, había asistido a una conferencia de Ouspensky en una casa en la parte occidental de Londres. Se marchó andando, perplejo por lo que había escuchado y lleno de dudas. Pero en ese momento, una voz en su interior le dijo: «Si pierdes el contacto con esto, harás algo de lo que te arrepentirás el resto de tu vida.» Se preguntó de dónde saldría esa voz.

Finalmente, encontró la explicación en las enseñanzas de Ouspensky. La voz era su yo sublime. Se dio cuenta de que uno de los grandes propósitos del proceso de iniciación al que había acabado sometiéndose era alterar su conciencia de tal forma que fuera capaz de oír siempre su propia voz.

Sócrates fue un hombre que se dejó guiar así por su conciencia. Llevó a cabo el importante proyecto de transformar el saber instintivo del yo animal inferior en conceptos, y su filosofía, como la de Pitágoras, no es simplemente académica, sino que es también una filosofía de la vida. La finalidad de toda filosofía, decía, es enseñar a morir.

Existe cierta controversia, incluso en el seno de las propias escuelas mistéricas, respecto a si Sócrates era iniciado o no. Cuando se lo acusó de pervertir a la juventud ateniense y de no creer en los dioses, se suicidó bebiendo cicuta. Murió perdonando a sus verdugos.

El juramento de no cometer suicidio era uno de los más terribles que prestaban los iniciados.

Ahora es habitual decir que la religión ha tenido un efecto negativo, e incluso destructivo, en la historia de la humanidad. Se suele aludir a las guerras de religión, la Inquisición, la supresión del pensamiento científico y las actitudes

patriarcales restrictivas. Vale la pena recordar que algunas de las mayores glorias de la cultura humana se gestaron en las escuelas mistéricas, que formaban parte crucial de la religión organizada en la Antigüedad. De esta institución religiosa surgieron no sólo la escultura y el teatro, sino también la filosofía, las matemáticas y la astronomía, así como las ideas políticas y médicas. Las escuelas mistéricas influyeron sobre todo en la evolución de la conciencia.

La historia convencional da poca importancia a la evolución de la conciencia, pero la podemos ver de nuevo en acción si analizamos los cambios en el teatro griego. En las obras de Esquilo y Sófocles, los primeros dramaturgos cuyas tragedias se representaron fuera de las escuelas mistéricas, el mal provoca la persecución por parte de los demonios alados llamados Erinias o Furias (por ejemplo, en la *Orestea* de Esquilo del año 458 a. J.C.). En la obra de Eurípides, del año 428 a. J.C., *Hipólito*, esa reprimenda se había internalizado y se le había puesto nombre. «Sólo una cosa puede sobrevivir a todas las pruebas de la vida, una conciencia tranquila.»

En la historia convencional, se da por sentado que a la gente siempre le ha remordido la conciencia. Bajo ese punto de vista, Eurípides habría sido simplemente la primera persona que le puso nombre. En la ideología del revés y antagónica de la tradición esotérica, el motivo de que la existencia de la conciencia no apareciera en ninguna de las crónicas de la experiencia humana hasta ese momento, es que los Misterios Eleusinos forjaron esta nueva dimensión del ser humano.



Asombrosa estatua de un actor con una máscara. Aristófanes satirizó los misterios en *Las ranas*. Si la tragedia escenificaba las maquinaciones de Satanás en el mundo, la comedia representaba las de Lucifer.

El gran arte dramático demuestra como, a menudo, no sentimos exactamente lo que el protocolo dicta que deberíamos sentir. Nos muestra nuevas formas de ser, de sentir, de pensar, de desear, de percibir. Tomando prestada una frase de Saul Bellow, abre un poco más la condición humana.

Cuando presenciamos el teatro griego como espectadores, nos purgamos a través de la catarsis. Los dramaturgos griegos ofrecen a su público una vivencia parecida a la experiencia de la iniciación, y su forma de actuar se basa en una comprensión de la naturaleza humana que es fundamentalmente de carácter iniciático. Nuestro cuerpo animal se ha corrompido. Se ha endurecido y lleva una especie de caparazón protector. Sin embargo, nos sentimos cómodos con ese caparazón, e incluso llegamos a depender de él. Pero tras mucho derramamiento de sangre, torturas, robos e injusticias, nuestra vida también se ha vuelto fácil y placentera, y en el fondo lo sabemos. Por lo tanto, en nuestro interior albergamos un odio hacia nosotros mismos que evita que disfrutemos plenamente el momento, que vivamos la vida al máximo. No podemos amar ni ser

amados de verdad hasta que ese caparazón de insecto se rompe y se abre mediante el agonizante proceso de la iniciación. Hasta que llegamos a ese punto ignoramos cómo se supone que debe ser la vida.

La representación de una de las tragedias inspiradas por la experiencia de la iniciación (por ejemplo, *Edipo rey* o *El rey Lear*), es posible que recordemos en cierto modo ese proceso.

Si cuesta entender, y aceptar, algunas de las ideas de los griegos, otras pueden parecer bastante evidentes, incluso banales, a simple vista; hasta el punto de que se podría llegar a pensar que casi no vale la pena ni mencionarlas. Algunas sentencias atribuidas a Pitágoras que han sobrevivido son las siguientes: «Por encima de todo, respétate a ti mismo» y «Resiste a la tentación salvo cuando estás de acuerdo en ser desleal contigo mismo».

Para entender por qué estas máximas son fascinantes, incluso sorprendentes, revolucionaron el mundo y, en consecuencia, se han recordado con el paso de los años, tenemos que ponerlas en el contexto del florecimiento de un nuevo sentido del yo.

Asimismo, cuando Sócrates afirmó: «Una vida sin examen no merece ser vivida», se dirigía a gente que hasta ese momento no había tenido capacidad de contemplar su vida aplicando una forma de pensar abstracta. Ése fue el gran regalo de Sócrates al mundo.

Tras la muerte de Sócrates, su alumno Platón se convirtió en el protagonista de la filosofía griega.

Platón nació en el año 428, en el seno de una de las primeras generaciones a las que se enseñó sistemáticamente a leer. Fundó la Academia en el jardín de la tumba de Academo, en Atenas.

Sus *Diálogos* son la expresión por excelencia de la filosofía, llamada idealismo, basada en el concepto de que la mente precedió a la materia, y que es la clave de este libro.

Hasta este momento, en la historia secreta, todos sin excepción habían concebido el mundo de un modo idealista. Al ser ésa la conciencia colectiva, Platón no pondría en duda que las ideas son una forma de la realidad superior a los objetos. Todo el mundo lo creía así instintivamente, espontáneamente. Tan sólo hizo falta que un gran iniciado conceptualizara la cosmovisión idealista y la pusiera por escrito de forma sistemática en un momento en que la conciencia había evolucionado hasta una fase en la que la gente era capaz de concebir el punto de vista opuesto. El alumno de Platón, Aristóteles, fue el responsable de los avances filosóficos que darían lugar al materialismo, la filosofía dominante en la actualidad.

Es fácil que no interpretemos bien el idealismo de Platón. A nosotros nos parece lógico deducir que si el mundo material surgió de nuestros procesos mentales, deberíamos ser capaces de manipularlo de un modo muy evidente y directo con tan sólo pensar en él. De hecho, si el mundo no es más que una especie de holograma gigante, ¿no podría simplemente desconectarse? En el *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*, el obispo Berkeley, el filósofo del idealismo más influyente en lengua inglesa, abogaba por una versión del idealismo según la cual la materia no existe de forma independiente de la percepción (ésta es la versión del idealismo con la que están más familiarizados los estudiantes de filosofía de las universidades angloamericanas).

Sin embargo, a lo largo de la historia, no ha sido la postura que ha adoptado la gran mayoría de gente que creía en el idealismo. Como he sugerido, esos individuos concebían el mundo de un modo idealista. Su capacidad de imaginar era mucho mayor que su capacidad de pensar, que en aquel momento estaba tan sólo en los albores de su desarrollo. Creían que los objetos de la imaginación era más reales que los objetos de los sentidos, aunque eso no implica necesariamente que estos últimos fueran totalmente irreales.

En el transcurso de la historia, la mayoría de la gente que creía en el idealismo como filosofía de vida consideraba que la materia había emanado de la mente a través de un proceso histórico gradual, que había durado muchísimo tiempo. También creían, y siguen haciéndolo, que el holograma se desconectará, por así decirlo, pero de nuevo de forma gradual y en períodos de tiempo igual de prolongados.

En la actualidad, es probable que a los estudiantes universitarios que debaten las ventajas y desventajas del idealismo les cueste relacionar las ideas platónicas con los dioses y ángeles, tal como nosotros hemos estado haciendo. Esta asociación se arriesga a parecer toscamente antropomórfica para la sensibilidad moderna.

No obstante, reiteramos que, a lo largo de la historia, quienes han creído en el idealismo como filosofía de vida han tendido siempre a creer en los espíritus, los dioses y los ángeles.

Al considerar las grandes ideas cósmicas que se entrelazan en el mundo, los principios activos que hay tras el aspecto de las cosas, muchos idealistas se han preguntado hasta qué punto es adecuado considerarlas seres conscientes como nosotros. Idealistas como Cicerón y Newton han considerado que estos *Intelligencers* (inteligentólogos), por usar el nombre que les daba Newton, no eran puramente impersonales ni personales. Cicerón y Newton tampoco eran puramente politeístas ni monoteístas. Pensaban que la vida tenía sentido y que el cosmos era algo intencionado. Así, creían que en la estructura del cosmos hay integrado algo parecido a las cualidades humanas; de hecho, algo parecido a la conciencia humana.

Y lo que es clave es que los iniciados de las sociedades secretas, al igual que los de las escuelas mistícas, se reunían con esos inteligentólogos incorpóreos en un estado de conciencia alterado. Tal vez sea Goethe quien mejor expresa lo que se siente al ser un idealista en la época moderna. Escribe

sobre el hecho de sentir la presencia real de interconexiones vivas con el mundo natural y conexiones vivas con otra gente, aunque tales conexiones no sean mensurables ni visibles. Lo más importante es que escribe sobre los grandes espíritus universales que lo mantienen todo unido. Goethe llama «las Madres» a lo que Newton denomina *Intelligencers*:

> Todos nos movemos en el misterio. Vivimos rodeados por una atmósfera sin saber cuántas cosas se agitan en ella ni qué relación guardan con nuestro espíritu. Una cosa es segura: que en situaciones especiales, las antenas de nuestra alma pueden ir más allá de sus fronteras físicas […]. Un alma también puede actuar sobre otra en silencio y por su mera presencia, algo de lo que podría contarle varios casos. Muchas veces, caminando sin hablar junto a algún viejo conocido mío mientras cavilaba sobre algo, me ha sucedido que éste se ponía a hablar justo en ese momento de lo mismo en lo que yo estaba pensando. Así, también tuve ocasión de conocer a un hombre que, sin mediar palabra y por la mera fuerza de su espíritu, era capaz de hacer callar de repente a todo un grupo de personas sumidas en una alegre conversación […]. En todos nosotros hay alguna fuerza eléctrica o magnética, y, al igual que un imán, ejercemos una fuerza de atracción y otra de repulsión […]. Entre dos personas que se aman, esta fuerza magnética es especialmente fuerte, y actúa incluso a distancia […]. Durante mi juventud, viví muchos casos en los que, en mis paseos en solitario, me sobrevenía una poderosa y repentina añoranza por una joven a la que amaba, y sólo tenía que pensar en ella el tiempo necesario para que, efectivamente, me saliera al encuentro. «Me sentía inquieta en mi habitación —me decía ella—. No pude evitarlo, no tuve más remedio que venir hacia aquí.»

Goethe explicaba, a continuación, las vívidas asociaciones que subyacen en esos fenómenos.

> Así, persistiendo en una oscuridad y soledad eternas, las Madres son seres creadores, son el *principio creador y conservador* del que parte todo lo que tiene forma y vida sobre la superficie de la tierra. Todo aquello que cese de respirar regresará a ellas dotado de una naturaleza espiritual, y ellas lo conservarán hasta que tenga ocasión de volver a una nueva existencia. Todas las almas y las formas de lo que algún día fue y de lo que volverá a ser en el futuro flotan como una nube de un lado a otro por el espacio infinito de su morada. Esta nube rodea a las Madres, por lo que el mago no tiene más remedio que adentrarse en su reino si es que, por medio de sus artes, pretende dominar la forma de un ser […].

En el siglo V a. J.C., Esparta y Atenas lucharon por hacerse con el poder. En el siglo IV fueron anexionadas por Macedonia, gobernada por el robusto Filipo II. Plutarco advertía que el hijo de Filipo, Alejandro, nació el mismo día del año 356 a. J.C. en que el templo de Éfeso fue incendiado por un lunático.

Cada escuela de los misterios enseñaba conocimientos propios exclusivos, motivo por el que Moisés y Pitágoras se iniciaron en más de una. Los hierofantes de la escuela mistérica anexa al templo de Éfeso enseñaban los misterios de la Madre Tierra, los poderes que dan forma al mundo natural. En cierto sentido, el espíritu de esta escuela entró en Alejandro al nacer, de tal modo que se pasaría toda la vida tratando de identificar ese elemento divino en su interior.

Un día, el apuesto y valiente muchacho de mirada ardiente y melena de león domó a un magnífico aunque feroz caballo llamado *Bucéfalo* que ninguno de los generales de Filipo podían siquiera montar.

Su padre buscó la mente más brillante del momento para que se convirtiera en el tutor de su hijo, y eligió al alumno más destacado de Platón, Aristóteles. Alejandro y el anciano se reconocieron mutuamente como espíritus afines.

Tan pronto como Platón dio expresión formal y conceptual al idealismo, se hizo inevitable formular rápidamente lo contrario. En vez de deducir la verdad del mundo a partir de principios inmateriales y universales, Aristóteles recopiló y clasificó los datos del mundo material. Dedujo leyes físicas mediante un proceso de abstracción. Así, Aristóteles pudo inventar una forma totalmente nueva y moderna de describir los poderes ocultos que dan forma a la naturaleza. A menudo se dice que el Imperio romano sirvió para canalizar la propagación del cristianismo, y del mismo modo, Alejandro creó el mayor imperio del que el mundo ha sido testigo hasta ahora. Por lo tanto, ésta fue la vía para canalizar la filosofía aristotélica.

Filipo fue asesinado cuando su hijo tenía sólo veinte años, pero Alejandro se afianzó de inmediato como audaz gobernante y como invencible jefe militar. En el año 334 a. J.C. entró en Asia con su ejército, derrotando a los persas en la batalla de Issos, a pesar de ser superados en número en una proporción de diez a uno. Después atacó Siria y Fenicia, antes

de conquistar Egipto, donde fundó la ciudad de Alejandría. Allí adonde iba, fundaba ciudades-estado basadas en el modelo griego, extendiendo tanto la política como la filosofía griegas.

Parte de la misión de Alejandro era evitar que la recién desarrollada conciencia, forjada por iniciados como Platón y Eurípides, se hundiera bajo el mayor nivel de riqueza, esplendor y poder militar de Asia. Más específicamente, quería evitar que el nuevo racionalismo fuera aniquilado por la antigua clarividencia ritualística y la conciencia gráfica.

En el 331 a. J.C., Alejandro derrotó de nuevo a los persas, destruyendo su antigua capital de Persépolis, antes de seguir avanzando hasta Afganistán y, finalmente, hasta la India. Allí deliberó con los filósofos brahmanes, los descendientes de los rishis. Tras permitirles convertirse en espectadores de los ritos sagrados de iniciación de los brahmanes, los propios sacerdotes de Alejandro se asombraron de ver lo similares que eran aquellas ceremonias a las suyas propias.

Se cuenta que Alejandro envió a un filósofo griego para que un profesor brahmán acudiera a su presencia, ofreciéndole grandes recompensas si lo hacía y amenazando con decapitarlo si se negaba. Finalmente, el filósofo localizó al brahmán en las profundidades del bosque, y obtuvo la siguiente respuesta, un tanto vaga: «Los brahmanes no tememos a la muerte ni anhelamos el oro. Dormimos profunda y sosegadamente sobre las hojas del bosque. Cualquier posesión material no haría más que alterar nuestro sueño. Nos movemos libremente por la superficie de la Tierra, pacíficamente, y todas nuestras necesidades están cubiertas como por la madre que amamanta a su bebé.»

Para Alejandro, ese rechazo fue algo insólito. Hasta casi el final de su vida, nadie pudo interponerse en su camino. Como ha sucedido sólo en contadas ocasiones en la historia, un individuo parecía capaz de someter a todo el mundo a su voluntad.

Como he sugerido, toda la vida de Alejandro puede concebirse como una búsqueda para entender los orígenes de ese poder divino. En diferentes momentos, algunas tradiciones consideraban que tanto Perseo como Hércules eran sus antecesores. Aristóteles había dado a Alejandro una copia de la *Ilíada* de Homero, que se aprendió de memoria, y a veces se consideraba a sí mismo un semidiós como Aquiles. En el año 332 a. J.C. organizó una expedición al templo de Amón, en el oasis del desierto de Siwa, a unos ochocientos kilómetros al oeste de Menfis, en Egipto. Se dice que en esa incursión estuvo a punto de morir aunque es posible que se tratara de una «muerte mística». Lo que es seguro es que fue «reconocido» por los sacerdotes y allí se inició.

A veces se especula con que los sacerdotes tal vez le dijeron a Alejandro que era hijo de Amón-Zeus. De hecho, se supone que los cuernos ceremoniales que acostumbraba ponerse después simbolizaban ese parentesco. En algunos países que conquistó se le recordaba como un hombre cornudo. En el Corán aparece como Dhul-Qarnayn, que significa «el de dos cuernos». Sin embargo, según la historia secreta, estos cuernos pertenecen a un cazador al que ya hemos conocido, y los dos amigos del alma Gilgamesh y Enkidu, separados por la inoportuna muerte de este último, se reunieron al reencarnarse en Alejandro y Aristóteles.

Con tan sólo treinta y tres años, Alejandro ignoró las advertencias de los astrólogos de Babilonia de que no atravesara las puertas de la ciudad. Al cabo de dos semanas, murió de fiebres. Pronto se haría evidente que el imperio de Alejandro se había mantenido unido únicamente por su magnetismo personal.

El budismo surgió hacia el año 200 a. J.C. como la primera religión misionera y proselitista. Antes de esa fecha, la religión en la que se creía venía determinada por la raza o la tribu a la que se perteneciera. Sin embargo, la humanidad estaba cambiando. Para los no iniciados, los mundos espirituales eran una visión que se iba desvaneciendo, dejando

débiles huellas que costaba identificar con certeza, difíciles de discernir. Inspirados por Pitágoras, Sócrates, Platón y Aristóteles, la gente estaba desarrollando la capacidad de pensar de un modo deductivo e inductivo. Eran capaces de sopesar los argumentos de ambas partes.

En el año 140 a. J.C., Roma era la capital mundial, además de un torbellino de ideas. Cada ciudadano tenía diferentes corpus de creencias entre los que elegir: el culto oficial a los dioses planetarios, la veneración neoegipcia de Serapis, el epicureísmo, el estoicismo, la filosofía de los peripatéticos y el culto persa de Mitra. Sin duda, los monjes budistas y los brahmanes indios habían llegado a Alejandría.



Virgilio en un cuadro del artista suizo Henry Fuseli. Virgilio fue el gran poeta iniciado de la fundación y el destino de Roma. La *Eneida*, 748-751, alude a la doctrina de la reencarnación, del deseo del espíritu de volver al cuerpo después de un milenio.

Por primera vez en la historia, decantarse por uno de estos sistemas de creencias podía ser una elección personal. Se podía profesar uno de ellos en función de las evidencias de que se dispusiera, o se podía optar por aquel en el que realmente se

quería creer. Por lo tanto, con el auge del Imperio romano, llegamos a una época en la que reinaba una fe falsa, un cinismo y un culto consciente de la sensibilidad que eran totalmente nuevos.

Cuando pensamos en Roma, nos viene a la mente la sofisticación y el esplendor, pero también la paranoia. Si comparamos la Grecia de Pericles con la Roma de los césares, nos damos cuenta de que en esta última se da el mismo tipo de pompa prepotente, de complejos e imponentes rituales de humo, incienso y sonoros címbalos que se habían usado antes para hipnotizar al pueblo a fin de que obedeciera a Baal. Ahora, se usaba para aturdir al pueblo de manera que creyeran que varios miembros extraños y egocéntricos de las élites dominantes eran, de hecho, dioses.

Los césares obligaron a las escuelas mistéricas a iniciarlos. Mientras eran adoctrinados, descubrieron las antiguas enseñanzas iniciáticas sobre el dios Sol.

Julio César acabó con los druidas porque enseñaban los Misterios Solares (que el dios Sol iba a regresar pronto a la Tierra). De forma similar, Augusto prohibió la astrología no porque no creyera en ella, sino porque estaba preocupado por lo que los astrólogos pudieran ver escrito en el cielo. Si la gente no podía leer las señales de la época, tal vez lograra salirse con la suya y autoproclamarse la personificación del dios Sol. Como iniciado, Calígula sabía cómo comunicarse con los espíritus lunares en sueños, pero al haber sido iniciado por la fuerza y sin la preparación adecuada, no podía identificarlos correctamente. Calígula se referiría a Júpiter, Hércules, Dioniso y Apolo como sus hermanos dioses, presentándose a veces con extravagantes atuendos para parecerse a ellos. El reino de locura de Nerón llegó a su punto álgido cuando se dio cuenta de que, a pesar de todo, no era el dios Sol. Prefirió quemar todo el mundo hasta reducirlo a cenizas que permitir que llegan a existir otro individuo más importante que él.

El asno de oro de Apuleyo es una de las obras iniciáticas más importantes del período romano, e incluye una magnífica historia sobre la vida del espíritu. *Psique y Cupido* contiene advertencias ya familiares y bastante convencionales sobre los peligros de la curiosidad, pero también tiene un sentido esotérico e histórico.

Psique es una hermosa e inocente joven. Cupido se enamora de ella y envía a sus mensajeros para pedirle que se reúna con él por la noche, en su palacio en lo alto de una montaña. ¡Ella va a hacer el amor con un dios! Pero hay una condición: deben hacerlo en la más absoluta oscuridad. Psique debe tener fe en que está gozando del amor divino.

Sin embargo, su hermana mayor, que está celosa, se mofa de ella diciéndole que no va a hacer el amor con un apuesto y joven dios, sino con una repugnante serpiente gigante. Una noche, Psique no puede resistirlo más y, mientras Cupido se halla adormecido tras el coito, ella le ilumina el rostro con una lámpara de aceite, llevándose una grata sorpresa al descubrir a un joven dios muy apuesto. Pero en ese momento, al dios le cae una gota de aceite hirviendo y se despierta. Psique es echada de su presencia para siempre.



El asno de oro, en el que se incluye la historia de Cupido y Psique, es un bonito libro, escrito por un iniciado en un tono jocoso que se anticipa a Rabelais. Pero también es una producción conscientemente literaria. En él, ya no está presente la

gran sinceridad monolítica de las antiguas escuelas mistéricas.

Esta historia tiene un doble sentido: el dios es en realidad una repugnante serpiente. Se trata de la historia de los nefilim, de la entrada en la humanidad de la serpiente del deseo animal, pero ¡contada desde el punto de vista humano!

Las escuelas mistéricas estaban en decadencia. Como hemos visto, las excavaciones de la entrada a los infiernos, en Baia, al sur de Italia, revelaron la existencia de pasadizos secretos y trampillas que ayudaban a convencer a los candidatos de que estaban viviendo experiencias sobrenaturales. En la más absoluta oscuridad, en medio del humo y los efectos provocados por las drogas, sacerdotes disfrazados de dioses surgían de entre la penumbra y se acercaban a los candidatos aturdidos por los alucinógenos. Robert Temple ha reconstruido las ceremonias de iniciación de esta fase tardía y decadente. En su mayor parte consistían en aterrorizadores efectos especiales, que incluso utilizaban marionetas, como los del tren de la bruja actual. La diferencia radicaba en que, al final de la ceremonia, cuando se volvía a salir a la luz del día, los sacerdotes interrogaban al iniciado y, a menos que éste creyera sus interpretaciones ilusorias sin el menor asomo de duda, lo mataban.

Los romanos genuinos, los auténticos iniciados, se retiraron a escuelas más clandestinas, que actuaban al margen del culto oficial. El estoicismo se convirtió en la expresión externa del impulso iniciático de la época, el punto álgido de evolución intelectual y espiritual. Cicerón y Séneca, ambos profundamente comprometidos con esa escuela, trataron de atemperar el egocentrismo de sus amos políticos. Intentaron argüir que todos los hombres eran hermanos desde que nacían, y que debía liberarse a los esclavos.

Cicerón fue un educado e inteligente político, uno de los principales protagonistas de la reforma del Imperio romano. Consideraba que su iniciación en Eleusis había sido una de las

grandes experiencias formativas de su vida. Según decía, le había enseñado a vivir con júbilo y morir con optimismo.

Aunque Cicerón veía con recelo las supersticiosas y vanas creencias de la plebe en dioses venales, se mostraba tolerante al respecto. Opinaba que incluso el más ridículo de los mitos, podía interpretarse de un modo alegórico. En *Sobre la naturaleza de los dioses* realiza una vehemente exposición de la idea estoica del espíritu en movimiento del universo, la fuerza orientadora que hace que las plantas busquen alimento en la tierra, y que dota a los animales de sensibilidad, movimiento e instinto para buscar lo que es bueno para ellos, algo muy parecido a la razón. Este mismo espíritu en movimiento del cosmos proporciona a la gente «sentido común, y una inteligencia superior a la de los propios dioses». No había que pensar que esos dioses tuviesen un cuerpo como el nuestro, «sino que van vestidos de un modo sumamente etéreo y hermoso». También escribe que «podemos percibir su propósito superior y profundo en el movimiento de las estrellas y los planetas».

Cuando las maquinaciones políticas de Roma alcanzaron finalmente a Cicerón, éste, estoicamente, se descubrió el cuello ante la espada del centurión.

Séneca también creía en esa simpatía cósmica de los estoicos, y en la capacidad de los adeptos de utilizarla para sus propios fines. Su obra *Medea* menciona, probablemente, fórmulas mágicas reales usadas por los nigromantes de la época. En ella se presenta a una Medea capaz de dirigir con tanta fuerza su odio concentrado que puede cambiar la posición de las estrellas.

En esta Era de Desencanto se pudo plantear, por primera vez, que tal vez los dioses no existían. Entre la élite intelectual, los epicúreos formularon las primeras filosofías materialistas y ateístas. Lo que perduró fue la creencia en los niveles inferiores de los espíritus, de los muertos y de los

demonios. Si se leen relatos literarios de la época, como los Evangelios del Nuevo Testamento, se comprueba que el mundo sufría una epidemia de demonios.

Mientras que la élite intelectual se planteaba el ateísmo, el pueblo llano se interesaba por las formas atávicas de ocultismo basadas en el hecho de que los demonios y otras formas inferiores de vida espiritual se ven atraídos por el humo y las emanaciones de los sacrificios sanguinarios.

El sumo sacerdote del Templo de Jerusalén llevaba campanillas cosidas a su túnica para que los duendes que vivían en las sombras pudieran oírle llegar y ocultar sus repugnantes siluetas. El Templo necesitaba un enorme y complejo sistema de drenaje para dar salida a los miles de litros de sangre procedente de sacrificios que fluía por él cada día.

En todo el mundo se tomaban medidas cada vez más desesperadas. En sus escritos, Plutarco criticaba de tal modo el sacrificio humano, que daba a entender que era una costumbre.

En Sudamérica, en una macabra parodia, fue crucificado un nigromante.

15. EL REGRESO DEL DIOS SOL

Los dos niños Jesús • La misión cósmica • La Crucifixión en Sudamérica • El matrimonio místico de María Magdalena

En Palestina, la historia mundial había dado un gran giro. Puesto que ya no se creía que los dioses estuvieran «allí fuera», en el mundo material, era necesario que bajara a la Tierra el dios Sol, la Palabra. Como estamos a punto de ver, su misión era plantar en la mente humana las semillas de una vida interior que se convertiría en el nuevo espacio para la experiencia espiritual. Esa siembra daría lugar a la sensación que tenemos todos de que cada uno posee un «espacio interior».

El plan cósmico era que los espíritus humanos lograran la individualidad, fueran capaces de pensar con libertad, de ejercer su libre albedrío y de elegir a quién amar. Para hacerlo posible, la materia se fue densificando hasta que cada espíritu personal se aisló finalmente en el interior de su propio cráneo. Así, el pensamiento y la voluntad humanas ya no estaban bajo el control total de los dioses, los ángeles y los espíritus, como había sucedido milenios antes, en la época del sitio de Troya.

Sin embargo, esa evolución no estaba exenta de peligros, ya que la humanidad no sólo podía desconectarse completamente del mundo espiritual, sino que se corría también el riesgo de que los humanos se desconectasen totalmente entre sí.

Sobrevino una importante crisis. Los individuos ya no se sentían como seres espirituales porque el espíritu humano estaba en peligro de extinción. El vínculo amoroso que unía a tribus y familias, un amor consanguíneo instintivo y psíquico como el que une a las manadas de lobos, se había debilitado en los cráneos recién endurecidos, en los nuevos pueblos y ciudades.

Siguiendo la evolución hacia el sentido de identidad individual, hemos tratado brevemente la ley de Moisés, unas normas de convivencia observadas rigurosamente, un ojo por ojo, diente por diente. También hemos mencionado la obligación de sentir compasión por todo lo vivo que predicaba Buda. En ambas tradiciones hemos visto los inicios de la obligación moral como camino de disciplina y desarrollo personal. Ahora, los estoicos romanos planteaban el estatus político y legal individual en forma de derechos y obligaciones.

Irónicamente, conforme se forjaba la identidad humana individual, se iba perdiendo en gran medida la sensación de que valía la pena vivir la vida. Los baños de sangre en el Coliseo no daban muestras del valor, y menos aún de la inviolabilidad, de la vida humana personal.

Es probable que Jesús ben Pandira, líder de los esenios, predicara pureza y compasión universal, pero desde el punto de vista de un movimiento que postulaba la desvinculación total del mundo. Es probable que los estoicos defendieran la responsabilidad, pero lo consideraban una obligación pura y dura. «Nunca dejes que el futuro te altere —solía argumentar el emperador estoico Marco Aurelio como filosofía vital—. Lo afrontarás, si es necesario, con las mismas armas de la razón con las que vas armado hoy para enfrentarte al presente.» Estas palabras favorecen la lasitud.

La propia humanidad se sintió arrastrada por una ola de sufrimiento. Podemos imaginar que la gente anhelase que alguien dijera: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso» (Mt. 11, 28).

Hemos visto que al candidato a la iniciación se le mostraba una espiga de trigo verde en el sanctasanctórum del templo de Eleusis y se le enseñaba a esperar con impaciencia la época de la siembra. En el sanctasanctórum de los templos egipcios importantes se mostraba a los candidatos cómo Isis amamantaba al bebé Horus. Este segundo Horus, este futuro

Horus, sería un nuevo rey de los dioses que traería un nuevo designio divino. Se lo llamaba el Buen Pastor, el Cordero de Dios, el Libro de la Vida, y la Verdad y la Vida. Isaías había ordenado a su pueblo seguir los designios del Señor. Les prometió la absolución de sus pecados tras haber tenido una visión de la llegada del Mesías. En la cuarta Égloga, el poeta iniciado romano Virgilio predijo la llegada del dios hombre, el Sabio. Afirma que la Edad de Oro volverá cuando su primogénito descienda de las alturas, y que todas las huellas de nuestra maldad en el pasado se desvanecerán.

De hecho, la vida de Jesucristo, tal como nos ha llegado, podría parecer una mezcla de episodios de las vidas de quienes le precedieron: hijo de un carpintero y una Virgen, como Krisna; nacido el 25 de diciembre, como Mitra; anunciado por una estrella de Oriente, como Horus; podía caminar sobre las aguas y dar de comer a cinco mil personas de un pequeño cesto, como Buda; realizaba milagros y sanaba, como Pitágoras; resucitó de entre los muertos, como Eliseo; fue ejecutado en un madero, como Adonis; subió a los cielos, como Hércules, Enoch y Elías.

Cuesta encontrar un hecho o dicho atribuido al Jesús de los Evangelios que no se hubiera presagiado de una u otra forma. Cualquiera que tenga tendencia al pensamiento destructivo se decantará por considerar que esto constituye una prueba de que su vida era pura ficción. Sin embargo, en la historia secreta, el suyo es un movimiento universal de convergencia, ya que todo el cosmos se estaba esforzando para dar a luz al nuevo dios Sol.

Si nos fijamos en la magnífica imagen que se tiene de la Natividad, tal como se ha representado en las muestras artísticas más importantes de la historia, y se descodifica según la doctrina secreta, podemos comprobar como toda la historia secreta ha tendido hacia ese punto.

En María deberíamos destacar la presencia de Isis; cuando el sol salía en la constelación de Piscis, el signo de Jesús, la constelación en el horizonte contrario era la de Virgo. En José, el patriarca que lleva una vara, vemos a Osiris (la vara simboliza el Tercer Ojo). La cueva en la que a menudo se representa el nacimiento de Jesucristo es el huesudo cráneo en el que está a punto de tener lugar un nuevo milagro de la conciencia. El bebé en el pesebre tiene el luminoso cuerpo vegetal de Krisna. El buey y el asno representan las dos eras que han llevado a la nueva Era de Piscis, las de Tauro y Aries. La estrella que guía a los reyes magos es el espíritu de Zaratustra («la estrella dorada»). Uno de los magos es Pitágoras reencarnado, y los tres han recibido la iniciación de manos del profeta Daniel. El ángel que anuncia el nacimiento a los pastores es el espíritu de Buda.

En ocasiones, la tradición secreta es propensa a concebir las cosas con una simplicidad tan ingenua como la de un niño.

Los dos evangelios que narran la infancia de Jesús, el de san Lucas y el de san Mateo, ofrecen crónicas muy distintas, y de hecho incoherentes, que empiezan con las diferentes genealogías atribuidas a Jesús, la fecha y el lugar de su nacimiento, la adoración de los pastores en Lucas y la de los magos en Mateo. Esta distinción se mantuvo imperturbablemente en el arte de la Edad Media, aunque ahora se ha perdido. A pesar de que la Iglesia lo encubra, los teólogos con formación académica aceptan que en aquellos aspectos en que esos relatos se contradicen, al menos uno de ellos debe de ser falso (una conclusión que tal vez les resulte incómoda a quienes creen que las escrituras supieron de la inspiración divina).

En la tradición secreta no hay ningún problema, puesto que esos dos evangelios relatan la infancia de dos niños Jesús, los cuales tenían un misterioso parentesco. No eran gemelos, aunque parecían casi dos gotas de agua.

El *Pistis Sophia*, un relato gnóstico que data de la misma época que los libros canónicos del Nuevo Testamento (a los que algunos eruditos consideran que se les puede atribuir la misma autenticidad), incluye una extraña historia sobre esos dos niños.

María ve a un niño que se parece tanto a su hijo que, como es lógico, lo confunde con él. Pero entonces, ese niño la desconcierta al pedirle que le deje ver a su hijo, Jesús. Temerosa de que se trate de algún demonio, ata al niño a la cama y sale al campo a buscar a José y a Jesús. Los encuentra enderezando palos para colocar parras. Regresan los tres juntos a casa. Los niños se quedan mirando entre sí, asombrados, y se abrazan.

En la tradición secreta, el seguimiento del sutil y complejo proceso mediante el cual se unieron la forma y la conciencia humanas, encuentra un paralelismo en el seguimiento del proceso sumamente intrincado que dio lugar a la encarnación de la Palabra. En este relato, era necesario que uno de los dos niños Jesús, el que llevaba el espíritu de Krisna, de algún modo misterioso sacrificara su identidad personal por el bien del otro. La economía espiritual del cosmos le exigía hacerlo para que el superviviente, a su debido tiempo, estuviera preparado para recibir el espíritu de Cristo en el bautismo. Según el *Pistis Sophia*, llegaron a convertirse en un mismo ser.



El *Esbozo* de Leonardo en la National Gallery de Londres. En esta obra, la dimensión esotérica viene dada por la turbulenta y estrellada luz que sugiere el mundo entre los mundos. Muestra a los dos niños Jesús. De forma similar, en la versión londinense de *La Virgen de las Rocas*, muy similar a la obra anterior, una mano posterior a Leonardo añadió la forma alargada de la cruz, que en el arte cristiano es la insignia distintiva de Juan Bautista.

La creencia en los dos niños Jesús se mantuvo en las sociedades secretas, y quedó patente en el portal septentrional de Chartres, en el mosaico de San Miniato, a las afueras de Florencia y en los cuadros de numerosos iniciados, como Bergognone, Rafael, Leonardo y el Veronés.

«En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. […] Todo se hizo por ella […] y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. […] En el mundo estaba, y en el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció.»

En este pasaje, el autor del Evangelio de san Juan compara la creación del cosmos por parte de la Palabra con la misión de Jesucristo, la Palabra encarnada. Juan presenta esta segunda misión como una especie de segunda creación.



Rómulo y Remo. La historia de los dos niños Jesús es, de hecho, una versión santificada de la leyenda de Rómulo y Remo, en la que un hermano sacrifica al otro en aras de la fundación de la Ciudad Eterna. En la Antigüedad, la fundación de importantes edificios y ciudades se acompañaba de sacrificios, y sin duda el mito de Remo, que fue asesinado y enterrado en una zanja, hace referencia a ello. En el caso de los dos niños Jesús, cabría la posibilidad de que uno de ellos se sacrificara por el bien de la Nueva Jerusalén.

Cuando el universo material se volvió tan denso que a los dioses les resultaba totalmente imposible manifestarse en la superficie terrestre, descendió el dios Sol. Tenía la misión de plantar una semilla espiritualizadora, la cual crecería y crearía así un espacio que se convertiría en un nuevo lugar en el que los dioses podrían manifestarse. Lo que es crucial aquí —aunque suele pasarse por alto fuera de la tradición secreta— es que Jesucristo creó la vida interior.

Hemos visto un indicio de la vida interior en la sosegada y tenue voz que oyó Elías. De forma similar, el Señor dice en el Libro de Jeremías: «Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré» (Jer. 31, 34). Pero el hecho de plantar la semilla solar hace dos milenios fue el acto decisivo en el proceso que nos ha llevado a todos a experimentar en nuestro interior un cosmos infinito en cuanto a tamaño y variedad.

Tenemos la sensación de que los demás albergan a su vez algo infinito. Durante muchos siglos, se habían ido dando las condiciones que iban a permitir percibir una identidad individual, lo que actualmente denominamos a veces el Ego. Pero sin la intervención del dios Sol, el Ego habría sido un punto pequeño, difícil y egocéntrico, que actuaría aislado, interesado únicamente en su propio beneficio inmediato, cerrado a intereses externos y abierto sólo a los más mezquinos. Todo ser humano hubiera estado en conflicto con los demás. Ningún individuo percibiría a otro como un centro de conciencia independiente.

Cuando sus padres lo llevaron al Templo, en la época de la desaparición de su espíritu gemelo, Jesús demostró su gran sabiduría. El otro Jesús le había transmitido la capacidad de leer la mente, de ver en lo más profundo del alma de los demás, de conocer cómo se relacionaban con los mundos espirituales y de saber qué hacer o decir para hacerles bien. Sentía el dolor de los demás como si fuera propio. Experimentaba algo (el don de la empatía) que nadie había sentido antes.

Cuando un individuo o grupo reducido desarrolla una nueva capacidad, un nuevo modo de conciencia, éste suele propagarse por el mundo a gran velocidad. Jesucristo introdujo un nuevo tipo de amor, un amor misericordioso, basado en el don de la empatía. Un individuo sería libre de transgredir los límites de su existencia aislada para compartir lo que sucedía en la naturaleza más íntima de otra persona.

Antes de Jesucristo, el amor había sido tribal o familiar, pero ahora la gente podía superar la consanguinidad y elegir libremente a quién amar. A eso se refería Jesús cuando en el Evangelio de san Marcos (3, 32) parecía negar la importancia de su propia madre, y cuando en el de Mateo decía: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mt. 10, 37-38).

La doctrina esotérica trata sobre todo del modo correcto de amar. Sostiene que cuando se coopera con las fuerzas misericordiosas que conforman el cosmos, la fuerza fluye por el interior de la persona de tal modo que se llega a ser consciente de ello. Este proceso se denomina taumaturgia, o magia divina.

Ya fuera a este nivel o al de los «pequeños actos de bondad y amor insuperables y anónimos» o a la «pequeña manera» de santa Teresa de Lisieux, basada en la abnegación y los actos de caridad en las pequeñas cosas, la perspectiva cristiana se centraba en la vida interior. Si se comparan los códigos morales anteriores, como la ley de Moisés o el aún más antiguo código de Hammurabi, con el Sermón de la Montaña, es evidente que sólo se habla de normas para regular la conducta en el Mundo Exterior (no adorar a ídolos, no robar, no matar, no cometer adulterio, etc.). En cambio, la enseñanza moral presente en los Evangelios se dirige hacia los estados interiores. «Bienaventurados los pobres de espíritu […], los mansos […], los que lloran […], los misericordiosos […], los limpios de corazón […]» (Mt. 5).

Cuando Jesucristo dijo: «Pues yo os digo: Todo el que mira a una mujer deseándola, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt. 5, 28), estaba manifestando algo que nadie había afirmado antes, que nuestros pensamientos más íntimos son tan reales como los objetos físicos. Lo que pienso «en la intimidad» tiene un efecto directo en la historia del cosmos.

En un universo idealista, la intención es, por supuesto, mucho más importante que en un universo materialista. En el idealista, si dos personas realizan exactamente la misma acción en exactamente las mismas circunstancias, pero uno con buena voluntad y el otro con mala, las consecuencias difieren en gran medida. De un modo un tanto misterioso, el estado de nuestra alma influye en el resultado de nuestros actos, de la misma manera que el estado enaltecido del alma de un gran pintor influye en sus cuadros.

En la interpretación esotérica de la mitología griega, la ambrosía, el manjar de los dioses, es el amor humano. Sin ella, los dioses se desvanecen y su poder para ayudarnos se reduce. En el cristianismo esotérico y místico, atraemos a los ángeles al pedirles ayuda, y si no lo hacemos, entran en un estado vegetativo crepuscular y, en su lugar, actúan en nosotros los fantasmas y demonios, que se dejan entrever por los bajos instintos de nuestro ser.

Por supuesto, podemos resistirnos a los demonios y educar nuestro yo animal más bajo igual que adiestramos a un perro, mediante un proceso de repetición. La doctrina esotérica sostiene que, para lograr un cambio profundo en nuestros hábitos, es necesario repetir a diario, durante veintiún días, un ejercicio de meditación.

Sin embargo, una parte de nuestro yo animal está aún más profunda, muy por debajo del umbral de la conciencia, a la que ésta no puede acceder. Por mucho que lo intentemos, somos incapaces de transformar esta parte ejercitando la libre voluntad, ya que la corrupción de nuestro yo animal se ha filtrado en nuestro yo vegetal y mineral. Para purificar y transformar esa parte de nosotros, necesitamos ayuda sobrenatural.

Así pues, la misión del dios Sol era sumergirse en lo más profundo de la materia para ejercer su influencia espiritual transformadora. El dios Sol tiene capacidad para ahondar en la parte más material de la humanidad, lo cual explica por qué se escribió lo siguiente: «No se le quebrará hueso alguno» (Jn. 15, 36).

La flor de loto de doce pétalos irradia hacia el exterior desde la zona del corazón y envuelve a todos aquellos a los que decidimos amar. También es un órgano de percepción. Lo que amo de verdad se abrirá ante mí y me revelará sus secretos.

Envolver a alguien en un haz de amor es un ejercicio imaginativo. Por supuesto, en este caso la imaginación no debe confundirse con la fantasía, sino que se trata de una percepción auténtica de una realidad superior (y el órgano asociado tanto en Oriente como en Occidente es el chacra del corazón). A esto se refiere el pasaje en el que los discípulos, que van de camino a Emaús, no acababan de darse cuenta de con quién se habían encontrado y se dicen entre sí: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino?» (Lc. 24, 32).



Los teólogos exotéricos opinan que la expresión «Hijo del Hombre» es dudosa porque parece referirse tanto a un estado mental como al propio Jesucristo. En la doctrina esotérica, esa problemática se resuelve porque el individuo que ha evolucionado hasta el estado de iluminación que Jesucristo hizo posible será consciente, en consecuencia, de su Yo Superior, o ser divino. En la iconografía cristiana, esta evolución suele simbolizarse con un niño llevado a hombros, por ejemplo en la leyenda de san Cristóbal, que tuvo que llevar a hombros al niño Jesús. En la cábala, estas dos dimensiones idénticas de significado se engloban en la letra de tres brazos *shin*.

Cuando el chacra del corazón florece y se vuelve resplandeciente, es posible que percibamos el Mundo Exterior de un modo sobrenatural. Un corazón afectuoso puede

proporcionarnos una experiencia consciente del corazón del cosmos, de la inteligencia afectuosa que reside más allá del Mundo Exterior y lo controla. «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.»

El amor actúa en la voluntad al igual que la capacidad de percepción. Cuando amamos a alguien de verdad, estamos dispuestos a hacer cualquier cosa por él.

Por ello, cuando el amor me impulsa a actuar según mi conciencia, el chacra del corazón florece. En ese momento no estoy actuando de manera rígida, como Marco Aurelio. No estoy actuando de un modo frío, desganado o falso. No estoy cumpliendo con mis obligaciones mientras una parte de mí se resiente. Me estoy comportando movido por el amor y la devoción.

La iniciación forja una nueva forma de conciencia, revive modos de ser consciente de los mundos espirituales que eran habituales en las etapas anteriores de la evolución humana, aunque ahora con nuevos elementos. Por ejemplo, las iniciaciones de Pitágoras, que marcaron la pauta durante el auge de Grecia y Roma, pretendían lograr un estado alternativo de conciencia caracterizado por una comunicación libre con los mundos espirituales que habían sido algo cotidiano para, digamos, Gilgamesh o Aquiles, pero con una diferencia crucial: los iniciados de la escuela de Pitágoras eran capaces de reflexionar sobre sus experiencias espirituales de un modo sensato y conceptual, lo cual no hubieran podido hacer Aquiles o Gilgamesh.

Cuatro siglos después, las iniciaciones de Jesús introdujeron un nuevo elemento, abriendo nuevas y vertiginosas dimensiones en el amor.

Para entender mejor los trascendentales hechos descritos en los Evangelios, tenemos que analizar la participación de Jesús en las escuelas mistéricas.

En este punto nos estamos colando en un territorio académico celosamente custodiado. Varios descubrimientos controvertidos, que no aceptan la totalidad de los estudiosos de la Biblia, pero que aún no se han filtrado al grueso de la congregación, demuestran que existen textos pertenecientes a los inicios del cristianismo, encontrados en Palestina en la década de 1950, que contienen versiones de las enseñanzas de Jesús que es probable que sean más fieles a las fuentes originales que las contenidas en los cuatro Evangelios. Y algunos de esos documentos incluyen enseñanzas que en los Evangelios ni siquiera constan.

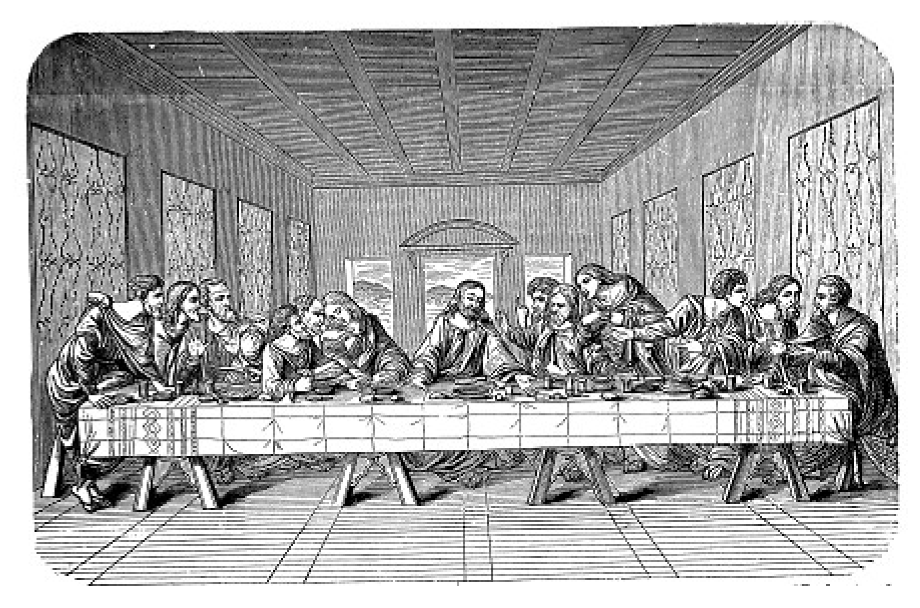
El hecho de que textos como el Evangelio de santo Tomás contengan versiones «más reales» de las enseñanzas bíblicas, lleva a creer que todas las enseñanzas no bíblicas contenidas en esos documentos sean quizá auténticas. Esto es importante para nuestra historia, ya que algunos de ellos guardan relación con las doctrinas secretas.

Los Evangelios insinúan que Jesús da a sus discípulos predilectos conocimientos que no son de dominio público. Cuando Jesús advierte del peligro de «echar perlas a los cerdos», parece referirse al hecho de ocultar a la multitud algunas verdades sagradas. De un modo más explícito, Jesús afirma en el Evangelio de san Marcos: «A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera todo se les presenta en parábolas» (Mc. 4, 11).

La participación de Jesús en las enseñanzas secretas se pone de manifiesto de un modo más sorprendente y revelador en una carta escrita en el siglo II por Clemente, obispo de Alejandría. Este documento fue descubierto en 1959 por el doctor Morton Smith, profesor de Historia Antigua de la Universidad de Columbia, en las estanterías de la biblioteca del monasterio del Mar Saba, cerca de Jerusalén:

> […] Marcos, entonces, durante la estancia de Pedro en Roma, escribió una crónica de los hechos del Señor, si bien no declarándolos todos, ni siquiera insinuando los secretos, sino seleccionando aquellos que creyó más útiles para potenciar la fe de los instruidos. Pero cuando Pedro murió como un mártir, Marcos fue a Alejandría, llevando sus propias notas y las de Pedro, de las que

trasladó a su antiguo libro lo adecuado para todo aquello que favoreciera el avance hacia el conocimiento, y de este modo compuso un evangelio más espiritual para ser usado por quienes se estaban perfeccionando […] y al morir dejó su composición a la Iglesia en Alejandría, donde sigue cuidadosamente guardado.



La última cena de Leonardo da Vinci. Se ha sugerido que este cuadro alude a doctrinas secretas ocultas sobre el papel femenino en el cristianismo. En breve veremos que esto es cierto, aunque no del modo que propone *El código Da Vinci*.

El obispo de Alejandría cita a continuación esta versión «más espiritual» del Evangelio de Marcos secreto:

> Y llegaron a Betania, y había allí una mujer cuyo hermano había muerto. Llegó, se postró de rodillas ante Jesús y le dijo: «Hijo de David, ten piedad de mí.» Pero los discípulos la reprendían.
>
> Jesús se enfadó y se fue con la mujer hacia el jardín donde estaba la tumba. Y al instante se oyó desde el sepulcro una gran voz; y acercándose Jesús hizo rodar la piedra de la puerta de la tumba. Y en seguida entró donde estaba el joven, extendió su mano y lo resucitó. Y el joven lo miró y lo amó y empezó a suplicarle que se quedase con él. Y saliendo de la tumba, se fueron a la casa del joven, pues era rico. Y después de seis días, Jesús le dio una orden; y cuando cayó la tarde, vino el joven a Jesús, vestido con una túnica sobre el cuerpo desnudo. Y permaneció con él aquella noche, pues Jesús le enseñaba el misterio del reino de Dios. Y saliendo de allí se volvió a la otra ribera del Jordán.

Para la mentalidad moderna, esta historia, que parece una versión más detallada del relato bíblico de la resurrección de Lázaro en el Evangelio de san Juan, podría describir una relación homosexual, pero como veremos cuando analicemos

la naturaleza de las ceremonias de iniciación con más claridad, Marcos está hablando de una iniciación propia de una escuela mistérica.

La resurrección de Lázaro de entre los muertos ha sido considerada tradicionalmente una descripción en clave de la iniciación. Las pistas están ahí. Lázaro «muere» durante tres días, y cuando Jesús lo resucita, pronuncia la frase «Lázaro, sal fuera», que los hierofantes habían usado en la Gran Pirámide cuando, transcurridos tres días, alargaban una mano para levantar al candidato de la tumba abierta en la Cámara del Rey.

¿Cómo fue la iniciación de Lázaro desde el punto de vista del propio Lázaro? ¿Cuál era la forma alternativa de conciencia que le confería? Es posible que a los lectores les sorprenda saber que conocemos la respuesta a estas preguntas. Esto se debe a que, en la historia secreta, el hombre llamado Lázaro en el Evangelio de san Juan escribió más tarde el Apocalipsis de san Juan, el Divino. Según la doctrina secreta, la apertura de los siete sellos y los importantes episodios visionarios posteriores que se describen en el Apocalipsis se refieren a la revivificación de los siete chacras.

Por muy desagradable que pueda parecerles a algunos, la cuestión es que las enseñanzas de Jesucristo están impregnadas de la antigua filosofía secreta, lo cual se puede aplicar también a sus palabras recogidas en la Biblia y a sus enseñanzas recientemente descubiertas.

He llegado a este punto paulatinamente y con delicadeza. A quienes nos educamos en un entorno cristiano quizá nos cueste menos reconocer ese tipo de cosas en las culturas ajenas, en parte, sin duda, por la mayor flexibilidad mental que da la distancia, pero también porque no somos tan conscientes de estar pisando territorio sagrado. Los textos más sagrados del cristianismo son sumamente esotéricos:

Los mansos heredarán la tierra.

La fe mueve montañas.

Pedid y se os dará.



Apolonio de Tiana. De los numerosos magos y curanderos de la época de Jesucristo, el que causó mayor impresión en los cronistas contemporáneos fue Apolonio. Este pitagórico de la Capadocia se dejó crecer el pelo y llevaba únicamente ropa de lino y zapatos de corteza. Expulsaba a demonios y obraba muchos milagros mediante los cuales sanaba a gente. Pero tal vez el paralelismo más interesante con Jesucristo sea su insistencia en el fin de los sacrificios de sangre. Afirmaba: «Deberíamos acercarnos a Dios sólo con la capacidad más noble con la que se nos ha bendecido, la inteligencia.»

Los dirigentes de la Iglesia rodean de una intencionada confusión estos y otros principios clave de la fe cristiana. El cristianismo liberal moderno ha tratado de acomodar la ciencia restando importancia a sus dimensiones ocultas, pero las palabras del Sermón de la Montaña citadas con anterioridad describen el modo en que lo sobrenatural actúa en el universo. No sólo son paradójicas y misteriosas, no sólo son irracionales, no sólo relatan algo sumamente improbable según las leyes de la probabilidad, sino que muestran un comportamiento del universo que sería totalmente imposible si la ciencia describiera absolutamente todo lo que existe.

Sin duda, los mansos no heredarán la tierra ni las oraciones serán respondidas por las fuerzas que describe la ciencia. Ni la virtud ni la fe serán recompensadas, a menos que lo haga algún agente sobrenatural.

El Nuevo Testamento está lleno de doctrinas ocultas y esotéricas, algunas de ellas mencionadas de un modo explícito. El problema es que se nos ha educado para no verlas. Sin embargo, ese documento afirma claramente que Juan Bautista es Elías que ha venido de nuevo, es decir, reencarnado. También contiene elementos mágicos. El difunto Hugh Schonfield, Morton Smith y otros expertos han demostrado que los milagros de Jesús, sobre todo en lo que respecta a las palabras que pronuncia, se basan en papiros sobre magia que ya existían en la época en griego, egipcio y arameo. Cuando el Evangelio de san Juan explica que Jesucristo usa saliva para preparar una pasta y aplicarla en los ojos de un ciego, no se trata simplemente de una acción divina, en el sentido de una influencia espiritual sin intercesión, sino de una manipulación de la materia con el fin de influir en el espíritu o controlarlo.

Una vez más, señalar esto no implica que se esté denigrando a Jesucristo. Estas cuestiones no se deben considerar de un modo anacrónico. Según la filosofía y teología de la época, ese tipo de magia divina (taumaturgia) no sólo era respetable, sino que era la actividad más sublime a la que podía aspirar el ser humano.

Aunque se finja educadamente no ver el contenido sobrenatural de la historia de Jesucristo y el auge del cristianismo, habrá que aceptar que sucedió algo extraordinario que precisa una explicación. Porque al margen de si ocurrió o no algo milagroso en ese oscuro rincón de Oriente Medio en los primeros años del siglo I, su efecto en la historia mundial no tiene parangón en cuanto a magnitud y profundidad. Dio origen a la civilización de la que disfrutamos ahora, una civilización con una libertad sin precedentes, con prosperidad para todos, con riqueza cultural y avances científicos. Antes de la época de Jesucristo se daba poca

importancia al individuo, a la inviolabilidad de la vida privada, al poder trascendental del amor hacia otra persona elegida libremente. Por supuesto, algunas de estas ideas ya las habían anunciado Krisna, Isaías, Buda, Pitágoras o Lao-tsé, pero lo que el cristianismo tenía de particular, la «semilla de mostaza» plantada por Jesucristo, era la idea de la vida interior. Con él, el individuo no sólo empezó a experimentar la sensación que todos tenemos ahora de que, en paralelo a la infinidad ilimitada de cosmos que hay ahí fuera, todos poseemos un cosmos en nuestro interior que es igual de rico e infinito, sino que Jesucristo también dio cuerpo a la idea de que cada uno de nosotros tiene una historia personal que se va entrelazando y desvinculando de la historia general. Cada individuo puede caer igual que ha caído la humanidad en su conjunto. Cada uno de nosotros tiene crisis existenciales y busca la salvación individual y personal, algo muy distinto de la conciencia tribal de las generaciones judías previas, o de la conciencia de ciudad-estado de los griegos.



La resurrección, parte del retablo de Isenheim pintado por Matthias Grünewald, es una visión cósmica de Jesucristo como el dios Sol. Grünewald representó lo que el padre de la Iglesia Tertuliano, a partir de la tradición de los misterios griegos, llamó la semilla luminosa, la *Augoeides*. Plantada en la tierra, brotaba como un brillante

cuerpo luminoso, un cuerpo de rayos de luz. Cuando los discípulos que iban de camino a Emaús no reconocieron a Cristo, fue porque se encontraron con su cuerpo «augoeidiano».

El ministerio de Jesucristo duró sólo tres años, desde el Bautismo hasta el Viernes Santo, el 3 de abril del año 3 d. J.C., cuando en el Gólgota, el lugar de los cráneos, el dios Sol fue clavado en la cruz de la materia. Después, en la Transfiguración, el dios Sol empezó a transformar la materia, a espiritualizarla.

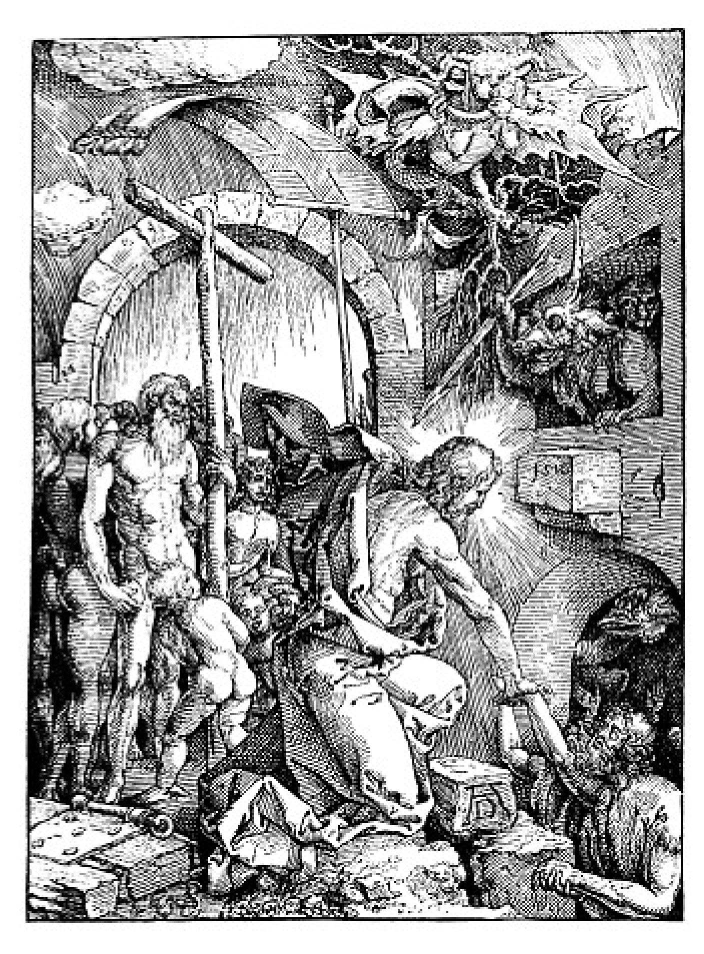
Hemos visto que en las escuelas mistéricas, de Zaratustra a Lázaro, los candidatos experimentaban una «muerte mística» durante tres días y después resucitaban. Se sumía al candidato en un trance profundo, cercano a la muerte, durante tres días, durante los cuales su espíritu viajaba a los mundos espirituales, regresando con conocimientos y poder al mundo material. En ese momento, la «muerte» era un acontecimiento real, pero en el plano espiritual. Lo que sucedió con la crucifixión y resurrección de Jesucristo es que, por primera vez, este proceso de iniciación tuvo lugar como un episodio histórico en el plano material.

El lado oscuro de este importante acontecimiento se incluye en el relato del descenso de Cristo a los Infiernos. Esto sucedió inmediatamente después de su muerte en la cruz. Se trata de un relato que ha dejado de contarse, consecuencia del proceso por el que hemos perdido el sentido de la dimensión espiritual del cosmos. La iniciación se ocupa tanto de iluminar el camino en el viaje de ultratumba como en el viaje en la vida. Siglos antes de la llegada de Jesucristo, el sentido de la humanidad de la vida después de la muerte se había reducido a una anticipación de una deprimente pseudovida de sombras en el reino sublunar, el Infierno. Tras el fallecimiento, el espíritu humano perdía su conciencia al iniciar su ascenso por las esferas celestes superiores. En consecuencia, en su siguiente reencarnación, ese espíritu regresaba sin conocer los detalles de lo acontecido durante su viaje.

Al bajar a los Infiernos, Jesucristo seguía los pasos de Osiris, iluminaba un camino que los muertos pudieran seguir. Los vivos y los muertos tendrían que caminar juntos si quería completarse la gran misión cósmica, la Obra.



La cruz en medio de cuatro querubines que simbolizan los Cuatro Elementos. Como hemos visto, los Cuatro Elementos, que actúan desde las constelaciones en las cuatro esquinas del cosmos, colaboran para mantener controlado el mundo material. Jesucristo se representa aquí en su papel cósmico de Quinto Elemento, el dios Sol que viene a la Tierra para espiritualizar a los Cuatro Elementos y disolver la materia.



Cristo en el limbo, de Alberto Durero. «En el espíritu fue también a predicar a los espíritus encarcelados […]. Hasta a los muertos se ha anunciado la Buena Nueva» (1 Pe. 3, 19; 4, 6). A tenor de lo que san Pablo denominó el descenso de Jesucristo «a las regiones inferiores de la tierra», los espíritus lo consideraban su guía para iluminar el camino.

Según la doctrina esotérica, toda la historia mundial pueden resumirse del siguiente modo: hubo una Edad de Oro en la que la Tierra y el sol estaban unidos y este último daba forma a la Tierra. A continuación, el sol se separó de la Tierra, lo que provocó que ésta se materializara y se volviera más fría. El dios del sol regresó para infundir su espíritu en la Tierra, de tal forma que, finalmente, todo el cosmos se desmaterializara y volviera a espiritualizarse.

Ésta es la visión cósmica de la misión de Jesucristo que inspiró a los primeros cristianos, la Obra que ayudó a dar forma a las Iglesias importantes de la Edad Media y al arte renacentista. La religión cristiana exotérica moderna la ha perdido.

Aunque la muerte de Jesucristo tuviera que ocurrir a un nivel cosmológico, ¿deberíamos preguntarnos qué la motivó desde un punto de vista histórico? ¿Cuáles fueron las causas inmediatas de la crucifixión?

A pesar de que Jesucristo instruyó a Lázaro en privado, su resurrección, y su llamada a una nueva vida, fue un hecho público. Como en todas las iniciaciones anteriores, no sucedió en los confines celosamente custodiados de una escuela mistérica, y Jesucristo tampoco era un hierofante de una de esas escuelas financiadas por el Estado. En consecuencia, Jesucristo se ganó la enemistad a muerte de los saduceos, que controlaban la difusión del saber iniciático en nombre de la élite dominante. La iniciación pública de Lázaro fue un hecho revolucionario, ya que supuso la ruptura del vínculo entre los iniciados y la élite dominante. Era el principio del fin de las escuelas mistéricas y sentó las bases para la aparición de sociedades secretas.

Jesucristo representaba también una amenaza para la élite romana. Los soldados que le envolvieron en un manto púrpura y le colocaron una corona de espinas en la cabeza no tenían otro rey, otro dios que el césar. Se mofaron de Jesucristo poniéndole el manto púrpura que se llevaba como signo de iniciación en los misterios de Adonis. La corona de espinas era una sátira de la corona de mirto que se imponía al candidato que superaba la iniciación en los Misterios Eleusinos. Los césares eran el gran enemigo oculto de Jesucristo.

Lo que no es tan conocido es que había otro enemigo al acecho al otro lado del mundo. Allí, un iniciado practicaba una magia más negra y poderosa que la ejercida por los césares.



María Magdalena. La doctrina esotérica se basa fundamentalmente en la reencarnación. No se ocupa de los espíritus transmitidos a través de los genes. Jesucristo acabó con los linajes como forma de transmisión de clarividencia y sabiduría. El amor era elegido libremente en vez de ser instintivo y tribal. Por lo tanto, el concepto de que Jesús se casara o no con María Magdalena y tuvieran hijos es irrelevante para su misión. La literatura esotérica y las enseñanzas de las escuelas se refieren más bien a un «matrimonio místico» del sol y la luna, el *hieros gamos*, al que volveremos en otro capítulo posterior.

Según Rudolf Steiner, ese mago había obtenido sus poderes sobrenaturales a lo largo de varias encarnaciones, y ahora amenazaba con torcer todo el curso de la historia.

Había adquirido ese poder tras múltiples sacrificios humanos. José Ortega y Gasset, el filósofo español, habla de la liberación de espíritus que produce el derramamiento de sangre. Afirma que la sangre es un aterrador misterio. Es portadora de vida, y, cuando se vierte y se mancha el suelo, todo el mundo enloquece y se altera. Los ocultistas saben que se puede matar a los humanos de un modo concreto que permite aprovechar su espíritu. Hemos visto que los grandes iniciados como Elías moldean su propio yo vegetal y animal de tal modo que pueden convertirse en carros con los que viajar por los mundos espirituales. En los círculos ocultos se

sabe también que los nigromantes pueden desplazarse mediante las almas y los espíritus ajenos, sus víctimas expiatorias.

El gran enemigo, un mago, era capaz, por lo tanto, de controlar a la gente más allá de la muerte. Al sacrificar a un gran número de víctimas, creó un ejército para sí en los mundos espirituales.

Con el cambio de milenio, se envió a la Tierra a un héroe solar para enfrentarse a él. Se llamaba Huitzilopochtli, como sabemos por el *Códice florentino de Sahagún*, uno de los pocos vestigios que han sobrevivido de los conquistadores. Al igual que los héroes solares anteriores, su nacimiento había sido vaticinado. Nació de una madre virgen, y después de su nacimiento, las fuerzas del mal conspiraron para matarle.

Sin embargo, Huitzilopochtli sobrevivió a los intentos de asesinato en su infancia y, tras numerosas pruebas, libró una guerra mágica de tres años de duración contra el nigromante. Finalmente, éste logró crucificarlo.

Con la crucifixión de Jesucristo se desató un enorme poder para espiritualizar la Tierra. Al ser crucificado de forma simultánea el gran nigromante de Sudamérica, se abrió un vórtice que arrastraría a su interior las grandes corrientes de la historia mundial, los extremos tanto del bien como del mal.

El Evangelio de Felipe apunta de un modo intrigante la relación de Jesucristo con María Magdalena. «Cristo la amaba más que a todos los discípulos, y solía besarla en […].» Entonces, curiosamente, el documento se fragmenta. No obstante, se trata, al parecer, de una referencia al Cantar de los Cantares, «Que me bese con los besos de su boca», y también a «es fuerte el amor como la muerte».

La leyenda dorada, de Santiago de la Vorágine, la recopilación más célebre de leyendas de santos de la Edad Media, explica cómo, después de la muerte de Jesucristo, un grupo de cristianos empezaron a ser perseguidos en Jerusalén.

Siete de ellos fueron abandonados a la deriva en un pequeño bote, en el mar Mediterráneo. Finalmente tocaron tierra en un lugar al este conocido en la actualidad como Marsella.

En el centro de un gran acantilado que se eleva por encima de la costa aún se puede ver la cueva en la que María Magdalena, que iba en ese bote, pasó los últimos treinta años de su vida.

Se la suele representar en postura penitente y desnuda, tapada con su larga melena pelirroja. Un cuadro de Fra Bartolomeo que se halla en una pequeña capilla en un jardín, cerca de Florencia, la muestra con su frasco de ungüento, con el que ungió los pies a Jesucristo. Tiene una base de piedra con la siguiente inscripción:

HE ENCONTRADO AL QUE AMA MI ALMA

16. LA TIRANÍA DE LOS PADRES

Los gnósticos y los neoplatónicos • El asesinato de Hipatia • Atila y el chamanismo • Un toque de zen

En las enseñanzas secretas de las escuelas, la vida y la muerte del dios Sol marcaba el punto central de la historia secreta.

Aunque pasaron desapercibidos a ojos de los cronistas oficiales de la época, al final de los tiempos ese acontecimiento será considerado como el gran eje sobre el que ha girado la historia.

Para mucha gente de entonces, la magnitud del evento dificultaba, sin duda, verlo en perspectiva. Tras un prolongado período de aridez espiritual, muchos empezaban a disfrutar de una experiencia vívida, si no atávica, de los mundos espirituales. Quizá algunos tuvieran una ligera idea de lo que era en realidad la gran revolución que se había producido en los mundos espirituales, pero al no existir el tipo de autoridad institucional unificada que los hierofantes de las escuelas mistéricas habían representado, esas nuevas experiencias se interpretaron de diversas formas, lo cual se refleja en la proliferación de sectas en las décadas posteriores a la muerte de Jesucristo.

Muchos de los textos gnósticos son tan antiguos como los libros del Nuevo Testamento, y algunos tienen sin duda muchas posibilidades de ser verídicos. Ya hemos hablado brevemente del Evangelio de santo Tomás y de sus versiones más fidedignas de la palabra de Jesús, así como del relato del *Pistis Sophia* relativo a los dos niños Jesús. El texto un tanto fragmentario, de los Hechos de Juan, permite vislumbrar de un modo fascinante las prácticas internas del grupo de Jesucristo.

Se habla de una danza en la que los discípulos se dan primero la mano para formar un círculo y luego dan vueltas alrededor de Jesucristo. En la liturgia que acompaña a esta danza, Jesucristo es el iniciador, y su interlocutor es un candidato a la iniciación.

Candidato: Yo me salvaré.

Cristo: Y yo salvaré.

Candidato: Me liberaré.

Cristo: Y yo liberaré.

Candidato: Yo seré horadado.

Cristo: Y yo horadaré.

Candidato: Yo comeré.

Cristo: Y yo seré comido.

El lenguaje utilizado en los Hechos de Juan es paradójico e incluso absurdo. Se vuelve más fácil de entender a medida que avanza.

Candidato: No tengo casa y tengo casas.

No tengo lugar y tengo lugares.

No tengo templo y tengo templos.

Sólo han sobrevivido fragmentos del siguiente trozo, pero al parecer, se refieren al misterio de Osiris/cristiano de la muerte y la resurrección. A continuación, Cristo dice: «Lo que ahora se ve que soy, eso no lo soy, pero lo que soy, lo verás cuando vengas. Si hubieras sabido cómo sufrir, habrías podido no sufrir. Conoce entonces el sufrimiento y tendrás el poder de no sufrir.»

La danza hindú en honor a Krisna es descrita como «una danza circular que sigue el movimiento solar». Quienes la bailan dan vueltas y giran alrededor del dios Sol imitando a los planetas. Esto debería hacernos pensar que los Hechos de Juan se inspiran en una visión de Jesucristo concebido como el regreso del dios Sol.

El Evangelio de san Felipe refiere cinco rituales, el último de los cuales, el más importante, es el de la cámara nupcial. ¿Se trata de una práctica sexual a modo de rito, como las que tenían lugar en los templos egipcios, griegos y babilónicos?

Más tarde, la Iglesia quiso destacar la singularidad de la revelación cristiana y alejar a Jesucristo y sus enseñanzas de todo lo anterior. Sin embargo, para los primeros cristianos, lo

lógico era pensar que el cristianismo ahondaba sus raíces en todo lo anterior y que suponía el cumplimiento de antiguas profecías. Muchos de los primeros cristianos concebían la religión cristiana en relación con lo que habían aprendido en las escuelas mistéricas egipcias, griegas y romanas.

Es posible que Clemente de Alejandría, uno de los primeros padres de la Iglesia, conociera a gente que, a su vez, hubiera conocido a los apóstoles. Clemente y su discípulo Orígenes creían por ejemplo en la reencarnación. Enseñaban a sus alumnos más avanzados lo que llamaban la *disciplina arcani*, prácticas devotas que en la actualidad calificaríamos de magia.

Los primeros líderes de la religión cristiana, como Orígenes y Clemente, eran eruditos que tomaban parte activa en los avances intelectuales de su época. El más interesante de ellos quedó plasmado en el neoplatonismo.

Platón había conceptualizado de un modo bastante exhaustivo la idea del mundo en el que la mente precedía a la materia. En el siglo II d. J.C., aquéllos a los que llamamos ahora neoplatónicos empezaron a convertir las ideas de Platón en una filosofía viva, en una filosofía de vida, incluso en una religión con sus propias prácticas espirituales. Es importante recordar que aunque nosotros consideramos a Platón en un frío entorno académico, para los que lo siguieron durante siglos tras su muerte sus textos tenían el estatus de escritura. Los neoplatónicos no creían estar generando ideas, sino tan sólo escribiendo comentarios para clarificar lo que Platón quería decir en realidad. Estos pasajes, que en la actualidad se consideran meros ejercicios más bien abstrusos en el contexto de la lógica abstracta, eran utilizados por los neoplatónicos practicantes en sus meditaciones.

Su intención era describir la auténtica experiencia espiritual. En *Sobre el retraso de la divina venganza*, Plutarco, sumamente influido por el neoplatonismo, describe la apariencia de distintos espíritus tal como pueden verse al

iniciar su viaje de ultratumba. Se dice que los difuntos se ven rodeados de una especie de llama que los envuelve, pero «algunos eran como la más pura luz de la luna llena, que emite un color suave, continuo y uniforme. Otros estaban bastante moteados (una visión extraordinaria), jaspeados de vívidos puntos, como una serpiente; y otros mostraban tenues rayas».

Plotino, el neoplatónico más célebre de la escuela de Alejandría, era un místico practicante. Su discípulo Porfirio relató haber visto a su Maestro en arrebatos extáticos, unificado con «el Uno» en varias ocasiones. Plotino dijo, tal vez un tanto despectivo, que Porfirio no lo había logrado ni una vez. Los neoplatónicos que le sucedieron, como Jámblico, pusieron gran énfasis en la importancia de las prácticas mágicas teúrgicas, es decir, divinas. Jámblico dejó descripciones detalladas de sus visiones.

Plotino desarrolló una metafísica sumamente compleja de emanaciones del tipo que hemos abordado brevemente en el primer capítulo. El neoplatonismo influyó en otros sistemas de creencias —sobre todo por su enfoque sistemático—, en concreto en la cábala y el hermetismo.

Algunos estudiosos consideran que el hermetismo y la cábala son un neoplatonismo con cierta influencia egipcia y hebrea respectivamente. Pero en la historia secreta, los documentos herméticos y cabalísticos que empezaron a aparecer en esa época se conciben como la primera expresión sistematizada y puesta por escrito de tradiciones antiguas transmitidas sobre todo de forma oral.

El origen de la obra *Corpus hermeticum* se atribuía a Hermes Trismegisto, un antiguo sabio egipcio. Se escribió en griego y se recopiló en esa época en 42 volúmenes. Yuri Stoyanov, célebre investigador del Instituto Warburg, me confirmó hace poco que la mayoría de los académicos aceptan ahora sus auténticos orígenes egipcios. Esa recopilación de textos herméticos se mostraba afablemente tolerante con respecto a otras creencias, lo cual se debía en parte a la

suposición de que todas las creencias se dirigían a los mismos dioses planetarios y abrían el camino a los mismos mundos espirituales.

De hecho, es posible trazar paralelismos entre las numerosas emanaciones de Plotino, los dioses del *Corpus hermeticum* y las esferas celestes tal como se describen en el *Pistis Sophia*.

En la cábala, las emanaciones de la mente cósmica (*sephiroth*) son a veces concebidas como una especie de árbol conforme descienden (el árbol sefirótico). La interpretación alegórica de la escritura, que surgió con el estudioso judío Filo de Alejandría, dio origen a la estructura compartida de todas las religiones. San Pablo aludía a distintas categorías jerárquicas de ángeles (no sólo Ángeles y Arcángeles, sino también Serafines, Querubines, Tronos, Dominios, Virtudes, Potestades y Principados). Asimismo, hace referencia a un sistema que es evidente que esperaba que sus lectores entendieran. Éste fue establecido explícitamente por el discípulo de san Pablo, Dionisio, el Areopagita. Las nueve categorías que describió pueden equipararse a las ramas del árbol sefirótico (así como a las diferentes categorías de dioses y espíritus en las antiguas religiones politeístas y astronómicas). Por ejemplo, las Potestades de san Pablo se equipararían a los dioses del sistema solar de griegos y romanos, siendo las Potestades de la Luz los espíritus del sol, y las Potestades de la Oscuridad, los dioses lunares y planetarios.

La estudiosa judía Rebecca Kenta ha comparado incluso el ascenso por las puertas de la sabiduría del Árbol de la Vida cabalístico con la doctrina sufí, y ha relacionado los *sephiroth* con los chacras de la tradición hindú.

Todo idealismo, los sistemas religiosos de todas las culturas, conciben la creación como una serie descendente de emanaciones de la mente cósmica. No obstante, lo que es específicamente esotérico es la identificación de esas

emanaciones con los espíritus estelares y planetarios por un lado, y la fisiología oculta por el otro. Esto es lo que da lugar a la astrología, la alquimia, la magia y las técnicas prácticas para lograr una alteración del estado de conciencia.

Es importante no olvidar que aquí no nos estamos refiriendo a un montón de abstracciones, sino a una experiencia vivida. Las nueve jerarquías angelicales se dividían a veces en tres partes, y cuando san Pablo hablaba de elevarse al Tercer Cielo, quería decir que se había iniciado hasta un nivel tan alto que había tenido una experiencia personal directa con los seres espirituales exaltados, los Serafines, los Querubines y los Tronos.

El cristianismo se forjó a raíz de creencias y experiencias iniciáticas como ésas. El destacado padre de la Iglesia san Agustín se inició en una escuela mistérica persa llamada maniqueísmo, que floreció más tarde.



Los novios desnudando a la novia, de Marcel Duchamp. Desnudos, los novios revelan su identidad planetaria.

Manes nació en el año 215, en el actual Iraq. Con tan sólo doce años se le apareció un ser misterioso (al que puso por nombre el Gemelo), que le confió un importante misterio secreto: el papel del mal en la historia de la humanidad. Le reveló la interacción de las fuerzas de la oscuridad en la creación del cosmos, así como la gran lucha cósmica entre el bien y el mal, en la que finalmente vencían las fuerzas del mal.

La naturaleza cósmica de la visión de Manes puede percibirse también en su sincretismo, en su relato de los acontecimientos importantes de la historia y en la exaltación de los papeles interpretados por Zaratustra, Buda, los profetas hebreos y Jesucristo.

El universalismo de los iniciados suele preocupar a los tiranos locales. Asimismo, la conciencia superior de las fuerzas del mal que tiene el iniciado siempre es susceptible de ser malinterpretada. Manes gozó de la protección de dos reyes consecutivos, pero el sucesor de éstos lo hostigó, lo torturó y, finalmente, lo crucificó.

«Entré en lo más profundo de mi alma y contemplé, más allá de mis ojos y mi alma, la luz.» El gran hito intelectual de san Agustín fue ofrecer una exhaustiva explicación de la doctrina eclesiástica en términos de platonismo. Lo que se suele ocultar en la historia convencional de la Iglesia es que este relato se basaba en la experiencia personal directa del iniciado. El propio san Agustín ha visto con «el misterioso ojo del alma» una luz más brillante que la del intelecto. No le preocupan únicamente las abstracciones eternas. Sus *Confesiones* muestran a un san Agustín atormentado por el paso del tiempo en su frase citada a menudo: «Oh, Señor, hazme casto, pero todavía no», así como en su conmovedor lamento enmarcado en una visión experimentada en otro momento: «Belleza tan antigua y tan nueva, tarde te he amado.» La sensación que tiene san Agustín del paso del tiempo se traslada a un sentido esotérico de la historia. Más

adelante, al analizar su profecía sobre la fundación de la Ciudad de Dios, veremos el modo en que creía que se sucederían las diferentes etapas de la historia mundial.

Esta época también estuvo marcada por los grandes misioneros cristianos. Cautivo y vendido como esclavo, san Patricio se embarcó más adelante en una misión con el propósito de dar a conocer el sentimiento de inviolabilidad de la vida humana que Jesucristo había introducido en la corriente de la historia mundial. Luchó para abolir la esclavitud y el sacrificio humano. Pero también fue un mago al estilo de Zaratustra y Merlín, un personaje aterrador que expulsó a todas las serpientes de Irlanda con su vara, exorcizó demonios y resucitó a los muertos.

Los celtas aceptaron de buena gana la religión cristiana. San Patricio revistió la profecía cósmica celta sobre el retorno del dios Sol de datos históricos de la vida y obra de Jesucristo. El cristianismo celta no tenía problema en unir elementos cristianos y paganos. En el arte celta, la mezcla de motivos representa las olas entrelazadas de luz que caracterizan la primera etapa de la experiencia mística en todos los sistemas de creencias.

Este pueblo ferozmente independiente seguiría insistiendo en la supremacía de la experiencia personal directa de los mundos espirituales y desarrollaría tradiciones esotéricas al margen de Roma. Algunas de las creencias y prácticas de estos y otros primeros cristianos serían consideradas heréticas por la Iglesia romana.

Cuando la gente piensa profundamente sobre las mismas cosas, cuando comparte lo que el teólogo existencialista Paul Tillich llamó «preocupaciones fundamentales», a veces se muestra increíblemente sensible frente a sutiles diferencias de opinión. Estas desavenencias pueden engendrar un violento odio, de tal forma que mi mayor enemigo no es el

conquistador extranjero que asoma en el horizonte con las mejillas cubiertas de lágrimas de sangre, sino un hermano o hermana de mi congregación.

Asimismo, en ocasiones, los miembros de una congregación tratarán de prohibir creencias (como es el caso del emperador Augusto) no porque las consideren falsas, sino porque creen que son ciertas.

La historia de la fundación de la Iglesia romana y su propagación por los buenos oficios del decadente Imperio romano ha sido escrita tanto por la Iglesia como por sus enemigos. El emperador Constantino contaba que, en mitad de la noche, antes de entrar en combate con los rebeldes, tuvo un sueño en el que se le aparecía Jesucristo y le mandaba poner el símbolo de la cruz en su bandera de batalla, con la inscripción «Con este signo vencerás». Constantino lo hizo, y los rebeldes fueron debidamente derrotados.

Entonces declaró el cristianismo como la religión oficial del Imperio y donó el palacio de Letrán al obispado de Roma. Sin duda, esto le supuso beneficios políticos. La nueva forma de conciencia iniciada en Jerusalén se extendía con fuerza por todo el Imperio, y Constantino lo capitalizó ofreciendo la libertad a cualquier esclavo que se convirtiera, y veinte piezas de oro a cualquier ciudadano libre.

Como hemos visto, los romanos rendían culto a la crueldad. Se exaltaba la imposición por la fuerza de un hombre sobre otro, llevada al máximo extremo. Los romanos eran crueles, y la crueldad era una virtud varonil. Por lo tanto, la exaltación cristiana de la sumisión y la humildad lo trastocó todo. Sin duda, los cristianos conocían nuevas formas de gozo y satisfacción, nuevas formas de vivir la vida.



Externsteine, en Alemania. Esta antigua escultura está muy cerca de otra más antigua de un dios nórdico clavado en un árbol, lo cual reafirma que el cristianismo surgió de creencias paganas. Obsérvese la alusión al conocimiento esotérico de los diferentes cuerpos del individuo en el hecho de que, mientras el cuerpo material de Jesucristo es bajado de la cruz, su espíritu ya descansa en brazos de su Padre.

Pensemos en lo extraño que le debía de parecer a un romano conocer a un cristiano iniciado. Había llegado una nueva forma de conciencia. Ahora la gente podía vivir dentro de su mente. Su interior estaba iluminado por el entusiasmo y por la certeza respecto a la existencia de la experiencia espiritual. Debió de ser tan desconcertante y fascinante como lo habría sido, siglos después, para un pigmeo de Papúa-Nueva Guinea ver por primera vez a un explorador europeo. Ante aquellos ojos, había mundos totalmente nuevos.

Aunque quizá Constantino tuviera la esperanza de que la rigurosa nueva religión ayudara a ralentizar la decadencia del Imperio romano, seguía inquieto por una profecía de los Oráculos Sibilinos que afirmaba que Roma se convertiría de nuevo en guarida de lobos y zorros.

Decidió intentar que no se cumpliera la profecía trasladando el espíritu de Roma a otro lugar y fundando una capital alternativa. Así, de debajo de una columna de pórfido desenterró el Paladión, la antigua estatua esculpida por una diosa que, como hemos visto, fue llevada desde Troya para la fundación de Roma. Después la volvió a enterrar en el emplazamiento de la nueva ciudad, a la que llamaría Constantinopla, y la sepultó bajo la misma columna, pero ahora rematada por una estatua del dios Sol coronado con los auténticos clavos de la cruz, que formaban una especie de nimbo.

Dado que esta simbología, que incorpora conocimientos iniciáticos sobre el dios Sol, era comprensible para los iniciados de todas las religiones, tal vez sea un tanto irónico que, precisamente bajo la protección de Constantino, la Iglesia empezara a suprimir las enseñanzas iniciáticas y a reducir su doctrina exotérica a dogma. En el año 325, el Concilio de Nicea determinó qué evangelios de entre los muchos que circulaban eran los auténticos. Los edictos imperiales prohibieron también las prácticas paganas. A las órdenes de los hijos de Constantino, se hizo comulgar por la fuerza a madres e hijos, cuyas bocas se mantenían abiertas mediante un instrumento de madera mientras se les hacía tragar el pan consagrado.

En el año 361 subió al poder el sobrino de Constantino, Juliano, que acabó con la oleada de intolerancia religiosa. Educado por el filósofo neoplatónico Jámblico, conocía perfectamente la misión del ser al que él llamaba «dios de siete rayos». Dio los mismos derechos a toda la población al margen de sus creencias religiosas, y permitió que se reabrieran los templos paganos.

Juliano escribió un polémico y célebre documento contra el cristianismo estrecho de miras y dogmático que se había desarrollado durante el gobierno de Constantino, motivo por el que, más tarde, los autores cristianos lo apodaron el Apóstata,

para denotar que había renunciado a la fe. Creía que la religión cristiana había tratado de negar la realidad de los dioses que él había conocido a través de la iniciación.

El emperador Juliano dirigió una campaña militar en Persia. Así como los griegos habían sitiado Troya para controlar el conocimiento iniciático oculto en esa ciudad, Juliano quería acceder a los conocimientos secretos de la escuela mistérica maniquea establecida en Persia. Sabía lo suficiente como para considerar que la misión del dios Sol estaba amenazada, y que los misterios más íntimos del maniqueísmo guardaban relación con los secretos de la guerra entre el dios Sol y Ahrimán (o Satanás), el espíritu del materialismo.

Sin embargo, antes de poder llevar a cabo su misión, Juliano fue asesinado por un seguidor de Constantino, lo cual dio origen a una nueva era saturnina en la que el conocimiento de la espiritualidad iniciática auténtica acabaría volviéndose clandestino. El emperador Teodosio instauró una despiadada política contra toda muestra de desacuerdo con la postura imperial en lo concerniente a la doctrina cristiana. Confiscó las propiedades a los «herejes» y expropió sus templos. Las estatuas de Isis se rededicaron a María. El Panteón de Roma, un templo politeísta de una belleza sublime y cósmica, incomparable con cualquier iglesia construida como tal, fue convertido por Teodosio en un templo monoteísta.

El emperador clausuró también las escuelas mistéricas, y en el año 391, asedió el Serapeum, en Alejandría. Este complejo sagrado con un enorme templo rodeado de nubes que estaba dedicado a Serapis era una de las maravillas de la Antigüedad. En su interior había una estatua del dios suspendida del techo gracias a un imán. También disponía de bibliotecas que albergaban la mayor colección de libros del mundo. Por suerte, muchos de esos libros se pudieron sacar a escondidas antes de que el Serapeum fuera reducido a cenizas y sus sagradas estatuas arrastradas por las calles.

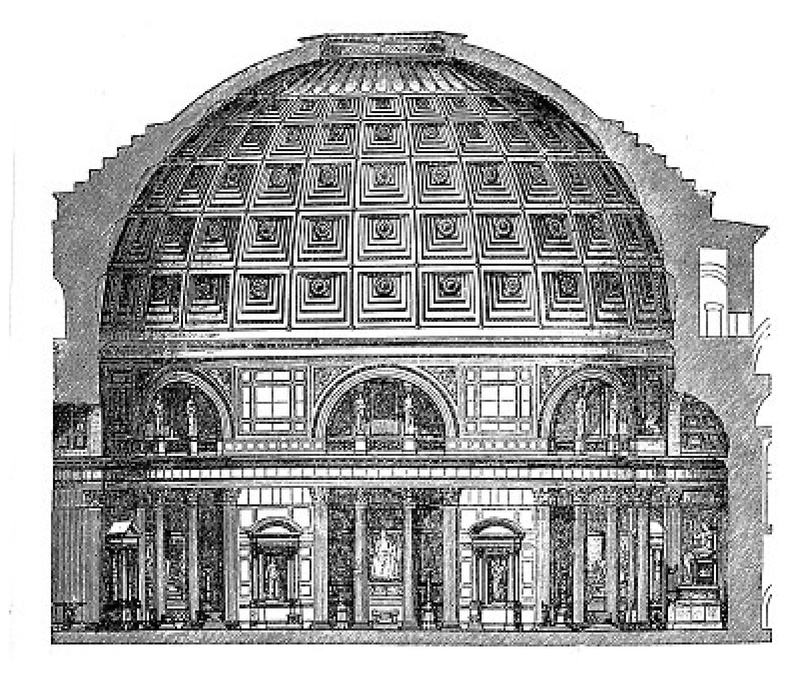
Finalmente, Teodosio dirigió su atención hacia la escuela filosófica neoplatónica establecida en Alejandría, principal preservadora del legado intelectual de las escuelas mistéricas. La personalidad más importante del neoplatonismo de la época era una joven llamada Hipatia. Hija de un célebre filósofo y matemático, se formó en filosofía, matemáticas, geometría y astronomía. Su padre la había hecho practicar una serie de ejercicios para convertir su cuerpo en un recipiente adecuado para una mente brillante. A Hipatia le encantaba nadar, montar a caballo y escalar montañas. Era tan hermosa como inteligente, y pronto adquirió fama como inventora de instrumentos científicos, como por ejemplo uno para medir la gravedad específica de los líquidos. A pesar de que sólo han sobrevivido unos pocos fragmentos de sus escritos, fue muy conocida en todo el mundo como una de las mentes más preclaras de la época.

Tenía un gran poder de convocatoria como conferenciante. Muy familiarizada con los conocimientos de Plotino y Jámblico, explicaba en sus disertaciones que el cristianismo se había desarrollado a partir de las enseñanzas de las escuelas mistéricas, y sostenía, al igual que su padre, que ninguna tradición o doctrina por sí sola podía proclamarse como la única verdad.

Una tarde del año 414, cuando Hipatia salía de una sala de conferencias, un grupo de monjes de negro la obligaron a bajar de su carro, la desnudaron y la arrastraron por las calles hasta una iglesia cercana. Allí la empujaron por entre las frías y fugaces sombras hasta llegar al altar. Con el aroma a incienso flotando en el aire, se arremolinaron en torno a su cuerpo desnudo, ahora cubierto con una tela negra, y le arrancaron las extremidades una a una. Más tarde, desprendieron con conchas de ostra la carne de sus huesos y quemaron sus restos.

La Iglesia trataba de borrar a Hipatia de la historia, igual que los sacerdotes de Amón habían intentado borrar a Ajnatón.

Es demasiado fácil considerar a la Iglesia como el malvado represor de la libertad de pensamiento e idealizar a grupos fuera de la norma y escuelas antinómicas, como los neoplatónicos y los gnósticos. Desde sus inicios, la Iglesia ha contado entre sus dirigentes con nigromantes y otros iniciados que han abusado de sus poderes sobrenaturales con fines egoístas. Pero es igual de cierto, y tal vez sea más importante, decir que desde la época de san Pablo y san Agustín, los líderes religiosos más célebres han sido iniciados del más alto nivel, cuya intención ha sido guiar a la humanidad según el plan divino descrito en este libro. Sabían que para comprender la reencarnación era necesario que ésta se suprimiera en Occidente. Según el plan cósmico, Occidente iba a ser la cuna donde se desarrollara el sentido del valor de la vida humana individual.



El Panteón de Roma. Ovidio explica que los templos representan todo el cosmos en forma de esfera. La gran rotonda del Panteón mide 44 metros de diámetro y tiene un agujero en el techo para que entre el sol. La altura del suelo al techo, donde está la abertura, es igual al diámetro, por lo que contiene una enorme esfera de aire. Los nichos alrededor del suelo contenían en su origen imágenes de los dioses planetarios.

Por otra parte, los neoplatónicos, a pesar de haber continuado la obra de Pitágoras y Platón conceptualizando las experiencias directas de los mundos espirituales, en general

parecían desconocer la gran revolución que había tenido lugar. En sus escritos no hay ni rastro del evangelio de amor universal que Jesucristo había introducido. De forma similar, el énfasis gnóstico en la experiencia personal directa de los mundos espirituales —en contraposición a la aceptación pasiva de un dogma abstracto—, estaba en consonancia con el impulso introducido por Jesucristo, pero muchos gnósticos mostraban también impetuosos su odio por el mundo de una forma que iba en contra de la misión de Jesucristo de transformar el mundo material. Muchas de las creencias que las sectas gnósticas adoptaron a partir de sus aventuras en los mundos espirituales eran asimismo absolutamente fantasiosas. Algunos de ellos no sólo creían que Jesucristo no había caído tan bajo como para habitar un cuerpo físico, y que había vivido en la Tierra sólo como una especie de fantasma, sino que también realizaban grotescas prácticas extremas de mortificación y orgías con el fin de alterar sus propios sentidos corporales, que despreciaban, y acceder a los mundos espirituales. Algunos se ponían serpientes encima para que les recorrieran el cuerpo desnudo, otros bebían sangre menstrual (diciendo: «Ésta es la sangre de Cristo») y otros más creían que su magia sexual engendraría criaturas parecidas a los dioses. Había quienes se castraban a sí mismos y se jactaban: «Estoy más muerto que tú.»

Roma quería acabar con las diferencias doctrinales. A Constantino y Teodosio les resultaron útiles la convicción cristiana y el propósito moral de ésta, ya que les permitieron unificar el Imperio y fortalecerlo desde dentro en un momento en que hordas de tribus bárbaras lo amenazaban desde Oriente.

La continua expansión imperial en China había provocado un efecto dominó en toda la zona central de Asia y en Europa. Presionados desde el Lejano Oriente, los godos, visigodos y vándalos invadieron regiones europeas, llegando incluso hasta Roma antes de retirarse de nuevo. Más tarde, hacia la mitad del siglo V, las tribus nómadas mongoles se agruparon bajo el mando de un gran dirigente, Atila, el Huno,

que arrasó los territorios que habían invadido antes los godos y los vándalos y creó un imperio que se extendía desde las llanuras de Asia Central hasta el norte de la Galia. Invadió asimismo el norte de Italia y atacó por sorpresa Constantinopla.

Atila, el «azote de Dios», se ha convertido en la representación de la barbarie, pero el testimonio directo de una visita al campamento de éste por parte de un historiador griego, Prisco, da una imagen muy distinta. Prisco cuenta que Atila (literalmente, «pequeño padre») vivía en una sencilla casa de tablones de madera pulidos, rodeada de una cerca también de madera. Tenía esteras de lana a modo de alfombras y recibía a sus huéspedes vestido con ropa de lino sencilla, sin ostentar piedras preciosas ni oro. Bebía —con moderación— de un cuenco de madera, y comía en un plato de madera. No dejó entrever ningún sentimiento durante la entrevista, excepto cuando llegó su hijo menor, al que le hizo una caricia en la mejilla y miró lleno de satisfacción.

También se dice que cuando Atila conquistó la ciudad cristiana de Corinto, le enfureció encontrar una prostituta en cada esquina. Les dio la opción de casarse con uno de sus hombres o exiliarse.

De todos modos, aunque no fuera el voraz monstruo que la imaginación popular ha creado, cabe afirmar con toda seguridad que si hubiera logrado invadir el Imperio romano, eso habría tenido consecuencias desastrosas para la evolución de la conciencia humana.

Los romanos temían a Atila más que a cualquier otro de sus enemigos. Éste no permitía que su pueblo viviera en territorio romano ni que comprara nada que fuera romano. Cuando invadió el territorio de Roma invirtió la romanización, destruyendo los edificios (también se llevó toneladas de oro de Roma en forma de tributos monetarios). Cuando finalmente, en el año 452, llegó a las puertas de la ciudad y la tuvo bajo su control, el emperador envió a León, el obispo de Roma, para

que saliera a su encuentro. El futuro papa León hizo un trato con él según el cual se le ofrecía como esposa a Honoria, la hija del emperador, junto con una dote de más toneladas de oro. En ese momento, Atila creyó que había logrado su ambición de someter al Imperio romano y dominar el mundo.

Atila y su pueblo practicaban el chamanismo. En todos los combates se dejaba guiar (con acierto, como quedó patente) por sus sacerdotes-chamanes. El gran fragor del ejército huno dirigiéndose al campo de batalla, que sembraba el pánico allí donde se oyera, se debía al aullido de sus perros, al ruido metálico de sus armas y al sonido de las cornetas y las campanas. Con todo esto se pretendía invocar a los batallones de los muertos, los fantasmas de sus antecesores, para que lucharan junto a ellos. De un modo chamanístico, también conjuraban a las almas colectivas de los carnívoros, los lobos y los osos, para que entraran en ellos y los dotaran de poderes sobrenaturales.

Dado que hemos considerado las invasiones bárbaras de Oriente, tal vez sea una buena ocasión para detenernos un momento y considerar el chamanismo. La palabra *chamán* viene del nombre tungo-mongol que significa «el que sabe».

Desde la época de las invasiones bárbaras hasta la actualidad, los chamanes han usado diversas técnicas (Mircea Eliade las llama «técnicas arcaicas de éxtasis») para entrar en un estado de trance: la danza al son de tambores tocados rítmicamente, la hiperventilación, la automutilación frenética, la privación sensitiva, la deshidratación o la carencia sueño, aunque también utilizaban plantas psicoactivas, como la ayahuasca, el cactus peyote o el hongo ergot (o cornezuelo del centeno). Estudios recientemente realizados por William Emboden, profesor de Biología de la Universidad Estatal de California, y sus colaboradores han considerado asimismo probable el uso de drogas para inducir estados de trance en los centros mistéricos (por ejemplo, el *kykeón* en Eleusis y el lirio africano, tomado con opio y raíces de mandrágora, en el Antiguo Egipto).

Los científicos han aislado también una enzima del cerebro que provoca esos mismos estados de trance. Las investigaciones sugieren que, al parecer, el 2 por ciento de las personas tiene de manera natural concentraciones cerebrales de dimetiltriptamina en una cantidad suficientemente alta como para producir estados de trance espontáneos e involuntarios. Según parece, es probable que todos tengamos mayor concentración hasta la adolescencia, momento en que se da un proceso de cristalización que recubre la glándula pineal e impide que ésta desempeñe su función. Los que no producen esa enzima, necesitan esas técnicas antiguas o trucos similares.

Los antropólogos han observado que las descripciones de experiencias chamanísticas en diferentes culturas muestran una progresión que pasa por las mismas fases. En primer lugar, se anula el mundo de los sentidos y se tiene la sensación de realizar un viaje por la oscuridad. Con frecuencia se experimenta un intenso dolor, como si el cuerpo se estuviera desmembrando. En segundo lugar, aparece un mar de luces, a menudo con una red mutante de patrones geométricos, la matriz. En tercer lugar, esos patrones adoptan formas, sobre todo de serpiente y de criaturas mitad hombre mitad animal, muchas veces con cuerpos flexibles y semitransparentes. Finalmente, cuando el trance se desvanece, el chamán tiene la sensación de que goza de poderes sobrenaturales, de que posee la capacidad de sanar, que dispone de información sobre los enemigos, que puede influir por telepatía en la mente animal, y que posee el don de la profecía.

Todo esto parece encajar bien con las descripciones de las ceremonias de iniciación en las escuelas mistéricas que hemos comentado. Gregg Jacobs, de la Facultad de Medicina de Harvard, ha afirmado que «mediante las técnicas chamanísticas podemos sumirnos en potentes estados de conciencia ancestrales».

Sin embargo, los esotéricos modernos opinan que el ejemplo del chamanismo sólo nos llevará tan lejos cuando se comprendan las escuelas mistéricas y las sociedades secretas. Muchos de los cuadros procedentes de culturas chamanísticas como prueba de sus trances son asombrosamente bellos, pero no ofrecen la misma visión magnífica y exhaustiva de los mundos espirituales que está plasmada, por ejemplo, en el techo de los templos de Edfú o Filae. Además, los seres con los que se encuentran los chamanes parecen ser de niveles inferiores, y no los dioses planetarios más sublimes con los que se comunicaban los sacerdotes de los templos.

Así, en opinión de los maestros esotéricos actuales, todo chamanismo, ya sea el de las antiguas hordas de hunos o mongoles, o el practicado por los *sangoma* de Sudáfrica en la actualidad, representa una degeneración de una visión primordial que antaño era espléndida.

Una vez más, vemos que en la historia secreta todo está al revés. En la historia convencional, las primeras etapas de la religión estuvieron marcadas por el animismo y el totemismo, que evolucionaron y se convirtieron más adelante en la complicada cosmología de las grandes civilizaciones antiguas. En la historia secreta, la visión primera de la humanidad era complicada, sofisticada y espléndida, y sólo más tarde degeneró, transformándose en el animismo, el totemismo y el chamanismo.

El pueblo de Atila practicaba un chamanismo que le abría las puertas a mundos espirituales, que serían la envidia de muchos creyentes, pero este acceso se producía en un estado atávico. Iba contra corriente del impulso de la evolución de la conciencia humana que habían desarrollado Pitágoras y Platón, al que ahora Jesucristo y Pablo habían dado un nuevo rumbo. El objetivo de esta evolución era positivo: que la gente pudiera disfrutar de su superioridad y fuerza intelectual personal, y que pudiera moverse con libertad, poder y afecto, no sólo por el mundo material sino también por los mundos espirituales.

Aunque tomar drogas es una parte importante de la práctica chamanística moderna, la mayoría de los maestros esotéricos de la actualidad las prohíben como medio para acceder a los mundos espirituales. Estos maestros quieren que esos mundos se experimenten con la inteligencia y la capacidad crítica lo más intactas posible, incluso intensificadas. Por otra parte, entrar en los mundos espirituales tomando drogas implica que se hace sin la preparación adecuada, y que puede abrirse un portal a una dimensión demoníaca que luego se niegue a cerrarse.

Cuando, en el año 453, Atila se preparaba para contraer matrimonio con una joven de alcurnia y piel suave (ya había tenido cientos de mujeres), era un hombre muy poderoso en la flor de la vida, a punto de contemplar el fin del Imperio romano.

El frágil crecimiento inicial de una nueva fase de la conciencia humana estaba a punto de ser cortado en flor.

Por la mañana, Atila apareció muerto. Había sufrido una hemorragia nasal masiva.

«Creo porque es absurdo.» Esta famosa frase del primero de los padres de la Iglesia latinos, Tertuliano, influyó en numerosos pensadores de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

Podemos imaginar lo absurda que podría parecerle la vida a un ciudadano del Imperio romano en la época de su decadencia. Vivía en un mundo desencantado en el que las grandes certezas espirituales en las que se habían basado las civilizaciones de la Antigüedad parecían dudosas. Ya no se correspondían con su experiencia. Pan llevaba tiempo muerto y los oráculos habían enmudecido. Dios y los dioses parecían poco más que ideas abstractas vacías mientras que la vida intelectual realmente enérgica estaba en el reino de la ciencia y la tecnología, en las teorías atómicas de Lucrecio, en los increíbles proyectos de ingeniería (acueductos, sistemas de drenaje y carreteras de miles de kilómetros de longitud) que

surgían por todas partes. Las certezas espirituales habían sido sustituidas por incontestables realidades políticas y económicas.

Aun así, si este ciudadano se hubiera preocupado de escuchar los impulsos internos de su espíritu, habría notado que ese abrupto y mecánico chirriar de los engranajes de la necesidad, esa nueva forma de ser del mundo, puso de relieve algo muy parecido a lo opuesto, algo que en otros lugares se llamaba «el camino sin nombre». Si hubiera optado por no excluirlo, podría haber captado sugerencias emanadas de corrientes ideológicas secretas.

En esta coyuntura clave pasamos de la época de las escuelas mistéricas a la de las sociedades secretas, del control del curso de la historia a manos de la élite política a algo mucho más subversivo que venía de abajo. Un nuevo estado anímico se estaba apoderando del alma-vida de los iniciados, lo cual podía percibirse en la vida del bufón de Jesús, Francisco de Asís, en los tontos de Shakespeare y en el trabajo ligeramente desacreditador de Rabelais; en *Los Viajes de Gulliver*, *Alicia en el País de las Maravillas* y en los recorta y pega de Kurt Schwitters.

Para responder a una pregunta sobre el significado del zen, un monje levantó el dedo. Un chico de la clase empezó a imitarlo, y después, cada vez que alguien hablaba sobre las enseñanzas de ese monje, el travieso muchacho levantaba el dedo a modo de burla.

Pero la siguiente vez que el chico acudió a clase, el monje lo sujetó y le cortó el dedo. Mientras huía llorando a toda velocidad, el monje lo llamó. Al volver para ver qué quería el monje, éste se le quedó mirando y levantó su propio dedo. En ese momento, el muchacho lo entendió.

Este cruel relato no es un episodio histórico, sino una de las clásicas fábulas del zen ideadas en la época en que Atila sufrió la hemorragia nasal.

La capacidad de abstracción llevaba desarrollándose menos de un milenio, inspirada por Pitágoras, Confucio y Sócrates. El budismo se había extendido desde la India hasta China, con la visita del patriarca budista de veintiocho años Bodhidharma. A lo largo de los dos siglos siguientes, el budismo y el taoísmo se fusionaron para crear una filosofía de iluminación espontánea e intuitiva llamada *ch'an* (o zen, como pasaría a denominarse más tarde en Japón).

El *ch'an* trajo consigo un nuevo y prudente sentido de las limitaciones de la abstracción.

El muchacho y sus compañeros se habían esforzado mucho por entender lo que decía el monje. Nos los podemos imaginar frunciendo el entrecejo en su empeño por alcanzar la iluminación mental.

Sin embargo, de repente, el chico es capaz de contemplar el mundo desde la percepción de un estado de conciencia alterado. De pronto observa el mundo desde la perspectiva de la conciencia vegetal centrada en el plexo solar en vez de en el craneal. Esta conciencia vegetal nos permite estar conectados individualmente con cada uno de los demás seres vivos del cosmos. Estas conexiones pueden visualizarse como los zarcillos de un gran árbol cósmico y cada plexo solar como una flor de ese árbol. Otra forma de verlo es que esta conciencia vegetal constituye otra dimensión, el mundo entre los mundos, y la puerta a los mundos espirituales. Se trata de la conciencia, «la luz más allá de la luz del intelecto», por citar a san Agustín, que todo aquel que quiere convertirse en iluminado debe experimentar.

El muchacho logra la iluminación porque, desde el punto de vista de esta otra forma de conciencia, el dedo del monje le pertenece tanto como el monje. Las categorías normales del pensamiento humano no son suficientes para abarcar esto.

La risa explota cuando de repente se ve el cosmos totalmente al revés, patas arriba. A principios de la segunda mitad del siglo V se introdujo en el mundo un nuevo sentido

del absurdo, y desde entonces, los grandes iniciados de las sociedades secretas, tanto en Oriente como en Occidente, tendrían siempre un toque de zen.

Bajo el dominio de un poderoso emperador, Justiniano, el Imperio bizantino se expandió, llegando a recuperar territorios controlados por los bárbaros. Justiniano clausuró las escuelas de filosofía griega que quedaban, lo que provocó la huida de los maestros, que se llevaron consigo textos como las obras de Aristóteles, incluido su tratado de alquimia ahora perdido.

Gran parte de ellos llegó a Persia, donde el rey Khusraw soñaba con fundar una importante academia como la que había inspirado la civilización griega. Con un fermento intelectual que abarcaba elementos neoplatónicos, gnósticos y herméticos, fue aplicada la metodología aristotélica junto con el mundo material y los mundos espirituales. Así empezó la edad de oro de la magia árabe.

Toda nuestra infancia está iluminada por la visión de la magia (genios, lámparas mágicas y abracadabras). Estas historias empezaron a extender su influencia mágica sobre la historia mundial en el siglo VI. Se hablaba de la existencia de autómatas, de máquinas voladoras y de oro que se autogeneraba, así como de poderosos conjuros mágicos recopilados en libros prohibidos.

Pronto, todo el mundo estaría bajo el embrujo de Arabia al publicarse en todas partes libros con sus conjuros, que contenían conocimientos susurrados por los demonios.

17. LA ERA DEL ISLAM

Mahoma y Gabriel • El Anciano de las Montañas • Harun al-Rašid y las noches árabes • Carlomagno y el histórico Perceval • La catedral de Chartres

Un personaje muy adusto contemplaba estos acontecimientos desde lo alto de los mundos espirituales.

En el año 570 nació en La Meca un niño llamado Mahoma. Al perder a sus padres a la edad de seis años, empezó a trabajar de pastor. Al crecer se convirtió en un joven de espaldas anchas, pelo negro rizado y una barba a través de la que asomaban unos radiantes dientes blancos. Se hizo conductor de camellos, y transportó a Siria las especias y los perfumes que eran la especialidad de La Meca. Cuando tenía veinticinco años se casó con una adinerada viuda de La Meca y se convirtió en uno de los ciudadanos más ricos y respetados de esa ciudad.

Aunque en cierto sentido había recuperado todo lo que había perdido con la muerte de sus padres, Mahoma no estaba satisfecho. El centro religioso de La Meca era una enorme piedra de granito negro que recibía el nombre de Ka‘ba, y que, según algunas tradiciones, había caído a la Tierra desde el sistema estelar de Sirio. En aquella época, Arabia estaba poblada por tribus chamanísticas, cada una de las cuales rendía culto a sus propios dioses y espíritus, y en el centro de este torbellino, junto a la Ka‘ba, se erigía una tienda sagrada que alojaba a centenares de sus ídolos. La corrupción había llegado también a La Meca por la venta de agua sagrada extraída de un manantial que Ismael había hecho brotar de la arena. A Mahoma todo esto le parecía frívolo. Veía como a la gente sólo le interesaba ganar dinero, el juego, la equitación y emborracharse.

Mientras llevaba caravanas de camellos por lugares como Siria y Egipto, oyó hablar del judaísmo y de las hazañas de Jesucristo. ¿Acaso el episodio de la limpieza del templo le tocó la fibra sensible? Mahoma se convenció de que Arabia

necesitaba un profeta, alguien como Jesucristo, que pudiera liberar al pueblo de las supersticiones y de la corrupción y fuera capaz de unirlo en una misión cósmica.

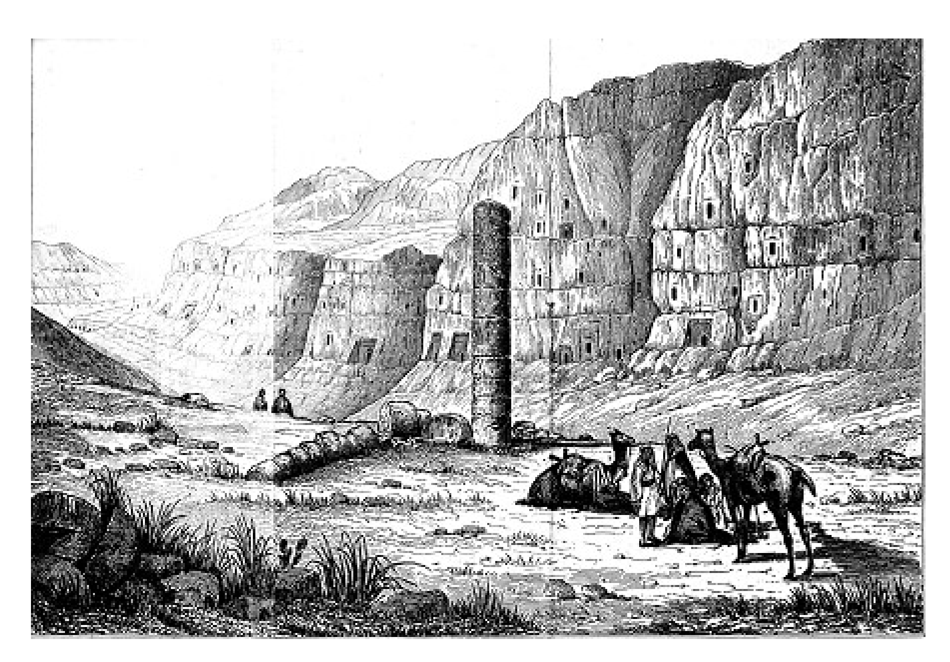
Un día estaba sentado en las montañas que rodean La Meca, meditando en secreto sobre el modo de lograr todo eso, cuando se le apareció un ángel que le dijo: «Soy el ángel Gabriel.» Éste le enseñó a Mahoma una tablilla de oro y le dijo que leyese su contenido. Mahoma le aseguró que era analfabeto, pero cuando Gabriel se lo ordenó una segunda vez, Mahoma descubrió que sabía leer. Así empezaron la serie de conversaciones angélicas que se convirtieron en el Corán. Más tarde, Mahoma volvió a su ciudad y con gran sinceridad y con un poder irresistible, predicó lo que Gabriel le había enseñado. Mahoma resumiría su credo en estos términos realistas:

> Mis enseñanzas son sencillas
>
> El único dios verdadero es Alá
>
> Mahoma es su profeta
>
> Renuncia a la idolatría
>
> No robarás
>
> No mentirás
>
> No calumniarás
>
> Y no te intoxicarás nunca
>
> Si sigues mis enseñanzas, seguirás el islam

Cuando se le retó a realizar un milagro para demostrar que sus prédicas eran de inspiración divina, se negó. Alegó que Alá había alzado los cielos sin recurrir a columnas, había creado la Tierra, los ríos, el higo, el dátil y la aceituna, y que eso ya era suficiente milagro.

Quizá en este materialismo extático se perciben los primeros susurros de la edad moderna.

Durante sus conversaciones angélicas, el arcángel Gabriel le pidió a Mahoma que eligiera un refrigerio. Éste escogió la leche, que los ocultistas llaman jugo lunar. El alcohol sería prohibido en el islam.



Las cuevas de los padres del desierto en un dibujo de principios del siglo XIX. Los padres del desierto, que vivían aislados, dedicaban su vida a la práctica de técnicas extremas que les permitieran acceder a los mundos espirituales, una forma de vida que evolucionaría hasta convertirse en el movimiento monástico. San Antonio, el Grande, el más importante de los padres del desierto, permanecería durante largos períodos de tiempo en tumbas en un estado similar al trance. En una ocasión aconsejó a un hombre que se cubriera de carne cruda. Cuando un grupo de perros salvajes lo atacó, comprendió lo que se sentía al ser atacado por demonios en el período de ultratumba. En el episodio conocido como la tentación de san Antonio, él mismo entró en la esfera lunar, también denominada *kamaloca*, o purgatorio, y tuvo una visión del demonio, un hombre alto y negro, con la cabeza en las nubes. También vio ángeles que podían guiar a algunos espíritus humanos más allá del alcance del demonio.

Desde un punto de vista esotérico, es sumamente relevante que el ángel que dictó el Corán a Mahoma fuera Gabriel, que en general es considerado el arcángel de la luna. Alá es el nombre musulmán de Yahvé, gran dios de la luna y del pensamiento. Gabriel proclama el poder del pensamiento para controlar las pasiones humanas y suprimir la fantasía, y su dios es el gran dios de la prohibición, representado en la iconografía musulmana con la luna creciente.

El pensamiento es un proceso mortal que se alimenta de energía vivificante. En la Edad Media (la gran Era del Islam), el impulso sexual tendría que suprimirse para que pudiese crecer la capacidad humana de pensar. Y con el fin de reprimir los frutos de la fantasía gnóstica, los dirigentes religiosos impusieron su autoridad sobre el pueblo.

Desde el punto de vista de la historia occidental convencional, Europa fue asediada por las incivilizadas hordas musulmanas durante la última parte de la Edad Oscura y hasta la Edad Media.

Desde el punto de vista de la historia esotérica, la verdad es casi el reflejo en el espejo de esto. Los impulsos sembrados en esta época, que crecerían y transformarían Europa, y de hecho toda la raza humana, vinieron del islam.

La predicación de Mahoma en el mercado de La Meca originó un complot para asesinarlo. Entonces, él huyó a la ciudad de Medina con su discípulo Abu Behr para desde allí poder guiar a sus seguidores. En el año 629 regresó a La Meca, y en los cuatro años posteriores y hasta su muerte, logró el control del resto de Arabia. Al sucederle Abu Behr (o «Califa»), el ansia de conquista continuó a un ritmo sorprendente.

Uno de los factores que hace que una religión triunfe es que tenga incidencia sobre el mundo, es decir, que aporte beneficios materiales. La mezcla del monoteísmo radical de Mahoma con la metodología científica de Aristóteles, que había ocupado antes la mente árabe, daría la vuelta al mundo, desde España hasta los confines de China.

Absorbiendo nuevas ideas y difundiéndolas a su vez, los árabes adoptaron el zoroastrismo, el budismo, el hinduismo y la ciencia china, incluida la fabricación de papel. Realizaron grandes avances en los campos de la astronomía, la medicina, la física y las matemáticas, sustituyendo los incómodos números romanos por el sistema arábigo que usamos en la actualidad.

Por su parte, el sufismo tenía raíces antiguas, incluso fundamentales. Algunas tradiciones proceden de la Hermandad Saramong (o Hermandad de la Abeja), fundada en el Cáucaso, en Asia Central, durante la primera gran migración tras la destrucción de la Atlántida. Más tarde, el sufismo se vio influido sin duda por el gnosticismo y el neoplatonismo.

Si durante su período triunfal el islam tendió a volverse dogmático y paternalista, el sufismo representaba el impulso contrario, una fascinación por el giro en uno u otro sentido, a veces perverso y paradójico, del espíritu. El islam esotérico abogaba por la inmersión de uno mismo en el lado más amable, femenino y sensible de la vida espiritual, que quedaría expresada en la gran efusión de la poesía sufí.

La cuestión de qué constituye «uno mismo» es también un tema importante en el sufismo. Sostiene que lo que solemos imaginar como nuestro propio yo es en realidad una entidad que opera con independencia de nosotros, compuesta en su mayor parte de miedos, falsos apegos, aversión, prejuicios, envidia, orgullo, costumbres, preocupaciones y compulsiones. Una gran parte de la práctica sufí implica la refutación de este falso yo, de esta falsa voluntad.

«Dios está más cerca del hombre que su vena yugular», reza un verso del Corán (50, 16), aunque en gran medida no somos conscientes de ello, aturdidos como estamos por nuestro falso yo.

El gran escritor sufí Ibn Arabi decía que un maestro sufí es aquel que se desvela a sí mismo.

Las prácticas dirigidas por un maestro sufí pueden incluir ejercicios de respiración y música con el fin de lograr una alteración del estado de conciencia. El sufismo enseñaba el proceso a veces doloroso de «despertar», de adquirir conciencia de sí mismo y de la corriente cósmica y mística que recorre nuestro cuerpo, y cómo sentirnos más plenamente vivos.

Dado que los sufíes se abrían totalmente a esta corriente mística, podían ser salvajes, imprevisibles y desconcertantes. Más adelante veremos cómo el sufismo ha tenido una enorme influencia en la cultura occidental, si bien esa influencia ha pasado desapercibida en gran medida.

El cuñado de Mahoma, Alí, era para él como Juan para Jesucristo, receptor y transmisor de las enseñanzas secretas. Los sufíes acataban la ley islámica, pero la consideraban la corteza exterior de la doctrina esotérica.

Alí y la hija de Mahoma, Fátima, establecieron lo que se conoce como el Imperio fatimí, que dominó una gran parte del Norte de África y El Cairo, donde fundaron una escuela de filosofía esotérica llamada la Casa de la Sabiduría. En ella se impartían siete grados de iniciación en los que los candidatos adquirían un saber infinito, además de poderes secretos. Sir John Woodruffe, que en el siglo XIX tradujo los textos tántricos fundamentales, reveló también la existencia de una tradición sufí de concepción paralela a la de la fisiología oculta. En esta doctrina sufí, los centros de poder tenían nombres tan bonitos y misteriosos como Corazón de Cedro o Corazón de Lirio.

Uno de los iniciados que surgió de la Casa de la Sabiduría fue Hasan-I Sabbah, el célebre Anciano de las Montañas. Fundó una pequeña secta que en el año 1090 tomó el castillo de Alamut, en las montañas al sur del mar Caspio, en el actual Irán. Desde su fortaleza en las montañas envió a sus agentes secretos por todo el mundo para cumplir sus órdenes, controlando a lejanos gobernantes como si de un maestro titiritero se tratara. Sus *Hashishim* (Asesinos) se infiltraban en cortes y ejércitos. Todo aquel al que se le ocurriera desobedecer a Hasan aparecía muerto a la mañana siguiente.

En Occidente, la imagen de Hasan se ha visto sin duda distorsionada por un pasaje del relato de los viajes de Marco Polo. Éste afirmaba que el Anciano de las Montañas daba a sus jóvenes seguidores drogas que los hacían dormir durante tres días. Al despertar se encontraban en un hermoso jardín y se les decía que era el Paraíso. Estaban rodeados de bellas mujeres que tocaban música para ellos y les daban todo lo que querían. Al cabo de tres días más se dormía de nuevo a los jóvenes. Al despertar, se los llevaba otra vez ante Hasan, convencidos de que el Anciano podía enviarlos de regreso al

Paraíso a su antojo. Así que, cuando él quería matar a alguien, sus asesinos lo hacían de buena gana, creyendo que el Paraíso sería su recompensa segura.

En realidad, Hasan prohibió todas las sustancias tóxicas y llegó a ejecutar a uno de sus propios hijos por estar ebrio. También prohibió la música. Entre su propio pueblo tenía fama de santo y alquimista, de adepto capaz de controlar los acontecimientos de todo el mundo mediante poderes sobrenaturales. Y todo ello a pesar de que, una vez llegó a lo alto de la montaña y estableció su corte, sólo salió de su habitación en Alamut en dos ocasiones.

En el siglo XX, el arquetipo de hombre que parece loco pero que en realidad controla todo el mundo desde su celda quedó reflejado en las películas profundamente esotéricas de Fritz Lang, en el personaje del doctor Mabuse.

Harun al-Rašid fue otro de los extraordinarios personajes importantes de la época. Se convirtió en califa tras cumplir los veinte años y no tardó en convertir Bagdad en la ciudad más espléndida del mundo, al construir en ella un palacio de un esplendor incomparable, atendido por centenares de cortesanos y esclavos y con un harén. En aquel lugar donde resplandecía la materialidad, el hombre podía experimentar todos los placeres que el mundo puede ofrecer, aborrecerlos todos ellos y anhelar la novedad.

El potentado oriental —tocado con un turbante— de todas nuestras fantasías, y califa de *Las mil y una noches*, llevó a su corte a los escritores, artistas, filósofos y científicos más importantes de la época. Se rumoreaba que, tal como se relata en *Las mil y una noches*, a veces solía salir disfrazado de palacio por una puerta secreta, para escuchar a escondidas a sus súbditos y descubrir lo que pensaban realmente.

En uno de los relatos más conocidos, en el mar Rojo, un pescador captura en sus redes una gran olla de hierro. Cuando tira de ella hasta subirla a bordo, observa que en la tapa metálica están grabados los dos triángulos cruzados del Sello

de Salomón. Como es lógico, picado por la curiosidad, el pescador abre la olla, de la que de repente sale un vapor negro que se expande por todo el cielo, de modo que lo único que puede ver es oscuridad. A continuación, el vapor se condensa, y adopta entonces la monstruosa forma de un Jinn, que le cuenta al pescador que Salomón lo encerró en aquella olla. Le dice que, después de dos siglos encerrado, juró hacer rico a quien lo liberara, que a los quinientos años juró recompensar a su salvador otorgándole poder, pero que después de mil años de cautiverio juró matar a aquel que lo liberara. Así que el Jinn ordena al pescador que se disponga a morir, pero éste contesta que duda que el Jinn estuviera realmente dentro de la olla, así que, para demostrarlo, el espíritu se convierte de nuevo en vapor y se vuelve a meter dentro con un lento movimiento en espiral, momento en el que, por supuesto, el pescador coloca la tapa.

Aunque ésta pudiese parecer tan sólo una historia para niños, para los ocultistas está cargada de enseñanzas esotéricas. La palabra *Jinn* significa «esconder», y el pueblo árabe poseía una detallada teoría y práctica del trato con esos entes, que se decía que vivían en casas en ruinas, en pozos y debajo de puentes. Además, era frecuente encerrar a espíritus y demonios en amuletos, anillos y piedras usando sellos mágicos, como el de Salomón. En la Edad Media, ese saber, de origen principalmente árabe y centrado sobre todo en la concesión de poder a los talismanes por medio de la astrología, se recogería en muchos grimorios famosos. El más importante de ellos, el llamado *Picatrix*, fascinaría a muchos de los personajes más influyentes de esta historia, incluidos Tritemio, Ficino y Elías Ashmole.

Rumi se convirtió en el gran poeta de la corte. Ya en su infancia fue un ser desconcertante. A los seis años empezó a adquirir la costumbre de ayunar y comenzó a ver visiones. Se cuenta que un día estaba jugando con un grupo de niños que perseguían a un gato de tejado en tejado. Rumi comentó indignado que los humanos deberían ser más ambiciosos que

los animales, y después se esfumó. Cuando los demás gritaron asustados, volvió a aparecer de repente detrás de ellos. Tenía una extraña mirada en los ojos, y dijo que los espíritus de túnicas verdes se lo habían llevado a otros mundos. Las túnicas verdes podrían haber sido las sombras de Al-Khidr, el Verde, un poderoso ser capaz de materializarse y desmaterializarse a voluntad. Los sufíes dicen que el Verde acude en ayuda de quienes tienen una misión especial.

A los treinta y siete años, convertido en un joven profesor universitario, Rumi era adorado por sus alumnos. Un día en que montaba a caballo, seguido de sus alumnos, se dirigió a él un derviche. Shamsi Tabriz se había ganado a pulso su fama, al insultar a los jeques y a los santos, dado que no se dejaba guiar por nadie que no fuera Dios, lo cual lo hacía imprevisible y a veces un ser abrumador e incluso demoledor.

Los dos hombres se abrazaron y se marcharon a vivir juntos a una celda, donde meditaron durante tres meses. Cada uno de ellos vio lo que había estado buscando en los ojos del otro.

Pero los alumnos de Rumi estaban tan celosos, que un día le tendieron una emboscada a Shamsi y lo apuñalaron.

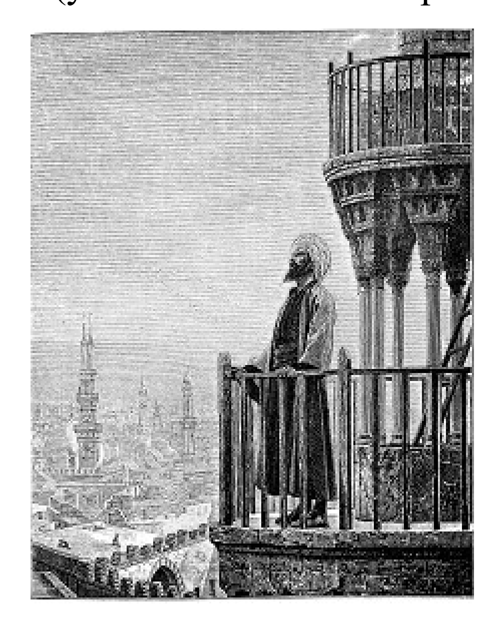
Rumi lloró su muerte, se lamentó y se consumió. Estaba abatido. Entonces, un día, mientras caminaba por la calle, pasó por el establecimiento de un orfebre, donde oyó el rítmico golpeo de un martillo contra el oro. Rumi empezó a repetir el nombre de Alá y, de repente, empezó a dar vueltas extasiado. Así nacieron los Mevleví o derviches giróvagos, una orden de los sufíes.

La magnífica civilización de los árabes fascinaba tanto como horrorizaba a la Europa medieval. Los viajeros regresaban explicando anécdotas de la vida en la corte, de cientos de leones sujetos con correas, de un lago de mercurio en el que flotaba una cama hecha con un pellejo de cuero lleno de aire y sujeta con tiras de seda a cuatro columnas de plata situadas en las esquinas. Lo que se contaba con más frecuencia

era la existencia de un jardín mecánico milagroso hecho de piedras preciosas y con pájaros mecánicos que volaban y cantaban. En el centro se erigía un gran árbol de oro del que colgaba fruta hecha de piedras preciosas de un tamaño asombrosamente grande, y que representaba los planetas.

A muchos, esos prodigios les parecían nigrománticos, en el límite entre la magia y la ciencia. En parte, se puede encontrar al menos una explicación en el descubrimiento hecho en Bagdad en 1936. Un arqueólogo alemán llamado William Koenig estaba excavando el alcantarillado de un palacio cuando descubrió lo que identificó de inmediato como una batería eléctrica primitiva. Databa como mínimo de principios de la Edad Media. Cuando una compañera creó una réplica, se dio cuenta de que con ella podía generar una corriente eléctrica que podía chapar en oro una figurita de plata en menos de media hora.

En el año 802, Harun al-Rašid obsequió al emperador del Sacro Imperio romano, Carlomagno, con seda, candelabros de latón, perfumes y piezas de ajedrez de marfil. También le envió un elefante y un reloj de agua que daba las horas dejando caer bolas de bronce en un cuenco, con pequeños caballeros mecánicos que salían de puertecitas. Con estos regalos pretendía convencer a Carlomagno de la superioridad de la ciencia árabe (y del alcance de su imperio).



Llamada a la oración. A través del sufismo se introdujo en el mundo un gran impulso para invertir la forma de pensar: «La Verdad busca también al Buscador.»



P. L. Travers, creadora de Mary Poppins, era discípula del maestro del siglo XX G. I. Gurdjieff, influido tanto por los sufíes como por los lamas tibetanos. El personaje de Poppins (en los libros más que en la película, que es más sentimental) es el de un adepto sufí; resulta desconcertante cómo es capaz de volver el mundo del revés y forzar las leyes de la naturaleza.

De no haber sido por tres generaciones de reyes francos, Carlos Martel, Pipino y Carlomagno, el islam hubiera borrado a la religión cristiana de la faz de la Tierra.

Nacido en el año 742, Carlomagno heredó la lanza de Longinos, la usada para perforar el costado de Jesucristo en la cruz. Carlomagno vivía y dormía con la lanza, pues creía que le confería poderes para adivinar el futuro y forjar su propio destino. En la primera década del siglo IX obtuvo victorias contra los musulmanes. Con su espada sagrada, Joyeuse, luchaba para impedir que invadieran el norte de España, y para proteger asimismo la ruta de peregrinación hacia Santiago de Compostela.

Carlomagno tenía un físico imponente, medía más de dos metros de altura y poseía unos deslumbrantes ojos azules. Era un hombre de costumbres sencillas y moderadas, y aun así logró imponer su voluntad en el curso de la historia. No sólo su visión de la Fortaleza de Europa mantuvo un sentido de

identidad cristiano frente a la invasión islámica, sino que se ocupó asimismo de proteger a su pueblo de los nobles corruptos y tiranos.

De los textos de uno de los magos importantes del Renacimiento, Tritemio, abad de Sponheim, nos llega el extraño relato de la Santa Vehm, o Tribunal Secreto de Jueces Libres, fundado por Carlomagno en el 770 con códigos y signos secretos para excluir a los no iniciados. En ocasiones denominados Soldados Secretos de la Luz, estos hombres enmascarados solían colgar una notificación a las puertas de aquellos castillos cuyo propietario creía poder desacatar la ley. Algunos nobles desobedecían los avisos y trataban de protegerse con guardaespaldas, pero inevitablemente se los encontraba apuñalados con la daga cruciforme característica de la Santa Vehm.

Los nobles que obedecían la notificación, acudían solos, bien entrada la noche, al lugar que se les había indicado, a veces un cruce solitario. Aparecían entonces unos enmascarados que les ponían una capucha en la cabeza antes de llevárselos para someterlos a un interrogatorio. A medianoche le quitaban la capucha, y el noble se encontraba tal vez en una enorme cueva subterránea, frente a los Jueces Libres, enmascarados y vestidos de negro, y se dictaba sentencia.

Es evidente que esta sociedad secreta no es esotérica ni arcana en cuanto a filosofía, pero el detalle de la cueva recuerda las leyendas de la iniciación subterránea de Carlomagno.

El *Enquiridión* del papa León era un libro de conjuros (incluidos algunos para prevenir el envenenamiento, el fuego, las tormentas y las bestias salvajes) que se introdujo en la historia exotérica a principios del siglo XVI, pero que, según se decía, Carlomagno había llevado siempre consigo, dentro de una bolsita de cuero. Un factor que confiere autenticidad a esta

historia es que el *Enquiridión* incluía el primer capítulo del Evangelio de san Juan como su conjuro más poderoso. Los esotéricos practicantes siguen usando esos versos de ese modo.

Hoy día pueden verse pruebas más consistentes de la mentalidad iniciática de Carlomagno en la capilla de Aquisgrán. Añadida al palacio de Carlomagno, era el mayor edificio del mundo al norte de los Alpes. Su planta octogonal evoca los muros que rodearán la Nueva Jerusalén, según la numerología esotérica del Apocalipsis de san Juan. Tiene la entrada por la llamada Puerta del Lobo, que recibe su nombre del legendario lobo que engañó al diablo para quitarle la capilla. Cuando el visitante alza la vista hacia la galería del primer piso, ve el imponente trono del sacro emperador, hecho de sencillas placas de mármol blanco. En el centro de la capilla, un macizo cofre de oro contiene los huesos de Carlomagno. Por encima, la «Corona de Luces», un gigantesco candelabro en forma de rueda, colgaba encendido a modo de chacra sobre su coronilla.

Entre los logros de Carlomagno se cuenta la agrupación de los grandes eruditos del cristianismo en un intento de rivalizar con la corte de Harun al-Rašid. Quizá el sabio más importante fuera Alcuino de York.

La relación con Gran Bretaña es significativa en la historia secreta. El espíritu del rey Arturo vive y respira en la historia de Carlomagno. Es un defensor de la fe, que mantiene a raya a los paganos con la ayuda de una arma que lo hace invencible y de un círculo de fieles caballeros, o paladines, como se sabe que tenía Carlomagno.

Como hemos visto, el auténtico rey Arturo vivió en la Edad de Hierro, un defensor del dios Sol en una época invadida por la oscuridad. Y las leyendas del Grial que se añadieron al canon en la época de Carlomagno se basan en hechos históricos.

Se podría creer que el relato de Perceval es una alegoría, pero en la historia secreta éste era un hombre de carne y hueso, una reencarnación de Manes, el fundador del maniqueísmo en el siglo III. Aunque él lo ignoraba, era también sobrino de uno de los paladines de Carlomagno, Guillermo de Orange, que luchó contra los sarracenos en Carcasona en el año 783. Esa batalla les costó tan cara a los musulmanes, que se retiraron de Francia a España.

Criado para ser silvicultor, Perceval vivía con su madre en las profundidades del bosque, lejos de la elegancia de la vida cortesana y de los peligros de la caballería. No conoció a su padre ni a su famoso tío. Aunque no fue un caballero como Rolando, famoso en su época —alguien cuyas grandes hazañas llegaban a oídos de todos y se elogiaban en las crónicas oficiales—, sus proezas locales y sus batallas privadas cambiarían el curso de la historia.

Un día, Perceval estaba jugando solo en el bosque cuando un grupo de caballeros pasó cabalgando a su lado. El episodio se describe en un pasaje de Chrétien de Troyes que enciende la imaginación:

> Era el tiempo en que florecen los árboles y se tornan verdes la hierba, los bosques y los prados; cantan suavemente los pájaros en sus latines por la mañana y todo ser se inflama de alegría, cuando el hijo de la Dama Viuda se levantó de la Yerma Floresta Solitaria […]. Sabía lanzar con destreza los venablos que llevaba, e iba arrojándolos a su alrededor […] hasta que oyó llegar por el bosque a cinco caballeros pertrechados con todas sus armas. Grande era el ruido que venían haciendo las armas de los que llegaban, ya que a cada paso chocaban con las ramas de los robles y las hayas. Entrechocábanse asimismo lanzas y escudos, rechinaban las lorigas […] pero en cuanto el bosque los descubrió y los vio a campo abierto y vio las lorigas relumbrantes y los yelmos claros y relucientes, el blanco y el bermejo reluciendo frente al sol, y el oro y el azur y la plata, se le hizo tan hermoso y agradable que dijo:
>
> —¡Ah, señor Dios, perdón! Son ángeles estos que aquí veo.

La propia imaginación de Perceval se vio arrebatada por la excitación. Dejó a su madre con el corazón roto, y se marchó en busca de aventuras.

Por todos sus ideales, Perceval era un caballero ridículo, y sus misiones estaban siempre plagadas de malentendidos y eran muy accidentadas. Su viaje estaba marcado por la soledad y el fracaso.

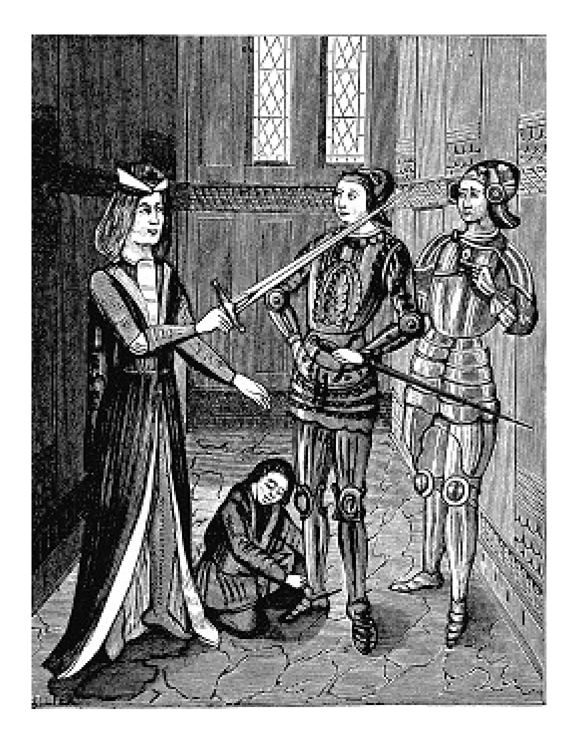
Entonces, un día, al anochecer, mientras cabalgaba junto a un río, preguntó a dos pescadores si sabían dónde podía refugiarse. Le indicaron la dirección a un gran castillo en lo alto de una montaña. Resultó ser el castillo del Rey Pescador, Anfortas, al que habían herido y estaba sangrando por el muslo. Al parecer, un malvado rey, Klingsor, le había tendido a Anfortas una trampa basada en una especie de tentación sexual, y había logrado herirlo.

Mientras Perceval estaba sentado cenando, apareció una fabulosa procesión en la que unos pajes llevaban una lanza ensangrentada y un cuenco brillante. Después de cenar, Perceval se sumió en un sueño profundo. En algunas versiones de la leyenda se enfrentó también a una serie de pruebas. Lo amenazaron bestias salvajes (leones) y lo tentó una hermosa diabla. También tuvo que atravesar un puente peligroso tendido sobre un abismo. Como veremos, estas variaciones pueden conciliarse.

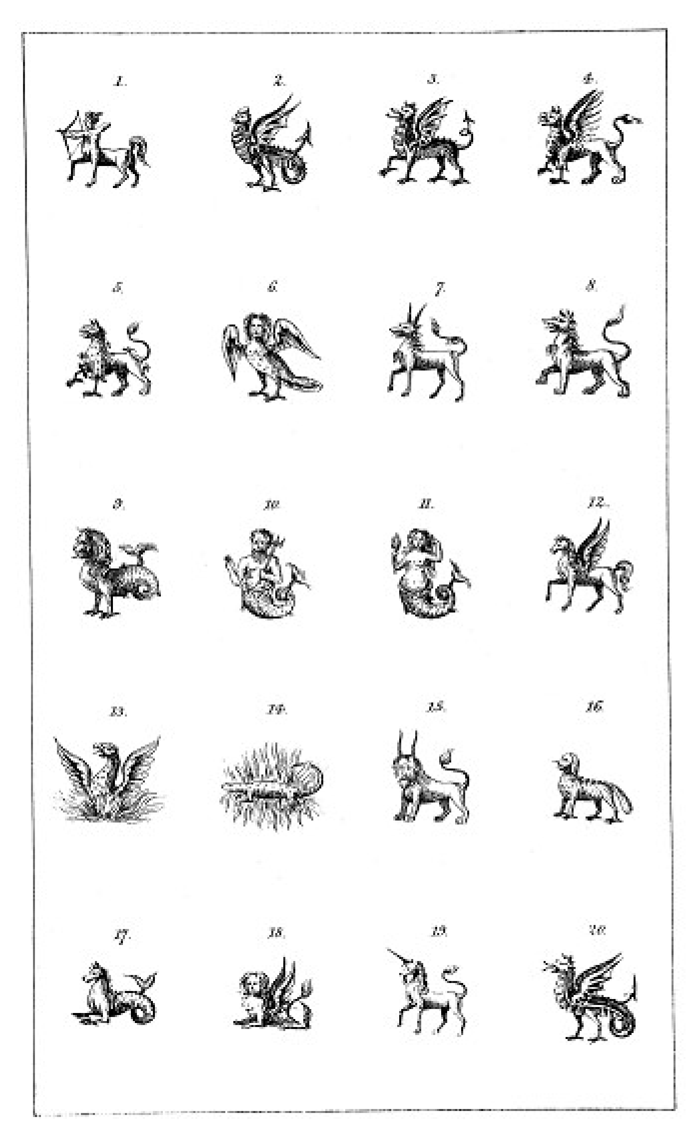
Al despertar, encontró el castillo desierto. Al salir a caballo del mismo, vio que se habían perdido las cosechas y que el país se había convertido en una tierra yerma.

Más tarde, Perceval fue aceptado en la corte y se le dieron sus espuelas. Pero un día se dirigió a él una fea y perversa dama. Ésta le explicó que el país estaba sufriendo porque él, cuando había tenido la visión del Grial, no había formulado la pregunta que habría curado al Rey Pescador y hubiera restablecido la buena fortuna del reino.

En su segunda visita al Castillo del Grial, Perceval le preguntó a Anfortas de qué sufría, y tuvo éxito en la búsqueda del Grial cuando todos los demás caballeros no habían tenido suerte. Por ejemplo, sir Lancelot había fracasado pues, a causa de su amor por Ginebra, no tenía un corazón puro.



En el contexto de la caballería, el casco, la espada y las espuelas son símbolos de iniciación. La ceremonia de ordenar a un caballero golpeándole con una espada en el hombro es un vestigio de la antigua ceremonia de iniciación en la que se golpeaba la frente con el tirso que hace manar los manantiales de agua y de vino. En algunas ceremonias de iniciación modernas, esto se rememora con un golpe bastante fuerte en la frente. Ese golpe permite que nazca una forma superior de pensamiento, del mismo modo que Atenea nació de la frente de su padre.



Dibujos heráldicos esotéricos que representan una gran parte de las criaturas y símbolos de la historia secreta. Extraído de *A Grammar of British Heraldry*, de 1854.

En el punto álgido de su búsqueda, Perceval ve primero la lanza de Longinos (un recuerdo de la relación con Carlomagno) y, finalmente, el propio Grial.

¿Cómo debemos interpretar esta historia? El elemento visionario debería considerarse, sin duda, una descripción de la ceremonia de iniciación. Las pruebas y visiones de Perceval se enmarcan en un trance profundo.

Sin embargo, el hecho de que los acontecimientos sean simbólicos o alegóricos no significa por supuesto que no tengan que interpretarse como verdaderos al pie de la letra.

Así pues, ¿qué es el Grial?

Como hemos visto, en una versión alemana anterior de la historia, el Grial es una piedra. Tiene también, al parecer, las propiedades de la piedra filosofal de los alquimistas. Brilla, se regenera, rejuvenece en carne y hueso y, en palabras de Von Eschenbach, «ofrece hasta tal punto la apacibilidad y el deleite del mundo que parece el reino de los cielos». Por supuesto, si esta piedra que se cayó de la frente de Lucifer hubiera adquirido forma de cuenco, sería también una piedra trabajada.

Para entender qué es realmente el Grial, deberíamos recordar su función, escuchar atentamente lo que nos dice el conocido relato. Es un cáliz o recipiente para contener fluidos corporales. Más específicamente, debía contener la sangre de Cristo, usado para recogerla mientras se derramaba de su cuerpo en la cruz y, de modo simbólico, en la Última Cena.

Como hemos visto, la sangre es el rasgo distintivo de la conciencia animal, y en la fisiología oculta, la parte animal de nuestra naturaleza se aloja en la parte vegetal, o está contenida en ella como si de un cáliz se tratara.

Por lo tanto, el secreto del Santo Grial no consiste en que represente un linaje, lo cual, como he sugerido antes, iría en contra de la doctrina esotérica de la reencarnación. Más bien hace referencia al papel de la parte vegetal de nuestra naturaleza en tanto que receptáculo vivo de nuestro espíritu o conciencia. La búsqueda del Grial es la búsqueda de un receptáculo purificado, apto para contener una forma espiritual superior, y las pruebas planteadas a lo largo de esa búsqueda se basan en determinadas técnicas esotéricas de purificación del cuerpo vegetal. Rudolf Steiner, quizá el maestro más importante del siglo XX, afirmaba que toda obra esotérica seria empieza ocupándose de lo etéreo, es decir, del cuerpo vegetal.

Tras la Caída, nuestro yo animal se ha corrompido en gran medida y nos hemos convertido en esclavos de nuestro yo sexual. De hecho, el grado de corrupción de nuestro yo animal es tan grande que éste se ha filtrado a nuestros cuerpos vegetal

y material, y purificarlos está más allá de nuestro alcance. Necesitamos ayuda sobrenatural, y las técnicas esotéricas sirven para solicitar ese tipo de asistencia.

Si la dimensión vegetal de la humanidad se purifica, nos volveremos más vegetales por naturaleza. Los santos pueden vivir solamente de la luz del sol, como las plantas. Therese Neumann, la mística y obradora de milagros alemana del siglo XX, vivió cerca de cuarenta años comiendo sólo una hostia consagrada a diario.

Pero si las técnicas para transformar nuestro cuerpo vegetal existen desde la Antigüedad, ¿qué había de nuevo y de especial en las vinculadas a la iniciación del Grial?

En su segundo encuentro, sumamente significativo, con el malherido Rey Pescador, Perceval formula la pregunta: «Señor, ¿de qué sufrís?»

Esto muestra una mezcla de compasión altruista y, lo que es más relevante, un espíritu libre e inquieto que era nuevo en el siglo VIII. Así pues, aquí se origina un nuevo impulso hacia la libertad de pensamiento que marcó el inicio del fin de la era de la autoridad eclesiástica.

La visión que Perceval tiene del Santo Grial es una visión del cuerpo o alma vegetal que se ha transformado mediante la moral y la inquietud intelectual adecuadas para llevar una forma espiritual superior, el Espíritu de Jesucristo.

La dimensión histórica de la narración radica en el modo en que la herida de Anfortas hace que el país se convierta en un territorio yermo. La devoción personal de los iniciados afecta al destino de las naciones.

Asimismo, resulta significativa la forma en que se desarrolla la historia. La historia de cómo Perceval logra el Grial se presenta según la visión imaginativa interna del propio Perceval.

En los templos y las escuelas mistéricas de épocas anteriores se construían fabulosas estatuas y se invocaba a los dioses para que habitaran en ellas. En la Edad Media, los grandes iniciados inspirarían maravillosas e imaginativas pinturas; a esas imágenes mentales descenderían los dioses y les insuflarían vida.

A la muerte de Carlomagno, en el año 814, su imperio se derrumbó, pero lo que perdura en la actualidad es la idea viva de una Europa unida. Al igual que el rey Arturo, Carlomagno realmente no ha muerto nunca, sino que espera para regresar en caso de necesidad.

La Iglesia fue adquiriendo cada vez más poder y riqueza. Quería ser la única que custodiara las llaves del Reino. Al suprimir la doctrina de la reencarnación, había hecho hincapié en que una persona sólo tenía una vida, y había dado preeminencia a un dios del que había suprimido el conocimiento de sus raíces astronómicas. Ahora ponía de relieve la unidad de las partes extracorpóreas del ser humano. En el 869, en el octavo concilio ecuménico, la Iglesia cerró de facto la puerta a los mundos espirituales al abolir la antigua distinción entre la dimensión vegetal del alma y la dimensión animal del espíritu. Se declaró que espíritu y alma eran una misma cosa, y la consecuencia de ello fue que los mundos espirituales, que antes se podían encontrar en la misa, llegaron a parecer una abstracción vacía.

La experiencia de los mundos espirituales se sustituyó por un dogma que debía aceptarse por imposición.

Mientras tanto, seguía introduciéndose en Europa una influencia islámica crucial, en parte intelectual, en parte espiritual, a través de centros de erudición como los de Toledo y Sicilia. El estudio de las matemáticas, la geometría y las ciencias naturales, inspirados en parte por la traducción y conservación árabe de las obras de Aristóteles, así como de la astronomía y la astrología, se extendió hacia el norte, lo cual dio lugar a la creación de las primeras universidades de

Europa, basadas en el modelo islámico, y a los arabescos de la arquitectura gótica, influenciados por las intrincadas formas vegetales de la arquitectura de las mezquitas.

En el pórtico septentrional de la catedral de Chartres, fundada en el año 1028, está Melquisedec sujetando el Grial. La astrología que el islam llevaba de vuelta a Europa, después de ser desechada varios siglos antes por Roma, puede verse en el simbolismo del pórtico occidental: el pez de Piscis y los caballeros templarios gemelos de Géminis. El frontispicio contiene también un buen ejemplo de un *vesica piscis*, un Tercer Ojo que ve los mundos espirituales que entran en el mundo material.

Chartres es una fusión en piedra del misticismo islámico, la antigua espiritualidad celta y el cristianismo neoplatónico. Construida en lo alto de una colina horadada por antiguos túneles y cuevas, se cree que fue erigida en territorio sagrado para la Diosa Madre. Todavía se puede ver en la cripta una Virgen negra, reflejo del parentesco entre Isis, la madre del dios Sol, y María, la madre de Jesucristo.

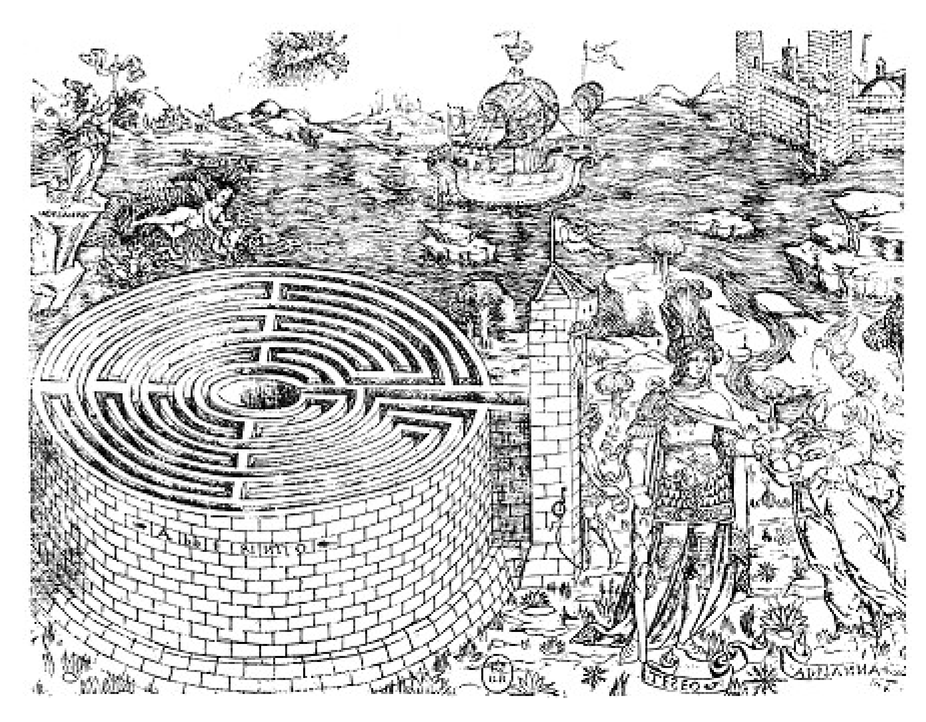
En el suelo de la nave se halla el laberinto más famoso de Europa. Construido en 1200, tiene alrededor de doce metros de diámetro. Antes de que la cogieran para fabricar cañones durante la Revolución francesa, había en el centro una placa de bronce que representaba a Teseo, Ariadna y el Minotauro.

Por supuesto, los laberintos y dédalos eran antiguas creaciones paganas. Se pueden encontrar vestigios de ellos no sólo en Knossos, sino también en Hawara (Egipto) y en los numerosos laberintos y dédalos al aire libre, hechos con setos recortados, de Irlanda, Gran Bretaña y Escandinavia. Antes del siglo XVIII, muchas otras iglesias cristianas disponían de laberintos, pero fueron destruidos por sus connotaciones paganas.

En la década de 1950, los lugareños seguían llamando «el castillo en espiral» a una de las pilas funerarias de Newgrange, en Irlanda, por la espiral tallada en el pórtico de entrada. La

expresión «nuestro rey ha ido al castillo en espiral» era una frase hecha para dar a entender que había muerto.

Ésta es la clave para entender el simbolismo secreto del laberinto, así como de la propia catedral de Chartres. Si se entra en el laberinto y se sigue a pie, el movimiento será en espiral, primero a la izquierda y después a la derecha, a medida que se avanza hacia el centro. Los peregrinos que siguen esa trayectoria ejecutan una danza parecida a la danza de Jesús descrita en los Hechos de Juan. Como en toda actividad de iniciación, el objetivo es sumirse en un estado de alteración en el que el espíritu ascienda por los mundos espirituales, experimentando el viaje de ultratumba mientras aún está vivo.



Se debe cambiar siete veces de dirección sin recorrer nunca el mismo camino. Aquí se muestra esta espiral representada en dos dimensiones, basada en un dibujo original de Botticelli.

En el contexto de Chartres, Ariadna, que interviene para salvar a Teseo, es María, de la que nace el rey Sol, y por cuya intercesión podemos hacer que nazca nuestro propio yo superior.

Por lo tanto, el laberinto de Chartres puede considerarse una especie de *mandala* o ayuda para la meditación y para llegar a un estado alterado de conciencia. En la geometría sagrada de la catedral, el laberinto es el reflejo de otro *mandala*, la gran vidriera rosa.

Los vitrales de la Edad Media aparecieron primero en Irán/ Iraq en el siglo XI. La extraordinaria vidriera luminiscente de Chartres fue obra de alquimistas medievales expertos que habían aprendido los secretos de los árabes, y cuyas técnicas no podemos reproducir en la actualidad. Schwaller de Lubicz, un importante egiptólogo, explicó a su biógrafo, André Vanden Broeck, que los brillantes rojos y azules de los vitrales de la catedral de Chartres no llevaban pigmentos químicos sino que se crearon mediante la separación del espíritu volátil de los metales que él había estudiado con el famoso alquimista Fulcanelli y que también se podía observar en los fragmentos de cristal que desenterró en Egipto.

La vidriera rosa, que en su círculo exterior muestra los signos del zodiaco, representa el chacra radiante, tal como debería estar cuando llegamos al centro del laberinto de la vida, danzando al fin con la Música de las Esferas. No en vano, la catedral de Chartres ha sido calificados de crisol alquímico para la transformación de la humanidad.

El islam se abría paso zigzagueando por todo el mundo, tanto desde el punto de vista esotérico como exotérico. Entonces, en el año 1076, los musulmanes turcos se hicieron con el control de Jerusalén.

18. EL SABIO DEMONIO DE LOS TEMPLARIOS

Las profecías de Joaquín • Los amores de Ramon Llull • San Francisco y Buda • Roger Bacon se mofa de santo Tomás de Aquino • Los templarios rinden culto a Bafometo

En el año 1076, los musulmanes turcos tomaron Jerusalén y empezaron a perseguir a los peregrinos cristianos. Los cruzados liberaron esta ciudad para más tarde volverla a perder.

En 1119, cinco caballeros al mando de Hugues de Payns se reunieron en el lugar de la Crucifixión. Al igual que los caballeros que cabalgaron en busca del Grial, juraron solemnemente convertirse en receptáculos aptos para llevar la sangre de Cristo. Para proteger a los peregrinos, instalaron su cuartel en el lugar donde se cree que estaban los establos anexos al Templo de Salomón.

Fundadas entre la primera y la segunda cruzada, se transformaron en las tropas de élite del cristianismo. Los Caballeros Templarios de la Orden de los Pobres Soldados de Cristo y del Templo de Salomón, para llamarlos por su título completo, llevaban siempre calzones de piel de oveja bajo la ropa como símbolo de su castidad, y tenían prohibido afeitarse la barba. No podían tener más posesiones que una espada, y compartían todas sus demás propiedades. Nunca suplicaban clemencia al enemigo, y sólo se retiraban si la proporción era de tres a uno. Pero aunque podían retirarse, al final siempre acababan luchando a muerte.

San Bernardo de Claraval, el fundador de la orden monástica del Císter y el eclesiástico más influyente de la época, escribió las reglas de la orden de los templarios en el año 1128, con lo que éstos se convirtieron formalmente en una orden religiosa. Bernardo escribió que los templarios no conocían el miedo, que «a menudo, uno de ellos había hecho

huir a miles», que eran más mansos que los corderos, más temibles que los leones, y que tenían «la bondad de los monjes y el valor de los caballeros».

Los hallazgos arqueológicos parecen confirmar la posibilidad de que los templarios tuvieran un motivo oculto para fundar su orden, y que éste fuera realizar excavaciones en el enclave del Templo, ya que se han descubierto objetos templarios en profundos túneles por debajo del mismo. Esos túneles fueron excavados en la roca sólida, en una dirección que les habría llevado directamente bajo el lugar donde supuestamente se encontraba el sanctasanctórum.

Las ceremonias de iniciación de los templarios conciliaban sin duda diferentes doctrinas, como el sufismo y el saber salomónico del Templo. Se sacrificaba un cordero, con cuyo cuerpo se hacía un cordón que se le enrollaba al candidato al cuello. Se lo llevaba a la cámara de iniciación tirando de ese cordón. So pena de muerte, se le hacía jurar que sus intenciones eran totalmente puras. En ese momento, el candidato se preguntaba si el Gran Maestre podía ver el interior de su alma usando técnicas secretas. ¿Estaría a punto de morir?

Los candidatos soportaban penosas y atroces pruebas similares a las que Zaratustra había impuesto a los candidatos a la iniciación, en las cuales se enfrentaban a terribles fuerzas demoníacas con el fin de estar preparados para afrontar la muerte y otras atrocidades con las que pudieran encontrarse durante el resto de su vida o tras la muerte.

Aunque esos enfrentamientos con los demonios en la ceremonia de iniciación volverían a acechar a los templarios, durante alrededor de dos siglos, su *esprit de corps* y su estricta estructura organizativa les permitieron influir con un éxito extraordinario en los asuntos mundiales, si no dirigirlos.

Al entrar en la orden una gran cantidad de nobles, que cedieron a la misma los derechos de sus propiedades, así los templarios se hicieron extremadamente ricos. Inventaron las

cartas de crédito para transferir dinero sin riesgo de robo. Su Templo de París se convirtió en el centro financiero de Francia. En cierto sentido, fueron los precursores de la banca, crucial para preparar el ascenso de la clase mercantil. Los templarios también establecieron los primeros gremios comerciales independientes de la Iglesia y la nobleza. Con el nombre de *Compagnons du Devoir*, esos gremios se ocupaban de llevar a cabo los proyectos de construcción de los templarios, mantenían códigos éticos y ofrecían protección a las viudas y huérfanos de sus miembros.

A finales del siglo XII, la supremacía de la Iglesia se vio acechada por otros desafíos.

En 1190-1191, Ricardo Corazón de León, nieto de Guillermo de Poitiers, el primer trovador, volvía de la tercera Cruzada. Se detuvo para visitar a un ermitaño de las montañas que estaba adquiriendo fama por su don de la profecía. Ricardo, después, dijo lo siguiente: «¡Qué negras revelaciones hay bajo esa cogulla!»

Nacido en una aldea de Calabria hacia 1135, Joaquín había vivido como un ermitaño durante muchos años antes de entrar en una abadía y, finalmente, fundar su propia abadía de Fiore, en las montañas.

Se esforzaba por entender el Apocalipsis de san Juan, debatiéndose con él, según decía, aunque se sentía derrotado. Entonces, una mañana de Pascua se levantó como un hombre nuevo, dotado de una nueva facultad de entendimiento. Los comentarios proféticos que de él surgían influirían en el pensamiento espiritual y en los grupos místicos de toda Europa durante la Edad Media, y más tarde en los rosacruces.

En los textos de Joaquín se aprecia una dimensión cabalística —a pesar de que aún no se hubieran publicado los libros clave de la cábala—, quizá fruto de su amistad con Pedro Alfonso, un judío español converso. Por supuesto, en el propio Antiguo Testamento se percibe firmemente que Dios actuó a lo largo de la historia, pero lo que es especialmente

cabalístico en la ideología de Joaquín es su interpretación de los textos bíblicos según un complejo simbolismo numérico y su visión de lo que llamaba el Árbol de la Vida. Publicó un diagrama de su árbol dos o tres siglos antes de que los cabalistas publicaran una idea parecida, probablemente basándose en la tradición oral que le había llegado a través de su amistad con Alfonso.

Sin embargo, el elemento de la doctrina de Joaquín que capturó realmente la imaginación medieval fue su teoría del tres. Argumentaba que si el Antiguo Testamento correspondía a la Era del Padre, que había exigido miedo y obediencia, y el Nuevo Testamento correspondía a la Era del Hijo, la era de la Iglesia y de la fe, entonces la realidad de la Trinidad sugiere que se aproxima una tercera era, la del Espíritu Santo. Por lo tanto, la Iglesia ya no será necesaria, porque será una época de libertad y amor. Al ser iniciado, Joaquín incorporaba una dimensión astrológica en su forma de pensar, normalmente encubierta por los comentaristas eclesiásticos. La Era de Aries era la Era del Padre, la de Piscis era la Era del Hijo y la de Acuario, la del Espíritu Santo.

Joaquín profetizó que habría un período de transición de la segunda a la tercera era, en el que un nuevo orden de hombres espirituales educarían a la humanidad, y durante el cual reaparecería Elías, tal como se vaticinaba en el último versículo del Antiguo Testamento, en el libro de Malaquías. Elías sería el precursor del Mesías, que vendría para anunciar la gran *innovatio*. Joaquín también vaticinaba que el Anticristo se encarnaría antes del inicio de la tercera era. Como veremos, sus profecías siguen fascinando en la actualidad a las sociedades secretas.

Ramon Llull, *doctor illuminatus*, era un misionero entre los musulmanes cuya mente se encontraba, no obstante, saturada de ideas islámicas.

Nació en Palma de Mallorca, en el año 1235, y fue educado como paje en la corte real. Llevaba una vida despreocupada y placentera. Un día, consumido por el deseo que sentía por una genovesa y desesperado por hacerla suya, cabalgó hasta la iglesia de Santa Eulalia, donde ella estaba rezando. La muchacha lo rechazó, pero un día ella respondió a los versos que él le había enviado proponiéndole una cita. Cuando él llegó, sin previo aviso, ella le enseñó un pecho, devorado por una enfermedad maligna.

Ese sobresalto marcó el inicio del proceso de conversión de Llull. Lo ayudó a adoptar una visión del mundo como lugar de extremos oscilantes, en el que la apariencia podía enmascarar su opuesto. En su obra más famosa, el *Libro de amigo y amado*, pregunta: «¿Cuándo llegará la hora de que el agua, que tiene por costumbre discurrir hacia abajo por su naturaleza, suba hacia arriba?» Dice que el amado se cae entre espinas, pero que a él le parecen flores y un lecho de amor. «¿Qué es malandanza? —pregunta—. Recuerdo de los desacatos que se hacen a mi amado, digno de todo honor. […] Y si ves a un amador pobremente vestido, menospreciado por la gente, pálido y macilento por ayunar y velar, sabe que en aquél ves salvación y bendición perdurable», afirma. El aroma de las flores evoca en la mente del amigo el malvado hedor de la riqueza y la mezquindad, de la senectud y la lascivia, de la disconformidad y el orgullo.



La astrología reintroducida en la Europa cristiana a través del islam, personificada aquí en un manuscrito francés del siglo XVI.

Llull escribió acerca del ascenso por la escalera de la humanidad para glorificar la divina naturaleza. Esta ascensión mística se consigue ejercitando lo que llama los poderes del alma (el sentimiento, la imaginación, el entendimiento y la voluntad). De esta forma, estaba ayudando a forjar la forma sumamente personal de la alquimia, que, como veremos, iba a ser el gran motor de la Europa esotérica.

Una de sus frases más severas decía así: «Si tú, loco, dices la verdad, serás herido, escarnecido, reprendido, torturado y muerto por la gente.» Mientras predicaba al pueblo musulmán en el norte de África, fue atacado por una multitud que lo sacó de la ciudad y lo lapidó hasta matarlo.

San Francisco nació en un mundo en el que los siervos vivían en una pobreza extrema y donde se trataba con total desprecio a los deformes, los ancianos, los indigentes y los leprosos. El opulento clero vivía muy bien a costa de los siervos y perseguía a todo aquel que se mostrara en desacuerdo.

En 1206, Francisco era un rico joven de veinticuatro años que vivía en Asís, Italia. Llevaba una vida despreocupada y pusilánime, evitando toda penuria, tapándose la nariz cuando veía un leproso.

Resulta imposible no ver el paralelismo con la vida del príncipe Siddhartha.

Un día, mientras iba cabalgando, su caballo se encabritó y, de repente, Francisco se encontró mirando a un leproso. Desmontó y, antes de darse cuenta, estaba sujetándole la ensangrentada mano y besándole las mejillas y los labios purulentos. Notó que el leproso retiraba la mano y, al alzar la vista, vio que había desaparecido. En ese momento supo, como san Pablo en el camino de Damasco, que se había encontrado con Cristo resucitado.

Desde ese momento la vida y la filosofía de Francisco se trastocaron y dieron un giro radical. Empezó a ver con toda claridad que los Evangelios aconsejaban un voto de pobreza, dedicar la vida a ayudar al prójimo, sin «oro, ni plata, ni calderilla en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias». La pobreza, solía decir, es no tener nada, no desear nada, y aun así poseer realmente todas las cosas en el espíritu de la libertad. Se dio cuenta de que lo que importaba era la experiencia en sí, no aquello que se experimentaba. Nuestras posesiones nos tienen atrapados y amenazan con dominar nuestras vidas. Una voz procedente de un crucifijo pintado en la iglesia de Santo Domingo, cerca de Asís, le dijo: «Ve, Francisco, y repara mi Casa, que, como puedes ver, está cayéndose a trozos.» Para él, esa vivencia fue a la vez inefable e irresistible.

Así pues, transformó su naturaleza en las dimensiones animal, vegetal y, como veremos en breve, material, de forma que los animales le respondían de un modo sorprendente. Los grillos cantaban cuando él se lo pedía. Los pájaros se agolpaban para oírle predicar. Cuando un gran lobo feroz aterrorizó a la población de Gubbio, en las montañas,

Francisco fue a su encuentro. El animal se le acercó corriendo, pero cuando Francisco le ordenó que no hiciera daño a nadie, el lobo se tumbó a sus pies. Después empezó a caminar a su lado, totalmente sumiso. Hace algunos años, bajo el suelo de la iglesia de San Francesco della Pace, en Gubbio, se encontró enterrado un esqueleto de lobo.

Si comparamos el misticismo de Ramon Llull con el de san Francisco, observamos que se ha producido un profundo cambio en un brevísimo período de tiempo. San Francisco profesa un misticismo asociado a lo sencillo y natural, al aire libre, a lo cotidiano.

En la primera biografía de san Francisco, *Florecillas de san Francisco de Asís*, se afirma que con su sensible corazón descubrió los elementos ocultos de la naturaleza. Para él todo estaba vivo. Tenía una visión extática del cosmos —tal como lo concibe el idealismo— en la que las jerarquías celestiales lo creaban todo y lo dotaban de vida. Toda la creación canta al unísono en el Cántico del Hermano Sol y la Hermana Luna:

> Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
> especialmente el señor hermano sol,
> el cual trae el día, y por el cual nos alumbras.
> Loado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
> en el cielo las has formado luminosas y preciosas y bellas.

En una ocasión, el espíritu del cristianismo había ayudado a la evolución del budismo. Había introducido un entusiasmo que ayudó a que las enseñanzas de Buda sobre la misericordia universal encontraran cumplimiento en el mundo material. En ese otro momento, aunque Buda no se encarnara de nuevo, su espíritu contribuyó a reformar la religión cristiana al inspirar la humilde devoción y la compasión por todo lo vivo.

Hacia el final de su vida, san Francisco estaba meditando en el monte La Verna, rezando fuera de su celda de ermitaño, cuando de repente todo el cielo resplandeció con una intensa luz y se le apareció un serafín de seis alas. San Francisco se dio cuenta de que ese excepcional ser tenía el mismo rostro

que había visto en el crucifijo pintado que le había hecho embarcarse en su misión. Entendió que Jesucristo lo estaba enviando a una misión totalmente nueva.

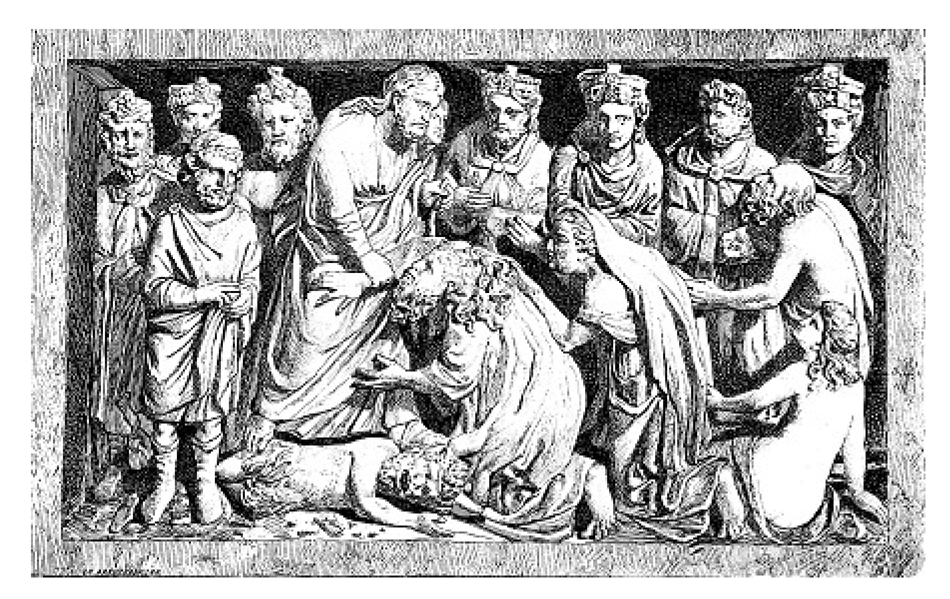
Poco después de su muerte, surgieron problemas en la orden que había fundado, los franciscanos. El papa pidió a la orden que asumiera más responsabilidades, como la posesión de propiedades y la gestión monetaria. Muchos de los hermanos lo consideraron una violación de la visión de san Francisco y se marcharon, formando los grupos llamados Franciscanos Espirituales, o Fraticelli. Tanto para sí mismos como para muchos individuos de fuera, eran la nueva orden de hombres espirituales que Joaquín había vaticinado que presenciaría el fin de la Iglesia.

Así fue cómo se empezó a apresar a los seguidores de san Francisco y a darles muerte por herejes.

Un célebre fresco de Giotto muestra a san Francisco apuntalando la Iglesia. Si bien la salvó de un completo derrumbe, ¿se puede decir que logró repararla con éxito, tal como le había pedido la voz procedente del crucifijo? En el cristianismo esotérico se cree que el serafín que dio a san Francisco los estigmas le dijo que su nueva misión la debía cumplir después de muerto. Una vez al año, en el aniversario de su muerte (el 3 de octubre), solía sacar a los espíritus de los muertos de las esferas lunares para llevarlos hasta las jerarquías superiores.

La iniciación, como seguiremos viendo, guarda relación con la vida tras la muerte tanto como con la propia vida.

En la época de Llull y de san Francisco se estaban desarrollando distintas iniciativas de reforma y de purificación de la práctica religiosa en muchas regiones de Europa; en Yugoslavia, Bulgaria, Suiza, Alemania, Italia, y, sobre todo, en el sur de Francia.



El ministerio dirigido a los agradecidos difuntos, tallado en un sarcófago del siglo XVI.

Allí, los cátaros combatieron la corrupción que acechaba en el seno de la Iglesia. Su principio clave, un tanto gnóstico, era que debían mantenerse totalmente puros respecto a un mundo dominado por el mal. Al igual que los templarios y que san Francisco, renunciaron a las posesiones materiales y pronunciaron estricto voto de castidad.

Los cátaros carecían de lugares de culto, ya fueran de madera o de piedra. Rechazaban el sistema sacramental que convertía a la Iglesia en el único intermediario entre Dios y el pueblo. «Valoramos sobre todo la virginidad —decía un seguidor—. No dormimos con nuestras mujeres pero las amamos como si fueran nuestras hermanas. Nunca comemos carne. Compartimos todas nuestras posesiones.» Sólo tenían una oración, la Oración del Señor, y en su ritual de iniciación, el *consolamentum*, se despedían del malvado mundo. Aceptaban de buen grado el martirio.

La Iglesia se vio obligada a actuar. En el año 1208, el papa Inocencio III ordenó una cruzada contra los cátaros. Al llegar a la ciudad de Béziers, los cruzados pidieron que les fueran entregados el medio millar de cátaros que había en ella. Cuando los habitantes se negaron —muchos miles de ellos—, todos fueron asesinados. Cuando uno de los soldados preguntó al legado papal Arnaud-Amaury cómo se podía distinguir a los

cátaros del resto, se dice que respondió con una frase que ha tenido eco a lo largo de la historia: «Matadlos a todos, Dios reconocerá a los suyos.» En Bram se detuvieron para llevarse a un centenar de rehenes. Les cortaron la nariz y el labio superior, y dejaron ciegos a todos excepto a uno, que dirigía una procesión hacia el castillo. En Lavaur capturaron a noventa caballeros, los colgaron y los apuñalaban si tardaban demasiado en morir. Todo un batallón de prisioneros fueron quemados vivos en Minerve.

En el año 1244 se rindieron los pocos últimos herejes que quedaban, que habían sobrevivido al asedio de nueve meses del castillo de Montségur, en lo alto de la montaña. Doscientos monjes cátaros bajaron del monte y avanzaron caminando hacia las hogueras que los estaban esperando.

Según la leyenda, cuatro monjes habían escapado del refugio en la cima de la montaña un día antes, llevándose consigo el tesoro secreto de los cátaros. Ignoramos si ese tesoro consistía en oro, reliquias o enseñanzas secretas, pero tal vez resulte demasiado fácil idealizar a los cátaros. Predicaban que el mundo era malvado de tal forma que sugiere que ellos, igual que los gnósticos antes que ellos, se encontraban bajo el influjo de una filosofía oriental que odiaba el mundo y adoraba la muerte. La Iglesia de Roma se dedicó con todas sus fuerzas a acabar con los cátaros, pero la auténtica doctrina esotérica de la época estaba más cerca de ella que la vena yugular.

Casi a principios del siglo XIII nació un endeble y enfermizo niño. Poco después de nacer, fue acogido y cuidado por doce sabios. En el relato de Rudolf Steiner, vivían en un lugar que había pertenecido a los templarios de Monsalvat, en la frontera entre Francia y España.

Dado que se mantuvo al niño totalmente alejado del mundo exterior, los lugareños no pudieron percibir nada de su carácter milagroso. Lo habitaba un espíritu tan fuerte y resplandeciente que su cuerpecito se volvió transparente.

Los doce hombres lo iniciaron hacia el año 1254 y murió poco después, tras compartir su visión espiritual con quienes se habían ocupado de él. Los monjes lo habían ayudado a prepararse para su próxima reencarnación, en la que cambiaría la faz de Europa.

Alberto Magno nació en el año 1193. Parecía un niño tonto y aburrido hasta que, inspirado por una visión de la Virgen María, empezó a estudiar con tanto afán que pronto se convirtió en el filósofo más célebre de Europa. Estudió la ciencia, física, medicina, arquitectura, astrología y alquimia aristotélicas. La breve *Tabla de Esmeralda*, de Hermes Trismegisto, que contiene el axioma hermético clave de «lo que está arriba es como lo que está abajo», se dio a conocer en la historia exotérica como parte de su biblioteca. Casi con seguridad, analizó métodos para detectar la presencia de metales en las profundidades de la tierra sirviéndose de técnicas ocultas. Se dice que construyó un extraño autómata al que llamó Androide, que sabía hablar y que tal vez incluso podía pensar y moverse por voluntad propia. Estaba hecho de latón y de otros metales elegidos por sus correspondencias mágicas con los cuerpos celestes. Alberto lo dotó de vida mediante conjuros mágicos y la oración.

La leyenda de que Alberto Magno fue el arquitecto de la catedral de Colonia procede, probablemente, de su autoría del *Liber Constructionum Alberti*, que contenía los secretos de los masones operativos, como la colocación de los cimientos de las catedrales siguiendo pautas astronómicas.

Las leyendas de viajes subterráneos, como los de Alberto Magno, para detectar metales son a menudo modos de hacer referencia a las iniciaciones secretas. Sabemos que este tipo de iniciaciones sobrevivieron hasta la Edad Media por la descripción de una de ellas celebrada en Irlanda, que nos ha llegado a partir de tres fuentes.

Un soldado llamado Owen, al servicio del rey inglés Esteban, se fue al monasterio de San Patricio, en Donegal. Owen ayunó durante nueve días, recorriendo monasterio en procesión y dándose baños de purificación ritual. Al noveno día se aceptó que entrara en la cámara subterránea «de la que todo aquel que entra no vuelve». Allí se lo tumbó en un sepulcro. La única luz que había, procedía de un único orificio. Esa noche visitaron a Owen quince hombres vestidos totalmente de blanco, que le advirtieron que estaba a punto de someterse a una prueba. De repente apareció un grupo de demonios, que lo sujetaron encima de una hoguera antes de mostrarle escenas de tormento como las descritas por Virgilio.

Finalmente, aparecieron dos ancianos para guiar a Owen y le dieron una visión del Paraíso.

Alberto sirvió de guía espiritual a santo Tomás de Aquino, que era casi treinta y tres años menor. Según parece, Tomás hizo añicos el Androide de su maestro (en algunas crónicas porque lo consideraba diabólico, y en otras porque nunca se callaba).

Santo Tomás fue a la Universidad de París a estudiar a Aristóteles bajo la dirección del maestro, pero allí descubriría que el gran aristotélico era, de hecho, musulmán. Averroes argüía que la lógica aristotélica demostraba que el cristianismo era absurdo.

¿La lógica iba a absorber a la religión, a toda espiritualidad auténtica?

El trabajo de toda la vida de santo Tomás culminó con su extensa *Suma teológica*, quizá la obra teológica más influyente que se haya escrito nunca. En ella, trataba de demostrar que la filosofía y el cristianismo no son sólo compatibles, sino que se iluminan mutuamente. Santo Tomás aplicó el escalpelo analítico más aguzado a la ideología sobre los mundos espirituales. Clasificó en categorías a los seres de las jerarquías celestiales, las grandes fuerzas cósmicas que crean las formas naturales además de originar nuestras experiencias

subjetivas. La *Suma* contiene, por ejemplo, las enseñanzas definitivas de la Iglesia sobre los Cuatro Elementos, lo cual se aviene más con un intelecto vivo y perspicaz que con una reorganización remodeladora de dogmas muertos.

Santo Tomás es por tanto un personaje clave en la historia secreta, porque su gran triunfo intelectual frente a Averroes evitó que Europa se viera dominada por el materialismo científico varios siglos antes de tiempo.



Cubierta de *Testamentum cremeri*, que muestra a santo Tomás de Aquino como alquimista practicante.

Una vez más, es importante destacar que este triunfo se logró desde el punto de vista de la experiencia personal directa de los mundos espirituales. No cabe duda de que santo Tomás de Aquino, como Alberto Magno, era alquimista, y creía que el poder de los espíritus incorpóreos se podía controlar para generar cambios en el mundo material. De los numerosos textos alquímicos que se le atribuyen, los eruditos aceptan que como mínimo uno de ellos es sin duda genuino. Para entenderlo mejor, es conveniente compararlo con su contemporáneo Roger Bacon.

En la actualidad, la alquimia puede parecer una actividad rara y turbia. De hecho, a todos los católicos practicantes les resulta bastante familiar porque es lo que se dice que sucede en el clímax de la misa. Santo Tomás fue el primero en formular la doctrina de la transustanciación del pan y el vino. Lo que describía es básicamente un proceso alquímico en el que la sustancia del pan y el vino se transforma y se produce una transustanciación paralela en el cuerpo humano. La misa no sólo ofrece un nuevo marco mental, una nueva determinación para ser mejor, sino también un cambio fisiológico vital.

No es casualidad que santo Tomás formulara su doctrina a la vez que empezaron a circular las leyendas del Grial. Éstas describen el mismo proceso, aunque usando métodos distintos.

A pesar de su enemistad (Bacon se mofaba de santo Tomás porque éste sólo era capaz de leer a Aristóteles traducido), tanto Bacon como santo Tomás eran exponentes del impulso de la época: fortalecer y refinar la facultad de la inteligencia. Creían que la magia estaba presente en el pensamiento. La capacidad de pensamiento abstracto prolongado, de jugar con los conceptos, había existido antaño, pero sólo de forma breve y localizada en la Atenas de Sócrates, Platón y Aristóteles, antes de desaparecer de nuevo. Con santo Tomás y Bacon surgió una doctrina nueva, activa y muy duradera. Ambos ponían la experiencia por delante de las antiguas categorías muertas de la tradición, y ambos eran hombres muy religiosos que querían refinar sus creencias religiosas basándose en la experiencia. «Nada se sabe bien sino por medio de la experiencia», decía Bacon.

Aunque Bacon era más práctico, al explorar las capacidades mentales sobrenaturales invocaba entidades de las mismas jerarquías espirituales categorizadas por santo Tomás. Ambos aplicaban la lógica y el análisis riguroso, y su misticismo distaba bastante del misticismo extático e irreflexivo de los cátaros.

Como joven estudioso de Oxford en la década de 1250, Roger Bacon decidió, como antes hiciera Pitágoras, saber todo lo que era posible saber. Quería reunir en su propia mente todo lo que sabían los eruditos de la corte de Harun al-Rašid.

Roger Bacon se convirtió en la imagen del mago. Conocido como doctor Mirabilis, a veces aparecía por las calles de Oxford con indumentaria islámica. Otras veces trabajaba sin descanso día y noche en sus aposentos de la universidad, que se veían sacudidas por las explosiones que tenían lugar de vez en cuando.

Bacon ocupaba su tiempo realizando experimentos prácticos, por ejemplo con los metales y el magnetismo, descubriendo la pólvora al margen de los chinos o asustando a sus alumnos al crear un arco iris mediante el reflejo de una luz en un cristal, algo que hasta esa época se creía que sólo era capaz de hacer Dios. También contaba con un catalejo mágico que le permitía ver ochenta kilómetros a la redonda, ya que, a diferencia de cualquier otro ser vivo de la época, conocía las propiedades de las lentes.

Sin embargo, es indudablemente cierto que Bacon tenía poderes que la ciencia no puede explicar en la actualidad. Envió sus obras completas al papa Clemente IV en la mente de un niño de doce años llamado Juan, al que había enseñado cómo aprenderse de memoria sus numerosos libros en unos pocos días. Bacon usaba un método basado en las oraciones y el simbolismo mágico. De forma similar, podía enseñar hebreo a sus alumnos para que fueran capaces de leer todo tipo de textos en cuestión de semanas.

La magia es siempre el poder de la mente sobre la materia. Como estamos empezando a ver, la filosofía esotérica se basa en métodos para desarrollar las facultades mentales, de modo que las leyes naturales puedan manipularse.

En Roger Bacon, capacidades como la inteligencia y la imaginación estaban sumamente desarrolladas, y se influían mutuamente. En el año 1270 escribió: «Se pueden construir

motores de navegación que no necesiten hombres para navegarlos, de modo que los grandes barcos que llegan a alta mar puedan avanzar con un hombre al timón y a una mayor velocidad que si estuvieran llenos de una tripulación que los llevara. Y se podrían hacer carros que se movieran a una velocidad incalculable, sin animales que tiraran de ellos. Se podrían construir máquinas voladoras en las que un hombre sentado en medio de la máquina pudiera dirigir un instrumento mediante el cual las alas empezarían a moverse artificialmente.» En la Edad Media, este destacado personaje tenía una visión completa del mundo tecnológico moderno creado por la ciencia experimental. Bacon era franciscano y, al igual que el fundador de su orden, anhelaba un mundo mejor, más puro y más bondadoso para los pobres y los desposeídos.

En *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, uno de los puntos clave es cuando Guillermo de Baskerville, el héroe de Eco al más puro estilo Sherlock Holmes, explica que hay dos tipos de magia, una diabólica, cuya intención es hacer daño a los demás por medios ilícitos, y una magia sagrada que redescubre los secretos de la naturaleza, una ciencia perdida que se conocía en la Antigüedad. Como los alquimistas árabes que influyeron en él, Bacon ejerció en el límite de la magia y la ciencia, y este límite, como veremos, es lo que básicamente es la alquimia.

Bacon redactó un tratado titulado *The Mirror of Alchemy*, y le gustaba recordar una frase de un importante estudioso de la cábala, san Jerónimo: «Encontrarás muchas cosas bastante increíbles y más allá de los límites de la probabilidad que sin embargo son ciertas».

En 1273, santo Tomás de Aquino, casi a punto de completar su exhaustiva *Suma teológica*, estaba en misa en una iglesia napolitana cuando tuvo una experiencia mística sobrecogedora. Escribió: «Todo lo que he escrito me parece paja al lado de lo que he visto y me ha sido revelado.»

Hemos encontrado indicios de la ejercitación de la imaginación en Llull y Bacon. Por supuesto, los idealistas tienen una visión más exaltada de la imaginación que los materialistas. Para aquéllos, la imaginación es la capacidad necesaria para entender una realidad superior.

Ejercitar la imaginación es clave en la práctica esotérica y en la iniciación de las sociedades secretas y, de hecho, de la magia.

Para los esotéricos y ocultistas, la imaginación también es importante, por ser la gran fuerza creativa del universo. Este último es fruto de la imaginación divina (la imaginación, como veíamos en el primer capítulo, fue la primera emanación), y es nuestra imaginación la que nos permite interpretar y manipular la creación.

La creatividad humana, ya sea mágica o no, es fruto de una canalización específica de los poderes de ésta. Por ejemplo, en los tratados alquímicos se afirma que el esperma fue creado por la imaginación, lo que es una forma de decir que ésa no sólo alimenta el deseo, sino que también tiene capacidad para transformar nuestra propia naturaleza material.

Los iniciados que saben cómo ejercitar estos poderes creativos de la imaginación pueden llevar a cabo importantes transformaciones mágicas en el mundo material de una forma extracorpórea. A un adepto hindú se le enseña desde la infancia una práctica consistente en visualizar una serpiente ante él con tal poder de concentración, con una imaginación tan entrenada, que es capaz de hacer que los demás también la vean.

Por supuesto, con todo este hincapié sobre esa capacidad, corremos el peligro de acercarnos demasiado a la fantasía. Siempre existe el riesgo de que todo ese trabajo sobre la imaginación desenboque en una ilusión. La magia puede parecer sugestión.

El objetivo sistemático de las sociedades secretas era impedirlo.

San Bernardo de Claraval, que escribió las normas de la orden de los templarios, recomendaba un entrenamiento sistemático de la imaginación. Evocando imágenes del nacimiento, la infancia, el ministerio y la muerte de Jesucristo, se podía invocar su espíritu. Según decía, si uno se imaginaba una escena cotidiana en la que Jesucristo estuviese presente (representándose las ollas y pucheros, la ropa, su aspecto, las líneas de su rostro, la expresión de sus rasgos, los propios sentimientos cuando se volviese para mirarnos), si de repente se borrasen las imágenes visuales, lo que quedaría sería el espíritu real de Cristo.

En la España del siglo XIII, un cabalista llamado Abraham Abū-l-Afiya magnificó en sus obras la idea del mundo creativo de Dios. En los textos cabalísticos anteriores se había atribuido a las veintidós letras del alfabeto hebreo poderes creativos. Así, «en el principio», Dios había combinado esos caracteres en patrones, los había cambiado de orden y había creado palabras con ellos, y de ese proceso surgieron todas las distintas formas del universo. Abraham Abū-l-Afiya propuso que el iniciado podía participar en el proceso de creación combinando y recombinando los caracteres hebreos de la misma forma. Recomendaba retirarse a una habitación silenciosa, vestirse de blanco, adoptar posturas rituales y pronunciar los nombres divinos de Dios. Así podía lograrse un estado de trance extático y visionario, y en ese estado se podían adquirir poderes secretos.

El concepto de «palabras de poder» que permite al iniciado dominar los mundos espirituales (y, de ese modo, el mundo material) es muy antiguo. Se dice que Salomón tenía esa capacidad y que en su Templo, el Tetragammaton (el nombre más sagrado y poderoso de Dios) sólo podía ser pronunciado una vez al año, el día de la expiación, y únicamente por el sumo sacerdote en el sanctasanctórum. En el exterior, las trompetas y los címbalos impedían que los

demás lo oyeran. Se creía que quien supiera pronunciarlo podía infundir terror a los ángeles. Incluso antes, entre los egipcios, se decía que el dios Sol, Ra, había creado el cosmos usando palabras de poder, y que el hecho de conocer esas palabras confería al iniciado poder no sólo en vida sino también una vez muerto.

Abraham Abū-l-Afiya aconsejaba también utilizar los nombres de Dios en forma de diagrama. En la tradición hebrea se observa en gran medida la práctica de usar sellos y signos mágicos, la cual se extendió en la Edad Media mezclada con elementos egipcios y árabes. Esto se debió principalmente a la difusión de grimorios (gramáticas) de conjuros como *Testamento de Salomón* y *La clave de Salomón*. La mayor parte de los hechizos prometían el cumplimiento de los deseos egoístas, ya fueran sexuales, de venganza o de encontrar un tesoro. A la preparación de materiales como cera de abeja, la sangre de un animal, calamita en polvo, azufre y tal vez un cerebro de cuervo le seguiría un acto de purificación. Entonces, en el momento propicio, se celebra la ceremonia en sí, en la que tal vez se usaban hoces, varas o espadas, para invocar a un ser incorpóreo. El resultado podría ser la inscripción con el sello (o firma) de un anillo o tal vez de un trozo de papel, de modo que su portador, intencionadamente o no, se viera afectado según conviniera por el ser incorpóreo para bien o para mal. A mediados del siglo XIV, *La magia sagrada* de Abraham, el judío enseñaba a avivar tempestades, resucitar a los muertos, caminar sobre el agua y ser amado por una mujer. Todo eso se conseguía usando sellos y patrones de caracteres cabalísticos.

En la actualidad, la Iglesia realiza una clara distinción entre unas pocas ceremonias estrictamente reguladas, celebradas en el contexto eclesiástico, en las que se invocan los poderes espirituales, y el resto de ceremonias dirigidas a convocar o bien establecer una comunicación con los espíritus

incorpóreos que no están bajo sus auspicios. A estas últimas se las llama «ocultas», lo que en el lenguaje cristiano actual suele ser sinónimo de magia negra.

En la Edad Media, esa distinción no hubiera sido práctica, dado que, bajo los auspicios de la Iglesia, se llevaban a cabo rituales con la intención de asegurar, por ejemplo, una buena cosecha o de vencer en un duelo. Se creía que el pan consagrado servía para curar a los enfermos y para proteger de la peste. Se hacían amuletos contra los rayos y las inundaciones con velas de iglesia. En los tejados se metían trozos de papel con fórmulas mágicas escritas a modo de protección contra los incendios. Las campanas de las iglesias podían repeler los truenos y los demonios. Se pronunciaban maleficios formales para alejar a las orugas. Se asperjaba agua bendita en los campos para asegurar una buena cosecha. Las reliquias sagradas eran fetiches de efectos milagrosos. El bautismo podía devolver la visión a los niños ciegos y las vigilias nocturnas en los santuarios de los santos darían lugar a vívidos sueños visionarios y ofrecerían la curación según el método consistente en «dormir en el templo» defendido por Asclepio.

Más adelante, los apologistas cristianos trataron de distinguir entre la práctica eclesiástica legítima, basada en rezarles a seres espirituales superiores que podían aceptar una petición o no, y la magia concebida como un proceso mecánico que comportaba la manipulación de fuerzas ocultas. Sin embargo, esto es un malentendido. La magia es también un proceso sin garantías de invocación de los espíritus, incluidos algunos de niveles muy superiores.

En la Edad Media, todo el mundo creía en esas jerarquías espirituales. La creencia de que repetir una fórmula, como una oración, o celebrar una ceremonia tenía poder para influir en los acontecimientos materiales para bien o para mal subyacía a toda práctica religiosa y a toda práctica espiritual laica. Mediante esas actividades, la gente creía que podía comunicarse con las órdenes de seres incorpóreos que

controlaban el mundo material. En esa época, existía la creencia y experiencia universal de que la oración era eficaz, de que la providencia recompensaba a los buenos y castigaba a los malos.

Si la historia se concebía de manera incuestionable como un proceso providencial, no se hacía de un modo fatalista. Dios tenía un plan para la humanidad que lo ayudaban a llevar a cabo diferentes órdenes de seres incorpóreos y distintas categorías de seres encarnados; un plan codificado en la Biblia y vislumbrado por los profetas.

No obstante, ese plan podía salir mal en cualquier momento.

En el mundo anglosajón, el viernes 13 sigue recordándose como un día de mala suerte. El viernes 13 de octubre de 1307, los reyes del mundo se movilizaron para tratar de erradicar las influencias esotéricas que temían que estuviesen aumentando, y que, cada vez más, escapaban a su control.

Justo antes del amanecer, los senescales franceses, acatando órdenes del rey de Francia Felipe el Hermoso, entraron en los templos y casas de los templarios, y arrestaron a unas quince mil personas. En el Temple de París, el mayor centro financiero de Francia, encontraron una cámara secreta con una calavera, dos fémures y una mortaja blanca (que es, por supuesto, lo que encontraríamos si pudiéramos colarnos en un templo masónico en la actualidad).

Sólo lograron escapar unos pocos caballeros (de La Rochelle, en la costa atlántica), que huyeron a Escocia, donde fueron acogidos bajo la protección del rey rebelde Roberto I Bruce.

La Inquisición acusó a los caballeros apresados de hacer que los novicios escupieran y pisotearan la cruz de Cristo. También se los acusó de sodomía y de rendir culto a un ídolo con cabeza de cabra llamado Bafometo. Confesaron que veían a ese ídolo con una larga barba, ojos brillantes y cuatro patas.

Coaccionado por Felipe, el Hermoso, el papa Clemente publicó un Decreto de Abolición que disolvía la orden de los caballeros templarios. Todos sus bienes pasaron a poder de la monarquía.

Al comparecer ante una comisión papal, los caballeros afirmaron que habían confesado bajo tortura. Un tal Bernard de Vardo fabricó una caja de madera en la que guardó los huesos carbonizados que se le habían caído de los pies mientras se los asaban.

¿Qué verdad escondían sus confesiones?

Poco antes de su muerte, tuve el privilegio de trabajar con Hugh Schonfield, el gran investigador de los Manuscritos del mar Muerto. Schonfield hizo mucho para explicar a los estudiosos cristianos las raíces judías del Nuevo Testamento que hasta el momento se habían pasado por alto o se habían interpretado mal. Conocía el código cifrado ATBASH, en el que la primera letra del alfabeto se sustituye por la última, la segunda por la penúltima y así sucesivamente. También sabía que ese código se había usado para incluir mensajes en clave en el Libro de Jeremías y en algunos de los Manuscritos del mar Muerto. El instinto lo llevó a probarlo con la palabra Bafometo. Así fue cómo, en ese nombre, encontró codificada la palabra *sabiduría*.

La personificación de la sabiduría con la que los templarios confesaron comunicarse era el dios de la sabiduría terrenal de cabeza de cabra. Desde la época de Zaratustra, las ceremonias de iniciación habían sumido al candidato en estados de alteración de conciencia en los que éste se sometía a duras y aterradoras pruebas y era atacado por demonios, y así se preparaba para superar lo peor que la vida (y la vida de ultratumba) le podía deparar. Los hábiles torturadores de la Inquisición eran capaces de causar a sus víctimas tal dolor que éstas volvían a entrar en un estado de alteración de la conciencia, y en esos momentos se les volvía a aparecer el rey-demonio Bafometo, en esta ocasión triunfal.

Se estaban enfrentando en efecto a lo peor que la vida y la muerte podía depararles.

Dante, los trovadores y enamorarse por primera vez • Rafael, Leonardo y los magos de la Italia renacentista • Juana de Arco • Rabelais y la locura

En el año 1274, en Florencia, un joven Dante veía por primera vez a la hermosa Beatriz.

Fue amor a primera vista.

Fue también la primera vez que alguien se enamoraba a primera vista.

En los anales de las sociedades secretas se trata de una verdad histórica magnífica e importante. En la historia convencional, la gente se había enamorado y había amado de un modo romántico desde el principio de los tiempos. Forma parte de nuestra estructura biológica, decían. Las odas de Píndaro y Safo son expresiones del amor romántico.

Sin embargo, en la historia secreta, esas odas de la antigua Grecia se interpretan con un cierto matiz sexual. No muestran el dolor un poco bobalicón de la separación, el delirio extático en presencia del ser amado y la mirada fija que caracteriza el sentimiento de estar enamorado de la época actual.

Dante describe la primera vez que la vio: «Llevaba un hermoso y fino vestido carmesí con un cinturón, y al verla, en verdad digo que el espíritu que ama en las más recónditas profundidades de mi corazón empezó a temblar de tal forma que se apoderó de todo mi ser […], el principio y el fin de la felicidad de mi vida se había revelado.» Más tarde escribió que al verla por primera vez pensó que, por alguna especie de milagro, un ángel se había materializado en la Tierra. Sería un error interpretar esto como si fuera una convención poética.

En la *Divina Comedia*, Dante describe la sensación de estar totalmente absorto en los ojos de su amada y afirma que la carga erótica que le transmitieron lo llevó al Paraíso. Una

vez más, no se trata de un mero adorno poético. Lo erótico y lo místico se entrelazaban de un modo que era nuevo en Occidente.

Dante y Beatriz se casarían con otras parejas, y ella moriría joven. Lo que en la actualidad concebimos como el amor romántico con sus anhelos místicos y su sentimiento de destino (la sensación de que estaba predestinado a ser así) procede del fermento místico del islam. Del mismo modo que cabe considerar que la concepción típicamente cristiana de amar al prójimo libremente surgió a partir del concepto de gracia de los profetas hebreos, la concepción de lo sagrado que existe en el mundo moderno se vio iluminada por el estado de conciencia alterado alcanzado por místicos sufíes como Ibn Arabi. Su revolucionaria obra *El intérprete de los deseos* expresaba el amor sexual en términos de amor divino. Los sufíes expresaron un sentimiento que no se había sentido antes, y así sentaron las bases para que todos los demás lo sintieran.

El instinto erótico se había reprimido durante más de mil años. La energía sexual se había canalizado hacia el desarrollo del intelecto humano. En la época de santo Tomás de Aquino y de Bacon se había completado ese desarrollo. Concebida durante vigilias nocturnas enteras arrodillado delante del altar, la *Suma teológica* de santo Tomás es más que dos millones de palabras contenidas en densos silogismos, es el testimonio de una capacidad de concentración intelectual apabullante, que a los principales filósofos de la actualidad les costaría igualar.

En ese momento, estimulada por una corriente que se propagaba desde Arabia, la gente empezó a encontrar un deleite nuevo en el mundo material, un placer sensual en la luz, el color, el espacio y el tacto de las cosas. El punto de evolución de la conciencia humana se trasladó de las celdas monásticas al jardín del placer. Un centelleante resplandor sexual alcanzaba a todas las cosas.

La ocupación árabe de Europa se prolongó durante más tiempo en España. Cuando la brillante civilización de la España morisca se propagó hacia el norte, esa nueva forma de ser se extendió al resto del mundo, pasando primero por el sur de Francia.



El *Romance de la rosa* fue la obra más influyente de la literatura de la época. Describe un castillo rodeado de siete murallas (y por tanto, planetario) cubiertas de figuras emblemáticas. Sólo se deja entrar al hermoso jardín de rosas a quien es capaz de explicar el significado de esas figuras.

En el siglo XII, las regiones de la Provenza y el Languedoc se convirtieron en las más civilizadas de Europa. Los poetas provenzales, los llamados trovadores, adaptaron las formas poéticas arábigoandaluzas, inspirados por su destello erótico. Aunque la autora no era esotérica, *The Wandering Acholars*, de Helen Waddell, sigue siendo el relato clásico de este período de transición. Narra la historia de un abad que

sale a cabalgar con un joven monje al que se le permite salir del monasterio por primera vez, y, en la calle, pasan junto a unas mujeres.

—Son demonios —le dice el abad.

—Creo —responde el joven monje— que son lo más hermoso que he visto nunca.

El primer trovador que surgió al hilo de la corriente de la historia exotérica fue Guillermo, conde de Poitiers y duque de Aquitania, que al regresar de las cruzadas empezó a componer tiernas y anhelantes canciones de amor. Aunque este primer florecimiento se dio en un contexto cortesano, se extendió a todas las clases sociales. Entre los trovadores, Bernart de Ventadorn era hijo de un panadero y Pierre Vidal era hijo de un peletero. Tal vez por la influencia de hombres como ésos, la poesía está hoy plagada de objetos vulgares: sapos, conejos, maquinaria agrícola, pubs, palomas tambaleantes, espinas crepitantes y una mejilla que reposa en un brazo.

El poeta trovador Arnaut Daniel, a quien Dante describía como *il miglio fabbro*, se jacta de «cazar liebres con un buey, juntar los vientos y nadar contracorriente». Se está refiriendo a los poderes que le ha dado la iniciación del modo desbaratado que caracteriza a los pensadores esotéricos.

Además de atravesar las barreras de clase, los trovadores invirtieron la sumisión convencional de la mujer con respecto al hombre. En la poesía trovadoresca, los hombres se convierten por voluntad propia en esclavos de las mujeres. El matrimonio había servido como método de control social, pero en ese momento los trovadores fomentan una nueva forma de amor no concertada, sino espontánea, y que podía fluir entre individuos de diferente estatus social.

El amor, como las sociedades secretas, se volvió subversivo.

El hecho de estar enamorado de este nuevo modo hacía que la gente se sintiera más plenamente activa.

Se trataba de una nueva e intensa forma de conciencia. En la poesía trovadoresca, el amor, esa nueva forma de ser, se puede alcanzar si se logra salir airoso de una serie de pruebas (pasar por el infierno y por la marea alta, encontrar un pasaje por el laberinto, luchar contra bestias salvajes y matarlas). Se deben resolver enigmas y elegir el cofre correcto.

Pálido y atormentado por las dudas, el amante tiembla cuando, finalmente, se le permite estar en presencia de su ser amado. En la consumación, alcanza un estado alterado de conciencia que le confiere poderes sobrenaturales. Los que están enamorados de verdad saben que cuando se miran fijamente a los ojos, en realidad se están tocando.

Es decir, los iniciados no sólo introdujeron en la corriente de la conciencia humana la experiencia del enamoramiento, sino que a la experiencia de estar enamorado se le dio la estructura profunda del proceso de iniciación.

La literatura trovadoresca está asimismo plagada de la simbología de la iniciación. El símbolo más conocido de los trovadores, la rosa, procedía probablemente del sufismo, en el que simbolizaba, entre otras cosas, la entrada a los mundos espirituales (y era una alusión evidente a los chacras). En el famoso cuento «El ruiseñor y la rosa», el pájaro representa el espíritu humano que anhela lo divino. En ese momento contiene también un sentido innegablemente sexual, relacionado con las cualidades sensuales y carnosas de la flor. La omnipresencia de la rosa en la poesía amorosa trovadoresca debería alertarnos de la presencia de técnicas esotéricas, quizá —como creía Ezra Pound— alquímicas, de éxtasis sexual. Guillermo de Poitiers escribió: «Quiero conservar a mi dama para rejuvenecer mi corazón hasta el punto que no pueda envejecer. Quien logre poseer el gozo de su amor vivirá cien años.»

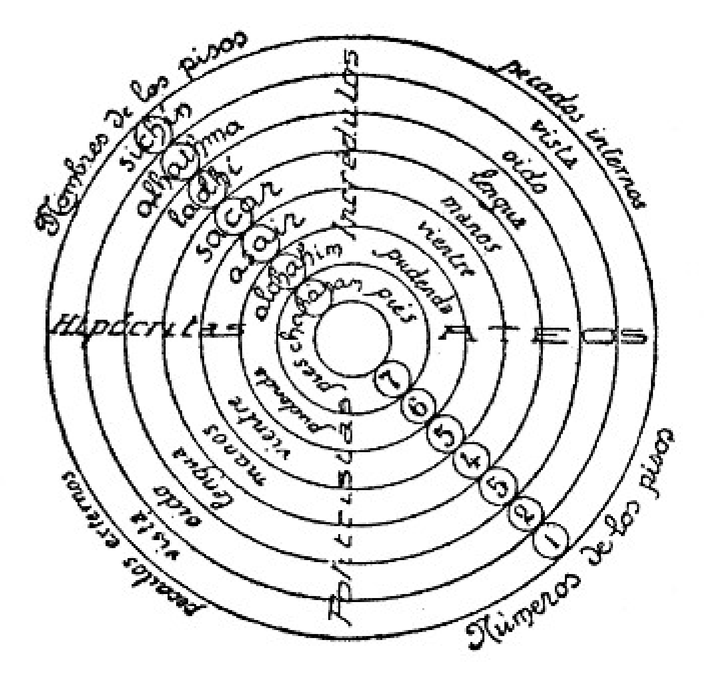
El impulso que se halla en la base de la aparición del Renacimiento es sexual. Aclaremos eso tan raro que estamos diciendo: toda conciencia humana se transformó y avanzó

hasta otro nivel de evolución sólo porque unas cuantas personas realizaban el acto sexual de una nueva forma.

Por primera vez hacían el amor.

Cuando logramos la alteración del estado de conciencia que es el orgasmo, ¿podemos pensar, o el orgasmo se opone al pensamiento? Podríamos, y deberíamos, formular la misma pregunta respecto al éxtasis místico.

Las sociedades secretas y los grupos heréticos como los cátaros, los templarios y los trovadores enseñaban técnicas de éxtasis místico. ¿La capacidad humana de pensar, adquirida a costa de mucho esfuerzo, sería lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a esos éxtasis?



En la Antigüedad se creía que el infierno constaba de siete capas o muros, tal como se representaba el laberinto de Minos de las monedas cretenses. Se puede observar la misma idea en el relato de Orígenes de los ofitas y sus invocaciones a los siete demonios que custodian las siete puertas del infierno. Sin embargo, ahora se sabe que el modelo que más se aproxima a la descripción del Infierno de Dante en la *Divina Comedia* es la narración del gran maestro sufí Ibn Arabi del viaje de Mahoma a otros mundos en el Futuhat. Ilustración de una de las primeras traducciones.

En la *Divina Comedia*, Dante llevó el impulso erótico-espiritual de los trovadores a otro nivel. Expandió su amor por Beatriz de modo que abarcara todo el cosmos.

Al principio del libro, Dante relata que en la Edad Media se perdió en un tenebroso bosque, donde se encontró a Virgilio —uno de los grandes iniciados de la Antigüedad.

Virgilio lleva a Dante a través de un pórtico con las palabras: «Dejad, pues, los que aquí entráis toda esperanza» —inscritas en él—. A continuación, lo conduce hasta un infierno similar al descrito en la *Eneida*, en el que están los personajes que ya hemos conocido en nuestra historia. Tras cruzar el río Aqueronte, entran en el reino de las sombras, y allí se encuentran con el juez de los muertos, Minos, y con Cancerbero, el perro de tres cabezas. Al entrar en la ciudad de Dite hallan a las tres Furias y el Minotauro. Caminan por las orillas del Lago de Sangre, donde se arrojaba a los violentos, como Atila, el Huno. Atraviesan el Bosque de las Arpías y la ardiente llanura de arena. Conocen a un famoso mago escocés, Michael Scott, a Nemrod y, finalmente, en el círculo más profundo del infierno, Dante ve lo que a primera vista le parece un molino de viento. En realidad, son las alas de Lucifer.

Los contemporáneos de Dante hubieran entendido perfectamente que la primera parte de su poema describía un viaje real por el reino subterráneo del Infierno, es decir, que Dante se había sometido a un proceso de iniciación clandestino. Es posible que pasara por una serie de duras pruebas y participara en ceremonias como las que vivió Owen en Donegal.

Es perfectamente posible que «Virgilio» fuera el psedónimo del iniciador de Dante en la vida real, un erudito llamado Brunetto Latini. Residente en calidad de embajador en España, Latini conoció allí a sabios de la tradición tanto hebrea como árabe. Su gran obra, el *Libro del tesoro*, incluía enseñanzas ocultas sobre las cualidades planetarias de las piedras preciosas. A menudo el no iniciado era incapaz de apreciar el carácter iniciático de la descripción del cosmos que realizaba Dante, que los círculos del Infierno que descienden en espiral en la dirección opuesta están caracterizados por las

cualidades planetarias. La obra de Dante está escrita para ser interpretada a distintos niveles: el astrológico, el cosmológico, el moral, e incluso, según dicen algunos, el alquímico.

Al igual que el Futuhat, y que un modelo anterior, el Libro de los muertos egipcio, la *Divina Comedia* es, a un primer nivel, una guía de la vida de ultratumba, a otro nivel, un manual de iniciación, y a un tercer nivel, un relato de cómo las estrellas y los planetas dan forma a la vida en el mundo material (casi tanto como a la vida de ultratumba).

Este libro muestra que, cuando nos comportamos mal en esta vida, ya nos estamos creando un Purgatorio o un Infierno en otra dimensión que se cruza con nuestra vida cotidiana. En ésta ya estamos sufriendo, atormentados por los demonios. Si no aspiramos a subir por la espiral de las jerarquías celestiales, si nos «conformamos» con los éxitos y placeres meramente terrenales, ya estamos en el Purgatorio.



Giordano Bruno ejecutado en el Campo dei Fiori, en Roma. A menudo se da por sentado que Bruno fue quemado en la hoguera por la Iglesia por defender la visión científica moderna de que la Tierra gira alrededor del sol. De hecho, lo que realmente asustaba a la Iglesia eran sus concepciones esotéricas. Sus experiencias de los mundos espirituales lo llevaron a afirmar que hay infinidad de universos y dimensiones entrelazados. Invocaba la autoridad del «poeta pitagórico», Virgilio, para respaldar su creencia de que el espíritu humano podía viajar entre esos universos, aunque finalmente «deseaba regresar al cuerpo», según las leyes de la reencarnación.

La novela de Oscar Wilde *El retrato de Dorian Gray* se ha convertido en una parte de la conciencia pública. Todos sabemos que, apuesto y vanidoso, Dorian guarda un cuadro en su desván, que se deteriora y se vuelve monstruoso conforme él se aboca a una vida de libertinaje, mientras que él mismo sigue estando perfecto y sin ninguna arruga. Al final de la novela, el deterioro de la pintura alcanza finalmente a Dorian. Según Dante, todos somos un Dorian Gray, ya que creamos un yo monstruoso e ideamos monstruosos castigos para nosotros mismos. Lo que hace que la visión de Dante sea incomparablemente más espléndida que la de Wilde es que no sólo demuestra que cada uno de nosotros crea un cielo y un infierno en su interior, sino que, asimismo, nuestras fechorías conforman la estructura y el propio tejido del mundo. Vuelve el mundo del revés para revelar los terribles efectos de nuestros pensamientos más íntimos y los hechos que queremos mantener más en secreto. Según Dante, todo lo que hacemos o pensamos en el plano material altera el universo. Umberto Eco ha llamado a la *Divina Comedia* «la apoteosis del mundo virtual».



Rafael: *Virgen y niño*.

En 1439, un misterioso desconocido llamado Gemisto Pletón se coló en la corte de Cosme de Médicis, gobernador de Florencia. Pletón llevaba consigo los textos griegos perdidos de Platón. Por azares del destino, llevaba también varios textos neoplatónicos, algunos himnos órficos y, lo más curioso, algunos documentos esotéricos que supuestamente databan del Egipto de las pirámides.

Pletón era de Bizancio, donde seguía en auge una doctrina esotérica neoplatónica que se remontaba a los primeros padres de la Iglesia, como Clemente y Orígenes, una creencia que Roma había reprimido. Pletón transmitió a Cosme la idea de un linaje de conocimientos universales pero secretos que se remontaba más allá de esos primeros cristianos, hasta Platón, Orfeo, Hermes y los oráculos caldeos. Susurraba en su oído que existía una filosofía perenne de la reencarnación y que se podían lograr encuentros personales con los dioses de las jerarquías mediante las ceremonias y el cántico ritual de los *Himnos de Orfeo*.

Fue esta atracción por la experiencia personal intensa la que inspiró el Renacimiento. Cosme de Médicis había contratado al erudito Marsilio Ficino para traducir los documentos de Pletón, empezando por Platón, pero cuando Cosme supo de la existencia de los documentos egipcios, ordenó a Ficino que dejara a un lado Platón y tradujera primero aquéllos.

El espíritu que Pletón introdujo en Italia a través de sus traducciones de los textos herméticos se propagó rápidamente entre la élite cultural. El afán de nuevas experiencias, junto con una nueva relación intensa con los mundos espirituales, están contenidos en los textos del mago italiano Giordano Bruno. Describe un amor que se acompaña de «sudor excesivo, alaridos que ensordecen a las estrellas, lamentos que reverberan en las cuevas del Infierno, torturas que afligen al espíritu vivo con estupor, suspiros que hacen desfallecer a los dioses de compasión, y todo eso por esos ojos, por esa palidez, esos labios, ese pelo, esa reserva, esa ligera sonrisa, esa mueca, ese Sol eclipsado, esa aversión, ese daño y deformación de la naturaleza, una sombra, un fantasma, un sueño, un hechizo circeano puesto al servicio de la generación […]».

Se trata de una nueva cota de la literatura.

La literatura del Renacimiento está iluminada por las estrellas y los planetas. Los grandes escritores de la Italia renacentista invocaban esa energía mediante el uso activo e inteligente de la imaginación. Al igual que Helen Waddell, Frances Yates no era esotérica (o si lo era, no dejó pistas de ello en sus libros), pero gracias a su meticulosa investigación y a su excelente análisis —así como al de los estudiosos del Instituto Warburg que han seguido sus pasos—, conocemos con detalle los descubrimientos esotéricos del Renacimiento, así como el modo en que inspiraron el arte y la literatura. Las traducciones de los textos herméticos por parte de Marsilio Ficino se referían a la formación de imágenes desde el punto de vista esotérico: «Nuestro espíritu, si se ha dirigido al trabajo

y a las estrellas a través de la imaginación y la emoción, se une con el propio espíritu del mundo y con los rayos de las estrellas a través de las que actúa el espíritu del mundo.» Ficino está diciendo que si nos imaginamos del modo más intenso y vívido posible los espíritus de los planetas y los dioses estelares, como consecuencia de este acto de imaginación, el poder del espíritu puede fluir en nosotros.

En el capítulo anterior veíamos cómo la Edad Media fue la época dorada de la magia. Entonces, los pensadores esotéricos y los ocultistas empezaron a formarse imágenes mentales en las que los dioses y los espíritus podían vivir y podían materializarse, del mismo modo que los creadores de los templos y las escuelas mistéricas de la Antigüedad habían ideado objetos como las estatuas para que los seres incorpóreos pudieran usarlos a modo de cuerpo. En la Italia renacentista, los artistas con creencias esotéricas empezaron a recrear sus imágenes mentales mágicas con pintura y piedra.

En la Edad Media, la difusión de los grimorios había sido una actividad subcultural totalmente clandestina. Ahora, la literatura hermética del Renacimiento, de mayor difusión pública, daba instrucciones sobre cómo confeccionar talismanes diseñados para reducir la influencia de los mundos espirituales, las cuales fueron asimiladas por los artistas de la época. Esa literatura explicaba asimismo que las influencias ocultas podían ser más eficaces si los talismanes se hacían de metales adecuados para el espíritu al que se invocaba (por ejemplo, oro para el dios solar y plata para el dios lunar). De nuevo, colores, formas, jeroglíficos y otros elementos específicos eran igual de propicios para determinados seres incorpóreos.

Un crítico de arte ha estudiado la predilección de Sandro Botticelli por los tonos menores y por los colores luminosos, lo cual sugiere una cualidad etérea, como si estuviera representando a seres de otro mundo que no se han materializado totalmente. Podemos percibir la influencia de Ficino en el cuadro de Botticelli conocido popularmente como

La primavera, que ilustra el proceso de creación de la materia en función de las sucesivas emanaciones de las esferas planetarias procedentes de la mente cósmica. La propia Primavera ha mostrado una destacable propensión a vivir y respirar en la mente de quienes han visto el cuadro desde entonces.

Los artistas neoplatónicos del Renacimiento creían que estaban redescubriendo antiguos secretos. Siguiendo a Platón, opinaban que todo aprendizaje es un proceso de recuerdo. Nuestras mentes son proyecciones de la gran mente cósmica central en el mundo material. Todo lo que se ha experimentado o pensado en la historia se almacena en los bancos de memoria de la mente cósmica (o tal vez, para ser más precisos, vive en una especie de eterno ahora).

Si Platón tiene razón, ¡este libro ya está en su interior!

Con el Alto Renacimiento italiano llegamos a la idea del genio sublime, no sólo de Botticelli sino también de Leonardo da Vinci, Rafael y Miguel Ángel. El genio es alguien que se diferencia totalmente del resto de nosotros por la magnificencia y claridad de sus visiones, y tal vez es conveniente que este florecimiento tuviera lugar en Italia, porque era donde se habían dado las visiones extáticas de Joaquín y san Francisco.

Al igual que los santos, los grandes artistas eran a veces los portavoces de grandes seres espirituales. Según la doctrina esotérica, el pintor Rafael recibía inspiración directa del arcángel Rafael. La mano que pintó sus obras maestras tenía una guía divina.

Sin embargo, existe una tradición más extraña y misteriosa, y es que la personalidad que se encarnó en Rafael se había encarnado previamente en Juan Bautista. Según Steiner, esto explica por qué no se dispone de cuadros importantes de Rafael de acontecimientos que tuvieran lugar

tras la muerte de Juan Bautista. Sus grandes obras maestras, en las que se muestra a la Virgen y al niño con una calidad extraña e insólita, fueron pintadas, de hecho, de memoria.

Muchos magos vivieron en Italia en el Alto Renacimiento, en la época de Leonardo. A menudo trabajaban en la cerrada hermandad del estudio de un artista, en la que el progreso artístico y espiritual podían guiarse juntos e ir de la mano. Por ejemplo, el matemático y hermético Luca Pacioli, que fue el primero en escribir abiertamente sobre las fórmulas secretas ocultas tras el pentángulo de Venus, fue uno de los maestros de Leonardo respecto a la «proporción divina».

Otro mago que sabemos que influyó en Leonardo (porque Leonardo tenía algunos de sus libros y lo mencionaba en sus propias notas) era un arquitecto de una generación anterior. Leon Battista Alberti diseñó el palacio Rucellai de Florencia, uno de los primeros edificios clásicos de la Italia renacentista, así como la fachada de Santa Maria Novella, en la misma ciudad. También escribió uno de los libros más extraños en lengua italiana: *Hypnerotomachia Poliphili*, la historia protosurrealista de Polífilo (el título podría traducirse aproximadamente como «el amante de muchas cosas en su lucha por el amor en un sueño»).

El héroe se despierta un día en que se va a embarcar en una aventura, pero cae en un sueño. Persigue a su amada por un extraño paisaje en el que viven dragones y otros monstruos, por un camino laberíntico que lo lleva a numerosas construcciones fabulosas, mitad piedra, mitad organismo vivo. Por ejemplo, en el interior de un templo aparecen las vísceras del propio templo. Alberti estaba obsesionado por la naturaleza y las formas naturales, y las incorpora a su obra de un modo sumamente insólito. Cuando miramos por ejemplo las dos versiones de *La Virgen de las Rocas*, de Leonardo, aparece esa misma obsesión por las formas expresivas desde el punto de vista espiritual del paisaje, una muestra evidente de la influencia de Alberti.

El relato se desarrolla con la lógica de un sueño. A un primer nivel, el *Hypnerotomachia* es un manifiesto arquitectónico. Alberti propone en él que la nueva arquitectura renacentista, en la que él desempeñó un papel clave, debería tener la lógica de un sueño. En vez de ser fieles a lo anterior de un modo servil e inhibido, los arquitectos deberían trabajar con un nuevo estado mental libre en el que nada estuviese prohibido, en el que deberían dejarse inspirar por las combinaciones de formas que los estados de conciencia alterados les pudiesen sugerir. Por lo tanto, Alberti recomienda una especie de experimento mental controlado con el fin de favorecer la aparición de una nueva forma de pensar, y no sólo en el campo de la arquitectura.



Ilustración del *Hypnerotomachia*. Aquí está reflejado el paso de la vida vegetal a la animal, tal como se explica en la historia secreta.

El papel de la canalización de la energía sexual se hace evidente al final de la historia, cuando el héroe se reúne finalmente con su amada en una serie de místicos rituales en el templo de Venus. La sacerdotisa pide a su amada que remueva una cisterna con una antorcha encendida, lo cual hace que Polífilo caiga en un estado de trance. A continuación se enciende una pila en forma de concha llena de esperma de ballena, almizcle, aceite alcanforado, aceite de almendras y otras sustancias, se sacrifican palomas y las ninfas bailan alrededor de un altar. Cuando se le pide a la hermosa amada

que frote el suelo en torno a la base del altar, todo el edificio se convulsiona como si de un terremoto se tratara y brota un árbol de encima del altar. Polífilo y su amada prueban el fruto del árbol y se transportan a un estado de conciencia incluso superior. La sacerdotisa adepta ha canalizado el poder volcánico del apetito sexual de tal modo que se han desbaratado todas las reglas prohibitivas de la conducta, la moralidad y la creatividad, e incluso las leyes de la naturaleza.

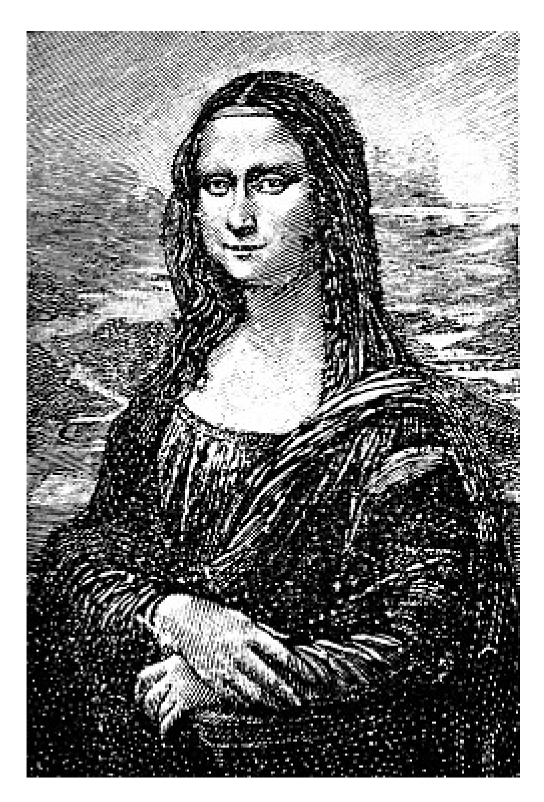
Quizá la más misteriosa de todas las principales obras maestras del Renacimiento italiano sea la *Mona Lisa*. ¿Quién es capaz de explicar su poder? Walter Pater, un importante crítico de arte y esotérico del siglo XIX, escribió lo siguiente al respecto: «De su cabeza "salen todos los fines del mundo" y tiene los párpados un poco cansados. Es la belleza trabajada desde el interior, ejercitando la carne, el sedimento, pequeña célula a pequeña célula, de extraños pensamientos y fabulosas fantasías y exquisitas pasiones […]. Tiene más años que las rocas entre las que se sienta […] ha muerto muchas veces y ha aprendido los secretos del sepulcro, y ha buceado por mares profundos […].»

Tal vez Pater dé pistas de lo que sabe. La *Mona Lisa* es, de hecho, anterior a los dioses.

Antes hemos visto cómo la luna se separó de la Tierra para que la luz solar se reflejara en ésta y así fuera posible la reflexión humana. Hemos visto también que, en el año 13000 a. J.C., Isis se retiró de la Tierra a la luna para convertirse en la dueña y señora de este proceso de reflexión. En ese momento, a principios del siglo XV, después de que el cosmos necesitara eones para crear las condiciones que hicieran posible la reflexión en el sentido en que la entendemos en la actualidad, al fin había sucedido. La obra de arte de Leonardo es un icono en la historia humana porque capturó el momento en que se dio ese paso en la evolución de la conciencia. En la cara de Mona Lisa percibimos por primera vez el profundo gozo de alguien que explora su vida interior. Ella es libre de

distanciarse del mundo de los sentidos que la abruma y vagar en su interior. Posee lo que J. R. R. Tolkien, en otro contexto, llamó «un ojo interno libre de trabas, móvil e independiente».

Por lo tanto, la *Mona Lisa* crea un espacio mágico en el que puede vivir el espíritu de Isis. Por supuesto, en la actualidad resulta casi imposible estar solo en el Louvre ante ese cuadro, pero al igual que la estatua del monje budista (*The Lohan*) expuesta en el Museo Británico, fue creada para que nos hable si conversamos con ella.



La *Mona Lisa* es quizá la imagen más reproducida de la historia de la pintura, aquí en un grabado del siglo XIX. En su *Tratado sobre la pintura*, Leonardo recomienda sumirse en un estado de receptividad de las imágenes de la imaginación en el que las grietas y manchas en paredes antiguas puedan evocar (o invocar) a dioses y monstruos.

Lejos del resplandor y el fasto de las cortes de la Italia renacentista, en el rudo norte de Europa se dejaba sentir otro espíritu. A los doce o trece años de edad, una joven que vivía en una humilde y rústica casa de campo en el valle del Loira francés, poblado de espesos bosques, empezó a oír voces y a ver visiones. A la muchacha, de nombre Juana, se le apareció el arcángel Miguel y le dijo que tendría guías espirituales. Ella se mostró reacia a hacer caso de todo eso, alegando que

prefería hilar junto a su madre. Pero las voces se volvieron cada vez más insistentes. Le explicaron su misión. Cuando un ejército invasor inglés parecía a punto de tomar la ciudad de Orleans, le ordenaron que fuera a la ciudad vecina de Chinon para encontrar al delfín, el heredero al trono de Francia, y lograr que fuera coronado rey en la catedral de Reims.

Juana no era más que una niña cuando llegó a la corte del delfín. Él intentó engañarla haciendo que un cortesano se sentara en el trono y se hiciera pasar por él, pero Juana descubrió el engaño y se dirigió directamente al delfín. Convencido por Juana, le dio a ésta un caballo blanco y una armadura asimismo blanca. Juana cabalgó con ella durante seis días y seis noches sin descanso.

La niña tuvo una visión de una espada escondida en una iglesia. La espada que describió (con tres cruces características en ella) fue descubierta oculta detrás del altar de la cercana iglesia de St. Catherine de Fierbois.

Como sucede a veces en la historia, cuando los excepcionales seres procedentes de los mundos espirituales ejercen su poder a través de un individuo concreto, a Juana nadie podía llevarle la contraria. Nada podía detenerla, aunque las circunstancias en contra parecieran abrumadoras.

Cuando, el 28 de abril de 1429, llegó a las puertas de Orleans, entonces sitiada ya por el enemigo, las tropas inglesas se retiraron ante la joven y su pequeño grupo de seguidores. Bastaron quinientos individuos para derrotar a todo un ejército inglés de miles de soldados de un modo que incluso los capitanes de las tropas de Juana consideraron milagroso.

Por insistencia de ella, el delfín fue coronado rey de Francia en Reims. La misión de Juana se había cumplido en menos de tres meses.

Cuesta pensar en un ejemplo más claro de la influencia de los mundos espirituales en el curso de la historia mundial. George Bernard Shaw, profundamente interesado por la

filosofía esotérica, escribiría que «tras los acontecimientos, existen fuerzas evolutivas que trascienden nuestras necesidades cotidianas y que usan a los individuos para propósitos que van mucho más allá de mantener a esos individuos vivos y prósperos y respetables y seguros y felices».

Traicionada por los suyos, Juana fue vendida a los ingleses. Fue profusamente interrogada acerca de las voces que oía. Afirmó que a veces se acompañaban de visiones y de luces brillantes, que le aconsejaban, la advertían e incluso le daban órdenes detalladas, a menudo varias veces al día. Asimismo podía pedirles consejo y recibía respuestas concretas a sus preguntas.

Esa familiaridad natural, esas comunicaciones profundas y minuciosas con los mundos espirituales fuera de los auspicios de la Iglesia se tacharon de brujería y, el 30 de mayo de 1430, Juana fue quemada en la hoguera en la plaza del mercado de Ruán, al norte de Francia. Un soldado inglés se volvió hacia otro y le comentó: «Hemos quemado a una santa.»

Fue como si los grandes poderes espirituales que la habían hecho invencible la hubieran abandonado y, de repente, las fuerzas de la oposición se abalanzaran sobre ella para arrollarla.

Los ingleses la consideraban su enemiga, pero desde el punto de vista de la historia secreta, Inglaterra sería la más beneficiada por los actos de inspiración divina de Juana de Arco. Francia e Inglaterra llevaban siglos atrapadas en un conflicto, y aunque en su época Inglaterra tenía la supremacía militar, los franceses la dominaban en el ámbito cultural, tanto en la lengua como en la literatura. Si Juana no hubiera separado a Francia e Inglaterra, no hubiera sido posible la contribución inglesa específica a la historia mundial (el realismo psicológico de Shakespeare y la filosofía desapegada y tolerante de Francis Bacon).

El pintor Alberto Durero regresaba a Alemania tras viajar por Italia, donde se había iniciado en la doctrina esotérica de los gremios de pintores. Sus xilografías se empezaron a inspirar en extrañas visiones del Apocalipsis. Una vez convertido en iniciado, pintaría también un autorretrato sujetando un cardo en flor salpicado de rocío, el sudor de las estrellas, lo cual simbolizaba que sus órganos de visión espiritual se estaban abriendo a un nuevo amanecer.

Por el camino se detuvo a para pintar un trozo de hierba. Esa acuarela fue la primera naturaleza muerta que pintó en su vida. En la historia del arte no hay nada que se le parezca. Antes de Durero, nadie había mirado realmente una roca y un trozo de hierba tal como lo concebimos en la actualidad.

El viaje de Durero debería considerarse también una señal de que el impulso para la evolución de la conciencia humana se desplazaba hacia el norte de Europa. Los habitantes de esa zona se mostraban en desacuerdo con los intolerantes países católicos del sur. Los nuevos avances políticos fueron testigo del auge de los estados septentrionales, con su adquirido poder, y que se convertirían en vehículo de nuevas formas de conciencia.



En *El celador*, de David Ovason, se cita a mi amigo Mark Hedsel por su fascinante análisis de la iconografía de El Loco, cuya imagen aparece en la cubierta de la primera edición de *Gargantúa y Pantagruel*, de 1532, y también, por supuesto, en el Tarot. El Loco sigue el «camino sin nombre». El palo que lleva al hombro representa la dimensión vegetal de su ser, que se encuentra entre la parte espiritual y la parte animal, más abajo, donde el perro que le muerde la pierna representa los elementos animales no redimidos y corruptos. La parte no redimida del cuerpo vegetal está representada por la carga llevada en el hatillo. El sombrero de tres picos hace referencia a los cuerpos superiores que aún tiene que desarrollar (los cuerpos animal, vegetal y mineral transformados) y su mirada hacia arriba representa su aspiración a ellos. Si bien la barba ostenta un empuje hacia abajo, la proyección hacia arriba del sombrero simboliza el Tercer Ojo a punto de abrirse.

François Rabelais, nacido hacia finales del siglo XV, paseó por las angostas callejuelas de Chinon unos cincuenta o sesenta años después de que las pisadas de Juana de Arco se hubieran desvanecido. Su vida y obra están imbuidas del espíritu de los trovadores. Mientras que Dante había escrito movido por el anhelo de las alturas espirituales, todo el placer de Rabelais parece estar, al menos a primera vista, en el mundo material. Su gran novela *Gargantúa y Pantagruel* narra leyendas de gigantes que andan como locos por el mundo haciendo estragos debido a su gigantesco apetito. Rabelais dio un nuevo giro cómico al deleite en los objetos cotidianos que caracterizaba a los trovadores. *Gargantúa* contiene una larga

lista de objetos absolutamente desechables, como una máscara de terciopelo de señora, el gorro de paje emplumado al estilo suizo, un gato, artemisa, hinojo, hojas de espinaca, sábanas, cortinas, un pollo y un cormorán, entre otros.

La larga lucha para despertar al mundo material que se había iniciado con Noé se completa finalmente, y el resultado es puro deleite. La prosa mordaz y condensada se ve impulsada por el amor a la luz y la risa, la comida y la bebida, la lucha y las relaciones sexuales. En las páginas de Rabelais, el mundo no es el terrible lugar que la Iglesia ha pintado, y en ellas se demuestra que la filosofía eclesiástica que niega el mundo no es saludable. «Ríete y afróntalo con valentía, sea lo que sea», decía Rabelais. La risa, la alegría y el buen humor eran una cura para cuerpo y mente, ambos susceptibles de transformación.

Rabelais ama el mundo y, en sus obras, el amor por los objetos y el amor por las palabras van de la mano. De su escritura salen tambaleándose una profusión de elementos y la invención de nuevas palabras. Pero contienen también una corriente oculta iniciática escurridiza, para aquellos que quieren buscarla. Rabelais es místico, aunque no al estilo espiritual de la Edad Media.

Los trovadores habían escrito acerca de la locura de estar enamorado, y algunos de ellos se habían descrito a sí mismos como tontos y locos. Con eso querían decir que habían encontrado nuevas formas de entrar en los mundos espirituales, y que cuando regresaban, veían la vida del revés.

Por lo tanto, a los trovadores, la realidad cotidiana les debía de parecer muy distinta. Rabelais transformó este nuevo punto de vista en una narración, en un estilo cómico subversivo que pasaría a ser característico de escritores iniciáticos como Jonathan Swift, Voltaire, Lewis Carroll y André Breton. Rabelais no sólo cree que es capaz de andar como un loco por los mundos espirituales con una libertad recién encontrada, sino que, cuando regresa al mundo material,

es incapaz de tomarse en serio las suposiciones de la gente sobre éste, sus convenciones y su moralidad. En su historia, sus héroes llegaban a la abadía de Telema, que tiene inscrito sobre su puerta el lema «Haz lo que quieras». Rabelais prefiguró una compañía de iniciados cuya conciencia está tan transformada, que están más allá del bien y del mal.



El humor iniciático queda reflejado en esta imagen asombrosamente oscura del Loco de Jacob Jordaens. Al igual que Rubens y Rembrandt, sus compatriotas holandeses, Jordaens estaba sumamente inmerso en la cábala. El gorro del loco imita la letra hebrea *shin*, que el cabalista Johannes Reuchlin introdujo en el Tetragammaton, o nombre sagrado de Dios, para que dé el nombre de Jesús, y también simboliza en sus tres puntas la espiritualización de los tres cuerpos humanos (animal, vegetal y mineral).

Al final de *Gargantúa y Pantagruel*, después de numerosos viajes de exploración por muchos mares, durante los cuales nuestros héroes habían visto un sinfín de maravillas, habían luchado contra hombres gato, ejércitos de salchichas y gigantes que se alimentaban de molinos de viento, llegan finalmente a una misteriosa isla. Fulcanelli, un alquimista del

siglo XX, explicaba que, con la llegada a la isla, Rabelais afirma implícitamente que sus héroes están entrando en la Matriz.

Una vez allí, los llevan a un cámara de iniciación en un templo subterráneo. Las descripciones de sucesos que tienen lugar bajo tierra deberían alertarnos siempre de que se está haciendo referencia a la fisiología oculta. El viaje subterráneo es un viaje al interior del cuerpo.

En el centro y en la parte más profunda del templo hay una fuente de la vida sagrada. Fulcanelli señaló que Rabelais permitía ahí que sus intereses alquímicos y esotéricos salieran a la superficie, en su descripción de la fuente con siete columnas dedicadas a los siete planetas. Cada dios planetario lleva las piedras preciosas, los metales y los símbolos alquímicos correspondientes. Una figura de Saturno cuelga en una columna con una guadaña y con una grulla a sus pies. De un modo más elocuente, Mercurio se describe como «fijo, firme y maleable», lo cual significa semisolidificado en el proceso de transformación alquímica.

Lo que mana de esa fuente y lo que beben nuestros peregrinos (que es como deberíamos verlos, como se los ve en la actualidad) es vino. «Beber es la característica que distingue a la humanidad —escribe Rabelais—, me refiero a beber delicioso vino frío, porque debes saber, amigo, que por el vino nos volvemos divinos, porque está en su poder llenar el espíritu de verdad, conocimiento y filosofía.» En algunos tipos de fisiología oriental oculta, el vino es el símbolo de secreciones en el interior del cerebro que entran en abundancia en la conciencia en los estados extáticos. En el siglo XX, algunos científicos indios llegaron incluso a sugerir que, en los textos védicos, el «vino» se refería a lo que hoy denominamos dimetiltriptamina, la enzima que se produce en las regiones superiores del cerebelo y de la que hablábamos al hablar del chamanismo. Asimismo, Swami Yogananda se refirió a las secreciones neurofisiológicas que llamaba «bendita *amrita*», el néctar palpitante de la inmortalidad que lleva consigo

momentos en los que eleva la conciencia y nos permite percibir directamente las fabulosas ideas que se entrelazan para conformar el mundo material.

«Oh, Señor —escribió el maestro sufí jeque Abdullah Ansari—, intoxícame con el vino de Tu Amor.»

20. EL VERDE TRAS LOS MUNDOS

Colón • Don Quijote • William Shakespeare, Francis Bacon y el Verde

Al llegar en 1492 a la desembocadura del Orinoco, Cristóbal Colón estaba convencido de haber encontrado el Guijón, uno de los cuatro ríos del Edén. Envió una carta a su familia: «Hay indicios sólidos que sugieren la proximidad del Paraíso terrenal, no sólo porque la posición matemática se corresponde con las opiniones de los santos y eruditos teólogos, sino también porque todos los demás sabios coinciden en considerarlo probable.»

El impulso por descubrir todo lo que hay en el mundo, que inspiraría la revolución científica, alertó también al hombre a realizar expediciones para explorar nuevos horizontes. Nunca antes había existido una fascinación tan grande por el mundo material.

La esperanza de encontrar un Nuevo Mundo estaba estrechamente asociada a las expectativas de entrar en una nueva Edad de Oro, pero el oro encontrado resultó ser de tipo más terrenal.

Se han hecho muchas interpretaciones de la relación de Colón con los caballeros templarios. Se casó con la hija de un ex gran Maestre de los Caballeros de Cristo, una orden portuguesa que había prosperado después de que la orden de los templarios hubiera pasado a la clandestinidad. Se ha considerado relevante que Colón navegara en barcos en los que ondeaban velas con la característica cruz roja de los templarios. Sin embargo, lo cierto es que los Caballeros de Cristo no practicaban la misma comunicación independiente con los mundos espirituales que había obligado al papado a adoptar medidas tan desesperadas contra la Orden del Temple. Al igual que con otras órdenes criptotemplarias posteriores, como los Caballeros de Malta, Roma estaba adoptando la mística sumamente glamurosa de los caballeros templarios originales, pero usándola para sus propios fines.

Colón escribió a la reina Isabel para transmitirle que tenía esperanza de encontrar un «barril de oro» que financiara la reconquista de Jerusalén, del mismo modo que ella y su marido, Fernando, habían conseguido recientemente reconquistar Granada, devolviendo España a la Iglesia católica. Colón ignoraba que ese oro se necesitaría para financiar una guerra contra un enemigo que estaba más cerca de casa, y cuyo poder crecía rápidamente, un enemigo que tenía más motivos para considerarse el heredero espiritual de los caballeros templarios.

Se estaban trazando las líneas de batalla para el control del mundo, no sólo a nivel geopolítico, sino en los mundos espirituales. Sería una batalla por el espíritu global de la humanidad.

Cervantes y Shakespeare eran prácticamente contemporáneos.

Don Quijote, el caballero de edad avanzada que arremete contra molinos de viento, tomándolos por gigantes, y que ve a una campesina rechoncha llamada Dulcinea, que mastica ajo, como una hermosa doncella aristócrata sacada de los libros de caballerías, podría parecer a primer vista un personaje de una comedia más bien esperpéntica. Sin embargo, conforme avanza la historia, su tono cambia y el lector percibe el efecto de una extraña magia.

En un primer nivel, don Quijote trata de mantener los antiguos ideales de caballería de la Edad Media que están en decadencia. A un segundo nivel, está entrando en su «segunda infancia», retrocediendo a una época en la que las imaginaciones parecían mucho más reales. Por supuesto, lo cierto es que, en la filosofía esotérica, las imaginaciones son sin duda reales. Algunos eruditos españoles han coincidido, tras un minucioso análisis de texto, en que *Don Quijote* es un comentario alegórico sobre *El Zohar* (o *Libro del Esplendor*) cabalístico.

En un momento de la narración, Merlín engaña a don Quijote y a su sensato escudero Sancho Panza, haciéndoles creer que la hermosa Dulcinea ha sido víctima de un hechizo que la ha convertido en una campesina rechoncha. Al parecer, la única forma que ella tiene de recuperar su belleza es que Sancho Panza se deje dar 3.300 latigazos. En breve volveremos a analizar la relevancia del número 33.

A mitad de la novela se describe un proceso de iniciación, lo que marca el punto en que una comedia ingenua da paso a algo más inquietante y ambiguo. Se trata del extraño episodio del descenso del Quijote a la cueva de Montesinos…

Sancho Panza ata una cuerda de cientos de brazas de longitud al jubón de su maestro y, a continuación, lo hace bajar por la entrada de la cueva. Don Quijote se va abriendo paso a través de zarzas, brezos e higueras, espantando a grajos y cuervos. Al fondo de la cueva, don Quijote no puede evitar caer en un profundo sueño. Al despertar, se encuentra en un hermoso prado. Pero a diferencia de lo que ocurriría en un sueño, puede pensar con sensatez…

Se acerca a un enorme palacio de cristal en el que le recibe un extraño anciano con una capa de raso verde, que se presenta como Montesinos. Ese hombre, que sin duda es el genio del palacio transparente, le cuenta que llevaba mucho tiempo esperándole. Lleva a don Quijote a una cámara a un nivel inferior y le enseña a un caballero que yace en un sepulcro de mármol. Ese caballero había sido hechizado por Merlín, según le cuenta Montesinos. Además, dice que el mago vaticinó que él, don Quijote, rompería el hechizo y así resucitaría al caballero errante…

De vuelta a la superficie, don Quijote le pregunta a Sancho Panza cuánto tiempo ha pasado dentro. Al contestarle éste que poco más de una hora, don Quijote dice que no puede ser, que ha pasado tres días bajo tierra, que ha visto lo que ha visto con sus propios ojos y ha tocado lo que ha tocado con sus propias manos.

—[Está] contando los mayores disparates que pueden imaginarse —le responde Sancho Panza.

Toda la novela es un juego en torno al hechizo, la ilusión y la desilusión (llegando el hechizo a un nivel más profundo). Se interpreta como una serie de parábolas en las que el significado nunca se explica de un modo explícito ni tampoco queda demasiado claro. No obstante, el significado más profundo guarda relación con el papel de la imaginación en la formación del mundo. Don Quijote no es un mero bufón, sino alguien que desea con todas sus fuerzas respuesta para sus inquietudes más íntimas. Se le demuestra que la realidad material es tan sólo una de las muchas capas de las ilusiones, y que nuestras figuraciones más profundas son las que las forman. Esto implica que si podemos localizar la fuente secreta de éstas, podremos controlar el curso de la naturaleza. Al final de la novela, don Quijote ha cambiado sutilmente su entorno.

Antes hemos visto que, cuando estamos enamorados, nos decantamos por ver lo bueno de la persona amada. Además, hemos visto también que nuestra mirada benévola ayuda a extraer esas cualidades y a potenciarlas. También sucede lo contrario. Aquellos a quienes despreciamos se vuelven despreciables.

Al contemplar el cosmos en su conjunto, se nos plantea una elección similar. Cervantes escribió en un momento decisivo de la historia en que la población ya no tenía conciencia de que el mundo fuera un lugar espiritual lleno de bondad y que en el fondo tuviera sentido. Lo que decía Cervantes es que si, al igual que don Quijote, decidimos creer de buena voluntad en la bondad esencial del mundo, a pesar de los reveses de la fortuna, a pesar de la tendencia bufonesca de las cosas que parece contradecir esas creencias espirituales y las hace aparecer como ridículas y absurdas, entonces esa decisión de creer ayudará a transformar el mundo (también de un modo sobrenatural).

Don Quijote es imprudente por su bondad. Sigue un camino extremo y doloroso. Se lo ha llamado el Cristo español, y el efecto de su viaje en la historia mundial ha sido tan grande como si hubiera sido un personaje real.

Cervantes murió el 23 de abril de 1616, el mismo día que Shakespeare.

Las escasas pistas que dejó William Shakespeare en documentos escritos proporcionan pocos datos seguros. Sabemos que nació en Stratford-upon-Avon en 1564, que se educó en la escuela de esa población, que fue aprendiz de carnicero y que lo pillaron practicando la caza furtiva. Desde Stratford se fue a Londres, donde trabajó como actor secundario en una compañía teatral de la que había sido mecenas Francis Bacon, y actuó en obras de mucho éxito, cuyas versiones publicadas incluyen su nombre. Murió dejándole en herencia a su mujer su segunda mejor cama.

Un contemporáneo suyo, el dramaturgo Ben Jonson, comentó despectivamente de William Shakespeare que sabía «poco latín y menos griego». ¿Cómo era posible que un hombre así hubiera creado ese conjunto de obras, saturadas de toda la erudición de la época?

Se ha propuesto a muchos de sus contemporáneos importantes como los autores reales de las obras de Shakespeare, incluido su patrón, el conde de Oxford, del siglo XVII, Christopher Marlowe (según la teoría de que no fue realmente asesinado en 1593, justo cuando empezaron a aparecer las obras de Shakespeare), y más tarde, el poeta John Donne. Una experta estadounidense, Margaret Demorest, ha puesto de relieve llamativas coincidencias entre Donne y Shakespeare: el parecido de sus retratos, la similitud de sus apodos («Johaness Factotum» en el caso de Shakespeare y «Johannes Factus» en el caso de Donne), extrañas idiosincrasias de la ortografía (ambos usan en inglés *cherubin* en vez de *cherubim*, por ejemplo) y el hecho de que Donne

empezara a publicar cuando Shakespeare dejó de hacerlo. Sin embargo, el candidato más popular es, por supuesto, Francis Bacon.

Niño prodigio, Francis Bacon nació en el seno de una familia de cortesanos en 1561. A los doce años se representó un drama alegórico que había escrito ante la reina Isabel I, que lo llamaba cariñosamente su pequeño guardián [del Gran Sello y del Sello Menor]. Era un niño menudo, enclenque y enfermizo, y sus compañeros de clase se burlaban de él, haciendo un juego de palabras con su apellido, y llamándolo Hamlet, o «pequeño jamón». Se formó en Oxford, y cuando sus ambiciones políticas se vieron una y otra vez obstaculizadas, a pesar del afecto que la reina había sentido por él, se propuso construirse un «Imperio del conocimiento», conquistando cada rama de la erudición que conociera el hombre. Tenía un intelecto tan brillante que se le llegó a conocer como la «maravilla de los tiempos». Escribió libros que dominaron la vida intelectual de su época, como *El avance del saber*, el *Novum Organon*, en el que proponía un enfoque radicalmente nuevo del pensamiento científico, y *La nueva Atlántida*, una visión de un nuevo orden mundial. Inspirado en parte por la visión de Platón de la Atlántida, tendría una gran influencia en los grupos esotéricos del mundo moderno. Cuando Jacobo I subió al trono, Bacon cumplió rápidamente la ambición que tenía desde hacía tiempo y se convirtió en lord canciller, el segundo cargo más importante de Gran Bretaña. Una de sus responsabilidades era la distribución de las concesiones de tierras en el Nuevo Mundo.

Era tal la lucidez de Bacon, que parecía abarcar todo el mundo, y, en igualdad de condiciones, parecería mejor candidato para asumir la autoría de las obras de Shakespeare que el propio Shakespeare.

Bacon era miembro de una sociedad secreta llamada la Orden del Yelmo. En *El avance del saber* escribía acerca de la tradición de transmitir parábolas de una generación a otra y, con ellas, el significado oculto de los «secretos de las

ciencias». Admitió estar fascinado por los códigos secretos y las claves numerológicas. En la edición de 1623 de *El avance del saber* explicaba lo que denomina el Cifrado Bilateral, que más tarde se convertiría en la base del código Morse.

Es interesante mencionar que su código favorito era el antiguo «cifrado cabalístico», según el cual el apellido «Bacon» tiene el valor numérico de 33. Sirviéndose de ese mismo cifrado, puede hallarse la expresión «Fra Rosi Crosse» codificada en la cubierta, la página de dedicatorias y otras páginas relevantes de *El avance del saber*.

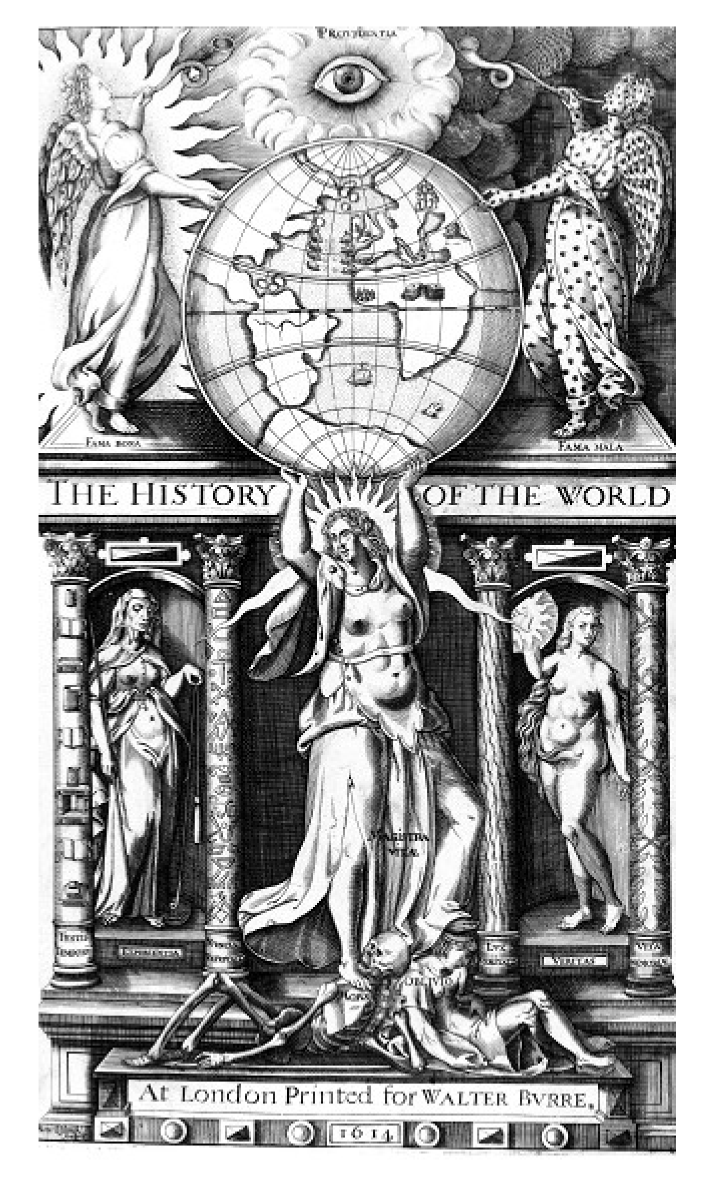
Y usando el mismo sistema de cifrado, puede encontrarse la misma expresión rosacruz en la dedicatoria en el *Folio* de Shakespeare, en la primera página de *La tempestad* así como en el monumento a Shakespeare en Stratford-upon-Avon. El pergamino enrollado en el monumento en honor a Shakespeare en la abadía de Westminster también la lleva, junto con el número 33 que, como hemos visto, es el número de «Bacon».

Para entender la solución a este misterio acontecido en la historia secreta, es necesario echar primero un vistazo a la literatura.

Las obras de Shakespeare juegan con estados de alteración, con la locura del amor. Hamlet y Ofelia son descendientes de los trovadores. Hay locos sabios (como Feste en *Noche de reyes*). El loco o tonto de Lear, el bufón que se parece a Cristo y que dice la verdad cuando nadie más se atreve, representa la apoteosis del loco de los trovadores.

Los personajes de Gargantúa, don Quijote y Sancho Panza viven en la imaginación colectiva y nos ayudan a forjar nuestra actitud en la vida. Sin embargo, como ha demostrado Harold Bloom, profesor de Humanidades de la Universidad de Yale y autor de *Shakespeare: la invención de lo humano*, ningún autor ha poblado tanto de arquetipos nuestra imaginación como Shakespeare: Falstaff, Hamlet, Ofelia, Lear, Próspero, Calibán, Bottom, Otelo, Yago, Malvolio, Macbeth y su mujer, Romeo y Julieta. De hecho, después de Jesucristo,

ningún otro individuo ha hecho tanto para desarrollar y difundir el sentimiento humano de vida interior. Si Jesucristo plantó la semilla de la misma, Shakespeare la ayudó a crecer, la diseminó y nos dio la idea que todos tenemos hoy de que cada uno alberga un cosmos interior tan extenso como el cosmos exterior.



The History of the World (*Historia del mundo*, 1614). Sir Walter Raleigh, el célebre aventurero, era miembro de una sociedad secreta llamada la Escuela Nocturna, tan clandestina que algunas voces críticas recientes dudan incluso de su existencia. Sin embargo, es indudable que Raleigh compartió sus ideas esotéricas con Christopher Marlowe y George Chapman, autor de *The Shadow of Night*. Uno de los secretos que guardaban era el «ateísmo». Raleigh temía la prolongada tortura, el desentrañamiento y la lenta muerte que había soportado otro amigo suyo, Thomas Kyd, por profesar opiniones ateas. Pero ninguno de ellos era ateo en el sentido actual de no creer en la existencia de los mundos espirituales o negar que los seres

incorpóreos intervienen en el mundo material de una forma sobrenatural. En *Fausto*, Marlowe escribió una de las obras esotéricas más estudiadas de la literatura mundial, que versa sobre los riesgos de tratar con los mundos espirituales.

David Fideler publicó un brillante análisis de la cubierta de esta obra maestra de la literatura en la revista *Gnosis*, publicación que se echa mucho en falta. Fideler afirma que, en un primer nivel, pretendía ilustrar la visión de Raleigh de la historia como el despliegue de la Divina Providencia, según la definición de Cicerón: «La historia da fe del paso de las épocas, arroja luz a la realidad, da vida a los recuerdos y guía a la existencia humana, y trae noticias de la Antigüedad.» A un segundo nivel, señala que este dibujo representa el Árbol de la Vida cabalístico con las correspondencias planetarias en los nódulos. La figura a la izquierda es la Fama de los «Manifiestos rosacruces».

Los grandes escritores son los arquitectos de nuestra conciencia. En Rabelais, Cervantes y Shakespeare, sobre todo en los soliloquios de Hamlet, vemos la simiente del sentimiento actual de momentos personales decisivos, de decisiones cruciales que tomar. Antes de los grandes escritores renacentistas, cualquier indicio de ese tipo de cosas no hubiera podido proceder más que de los sermones.

Esta nueva riqueza interior tiene un lado oscuro, que de nuevo vemos de un modo sumamente claro en los soliloquios de Hamlet. La nueva sensación de desapego que permite que alguien se separe de los sentidos y deambule por su mundo interior es una arma de doble filo, ya que conlleva el riesgo de sentirse alejado del mundo. Hamlet se ve atascado en ese estado de aislamiento cuando no está seguro de si es mejor «ser o no ser». Esto dista mucho del lamento de Aquiles, que quería vivir a la luz del sol a toda costa.

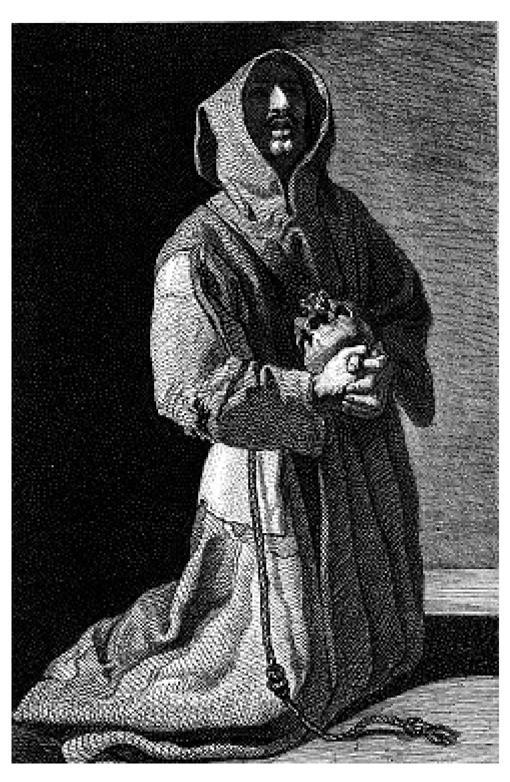


Imágenes iniciáticas de meditación con una calavera, encontradas a menudo en los siglos XVII a XIX, de *Hamlet* a los planteamientos de Byron, pasando por los monjes meditando de Zurbarán. No se limitan a recordarnos que un día moriremos. La meditación con la calavera alude a las técnicas arcanas de invocar a los espíritus de los antepasados muertos, técnicas heredadas y alimentadas por sociedades secretas como los rosacruces, y también por los jesuitas.

Como iniciado, Shakespeare estaba ayudando a forjar la nueva forma de conciencia. Pero ¿cómo sabemos realmente que él era un iniciado?

En los países anglosajones, Shakespeare ha hecho más que cualquier otro escritor para que nos formemos una idea de los seres de los mundos espirituales y del modo en que a veces irrumpen en el mundo material. Sólo hay que pensar en Ariel, Calibán, Puck, Oberón y Titania. Muchos actores dramáticos siguen creyendo que *Macbeth* contiene peligrosas fórmulas ocultas que confieren a la obra el poder de una ceremonia mágica cuando se representa. El Próspero de *La tempestad* es el arquetipo del mago —basado en el doctor Dee, astrólogo de la corte isabelina—. El 24 de marzo de 1583 se le apareció a este doctor un espíritu que le contó el futuro rumbo de la naturaleza y la razón: «Nuevos Mundos manarán de éstos. Nuevos comportamientos. Hombres extraños.» Compárese

esto con: «¡Oh prodigio! ¡Qué arrogantes criaturas son éstas! ¡Bella humanidad! ¡Oh espléndido mundo nuevo, que tales gentes produce!»



En algunas órdenes religiosas, el novicio yace en un ataúd entre cuatro velas, se entona el miserere y entonces se levanta para recibir un nombre nuevo como signo de que ha vuelto a nacer. San Francisco de Asís, de Francisco Zurbarán.

Al adentrarnos en el Bosque Verde de *El sueño de una noche de verano* y de otras comedias, estamos entrando de nuevo en el antiguo bosque por el que paseábamos en el segundo capítulo. Regresamos a una forma arcaica de conciencia en la que los espíritus dan vida a toda la naturaleza. En el arte y la literatura, la vegetación enroscada suele simbolizar la entrada al reino de lo esotérico, la dimensión etérea. Por supuesto, en las obras de Shakespeare abundan las imágenes florales. Los críticos han comentado a menudo el uso de la rosa como un símbolo rosacruz oculto en el poema «La reina de las hadas», escrito por Edmund Spenser en 1589, pero ningún escritor en lengua inglesa ha utilizado el símbolo de la rosa con más frecuencia (o de un modo más oculto) que Shakespeare. Hay siete rosas en el monumento en su honor de

la iglesia de la Santa Trinidad, en Stratford-upon-Avon y, como veremos en breve, las siete rosas son el símbolo rosacruz de los chacras.



Ilustración de *El sueño de una noche de verano*. La palabra *hada* entró en el idioma inglés en el siglo XIII, a partir de la antigua palabra inglesa para «maravillar», y se refería en sus orígenes a un estado mental (denotaba el estado de estar hechizado). J. R. R. Tolkien definía el hada como una «belleza hechizadora».

A este respecto, puede resultar útil una de las distinciones generadas por la filosofía positivista moderna. Según el positivismo lógico, un enunciado aparente en realidad no está afirmando nada si no lo refuta ninguna prueba. Este argumento se usa a veces para tratar de negar la existencia de Dios. Se arguye que si ningún giro de los acontecimientos concebible va alguna vez en contra de la existencia de Dios, al afirmar que Dios existe, en realidad no estamos afirmando nada.

Visto de esa forma, la afirmación «el personaje histórico Shakespeare escribió las obras que llevan su nombre» afirma en realidad muy poco. Sabemos tan poco de ese hombre que no influye en absoluto en nuestra comprensión de las obras.

Shakespeare es un enigma. Al igual que Jesucristo, revolucionó la conciencia humana y aun así dejó huellas casi invisibles en la crónica histórica contemporánea.

Para entender este misterio y comprender mejor el Renacimiento literario que floreció en Inglaterra en esa época, hay que analizar el contenido sufí de las obras de Shakespeare, que se ha pasado por alto en gran medida. Como veíamos, el sufismo fue la principal corriente que estableció la rosa como símbolo místico.

El argumento básico de *La fierecilla domada* procede de *Las mil y una noches*. El título en árabe de *Las mil y una noches*, Alf layla wa layla, es una expresión en clave que significa 'Madre de Memorias'. Se trata de una alusión a la tradición de que, oculta bajo las patas de la Esfinge, o en una dimensión paralela, se encuentra una biblioteca secreta o Sala de Memorias, un almacén del saber de la Antigüedad anterior al Diluvio. El título *Las mil y una noches* quiere decirnos, por lo tanto, que los secretos de la evolución humana se hallan codificados en su interior.

La historia central de *La fierecilla domada* procede de «El durmiente y el despierto», un relato en el que Harun al-Rašid hace caer en un sueño profundo a un joven bobo, lo viste con ropas de rey y ordena a sus criados que lo traten como si fuera realmente el califa cuando se despierte. Por consiguiente, se trata de una narración sobre los estados de conciencia (y tanto el relato como la obra contienen descripciones de cómo puede lograrse un estado de conciencia superior).

El argumento externo la *La fierecilla domada* se centra en Cristóbal Sly. En la doctrina sufí, un hombre pícaro (*sly* en inglés) es un iniciado, o miembro, de una sociedad secreta. En la primera página, Cristóbal Sly se describe como un mendigo, otra palabra sufí en clave, ya que un sufí es «un mendigo a las puertas del amor».

Al principio de la obra, Sly dice: «Los Sly jamás fueron pícaros. Puedes informarte en las crónicas. Vinimos a Inglaterra con Ricardo, el Conquistador.» Ésta es una referencia a la influencia sufí que los cruzados trajeron de vuelta de las cruzadas.

También se da a Sly una imagen de borracho. Como se ha apuntado antes, la embriaguez es un símbolo sufí habitual, que designa un estado de conciencia visionario.

Sly es despertado por un lord, lo cual equivale a decir que recibe instrucción de su maestro espiritual sobre cómo despertarse en estados de conciencia superiores.

La historia que sigue, la doma de la furiosa Catalina por parte de Petruchio, es, a un primer nivel, una alegoría de la iniciación. Petruchio emplea métodos pícaros para transformar a Catalina. Ella representa lo que en la terminología budista se llama a veces «mente de mono», la parte de la mente que nunca se está quieta ni tranquila y que siempre parlotea, distrayéndonos de las realidades espirituales. Petruchio intenta enseñarle a Catalina a abandonar todas las ideas preconcebidas, todos sus antiguos hábitos en su forma de pensar. Ella debe aprender a pensar al revés:

> Aquí la espero. […]
>
> En cuanto llegue le voy a hacer la corte como es debido. Como le [conviene.
>
> ¿Que empieza a vociferar? Le diré tranquilamente
>
> que su voz es tan dulce como la del ruiseñor.
>
> ¿Que frunce el entrecejo? […]
>
> Entonces alabaré su hablar voluble
>
> y su incomparable elocuencia.

Como veíamos en el capítulo diecisiete, los orígenes de la hermandad de los sufíes se remontan a mucho antes de la época de Mahoma. Algunos sitúan el origen de su cadena de transmisión hasta la época del profeta Elías o «el Verde». El espíritu místico e inquieto del Verde satura tanto *Las mil y una noches* como *La fierecilla domada*.

Existe una historia sobre el Verde que transmite algunas de estas cualidades.

El testigo de la extraña serie de acontecimientos que va a narrarse estaba a orillas del río Oxus cuando vio que alguien se caía en él. Entonces vio que un derviche corría a ayudar al hombre que se estaba ahogando, aunque él mismo acabó siendo arrastrado por la corriente. De repente, de la nada salió otro hombre vestido con una brillante y luminosa túnica verde, que se lanzó también al agua. En ese momento, la situación empezó a adoptar un cariz muy raro. Cuando el hombre verde salió a la superficie, por arte de magia se había transformado en un tronco. Los otros dos lograron agarrarse a él y flotar hasta la orilla. Ambos salieron del percance sanos y salvos.

Sin embargo, el testigo, más interesado por saber qué le había ocurrido al tronco, lo siguió mientras flotaba río abajo. Finalmente, lo vio quedar varado en la orilla. Espiando desde detrás de un arbusto, el testigo se quedó atónito viendo que se volvía a transformar en el hombre de túnica verde, que salió a gatas, sucio de barro, pero después, en un instante, se secó.

Saliendo de detrás del arbusto, el hombre que había presenciado todo eso se sintió impulsado a caer de bruces frente a ese misterioso personaje.

—Tú debes de ser el Verde, Maestro de Santos. Dame tu bendición. —Tenía miedo de tocar su túnica, ya que ahora estaba lo suficientemente cerca como para ver que ésta era de fuego verde.

—Has visto demasiado —contestó el Verde—. Debes entender que soy de otro mundo. Sin que lo sepan, protejo a quienes tienen una misión que cumplir.

El hombre levantó los ojos del suelo, pero el Verde había desaparecido, dejando únicamente el sonido del rápido silbido del viento.

Un contemporáneo de Shakespeare, aunque más joven, Robert Burton, escribió en *Anatomía de la melancolía* que «esa fraternidad omnisciente, que no puede ser más que sabia, de la Rosa Cruz, identifica a su jefe Elias (Elías) Artifex, su maestro teofrástico». A continuación, Burton lo describe como «el renovador de todas las artes y las ciencias, el reformador del mundo, *ahora vivo*» (las cursivas son mías).

Ya hemos visto que en la doctrina esotérica se cree que Elías se reencarnó en Juan Bautista. Su regreso no sólo se vaticinó en las últimas palabras del Antiguo Testamento, sino que también lo vislumbró el profeta-iniciado Joaquín, que influyó en gran medida en la comprensión de la historia por parte de los rosacruces. Joaquín profetizaba que Elías vendría para preparar el camino hacia la tercera era. ¿Las sociedades secretas de los siglos XVI y XVII creían que se había reencarnado de nuevo en su propia época y que estaba protegiendo y guiando a aquellos que tenían una misión que cumplir?

En el capítulo trece analizábamos la historia un tanto perturbadora de Elías y de Eliseo, su sucesor. Ha llegado la hora de explicar que, en la historia secreta, esos pasajes del Antiguo Testamento no son una descripción de dos individuos diferentes. Más bien, Elías es un ser tan evolucionado que no sólo es capaz de encarnarse, desencarnarse y reencarnarse a su libre albedrío, sino que también puede fragmentar su espíritu (o manto) y distribuirlo entre varias personas.

Del mismo modo que una bandada de aves se convierten en una sola, impulsada por la misma idea, un grupo de gente puede dejarse llevar también de forma simultánea por el mismo espíritu. Ocultos en las sombras detrás de la resplandeciente superficie de la Inglaterra isabelina, hablando a través de las mentes de Marlowe, Shakespeare, Bacon, Donne y Cervantes, deberíamos ser capaces de vislumbrar el severo rostro del Verde, maestro espiritual de los sufíes y arquitecto de la edad moderna.

En el último capítulo nos ocuparemos del objetivo de la misión de Elías, pero por el momento nos limitamos a recordar el papel que Arabia desempeñó a la hora de inspirar no sólo la literatura sino también la ciencia. En la corte de Harun al-Rašid, y más tarde entre el pueblo árabe, la ciencia había avanzado a grandes pasos, sobre todo en disciplinas como las matemáticas, la física y la astronomía. Existe una profunda conexión mística entre los árabes y los ingleses, porque fue el gran espíritu árabe de la investigación científica el que se encarnó de nuevo en Francis Bacon, el individuo que más estrechamente se asocia con Shakespeare en la literatura oculta. Y tal como nos revelará la historia de la filosofía, fue Bacon quien inspiró la importante revolución científica que tanto ha contribuido a dar forma al mundo moderno.

Conforme el cosmos interior se abría e iluminaba, se iba abriendo e iluminando también el cosmos material. Mientras que Shakespeare revelaba un mundo no de estereotipos, que era lo que había habido antes, sino de una multitud de individuos con plena conciencia, agitados, rebosantes de pasión e impulsados por ideas, Bacon revelaba un mundo en el que abundaba la sutileza, un mundo centelleante con una cantidad infinita de objetos claramente definidos.

Esos mundos paralelos se inflaron como un globo, y se convirtieron en reflejo uno del otro. Los mundos internos y externos que habían estado enmarañados de un modo confuso se habían separado de un modo diferenciado.

El mundo de Shakespeare es el de los valores humanos, en el que, pase lo que pase, lo que está en juego es la felicidad humana y la forma de las vidas humanas. El mundo de Bacon es aquel de donde se han eliminado los valores humanos.

La experiencia humana es eso engañoso, paradójico, misterioso y, en última instancia, impredecible que Shakespeare ha puesto en escena. Bacon enseñaba a la

humanidad a fijarse en los objetos físicos, que son el contenido de la experiencia, y a percibir las leyes predecibles a las que obedecen.

Ideó nuevas formas de pensar en el contenido de la experiencia. Aconsejaba descartar todas las ideas preconcebidas posibles y, a la vez, recopilar tantos datos como fuera posible, no imponiendo patrones en ello, sino esperando paciente a que surgieran pautas más profundas y ricas. Por este motivo, en la historia de la filosofía de la ciencia, se lo conoce como el Padre de la Inducción.

En resumen, Bacon era consciente de que si se pueden observar los objetos con la mayor objetividad posible, surgen patrones muy distintos de los que dan a la experiencia subjetiva su estructura.

Esta conciencia cambiaría la faz de la Tierra.

21. L A ERA ROSACRUZ

Las hermandades germanas • Christian Rosencreutz • El Bosco • La misión secreta del doctor Dee

Poco se sabe del Maestro Eckhart, el misterioso místico alemán del siglo XIII. Sin embargo, así como su contemporáneo Dante puede ser considerado la fuente del Renacimiento, Eckhart está en el origen de la Reforma, de mayor alcance pero de evolución más lenta. En Eckhart podemos ver también original de una nueva forma de conciencia que llevaría al norte de Europa a dominar el mundo.

Nacido cerca de Gotha, Alemania, en 1260, entró en un convento dominico, se convirtió en prior y, finalmente, ocupó el puesto de santo Tomás de Aquino como profesor de teología en la Universidad de París. Su gran *Opus Tripartitum*, tan ambiciosa en cuanto a alcance como la *Suma teológica*, está inacabada. Murió mientras lo juzgaban por herejía, cuando podía por tanto ser condenado a muerte.

Se conservan algunos de sus sermones, unos pocos transcritos por la población de Estrasburgo, donde nunca antes habían oído nada parecido a estas ideas:

> Pido a Dios que me libre de Dios.
>
> Si yo no existiera, no existiría Dios.
>
> Si yo no existiera, Dios no sería Dios.
>
> Dios está dentro, nosotros fuera.
>
> El ojo con el que veo a Dios es el mismo ojo con el que Dios me ve.
>
> Él es Él porque Él no es Él. Esto no puede entenderlo el hombre exterior, sólo el hombre interior.
>
> Busca el deseo tras todos los deseos.
>
> Dios está en casa. Somos nosotros quienes hemos salido a dar un paseo.
>
> A través de nada me convierto en lo que soy.
>
> Sólo la mano que borra puede escribir lo verdadero.

Esto suena excepcionalmente moderno. Es probable que incluso nos sorprendiera un poco escucharlo de boca de nuestro párroco local.

Como un maestro zen, el Maestro Eckhart intenta, de un modo provocador, sacarnos de nuestra forma de pensar cuadriculada; a veces con lo que a primera vista parece absurdo. Asimismo, enseña un estilo oriental de meditación que implica tanto mantenerse alejado del mundo material como dejar la mente en blanco. Afirma que cuando todos los poderes se han retirado de su forma y funciones corporales, cuando el hombre se ha escondido de los sentidos, «cae en el olvido de las cosas y de sí mismo».

Al igual que el «vacío» budista, este olvido es un vacío que contiene posibilidades infinitas e inagotables, y por lo tanto, es un lugar de renacimiento y creatividad. También es un lugar difícil y peligroso. Eckhart estaba mostrando el camino no del consuelo de una vida dura y comedida, no de la recompensa al final, sino una dimensión extraña y desafiante a la que uno entra bajo su responsabilidad, «el desierto de Dios donde nadie está en casa».

Al igual que Mahoma o que Dante, Eckhart tenía una experiencia personal directa de los mundos espirituales. Una y otra vez, lo que transmitía no es lo que convencionalmente cabría esperar: «Si te asusta morir y te resistes, verás cómo los demonios te arrancan la vida. Si estás en paz, verás que los demonios son en realidad ángeles que te liberan de la Tierra. Las únicas cosas que nos queman son la parte que no dejas ir, tus recuerdos, tus vínculos.»

A menudo se dice que Eckhart era uno de «los doce sublimes Maestres de París», una expresión que nos recuerda la antigua tradición de los maestros y adeptos ocultos, la Gran Hermandad Blanca, los Treinta y Seis Justos de la tradición cabalística, la Hermandad en el Techo del Mundo, el Círculo Interno de Adeptos o los Nueve Desconocidos. Según la doctrina de las antiguas creencias, el camino para adquirir experiencia de los mundos espirituales se transmite en una cadena iniciática de maestro a discípulo. En Oriente, esto se denomina a veces *satsong*. No se trata tan sólo de una transmisión oral de conocimientos, sino de una especie de

proceso telepático mágico. Cabe interpretar que Platón se refiere a algo similar cuando habla de la *mimesis*. En la alegoría de la cueva, el filósofo invita a su alumno a formarse una imagen que actuará en su mente de un modo que está más allá de lo limitadamente racional. En opinión de Platón, el texto mejor escrito (se refiere a la poesía de Hesíodo) lanza un hechizo hipnótico que lleva consigo la transmisión de conocimiento.

Un iniciado que conozco me explicó que, cuando de joven vivía en Nueva York, se le había acercado su maestro, había dibujado un círculo en una mesa y le había preguntado qué veía.

—La superficie de una mesa —contestó él.

—Muy bien —dijo el maestro—. Los ojos de un joven deberían mirar hacia el exterior.

Entonces, sin mediar palabra, se inclinó y tocó a mi amigo en la frente, entre los ojos, con el dedo extendido.

De inmediato, el mundo se desvaneció y lo dejó deslumbrado una visión de lo que le pareció una fría diosa blanca de la luna que llevaba una calavera y un rosario. Tenía seis caras, cada una con tres ojos.

Mientras la diosa danzaba, mi amigo perdió la noción del tiempo. Al cabo de un rato, la visión se desvaneció y se encogió hasta convertirse en un punto y desaparecer.

Sin embargo, mi amigo supo que seguía viviendo en algún lugar de su interior como una semilla ardiente, y que lo haría para siempre.

—¿La has visto? —le preguntó su maestro.

Me emocioné al oír esa historia, porque sabía que estaba muy cerca de la cadena de transmisión mística.

La experiencia espiritual directa de la que el Maestro Eckhart hablaba con tal convicción en sus sermones era aquella que la religión organizada ya no parecía ser capaz de

ofrecer. La Iglesia parecía pedantescamente atada a la letra muerta de la ley, tanto desde el punto de vista teológico como ritual.

Así, en ese clima de descontento e inquietud espiritual, surgieron asociaciones dispersas y clandestinas entre gente con la misma mentalidad. Según se decía, se celebraban reuniones secretas de grupos de laicos que buscaban una experiencia espiritual, «estrellas errantes», como se los llamaba a veces: los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre, los Hermanos y Hermanas de la Vida Común, la Familia del Amor y los Amigos de Dios. Entre todas las clases sociales de Alemania, Holanda y Suiza, incluso entre los más desfavorecidos y los pobres, circulaban numerosas historias de gente a la que se habían acercado misteriosos desconocidos que los llevaban a reuniones secretas, o incluso de viaje a extrañas dimensiones espirituales.

Uno de los conceptos más curiosos asociado a las sociedades secretas es que nunca se les puede seguir la pista. Son ellas las que ponen en práctica una vigilancia oculta, aunque benévola. Cuando llega el momento oportuno, cuando se está preparado, un miembro de las escuelas secretas se acercará al candidato y se le ofrecerá como guía espiritual o maestro.

El mismo iniciado me contó que en una reunión de importantes eruditos, todos ellos con el mismo interés por lo esotérico (él mismo era historiador del arte), resultó que, finalmente, el gran maestro no era ninguno de los doctores ni profesores allí presentes, sino la mujer de la limpieza con la fregona y el cubo que estaba al fondo de la sala de actos. Este tipo de historias tal vez tengan un cariz apócrifo, pero poseen asimismo una resonancia universal. El maestro espiritual del mayor profesor esotérico del siglo XX, Rudolf Steiner, se dedicaba a la xilografía y a recoger hierbas.

Karl von Eckartshausen, uno de los primeros teósofos, escribió: «Esos sabios, cuyo número es reducido, son hijos de la luz. Su misión es hacer tanto bien a la humanidad como esté en sus manos y beber sabiduría de la eterna fuente de la verdad. Algunos viven en Europa, otros en África, pero están unidos por la armonía de sus almas y, por lo tanto, son uno solo. Están unidos aunque se encuentren a miles de kilómetros de distancia entre sí. Se entienden entre ellos, a pesar de hablar idiomas distintos, porque la lengua de los sabios es la percepción espiritual. Ninguna persona malvada podría vivir entre ellos, ya que sería identificada de inmediato.»

En la actualidad, la gente describe libre y abiertamente reuniones con místicos hindúes, como la Madre Meera, que ofrece experiencias místicas que cambian la vida. Y por otro lado, solemos mostrarnos reacios a reconocer poderes sobrenaturales en cristianos extraordinarios. Sin embargo, no es necesario profundizar mucho en las vidas de los grandes místicos cristianos para encontrar indicios de sus poderes psíquicos. Al leer a Von Eckartshausen se podría sospechar que tenía prejuicios respecto a los adeptos hindúes. Aunque quizá sea cierto, eso no debería impedirnos reconocer que los grandes místicos cristianos y los adeptos hindúes tienen mucho en común.

Por ejemplo, el místico John Tauler fue discípulo del Maestro Eckhart. Pero el anciano no parece haber sido el maestro espiritual de Tauler en el sentido en que acabamos de usar esa expresión. En 1339, Tauler estaba predicando cuando se le acercó un misterioso laico de Oberland que le comentó que su forma de enseñar carecía de auténtica espiritualidad. Tauler dejó lo que estaba haciendo y siguió a ese hombre, que en algunas doctrinas rosacruces se cree que es la reencarnación de Zaratustra.

Tauler desapareció durante dos años y, al reaparecer, intentó volver a predicar, pero lo único que pudo hacer fue quedarse allí de pie y llorar. En su segundo intento estaba inspirado, y se dice de él que el Espíritu Santo lo hizo sonar

como si fuera un laúd. El propio Tauler afirmó lo siguiente sobre su experiencia de iniciación: «Mis oraciones han recibido respuesta. Dios me ha enviado al hombre que tanto he buscado para enseñarme la sabiduría que los eruditos nunca han conocido.»

El misticismo de Tauler es el de la vida cotidiana. Cuando un pobre le preguntó si debería dejar de trabajar para ir a la iglesia, Tauler contestó: «Uno teje, el otro hace zapatos, y éstos son los dones del Espíritu Santo.» En Tauler queda reflejada la gran sinceridad y la moralidad práctica de los alemanes. Martín Lutero diría de él: «En ningún territorio latino o germano he encontrado una enseñanza tan íntegra y convincente, ni ninguna que coincida más plenamente con los Evangelios.»

Por supuesto, no todos los iniciados son místicos, ni tampoco lo es quien ha tenido una auténtica comunicación con los mundos espirituales. Algunos personajes importantes, como Melquisedec, han sido avatares, encarnaciones de grandes seres espirituales capaces de vivir en constante comunicación con los mundos espirituales. Otros, como Isaías, fueron iniciados en encarnaciones anteriores que trasladaron los poderes propios del iniciado a la nueva encarnación. El cosmos prepara a la gente de distintas formas. Se cree que Mozart se sometió a una serie de encarnaciones breves cuya finalidad era interrumpir su experiencia de los mundos espirituales sólo durante un breve período de tiempo, de forma que en su encarnación como Mozart seguía siendo capaz de oír la Música de las Esferas. Otros, como Juana de Arco, viven en cuerpos preparados para ser tan sensibles, para estar tan en sintonía que permitan a los espíritus de alto nivel actuar a través de ellos, aunque ellos no sean en absoluto encarnaciones de esos espíritus. A veces, los médiums modernos son personas que han sufrido un trauma infantil que ha provocado un desgarro en la membrana entre los mundos material y espiritual.

Cualquiera que haya pasado tiempo junto a médiums sabe que, a menudo, e incluso de forma cotidiana, reciben información por medios sobrenaturales —es decir, cualquiera que no tenga un esquema mental que lo lleve a no creer en ello en absoluto—. Sin embargo, es igual de evidente que la mayoría de los médiums no pueden controlar a los espíritus con los que se comunican, e incluso con frecuencia ni siquiera pueden identificarlos. En ocasiones, esos espíritus son malévolos, ya que les dan muchos datos fiables de asuntos triviales, pero los hacen fallar en cuestiones importantes.

A diferencia de los médiums, los iniciados intentan comunicar sus estados de alteración de conciencia, ya sea directamente, como le sucedió a mi amigo de Nueva York, o enseñando técnicas para lograr esos estados de alteración.

En general, se cree que la vida de Christian Rosencreutz es una alegoría, o fruto de la imaginación. En la doctrina secreta, el importante ser que se había encarnado brevemente en el siglo XIII en el muchacho de piel radiante, se encarnó de nuevo en 1378. Nació en el seno de una familia alemana pobre que vivía en la frontera entre Hesse y Turingia. Al quedar huérfano, a los cinco años de edad, se lo envió a vivir a un convento, donde aprendió griego y latín, aunque no demasiado bien.

A los dieciséis años se marchó de peregrinación, ya que tenía muchas ganas de visitar el Santo Sepulcro en Jerusalén. Viajó a Egipto, Libia y Fez. También fue a Chipre, donde falleció el amigo que lo acompañaba. De allí, pasó a Damasco y Jerusalén, y, finalmente, llegó a un lugar llamado Damcar, donde estudió durante tres años y se inició en una hermandad sufí conocida como Ikhwan al-Safa, o Hermanos de la Pureza. En esa época, tradujo al latín el *Libro del mundo*, que se decía que contenía la historia pasada y futura del mundo.

Al regresar a Europa, estaba decidido a transmitir lo que había aprendido. Fue primero a España, donde se rieron de él. Después de sufrir varias humillaciones, volvió a Alemania

para vivir en retiro. Al cabo de cinco años, reunió a tres viejos amigos de cuando estuvo en el convento. Así empezó la Fraternidad de la Rosacruz.

Enseñó a sus amigos la ciencia iniciática que había aprendido en sus viajes, y juntos escribieron un libro que contenía «todo lo que el hombre podría desear, preguntar y esperar». También acordaron acatar seis obligaciones: curar a los enfermos sin pedir nada a cambio; adoptar la ropa y costumbres de los países que visitasen para pasar desapercibidos; regresar cada año a la casa de Christian Rosencreutz, ahora conocida como la Casa del Espíritu Santo, o, en caso de no ser posible, enviar una carta explicando el porqué; antes de morir, cada hermano elegiría un sucesor al que iniciaría. Acordaron que su hermandad permanecería en la clandestinidad durante un siglo.

Tras unirse a ellos cuatro hermanos más, los ocho se pusieron en marcha hacia los lugares más recónditos de la Tierra con el propósito de reformarla y transformarla.

Los extraordinarios dones sobrenaturales atribuidos a los rosacruces, los convirtieron en una de las grandes leyendas románticas de la historia europea. Entre esos dones figuraba el de tener una elevada esperanza de vida (Rosencreutz falleció en 1485, a los ciento siete años de edad). Dado que conocían los «secretos de la naturaleza» y eran capaces de dominar a seres incorpóreos, podían obrar mediante la magia, que usaron sobre todo para lograr curaciones milagrosas. Eran capaces de leer la mente, sabían todos los idiomas, y tenían incluso la capacidad de proyectar imágenes vivas de sí mismos a grandes distancias, y así comunicarse estando lejos. También podían hacerse invisibles.

El destacado cabalista Robert Fludd era, según la doctrina esotérica, uno de los eruditos que Jacobo I contrató para trabajar en la versión autorizada de la Biblia. A menudo considerado él mismo un rosacruz, era, cuanto menos, un compañero de viaje bien informado y simpatizante de la

hermandad. Fludd salió en defensa de la misma por escrito, negando las acusaciones de que practicaban magia negra. Arguyó que los dones sobrenaturales de los rosacruces eran los del Espíritu Santo establecidos por san Pablo en la Epístola a los Corintios (profecía, realización de milagros, dominio de lenguas, visiones, curaciones y expulsión de demonios). El hecho de que los sacerdotes ya no pudieran llevar a cabo ese tipo de prácticas, ayuda a explicar la creciente fascinación que suscitaron en Europa los misteriosos rosacruces.

Según se cuenta, los sacerdotes de la Antigüedad podían invocar a los dioses para que se manifestaran en el sanctasanctórum del templo, pero tras la abolición por parte de la Iglesia de la distinción entre alma y espíritu, en el año 869, poco a poco se fue perdiendo el conocimiento de cómo llegar a los mundos espirituales. En el siglo XI, los sacerdotes ya no eran capaces de invocar siquiera visiones de los mundos espirituales durante la misa. En ese momento, en el siglo XV, los espíritus empezaban a volver en masa a este mundo a través del portal de los rosacruces.

Pero hay algo más. Eckhart y Tauler habían hablado de la transformación material del cuerpo mediante la práctica espiritual. Eckhart había dejado curiosas pistas en la alquimia («El cobre —había afirmado— está agitado hasta que se convierte en Mercurio»). Sin embargo, hasta que apareció el movimiento rosacruz no empezaron a darse indicaciones más sistemáticas.

Ningún otro artista de primera línea acerca tanto las ideas alquímicas a la superficie de su obra como Jerónimo Bosch, El Bosco. Poco se sabe de este mago holandés, excepto que estaba casado, tenía un caballo y se decía que había donado retablos y diseños de vitrales a la catedral de su ciudad natal de Aquisgrán. Murió en 1516, así que debió de pintar en la época en la que Christian Rosencreutz estaba vivo.

En la década de 1960, el profesor William Fraenger publicó un monumental estudio de El Bosco en relación con la ideología esotérica de la época en que vivió el artista. Fraenger dio sentido a pinturas que, de otro modo, hubieran parecido desconcertantes y raras.

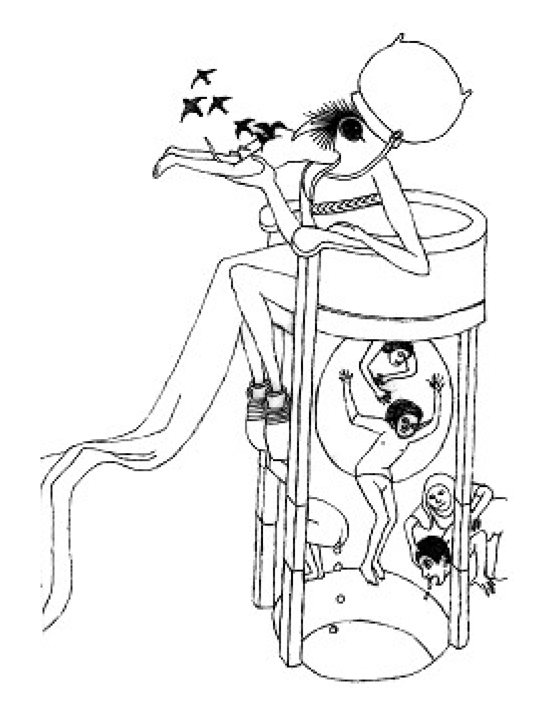
Muchas obras de El Bosco se han catalogado de Cielo, Infierno o Apocalipsis —a veces tal vez de un modo bastante mecánico— tan sólo porque contienen extraños elementos visionarios que no forman parte de la teología y la iconografía cristiana convencional. Pero, de hecho, los cuadros de El Bosco son en realidad profundamente esotéricos (y contrarios por tanto al dogma eclesiástico). Por ejemplo, El Bosco no pensaba que los pecadores impenitentes fueran al infierno, y que ahí acabara todo y se pasaran allí toda la eternidad. Creía que, tras la muerte, el espíritu viaja por la esfera lunar, luego asciende por las esferas planetarias hasta lo más alto de los cielos y después baja de nuevo para sumirse en la siguiente encarnación. El detalle aquí reproducido procedente de un panel de *El jardín de las delicias*, que suele etiquetarse como Infierno, muestra en realidad a un espíritu a punto de descender de una esfera a otra.

Según Fraenger, los cuadros de El Bosco, por ejemplo la célebre *Mesa de los siete pecados capitales*, también en el Museo del Prado de Madrid, demuestran que conocía una técnica para alcanzar estados de alteración de la conciencia que se practicaba en diferentes escuelas esotéricas de todo el mundo. Según la doctrina esotérica hindú, el señor dorado de los poderes cósmicos (el Purusha) actúa tanto en el sol como en la pupila ocular. En los *Upinashads* quedó escrito: «El Purusha en el espejo, sobre él medito.» Al mirar fijamente la imagen de uno mismo reflejada en el ojo derecho, se puede expandir la conciencia desde la contemplación del propio ego limitado hasta la contemplación del ego del dios solar en el corazón de todo. Este método también lo practicaba el místico holandés Jan Van Ruysbroek, que afirmó que el olvido de uno mismo y del mundo provoca al principio una sensación de

vacío y caos. Después, el campo de visión se carga de energía cósmica, de modo que las imágenes que al principio parecen caóticas y propias de un sueño, de repente fluyen juntas de un modo que tiene sentido.

Este método de meditación interocular puede practicarse también en el contexto sexual.

Una mística anterior, Mectildis de Magdeburgo, había tenido visiones de una época en la que la vida de la sensualidad estaría plenamente integrada en el orden espiritual de las cosas. Ella creía que ese impulso se desarrollaría y arraigaría en Europa del Norte, donde surgió algo muy distinto del ascetismo de Ramon Llull. Los grupos esotéricos como los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre, influyentes en la época de El Bosco, se guiaban por una visión en la que las comunidades no estaban unidas por la ley sino por el amor. Si se sabe controlar, el amor es el camino a la perfección divina.



Detalle de *El jardín de las delicias*.

El sexo, según Fraenger, es el filo de la navaja.

El autor que más estrechamente se ha asociado con la hermandad rosacruz, sobre todo porque se dice que algunas de sus obras han sido enterradas con su fundador, fue Paracelso.

«Soy un hombre inculto, nacido en un país inculto», decía Paracelso. Nació en un pueblo cerca de Zurich, en 1493. Personaje extraño y agresivo, al parecer nunca tuvo barba y se conservó joven hasta la vejez.

Fue alumno de Tritemio, por aquel entonces abad de San Jacobo en Würzburg. Tritemio fue uno de los adeptos más importantes de la época, además de profesor de Cornelio Agrippa. Tritemio afirmaba ser capaz de enviar sus pensamientos, en alas de los ángeles, a cientos de kilómetros. El emperador Maximiliano I le pidió que invocara el fantasma de su mujer muerta, y cuando Tritemio lo hizo, el emperador afirmó que el fantasma era realmente ella por el lunar que tenía en la parte posterior del cuello.

El discípulo y compañero de Paracelso, Cornelio Agrippa, se convirtió en un vagabundo intelectual, y de él se rumoreaba que practicaba magia. Se decía que su gran perro negro, *Monsieur*, era demoníaco, y que mantenía informado a su maestro de los acontecimientos en un radio de cien kilómetros. *De Occulta Philosophia* fue su intento de escribir un libro enciclopédico de la cábala cristianizada práctica, en el que incluyó un exhaustivo grimorio de conjuros mágicos que todavía usan los ocultistas en la actualidad.

Sin embargo, Paracelso no parece haberse dejado impresionar mucho por Tritemio. Por lo que se sabe, no quería estudiar en una biblioteca, sino aprender de la experiencia. Se fue a vivir entre mineros para adquirir por sí mismo conocimientos sobre minerales. También viajó por muchos lugares, desde Irlanda hasta las ciénagas africanas infestadas de cocodrilos, aprendiendo remedios y curas populares. En cierto sentido, al recopilar conocimientos esotéricos antiguos antes de que desaparecieran, puede considerarse el precursor de los hermanos Grimm. Sabía que la conciencia estaba cambiando y que, conforme se desarrollase el intelecto, la humanidad perdería el conocimiento instintivo de las hierbas y plantas curativas, saber que hasta entonces había compartido

con los animales superiores. En el punto álgido de ese cambio, escribió acerca de estos aspectos del modo más sistemático posible.

En 1527 empezó a ejercer de médico en Basilea, Suiza, y pronto adquirió fama por sus curaciones milagrosas. Como es lógico, se enemistó con los médicos que ya trabajaban en la región. Paracelso desdeñaba la medicina convencional de la época. En uno de sus rimbombantes escritos, tan típicos de él, dijo de Galeno, autor de los manuales de medicina estándar de la época: «Si sus adeptos supieran que su príncipe Galeno (que está en el infierno) me ha escrito cartas para reconocer que tengo razón, se persignarían con una cola de zorro.»

Su capacidad de curar a la gente, casi de un modo milagroso, suscitó rumores de que practicaba la nigromancia. Solía llevar un bastón de estoque en cuyo pomo se decía que guardaba su medicina alquímica más eficaz. Sanó a un rico canónigo al que los demás médicos no habían podido curar, pero el hombre se negó a pagar, y los jueces de la localidad fallaron a favor del canónigo; los amigos de Paracelso le aconsejaron huir.

Se pasó años vagando por ahí. Decía que la naturaleza era su maestra. «No deseo vivir con comodidades, ni deseo hacerme rico. La felicidad es mejor que la riqueza, y feliz es el que vaga por ahí, sin tener nada que requiera su atención. Aquel que quiere estudiar el libro de la naturaleza, debe deambular pisando sus hojas con los pies.»

Se podría pensar que esta filosofía eminentemente sensata, mezclada con una metodología práctica y realista, podría dar lugar a algo que se acercara a la medicina moderna. Sin embargo, algunos de los textos de Paracelso son extravagantes y raros…

Por ejemplo, escribió sobre el Monstra, un ser invisible que puede surgir de la putrefacción del esperma. También habló de la Mangonaria, un poder mágico de suspensión por el que los objetos pesados podían elevarse por los aires.

Afirmaba conocer determinadas localidades donde convivían una gran cantidad de Elementales, que adoptaban el comportamiento y la forma de vestir humanas.

Paracelso profesaba también ideas extrañas y fabulosas sobre el sueño y los sueños. Sostenía que durante el sueño, el cuerpo sideral (el espíritu animal) tiene libertad de movimiento. Según dice, puede ascender hasta la esfera de sus antepasados y conversar con las estrellas. Afirmaba que los espíritus que quieren utilizar a los hombres a menudo actúan en ellos durante los sueños, y que una persona que está durmiendo puede visitar a otra en sueños. Sostenía que los íncubos y los súcubos se alimentaban de las poluciones nocturnas.

Además, en su vertiente de profeta, Paracelso se dedicó en sus últimos años a vaticinar el regreso de Elías, que volvería y lo «restituiría todo».

Sin embargo, aparte de estas prácticas mágicas, Paracelso realizó, de hecho, descubrimientos y avances que abordaremos más adelante, por los que algunos lo consideran «el padre de la medicina experimental moderna».

En esta paradoja está la clave para entender el secreto de nuestra era.

A veces calificado también de rosacruz, aunque él mismo nunca lo reconociera, el doctor Dee, el gran mago inglés, se sentía impulsado por un arrebatador deseo de experimentar directamente los mundos espirituales.

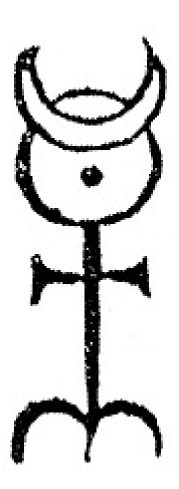
El doctor Dee es tal vez el arquetipo de mago más importante desde Zaratustra. Su imagen ha penetrado en la cultura popular convencional. Es el hechicero de túnica negra y gorro, con una larga barba blanca, que está en un laboratorio, rodeado de instrumentos alquímicos. Entre estallidos de luz provocados por los rayos, invoca a los espíritus incorpóreos mediante pentáculos y otros elementos dibujados en el suelo con tiza.

John Dee nació en el seno de una familia galesa que vivía en Londres. Convertido en brillante erudito, a los veinte años dio clases de griego en París y se hizo amigo de Tycho Brahe. A finales de la década de 1570 formó un círculo llamado Dionisii Areopagites, junto con sir Philip Sidney y Edmund Spenser, cuyo poema «La reina de las hadas» está repleto, como es bien sabido, de imágenes rosacruces y esotéricas. En una biografía de Sidney se dice de él que «intentaba desvelar los misterios de la química dirigido por Dee».



Paracelso y su bastón de estoque, en cuyo pomo cuenta la leyenda popular que llevaba una dosis de *azoth* (mercurio). Un pequeño detalle que se le ha escapado a Philip Ball en su excelente biografía de Paracelso publicada recientemente, *The Devil's Doctor*, es que en todo esto se deja entrever una astuta broma. *Azoth* era el nombre que se le daba al fuego secreto de los alquimistas, un fuego que liberaría el alma del cuerpo. Está contenido en una semilla. Cabe recordar que en la alquimia hindú, Mercurio se considera a veces el semen de Shiva. Por lo tanto, la espada de Paracelso se fraguó al calor del deseo sexual. Se trata de una espada carnosa, y el *azoth* que emana de su punta es el Mercurio filosofal. En estado natural, una de las cualidades del semen es que parece una red en la que puede aterrizar un espíritu y, a continuación, encarnarse. Paracelso conocía también algunas prácticas artificiales, técnicas sexuales secretas realizadas antes de dormirse, que podían liberar la forma vegetal del cuerpo material y ayudar también a otros tipos de espíritus a venir a la Tierra y aparecérsele en sueños.

Dee había reunido una magnífica biblioteca, considerada la segunda en importancia después de la del historiador francés De Thou. La cábala ocupaba un lugar central en todos sus estudios, dado que opinaba que todas las cosas tenían una base matemática, un conjunto de principios unificadores que creía que podía discernir en las enseñanzas de los clásicos. Incorporó esos principios en su sumamente compleja obra *La mónada jeroglífica*.



La mónada jeroglífica. Mi amigo el estudioso esotérico Fred Gettings ha resuelto este jeroglífico, revelando así una capa de significado relacionada con la evolución de los dos universos paralelos (podríamos llamarlos baconiano y shakesperiano) analizados en el capítulo anterior.

La reputación de Dee era tal que la joven princesa lo invitó a elegir una fecha para su coronación como Isabel I en función de sus cálculos astrológicos. Dee participó también en la política exterior isabelina, tanto en Europa como en la relativa a la colonización de América. Lo que es poco conocido, a pesar de estar documentado, es que el doctor Dee llegó a tener, en el punto culminante de su fortuna, una cédula real que le otorgaba la propiedad de la vasta extensión de territorio llamada Canadá, y su visión del Imperio británico (una expresión que él acuñó) sirvió de inspiración y guía en las expediciones británicas en busca de nuevos territorios.

En 1580, con el anhelo evidente de tener una experiencia espiritual más directa, decidió asociarse con un médium.

Los sueños de Dee se habían perturbado. En su casa se oían ruidos extraños, como si estuvieran llamando a la puerta. Había contratado a un médium llamado Barnabus Saul, que decía ser capaz de ver ángeles en su espejo mágico, pero Dee lo despidió al cabo de seis meses. Entonces, en 1582 conoció a Edward Kelley, un extraño hombre que, al parecer, llevaba un gorro para taparse las orejas, mutiladas como castigo por traficar con monedas falsas. Kelley afirmaba ser capaz de ver al arcángel Uriel en la bola de cristal de Dee, y así fue cómo inició cientos de sesiones de espiritismo, que permitieron que Dee aprendiera a descifrar la lengua de los ángeles, que él denominaba enoquiano.

Desde su asociación con Kelley puede percibirse un gran declive en el mago. El hombre cuyos sueños imperiales ayudarían a dar forma a la Tierra, estaba empezando a explorar los caminos apartados y más deshonrosos de la práctica y la especulación esotérica.

En un viaje a Praga, Dee le contó al emperador del Sacro Imperio romano, Rodolfo II, que durante cuarenta años había intentado encontrar lo que buscaba y ningún libro había podido decírselo. Por lo tanto, había decidido invocar a los ángeles para que intercedieran por él ante Dios y así pedirle que le revelara los secretos de la creación. Le dijo a Rodolfo que usaba una bola de cristal para ese fin, y que siempre se aseguraba de que los espíritus con los que se comunicaba fueran buenos y no demoníacos.

¿Kelley fue siempre tan escrupuloso? En ese mismo viaje, los dos magos se jactaron ante Rodolfo de ser capaces de transformar metales base en oro. Se vieron obligados a salir huyendo cuando no fueron capaces de lograrlo. Al parecer, en esa época Kelley se aprovechaba del anciano, obligándole a un llevar a cabo un humillante intercambio de esposas. Muchos sospechaban que Kelley era un impostor, que se limitaba a fingir que recibía respuesta a las invocaciones en enoquiano.

En 1590, Kelley recibió supuestamente un mensaje que lo aterrorizó tanto que abandonó sus métodos de invocación y cortó de cuajo la relación con Dee. Traducido del lenguaje angélico, reza así: «El León no sabe por dónde camino, ni las bestias del campo me entienden. Estoy desflorada, y aún soy virgen; santifico y no estoy santificada. Feliz es aquel que me abraza: pues por la noche soy dulce […] mis labios lo son más que la propia salud, soy ramera para quienes me atraen y virgen con quienes no me conocen. Purgad vuestras calles, oh, vosotros, hijos de los hombres, y limpiad vuestras casas […].» ¿Acaso Kelley vio en esa figura a la Prostituta Escarlata del Apocalipsis y una visión del inminente fin del mundo?

Dee se quedó en Inglaterra, pasando penurias propias del rey Lear; incapaz de mantener a su familia, desvariando y delirando, sumamente paranoico, creyendo que había conspiraciones y contraconspiraciones por todas partes. Tras su muerte, surgió un culto al doctor Dee y muchos, incluidos el diarista John Aubrey y el eminente masón Elías Ashmole, creyeron que había sido rosacruz.

En todo caso, ésa es la historia de cara a la galería de Dee. A un nivel semántico más profundo (y la verdadera motivación de Dee en todo esto) se trata de la historia de las relaciones humanas con los mundos espirituales.

Como hemos visto, los cristianos estaban experimentando una retirada de esos mundos. La Iglesia parecía incapaz de ofrecer una experiencia espiritual directa o un contacto personal con realidades espirituales. La gente pedía milagros, y sólo las sociedades secretas sabían cómo ofrecerlos.

El doctor Dee le había contado al emperador Rodolfo que si se introducían sus técnicas ocultas de magia ceremonial, todas las iglesias cristianas podrían disfrutar de apariciones todos los días de la semana. Volvería el fervor espiritual de los primeros tiempos de la Iglesia, la Iglesia de Clemente y Orígenes de la que no se excluían los elementos cabalísticos y

herméticos. La Iglesia mundial se convertiría de nuevo en una Iglesia mágica. Ésa era la gran visión evangélica del doctor Dee.

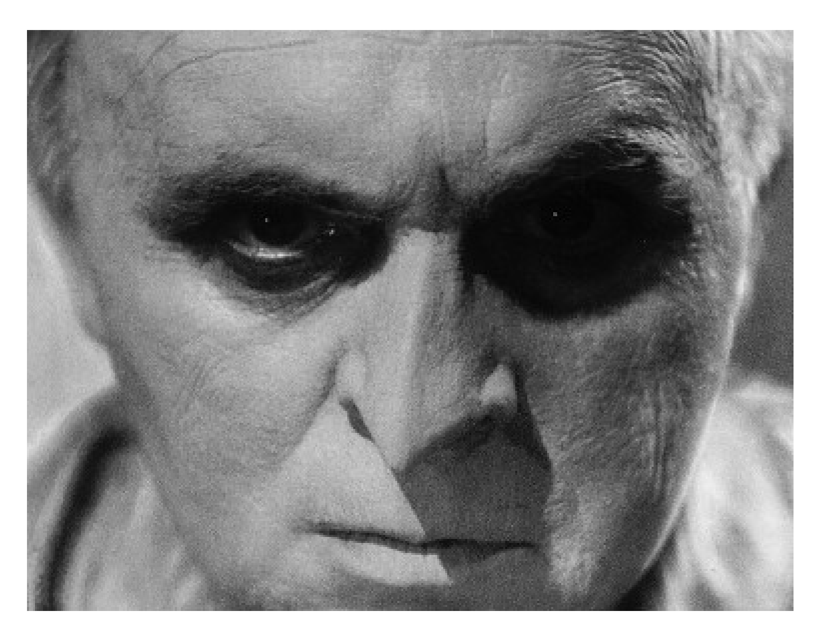
Aunque pueda ofender la sensibilidad moderna, es importante considerarlo en el contexto de la práctica religiosa de la época. Como hemos visto, era imposible establecer una distinción clara entre las prácticas sacerdotales y la brujería. Aun así, las prácticas mágicas en las que los sacerdotes invocaban a los espíritus al doctor Dee le parecían una mera costumbre popular supersticiosa que carecía de rigor intelectual, de sofisticación y de un enfoque sistemático.

El impulso neoplatónico que llevaba a pensar de un modo sistemático en la experiencia espiritual y los mundos espirituales se había extendido desde el sur de Europa, influyendo en eruditos como Tritemio, Agrippa y Dee. El alemán Johannes Reuchlin formuló una cábala cristianizada. Demostró la divinidad de Jesucristo basándose en argumentos cabalísticos, dejando patente que el nombre de Jesús estaba codificado en el Tetragammaton, o nombre sagrado de Dios.

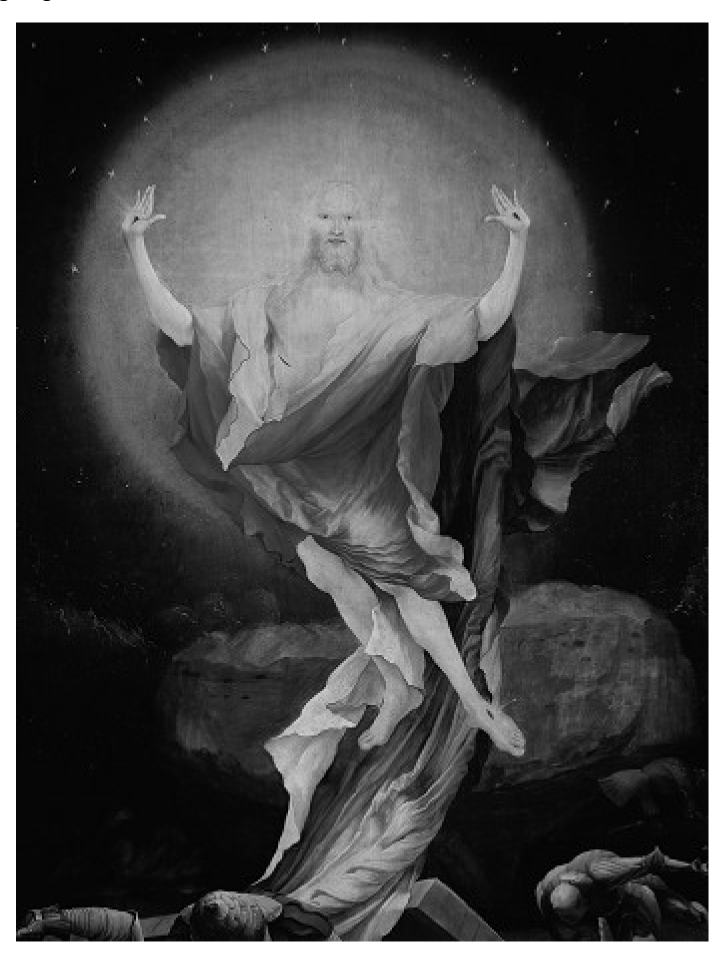
Sin duda, a Dee le interesaban todas esas teorías, pero, como hemos visto, ansiaba tener experiencias. Su enfoque era experimental a la par que sistemático. Él proponía una aplicación razonada de las técnicas para producir fenómenos espirituales sobre una base predecible, controlada y uniforme. En Dee, al igual que en Bacon, percibimos el primer despertar del espíritu científico. El desarrollo de las facultades mentales necesarias para concebir la ciencia moderna se produjo, en parte, en un contexto oculto.



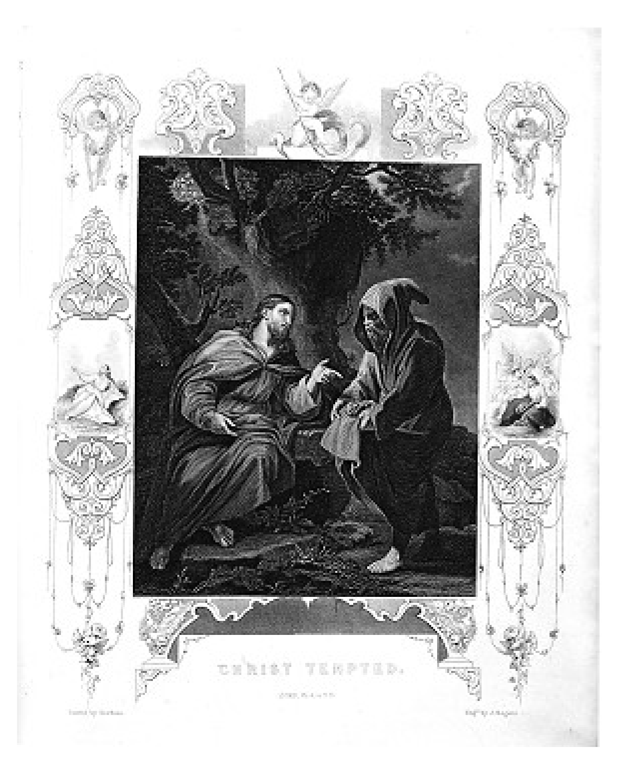
En la actualidad, en Gran Bretaña sólo existe una obra de «arte objetivo », es decir, arte que expresa perfectamente el mundo espiritual sin la tergiversadora influencia de una personalidad humana. Muchos de los que contemplan la estatua china de un monje budista llamada *The Lohan*, expuesta en el Museo Británico, dicen tener experiencias extrañas.



En la tradición islámica, el Anciano de las Montañas controlaba todo el planeta sin moverse de su montaña. Esta idea se modernizó en las películas profundamente esotéricas de Fritz Lang, en las que el doctor Mabuse hipnotiza al mundo desde su celda en un psiquiátrico.



En este detalle del retablo de Isenheim, la gran obra maestra esotérica del arte del norte de Europa, Matthias Grünewald representa a Jesucristo como el dios Sol. Ha plantado una semilla de su naturaleza solar en la Tierra, momento en el que se inicia el proceso histórico de la espiritualización de todo el universo material.



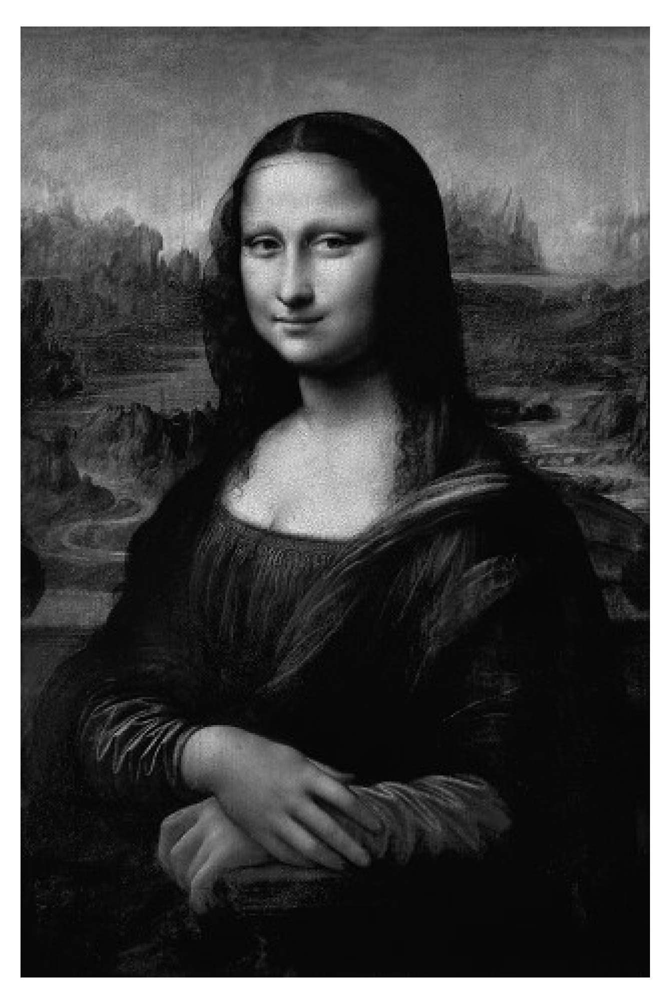
Jesús y el tentador de Luca Giordano, discípulo de Caravaggio. Aunque susceptibles de una mala interpretación, las grandes escuelas esotéricas ofrecen una descripción completa de la dimensión del mal en el cosmos sólo como forma de ayudar a derrotarla.



La anunciación, en la iglesia de Santa María Magdalena, Aix-en-Provence. En este tríptico de finales del Medievo se pueden discernir murciélagos y demonios suspendidos en los arcos, un ángel con las alas de un búho de orejas pequeñas y un demonio con cuernos y barba. Según la tradición local, fue pintado por un satánico.



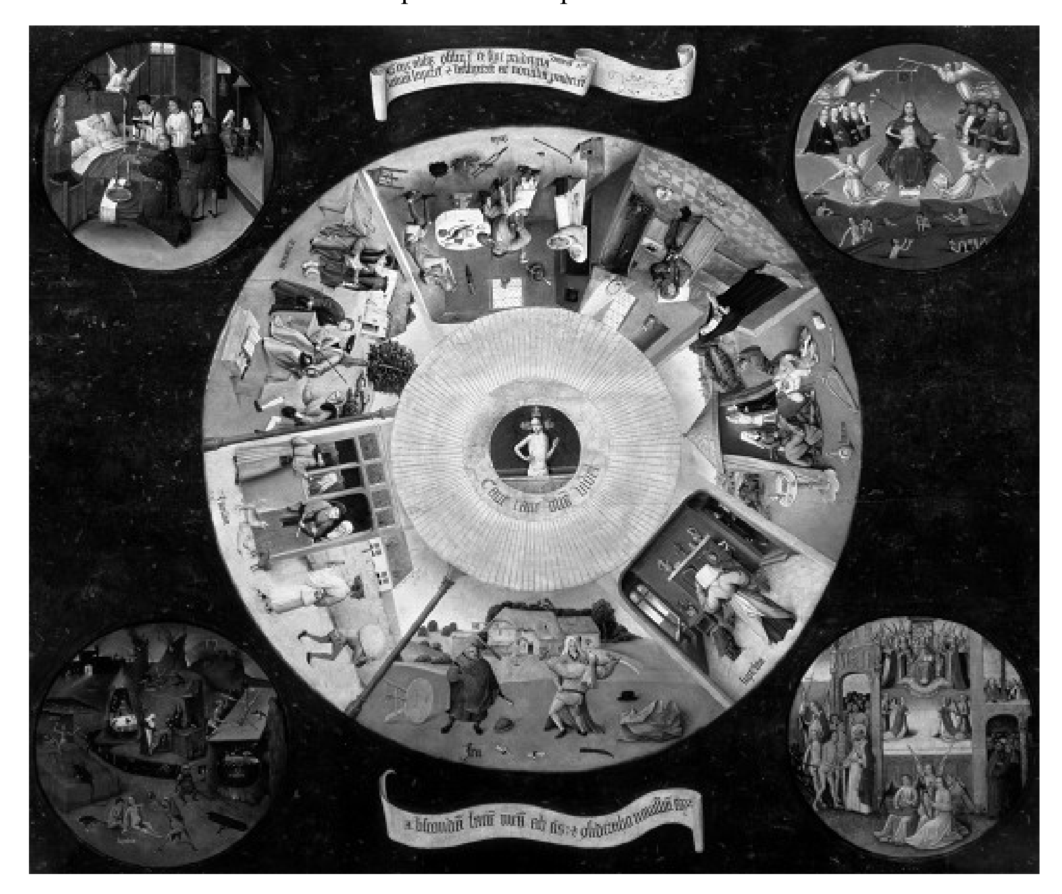
Los órganos de la percepción espiritual se muestran de diferentes maneras en la iconografía cristiana: en el *vesica piscis* en forma de almendra que rodea muchas representaciones de visiones, en los cuernos de Moisés tal como lo representa Miguel Ángel, y en el florecimiento de la vara de Aarón y otros florecimientos.



La Mona Lisa, de Leonardo, es uno de los grandes iconos del arte porque plasma a alguien que descubre por primera vez en la historia el gozo de ser libre para explorar la vida interior.



Matas de hierba, de Alberto Durero. Es la primera vez que alguien observaba una mata de hierba de la forma en que lo damos por sentado en la actualidad.



En la *Mesa de los siete pecados capitales*, de El Bosco, Jesucristo se identifica con el Hombre Superior que evoluciona conforme seguimos su ascenso hacia los mundos espirituales.



Éxtasis de santa Teresa, de Bernini. En la España del siglo xvii se abrió de un modo extraordinario la enorme dimensión esotérica en la Iglesia.



Ilustración del siglo XVIII de *La Flauta mágica*, de Mozart. Se ha extendido la creencia de que el sacerdote egipcio Sarastro se basó en Cagliostro cuando se llevó a cabo la primera representación. Goethe dijo de esta ópera: «Dejad que los espectadores se diviertan con el espectáculo. El significado sublime no escapará a los iniciados.»



Los encantadores de serpientes. Ilustración para la obra de James Bruce, el investigador de la doctrina sufí y seguidor de la masonería esotérica, que redescubrió el Libro de Enoch en Etiopía a finales del siglo XVIII.



Los engarces de la sabiduría, obra en que el místico sufí Ibn Arabi considera las relaciones sexuales como la forma suprema de contemplación, alcanza su máximo exponente en el arte de William Blake. La libre circulación de los pensamientos entre dos amantes espiritualmente maduros, es decir una comunicación sin palabras, recibe en ocasiones el nombre de «auténtica conversación». Ello es posible porque los cuerpos vegetales o etéreos de ambos individuos se han entrelazado y enredado entre sí. Jakob Böhme describía este proceso como «el entramado de ropa de boda» que los espíritus necesitarán en el cielo.



El Anticristo, representado por el hermano iniciado de Leonardo, Luca Signorelli, en la catedral de Orvieto. Si se rectifica la creencia occidental con la tradición sudamericana, se puede llegar al año 2012 como la fecha de la encarnación de Satanás.



El Buda Maitreya en una hermosa estatua del monasterio de Alchi, en Ladahk, India, que debe identificarse con el jinete del caballo blanco en el Apocalipsis de san Juan.



La apertura del quinto sello, de E Greco. En el Apocalipsis de san Juan, l abertura de los sellos es una descripción lo que nuestros nuevos poderes de percep ción revelarán cuando se revitalicen nues tros órganos de percepción ocultos.

Lo que Dee le susurró al oído al emperador del Sacro Imperio romano fue que si ayunaba durante un determinado período de tiempo, realizaba ejercicios de respiración un número prescrito de veces y a intervalos establecidos, llevaba a cabo tal práctica sexual y pronunciaba una determinada fórmula en un momento preestablecido por la astrología, se sumiría en un estado de alteración de conciencia desde el que se podría comunicar de un modo libre y razonado con los residentes de los mundos espirituales. Todo esto se había establecido a través de experimentos repetibles y de los milenios de práctica anteriores, y había generado resultados previsibles.

Por lo tanto, la misión de Dee era introducir algo totalmente nuevo en la corriente de la historia. El objetivo de las hermandades iniciáticas, como los rosacruces, es siempre ayudar a difundir las formas de conciencia que han evolucionado recientemente, adecuadas para las épocas de cambio. Michael Maier, un cronista contemporáneo que escribe con un conocimiento que parece propio de un iniciado, ha afirmado que «las actividades del movimiento rosacruz vienen determinadas por el conocimiento de la historia y de las leyes de la evolución de la raza humana».

Esas «leyes de la evolución» actuaban tanto en la historia como en las vidas humanas particulares. Se trata de las leyes que describen la paradójica naturaleza de la vida, y que hemos llamado antes leyes más profundas. La *Autobiography of a Yoghi* («Autobiografía de un yogui»), de Paramahansa Yogananda, las describe como «leyes más sutiles que rigen los planos espirituales ocultos y el reino interno de la conciencia […] que pueden llegar a conocerse a través de la ciencia del yoga». La formulación de estas leyes puede encontrarse diseminada por toda la literatura rosacruz:

> El cielo nunca está donde creemos.
>
> Si dejas de limitar algo dentro de ti, es decir queriéndolo, y si te alejas de eso, vendrá a ti.
>
> Lo que mata genera vida. Lo que causa la muerte lleva a la resurrección.

Los conceptos rosacruces de estas leyes saldrían brevemente a la superficie en la historia global, y transformarían la cultura en Occidente.

Tal vez lo más extraordinario de la trayectoria de Dee es lo cerca que está de la superficie de la historia exotérica. No sólo estaba instalado a la vista de todos en la corte de Isabel I como su Merlín residente, e intentó introducir la magia ceremonial en la Iglesia bajo los auspicios del sacro emperador romano, sino que era tan conocido que los dramaturgos podían incluir su personaje en la obra y esperar que el público lo reconociera (en *El alquimista*, de Ben Jonson, y en *La tempestad*, de Shakespeare).

Como veremos, Dee fue tan sólo la primera de varias personalidades trágicas y extrañas que trataron de introducir las doctrinas esotéricas en la vida pública.

22. EL CATOLICISMO OCULTO

Jakob Böhme • Los conquistadores y la Contrarreforma • Santa Teresa, san Juan de la Cruz y san Ignacio • Los «Manifiestos rosacruces» • La batalla de la Montaña Blanca

En 1517, el papa decidió restablecer la venta de indulgencias con el fin de recabar fondos para construir la nueva basílica de San Pedro en Roma. Sería el edificio más espléndido y fastuoso del mundo. Martín Lutero, profesor de la Universidad de Wittenberg, clavó sus tesis en contra de la venta de indulgencias en la puerta de su parroquia, que hacía las veces de tablón de anuncios para la población.

Al emitirse una bula pontificia en la que se excomulgaba a Lutero, éste quemó el documento enfrente de una multitud maravillada. «Aquí estoy», proclamó. En el norte de Europa, en Alemania concretamente, había crecido un mar de fondo de desasosiego, un sentimiento de agravio ante la exigencia de obediencia a ciegas, un anhelo de libertad espiritual. El héroe del momento, Lutero, se libró de la hoguera protegido por un noble de la localidad, y cuando un número cada vez mayor de líderes germanos empezaron a unirse a su protesta contra los excesos del papado, nació el protestantismo.

Algunos veían en Lutero la reencarnación de Elías, del que primero Malaquías y luego Joaquín habían vaticinado que regresaría para proclamar la nueva era.

Lutero estaba impregnado de ideología mística, tanto de las enseñanzas de Eckhart como de Tauler. Su amigo más íntimo y colaborador literario era el ocultista Philip Melanchthon, sobrino del célebre cabalista Reuchlin. Melanchthon era defensor de la astrología, y escribió la biografía de Fausto. El propio Lutero se comunicaba con familiaridad con los mundos espirituales, oía voces que lo guiaban y, en una famosa ocasión, le lanzó un tintero a un demonio que se había burlado de él.

Pero ¿estaba iniciado en las sociedades secretas? Existen indicios que parecen sugerirlo así. Una vez se refirió a sí mismo como un «maestre aprobado», una expresión que usaría para autodescribirse un iniciado masónico de un determinado nivel. Hablaba bien de la alquimia, ensalzándola por su «alegoría y significado secreto», y reconociendo también que desempeñó un papel en la resurrección de la humanidad.

El interés de algunos cronistas también se ha despertado porque Lutero adoptó la rosa como su símbolo. Sin embargo, la rosa blanca de cinco pétalos de Lutero, que contiene una pequeña cruz, no es la mística rosa roja de los rosacruces clavada en la gran cruz de la materia con el fin de transformarla. Tampoco hay ningún motivo para pensar que Lutero considerara que su rosa guardara relación con la fisiología oculta.

Aunque Paracelso fue uno de los primeros partidarios de Lutero, el mago suizo se desilusionó cuando Lutero promulgó su doctrina de la predestinación, que a Paracelso le pareció el antiguo elitismo romano con un nuevo nombre. Por otra parte, el médico era pacifista y, aunque Lutero no fue directamente responsable de las masacres de católicos que tuvieron lugar cuando adquirió poder político, podría haberlas detenido. A pesar de que Lutero había sido arrastrado al poder por una oleada de entusiasmo y fervor místico, una vez allí empezó a temer esas cosas, al considerarlas amenazas para su autoridad y para todo lo que había logrado. Retorcido y paranoico, parecía reacio a acabar con las persecuciones llevadas a cabo en su nombre.

A los rosacruces se les podría considerar la izquierda radical y extremista de la Reforma, y la forma en que la Iglesia luterana se volvió contra ellos puede verse en la historia de Jakob Böhme.

El *Mysterium Magnum* de Böhme, un comentario sobre el Génesis, generó grandes y confusas perspectivas acerca de su significado cabalístico secreto. Despertó la imaginación

popular en la gran era del protestantismo, e influyó especialmente en *El paraíso perdido*, de John Milton. Sus descripciones detalladas de la fisiología oculta del cuerpo humano son la prueba más clara de la creencia occidental independiente en los chacras antes de la introducción de las doctrinas orientales en el siglo XVIII. Asimismo, detalla muy exhaustivamente las correspondencias entre los cuerpos celestes y los minerales y plantas que habían sugerido antes, aunque de un modo más superficial, Agrippa y Paracelso.

Todo esto es sumamente asombroso porque Böhme era prácticamente analfabeto. En algunos aspectos, Fludd se le anticipa en su interpretación de la Biblia, que concibe la historia de la creación como una serie de separaciones alquímicas, pero no hay pruebas que sugieran que Böhme llegara a leer a Fludd.

Nacido en 1575 de padres analfabetos, Jakob Böhme se hizo aprendiz de zapatero remendón. Un día, un desconocido entró en la tienda, se compró un par de botas y, al salir, llamó a Jakob por su nombre y le pidió que lo acompañara fuera. A Jakob le sorprendió que aquel extraño supiera su nombre, pero se quedó aún más asombrado cuando le lanzó una mirada penetrante y le dijo: «Jakob, aún eres joven, pero llegará un momento en que serás célebre y el mundo se moverá hacia ti. Lee las Sagradas Escrituras, donde encontrarás consuelo e instrucciones, porque debes soportar mucha miseria y pobreza, y sufrir la persecución. Pero sé valiente y persevera, porque Dios te ama.» El desconocido se dio la vuelta y desapareció, y Böhme no lo volvió a ver nunca más. No obstante, el encuentro lo impresionó mucho.

Se volvió mucho más serio, de un modo que a algunos les pareció desconcertante. Cuando su maestro lo echó, se hizo oficial de comerciante, esforzándose mucho, y, finalmente, abrió su propia tienda.

Un día, mientras estaba sentado en su cocina, lo cegó el reflejo del sol en una fuente de peltre. Por un momento, todo se oscureció. Entonces, poco a poco, la mesa, sus manos, las paredes, se volvieron transparente. Se dio cuenta de que aunque solemos creer que el aire es transparente, en realidad es bastante turbio. En ese momento lo vio totalmente transparente, como un claro entre nubes, y de repente vio nuevos mundos espirituales enteros que se abrían ante él en todas direcciones. Observó que todo su cuerpo era transparente y se dio cuenta de que se estaba mirando a sí mismo, de que su centro de conciencia se había liberado de su cuerpo y flotaba, y de que era capaz de moverse libremente por los mundos espirituales. Así fue cómo Jakob Böhme recorrió por primera vez las jerarquías espirituales en vida, tal como san Pablo, Mahoma y Dante habían hecho antes.

En general, el aspecto físico de Böhme no impresionaba mucho, ya que era bajo y tenía la frente estrecha, pero sus extraordinarios ojos azules empezaron ahora a brillar con una luminosidad especial. La gente que lo conocía se quedaba impresionada por su capacidad de examinar el pasado y futuro de los demás. A veces podía hablar distintos idiomas de diferentes partes del mundo y de diferentes épocas.

Su segunda iluminación llegó mientras caminaba por el campo. De repente sintió que podía experimentar directamente el misterio de la creación. Después escribió: «En un cuarto de hora vi y supe más que si hubiera ido a la universidad durante muchos años.» Lo que Böhme había experimentado no contradecía sus creencias luteranas basadas en la Biblia, pero las clarificó e iluminó, abriendo nuevas dimensiones de significado.

Sin embargo, lo que distingue las obras de Böhme son sus descripciones de esas doctrinas según sus apremiantes experiencias personales. Al principio, escribió su primera obra, *Aurora*, como un memorando de una de sus experiencias místicas, pero cuando un noble local la vio, mandó hacer varias copias. Una de éstas fue a parar a manos del párroco de

la localidad de Goelitz. Tal vez celoso de alguien que era evidente que sabía mucho más que él de los mundos espirituales, el sacerdote empezó a hostigar al ex zapatero. Lo acusó de herejía, amenazándolo con encarcelarlo y, finalmente, lo hizo irse de la ciudad bajo amenaza de ser quemado vivo.

Poco después de su expulsión, Böhme llamó a su hijo, Tobías, para que se acercara a su cama, le preguntó si podía oír la hermosa música y le pidió que abriese la ventana para que pudieran escucharla mejor.

Al cabo de un rato, dijo: «Ahora me voy al Paraíso»; exhaló profundamente y murió.

En respuesta a la pregunta de adónde va el espíritu al morir, Böhme había respondido en una ocasión de un modo que tiene algo del zen teutónico de Eckhart: «No tiene necesidad de ir a ninguna parte. El espíritu tiene el cielo y el infierno en su interior. El cielo y el infierno están el uno dentro del otro, y no son nada el uno para el otro.»

Böhme y el párroco de Goelitz se habían mirado frente a frente con una incomprensión mutua. Se trataba de dos formas de conciencia muy distintas. Al otro lado del mundo, la aversión y la intolerancia que surge cuando chocan dos formas de conciencia muy diferentes tuvo consecuencias mucho mayores y trágicas.

Los hombres que siguieron la estela de Cristóbal Colón fueron menos idealistas que éste. En 1519, Hernán Cortés estaba navegando por la costa del golfo del Yucatán cuando fundó una ciudad a la que llamó Veracruz. A él y sus compatriotas españoles les habían llegado rumores de la magnífica riqueza de los aztecas, pero se quedaron anonadados cuando un embajador de su emperador, Moctezuma, se acercó a la ciudad con regalos.

Entre los presentes se incluía una imagen del sol de oro tan grande como la rueda de una carreta, y una representación de la luna en plata aún mayor. También había un casco rebosante de pepitas de oro y un fabuloso tocado de plumas del pájaro «quetzal».

El emisario azteca explicó que eran los presentes que su señor, Moctezuma, entregaba al gran dios Quetzalcóatl. Este dios, siguió contando el emisario, había dejado la Tierra mucho tiempo atrás, para habitar en la luna.

Los conquistadores se dieron cuenta de que Cortés, barbudo, con casco y de tez blanca, debía de parecerse a las imágenes proféticas de Quetzalcóatl. Y comprendieron que, por pura coincidencia, habían llegado justo en el momento en que los astrólogos aztecas habían vaticinado el regreso del dios.

Algunos de los extraordinariamente trabajados y delicados objetos aztecas se enviaron por barco a Europa, donde fueron contemplados por Alberto Durero. Éste comentó que eran tan perfectos y sublimes que hacían que su corazón empezara a cantar. Pero los seguidores de Cortés albergaban otras ideas menos sublimes. Al llegar a la capital azteca de Tenochtitlán (la actual Ciudad de México), descubrieron que se asentaba en medio de un gran lago, accesible únicamente por angostos puentes artificiales que podían defenderse fácilmente. Pero Moctezuma salió a recibirlos, hizo una reverencia ante el divino Hernán Cortés y los invitó a entrar. El plan de Cortés era secuestrar a Moctezuma y marcharse con el rescate, pero cuando sus hombres vieron todo el oro que había en palacio, se impacientaron y mataron al rey. Por esta estupidez lo único que lograron fue escapar después de una larga batalla. Éste fue el inicio de uno de los episodios más sangrientos de la historia.

A los conquistadores les llegaron rumores de que todo el oro procedía de una fuente secreta, y de que existía un rico rey, El Dorado, que se bañaba en oro líquido cada mañana. Walter

Raleigh, que se uniría a la expedición en busca de la ciudad de ese legendario rey, escribió acerca de «El Dorado Imperial, cubierto hasta el techo de oro».

El adversario de Cortés, Francisco Pizarro, navegó hasta Perú con la intención de saquear un país entero, protegido por decenas de miles de habitantes, con un ejército de sólo doscientos hombres. Al igual que Cortés, secuestró al rey después de proponerle un encuentro sin armas. Como rescate, pidió una habitación llena hasta el techo de oro. Durante semanas, una procesión de nativos llevó platos, copas y otros objetos trabajados con delicadeza, pero cuando la habitación estaba casi llena, los españoles matizaron que el trato había sido llenar la habitación con lingotes de oro. Empezaron a fundir los objetos para dejar más espacio que llenar.

Finalmente, como había sucedido con Cortés, los hombres de Pizarro se impacientaron y mataron al rey, lo cual desató las hostilidades. Cuando el reducido ejército de Pizarro entró a la fuerza en la capital, encontró palacios con paredes de oro, muebles de oro, estatuas de dioses y animales y armaduras de oro. Había incluso un jardín artificial en el que los árboles, las flores y los animales estaban hechos de oro, y un campo de cien por doscientos metros en el que cada tallo de maíz estaba hecho de plata, y sus mazorcas, de oro.

Se calcula que alrededor de cien mil aztecas murieron en la batalla de Tenochtitlán, perdiendo la vida tan sólo un puñado de conquistadores. También se ha calculado que a lo largo de la conquista murieron aproximadamente dos millones de nativos.

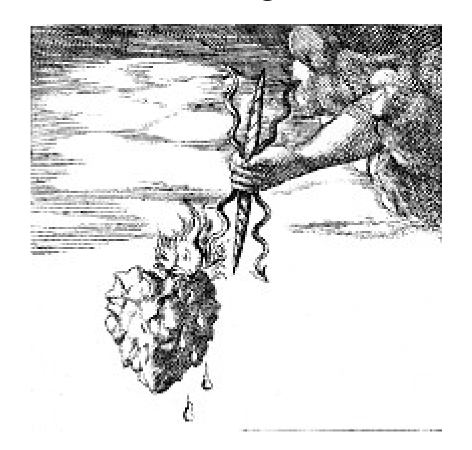
Éstos no serían siempre un objetivo tan fácil. Al cabo de un tiempo, aprendieron la mentalidad bélica y traicionera de los europeos, de modo que los conquistadores empezaron a tener muchas más bajas.

Aunque los conquistadores no encontraron nunca El Dorado, ni minas, ni ninguna fuente de donde se extrajera el oro que abundaba en las capitales, el oro enviado desde

Sudamérica bastó para financiar la Contrarreforma. Con su motor en España, y respaldada en gran medida por la Inquisición española, la Contrarreforma hizo obligatoria la asistencia a misa. También hubo fuerzas ocultas y hermandades de iniciados que actuaron al servicio de ese movimiento.

La mayor biblioteca del mundo de literatura oculta se encuentra en el Vaticano. La Iglesia nunca ha creído que las ciencias ocultas no funcionen, pero ha querido controlarlas de modo exclusivo. Los sociólogos han atribuido el poder de la religión sobre la gente a su capacidad de explicar las dimensiones desconocidas y sobrenaturales de la vida y mantener así el temor a raya. La religión debería ser capaz de controlar el oscuro poder volcánico de los espíritus, que a veces entra en erupción en el mundo material.

En el norte de Europa, muchos se habían involucrado en búsquedas espirituales al margen del catolicismo romano. En España se originó un misticismo igual de oscuro y peligroso, aunque actuaba en el seno de la Iglesia.



En el catolicismo del siglo XVII, las enseñanzas esotéricas casi rozaban la superficie. Las visiones de Marie des Vallées y María Alacoque dieron lugar a populares enseñanzas eclesiásticas sobre los misterios del sagrado corazón. En el siglo XX, en el Londres donde vivo, la tienda de libros más oculta (y con el adjetivo *oculto* quiero hacer hincapié en sucesos sobrenaturales como levitaciones, apariciones y transmogrificaciones corporales) no es ninguna de las evidentes que se anuncian como tales, sino la Padre Pio Bookshop, a la sombra de la catedral de Westminster.

Santa Teresa nació en Ávila en 1515, probablemente en el seno de una familia de judíos conversos. Se escapó de casa para entrar en un convento de monjas. Allí, durante una enfermedad, abandonó la conciencia cotidiana y entró en un estado de éxtasis místico. Dado que esos estados se siguieron produciendo, recurrió a los manuales de místicos medievales y a los textos de Ramon Llull como guía para lograr un conocimiento profundo de su experiencia.

El éxtasis místico de santa Teresa al encontrarse frente a un serafín fue, cómo no, esculpido por Bernini, el gran artista iniciado de la Contrarreforma. «No era alto sino bajo, hermoso sin medida. En sus manos llevaba su gran lanza dorada […] henchida de fuego […] que me penetró varias veces […] hasta mis entrañas […]. Cuando el ángel extrajo su lanza, quedé con un gran amor por Dios […], una dulzura tan extrema que nadie habría podido desear que se detuviera.» Es inevitable ver un indicio de éxtasis sexual en esas palabras y compararlo con las prácticas mágicas de carácter sexual de las sociedades místicas del mismo período. Esas prácticas se encuentran entre los secretos mejor guardados de la doctrina esotérica, y las analizaremos en el capítulo veinticinco.



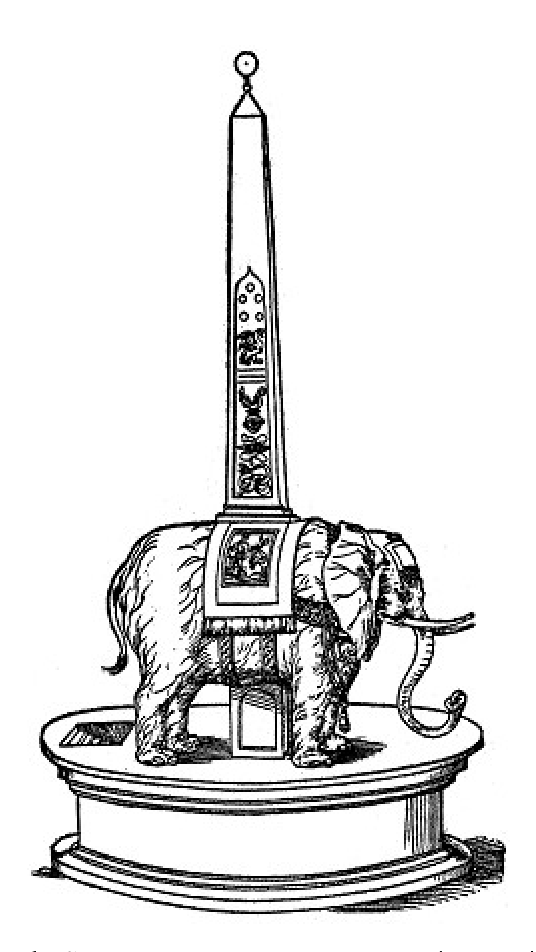
Éxtasis de santa Teresa, en la capilla de Cornaro, en Roma.



Otros santos que levitan son Tomás de Aquino, Catalina de Siena, Francisco de Asís, José de Cupertino y, en el siglo XX, el padre Pío y Gemma Galgani.

Los viajes espirituales de santa Teresa también describen un ascenso del alma que coincide con los relatos cabalísticos del ascenso del árbol sefirótico. Asimismo, la santa describe experiencias extracorpóreas y los órganos de la visión espiritual del alma (los chacras, que ella denomina «los ojos del alma»). Sin embargo, aunque sus obras podrían basarse en el conocimiento de la cábala, lo que se transmite principalmente es una descripción inmediata de la experiencia personal directa, una comprensión del modo en que funcionan los mundos espirituales que no es frecuente fuera de la India. No hay elementos que denoten una falta de autenticidad ni ardides literarios.

Los estados espirituales extremos de santa Teresa daban lugar a veces a fenómenos sobrenaturales, como las levitaciones, presenciadas con frecuencia por una gran cantidad de personas. Las monjas tenían que hacer grandes esfuerzos por sujetarla para impedir que se elevara.



El famoso *Obelisco de Santa Maria sopra Minerva*, de Bernini, se inspira en la *Hypnerotomachia* de Alberti (como hemos visto, una influencia oculta clave en Leonardo).

Sería un error dar por sentado que la experiencia de la levitación corporal tiene que ser necesariamente maravillosa. Santa Teresa afirma estar «suspendida entre el cielo y la tierra y no sentir alivio en ninguno de ellos». Esto sugiere un cierto sentimiento de soledad, de aridez espiritual, predicho en su día por Eckhart, y que tendría su expresión más sublime y definitoria en el discípulo de santa Teresa, san Juan de la Cruz.

Dado que vivimos en una época en que se tiene muy poca experiencia con los mundos espirituales, corremos el riesgo de leer a santa Teresa, o a su discípulo, san Juan de la Cruz, como una simple alegoría, como un relato idealizado de sentimientos sublimes, o incluso como una descripción de cambios en el estado de ánimo relativamente triviales descritos de un modo elevado o ilusorio. Sin embargo, en su *Noche oscura del alma*, escrita tras un período de reclusión, aislado en un convento, san Juan de la Cruz no narra sus estados de ánimo alterados,

sino un estado de alteración de conciencia, un trastorno de las facultades mentales tan radical como el que se consigue al tomar drogas alucinógenas.

Los españoles tienen muy presente la muerte. La obra de los místicos, escritores y artistas españoles muestra que tienen la inmanencia de la misma, pero no de un modo teórico, sino de una manera existencial apremiante. La ven acechando a su alrededor y pululando entre ellos. Están preparados para enfrentarse a ella. Se arriesgan a ser derrotados por ella con el fin de arrebatar de sus fauces lo más valioso de la vida. El espíritu español halla una expresión electrizante en la *Noche oscura del alma*. Hemos hablado de la Muerte Mística, la fase del proceso de iniciación por la que debe pasar el candidato. Después de las primeras manifestaciones reconfortantes e iluminadoras del espíritu, se aboca a aquél a un estado de profundo sufrimiento. No sólo está seguro de que está a punto de morir, sino que no duda de que Dios lo ha abandonado, que todo el cosmos lo considera despreciable. En ese momento, no aspira más que a la turbia semiexistencia que se le muestra.

Si san Juan de la Cruz describe esta experiencia de tal forma que es posible reconocerla en la actualidad, esto se debe, en parte, a que ayudó a formular el lenguaje que usamos para describir el principio del viaje espiritual por el Purgatorio, la esfera lunar.

La obra de san Juan tiene también un sentido profético, ya que vaticinaba una época histórica en la que toda la humanidad encarnada tendría que pasar por su propia noche oscura del alma.

Sin embargo, quizá la forma de ocultismo más característica de lo que se conocería como la Contrarreforma fueron los jesuitas.

Ignacio de Loyola era soldado profesional. Al quedarle destrozada la pierna derecha durante un asedio en Pamplona, se le retiró del ejército español. Durante el período de convalecencia, estaba leyendo un libro sobre las vidas de los

santos cuando se dio cuenta de su vocación religiosa. Así, en 1534, mientras estudiaba en París, se reunió con siete compañeros de estudios para formar una hermandad. Iban a ser los soldados sumamente disciplinados de la Iglesia. En 1540, el papa reconoció la orden como la Compañía de Jesús. Los jesuitas serían la élite intelectual de la Iglesia, su inteligencia militar, siervos hasta la muerte, perseguidores de la herejía y de la entrada ilícita en los mundos espirituales. Los jesuitas se convirtieron también en los educadores y misioneros del papado, estableciendo un estricto sistema que orientaría a los jóvenes para que se acercaran a Roma, y les inculcaría obediencia. Cosecharon éxitos destacados como misioneros en Centroamérica, Sudamérica y la India.

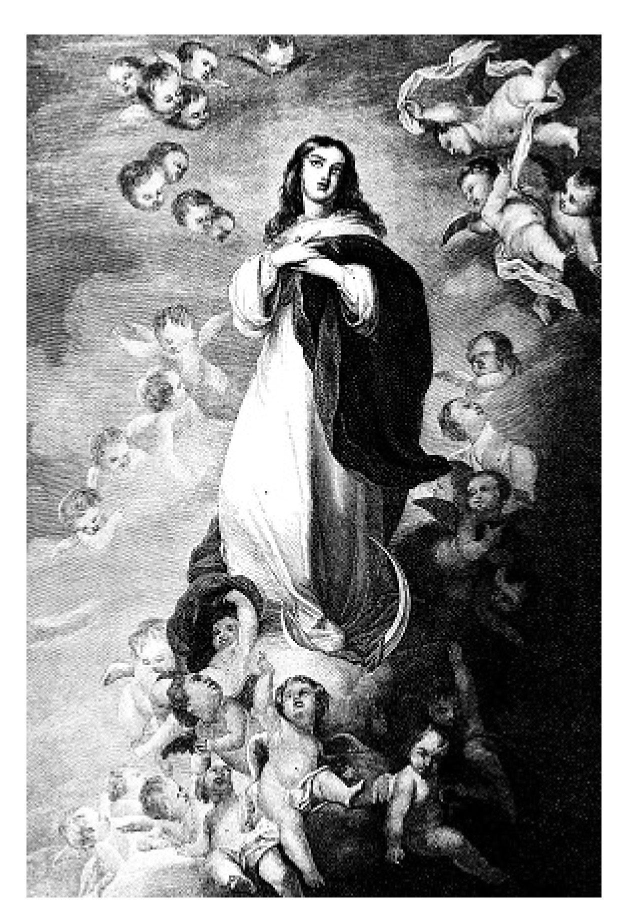


Las figuras alargadas de El Greco tienen los ojos medio cerrados mientras contemplan algún misterio interno. Se enmarcan en paisajes convulsos y cielos tempestuosos. El Greco no sólo pinta personajes en estados de alteración y místicos, sino que transmite lo que se siente en ese estado. René Huyghe, crítico de arte francés, analizó la luz en la vista panorámica de Toledo de El Greco. En realidad, la Toledo auténtica aparece bañada por una intensa y clara luz mediterránea, mientras que en la visión de El Greco, la luz diurna cotidiana es engullida por una luz fantástica y sobrenatural. Como iniciado, El Greco pintaba lo que describió san Juan de la Cruz al escribir acerca de «una noche oscura, con ansias, en amores inflamada […] sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía».

Ignacio de Loyola ideó pruebas y técnicas para lograr estados de alteración, que incluían ejercicios de respiración, privación del sueño, meditación con calaveras y ejercitación para tener sueños lúcidos y una imaginación activa. Esto último implicaba la creación de una intrincada imagen mental sensual en la que pudiera habitar un espíritu incorpóreo, un proceso que los rosacruces conocían como «construir una cabaña junto al palacio de la sabiduría».

No obstante, en los ejercicios de Ignacio de Loyola existe una diferencia sutil pero importante. Mientras que las técnicas rosacruces estaban encaminadas a ayudar a que se produjese un intercambio, basado en la libre voluntad y el libre pensamiento, con seres de jerarquías superiores, los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola se dirigen a anular la voluntad y provocar el estado de obediencia ciega propia de un soldado. «Toma, Señor, y recibe toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo lo que tengo.»

En Occidente, las librerías esotéricas están dominadas por la literatura hindú, budista y otra literatura esotérica oriental, pero los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola siguen siendo las técnicas esotéricas de la tradición occidental más fáciles de encontrar y las que más se publican.



María como Isis, la diosa lunar, de Murillo.

En 1985 se editó un libro anónimo llamado *Meditations on the Tarot*, que causó un gran revuelo en los círculos esotéricos, porque muestra, de un modo sumamente erudito, que el simbolismo de las cartas del tarot hace referencia a un conjunto unificado de creencias que subyacen en el hermetismo, la cábala, las filosofías orientales y el cristianismo católico. Este libro es un fabuloso cofre del tesoro de la doctrina y el saber esotéricos.

Más tarde, se supo que el autor se llamaba Valentine Tomberg, a quien había iniciado Rudolf Steiner, aunque después dejó la antroposofía de Steiner para convertirse en un católico converso. El propósito que está en la base de *Meditations on the Tarot* (tratar de atraer de nuevo hacia la Iglesia a los interesados en lo esotérico) se hace evidente una vez se conoce. ¿Existía en todo eso algún tipo de falacia intelectual? Tomberg, como Ignacio de Loyola antes que él, quería garantizar que, en materia esotérica, Roma no perdiera totalmente la iniciativa.

Hemos analizado las vidas de algunos de los personajes que actuaron en el norte de Europa, según parece más o menos en solitario: Eckhart, Paracelso, Dee y Böhme.

¿Cuáles son las pruebas de la existencia de una red, o algo parecido a la sociedad secreta de los rosacruces? ¿Hay pruebas documentales que respalden los rumores sobre las hermandades secretas?

En 1596, un hombre llamado Beaumont fue condenado por un tribunal de Angoulême, Francia, por realizar prácticas mágicas. Tal como cuenta el famoso historiador francés De Thou, Beaumont confesó que «se comunicaba con Espíritus Etéreos y Celestiales, que las Escuelas y los Profesores de este noble Arte habían sido frecuentes en todas las Partes del Mundo, y lo seguían siendo en España, en Toledo, Córdoba, Granada y otros lugares, que también se había practicado antes en Alemania, aunque había fracasado en su mayor parte desde que Lutero había sembrado las semillas de su Herejía y empezó a tener tantos Seguidores, que en Francia e Inglaterra seguía manteniéndose en secreto, digamos por Tradición, en las familias de determinados Caballeros, pero que sólo los iniciados eran admitidos en los Ritos Sagrados, excluyendo a las Personas profanas».

Después, al cabo de menos de treinta años, empezaron a circular una serie de panfletos breves que supuestamente narraban la historia desde dentro.

Publicados de forma anónima en Kessel, Alemania, entre 1614 y 1616, el primero de ellos se tituló *Fama Fraternitatis*, y exigía una revolución espiritual.

El segundo, *Confessio Fraternitatis*, contaba la historia de CRC (Christian Rosencreutz), el fundador de la hermandad, enumeraba las normas que él instituyó y también revelaba que su tumba se había descubierto en 1604.

Debajo de un altar se había encontrado una puerta que llevaba a una cripta subterránea. En ella rezaba la siguiente inscripción: «Pasados ciento veinte años, me abriré.» Más abajo había un mausoleo de siete caras, cada una de 2,40 metros de altura, y con un sol artificial suspendido en el centro, sobre una mesa circular. Debajo de la mesa yacía el cuerpo incorrupto de CRC, rodeado de libros, incluidos la Biblia y un texto de Paracelso, y sujetando un pergamino enrollado en el que se leían las palabras: «Nacemos de Dios, morimos en Jesús, renaceremos a través del Espíritu Santo.» Cualquier detective literario podría haberse dado cuenta de que en la primera página de ese segundo panfleto se mostraba la forma única e inconfundible del emblema oculto de la evolución de la conciencia del doctor Dee, *La mónada jeroglífica*.

El tercer panfleto, *The Chemical Wedding of Christian Rosencreutz*, era un relato alegórico de la iniciación, un Matrimonio Químico con un matiz mágico-sexual al estilo de la *Hypnerotomachia*.

Estas publicaciones causaron furor en toda Europa.

¿Dónde estaban los hermanos rosacruces y quién era el autor?

Más tarde, se fue sabiendo que el autor era un joven pastor luterano llamado John Valentine Andrae. Su mentor espiritual había sido un famoso místico, Jean Arndt, discípulo de John Tauler, discípulo a su vez del Maestro Eckhart.

Cualquiera que estudie los hechos atribuidos a la historia esotérica se siente frustrado por la escasez de pruebas. Casi por definición, los actos de las sociedades secretas apenas dejan huella. Si salen bien, dejan poco en lo que basarse. Sin embargo, lo que se les atribuye es de suma importancia: que estas sociedades son la representación de una filosofía antigua y universal, que se trata de una creencia coherente y congruente que explica el universo de un modo más adecuado

que cualquier otra, y que muchos, si no la mayoría, de los hombres y mujeres importantes de la historia se han dejado guiar por ella.

Es lógico que cualquiera que considere esta dicotomía pregunte: ¿Estas sociedades integran una coalición secreta de los genios más importantes, o se trata tan sólo de la imaginación de unos pocos individuos aislados y marginados, y un tanto aburridos?

Ésta es quizá una buena ocasión para contestar esa pregunta, porque a lo largo de las últimas páginas hemos seguido dos sistemas de creencias que iban muy en paralelo, la tradición principalmente exotérica de los grandes místicos, transmitida de una generación a otra, y una tradición sobre todo esotérica, una asociación aparentemente dispersa de magos y ocultistas, la fuerza mística tras la Reforma, una cadena de iniciados que conecta a Eckhart, Tauler y Arndt con la red de magos en la que se incluyen Rosencreutz, Paracelso y Dee.

Acabamos de ver cómo en el año 1614, estas dos tradiciones se entrelazaban finalmente de un modo inextricable en la persona de Valentine Andrae.

La mano oculta de las sociedades secretas no se manifiesta a menudo, y como hemos visto en el caso de la tragedia del doctor Dee, propia de un rey Lear, cuando lo hace, se pone en peligro. Cambia su naturaleza, arriesgándose a perder su poder tan pronto como sale a la luz.

En los años que siguieron a la publicación de la *Fama*, los rosacruces salieron de las sombras al sonido de los cañones y los fusiles. Y libraron una sangrienta y desesperanzada batalla contra los jesuitas por controlar el espíritu europeo.

En las narraciones convencionales, escépticas respecto a los «Manifiestos rosacruces» por considerar que se trataba de meras ideas fantasiosas, la publicación de éstos marcó el inicio

del fenómeno rosacruz. En esta historia secreta, los manifiestos marcaron el fin de los auténticos rosacruces (o al menos, el principio del fin).

La publicación de los mismos, a principios del siglo XVII, también propició la fundación de otra sociedad secreta que dominaría los asuntos mundiales hasta la actualidad.

La institución del Sacro Imperio romano, creada por Carlomagno en el año 800, se basaba en el ideal de un líder mundial que, con la bendición papal, mantenía unido el reino cristiano y defendía la fe. Este ideal brillaba con menos fuerza a principios del siglo XVII. Entre 1530 y la coronación de Rodolfo II, en 1576, no se había coronado a ningún sacro emperador romano, y muchos de los pequeños reinos y principados de Alemania se habían convertido al protestantismo, lo cual, como es lógico, socavaba cualquier idea de una Europa unida bajo un emperador romano.

Tras la muerte de Rodolfo, el emperador tolerante, de gran inquietud intelectual y mentalidad ocultista al que el doctor Dee no había logrado impresionar, la disputa sobre su sucesión abocó a la hermandad rosacruz a un complot. Si lograba subir al trono de Bohemia Federico V, príncipe de Renania y compañero de viaje rosacruz, Europa podría ser dominada por el protestantismo.

Los rosacruces cortejaban a Jacobo I de Inglaterra. Michael Maier, cuyas publicaciones alquímicas son de las más explícitas que jamás hayan visto la luz, le envió una tarjeta de felicitación de la hermandad rosacruz. En 1617, Robert Fludd dedicó su obra de cosmología esotérica *Utriusque cosmi historia* a Jacobo, saludándolo con un epíteto consagrado a Hermes Trismegisto. En 1612, la hija de Jacobo, Isabel, se casó con Federico. En las celebraciones del día de la boda se ofreció una representación especial de *La tempestad* en la corte, con la escena de la máscara recién insertada. Con un poco de pompa retórica, podríamos decir que Dee estaba allí en espíritu.

El plan era que cuando Federico viajara en 1619 de Heidelberg a Praga para ser coronado, Jacobo entrara en acción para defender a su romántico yerno adolescente y a su joven novia del ataque católico.

Cuando llegó el momento, Jacobo no hizo nada, y los ejércitos de Federico fueron definitivamente derrotados en la batalla de la Montaña Blanca. Federico e Isabel tuvieron que huir de Praga, y, dado que habían reinado durante un período tan ridículamente breve, se los conocería para siempre como el rey y la reina del Invierno.

La guerra de los Treinta Años fue declarada por Fernando, de la gran dinastía católica de los Habsburgo, cuyos guías intelectuales eran los jesuitas. Los Habsburgo querían restablecer la supremacía del catolicismo en Europa. Durante esa guerra, se destruyeron cinco de cada seis pueblos y ciudades alemanes, y se diezmó a la población, que pasó de alrededor de nueve millones de personas a cuatro. El sueño rosacruz fue engullido en un festín de fanatismo, tortura y genocidio. Europa Central se convirtió en un desierto.

Aun así, la victoria de la Iglesia fue pírrica. Si esta institución se veía realmente a sí misma comprometida en una contienda con las sociedades secretas y luchando contra la magia negra, entonces, tal vez estaba cayendo en el error de creer en su propia propaganda.

El enemigo real era el adversario más viejo de todos bajo un nuevo disfraz.

23. LAS RAÍCES OCULTAS DE LA CIENCIA

Isaac Newton • La misión secreta de la masonería • Elías Ashmole y la cadena de transmisión • La verdad sobre la alquimia

En 1543, Nicolás Copérnico publicó *Sobre las revoluciones de las esferas celeste*, en la que postulaba la tesis de que la Tierra gira alrededor del sol.

En 1590, Galileo Galilei realizó experimentos para demostrar que la velocidad de los objetos que caen es proporcional a su densidad, no a su peso.

En 1609, Johannes Kepler, usando los mapas estelares de Tycho Brahe, calculó las tres leyes del movimiento planetario.

En la década de 1670, Isaac Newton postuló una teoría unificadora que agrupaba todos estos descubrimientos, para describir el comportamiento del universo mecánico en tres simples fórmulas.

Por supuesto, resulta demasiado fácil considerar esto como la entrada precipitada y triunfante de la humanidad en el mundo moderno, y la salida de la oscura superstición y la ignorancia que había reinado durante milenios para entrar en la clara luz de la razón. Sin embargo, los sacerdotes iniciados de los templos egipcios que sabían que Sirio era un sistema triestelar, tenían pleno conocimiento, miles de años antes, de que la Tierra gira alrededor del sol.

Además, como estamos a punto de ver, existen pruebas que demuestran que los héroes de la ciencia moderna (la gente de la que menos lo esperaríamos) estaban profundamente inmersos en el saber de la Antigüedad.

Copérnico reconoció que sus ideas procedían de la lectura de textos antiguos, y al formular sus teorías, Kepler era consciente de que el saber de la Antigüedad fluía por su

mente. En el prólogo del quinto volumen de *Harmonices Mundi* (1619), escribió: «Sí, he robado los vasos de oro de los egipcios para crear un santuario para mi Dios.»

Kepler era amigo de toda la vida de Richard Beshold, que trabajó estrechamente con Valentine Andrae y que a menudo se cree que colaboró con él en los «Manifiestos rosacruces».

Isaac Newton, nacido en Woolthorpe, Lincolnshire, no medía más de metro sesenta. Era un hombre extraño, excéntrico, de sexualidad confusa y solitario. En su época de estudiante se hospedó con un boticario que resultó ser un experto en alquimia, de modo que la trayectoria de Newton se le reveló con claridad. Newton, no menos que Cornelio Agrippa, trató de descubrir todo el sistema del mundo.

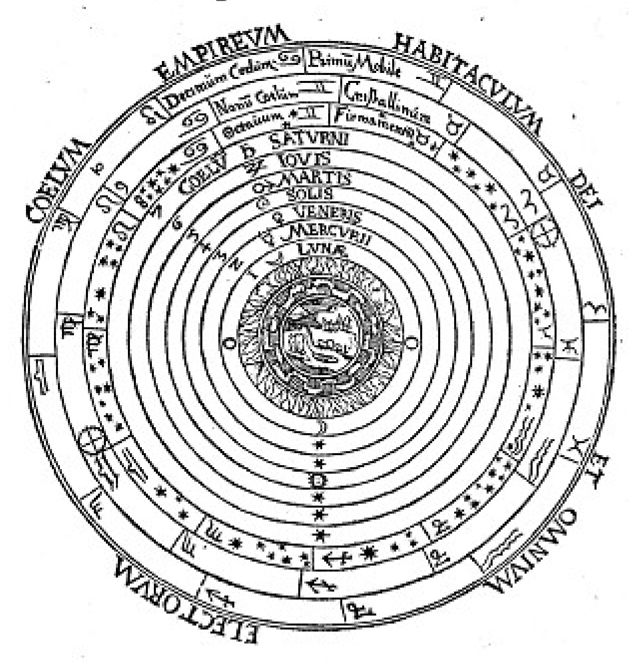
Llegó a creer que los secretos de la vida se encuentran codificados en un formato numérico en el tejido de la naturaleza. Asimismo, creía que las pistas para descifrar esos códigos están ocultas en claves, tanto numéricas como lingüísticas, en los libros antiguos del saber, y en edificios milenarios, como la Gran Pirámide y el templo de Salomón. Era como si Dios hubiera puesto a prueba a la humanidad. Sólo cuando ésta hubiese desarrollado un grado de inteligencia suficiente, sería capaz de reconocer la presencia de estos códigos y descifrarlos. Newton pensó que había llegado ese momento.

Para él, todo elemento del universo es inteligente, incluso una piedra; y no sólo en el sentido de que muestra indicios de diseño. Según la antigua forma de pensar que Newton suscribía, los animales, los vegetales y los minerales no son categorías totalmente diferenciadas. Por naturaleza, se solapan, se entrelazan y, en circunstancias especiales, pueden metamorfosearse entre sí. Como expresaba lady Conway, cabalista contemporánea de Newton: «Hay transformaciones de una especie a otra, como de la piedra a la tierra, de la tierra a la hierba, de la hierba a las ovejas, de las ovejas a la carne humana, de la carne humana a las especies más inferiores del

hombre, y de ahí a los espíritus más nobles.» Newton creía que todo en el universo se esfuerza para alcanzar la inteligencia. La materia inanimada intenta llegar a la vida vegetal, que a su vez aspira a la vida animal mediante una sensibilidad rudimentaria. Los animales superiores tienen un instinto que es casi tan racional como la capacidad mental de los seres humanos, que esperan convertirse en seres sumamente inteligentes.

Y este anhelo universal por lograr la superinteligencia mira al cielo tal como los estoicos había anunciado. Isaac Luria, el cabalista del siglo XVI, lo expresa así: «No hay nada en el mundo, ni siquiera entre las cosas en silencio, como el polvo y las piedras, que no tenga una determinada vida, naturaleza espiritual, un planeta concreto y su forma perfecta en el cielo.» Luria hablaba de la inteligencia como de una semilla que responde a la inteligente intención de la luz del sol. La antigua tradición esotérica no creía que toda la información necesaria para que la simiente germine y se transforme en una planta estuviera contenida dentro de la semilla. El crecimiento era un proceso derivado de la interacción de la inteligencia de la semilla con la inteligencia del cosmos de mayor tamaño que la rodea.

A partir de la investigación de John Maynard Keynes sobre las dimensiones ocultas de la cosmovisión de Newton sabemos que estas escuelas ideológicas le fascinaban. Newton se preguntaba si era posible discernir entre diferentes inteligencias, tal vez incluso entre principios diferenciados con centros de conciencia distintos detrás de la superficie material de las cosas. Eso no quiere decir que viera estos principios como ángeles sentados en nubes, o que los visualizara de un modo ingenuamente antropomórfico, aunque tampoco los veía como algo del todo impersonal, y menos como puras abstracciones. Los llamaba *Intelligencers* (inteligentólogos) para indicar voluntad.



Normalmente se considera que el mapa de las esferas de Tolomeo se vio superado por las ideas de Copérnico, Galileo y otros, pero de hecho, fue y sigue siendo un mapa preciso de la dimensión espiritual del cosmos, una dimensión que a los antiguos les parecía más real que el cosmos material.

Como hemos visto, a todos los esotéricos les interesa especialmente la interrelación entre lo animal y lo vegetal por una parte, y la interacción entre lo vegetal y lo mineral por la otra. Desde el punto de vista esotérico, ésta es la clave para entender los secretos de la naturaleza y manipularlos. Lo vegetal es el intermediario entre el pensamiento y la materia, de forma que podría considerarse la puerta entre los mundos.

Para ayudarnos a comprender qué llevaría a alguien a creer eso, tal vez deberíamos recordar el relato de la creación basado en el concepto de que la mente precedió a la materia, que aparecía en los primeros capítulos de este libro. Si se cree que la inteligencia, la mente, da forma al mundo, se debe explicar cómo lo inmaterial da forma a lo material. Convencionalmente, en todas las culturas de la Antigüedad, esto se ha concebido como una serie de emanaciones mentales,

al principio demasiado etéreas para cualquier forma de percepción sensorial, incluso más ligeras que la luz. A partir de estas emanaciones etéreas surgió finalmente la materia.

Esta dimensión etérea se encontraba entre la mente (la dimensión animal) y la materia, y lo sigue estando. De ahí la clasificación convencional de animal, vegetal y mineral.

La mente no podía —y no puede— crear u ordenar la materia directamente, sino sólo a través de la dimensión vegetal. La parte mineral del cosmos, según parece, se desarrolla a partir de esta dimensión vegetal. De ahí surge algo crucial para quienes practican el ocultismo. Lo que Paracelso denominaba *ens vegetalis* puede ser moldeado por la capacidad mental, y dado que la dimensión mineral se desarrolla a partir de esta dimensión vegetal, el poder mental puede actuar sobre la materia por este medio.

El nombre que dio Newton a este sutil medio, que la mente puede usar para reorganizar el cosmos, es el *salitre*. En las explicaciones de sus experimentos, describe que ha llevado a cabo pruebas para determinar cómo usar el salitre para hacer que los metales cobren vida. Estas notas son el reflejo del trabajo de un auténtico alquimista. Newton observó que el salitre se desplazaba desde las estrellas hasta las profundidades de la Tierra, dotándola de vida, normalmente vegetal, aunque en determinadas circunstancias especiales insuflaba vida a los metales. Con una emoción cada vez mayor, describe cómo los compuestos metálicos cobran vida en soluciones de nitratos, y crecen como si fueran plantas. Esta «vegetación de metales» reafirmó su convicción de que el universo está vivo, y en sus documentos privados usó la idea del salitre para respaldar las explicaciones sobre los efectos de la gravedad.

Al examinar las vidas ocultas de los héroes de la ciencia, los individuos que forjaron la cosmovisión mecánica y llevaron a cabo importantes avances tecnológicos que han

hecho que nuestras vidas sean mucho más seguras, fáciles y agradables, vemos a menudo que están profundamente inmersos en la doctrina esotérica, sobre todo en la alquimia.

También podríamos considerar la paradoja de menor relevancia, aunque relacionada, de que muchos de los ocultistas y visionarios excéntricos más célebres del mundo eran también, a su manera, hombres de mentalidad práctica, a menudo artífices de inventos pequeños pero no obstante significativos.

Si se consideran ambos grupos a la vez, cuesta trazar una línea de separación entre los científicos y los ocultistas, incluso si se avanza hasta la época moderna. Más bien existe un espectro en el que el individuo es un poco ambas cosas, aunque en distinto grado.

Paracelso, quizá el ocultista más respetado, revolucionó la medicina con la introducción del método experimental. Asimismo, fue el primero que aisló y puso nombre al zinc, realizó grandes descubrimientos en cuanto a la importancia de la higiene en la medicina y también fue el primero en formular principios que se convirtieron en la base de la homeopatía.

Giordano Bruno es un gran héroe de la ciencia, porque murió en la hoguera en el año 1600 por insistir en que el sistema solar es heliocéntrico. Sin embargo, como hemos visto, esto se debía a que creía fervientemente en el saber del Antiguo Egipto. Pensaba que la Tierra giraba alrededor del sol principalmente porque así lo creían los sacerdotes iniciados de la Antigüedad.

Robert Fludd, el autor ocultista y defensor de los rosacruces, inventó el barómetro.

Jan Baptiste Van Helmont, el alquimista flamenco, tiene importancia en las sociedades secretas por reintroducir en el esoterismo occidental la idea de la reencarnación (que él denominaba «la revolución de las almas humanas»). También separó gases en sus experimentos alquímicos y acuñó la

palabra *gas*. Asimismo, inventó el término *electricidad* durante sus experimentos sobre los poderes curativos de los imanes.



Frontispicio, diseñado por John Evelyn, para la historia oficial de la Royal Society, publicada en 1667. Francis Bacon aparece como el padre fundador. Está sentado bajo el ala de un ángel, un eco de la frase que cierra el *Fama Fraternitatis* de los rosacruces.

Gottfried Wilhelm Leibniz, el matemático alemán, fue rival de Newton en la invención del cálculo. En el caso de Leibniz, sus descubrimientos surgieron de la fascinación por el misticismo numérico cabalístico, que compartía con su buen amigo Athanasius Kircher, un jesuita erudito en ciencias ocultas. En 1687, Kircher, un estudiante de alquimia que evaluaba las propiedades de la dimensión vegetal, hizo resucitar a una rosa de sus cenizas ante la reina de Suecia. El propio Leibniz nos ha ofrecido la descripción más detallada y verosímil de la transformación alquímica de los metales base en oro.

La Royal Society (Sociedad Real) fue el gran motor intelectual de la ciencia y la invención tecnológica modernas. Entre los contemporáneos de Newton, sir Robert Moray

publicó la primera revista científica del mundo, *Philosophical Transactions*, y fue un ferviente investigador de la doctrina rosacruz. Robert Boyle, un extraño personaje de aspecto monacal, cuya ley de la termodinámica sentó las bases para el motor de combustión interna, practicaba asimismo la alquimia. En su juventud, escribió acerca de su iniciación en una «escuela universitaria invisible». Otros personajes que practicaban la alquimia fueron Robert Hooke, inventor del microscopio, y William Harvey, descubridor de la circulación de la sangre.

Descartes, el padre del racionalismo de mediados del siglo XVII, dedicó un período de tiempo considerable a tratar de seguir la pista de los rosacruces y a investigar su filosofía. Redescubrió la antigua idea esotérica de la glándula pineal como entrada a la conciencia, al ojo interior, y su revelación filosófica le vino de golpe mientras estaba sumido en un estado visionario. Su máxima más célebre puede considerarse una reformulación de la doctrina rosacruz, dirigida a ayudar a fomentar la evolución de una facultad intelectual independiente: «Pienso, luego existo.»

Según se descubrió después de su muerte, Blaise Pascal, uno de los grandes matemáticos de su época y distinguido filósofo, llevaba cosido a su capa un trozo de papel en el que ponía: «Año de gracia 1654, lunes 23 de noviembre, día de San Clemente, papa y mártir. Desde alrededor de las diez y media de la noche hasta alrededor de las doce y media de la noche, FUEGO.» Pascal alcanzó la iluminación que buscaban los monjes del monte Atos.

En 1726, Jonathan Swift predijo en *Los viajes de Gulliver* la existencia y los períodos orbitales de las dos lunas de Marte, que los astrónomos no descubrieron con sus telescopios hasta 1877. El descubridor, que fue consciente entonces de la precisión de Swift, llamó a las lunas Fobos y Deimos (miedo y terror), de tan atemorizado como estaba al ver los evidentes poderes sobrenaturales del escritor.

Emmanuel Swedenborg, el gran visionario sueco del siglo XVIII, escribió diarios detallados de sus viajes a los mundos espirituales. Sus relatos acerca de lo que le contaban los seres incorpóreos que allí conocía inspiraron la masonería esotérica de finales del siglo XVIII y del siglo XIX. Asimismo, fue el primero en descubrir la corteza cerebral y las glándulas endocrinas, y diseñó el que sigue siendo el mayor dique seco del mundo.

Como hemos visto, Charles Darwin asistía a sesiones de espiritismo. Es posible que tuviera la oportunidad de aprender la doctrina esotérica de la evolución, desde los peces a los anfibios a los animales terrestres y a los humanos, gracias a su estrecha relación con Max Müller, uno de los primeros traductores de los textos sagrados en sánscrito.

Nicholas Tesla, descrito recientemente por un historiador de la ciencia como el «visionario excéntrico por excelencia», era serbocroata, pero obtuvo la nacionalidad estadounidense. Allí patentó aproximadamente setecientos inventos, como los fluorescentes de luz y la bobina Tesla, que genera corriente alterna. Al igual que sucedía en el caso de Newton, sus avances más importantes surgieron de su creencia en una dimensión etérea entre los planos mental y físico.

A finales del siglo XIX y principios del XX, muchos de los principales científicos consideraron conveniente aplicar un enfoque científico a los fenómenos ocultos, pensando que, en última instancia, sería posible medir y predecir fuerzas ocultas como las corrientes etéreas, que parecían sólo una sombra más esquiva que el electromagnetismo, las ondas sonoras o los rayos X. Thomas Edison, inventor del fonógrafo y, por lo tanto, padrino de todos los registros sonoros, y Alexander Graham Bell, inventor del teléfono, opinaban que los fenómenos psíquicos eran áreas de investigación científica totalmente respetables, y ellos mismos se interesaron por la masonería esotérica y la teosofía. Edison trató de crear una radio que captara los mundos espirituales. Sus importantes descubrimientos científicos surgieron de esa investigación de

lo sobrenatural. Incluso la televisión se inventó al intentar capturar las influencias psíquicas de los gases que fluctuaban frente a un tubo de rayos catódicos.

En busca de pistas sobre la mejor forma de entender esta extraña visión de lo oculto y lo científico como estrechamente vinculados, volveremos al gran genio tras la revolución científica: Francis Bacon.

Como hemos visto, el gran descubrimiento de Francis Bacon fue que si se observan los objetos de la experiencia sensitiva con la mayor objetividad posible, despojándose de toda idea preconcebida y de la idea de que todo está predestinado, surgen nuevos patrones más allá de los sugeridos por los sacerdotes y otros líderes espirituales. Se pueden utilizar esos nuevos patrones para predecir y manipular sucesos.

Los historiadores de la filosofía de la ciencia lo consideran el gran inicio, el momento en que el razonamiento inductivo pasó a formar parte del enfoque humano del mundo. A partir de entonces se desarrolló la revolución científica y toda la transformación industrial y tecnológica del mundo.

Sin embargo, si se analiza con mayor profundidad la descripción que Bacon hace del proceso de descubrimiento científico, parece menos clara y, como mínimo de entrada, un tanto misteriosa.

«La naturaleza es un laberinto en el que la propia prisa con la que uno se mueve lo hará perderse», afirmó. Bacon escribía como si el científico jugase una partida de ajedrez con la naturaleza. Para obtener respuestas, debía poner primero en jaque a ésta. Parece como si hubiera que engañarla para que revele sus secretos, ya que la propia naturaleza es intrínsecamente engañosa. Es como si tuviera la intención de mentir.

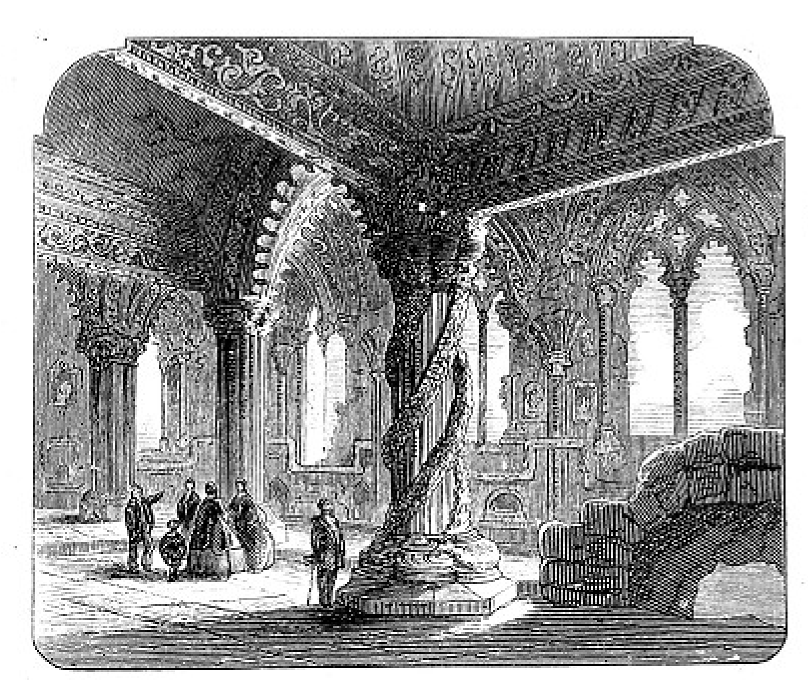
Los historiadores de la ciencia modernos tratan de presentar a Bacon como un materialista íntegro, pero esto es ilusorio. Aunque creía que surgirían nuevos resultados interesantes si se analizaban los datos sensitivos como si no estuvieran imbuidos de significado, él no consideraba que eso fuera cierto. Por ejemplo, sabemos que creía en lo que llamaba *astrologica sana*, es decir, recibir las influencias celestiales mágicas en el espíritu del modo en que había recomendado el mago renacentista Pico della Mirandola. Asimismo, Bacon creía en el mismo intermediario etéreo entre el espíritu y la materia que Newton, y pensaba que este mismo intermediario existía en los humanos que están «encerrados en un cuerpo más denso, como Ayrein Snow o Froath», lo que él denominaba «cuerpo etéreo».

Bacon decía: «No es menos cierto en este reino de conocimiento humano que en el reino de los cielos divino que ningún hombre entrará en él “a menos que se convierta primero en un niño pequeño”.» Según parece, aquí se está diciendo que debe llegarse primero a un estado mental diferente o infantil para alcanzar el conocimiento superior. Paracelso había afirmado algo similar al escribir sobre el proceso de experimentación, usando también una expresión bíblica: «Sólo aquel que desea con todo su corazón encontrará, y sólo a aquel que llama con vehemencia se le abrirá la puerta.»

Esto implica que el conocimiento superior del mundo surge de estados de alteración de la conciencia. Moviéndose en los mismos círculos que Bacon y Newton, Jan Baptiste Van Helmont escribió: «Llevamos un libro dentro, escrito por el dedo de Dios, en el que podemos leer todas las cosas.» Michael Maier, que escribió sobre los rosacruces como si fuera uno de ellos y publicó algunas de las obras más bellas de la literatura alquímica, afirmó: «Beber la vida interior de un gran trago es ver la vida interior. Aquel que descubre el interior

descubre lo que está en el espacio.» En todas estas afirmaciones se deja claramente implícito que la clave del descubrimiento científico está de algún modo en el interior.

Hemos visto que, a lo largo de la historia, pequeños grupos se han abocado a estados de conciencia alterados. ¿Acaso Bacon y sus seguidores sugieren que el científico debe, de algún modo, sintonizar con la dimensión etérea o vegetal? ¿Que si de alguna forma se logra entrar en la dimensión de las formas interrelacionadas se va camino de entender los secretos de la naturaleza?



La capilla Rosslyn, cerca de Edimburgo. Las raíces escocesas de la masonería se ocultaron intencionadamente en el siglo XVIII, porque los masones se habían involucrado con la dinastía de los Estuardo, respaldando sus reivindicaciones para subir al trono. La capilla Rosslyn, construida en el siglo XV por William Sinclair, el primer conde de Caithness, contenía réplicas de los pilares gemelos del templo de Salomón (Jakin y Boaz), adelantándose a todas las logias masónicas del mundo. Un grabado en el marco inferior de la ventana de la esquina sudoeste parece corresponder a un Primer Grado masónico. Las logias escocesas descritas existieron, sin duda, como mínimo un siglo antes que las inglesas de las que se tiene constancia.

Como hemos visto, los grandes genios de la ciencia, los fundadores de la edad moderna, estaban fascinados por el saber del pasado y por la alteración del estado de conciencia. ¿Sería posible que no se trate tanto de que el genio esté

próximo a la locura como de que el genio esté próximo a estados de alteración de la conciencia provocados por la ejercitación esotérica?

Si los héroes de los rosacruces (Dee y Paracelso) eran salvajes y extraños, los magos del siguiente período se presentaron como respetables hombres de negocios.

La masonería siempre había mirado el mundo con cara inexpresiva. Las logias anglosajonas, en concreto, siempre se habían mostrado reservadas en lo que respecta a sus orígenes esotéricos. La idea de que a los masones con un grado de iniciación lo suficientemente alto se les enseñe la doctrina secreta y la historia mundial descrita en este libro, podría parecer improbable incluso para muchos masones.

Según la doctrina masónica, las raíces de la sociedad se remontan a la construcción del templo de Salomón por parte de Hiram Abiff; a la abolición de la orden de los caballeros templarios; y a los gremios secretos de artesanos, como los *Compagnongs Du Devoir*, los Infantes del Padre Soubise y los Infantes del Maestro Jacques.

Una influencia que suele pasarse por alto en la formación de las sociedades secretas, sobre todo la masonería, son las cofradías. Fundadas en el siglo XV, en un principio eran hermandades laicas afiliadas a monasterios. Los miembros de las mismas se dedicaban a la vida espiritual a la par que trabajaban en la comunidad organizando obras de caridad, encargando arte y encabezando procesiones en las fiestas religiosas. El requisito inicial de que fueran secretas tenía como objetivo garantizar que las obras de caridad quedaran en el anonimato, pero dio origen a rumores sobre túnicas, rituales secretos e iniciaciones. En Francia, en el siglo XV, estas cofradías, que habían absorbido ideas de Joaquín y los cátaros, acabaron convirtiéndose en clandestinas.

Sin embargo, la masonería «especulativa» moderna data, según sus historiadores oficiales, del siglo XVII.

En ocasiones se afirma que el primer caso registrado de iniciación en la masonería fue el del célebre anticuario, coleccionista y miembro fundador de la Royal Society Elías Ashmole, en 1646. En todo caso, fue sin duda uno de los primeros masones ingleses, y muy influyente.

Nacido en 1617, hijo de un talabartero, Ashmole estudió derecho y se hizo soldado y funcionario. Fue un inquieto coleccionista de curiosidades. El Ashmolean Museum de Oxford, creado para exhibir los objetos que había reunido, fue el primer museo público. Era un hombre de una curiosidad intelectual ilimitada. En 1651 conoció a un anciano, William Backhouse, propietario de una mansión llamada Swallowfield. En ésta había una galería extraordinariamente larga llena de «Inventos y Curiosidades», incluidos extraños manuscritos sobre alquimia. Era evidente que Backhouse fue un mentor para Ashmole, y los diarios de este último recogen que lo invitó a convertirse en su hijo.



Ilustración del *Theatrum Chemicum Britannicum*, una antología recopilada por Elías Ashmole.

Con esto entendemos que Backhouse tenía intención de adoptarlo como su sucesor y heredero. Antes de morir, prometió que le contaría a Ashmole el secreto más importante de la alquimia, la verdadera esencia de la Piedra Filosofal, para que éste pudiera seguir adelante con la tradición secreta que se remontaba a la época de Hermes Trismegisto. Durante los dos años siguientes, Backhouse instruyó al impaciente Ashmole de un modo lento y en apariencia dubitativo. Sin embargo, en mayo de 1653, el joven recordaba lo siguiente: «Mi padre Backhouse, yaciendo enfermo en la casa de la calle Fleet, frente a la iglesia de St. Dunstans, e ignorando si iba a vivir o a morir, hacia las once en punto me confió en S.lables *(sic)* la verdadera Materia de la Piedra Filosofal, que me dejó en herencia.»



Representación del rey inglés Carlos I en 1649, mientras esperaba la ejecución. Esto ya fue vaticinado con una precisión sorprendente por el profeta y astrólogo francés Michel de Nostradamus en 1555. Tal como ha señalado David Ovason, el más destacado de los estudiosos de Nostradamus, su fragmento «Chera pAR LorS, Le ROY» es el código cabalístico de «Charls Le Roy», de tal modo que el aparentemente insulso fragmento «sucederá que el Rey» contiene en realidad una predicción del nombre del hombre que, como dejan claro partes de la cuarteta, iba a «ser encerrado en una fortaleza junto al Támesis» y ser «visto con su blusón». Carlos pidió llevar dos jubones cuando subió al cadalso para así no tiritar de frío y dar la impresión de estar asustado.

El relato de la transmisión del conocimiento secreto que narra Ashmole es claro e inequívoco, algo poco habitual, pero también hay otras pruebas, indicios y alusiones a la actividad oculta entre la élite intelectual. El segundo gran maestre de la logia londinense fue John Théophile Desaguliers, un seguidor de Isaac Newton que también se pasó muchos años estudiando manuscritos sobre alquimia.

El simbolismo de la masonería tal como se formuló en este período está plagado de motivos alquímicos, desde el concepto central de la Obra y la omnipresente piedra angular y piedra filosofal (ASHLAR) hasta el compás y la escuadra.

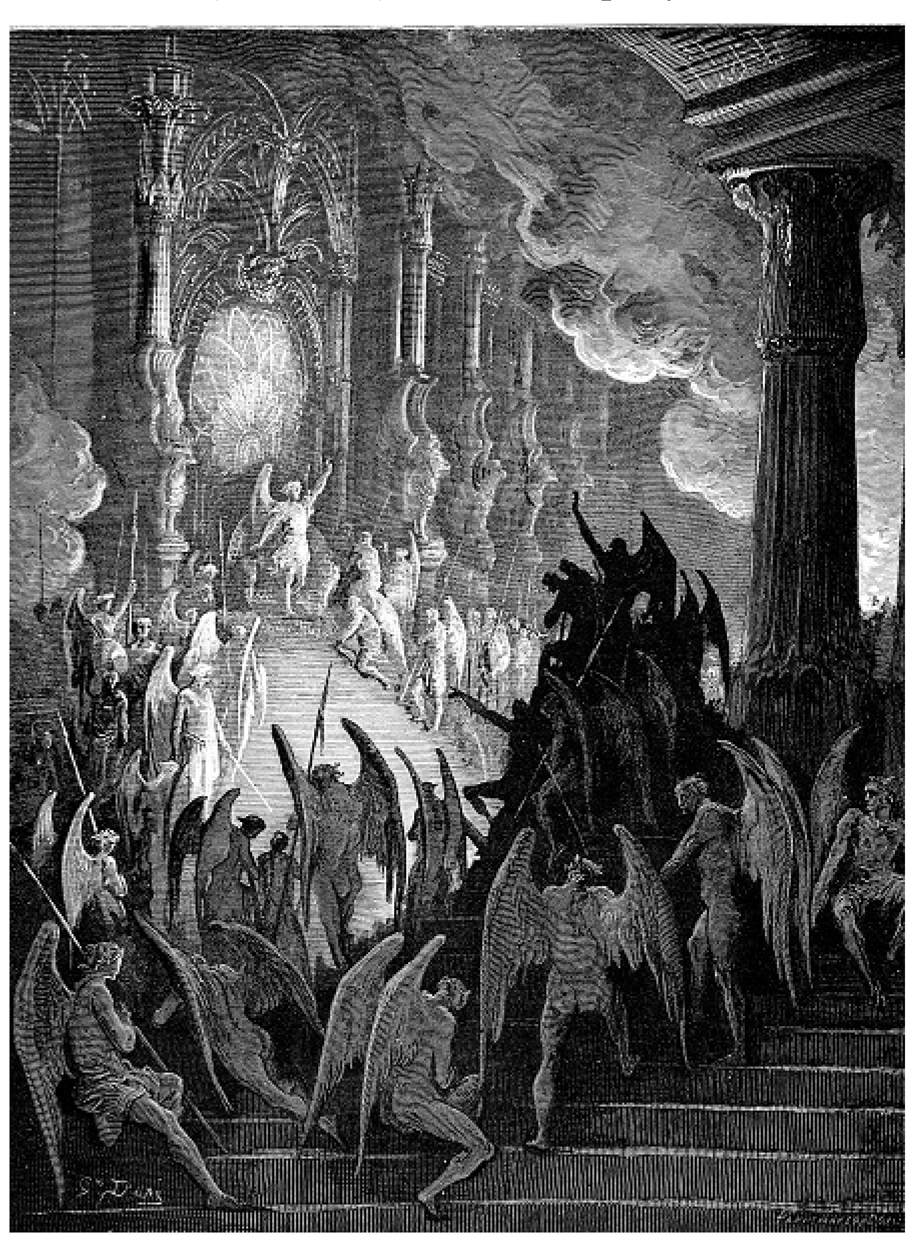


Ilustración de *El paraíso perdido*, de Milton, que escribía a menudo sobre el modo en que su Musa le dictaba poesía. Para la sensibilidad moderna, es tentador verlo como una simple metáfora. Sin embargo, los diarios de Milton muestran también lo mucho que le influyeron Böhme en sus descripciones del Paraíso y Fludd en su cosmología. Las obras de Milton también dejan claro que estaba acostumbrado a tener encuentros con seres incorpóreos: «[…] Si logro el auxilio de mi celeste protectora, que sin ser llamada acude a mí todas las noches y me dicta entre sueños, o me inspira fáciles rimas en las que yo no había pensado.»

Por fin ha llegado el momento de preguntar: ¿Qué es exactamente la alquimia?

La alquimia viene de muy lejos. Ya en los antiguos textos egipcios se habla de técnicas de destilación y metalurgia como procesos místicos. Cabe considerar que la mitología griega, como en el mito de la búsqueda del Vellocino de Oro, tiene un componente de significado alquímico, y Fludd, Böhme y otros han interpretado el Génesis desde ese mismo punto de vista.

Un rápido examen de los textos alquímicos tanto antiguos como modernos muestra que la alquimia, al igual que la cábala, es una congregación muy amplia. Si existe una gran «Obra» misteriosa, el acercamiento a ella se realiza a través de una notable variedad de códigos y símbolos. La Obra precisa Azufre, Mercurio y Sal en algunos casos, y en otros rosas, estrellas, la piedra filosofal, salamandras, sapos, cuervos, redes, el lecho matrimonial y signos astrológicos como el pez y el león.

Existen variaciones geográficas evidentes. En China, la alquimia parece dedicarse menos a la búsqueda de oro y más a la del elixir de la vida, la longevidad e incluso la inmortalidad. Asimismo, parece cambiar a lo largo de los siglos. En el siglo III, el alquimista Zozimos escribió que «el símbolo del arte químico (oro) surge de la creación, para aquellos que recuperan y purifican el alma divina encadenada a los elementos». En los primeros textos árabes, la Obra implica la manipulación de esos mismos Cuatro Elementos, pero en la alquimia europea, que hunde sus raíces en la Edad Media y que floreció en el siglo XVII, destaca un misterioso quinto elemento, la Quintaesencia.

Si empezamos a buscar principios unificadores, podemos observar de inmediato que hay períodos de tiempo o números de repeticiones prescritos para las diversas operaciones, la destilación, la aplicación de calor lento, etcétera.

Por lo tanto, existen paralelismos evidentes con la práctica meditativa, lo cual sugiere de inmediato que esos términos alquímicos pueden ser descripciones de estados subjetivos de conciencia más que el tipo de operaciones químicas que podrían realizarse en un laboratorio.

A propósito de esto, hemos visto también que en repetidas ocasiones se ha sugerido, sobre todo en fuentes rosacruces, que estas operaciones tienen a menudo el objetivo de influir en el sueño, y en la frontera entre el sueño y la vigilia. ¿Acaso tendrían que ver con los sueños visionarios o con los sueños lúcidos? ¿O bien con el hecho de llevar elementos de la conciencia dormida a la conciencia del estado de vigilia?

Existen también numerosos indicios de un componente sexual, desde la recurrente imagen de la Boda Química hasta las burlonas referencias de Paracelso al *azoth* (Mercurio). El *Codex Veritatis* recomienda en un comentario sobre el Cantar de los Cantares: «Colóquese al hombre rojo con su mujer blanca en una cámara roja calentada a temperatura constante.» Del mismo modo, los textos tántricos equiparan el Mercurio alquímico con el esperma.

Hay una escuela de pensamiento que interpreta los textos alquímicos como manuales de técnicas para conseguir que la serpiente kundalini ascienda desde la base de la columna vertebral, pasando por los chacras, hasta iluminar el Tercer Ojo.

Otra escuela, inspirada por Jung, concibe la alquimia como una especie de precursora de la psicología. Para argumentarlo, Jung se basó en un estudio del alquimista Gerard Dorn que se presta sin duda a esa interpretación, ya que éste es un alquimista de índole abiertamente psicológica.

«Primero transmuta la tierra de tu cuerpo en agua —afirma—. Eso implica que tu corazón, duro como una piedra, material y vago, debe volverse etéreo y estar alerta.» En Dorn se percibe tanto la práctica de ejercicio de las facultades humanas personales que apreciábamos en Ramon Llull como la mezcla de ejercitación esotérica y desarrollo moral que observábamos previamente en el budismo esotérico y la cábala.

Es evidente que existen prácticas alquímico-sexuales; las analizaremos en el capítulo veinticinco. Es perfectamente posible que haya textos alquímicos que traten de la elevación de la serpiente kundalini, pero en mi opinión no son cruciales para la edad de oro de la alquimia, que llegó a su punto álgido con los rosacruces y los masones.

La alquimia puramente psicológica de Jung reviste interés a su manera, pero carece totalmente de él desde la perspectiva esotérica, ya que pasa por alto el concepto de los viajes a los mundos espirituales y de la comunicación con seres incorpóreos.

Es evidente que la clave para entender la alquimia radica en los sorprendentes fenómenos que hemos expuesto en este capítulo. A Bacon, Newton y los demás adeptos rosacruces y masónicos les interesaba tanto la experiencia personal directa como la experimentación científica. En tanto que idealistas, les fascinaba aquello que conecta la mente y la materia, y al igual que todos los esotéricos, concebían esta sutil relación en función de lo que Paracelso denominaba *ens vegetalis*, o dimensión vegetal.

¿Acaso los estimulaba el hecho de que la dimensión vegetal pareciera no poder medirse e incluso ser indetectable por cualquier instrumento científico? Es posible, pero entonces lo que tal vez mantenía su interés y los impulsaba a seguir investigando era la creencia de que, al parecer, esa dimensión vegetal se había experimentado en todas las épocas y lugares, y, según una antigua tradición real que habían seguido muchos de los grandes genios de la historia, se podía manipular.

Roger Bacon, Francis Bacon, Isaac Newton y otros habían desarrollado un procedimiento científico experimental. Trataron de encontrar leyes universales para dar sentido al mundo observado del modo más objetivo posible. Ahora se aplicaba la misma metodología a la vida observada del modo más subjetivo posible, y el resultado fue una ciencia de la experiencia espiritual, la verdadera esencia de la alquimia. El oro que obtuvieron como fruto de sus experimentos era un oro espiritual, una forma evolucionada de la conciencia que implicaba que ya no les interesaba una simple riqueza mundana asociada a la obtención de metales.

En la edad de oro de la alquimia, el Azufre representa la dimensión animal, el Mercurio es la dimensión vegetal, y la Sal la dimensión material. Estos tres aspectos se centran en diferentes partes del cuerpo: la animal abajo, en los órganos sexuales, la vegetal en el plexo solar y la Sal en la cabeza. En la filosofía esotérica, se considera que la voluntad y la sexualidad están profundamente entrelazadas. Ésta es la parte sulfúrea. El Mercurio, la parte vegetal, es el reino de los sentimientos, mientras que la Sal es la emanación del pensamiento.



El alquimista, de William Hogarth.

En los textos alquímicos, el Mercurio es el mediador entre el Azufre y la Sal.

En la primera fase del proceso, debe ejercitarse la dimensión vegetal para alcanzar el primer estadio de la experiencia mística, la entrada de la Matriz, el mar de luz que es el mundo entre los mundos.

La segunda fase es lo que a veces se denomina la Boda Química, cuando la delicada figura femenina del Mercurio hace el amor con el Azufre, rojo, duro y rígido.

Al meditar repetidamente y durante largos períodos de tiempo sobre las imágenes que inspiran un sentimiento amoroso (se tarda veintiún días en que cualquier ejercicio produzca un cambio material en la fisiología humana), el candidato inicia un proceso de cambio que penetra en la Voluntad obstinada.

Si logramos hacer realidad nuestros deseos egoístas, los deseos sexuales, los espirituales, renacerá el ave de la resurrección, el Fénix. Si nuestro corazón se deja arrebatar por esas energías transformadas, se convertirá en un centro de poder. Cualquiera que haya conocido a una persona realmente santa habrá sentido el gran poder que irradia un corazón transformado.

El amor fascinaba a los alquimistas de esa edad de oro. Sabían que el corazón es un órgano de percepción. Cuando miramos a un ser amado, vemos cosas que otra gente no es capaz de ver, y el iniciado que se ha sometido a una transformación alquímica ha tomado a conciencia la decisión de ver el mundo de ese modo. Un adepto ve la forma en que funciona realmente el mundo de un modo que se nos niega al resto.

Por lo tanto, si persistimos en nuestros propios ejercicios espirituales alquímicos, si logramos purificar la barrera material que nos separa de los mundos espirituales, a lo cual nos insta el místico francés Saint-Martin, aumentarán nuestros

propios poderes de percepción. En el primer caso, los mundos espirituales empezarán a destacar en nuestros sueños de una forma menos caótica de lo que es habitual y de un modo más significativo. Las investigaciones de los espíritus, primero en forma de presentimientos o intuiciones, empezarán a invadir también nuestro estado de vigilia. Comenzaremos a detectar la acción y el funcionamiento de las leyes más profundas bajo la superficie de las cosas.

Por ejemplo, en la alquimia de Ramon Llull y Saint-Martin, específicamente cristiana, el espíritu Sol que transforma el cuerpo humano en un radiante cuerpo lumínico se identifica con el personaje histórico de Jesucristo. En otros sistemas de creencias, aunque no se haga esta identificación histórica, se describe el mismo proceso. El sabio indio Ramalinga Swamigal escribió: «¡Oh, Dios! Me has mostrado amor eterno al concederme el cuerpo de oro. Al fusionarte con mi corazón, has alquimizado mi cuerpo.»

Estos fenómenos, recogidos por escrito en diferentes culturas, muestran que el Tercer Ojo está empezando a abrirse.

Sería demasiado fácil interpretar todo esto como una especie de misticismo confuso. Sin embargo, las narraciones sobre científicos como Pitágoras y Newton sugieren que mediante estos tipos concretos de estados de alteración de conciencia podían descubrir nuevos aspectos del mundo, ver su funcionamiento interno y entender patrones que tal vez son demasiado complejos o demasiado grandes como para que la mente humana los asimile en su estado de conciencia habitual, regido por el sentido común. La alquimia dota a quienes la practican de una inteligencia sobrenatural.

Una palabra habitual en los textos alquímicos es VITRIOL, el acrónimo de *Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem* (visita el interior de la Tierra para encontrar la piedra secreta). Cuando los documentos alquímicos recomiendan visitar el interior de la Tierra, se están refiriendo a que se ahonde en el propio cuerpo. Por lo tanto, la

alquimia se ocupa de la fisiología oculta. Al adquirir un conocimiento activo de su propia fisiología corporal, el alquimista era capaz de obtener cierto grado de control sobre su cuerpo. Se decía que los grandes alquimistas, como Saint Germain, eran capaces de vivir tanto tiempo como quisieran.

Sin embargo, a un nivel más realista, los alquimistas también podían realizar avances científicos de tipo práctico. Hemos visto cómo algunos de estos hombres contribuyeron al avance de la medicina moderna. En estados de alteración de conciencia, personajes como Paracelso y Van Helmont fueron capaces de solventar problemas médicos y determinar tratamientos que superaban los conocimientos de la profesión médica de la época. Al profundizar en sí mismos, esos iniciados vieron el Mundo Exterior con una claridad sobrenatural. Para expresarlo en términos cabalísticos, el hombre es la síntesis de todos los Nombres Sagrados. Por lo tanto, todo el conocimiento está contenido dentro de nosotros mismos si aprendemos a interpretarlo. *Los Yoga Sutras de Pantanjali* mencionan el hecho de viajar a los cielos y el de encogerse hasta hacerse del tamaño de la partícula más pequeña, como algunos de los poderes con los que se ven recompensados quienes practican sus técnicas arcanas. Los adeptos hindúes siguen afirmando ser capaces de viajar a los confines más remotos del cosmos, y también de concentrar sus poderes de percepción para llegar a ver hasta el nivel atómico.

Se trata de grandes *siddhis*, o «excelencias». Sin duda, fueron las excelencias las que permitieron que los sacerdotes iniciados de la Antigüedad percibieran la tercera estrella en el sistema de Sirio, entendieran la evolución de las especies y comprendieran también la morfología y función de la glándula pineal.

No obstante, ¿es posible que en la actualidad creamos en la eficacia de ese tipo de estados de alteración de conciencia? ¿Acaso no es más probable que los concibamos como un declive de la inteligencia que nos hace menos conscientes, más propensos a ser engañados?

Voy a poner un contraejemplo a la visión racional que me planteó por primera vez Graham Hancock mientras trabajaba en su revelador libro sobre chamanismo, *Supernatural* (Sobrenatural).

Cada célula humana tiene enrollada en su interior una hebra de doble cadena con tan sólo diez moléculas a lo ancho, pero de aproximadamente dos metros de longitud, que contiene toda la información genética necesaria para la composición de ese individuo. Toda célula viva del planeta tiene una versión de esa hebra, pero las que contienen las células humanas son las más complejas, ya que llevan un mensaje codificado de alrededor de tres mil millones de caracteres. Estos caracteres contienen instrucciones heredadas que permiten a las células organizarse en patrones que dan origen a cada ser humano en particular.

Los científicos se dieron cuenta de que estos miles de millones de caracteres tienen, al parecer, patrones relacionales muy complejos, una estructura profunda que podía ser interpretada. Este presentimiento se confirmó mediante un análisis estadístico. Pero fue Francis Crick, un brillante biólogo de Cambridge, quien descifró el código, descubriendo la estructura de doble hélice, lo que les hizo ganar, a él y a su compañero James Watson, el Premio Nobel y dio el pistoletazo de salida a la medicina genética moderna.

Lo que es relevante para la historia secreta es que aunque Crick, que yo sepa, no tenía relación con las sociedades secretas, tuvo su momento de inspiración y descubrió la estructura del ADN mientras se encontraba sumido en un estado de alteración provocado por el consumo de LSD. Como hemos visto, desde la época de las escuelas de los misterios se han usado los alucinógenos como parte de las técnicas para alcanzar estados superiores de conciencia y entender otras realidades.

Lo que resulta aún más curioso es que, más tarde, Crick publicara un libro llamado *Life Itself: Its Origin and Nature*, en el que sostenía que la compleja estructura del ADN no podía haberse originado por casualidad. Como otro estudioso anterior, también de Cambridge, Isaac Newton, creía que el cosmos guardaba en sus profundidades mensajes en clave sobre nuestros (y sus) orígenes, que habían sido colocados allí para que los descifrásemos cuando nuestra inteligencia hubiera evolucionado lo suficiente.

¿Cuál es la moraleja de esto? Eso preguntaba siempre la duquesa de *Alicia en el País de las Maravillas*.

Lo que se encuentra fuera de lo colectivo es el reino de lo demoníaco, el reino de los dioses y los ángeles. Sin embargo, este reino lo es también de lo innovador, del progreso, y de lo que satisface nuestra necesidad profunda e insaciable de lo infinito. La historia demuestra que quienes han trabajado en las propias fronteras de la inteligencia humana han llegado a ese lugar en estados de conciencia alterados.

24. LA ERA DE LA MASONERÍA

Christopher Wren • John Evelyn y el Alfabeto de Deseo • El triunfo del materialismo • George Washington y los planes secretos de la Nueva Atlántida

Si la alquimia era la práctica central que conectaba a rosacruces y masones, el aspecto externo de estas sociedades era bastante diferente.

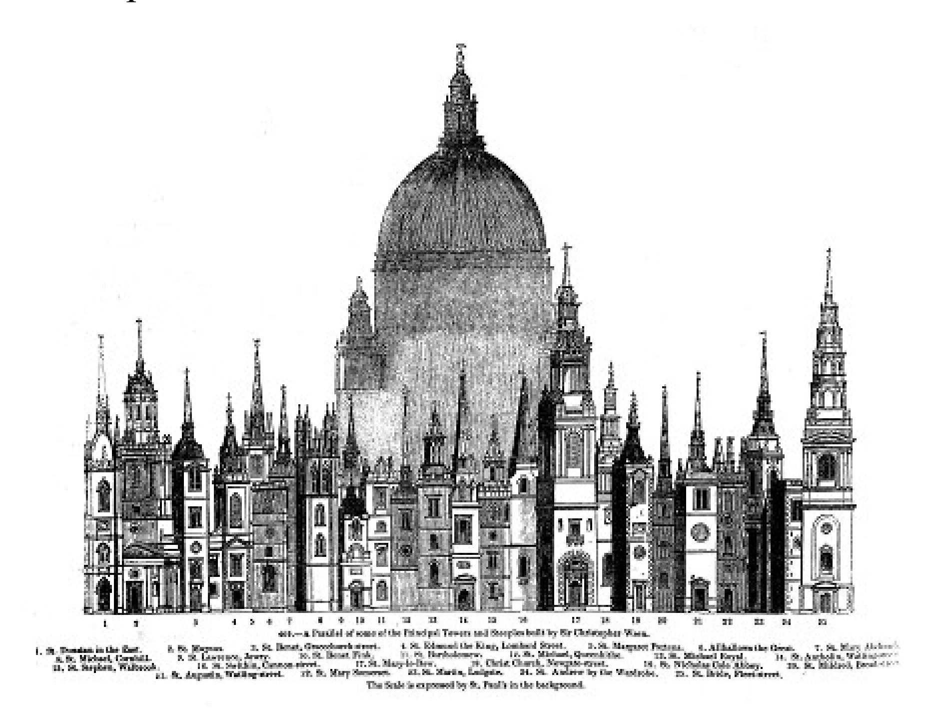
La hermandad original está formada tan sólo por ocho hermanos rosacruces, y muchos decían que su «Casa del Espíritu Santo» existía en otro plano. Las generaciones posteriores siguieron siendo lo suficientemente esquivas como para dar pie a sugerir que había sólo una cantidad reducida de hermanos.

En cambio, la masonería se expandió rápidamente por el mundo, reclutando a miles de individuos y, más tarde, a cientos de miles. En la actualidad, incluso aunque no pregona su existencia a los cuatro vientos, existe una logia masónica importante en casi todas las grandes ciudades. Quienes no se cuentan entre sus miembros saben dónde está, aunque no sepan lo que ocurre en su interior.

Tras el catastrófico intento de los rosacruces de participar en acciones políticas directas, que culminó en la batalla de la Montaña Blanca, los masones operaban entre bastidores. En vez de tratar de imponer reformas desde arriba, recurrieron a los objetivos originales de las sociedades secretas, influir desde abajo.

En el caso de la masonería, el propósito era, en parte, favorecer las condiciones sociales que llevarían a la población a una fase de desarrollo en la que estuviese preparada para la iniciación. Los masones se esforzaron por crear una sociedad tolerante y próspera, con un grado de libertad social y económica que daría a la población la oportunidad de explorar mejor tanto el cosmos externo como el interno. La evolución

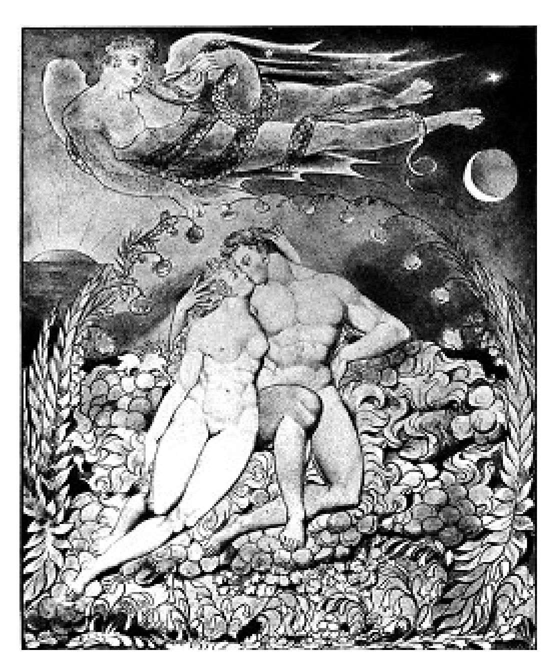
del libre albedrío daría origen a muchos de los importantes cambios previstos en *La Nueva Atlántida* de Francis Bacon, su visión del perfecto estado rosacruz.



La catedral de St. Paul, en Londres. El famoso diarista John Evelyn ayudó a su compañero masón Christopher Wren en los planos de la catedral y en la reconstrucción de Londres después del Gran Incendio de 1666. Evelyn y Wren presentaron a Carlos II un nuevo trazado de calles para la ciudad de Londres, que acababa con la antigua disposición caótica. El nuevo trazado seguiría el patrón del Árbol de la Vida cabalístico. En el plano, la catedral de San Pablo está situada en Tiferet, el «corazón» del árbol, asociado con Jesucristo en la cábala cristianizada.

Impulsada por Bacon, la población había empezado diferenciar el cosmos interno del externo, gracias a lo cual empezó a entenderse el mundo material y su modo de operar, lo cual no hubiera sido posible en otras circunstancias. Transcurridas unas pocas décadas, esta comprensión hizo que el mundo se cubriera de metal, puesto que el ferrocarril y la maquinaria industrial transformaron el paisaje.

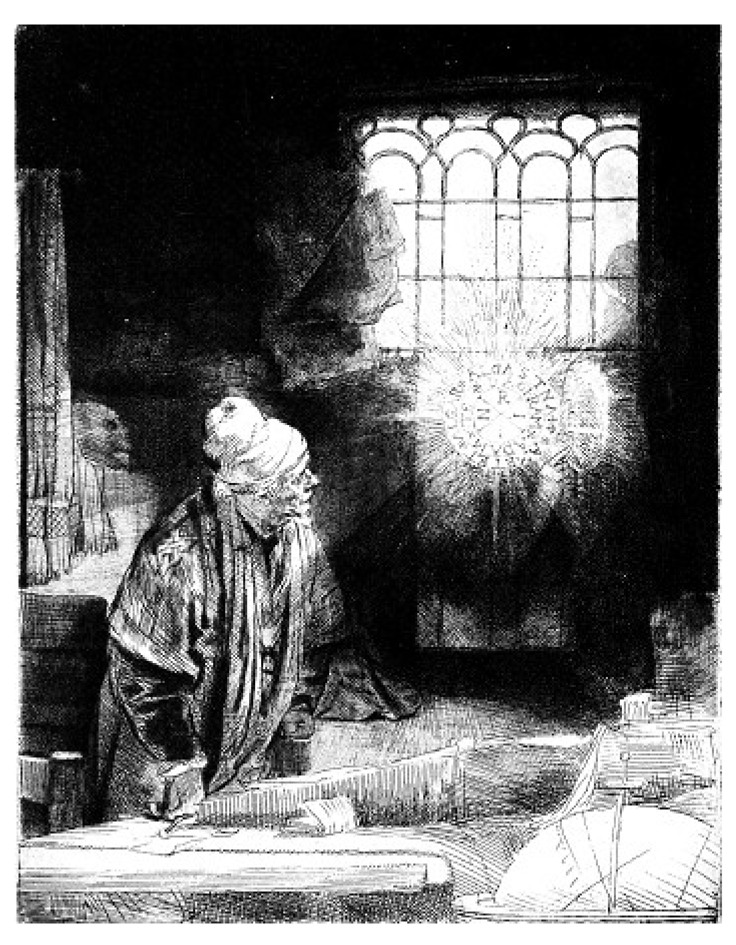
Lo bueno de la ciencia era que funcionaba. Producía resultados fiables que podían comprobarse, además de beneficios tangibles y trascendentales.



A veces, los cuadros de Blake muestran cuerpos desnudos que adoptan la forma de letras del alfabeto hebreo. William Blake era masón, como los más célebres Christopher Wren y John Evelyn. Estos respetables masones, miembros de la Royal Society, famosa por sus buenas obras y por su obras públicas, sabían mantener en secreto sus intereses esotéricos. Sin embargo, lo que John Evelyn no incluyó en los diarios escritos para ser publicados fue que había tenido una novia «seráfica» o cabalística treinta años más joven, a la que había enseñado técnicas secretas de meditación. John Evelyn inició a Margaret Blagge en ejercicios cabalísticos basados en la manipulación imaginativa del alfabeto hebreo de Abraham Abu-l-Afiya. Estos ejercicios consistían en imaginar cuerpos desnudos realizando contorsiones eróticas para adoptar la forma de las letras hebreas. Margaret empezó a experimentar estados de trance extáticos. De algún modo, se anticipó al artista del siglo XX Austin Osman Spare, cuyo *Alfabeto de Deseo* se basaba en la correspondencia entre los movimientos internos de los impulsos sexuales y su forma externa, manifestada en sellos cabalísticos o fetiches eróticos y cargados de magia.

El contraste con la religión no podía haber sido más acusado. La Iglesia ya no era una fuente fiable de experiencia espiritual. El filósofo escocés David Hume preguntaba con sarcasmo: «¿Por qué los milagros sólo pasan en épocas y lugares remotos?»

La consecuencia de todo esto fue que los objetos físicos se convirtieron en el patrón de la realidad.



Un mago tiene una visión cabalística en su estudio. Rembrandt pintó algunos cuadros de contenido explícitamente esotérico, pero su mayor contribución a la evolución de la conciencia fue su serie de autorretratos. Éstos muestran, con más claridad que ninguna otra cosa, el espíritu humano que es consciente de estar atrapado en un cuerpo de carne que envejece.

El mundo interior empezó a parecer tan sólo un vago reflejo o la sombra del exterior. En el debate central de la filosofía, el del idealismo frente al materialismo, el idealismo había ostentado una posición de dominio desde los albores de la filosofía. Como he sugerido, esto seguramente no se debía a que la mayoría de la gente hubiese sopesado los argumentos de ambas partes y se hubiese decantado por el idealismo, sino a que había experimentado el mundo con un tipo de conciencia idealista.

En este momento se dio un giro decisivo a favor del materialismo.

Quizá consideremos al doctor Johnson, autor del primer diccionario inglés, como un personaje de transición. Este cristiano practicante aceptaba la existencia de fantasmas y, en

una ocasión, oyó a su madre llamarlo a una distancia de más de cien kilómetros, si bien fue uno de los apóstoles de la visión racional de la vida que es la filosofía imperante en la actualidad. Una vez, paseando por una calle londinense, se le retó a impugnar el idealismo del filósofo Berkeley. Dio una patada a una piedra, lanzándola a un lado de la calzada, y dijo: «¡Así lo refuto!»

Esta nueva forma de ver las cosas era muy negativa para la religión. Si la naturaleza obedecía determinadas leyes universales que seguían líneas uniformes y predecibles, entonces era indiferente al destino de los seres humanos. La vida, como decía Thomas Hobbes, es «la guerra de todos contra todos».

El erial en que se convirtió Europa central tras la guerra de los Treinta años pasó a ser el páramo espiritual de Occidente. Si se comparte esa visión, es posible que se vea el declive de la religión con sardónico júbilo, pero para la mayoría de la población, la retirada gradual de los mundos espirituales fue vivida con un creciente sentimiento de alienación. Sin contar con la viva presencia de seres de las jerarquías superiores de dioses y ángeles que la ayudara, la gente tuvo que enfrentarse sola a sus propios demonios (y a los demonios).

La humanidad estaba entrando en una nueva Edad Oscura. Aparecieron templos neosalomónicos por todo el mundo. El objetivo esotérico de la masonería habría sido justamente ése: ayudar a guiar a la humanidad por la era del materialismo a la par que mantenía viva la llama de la auténtica espiritualidad.

Por supuesto, a menudo se piensa que la masonería es atea, opinión que profesan sobre todo sus enemigos de la Iglesia, pero un masón suele prestar juramento de «estudiar los secretos ocultos de la Naturaleza y la Ciencia con el fin de conocer mejor a su Creador».

Desde el principio, los masones querían deshacerse de la religión irreflexiva, de la falsa religiosidad y de siglos de práctica y dogma eclesiásticos, sobre todo la primitiva idea de una figura paterna vengativa. Sin embargo, las órdenes superiores han buscado siempre una experiencia personal directa de los mundos espirituales. En tanto que filósofos, siempre les ha interesado tratar de definir lo que podemos decir con sensatez acerca de la dimensión espiritual de la vida.

Como estamos a punto de ver, numerosos masones del siglo XVIII a los que se suele tachar de escépticos, si no de totalmente ateos, eran alquimistas practicantes (y algunos incluso llegaron a participar en rituales mágicos). Por otra parte, los grandes masones de este período eran reencarnaciones de personajes importantes de un pasado lejano que regresaban para librar la mayor de las batallas contra las fuerzas del mal desde la primera guerra en el cielo.

Si bien los masones escoceses e ingleses respaldaban una monarquía constitucional vinculada a un parlamento democrático, la situación era muy diferente en las colonias americanas.

George Washington se inició en 1752.

El 16 de diciembre de 1773, un grupo de hombres, aparentemente indios nativos americanos, influyeron en gran medida en la inspiración de la Revolución americana. Después de tirar cargamentos de té británico a las aguas del puerto de Boston, corrieron de vuelta a la logia masónica de St. Andrews…

En 1774, Benjamin Franklin conoció a Thomas Paine en una logia londinense y le instó a emigrar a Norteamérica. Aficionado a citar a Isaías, Paine se convirtió en el gran profeta de la Revolución, propuso la creación de una federación de estados y acuñó la expresión: «Los Estados Unidos de América.» Abogó por la abolición de la esclavitud y por la financiación pública de la educación para los pobres.

En 1775, miembros del Congreso Colonial se hospedaron en una casa en Cambridge, Massachusetts, con el objetivo de diseñar la bandera estadounidense. George Washington y Benjamin Franklin se encontraban presentes, al igual que un anciano profesor, que parecía estar allí por casualidad. Para sorpresa de los demás, Washington y Franklin seguían los consejos de ese hombre. Al parecer, lo reconocían como su superior sin reservas, y todas las sugerencias que el profesor hizo para el diseño de la bandera se adoptaron en seguida. Después desapareció y nunca más se le volvió a ver ni se volvió a oír hablar de él. ¿Acaso ese desconocido era uno de los Maestros Ocultos que dirigen la historia del mundo?

Por la forma que tiene cada una de ellas y por el modo en que están dispuestas, las estrellas de cinco puntas de la bandera recuerdan a los símbolos que hay en el techo de una cámara en la pirámide egipcia de Unas. En Egipto, éstas eran un símbolo de los poderes espirituales que irradiaban desde arriba su influencia guiadora y sustentadora en la historia humana.

Si insistimos, con todas las pruebas en contra, en que la masonería es una organización atea, espiritual únicamente en un sentido moderno y carente de significado, no lograremos entender cómo sus líderes se sintieron impulsados por poderes misteriosos (algunos encarnados, como el anciano profesor, y otros, espíritus incorpóreos de las estrellas).

La estructura de la masonería evoluciona a partir de una tradición mágica oculta que invocaba a los espíritus incorpóreos y que se remonta al Antiguo Egipto. «Cuando todos los materiales estén preparados y a punto, aparecerá el arquitecto», se dice.

En las puertas del edificio del Capitolio, en Washington, D. C., hay una representación de la ceremonia masónica que se celebró en 1793, cuando George Washington colocó su primera piedra. Si nos fijamos en los planos de Washington para la capital que llevaría su nombre, con este edificio en su

centro, podemos empezar a entender los planes secretos de la masonería para esa época. La clave para comprenderlos es la astrología, lo cual chocará tal vez a quienes les gustaría considerar a Washington un modelo de fervor cristiano.

El interés de la masonería por la astrología hundía profundamente sus raíces en la Royal Society. Cuando se cuestionaba a Newton sobre el tema, decía: «Señor, yo he estudiado el tema. Usted no.» Elías Ashmole había elaborado un horóscopo para la fundación de la Bolsa en Londres, que pronto se convertiría en el centro mundial de las finanzas, así como para la catedral de St Paul. Cuando George Washington pidió que le hicieran un horóscopo para la fundación del edificio del Capitolio, actuaba en consonancia con una creencia masónica solemne que proyectaba la historia de la humanidad según los movimientos de las estrellas y los planetas.

Para los masones esotéricos, como Wren y Washington, el hecho de consagrar la primera piedra en un momento en que los astros eran propicios, implicaba que se invitaba a las jerarquías de seres celestiales a participar en la ceremonia.

Resulta significativo que en el mismo momento en que George Washington ponía la primera piedra del edificio del Capitolio, Júpiter se elevaba por el este. La expresión «Annuit Coeptis» que aparece suspendida encima de la pirámide del billete de dólar, está adaptada de un verso de la *Eneida* de Virgilio: «Favorece, Júpiter, nuestra empresa primera.»

La expresión «Novus Ordo Seclorum», que está incluida también en el billete de dólar y que tanto preocupa a los teóricos de la conspiración, también está adaptada de Virgilio. En las *Églogas*, el poeta espera con impaciencia la llegada de una nueva era en la que la gente se reunirá con los dioses y no habrá necesidad de tener ninguna religión. Por lo tanto, el billete de dólar espera con impaciencia el fin del dominio mundial de la Iglesia católica y el inicio de una nueva era espiritual. Repleto de simbolismo esotérico, fue diseñado bajo

los auspicios del presidente Roosevelt, masón de trigésimo tercer grado, que se dejó aconsejar en lo que respecta al simbolismo oculto por su vicepresidente, Henry Wallace, masón y discípulo del teósofo y artista Nicholas Roerich.

Tras años de investigación, y después de haber tenido acceso a los archivos masónicos, mi viejo amigo David Ovason ha escrito un libro magistral en el que revela en un lenguaje totalmente accesible los planes esotéricos que han motivado a los dirigentes estadounidenses. Ovason explica cómo Washington y Latrobe querían que un gran triángulo de calles con la avenida Pennsylvania como hipotenusa imitara la constelación de Virgo. Además, demuestra que en un increíble espectáculo de luz que rivaliza con las mayores proezas de los egipcios, Washington está trazada de forma que el 3 de agosto de cada año, el sol recorre la avenida Pennsylvania y choca con la cúpula en forma de pirámide de la torre de la oficina de correos. Se requiere todo un libro (el de David) para dar una explicación completa. Lo que es importante para esta historia, y nos ayuda a condensar sus temas principales, es que Washington, D. C., estaba diseñada para dar la bienvenida a Isis, la diosa asociada a Virgo. Por lo tanto, George Washington construyó su ciudad bajo el signo de Virgo, invitando a la Diosa Madre a intervenir en el destino de Estados Unidos.

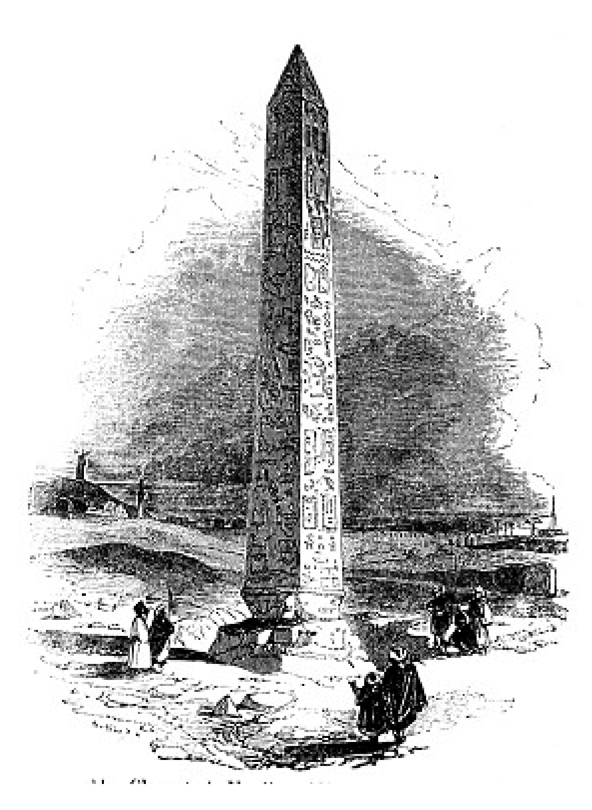
Otro viejo amigo, Robert Lomas, ha puesto de manifiesto una orientación más específicamente masónica. Al inicio del ciclo de Venus, de ocho años, el brillante Lucero del Alba puede verse desde la Casa Blanca, elevándose por encima de la cúpula del Capitolio. Al anochecer de ese día de febrero (el día 6 o en torno a esa fecha), el presidente podrá ver el Zodiaco, el Sagrado Arco Real de los Masones, tal como aparecía en la consagración del templo de Salomón.

Hemos visto que en el seno de las sociedades secretas se enseñan técnicas asimismo secretas para alcanzar estados de alteración de conciencia. Los distintos grados de iniciación dan lugar a diferentes grados de alteración. Los niveles

superiores pueden conceder el don de la profecía. Los grandes iniciados poseen un conocimiento tan exhaustivo de los espíritus superiores y de sus planes para la humanidad que son capaces de actuar con plena conciencia para ayudar a que se cumplan esos planes.

Los iniciados de diferentes doctrinas esotéricas y de distintas partes del mundo llevan tiempo prediciendo el inicio de una nueva era. Joaquín, Dee y Paracelso vaticinaron el regreso de Elías, que actuaría entre bastidores para ayudar a la humanidad a fortalecerse lo suficiente como para enfrentarse a las pruebas a las que debe someterse. Al invitar a la Diosa Madre a participar en el destino de Estados Unidos, queda claro que Washington esperaba con impaciencia la llegada de una nueva era, un nuevo plan providencial. Estados Unidos dominaría el mundo (si las importantes oraciones en piedra de Washington recibían respuesta y las antiguas profecías se hacían realidad).

El abad Tritemio, influido por Joaquín e influyendo a su vez tanto en Cornelio Agrippa como en Paracelso, había vaticinado que a la era de Gabriel, el Arcángel de la Luna, le seguiría la era de Miguel, Arcángel del Sol. Y predijo que este importante acontecimiento tendría lugar en 1881.



La *Cleopatra's Needle* (Aguja de Cleopatra) poco antes de ser transportada a Londres.

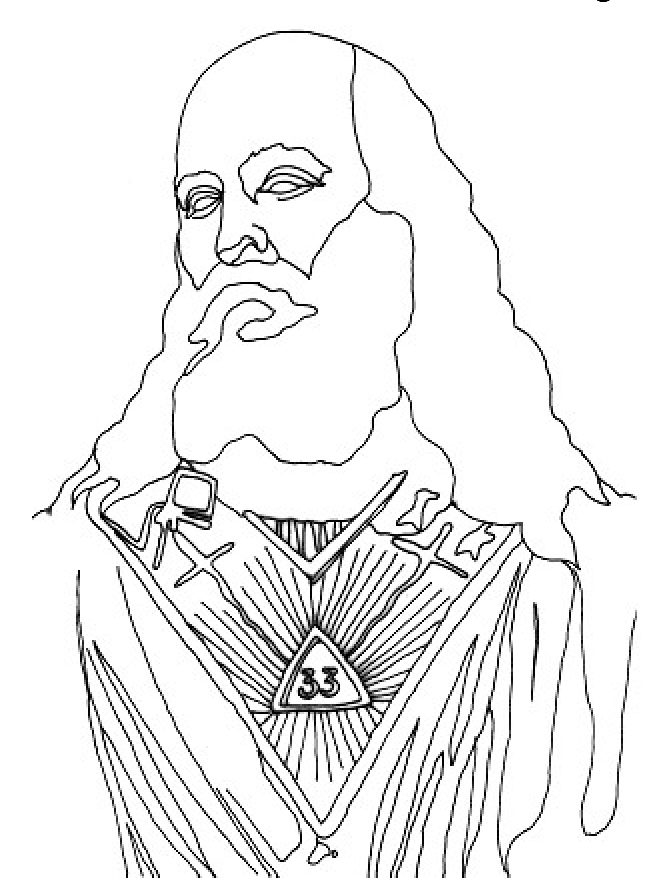
En el tercer capítulo veíamos cómo san Miguel había luchado con todo su empeño contra las fuerzas del mal, capitaneando las huestes de ángeles buenos. Los masones de los siglos XVIII y XIX predijeron el regreso de san Miguel, Arcángel del Sol.

Miguel volvía para luchar contra las fuerzas de los ángeles y demonios corruptos que se había vaticinado que asolarían la Tierra a finales del siglo XIX y principios del XX.

La derrota de esas fuerzas por parte de Miguel (con ayuda humana) llevaría al fin de la Kali Yuga (Edad Oscura) de los hindúes, que se había iniciado en el año 3102 a. J.C. con el asesinato de Krisna. Las *yugas* vienen determinadas por la astronomía; una *yuga* es una división de un Gran Año, que consta en total de ocho *yugas*.

De hecho, los astrólogos iniciados de los masones se dieron cuenta de que Tritemio había cometido un pequeño error en sus cálculos astronómicos/astrológicos y que la era de

Miguel tenía que empezar en 1878. Conforme se acercaba ese año, los masones de todo el mundo planearon la construcción de monumentos. Su intención era sobre todo erigir obeliscos.



Dibujo de un busto de Albert Pike, gran maestre e iniciado. La estrella masónica con 33 rayos se exhibe de un modo prominente en los monumentos públicos de las ciudades de todo el mundo. Hemos encontrado el número 33 en clave en las obras de Bacon y Shakespeare y en los «Manifiestos rosacruces». Aparece, asimismo en clave, en las tumbas de Shakespeare y Fludd, traductor de la versión autorizada de la Biblia. Jesucristo vivió treinta y tres años. La relevancia de este número es uno de los secretos más antiguos y más celosamente guardados de la filosofía esotérica. Treinta y tres es el ritmo del reino vegetal del cosmos, la dimensión que controla las interacciones entre los mundos espirituales y el mundo material. Lo que más se acerca a una referencia explícita se encuentra quizá en *Las metamorfosis* de Ovidio, donde se explica que el espíritu de César asesinado sale por sus 33 heridas. El secreto del número 33 se refiere a la cantidad de puertas que puede atravesar el espíritu humano entre el mundo material y los mundos espirituales. Sólo tienen un conocimiento práctico de estas vías los iniciados de máximo nivel, ya que les permite entrar y salir discretamente del reino material.

Los egipcios creían que el obelisco era una estructura sagrada en la que se posaría el ave Fénix para marcar el fin de una civilización y el inicio de otra. El obelisco es el símbolo del nacimiento de una nueva era. En tanto que gigantesco conductor de rayos, atrae la influencia espiritual del sol.

Constantino el Grande había convertido un templo de Alejandría en una iglesia, reconsagrando al arcángel Miguel los obeliscos dedicados a Tot o Hermes que se erigían fuera del edificio. En 1877, los masones de ambos lados del Atlántico se unieron para transportar esos dos obeliscos por mar, uno de ellos a Londres, donde se elevaría en el embarcadero de Victoria frente al Támesis, la famosa Aguja de Cleopatra. Allí se erigiría el 13 de septiembre de 1878, cuando el sol se encontrara en su cenit. Su obelisco gemelo se colocó en el Central Park de Nueva York, en un acto organizado por un grupo de masones encabezado por miembros de la familia Vanderbilt.

Como hemos visto, Miguel era el capitán de las huestes celestiales, y la transición de un orden a otro siempre está marcado por las guerras. Y dado que lo que sucede en la Tierra es siempre un reflejo de lo que ha sucedido antes en los mundos espirituales, en el cielo se libraría una gran guerra antes de librarse luego en el plano terrenal. Cuando los masones erigieron el obelisco del Central Park neoyorquino, invocaban a san Miguel y a todos sus ángeles pidiéndoles ayuda, ya que querían establecer el liderazgo de Estados Unidos en la era bélica que pronto iba a empezar.

Es posible que a algún lector se le haya ocurrido ya que los obeliscos se colocan de forma igualmente destacada en contextos eclesiásticos, por ejemplo el obelisco erigido por el artista iniciado Gianlorenzo Bernini en la plaza de San Pedro en Roma.

Los niveles superiores de la jerarquía eclesiástica quieren evitar que su congregación tenga un conocimiento consciente de las raíces astrales de su religión.

Sin embargo, estos monumentos actúan a distintos niveles. Atraen a los seres incorpóreos de las jerarquías espirituales. Influyen en el subconsciente de la población, a los niveles en que los grandes seres incorpóreos entran y salen de

su espacio mental. Los iniciados de dentro y fuera de la Iglesia crean grandes obras artísticas y arquitectónicas para ayudar a preparar a la humanidad para su futura evolución.

También dejan suficientes pistas para quienes están dispuestos a descifrarlas.

25. LA REVOLUCIÓN MÍSTICO-SEXUAL

Cardenal Richelieu • Cagliostro • La identidad secreta del conde de Saint Germain • Swedenborg, Blake y las raíces sexuales del romanticismo

…Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, el ascenso hacia la supremacía de Estados Unidos era sólo una visión mística. A finales del siglo XVII y en el XVIII, fue Francia la que se convirtió en la nación más poderosa e influyente. El bien y el mal extremos, los estoques y las lenguas viperinas, decidían el destino del mundo en los pasillos del Louvre, en aquel entonces Versalles.

Quizá sea relevante el hecho de que, aunque Descartes se pasó muchos años estudiando a los rosacruces, llegando incluso a viajar a Alemania para intentar seguirles la pista, nunca tuvo éxito en su empresa. Presa de las visiones, es evidente que, a diferencia de Newton, no era experto en las técnicas alquímicas que podían permitir el acceso de forma repetida, e incluso tal vez controlada, a los mundos espirituales.

En colaboración con el matemático y teólogo Marin Mersenne, cuyo patrón era Richelieu, Descartes desarrolló una filosofía racionalista, un sistema de razonamiento cerrado que excluía la necesidad de recurrir al reino de los sentidos.

La filosofía de Descartes y Mersenne contribuyó al desarrollo de una nueva forma de cinismo, la cual permitió que una sucesión de diplomáticos y políticos franceses mostraran fácilmente su superioridad frente a sus adversarios. Tal vez llevaran ropa muy similar, aunque bastante más a la moda que sus contemporáneos de Alemania, Italia, Holanda, España o Inglaterra, pero la diferencia en cuanto a conciencia era tan abismal como la que separaba a los conquistadores de los aztecas.



Et in Arcadia ego (o *Los pastores de Arcadia*), de Nicholas Poussin. La relación de Poussin con el misterio de Rennes-le-Château ha generado mucha especulación sobre sus intereses esotéricos. Sin embargo, buscar tendencias rosacruces, como han hecho algunos, es errar el tiro. El mentor espiritual de Poussin era el jesuita Atanasio Kircher, tal vez el estudioso del esoterismo más importante del siglo XVII. Kircher, el egiptólogo más erudito de la época, se dedicó a verificar la filosofía perenne y la historia secreta universal codificada en los textos egipcios, la Biblia y las creencias clásicas, representadas aquí por una alusión a un episodio de la obra de Virgilio. El pastor agachado está señalando (en una tumba que existía en la época de Poussin, aunque se ha destruido recientemente) una inscripción que confirma la historia secreta contada en este libro. *Los pastores de Arcadia* se refiere incluso al momento clave en la historia que se explica en el quinto capítulo, cuando la idílica vida vegetal de la humanidad fue invadida por el deseo animal y la muerte. Ésta fue la Caída de la Diosa Madre. En el cristianismo esotérico, María Magdalena era la encarnación de la diosa, redimida por su Amado. Como veíamos, María Magdalena pasó los últimos años de su vida en el sur de Francia, según cree la tradición eclesiástica. Por lo tanto, lo que Poussin señalaba aquí, explícitamente, era la tumba de María Magdalena.

La corte francesa fue la más espléndida de toda la historia de la humanidad, no sólo en lo material, sino también en su refinamiento cultural. Hermosa y despiadada, interpretaba ingeniosamente que todas las acciones humanas estaban motivadas por la vanidad, según las máximas de La Rochefoucauld: «Cuando insistimos en las buenas cualidades de los demás, estamos mostrando aprecio por nuestros propios buenos sentimientos.» Ésta es una de sus críticas sagaces y devastadoras a la naturaleza humana. «No importa lo bien que

hablen de nosotros, no aprendemos nada que no supiéramos ya.» En la brecha que dejó la desaparición de la sinceridad, surgió la tiranía del gusto y el estilo.

Cuando la espiritualidad se desvinculó de la sexualidad, libertinos como Choderlos de Laclos, autor de *Las amistades peligrosas* —del que se decía que era una araña en el centro de una vasta telaraña de intrigas sexuales y políticas—, Crebillon hijo, autor de la mejor novela libertina, *Les Egarements du Coeur et de l'Esprit*, Casanova y el marqués de Sade se convirtieron en estereotipos, admirados por la complejidad e ingenio de sus estrategias para ejercer el poder de un modo coercitivo.

En todo acto sexual hay un elemento de lucha. Entonces, esa pugna se había convertido en un fin en sí mismo. Incluso entre los individuos más sensibles e inteligentes, el sexo podía reducirse a un ejercicio de poder.

Tras las anormales maquinaciones del cardenal Richelieu para fomentar el interés nacional por la soberanía de Luis XIII, Luis XIV se otorgó a sí mismo el título de Rey Sol (aunque, sin duda, había en él un lado oscuro). Mientras se inventaba la *haute cuisine* para tener contentos a los nobles de la corte, cargaba con elevados impuestos a los campesinos, que se morían de hambre, y Richelieu masacraba a quienes se oponían a la religión. Más tarde, evitaría que María Antonieta viera a enfermos, ancianos o pobres, y Luis XVI leería y releería obsesivamente el relato de la decapitación de Carlos I, abocándose así a lo que más temía.

Por la corte circulaban rumores de la existencia de poderosos secretos esotéricos. El cardenal Richelieu llevaba una varita de oro y marfil, y sus enemigos temían sus poderes mágicos. Su mentor, el padre José, la genuina *eminence grise*, le enseñó ejercicios espirituales que desarrollaban los poderes psíquicos. Richelieu contrató a un cabalista llamado Gaffarel para que le enseñara los secretos de lo oculto. Un hombre llamado Du-boy, o Duboys, que se rumoreaba que era

descendiente de Nicholas Flamel, fue a verlo llevando un cartucho mágico con frases ocultas. Sin embargo, Du-boy fue incapaz de interpretárselo al cardenal y de resolverlo, así que éste lo mandó a la horca. Al parecer, Richelieu necesitaba desesperadamente conseguir lo que tanto deseaba, pasar al otro lado, ya que empleaba métodos cada vez más radicales. Urban Grandier, un supuesto adorador del diablo, estaba siendo torturado lentamente hasta matarlo a instancias del cardenal cuando, según parece, le advirtió lo siguiente: «Eres un hombre capacitado, no te destruyas a ti mismo.»

La amante de Luis XIV, madame de Montespan, hizo que su joven rival muriera mediante la celebración de una misa negra.

Uno de los médicos de Luis XIV, de nombre Lesebren, contó la extraña historia de lo que le sucedió a un amigo suyo que había inventado lo que creía que era el elixir de la vida. Había empezado a tomar unas cuantas gotas cada mañana al amanecer diluidas en un vaso de vino. Al cabo de catorce días se le empezó a caer el pelo y las uñas, y se sentía abatido. Comenzó a darle la poción a una sirvienta mayor, pero ella se asustó y se negó a seguir tomándola. Así que, finalmente, le daba una dosis de su medicina a una vieja gallina, mojando el maíz con la poción. Transcurridos seis días, al animal se le cayeron las plumas hasta quedarse totalmente desplumado. Pero sin embargo, dos semanas más tarde, empezaron a crecerle nuevas plumas, más brillantes y de colores más bonitos que las que había tenido cuando era joven, y empezó a poner huevos de nuevo.

Entre los extremos de cinismo y credulidad, en los que abundaban los farsantes y los impostores, los auténticos iniciados desarrollaron formas de presentarse al mundo exterior. Los maestros esotéricos habían sabido siempre que su sabiduría les parecía ridícula a los no iniciados. Se habían centrado siempre en la compleja naturaleza paradójica del cosmos. Ahora, los iniciados empezaban a presentarse como embusteros y truhanes.

Un pobre muchacho que vivía en las callejuelas de Sicilia se reinventó a sí mismo como el conde de Cagliostro. Con una mezcla de encanto irresistible, su costumbre de usar como cebo a Seraphita, su joven y hermosa mujer, y sobre todo, el rumor de que tenía en su poder la piedra filosofal, tuvo acceso a las altas esferas de la sociedad europea.

Quienes estaban en las capas más bajas de la sociedad lo veían como una especie de santo. Curar milagrosamente a los pobres de París que no podían permitirse pagar un médico lo convirtió en un héroe popular, y cuando, después de un breve encarcelamiento, salió libre de la Bastilla, alrededor de ocho mil personas fueron a vitorearlo. Cuando se lo retó a un debate frente a sus homólogos intelectuales, su oponente, Court de Gébelin, amigo de Benjamin Franklin y célebre experto en filosofía esotérica, no tardó en admitir que estaba ante un hombre cuya erudición superaba con creces la suya propia.

Asimismo, según parece, Cagliostro tenía notables poderes proféticos. En una famosa carta del 20 de junio de 1786 vaticinó que la Bastilla quedaría totalmente destruida, y se dice que incluso predijo la fecha exacta de ese suceso (el 14 de julio) en un grabado en la pared de la celda de la prisión en la que murió.

Cualquiera con poderes sobrenaturales está destinado a sufrir tentaciones. Tal vez el iniciado más carismático y desconcertante del siglo XX haya sido G. I. Gurdjieff. Presentó sus ideas de un modo deliberadamente absurdo. Escribió que existía un órgano en la base de la columna vertebral que permitía que todo el mundo lo viera todo del revés, y lo llamó *Kunderbuffer*. Así dio intencionadamente un nombre ridículo al poder de la serpiente kundalini, la reserva de energía no redimida que se encuentra enrollada en la base de la columna vertebral y que es clave en la práctica tántrica. Asimismo, escribió acerca de dioses que viajaban en naves espaciales gigantes, y afirmó que la superficie del sol es fría. Cualquiera que lo negara demostraba ser indigno. Cualquiera que

perseverase y fuera capaz de sintonizar con esas ideas se daba cuenta de que las disciplinas espirituales de Gurdjieff funcionaban.

Desde su muerte, se ha comentado que a veces usaba sus indudables poderes de control mental para acosar a jovencitas vulnerables.

Un amigo mío fue a la India a visitar a Sai Baba, un célebre maestro y adepto conocido por obrar milagros. Mi amigo viajaba acompañado de su joven y hermosa novia. Tras una cena exquisita, los sirvientes se retiraron y Sai Baba llevó a sus invitados a la biblioteca. Mi amigo se puso a leer un libro mientras su novia conversaba con Sai Baba. Entonces se dio cuenta de que el maestro estaba demasiado cerca de ella, y empezó a inquietarse cuando Sai Baba llevó la conversación hacia el tema de la dimensión sexual de los mitos hindúes. De repente, el maestro alargó el brazo para hacer sonar una campanilla de cobre con sellos grabados, al tiempo que parecía agarrar algo en el aire. Abrió la palma de la mano hacia arriba y mostró una cadena de oro con un crucifijo en ella. Le contó a la chica que aquello en realidad era magia y tendió la mano, ofreciéndole el objeto, que a mi amigo le pareció que brillaba con una aura oscura.

Éste advirtió también que los sellos inscritos en la campana eran tántricos, y se dio cuenta de que, probablemente Sai Baba quería hechizar a su novia con la intención de seducirla. Él preguntó de dónde procedía la cadena.

—Ha aparecido ante tus propios ojos —contestó Sai Baba.

Mi amigo cogió la cadena para evitar que su novia la tocara. Sujetándola encima de la palma de la mano, usó el arte de la psicometría para determinar su origen, tuvo una perturbadora visión en la que aparecían ladrones de tumbas; entonces se dio cuenta de que el crucifijo y la cadena se habían

sacado de la tumba de un misionero jesuita. Se encaró con Sai Baba con esa información y así, demostrando sus propios poderes mágicos, logró frenarlo.

Al contarme esto muchos años después, mi amigo me dijo que desde que Próspero había roto su vara al final de *La tempestad*, se había prohibido a los iniciados ejercer sus poderes mágicos, excepto en circunstancias excepcionales como aquélla. Existe un axioma que sostiene que si un practicante de magia blanca usa sus poderes ocultos, pone a disposición de un nigromante una cantidad equivalente de poder.

¿Existen más pruebas que permitan sugerir que la magia sigue practicándose en la actualidad? En una librería de viejo de Tunbridge Wells encontré hace poco un pequeño fajo de cartas en las que un ocultista daba consejos acerca de cómo usar conjuros mágicos para alcanzar sus objetivos. Uno de ellos consistía en verter a escondidas sangre menstrual en la comida, para despertar el deseo sexual de un hombre. Aunque esto podría parecer ridículo, en el año 2006 el gobierno británico anunció que tenía previsto conceder importantes subvenciones para el desarrollo de la agricultura «biodinámica». Este método, ideado por Rudolf Steiner, se basa en las correspondencias entre las plantas y los espíritus de las estrellas descritas por Paracelso y Böhme. Steiner recomienda que, para acabar con la infestación de ratones de campo, hay que enterrar en la tierra de cultivo las cenizas de un ratón de campo preparadas cuando Venus está en el signo de Escorpio.

Si Cagliostro sigue siendo un enigma, el hombre al que éste admiraba era un misterio aún mayor.

El propio Cagliostro explica cómo conoció al conde de Saint Germain en un castillo en Alemania, en 1785. Él y su mujer llegaron a las dos de la madrugada, la hora concertada. Se bajó el puente levadizo y, tras cruzarlo, se encontraron en una pequeña sala oscura. De repente, como por arte de magia,

se abrieron unas grandes puertas que dejaron ver un enorme templo en el que resplandecían miles de velas encendidas. En medio del templo estaba sentado el conde de Saint Germain, que llevaba puestos fabulosos anillos de diamantes y tenía colocado en el pecho un artilugio adornado con joyas que parecía reflejar la luz de todas las velas y dirigirla hacia Cagliostro y Seraphita. Sentados a ambos lados de Saint Germain, dos acólitos sujetaban cuencos en los que se quemaba incienso, y al entrar Cagliostro, resonó por el templo una voz incorpórea que pensó que era la del conde (aunque sus labios no parecían haberse movido).

—¿Quién eres tú? ¿De dónde has venido? ¿Qué quieres?

Por supuesto, en cierto sentido, Saint Germain sabía exactamente quién era Cagliostro (sin duda, la visita estaba concertada), pero en este caso le estaba preguntando sobre sus encarnaciones previas, su demonio, sus motivos más profundos.

Cagliostro se echó al suelo enfrente de Saint Germain, y al cabo de un instante dijo:

—Vengo a invocar al Dios de los Fieles, al Hijo de la Naturaleza, al Padre de la Verdad. Vengo a preguntar uno de los catorce mil siete secretos que guarda en su interior. Vengo a entregarme como su esclavo, su apóstol, su mártir.

Sin duda, Cagliostro creía reconocer a Saint Germain, pero ¿quién era en realidad él mismo?

Se daba una pista de ello en el hecho de que Saint Germain iniciara entonces a Cagliostro en los misterios de los templarios, llevándoselo a un viaje extracorpóreo, haciéndolo sobrevolar un mar de bronce fundido para explorar las jerarquías celestiales.

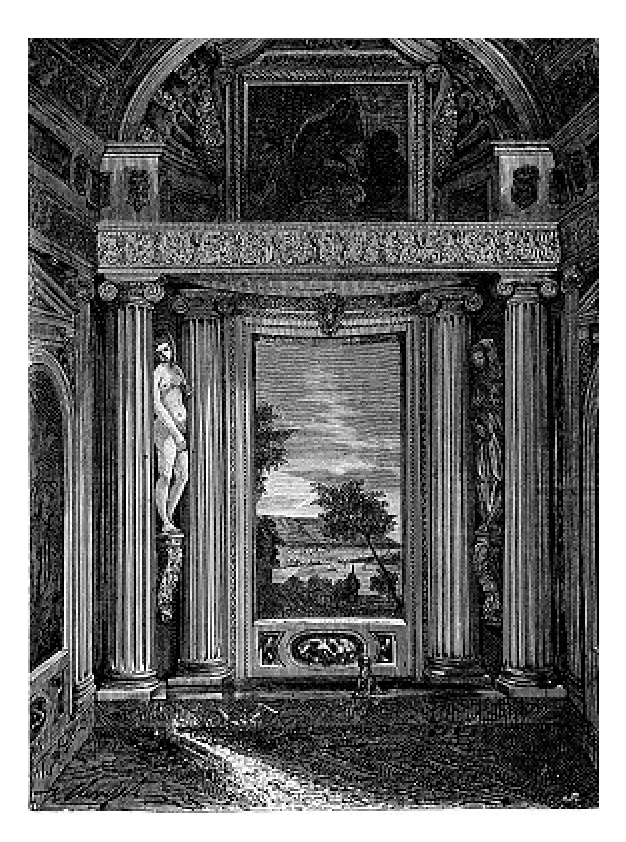
Saint Germain había aparecido en la sociedad europea de un modo bastante repentino en 1710, al parecer procedente de Hungría y contando entonces en torno a los cincuenta años de edad. Bajo y de piel oscura, siempre vestía de negro y lucía

extraordinarios diamantes. Sus rasgos más arrebatadores eran sus hipnóticos ojos. Se decía que, cuando estaba en sociedad, llamaba rápidamente la atención por sus cumplidos, por hablar muchos idiomas, por tocar el violín y por pintar. Y también parecía tener una extraordinaria capacidad para leer la mente.

Se creía que practicaba técnicas de respiración secretas que le habían enseñado faquires hindúes y que, para meditar mejor, adoptaba posturas de yoga desconocidas en Occidente en aquel momento. Aunque asistía a banquetes, nunca se lo vio comer delante de los demás y sólo bebía un extraño té de hierbas que se preparaba él mismo.

Sin embargo, el mayor de los misterios que rodeaban al conde de Saint Germain era su longevidad. Tras aparecer en la vida pública en 1710 —siendo un hombre como de cincuenta años—, cuando conoció al compositor Rameau, en Venecia, siguió en la vida pública como mínimo hasta 1782 sin dar muestras del más mínimo envejecimiento. Y siguió estando presente entre la flor y nata del momento hasta 1822.

Sería tentador negar todo esto considerándolo una fantasía al estilo de Alejandro Dumas, si no fuera porque los testigos que dejaron escrito que lo habían conocido a lo largo de un período de tiempo tan prolongado eran gente de gran relieve. Además de Rameau, estaban Voltaire, Horace Walpole, Clive de la India y Casanova. Fue un personaje destacado en la corte de Luis XV, íntimo tanto de madame Pompadour como del propio rey, para el que llevó a cabo misiones diplomáticas en Moscú, Constantinopla y Londres. Allí, en 1761, negoció uno de los llamados *pactos de familia* que sentaron las bases para el Tratado de París, el cual ponía fin a las guerras coloniales entre Francia y Gran Bretaña. Los esfuerzos de Saint Germain parecían encaminados siempre a conseguir la paz, y aunque a menudo se lo mete en el mismo saco que Cagliostro, nunca se supo que participara en ningún acto deshonesto. A pesar de que nadie sabía de dónde sacaba el dinero (algunos decían que de la alquimia), es evidente que era rico por méritos propios y que no era un aventurero.



La Très Sainte Trinsophie es un opúsculo que se suele atribuir a Saint Germain y que, sin duda, procede de la misma escuela de masonería oculta. Se trata de la descripción de un ritual de iniciación en el que el candidato desciende a las profundidades volcánicas de la Tierra y pernocta allí. Al amanecer, sale de su cámara subterránea siguiendo una estrella. Se libera de su cuerpo material y vuela hacia los planetas, donde conoce al «anciano del palacio». En ese palacio duerme durante siete días y, al despertarse, su túnica pasa a ser de un bonito verde resplandeciente. Hay un extraño pasadizo en el que ve a un pájaro con alas de mariposa, y sabe que debe atraparlo. Le clava un clavo de acero en las alas para inmovilizarlo, pero los ojos del pájaro se vuelven más brillantes. Finalmente, en una sala en la que hay una bella mujer desnuda, le clava su espada al sol. Éste se convierte en polvo, y cada átomo de polvo se convierte a su vez en un sol. La Obra se ha completado. Esta representación de un portal es del Veronés, que los teósofos creen que es la encarnación de uno de los Maestros Ocultos.

Así pues, ¿quién era el conde de Saint Germain? En la historia masónica existe una pista sobre su identidad secreta. Se dice que fue él quien acuñó el mantra masónico «Libertad, Igualdad, Fraternidad», y al margen de si esta información es correcta, se puede considerar que es el espíritu vivo de la masonería esotérica.

Más concretamente, debería identificárselo con otro personaje acosado por los rumores, los contrarrumores y la incertidumbre sobre si existió en realidad. En la historia

secreta, Saint Germain es Christian Rosencreutz reencarnado en la época de la Ilustración, de la expansión imperial y de la diplomacia internacional.

Para tomar prestada una expresión del eminente escritor de ciencia ficción y esotérico Philip K. Dick, había aprendido a reconstituir su cuerpo tras su muerte.

Esto debería llamarnos la atención respecto a un misterio aún mayor. En una encarnación anterior, Rosencreutz/Germain había sido Hiram Abiff, el maestro de obras del templo de Salomón. El asesinato de Hiram Abiff había hecho que la Palabra se perdiera. A un primer nivel, la Palabra perdida era un poder de procreación sobrenatural que la humanidad había ejercido antes de la Caída en la materia. Parte de la misión de Saint Germain, a través de la masonería esotérica, era la reintroducción del conocimiento de la Palabra en la corriente histórica.

Sin embargo, el mayor misterio en torno a este personaje guarda relación con una encarnación incluso anterior a la época en que los cuerpos humanos estaban a punto de convertirse en carne sólida. Enoch fue el primer profeta del dios Sol, un hombre cuyo rostro brillaba con un resplandor solar.

Cuando Saint Germain se llevó a Cagliostro de viaje por el cielo, estaban realizando el viaje descrito en el Libro de Enoch. Con la expresión «Libertad, Igualdad, Fraternidad», Saint Germain manifestaba esperar impaciente la llegada de una época en la que la humanidad llegaría hasta el dios Sol con libertad de pensamiento y con una voluntad libre, lo cual no había logrado hacer la primera vez que Él vino.

La historia secreta del mundo desde finales del siglo XVI hasta el siglo XIX se caracteriza por los esfuerzos entre bastidores de los grandes maestros superiores de la tradición occidental, Enoch y Elías, y por la preparación del descenso de los cielos del Arcángel del Sol (además de por la preparación del descenso de un ser incluso mayor).

Esos hombres estaban preparando el terreno para la Segunda Venida.

Conforme avanzaba el siglo XVIII, las apariciones del misterioso conde fueron cada vez menos frecuentes, pero en las logias de las sociedades secretas reinaba el optimismo y la expectación. En Francia, «el filósofo desconocido», Saint-Martin, enseñaba que «todo hombre es rey». El caballero Ramsay, el terrateniente escocés que había fundado una gran logia en París en 1730, pronunció allí un discurso para los nuevos iniciados, en 1737: «Todo el mundo no es más que una gran república. Nos esforzamos por reunir a todos los individuos con una mente iluminada […] no sólo por el amor a las bellas artes, sino incluso más por los sublimes principios de la virtud, la ciencia y la religión, en los que los intereses de la hermandad y los de toda la familia de la humanidad pueden confluir […] y a partir del que los individuos de todos los reinos pueden aprender a amarse mutuamente.»

La masonería proporcionó un espacio protegido para el debate tolerante de las ideas, para la libre investigación científica y para el estudio de los mundos espirituales.

Tras el establecimiento de las logias matrices en Escocia, Londres y París, en la década de 1760 tuvo lugar el gran acontecimiento de la masonería del siglo XVIII: la fundación de la Orden de Elus Coens (o «sacerdotes elegidos») por el mago portugués Martines de Pasqually. Los rituales de la orden, ideados por De Pasqually, duraban a veces hasta seis horas, y utilizaban un incienso con una mezcla de alucinógenos y esporas de *Amanita muscaria*. En los rituales posteriores de Stanislas de Guaita, muy influido por De Pasqually, se quitaba la venda de los ojos al candidato y éste podía encontrarse frente a hombres con máscaras egipcias y tocados que, en silencio, le apuntaban con espadas en el pecho.

Así como el doctor Dee se había esforzado por llevar de nuevo a la Iglesia la auténtica experiencia espiritual mediante la práctica de la magia ceremonial, hombres como De

Pasqually y Cagliostro hicieron lo mismo en la masonería. En 1782, Cagliostro fundó la «Masonería Egipcia», que influiría en gran medida tanto en Francia como en Estados Unidos.

El discípulo y sucesor de De Pasqually, Saint-Martin, hizo menos hincapié en las ceremonias y más en las disciplinas esotéricas internas, influido por la lectura de los textos de Böhme. Su versión de la filosofía martinista sigue teniendo gran predicamento en la masonería francesa actual. Saint-Martin, que vivió en París en la época del Terror, permitía que hombres y mujeres acudieran a su apartamento, y los iniciaba mediante una mística imposición de manos. Corrían tanto peligro, que no se quitaban las máscaras durante sus reuniones, para ocultar así su identidad y evitar ser reconocidos.

Famoso por sus ingeniosas y mordaces críticas a la religión, a Voltaire se lo considera a menudo un individuo contrario a Dios. En realidad estaba en contra de la religión organizada. Cuando lo inició Benjamin Franklin, se le dio a besar el mandil de Helvetius, el célebre científico suizo cuya descripción de la transmutación alquímica sigue siendo la segunda más autenticada después de la de Leibniz.

A. E. Waite, historiador de la masonería y de la experiencia mística, escribió acerca de «los sueños [de la masonería] de la antigua ciencia, al proclamar que la realidad tras los sueños debe buscarse en el espíritu de los mismos». Se refería a Voltaire como «el hombre que tenía las llaves —que había forjado las llaves— que abrían la puerta a esta realidad y revelaban impresionantes posibilidades […]. Las prácticas condenadas, las artes prohibidas, podían llevar a través de algunas nubes de misterio hacia la luz del conocimiento». Veremos con más claridad qué significa esto en el próximo capítulo, pero por el momento basta decir que los iniciados de las sociedades secretas estaban sorprendidos por estas nuevas perspectivas.

Estaban tan llenos de esa fe y optimismo que sin duda habrían coincidido con Wordsworth en el gozo que era vivir aquel amanecer.

Entre los artistas, escritores y compositores de las sociedades secretas, esta gran profusión de entusiasmo y estas expectativas del inicio de una nueva era dio origen al movimiento romántico. Allí donde existe un gran florecimiento de arte y literatura imaginativos, como por ejemplo en el Renacimiento y el Romanticismo, deberíamos sospechar la presencia, en algún lugar entre las sombras, del idealismo sagrado como filosofía de vida y de las sociedades secretas que cultivan esa filosofía.

Esta historia del mundo se ha basado en el idealismo (si consideramos éste en el sentido filosófico de que las ideas son más reales que los objetos). El idealismo, en el sentido más habitual y coloquial —vivir según ideales elevados—, fue, tal como ha señalado George Steiner, una invención del siglo XIX.

En el siglo anterior, las logias de Inglaterra, Estados Unidos y Francia se habían esforzado para crear sociedades menos crueles, supersticiosas e ignorantes, menos represivas, con menos prejuicios y más tolerantes. Y el mundo había llegado a ser todas esas cosas, además de más hipócrita y frívolo.

Incluso antes del Terror reinaba la ansiedad, la angustia de que aunque la sociedad pudiera estar hecha para ir en línea recta, esa empresa no estaba al alcance de la naturaleza humana ni de otras fuerzas más oscuras que actuaban al margen de las leyes de la naturaleza. En parte, el Romanticismo fue un intento de aceptar un emocionante sentimiento de intensidad que surgía desde abajo, y que en la actualidad llamaríamos el inconsciente. Ese movimiento daría origen a una música y una poesía intensas. No soportaba los convencionalismos, fomentando en cambio la espontaneidad y la falta de moderación.

En el país de Eckhart, varios escritores veían Francia en concreto como un territorio de «pequeños maestros desalmados y danzantes que no entendían la vida interior humana». En Lessing, Schlegel y Schiller, el idealismo filosófico se convirtió en una filosofía de vida. Ese idealismo exaltaría sobre todo la imaginación, albergando la creencia esotérica y mística de que aquélla es un modo de percepción superior al que ofrecen los sentidos. La imaginación puede entrenarse para asimilar realidades superiores a las del materialismo predicado por los apóstoles del sentido común.

En la historia convencional, el Romanticismo fue una reacción al siglo XVIII, correcto y ordenado. En la historia secreta, fueron las fuerzas demoníacas, en vez de las meramente subconscientes, las que causaron esta reacción.

Y sus raíces eran sexuales.

En julio de 1744, a John Paul Brockmer, un relojero londinense, le preocupaba qué demonios le pasaba a su huésped. Emmanuel Swedenborg, un ingeniero sueco, parecía un tipo tranquilo y respetable, que asistía cada domingo a la capilla morava local.

Sin embargo, ahora tenía los pelos de punta, estaba furioso y perseguía a Brockmer por la calle, farfullando y proclamando que era el Mesías. Brockmer intentó convencerlo de que fuera al médico, pero en vez de eso, Swedenborg se fue a la embajada sueca. Al no dejarlo entrar, corrió hacia una zanja de desagüe, se desnudó y se revolcó en el barro, tirando dinero a la multitud agolpada.

En un reciente libro revelador, fruto de años de meticulosa investigación, Marsha Keith Schuchard cuenta que Swedenborg había probado algunas técnicas sexuales para lograr alteraciones extremas del estado de conciencia que se enseñaban en la capilla morava, aparentemente respetable. Marsha Keith Schuchard también explica que William Blake se crió en esa iglesia, y que esas prácticas sexuales inspiraron su poesía.

Hemos hablado de varias técnicas para provocar estados de conciencia alterados, como ejercicios de respiración, danzas y meditación. Sin embargo, las técnicas sexuales son la cuestión más peliaguda, los secretos más celosamente guardados de las sociedades secretas. Así pues, resultará instructivo recorrer con Marsha Keith Schuchard las diferentes fases del desarrollo de la práctica de Swedenborg, tal como él las dejó anotadas en sus diarios y como mencionaba en sus publicaciones.

Ya de niño, Swedenborg había experimentado con el control de la respiración. Era consciente de que si la contenía durante mucho rato, entraba en una especie de trance. También descubrió que al sincronizar su respiración con su pulso, podía hacer que el trance fuera aún más profundo. «A veces me veía reducido a un estado de insensibilidad en lo que respecta a los sentidos corporales, hasta estar casi muerto, pero conservando mi vida interior intacta, asistido por la capacidad de pensar y con una respiración suficiente para vivir.» Persistir en esas técnicas podía aportar grandes recompensas a quienes las practicaban: «Hay una luz alentadora y una gozosa luminosidad confirmatoria que está presente en torno a la esfera de la mente, y una especie de radiación misteriosa […] que atraviesa veloz la sien del cerebro […] se llama al alma a una comunión más íntima, y en ese momento regresa a la edad de oro de su perfección intelectual. La mente […] en la resplandeciente llama de su amor desprecia todo relativamente […] todos los placeres meramente corporales.» Swedenborg parece estar describiendo diferentes fases de la alteración de la conciencia del tipo que hemos visto en el proceso de iniciación. Tal como ha señalado Marsha Keith, la investigación neurológica actual ha confirmado que la meditación aumenta las concentraciones de sulfato de dehidroepiandrosterona (DHEAS) y melatonina, sustancias segregadas por la glándula pineal y la hipófisis que, según los ocultistas, juntas dan lugar al Tercer Ojo.

A la edad de quince años se envió a Swedenborg a vivir con el cuñado de su padre, que durante los siete años siguientes sería su mentor. Fue en este nuevo hogar donde las propias investigaciones de Swedenborg se volvieron notablemente cabalísticas.

Como hemos visto, en la cábala, al igual que en todas las doctrinas esotéricas, la creación se concibe como una serie de emanaciones (*sephiroth*, o sirvientes) de la mente cósmica. En esta doctrina, como en la mitología griega y romana, se cree que esas emanaciones son tanto masculinas como femeninas. De la En Sof, la mente cósmica inalcanzable, emanan espíritus masculinos y femeninos, los cuales interactúan de un modo sexual cuando el impulso de la creación desciende en espiral. Del mismo modo que las imágenes eróticas en la mente pueden crear esperma, los actos de la imaginación amorosa de la En Sof generan efectos físicos. Por consiguiente, la imaginación, y sobre todo la incitada por la sexualidad, se considera la principal raíz de la creatividad.

En este relato cabalístico, la Caída sucedió porque hubo un desequilibrio entre el *sephiroth* masculino y el femenino. Al imaginar un acto sexual equilibrado y armonioso entre los *sephiroth*, el adepto subsana ese daño cósmico primordial.

En la doctrina cabalística, los querubines que abren con sus alas el Arca de la Alianza en el sanctasanctórum del Templo de Jerusalén se consideraban una imagen del acto sexual armonioso entre el *sephiroth* masculino y el femenino. Más tarde, cuando Antíoco saqueó el segundo Templo, en el año 168 a. J.C., estas imágenes eróticas se llevaron en procesión por las calles como burla a los judíos. Cuando se destruyó el Templo, en el año 70 de nuestra era, el pueblo sintió en su corazón la imperiosa necesidad de reconstruirlo. Las imágenes sagradas del acto sexual entre los *sephiroth* masculino y femenino eran claves para tratar de subsanar un agravio histórico.

Swedenborg escribió también acerca de métodos de respiración rítmica relacionados con el pulso de los genitales. Es evidente que, mientras vivía con el cuñado de su padre, empezó a practicar esos ejercicios de control de la respiración imaginándose cuerpos humanos desnudos que realizaban contorsiones eróticas, adoptando la forma de letras del alfabeto hebreo, tal como hemos mencionado anteriormente. En general, se creía que éstas eran poderosos emblemas o sellos mágicos. En la actualidad, algunos grupos hasídicos utilizan técnicas similares, que se valen de las energías sexuales como fuerza para el bien espiritual. Bob Dylan, que de algún modo es el heredero de la tradición poética de Blake, ha explorado algunas de estas prácticas.

El elemento de control es clave en esas prácticas y se ha puesto de relieve en otra tradición esotérica con una espiritualidad de índole marcadamente sexual. La expansión de los imperios europeos hacia Oriente propició que las prácticas tántricas fueran filtrándose en dirección contraria. Swedenborg exploró minuciosamente los tantras sexuales. Prolongar la excitación requería disciplina mental. A su vez, era necesaria para redirigir la energía sexual al cerebro y lograr así irrumpir en los mundos espirituales, alcanzando un éxtasis visionario más que un mero éxtasis sexual. Swedenborg dominaba una técnica de control muscular que conocían los adeptos hindúes y que se considera sumamente difícil, mediante la cual el esperma, en la eyaculación, se desvía hacia la vejiga y, por lo tanto, no se expulsa.

Sin duda, se trata de técnicas peligrosas, y ésta es una de las razones por las que se mantienen tan en secreto. Se corre el riesgo de sufrir posibles ataques de nervios, como el que presenció el casero de Swedenborg, por no mencionar la locura y la muerte.

El peculiar descubrimiento que Swedenborg hizo al frecuentar la iglesia morava de New Fetter Lane fue una versión específicamente cristiana de los arcanos del amor. En aquella época, los moravos que vivían en Londres se

encontraban bajo dominio del carismático conde Zizendorf, que animaba a los miembros de la congregación a visualizar, oler y tocar en su imaginación la herida en el costado del cuerpo de Cristo. En la imaginación de Zizendorf, esta herida era una vagina dulce y suculenta, de la que rezumaba un jugo mágico. La lanza de Longinos se introduciría de forma repetitiva y extática en ella.

Zizendorf abogaba por el sexo como acto sacramental, e instaba a sus seguidores a observar las emanaciones espirituales divinas de los demás en el momento del clímax. En ese momento, la oración mental conjunta tenía una fuerza especialmente mágica. Según decía Swedenborg, «la pareja ve a la pareja en la mente […] cada pareja tiene al otro en sí mismo», de modo que «conviven en lo más profundo». En un trance visionario, los miembros de la pareja podían reunirse, comunicarse e incluso hacer el amor en sus formas espirituales incorpóreas.



Representación europea de la práctica tántrica. Finales del siglo XVIII.

Marsha Keith Schuchard recuerda que los padres de Blake eran miembros de esta congregación y que éste absorbió esas ideas tras leer sobre todo a Swedenborg. Esta autora ha demostrado cómo los mojigatos victorianos borraron de los dibujos de Blake una gran cantidad de imágenes explícitamente sexuales (y llegaron a dibujar calzones para

tapar los genitales). Aunque es ampliamente sabido que Blake estaba influido por la filosofía esotérica de Swedenborg y otros, hasta ahora hemos pasado por alto estas técnicas sumamente específicas de magia sexual en las que radicaba su visión imaginativa.

Blake experimentó visiones desde su más tierna infancia. A los cuatro años vio a Dios al mirar por la ventana, y a los cuatro o cinco años, mientras iba paseando por el campo, tuvo una visión de un árbol lleno de ángeles «que resplandecían en todas las ramas como estrellas». Sin embargo, según parece, las técnicas secretas de Zizendorf y Swedendorf le dieron un enfoque cabalístico sistemático a la hora de visualizar esos fenómenos.

En *Los* escribiría: «En Beula, la mujer expone su hermoso tabernáculo, en el que el hombre entra magníficamente entre su querubín y se convierten en uno con su fusión […] Hay un lugar en el que los contrarios son igual de ciertos; este lugar se llama Beula.»

En el romanticismo, la vida interior privada se ha expandido finalmente hasta convertirse en un vasto cosmos de infinita variedad. El amor es el amor de un cosmos por otro. La profundidad llama a la profundidad. Con el romanticismo, el amor evoluciona hacia una nueva modalidad y se vuelve sinfónico.

La relevancia histórica de esto es que las meditaciones secretas y las prácticas devotas de un grupo de iniciados dieron origen a una ola popular de sentimiento antimaterialista. La nueva forma de hacer el amor, de restablecer la creación del cosmos, era un modo de decir que el derecho no es simplemente una cuestión de poder, que existen ideales más sublimes que la conveniencia o el egoísmo de los ilustrados, que si se adopta el marco mental correcto, se puede acceder al significado del mundo.

Si la gente hace el amor para lograr la iluminación, el mundo se convertirá en un mundo de sombras. Cuando se despierten de nuevo, el significado se habrá posado en el mundo como el rocío.

Así pues, las raíces del romanticismo eran tanto sexuales como esotéricas. El poeta alemán Novalis hablaba de «idealismo mágico». Esta magia, este idealismo, este espíritu volcánico está en la música de Beethoven y Schubert. Beethoven empezó a oír un nuevo lenguaje musical, sintiendo y expresando cosas que nunca antes había sentido o expresado. Al igual que Alejandro Magno, se obsesionó con la idea de intentar identificar esa influencia divina, la fuente de su genio imparable, leyendo y releyendo textos esotéricos egipcios e hindúes. Para él, su Sonata en re menor y la *Appassionata* eran los equivalentes de *La tempestad* de Shakespeare, las expresiones más explícitas de sus ideas ocultas.

En Francia, el martinista Charles Nodier había escrito acerca de la conspiración de las sociedades secretas en los ejércitos de Napoleón para derribar a ese gran personaje. Más tarde, Nodier introdujo a los jóvenes románticos franceses, como Victor Hugo, Honoré de Balzac, Dumas hijo, Delacroix y Gérard de Nerval, en la filosofía esotérica.

Owen Barfield escribió que siempre existe una gran corriente de ideas platónicas, un corriente de significado vivo que de vez en cuando pueden percibir intelectos sublimes como los de Shakespeare y Keats. Este último llamaba a la habilidad de hacerlo la «Capacidad Negativa», que decía que surgía cuando un hombre es capaz de permanecer inmerso en «la incertidumbre, el misterio y la duda sin llevar a cabo ninguna irritable búsqueda de los hechos ni de los motivos». Dicho de otro modo, estaba aplicando a la poesía el mismo procedimiento —de no imponer un patrón y esperar a que surja otro más rico— que Francis Bacon había defendido en la esfera científica.

«Traza un círculo a su alrededor tres veces […] / Pues se había alimentado de néctar, / Y bebido la leche del Paraíso.» Samuel Taylor Coleridge tenía una aura de sobrenatural. Estaba profundamente inmerso en la ideología tanto de Böhme como de Swedenborg. Sin embargo, fue su amigo William Wordsworth quien puso por escrito la expresión más pura, simple y directa del sentimiento esencial del idealismo como filosofía de vida. Cuando Wordsworth escribía que «he sentido / la dicha de elevados pensamientos / que brotan: tan sublimes sensaciones / de algo que pertenece a lo profundo / y que habita en la luz de los ocasos, / el mar, el aire vivo, el cielo azul, / y en la mente de toda humanidad: / un movimiento, un ánimo que empuja / a todo ser pensante, todo objeto, / del pensar y que en todo está […]», se estaba refiriendo a lo que siente el idealista, de un modo que sigue pareciendo bastante moderno.

Incluso quienes niegan conscientemente la existencia de la realidad superior a la que Wordsworth está aludiendo, identifican algo en ese poema, «Tintern Abbey». Algo, en algún lugar en su interior, los lleva a reconocer algo, o si no sería completamente ininteligible para ellos.

En la época en que Wordsworth escribía, la gente no tenía que esforzarse para comprender esos sentimientos. Goethe, Byron y Beethoven dirigían un importante movimiento popular.

Así pues, ¿por qué salió todo mal? ¿Por qué ese impulso para lograr la libertad acabó en un abuso de poder?

Para entender las raíces de esta catástrofe es necesario analizar la infiltración de las sociedades secretas por parte de los partidarios del materialismo. El caballero Ramsay había prohibido específicamente los debates políticos en las logias que fundó en 1730, pero la masonería tenía mucho arraigo entre los dirigentes políticos europeos. Para cualquiera que quisiera influir en política debía de ser una tentación.

Los illuminati y la batalla por el alma de la masonería • Las raíces ocultas de la Revolución francesa • La estrella de Napoleón • El ocultismo y la aparición de la novela

La historia de los illuminati (iluminados) es uno de los episodios más oscuros de la historia secreta y ha manchado la reputación de las sociedades secretas desde entonces.

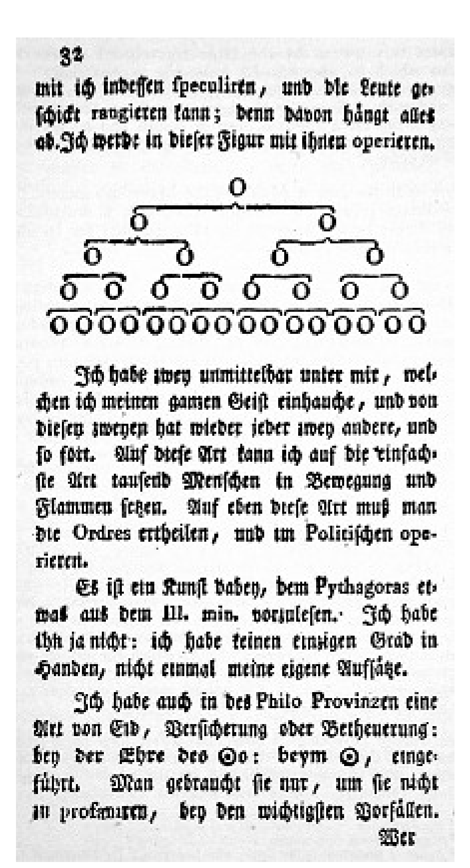
En 1776, un profesor bávaro de derecho, Adam Weishaupt, fundó la llamada organización de los illuminati, reclutando a los primeros hermanos de entre sus alumnos.

Al igual que los jesuitas, esta hermandad se regía por una estructura militar. Se exigía a los miembros que renunciaran a su juicio y voluntad personales. Como las sociedades secretas anteriores, los illuminati de Weishaupt prometían revelar el saber de la Antigüedad. A quienes subían por la escalera de las iniciaciones se les prometía conocer secretos más sublimes y poderosos. Los iniciados trabajaban en pequeñas celdas, y los conocimientos se compartían entre celdas de un modo restringido, como hacen los actuales servicios secretos (así de peligroso era este conocimiento recién descubierto).

Weishaupt se unió a los masones en 1777, y pronto lo siguieron muchos de los illuminati, infiltrándose en las logias. No tardaron en ocupar cargos importantes.

En 1785, un hombre llamado Jacob Lanz, que viajaba a Silesia, fue fulminado por un rayo. Cuando se lo llevó a una capilla cercana, las autoridades bávaras registraron su cuerpo y le encontraron papeles en los que se revelaban los planes secretos de los illuminati. A partir de estos papeles (entre los que se incluían muchos escritos de puño y letra de Weishaupt), junto con otra información confiscada en redadas realizadas por todo el país, se pudo obtener una visión general completa.

Los diferentes documentos revelaban que el antiguo saber y los poderes sobrenaturales secretos predicados en el seno de los illuminati habían sido siempre una invención cínica y un fraude. Un aspirante avanzaba por los diferentes grados y finalmente descubría que el elemento espiritual presente en las enseñanzas era una mera cortina de humo. Se burlaban de la espiritualidad, la despreciaban. Decían que el contenido de las enseñanzas de Jesucristo era en realidad puramente político y exigían la abolición de toda propiedad, de la institución del matrimonio y de todos los vínculos familiares, de toda religión. El objetivo de Weishaupt y sus secuaces conspiradores era crear una sociedad que se rigiera por fines puramente materialistas, una nueva sociedad revolucionaria, y decidieron que el lugar donde pondrían a prueba sus teorías sería Francia.



32

mit ich indessen speculiren, und die Leute geschickt rangieren kann; denn davon hängt alles ab. Ich werde in dieser Figur mit ihnen operieren.

Ich habe zwey unmittelbar unter mir, welchen ich meinen ganzen Geist einhauche, und von diesen zweyen hat wieder jeder zwey andere, und so fort. Auf diese Art kann ich auf die einfachste Art tausend Menschen in Bewegung und Flammen setzen. Auf eben diese Art muß man die Ordres ertheilen, und im Politischen operieren.

Es ist ein Kunst dabey, dem Pythagoras etwas aus dem III. min. vorzulesen. Ich habe ihn ja nicht: ich habe keinen einzigen Grad in Handen, nicht einmal meine eigene Aufsätze.

Ich habe auch in des Philo Provinzen eine Art von Eid, Versicherung oder Betheuerung: bey der Ehre des ⊙o: beym ⊙, eingeführt. Man gebraucht sie nur, um sie nicht zu profaniren, bey den wichtigsten Vorfällen.

Wer

Diagrama de Weishaupt, el cual escribe a sus compañeros de conspiración: «Se debe demostrar lo fácil que sería para una mente clara dirigir a cientos y miles de hombres.»

Al final de la iniciación se susurraba al oído al candidato que el máximo secreto era que no había ningún secreto.

Así se le imbuía de una filosofía nihilista y anarquista que apelaba a sus peores instintos. Jubiloso, Weishaupt tenía previsto derribar, destruir la civilización no para liberar al pueblo, sino por el placer de imponer su voluntad a los demás.

En sus escritos, revela hasta dónde llegaba su cinismo: «[…] en el encubrimiento radica gran parte de nuestra fuerza. Por ello debemos ocultarnos con el nombre de otra sociedad. Las logias de la masonería son la tapadera más apropiada para nuestro sublime propósito».

«Busca en la sociedad gente joven —aconseja a uno de sus colaboradores conspiradores—. Obsérvales, y si alguno de ellos te agrada, tiéndele la mano.»

«¿Eres realmente consciente de lo que significa dirigir, gobernar en una sociedad secreta? No sólo estar por encima de los más importantes de la plebe, sino por encima de los mejores hombres, por encima de hombres de todas las razas, naciones y religiones, gobernar sin fuerzas externas […] el objetivo final de nuestra Sociedad es ni más ni menos que adquirir poder y riqueza […] y hacerse con el dominio del mundo.»

Al descubrirse esos documentos, se suprimió la orden, pero ya era demasiado tarde.

En 1789 había aproximadamente trescientas logias en Francia, sesenta y cinco de ellas en París. Según algunos masones franceses, había entonces más de setenta mil masones en Francia. El plan original de la masonería era infundir esperanza y voluntad de cambio en la población, pero el grado de infiltración de las logias era tal que, según se ha dicho, «el programa implantado por la Asamblea Constitucional de Francia en 1789 lo habían desarrollado los illuminati alemanes en 1776». Danton, Desmoulins, Mirabeau, Marat, Robespierre, Guillotin y otros líderes habían sido «iluminados».

Cuando el rey tardaba en aceptar reformas, Desmoulins llamaba a la insurrección militar. Entonces, en junio de 1789, Luis XVI trató de disolver la Asamblea y convocó a sus tropas en Versalles. Se produjo una deserción en masa. El 14 de julio, una multitud indignada tomó al asalto la Bastilla. Luis XVI fue guillotinado en enero de 1793. Cuando antes de la ejecución intentaba dirigir unas palabras a la muchedumbre, lo cortó el redoble de los tambores. Se le oyó decir: «Pueblo de Francia, soy inocente, perdono a los responsables de mi muerte. Pido a Dios que la sangre derramada aquí nunca recaiga sobre Francia o sobre vosotros, mi desafortunado pueblo…» Que esto sucediera en el seno de uno de los países más civilizados de la Tierra abrió la puerta a lo impensable.

Se cuenta que en el enfrentamiento que se produjo a continuación, un hombre saltó al cadalso y gritó: «Jacques de Molay, ¡se te ha vengado!» Si esto es cierto, su sentimiento era totalmente opuesto a la benevolencia y compasión del rey.

En la anarquía que reinó después, Francia se vio amenazada tanto desde el interior como desde el exterior. Los dirigentes de las logias masónicas se hicieron con el control. Pero muchos de sus miembros no tardaron en ser acusados de traidores a la Revolución, y así empezó el período del Terror.

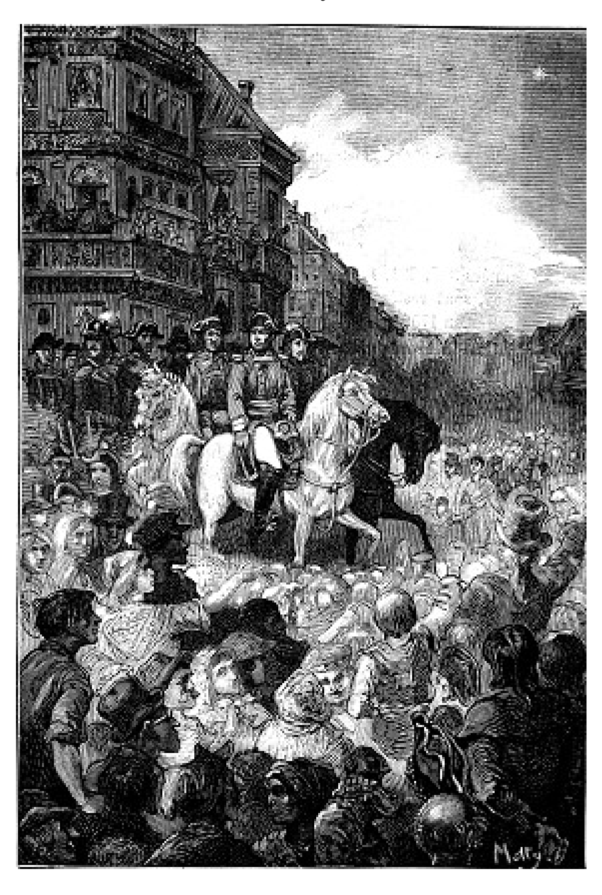
La cantidad de ejecutados difiere según las fuentes. El impulsor de ese período fue el masón más riguroso, Maximilien de Robespierre, abogado severo e incorruptible. En calidad de jefe del Comité de Salvación Pública, y jefe de la policía, enviaba cada día a la guillotina a cientos de personas, sumando un total de 2.750 ejecuciones. De éstas, 650 correspondían a aristócratas y el resto eran individuos de clase obrera. Robespierre llegó incluso a ejecutar a Danton. Saturno se estaba comiendo a sus propios hijos.

¿Cómo pudo ocurrir? ¿Cómo pudo ser que los hombres más inteligentes y sensatos justificaran esa masacre? En la filosofía idealista, el fin nunca justifica los medios, ya que, como hemos visto, los motivos, por muy ocultos que puedan

estar, afectan al resultado. Robespierre derramó sangre como una desagradable obligación, para proteger los derechos de los ciudadanos y las propiedades de éstos. Desde un punto de vista racional, hizo lo que hizo por el bien de todos.

Sin embargo, en su caso, este anhelo de ser totalmente sensato parece haberle vuelto loco.

El 8 de julio de 1794 tuvo lugar una peculiar ceremonia frente al Louvre. Los miembros de la Convención Nacional se sentaron en un enorme anfiteatro improvisado, sujetando cada uno una espiga que simbolizaba a la diosa Isis. Delante de ellos se erigía un altar junto al que se encontraba Robespierre de pie, envuelto en una capa de color azul claro, con el pelo empolvado para que pareciese blanco, y exclamó: «¡Todo el Universo está aquí reunido!» Entonces, invocando al Ser Supremo, empezó un discurso que duró varias horas y que concluyó así: «Mañana, cuando volvamos al trabajo, nos enfrentaremos de nuevo al vicio y la tiranía.»



Napoleón dijo en más de una ocasión que mientras nadie más pudiera ver su estrella, visible en el cielo, no permitiría que nadie le impidiera seguir su destino.

Si los miembros de la Convención esperaban que pusiera fin a la matanza, iban a quedar decepcionados.

A continuación, subió a lo alto de una efigie cubierta con un velo y prendió fuego a la tela, que descubrió la estatua de piedra de una diosa. El masón iluminado Jean-Jacques Davide había diseñado la escultura de tal forma que la diosa, Sofía, parecía salir de entre las llamas, como el ave Fénix.

El poeta Gérard de Nerval declararía más tarde que Sofía representaba a Isis. Aun así, el espíritu dominante de la época no era Isis, cuyo velo, al ser levantado, permitía acceder a los mundos espirituales; tampoco era la Madre Naturaleza, la diosa bondadosa y maternal de la dimensión vegetal del cosmos. Se trataba de la Madre Naturaleza violenta y salvaje.

Robespierre fue acusado de intentar que una anciana profetisa llamada Catherine Théot, lo declarara dios. La repulsión por la inexorable sangría llegó a un nivel máximo, lo que llevó a que una multitud sitiara el ayuntamiento. Robespierre estaba por fin acorralado. Trató de pegarse un tiro, pero sólo consiguió reventarse medio maxilar. Mientras lo conducían al patíbulo, llevando aún su vestimenta de color azul claro, trató de hacer un discurso ante la gente allí congregada, pero tan sólo logró emitir un grito estrangulado.

Como es bien sabido, Napoleón seguía su estrella. Esto se ha considerado un modo poético de decir que estaba destinado a conseguir importantes logros.

Goethe dijo de él: «El demonio nos guía cada día y nos ordena qué hacer en cada ocasión, mientras el espíritu bueno nos deja en la estacada, y andamos a tientas en la oscuridad. ¡Napoleón era el hombre! Siempre iluminado, siempre lúcido y decidido, y dotado a todas horas de la suficiente energía como para llevar a cabo lo que creyera necesario. Su vida fue la marcha de un semidiós, de batalla en batalla, de victoria en victoria. Bien se podía decir de él que estaba en un estado de

iluminación perpetua […] En los últimos años, esta iluminación parece haberle abandonado, así como su buena suerte y su buena estrella.»

¿Cómo no iba Napoleón a creer en el destino? Había triunfado en todo lo que se había propuesto, había sido capaz, como sabemos, de doblegar a todo el mundo a su voluntad. Para él mismo y para muchos de sus contemporáneos era el Alejandro Magno de la era moderna, al unir Oriente y Occidente con sus conquistas.

Las tropas francesas entraron en Egipto. Si bien ésa no era una campaña especialmente gloriosa, era importante para Napoleón a nivel personal. Según Fouché, jefe de la policía secreta francesa, Napoleón se reunió con un hombre que supuestamente era Saint Germain dentro de la Gran Pirámide. ¿Es cierto? De lo que no cabe duda, es de que designó al esoterista y astrólogo Fabre d'Olivet como uno de sus asesores, y también que pasó una noche solo en la Gran Pirámide. ¿Se reunió Napoleón con Saint Germain en carne y hueso o en espíritu?

Napoleón ordenó la confección de un catálogo de antigüedades egipcias, *Description de l'Egypt*. Estaba dedicado a «Napoléon le Grand», lo cual invita a la comparación con Alejandro Magno. Se le retrató en la cubierta del catálogo como Sol Invictus, el dios Sol.

Su imperio se extendería y anexionaría no sólo Italia y Egipto, sino Alemania, Austria y España. Aunque ningún emperador había sido coronado por el papa desde Carlomagno, en 1804, Napoleón hizo que le llevaran la corona y el cetro de este emperador, y, tras obligar al papa Pío VII a estar presente, le arrebató simbólicamente la corona de las manos y se coronó emperador.

Napoleón contrató a un grupo de eruditos, que llegaron a la conclusión de que Isis era la antigua diosa de París, motivo por el que decretó que la diosa y su estrella se incluyeran en el

escudo de armas parisino. En el Arco de Triunfo aparece Josefina arrodillada a los pies de Napoleón y llevando el laurel de Isis.

De esto podemos deducir que Napoleón no se identificaba con la estrella Sirio, sino que la seguía, como Orión la sigue en el cielo. En las ceremonias masónicas de iniciación, los candidatos vuelven a nacer (igual que resucita Osiris) mirando una estrella de cinco puntas que representa a Isis. Osiris/Orión, el Cazador es el impulso masculino hacia el poder, la acción y la fecundación, que persigue a Isis, la guardiana de los misterios de la vida.

Así es como Napoleón veía a Josefina, nacida en el seno de una familia profundamente introducida en la masonería esotérica y ya masona cuando la conoció. Él pudo conquistar el continente europeo, pero nunca pudo llegar a conquistar a aquella mujer de belleza sublime. Bebía los vientos por ella como Dante había bebido los vientos por Beatriz, y la espera lo hacía desear más.

Osiris e Isis se asocian también, por supuesto, con el sol y la luna, y en un primer nivel, como hemos visto, esto guarda relación con la propia disposición del cosmos que permite el pensamiento humano. En el Antiguo Egipto, el ascenso helíaco de Sirio a mitad de junio presagiaba la subida del Nilo. En algunas tradiciones esotéricas, Sirio es el sol central del universo alrededor del cual gira el sol.

Este complejo vínculo de pensamiento esotérico, mezclado con su amor por Josefina, alimentaba la creencia de Napoleón en el destino.

Sin embargo, en 1813, los poderes que guiaban y facultaban a Napoleón lo abandonaron —como siempre hacen con todo el mundo— de un modo bastante repentino, y tal como Goethe describía, los poderes de reacción salieron apresurados de todas partes para destruirlo.

Observamos el mismo proceso en las vidas de los artistas. Se esfuerzan por encontrar su lugar, llegan a un período de inspiración durante el cual todo lo que hacen es bueno, y tal vez hacen que el arte viva una nueva etapa. Después, el espíritu los abandona de repente y son incapaces de volver a atraparlo, por mucho que lo intenten.

A lo largo de esta historia nos hemos referido en repetidas ocasiones a la serie de experiencias que debe vivir un candidato para lograr la iniciación, incluida la vivencia del *Kamaloca*, o purgatorio, donde el alma y el espíritu, aún unidos, se ven atacados por los demonios. Ahora ha llegado el momento de abordar la idea que se enseña en las escuelas esotéricas de que toda la humanidad tenía que pasar por algo similar a la iniciación.

Las sociedades secretas se estaban preparando para ese acontecimiento, ayudando a la raza humana a desarrollar la concepción de sí misma y otras cualidades que necesitarían durante la traumática experiencia.

A mediados del siglo XVIII, la masonería se fue extendiendo por el mundo a lo largo de varias décadas, concretamente a Austria, España, la India, Italia, Suecia, Alemania, Polonia, Rusia, Dinamarca, Noruega y China. Siguiendo el ejemplo de los hermanos americanos y franceses, la masonería sirvió de inspiración a las revoluciones republicanas en todo el mundo.

Madame Blavatsky escribió que entre los Carbonari (los precursores revolucionarios y pioneros de Garibaldi) había más de un masón muy versado en las ciencias ocultas y en el movimiento rosacruz. El propio Garibaldi era masón de grado 33 y gran maestre de la masonería italiana.

En Hungría, Louis Kossuth y en Sudamérica Simón Bolívar, Francisco de Miranda, Venustiano Carranza, Benito Juárez y Fidel Castro lucharon por la libertad.

En la actualidad, en Estados Unidos existen unas trece mil logias, y en el año 2001 se calculaba que había aproximadamente siete millones de masones en todo el mundo.

Hemos visto cómo Jesucristo plantó la semilla de la vida interior, cómo esta vida interior creció y se pobló con Shakespeare y Cervantes. En el siglo XVIII, y especialmente en el XIX, los grandes novelistas iniciados forjaron el sentimiento, del que todos disfrutamos hoy, de que este mundo interior tiene su propia historia, una narrativa con significado, altibajos, reveses de la fortuna y dilemas, momentos clave en los que se pueden tomar decisiones trascendentales.

Los novelistas más importantes del momento (nos vienen a la mente las hermanas Brontë o Dickens) también creían plenamente que, del mismo modo que, según la doctrina esotérica, la conciencia humana había evolucionado a lo largo de la historia, la conciencia también evolucionaba en la vida personal humana.

Juan Comenius se crió en la Praga de Rodolfo II, donde asistió a la coronación del Rey del Invierno. Conoció a John Valentine Andrae en Heidelberg, y fue invitado por su amigo, el ocultista Samuel Hartlib, a que lo visitara en Londres para «ayudarle a completar la Obra». Mediante sus reformas educativas, Comenius introduciría en la historia convencional la idea de que en la infancia experimentamos un estado mental muy distinto del que desarrollamos de adultos.

Percibimos la influencia de Comenius, por ejemplo, en *Jane Eyre* o en *David Copperfield*, y hay que tener en cuenta que en aquella época era algo muy novedoso.

No obstante, el área de pensamiento esotérico que afectaría en mayor medida a la novela sería la de las leyes más profundas. La novela proporcionaba un espacio a los novelistas versados en filosofía esotérica para mostrar la influencia de esas leyes en las vidas humanas privadas.

Ha llegado el momento de intentar entender este concepto esquivo que radica justo en el núcleo de la visión esotérica del cosmos y de su historia.

Veíamos cómo Elías, actuando entre bastidores, había ayudado a establecer una división de la conciencia entre la conciencia objetiva baconiana y la conciencia subjetiva shakespeariana. Asimismo, veíamos cómo el hecho de ver el mundo con la mayor objetividad posible hacía que las leyes de la física cobraran protagonismo.

Pero ¿qué hay de la experiencia subjetiva? ¿Qué hay de la estructura de la propia experiencia?

Más adelante, surgiría la ciencia de la psicología, si bien ésta se basaría en la suposición materialista de que la materia influye en la mente, y no al revés. Por lo tanto, la psicología omitió una parte universal de la vivencia humana, la experiencia del significado.



Ilustración del libro de texto escolar de Comenius.

Ya nos hemos referido a cómo los rosacruces empezaron a formular leyes acordes con el pensamiento esotérico oriental sobre «el camino sin nombre», ligado inextricablemente al concepto del bienestar humano. En Oriente existe la venerable tradición de controlar el comportamiento del yin y su opuesto,

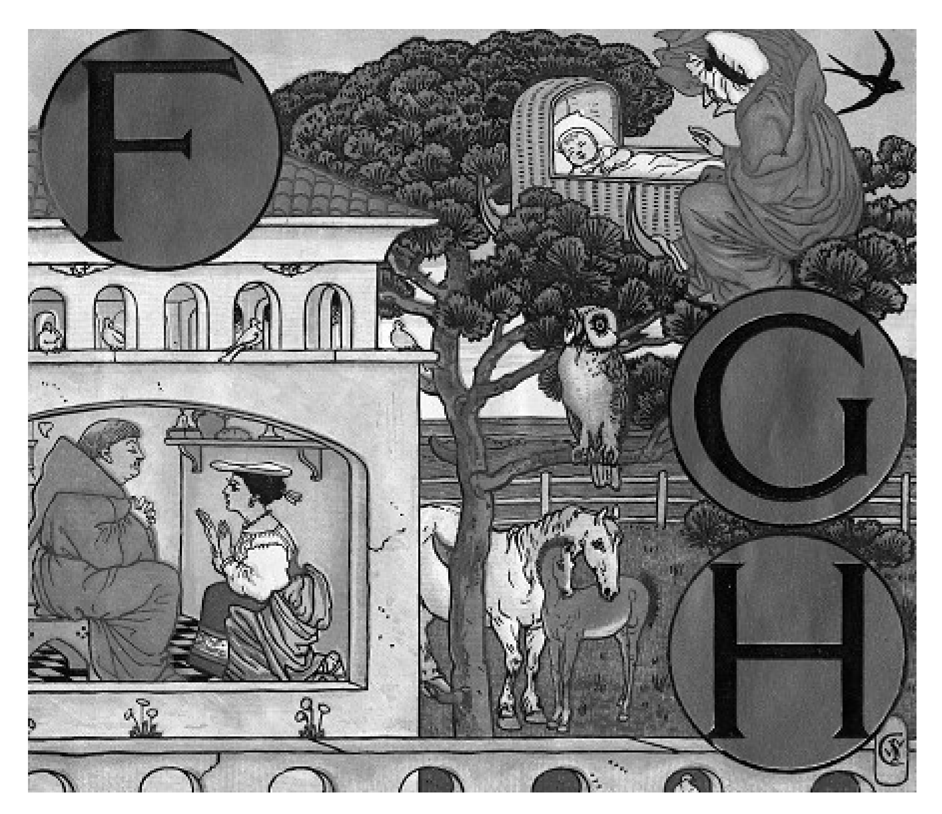
el yang, pero en Occidente, eso seguía siendo un esquivo elemento que se escabullía entre las ciencias emergentes de la física y la psicología.

Las leyes que rigen estos elementos huidizos son difíciles de concebir en términos abstractos, y resulta mucho más fácil verlas en acción. Algunos de los novelistas más destacados del siglo XIX escribieron explícitamente novelas esotéricas. Además de *Canción de Navidad*, de Dickens, *Cumbres borrascosas*, de Emily Brontë, muestra cómo el espíritu sigue a su amada más allá de la muerte. *El velo alzado* de George Eliot, el fruto de su apasionada investigación de lo oculto, fue suprimida por su editor. Allí también estaba, como veremos en breve, Dostoievski.

Pero además de este ocultismo explícito, en muchas más obras de ficción está implícita una influencia más generalizada. En las novelas más importantes puede encontrarse una gran visión de la influencia de las leyes más profundas en la vida personal, los complejos patrones irracionales que no podrían darse si la ciencia explicara todo lo que hay en el universo.

Jane Eyre, *Casa desolada*, *Moby Dick*, *Middlemarch*, *Guerra y paz* son un reflejo de nuestras vidas, y señalan los patrones relevantes del orden y el significado que conforman nuestra experiencia universal, incluso cuando la ciencia nos prohíbe creer en las evidencias que están ante nuestros ojos, o nos llegan a través de nuestros corazones y mentes.

En un primer nivel, todas las novelas tratan del egotismo. Una novela siempre implica ver el mundo desde el punto de vista de otra gente. Por lo tanto, leer una obra de ficción reduce el egotismo. Asimismo, los defectos de los personajes tienen en ellas mucho que ver con el egotismo, ya sea por el interés propio o, más en concreto, por la imposibilidad de sentir empatía.



La Madre Oca en un grabado del siglo XVIII. Aquí revela su identidad secreta como Isis, la diosa lunar y sacerdotisa de la filosofía secreta, no sólo por su nombre (en el Antiguo Egipto, la oca era una de las representaciones de Isis), sino también por la forma creciente de su perfil. Los cuentos de hadas de la tradición popular están saturados de las misteriosas y paradójicas cualidades de la antigua filosofía secreta.

Sin embargo, la mayor contribución de la novela a la concepción humana de uno mismo es, como acabamos de sugerir, la formación del concepto de una narrativa interna, la concepción de que una vida personal vista desde dentro tiene una forma relevante, una historia.

Bajo estas ideas de forma y significado subyace la creencia de que la vida humana va adquiriendo forma a medida que se supera una serie de pruebas (el laberinto que no deja de metamorfosearse).

Lo que moldea las vidas en las novelas es la cualidad paradójica vital, el hecho de que no sigue una línea recta predecible, de que las apariencias son engañosas y que la fortuna se invierte. Los conceptos del significado de la vida y las leyes profundas confluyen en este punto.

Si estas leyes profundas existen realmente y son universales y, por lo tanto, son importantes y poderosas, si la historia las ataca, ¿no resulta sorprendente que no las conozcamos más? De hecho, ¿acaso no es raro que en Occidente ni siquiera tengamos, al parecer, un nombre para designarlas?

Es asombroso, máxime porque si estas leyes actúan cuando está en juego la felicidad humana, debería deducirse que podrían ser muy útiles para nuestra esperanza de tener una vida feliz.

El conjunto de normas más habituales para lograr una vida feliz son la sabiduría práctica contenida en los proverbios y en los consejos sensatos de advertencia que se suele dar a los niños.

No obstante, una diferencia es que tanto los proverbios como esas advertencias sólo se refieren a aspectos básicos (como evitar el daño físico y cubrir las necesidades mínimas), mientras que las leyes profundas se ocupan de conceptos sublimes, como el destino, el bien y el mal. Como veremos, nos recomiendan satisfacer nuestra ansia por alcanzar los niveles superiores y más inefables de felicidad, nuestras necesidades más profundas de realización y de búsqueda de sentido.

Compárese el consejo proverbial «Mira antes de saltar» con la recomendación que contiene esta perversa y breve parábola escrita con el espíritu del protosurrealista Guillaume Apollinaire y contada por Christopher Logue:

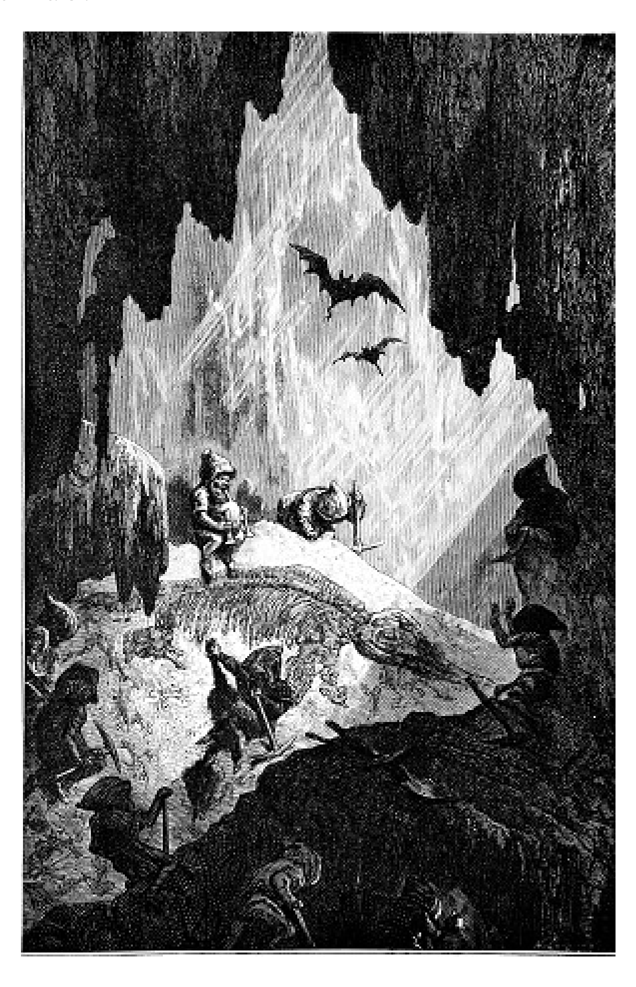
> Acercaos al borde, dijo él.
>
> Ellos contestaron: Tenemos miedo.
>
> Acercaos al borde, dijo él.
>
> Ellos se acercaron.
>
> Él los empujó… y ellos volaron.

Inspirados por las enseñanzas de las sociedades secretas, los surrealistas querían destruir las formas de pensar tradicionales y aplastar el materialismo científico. Un modo de

hacerlo fue fomentar los actos irracionales. Aquí, Apollinaire está diciendo que si se actúa de una forma irracional, las fuerzas irracionales del universo nos recompensarán.

Si lo que afirma Apollinaire es cierto, ésta es una de las leyes más profundas del universo, una ley de causa y efecto que se encuentra fuera de las leyes de la probabilidad.

Los surrealistas no ocultaban que las raíces de su filosofía irracional estaban en las sociedades secretas, algo excepcional; pero esa misma filosofía irracional está también implícita en la cultura mucho más convencional. Consideremos, por ejemplo, ¡*Qué bello es vivir*! (*It's a Wonderful Life*), una antigua película que, a primera vista, parece sencilla y reconfortante, como su obra antecesora, *Cuento de Navidad*, que Charles Dickens imbuyó de la filosofía de la sociedad secreta en la que se había iniciado.



Al igual que Paracelso, los hermanos Grimm recopilaron folclore esotérico antes de que se extinguiera. Tal vez Mudito, Feliz, Mocoso y Sabio parezcan nombres graciosos inventados para niños, pero, de hecho, son translaciones literales de los siete demonios terrestres de la doctrina esotérica escandinava: Toki, Skavaerr, Varr, Dun, Orinn, Grerr y Radsvid. Incluso en el reconfortante mundo de Disney, lo esotérico está más cerca de la superficie de lo que cabría pensar.

Al señor Scrooge se le aparecen fantasmas que le ofrecen visiones en las que se le muestra cómo su conducta ha provocado un gran sufrimiento, junto con una visión de su futuro si sigue en la misma línea. George Bailey, el personaje que interpreta James Stewart en ¡*Qué bello es vivir*!, cree que su vida ha sido un fracaso total y está a punto de suicidarse cuando un ángel le muestra lo infelices que habrían sido su familia, amigos y todo su pueblo de no haber sido por él y por su espíritu de sacrificio personal.

Por lo tanto, tanto a George Bailey como al señor Scrooge se los invita a preguntarse cómo habría sido el mundo si hubieran optado por vivir de un modo distinto. Al final de este proceso, se pide a ambos personajes que pasen por la misma puerta que están a punto de atravesar al principio de la historia, pero en esta ocasión para hacer lo correcto. George Bailey decide no suicidarse y hacer frente a sus acreedores. El señor Scrooge se redime ayudando a Bob Cratchit y su familia.

Así pues, en cierto sentido, tanto ¡*Qué bello es vivir*! como *Cuento de Navidad* muestran que la vida sigue una especie de trayectoria circular, y que es una prueba. Nos enseñan que en la existencia se deben tomar decisiones cruciales y el modo en que se nos puede hacer dar la vuelta y regresar para enfrentarnos a esas decisiones clave si nos equivocamos.

Imagino que la mayoría de nosotros cree que tanto ¡*Qué bello es vivir*! como *Cuento de Navidad* en cierta medida son reales. Cuesta asumir que haya algo en la ciencia o la naturaleza que pueda ser la causa de que la vida esté diseñada de un modo tan insistentemente desafiante, pero es probable

que la mayoría de nosotros opine que estas dos conocidas obras son más que meros pasatiempos, que transmiten algo profundo sobre la existencia.

Una breve reflexión bastaría ahora para convencernos de que esos mismos tipos de patrones misteriosos e irracionales conforman también la estructura de algunas de las obras literarias más importantes del mismo estilo: *Edipo rey*, *Hamlet*, *Don Quijote*, *Fausto* y *Guerra y paz*.

De algún modo, Edipo se ve abocado a lo que más teme, y acaba matando a su padre y casándose con su madre.

Hamlet elude en repetidas ocasiones el reto de su vida (vengar el asesinato de su padre), pero este desafío vuelve para enfrentarse a él de formas cada vez más atroces.

Don Quijote tiene una visión benévola del mundo, que considera un lugar noble, y esta visión es tan firme, que al final de la novela ha transformado de un modo misterioso su entorno material.

En lo más profundo de su corazón, Fausto sabe lo que debería hacer, pero al no hacerlo, una orden providencial del universo lo castiga.

El héroe de Tolstói, Pierre, está torturado a causa de su amor por Natasha. Sólo cuando se libera de sus sentimientos por ella logra ganársela.

Imaginemos que introducimos todas estas grandes obras de la literatura (de hecho, toda la literatura) en un ordenador gigante y formulásemos la siguiente pregunta: «¿Cuáles son las leyes que determinan si una vida es finalmente feliz y plena?» Supongo que el resultado sería un conjunto de leyes entre las figurarían las siguientes:

Si eludes un desafío, ese desafío volverá a ti de nuevo de un modo distinto.

Siempre nos vemos abocados a lo que más tememos.

Si eliges el camino inmoral, al final pagarás por ello.

Un sentimiento benévolo logrará finalmente aquello en lo que se cree.

Para retener lo que amas, debes dejarlo libre.

Por lo tanto, éste es el tipo de leyes que confiere a las grandes obras de la narrativa su estructura. Si al leer *Edipo rey*, *El rey Lear*, *Fausto* o *Middlemarch* sentimos que son profundamente reales, es sin duda porque son un eco de nuestra propia experiencia. Muestran con precisión la forma que adoptan nuestras vidas.

Ahora imaginemos qué pasaría si introdujésemos todos los datos científicos del mundo en otro ordenador gigante y preguntásemos lo mismo. Creo que los resultados serían diferentes:

El mejor modo de retener algo es tratar por todos los medios de mantenerlo y no rendirse nunca.

No se puede transformar el mundo con la ilusión, sino que hay que hacer algo al respecto.

Si se puede evitar ser hallado y castigado por otros hombres, no hay motivo para asumir que una orden providencial pueda castigarnos.

Etcétera. La implicación de todo esto está clara, y confirma lo que hemos apuntado antes. Cuando tratamos de determinar la estructura del mundo y cuando tratamos de determinar la estructura de la experiencia, obtenemos resultados muy distintos, dos conjuntos de leyes muy diferentes.

Ésta es una distinción que Tolstói abordó en su ensayo *Sobre la vida*. Aunque en el mundo exterior de los fenómenos externos y en nuestra vida interna, con su preocupación por el hecho de encontrar sentido y por la realización, actúan las mismas leyes, cuando las consideramos por separado parecen muy distintas. Tal como dijo Abraham Isaac Kook, uno de los

grandes cabalistas del siglo XX y primer gran rabino de Palestina: «Dios se revela en los sentimientos profundos de las almas sensibles.»

Esas leyes más profundas sólo pueden discernirse si contemplamos los acontecimientos del mundo externo con la mayor subjetividad, como lo haría un artista o un místico. ¿Es la subjetividad de estas leyes y el hecho de que actúen tan cerca del centro de conciencia, lo que hace que nos sea difícil mantenerlas enfocadas?

Rainer Maria Rilke, el poeta de la Europa central, parece estar a punto de referirse explícitamente a esas leyes en una carta a un joven aspirante a poeta. «Únicamente el hombre solitario está sometido a las leyes profundas de la naturaleza. Y cuando uno sale al encuentro de la naciente mañana, o con su mirada penetra en la noche preñada de aconteceres, sintiendo cuanto ahí acaece, entonces despréndese de él, cual de un muerto, toda condición, aunque él se halle en medio del más puro vivir.» Aunque Rilke usa un lenguaje poético elevado, parece confirmar que esas leyes profundas sólo se pueden discernir si nos olvidamos de todo lo demás y nos concentramos en ellas con constancia y con nuestra capacidad de discernimiento más sutil e intensa.

Durante la redacción de este libro he conocido a la joven mística irlandesa Lorna Byrne. Ella no ha leído nada de la bibliografía en la que se basa esta obra, ni tampoco ha conocido a nadie que le transmitiera las ideas que contiene. Su extraordinario conocimiento de los mundos espirituales le viene de su experiencia personal directa. Conoce a Miguel, Arcángel del Sol, y ha visto al arcángel Gabriel con forma de Luna, dividida por la mitad y aun así con sus mitades firmemente unidas y en movimiento, según dice, como las páginas de un libro que se van pasando. Me ha explicado que en un prado cerca de su casa ha visto el espíritu colectivo del zorro con forma de zorro pero con elementos humanos. Conoce a Elías, que antaño fue un ser humano con el espíritu de un ángel, y lo ha visto andar sobre el agua como el Verde de

la tradición sufí. Ella tiene un método alternativo de percepción de una dimensión paralela que mueve las cosas en nuestro interior.

A finales del siglo XIX, las criaturas de la Antigüedad empezaron a agitarse en las profundidades de la Tierra, y a dirigirse lentamente hacia el lugar designado.

Prisioneros desde la primera guerra celestial, los carroñeros de la conciencia estaban otra vez en acción.

27. LA MUERTE MÍSTICA DE LA HUMANIDAD

Swedenborg y Dostoievski • Wagner • Freud, Jung y la materialización del pensamiento esotérico • Las raíces ocultas del modernismo • El bolchevismo oculto • Gandhi

El primer deleite del romanticismo por la autoexpresión, el gozo animal de estar vivo en el mundo natural, dio paso al desasosiego. El filósofo alemán más importante del idealismo, Hegel, reconoció la presencia de esta fuerza en la historia: «El espíritu nos engaña, el espíritu conspira, el espíritu miente, el espíritu triunfa.»

Desde el punto de vista de la vida interior de la humanidad, la literatura de la segunda mitad del siglo XIX revela un atroz oscurecimiento, una crisis espiritual. Si la historia materialista describe esta crisis como una «alienación», la historia esotérica percibe una crisis espiritual. Es decir, una crisis causada por los espíritus, o más concretamente por los demonios.

El gran exponente de este enfoque no era alguien venerado en el entorno académico como Hegel o incluso Schopenhauer, más abiertamente ocultista, sino un hombre que se revolcaba literalmente en el fango. Swedenborg vio cómo las fuerzas demoníacas surgían de las profundidades. Vaticinó que la humanidad tendría que aceptar todo eso en el mundo y en su propio interior.

En la actualidad, la Iglesia de Swedenborg es el único movimiento esotérico admitido en el Concilio Eclesiástico Nacional de Suecia, y sus enseñanzas siguen influyendo en grupos de vida comunal, sobre todo en algunos grupos americanos, como los Shakers. Sin embargo, en su propia época Swedenborg era un personaje más bien peligroso. Su clarividencia, excepcionalmente detallada y precisa, lo hizo famoso en todo el mundo. Los espiritualistas intentaron

declararlo uno de los suyos, pero él los repudiaba alegando que sus dones sobrenaturales eran exclusivamente suyos, y que él presagiaban el inicio de una nueva era.

A partir de la lectura de su libro *Del cielo y del infierno*, Goethe tomó conciencia de la intrusión de las fuerzas sobrenaturales del mal que afligían a Fausto. El concepto de correspondencias de Baudelaire se inspiró asimismo en Swedenborg, y Balzac utilizó sus nociones de lo sobrenatural en *Séraphita*. Pero tal vez la influencia más importante y de mayor alcance de este hombre se dejó notar en Dostoievski, una influencia que ofuscaría el ánimo de toda una época.

Los héroes de Dostoievski están suspendidos en un abismo. En este autor existe una gran conciencia de lo importantes que son nuestras elecciones y también de que las alternativas nos llegan de diferentes guisas.

En Dostoievski encontramos el paradójico concepto de que quienes se enfrentan a esta dimensión sobrenatural del mal, incluso si son ladrones, prostitutas o asesinos, están más cerca del cielo que aquellos cuya cómoda cosmovisión oculta intencionadamente el mal y niega su presencia.

El cristianismo ortodoxo oriental ha sido menos dogmático que su homólogo occidental y ha valorado más la experiencia espiritual personal. Educado en esta Iglesia, Dostoievski se sintió libre para explorar los límites exteriores de la experiencia espiritual, para describir las batallas entre las fuerzas de las tinieblas y las fuerzas de la luz que se libraban en reinos en los que la mayoría de la gente apenas era consciente de ello. El viaje de Dostoievski por el infierno, como el de Dante, es, en parte, un viaje espiritual, pero también un viaje por el infierno en la Tierra que ha creado la humanidad. En su escritura queda patente un nuevo impulso que caracterizaría el arte a finales del siglo XIX y principios del XX, el deseo de conocer lo peor que puede pasar.

Al morir Dostoievski, se descubrió que su biblioteca estaba bien surtida de Swedenborg, incluidos sus relatos sobre los numerosos y diferentes infiernos que los individuos con diferentes capacidades maléficas crean para sí mismos. Sus descripciones de esos infiernos no son ficticias. Evitan nuestra ontología convencional, nuestras suposiciones cotidianas de lo que es real y lo que no. Es posible que, a primera vista, el infierno no parezca diferente del mundo en que vivimos, pero poco a poco se van revelando las anomalías. Tal vez hubiésemos conocido a un grupo de hombres afables y divertidos, libertinos a los que les encanta desflorar vírgenes, pero cuando se vuelvan para saludarnos, veremos que son «como simios con un rostro feroz […] un semblante horrible». Las escuelas no esotéricas de crítica literaria han pasado por alto el modo en que fragmentos como el siguiente, de *Crimen y castigo*, están directamente influidos por Swedenborg:

> —Yo no creo en la vida futura —replicó Raskolnikof.
>
> Svidrigailof estaba ensimismado.
>
> —¿Y si no hubiera allí más que arañas y otras cosas parecidas? —preguntó de pronto.
>
> «Este hombre está loco», pensó Raskolnikof.
>
> —El hombre —continuó Svidrigailof— se representa siempre la eternidad como una idea incomprensible, como algo inmenso. ¿Y si, en vez de esto, fuera un cuchitril, uno de esos cuartos de baño lugareños, ennegrecidos por el humo y con telas de araña en todos los rincones? Le confieso que así me lo imagino yo a veces.
>
> Raskolnikof experimentó una sensación de malestar.
>
> —¿Es posible que no se forme usted una idea más justa y consoladora de la eternidad? —preguntó.
>
> —¿Más justa? ¡Quién sabe si mi punto de vista es verdadero! Si dependiera de mí, ya me las compondría yo para que lo fuera —respondió Svidrigailof con una vaga sonrisa.
>
> Ante esta absurda respuesta, Raskolnikof se estremeció.

De un modo similar, en *Los hermanos Karamazov*, cuando Iván tiene una pesadilla en la que recibe la visita del diablo, ni Iván ni el lector creen que se trate tan sólo de una ilusión. Dostoievski les está diciendo a sus lectores que los demonios pueden colarse en la dimensión material. No hay

ningún otro autor que transmita con tanta fuerza las corrientes ocultas del mal que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX. Su obra está impregnada de una sensación de contacto vital con mundos misteriosos, algunos de ellos infernales. También está presente el extremismo espiritual, la sensación de que no hay término medio, que si uno no se apresura a adoptar lo más espiritual, lo demoníaco llenará el vacío. Quienes tratan de regirse por un término medio no llegan a ninguna parte.

Al igual que Swedenborg, Dostoievski esperaba con impaciencia la llegada de una nueva era, pero en su caso eso se desarrolló a partir de una concepción de la historia muy rusa.

«Cada día voy al bosque —escribió el poeta Nikolai Kliuev en una carta a una de sus amistades— y me siento allí junto a una pequeña capilla y el pino viejo. Pienso en ti. Te beso los ojos y el corazón […] Oh, madre naturaleza, paraíso del espíritu […] Qué odioso y negro parece el llamado mundo civilizado y qué daría, qué Gólgota soportaría porque América no tuviera que invadir el amanecer de plumas azules, la cabaña de cuento de hadas […] el cristianismo occidental entre cuyos incautos regalos al mundo debemos contar el racionalismo, el materialismo, una tecnología que esclaviza, la ausencia de espíritu y, en su lugar, un humanismo sentimental vano.» Éste es el punto de vista ruso.

El cristianismo ortodoxo había seguido un camino distinto al católico romano. La religión ortodoxa conservaba y sustentaba doctrinas esotéricas, algunas de ellas precristianas, las cuales habían sido rechazadas o declaradas heréticas por Roma. La visión mística de Dioniso el Areopagita seguía iluminando el cristianismo ortodoxo, con su énfasis en la experiencia personal directa de los mundos espirituales. En el siglo VII, el teólogo bizantino Máximo, el Confesor instó a la introspección disciplinaria, la vida monástica o errante. «Debe buscarse la iluminación, y en casos extremos se iluminará también todo el cuerpo», escribió. El mismo fenómeno fue descrito por los monjes del monte Atos: los hermanos absortos

en sus oraciones, iluminaban de repente toda su cueva o celda. Se trataba de una visión de Dios, la *hesychast*, que podía lograrse mediante ejercicios de respiración rítmica, plegarias repetitivas y meditación basada en la concentración en iconos.

En Rusia, la Iglesia hizo hincapié en los poderes sobrenaturales accesibles tras una estricta disciplina espiritual. Sin embargo, en el siglo XVII, el patriarca Nikon, un ortodoxo ruso, reformó y centralizó la Iglesia. Los Antiguos Creyentes (*Raskolniki*) serían quienes mantendrían vivas las creencias y disciplinas espirituales de los primeros cristianos. Al prohibirse sus comunidades, éstas se hicieron clandestinas, y sobrevivieron así, manteniendo viva la tradición. Dostoievski se mantuvo en contacto con ellas a lo largo de toda su vida.

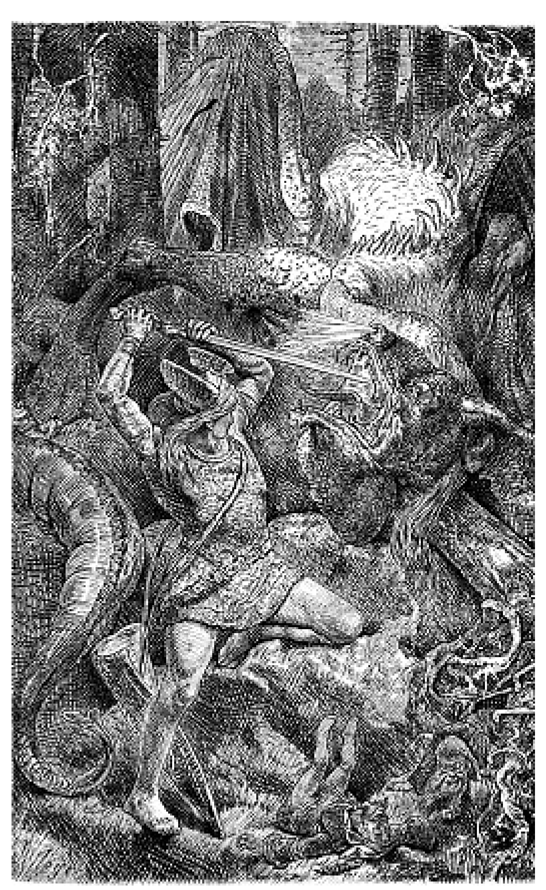


Ilustración del *Lohengrin*, de Wagner. Ningún otro artista esotérico transmite mejor esa noción esotérica clave (la conciencia del destino amenazante y abrumador). Wagner escribió acerca de su ambición de dar origen a un mundo que no existía, y Baudelaire explicó que asistir a una representación *Lohengrin* lo hizo sumirse en un estado de alteración de conciencia en el que se disolvió el mundo cotidiano de los sentidos. El ocultista Theodor Reuss afirmó haber conocido a Wagner, lo cual le dio

una orientación especial para desentrañar una doctrina secreta oculta en *Perceval*. Reuss vio el cierre de los mundos de Perceval al final del tercer acto, donde éste sujeta de pie su lanza erecta, como una deificación gloriosa del deseo sexual.

De la tradición de los Antiguos Creyentes surgieron los *Stranniki*, o Peregrinos, individuos solitarios que renunciaban al dinero, matrimonio, los pasaportes y a todos los documentos oficiales y vagaban por todo el país prometiendo visiones extáticas, curando y profetizando. Si se los atrapaba, se los torturaba, e incluso a veces se les decapitaba.

Otro movimiento posterior que surgió a raíz de los Antiguos Creyentes fueron los *Khlysty*, el Pueblo de Dios, una sociedad secreta perseguida, famosa por su ascetismo extremo y por el rechazo del mundo. Tenían fama de reunirse por la noche, a veces en el claro de un bosque iluminado por una hilera de velas. Desnudos bajo holgadas túnicas blancas, bailaban en dos círculos, los hombres en un círculo interior que giraba en la dirección del sol, el de las agujas del reloj, y las mujeres en uno exterior que se movía en dirección contraria. El objetivo de esta ceremonia era liberarse del mundo material y ascender hacia los mundos espirituales. Se desmayaban, hablaban en diferentes lenguas, curaban a los enfermos y expulsaban a los demonios.

Había rumores sobre la celebración de orgías en estas reuniones nocturnas, pero lo más probable era que, como los cátaros, fueran ascetas que practicaran la sublimación de la energía sexual con fines místicos y espirituales.

El joven Rasputín estuvo en el monasterio ortodoxo de Verkhoturye, donde conoció a miembros de los *Khlysty*. Su propia doctrina parece tener un desarrollo radical, ya que aboga por el éxtasis espiritual logrado mediante el agotamiento sexual. La carne sería crucificada, la pequeña muerte del orgasmo se convertiría en la muerte mística de la iniciación.

Tras una visión de María en la que le ordenó que llevara una vida errante, Rasputín caminó tres mil kilómetros hasta el monte Atos. Regresó a casa dos años más tarde, exudando un

poderoso magnetismo, y con milagrosos poderes de curación.

En 1903 llegó a San Petersburgo. Allí fue acogido por el confesor privado de la familia real, el cual afirmó: «Es la voz de la tierra rusa la que habla a través de él.» Presentó a Rasputín a una corte ya fascinada por las ideas esotéricas y el ansia de vivir experiencias.

En las logias masónicas rusas se debatía entonces mucho sobre el martinismo. El maestro De Philippe y Papus habían visitado la corte rusa en 1901. Papus convirtió a Nicolás II en el jefe de la logia martinista, y ejercía de curandero del zar y asesor espiritual. Se dice que invocó el espíritu del padre del zar, Alejandro III, que profetizó la muerte de Nicolás II a manos de los revolucionarios. Papus también advirtió al zar de la malvada influencia de Rasputín.

Este último sería objeto de calumnias y asesinado por los masones, pero en 1916 su contemporáneo, el gran iniciado Rudolf Steiner, dijo de él que «el espíritu del pueblo ruso sólo puede actuar a través de él y de nadie más».

Si conforme avanzamos hacia el fin de siglo, nos fijamos no en el escalón más alto del arte y la literatura sino en el escalón inmediatamente anterior, encontramos una literatura de temas esotéricos explícitos que dominaría la cultura popular en el siglo XX. Oscar Wilde estaba imbuido de la doctrina de la Orden del Amanecer Dorado. Su obra *El retrato de Dorian Gray*, como *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Robert Louis Stevenson, llevó el concepto oculto del *dopplegänger* a la conciencia pública convencional. M. R. James, rector de la Universidad de Cambridge del que se dice que es el padre de las historias de fantasmas, tradujo al inglés muchos de los evangelios apócrifos, pronunció un discurso sobre las ciencias ocultas en la Eton Literary Society y escribió un relato llamado *Count Magnus*, en el que el conde, un alquimista, peregrina hasta el lugar de nacimiento del Anticristo, una ciudad llamada Chorazin. El hecho de que

Chorozon fuera el nombre de uno de los demonios que mantuvo largas conversaciones con Dee y Kelley sugiere que James sabía de qué estaba hablando.

Previamente, en ese mismo siglo, el monstruo de Frankenstein había sido una ficción basada en el homúnculo de Paracelso. Tras asistir a la misma fiesta privada en la que Mary Shelley ideó el monstruo, el amigo de Byron, Polidori, escribió una de las primeras historias de vampiros. Pero la versión más famosa es la de Bram Stoker, en la que el cuerpo conservado en la tumba es una especie de versión demoníaca de Christian Rosencreutz. El propio Stoker era miembro de la OTO (Ordo Templi Orientis), una sociedad secreta que practicaba rituales mágicos. El teósofo checo Gustav Meyrink exploraría un tema similar en su novela *El Golem*, que a su vez influyó en el cine expresionista alemán. Se decía que en la novela *Allá abajo*, Huysmans explicó, según su experiencia personal, lo que había pasado realmente en los rituales de magia negra, rompiendo su juramento de guardar secreto. Aleister Crowley advirtió con evidente satisfacción que murió de cáncer de lengua por ello.

En el arte se pueden ver temas ocultos explícitos en el simbolismo de Gustave Moreau, Arnold Böcklin y Franz von Stuck, en los sueños despiertos de Max Klinger y en el extraño arte eróticooculto de Felicien Rops, al que un crítico de la época llamaba «un Satanás sarcástico». Odilon Redon escribió que se había «entregado a las leyes secretas».

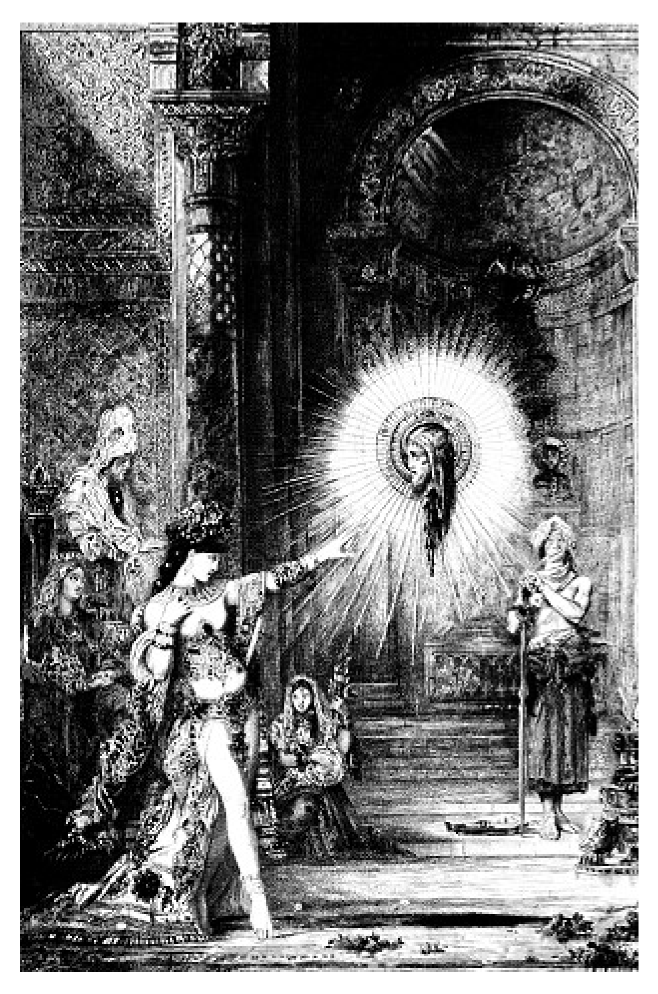
A lo largo de este período, el espíritu del materialismo estaba preparándose para la victoria, ideando versiones materialistas de la filosofía esotérica. Ya hemos comentado que las ideas esotéricas de la evolución de las especies adquirieron un matiz materialista en las teorías de Darwin. Asimismo, hemos visto cómo los despiadados manipuladores y cínicos de los masones, los illuminati, aportaron una metodología a los revolucionarios de finales del siglo XVIII y a

lo largo de todo el XIX. En ese momento, el materialismo dialéctico de Marx traducía los ideales espirituales de Saint Germain a un plano puramente económico.

El ocultismo desempeñó también un papel en el desarrollo de las ideas de Freud. Su mentor, Charcot, había sido instruido por el destacado ocultista e inventor del mesmerismo Anton Mesmer. El joven Freud estudió la cábala, y en sus escritos defendía la telepatía, postulando que podría haber sido una forma arcaica de comunicación usada por toda la población antes de que se inventara el lenguaje.

Introdujo en la mentalidad convencional una idea fundamentalmente cabalística, la de que la conciencia tiene una estructura. Por ejemplo, el modelo mental que Freud popularizó (del superego, el ego y el ello) puede considerarse una versión materializada del modelo cabalístico tripartito.

De hecho, a un nivel incluso más básico, la propia noción de que existen impulsos independientes de nuestra conciencia, pero que pueden influir en ella desde el exterior, es una versión materialista secularizada de la descripción esotérica de la conciencia. En el esquema vital de Freud, esas fuerzas ocultas debían interpretarse como sexuales más que como espirituales. Más tarde, Freud reaccionó contra las raíces esotéricas de sus ideas y calificó negativamente de locura la antigua forma de conciencia a partir de la que se habían desarrollado.



Salomé, de Gustave Moreau.

Las influencias esotéricas en el discípulo de Freud, Jung, son aún más evidentes. Ya hemos comentado que interpretaba los procesos alquímicos como descripciones de la curación psicológica, y que identificaba lo que consideraba los siete grandes arquetipos del inconsciente colectivo con el simbolismo de los siete dioses planetarios.

Al considerar los procesos alquímicos como puramente psicológicos, negaba un nivel de significado que proponían los escritores alquímicos (que estos ejercicios mentales pueden influir en la materia de un modo sobrenatural). Y a pesar de que Jung creía que los siete arquetipos actuaban con independencia de la mente consciente, habría estado lejos de concebirlos como centros incorpóreos de conciencia que actuaban con total independencia de la mente humana. De hecho, cuando Jung conoció a Rudolf Steiner, lo tachó de esquizofrénico.

Sin embargo, más tarde, al colaborar con el investigador físico Wolfgang Pauli, se vio impulsado a ir un poco más allá de los límites establecidos. Jung y Pauli llegaron a creer que, además del mecanismo puramente físico del choque entre átomos, existe otra red de conexiones que enlaza acontecimientos que no están unidos desde el punto de vista físico (conexiones causales no físicas originadas por la mente). En ese momento, un contemporáneo de Jung, el antropólogo francés Henri Corbin, estaba investigando las prácticas espirituales de los sufíes. Corbin llegó a la conclusión de que los adeptos sufíes se ejercitaban juntos y en consonancia, y podían comunicarse entre sí en un entorno de «imaginación objetiva». Jung acuñó la misma expresión por separado.

Más adelante, las explicaciones materialistas que Freud había tratado de imponer a las experiencias espirituales se le volvieron en contra, y se vio atormentado por una sensación de lo que él llamaba lo siniestro. Freud redactó su ensayo *Lo siniestro* cuando contaba sesenta y dos años de edad. Al reflexionar sobre lo que más temía, intentaba evitar que sucediera. Unos cuantos años antes, había observado que el número 62 se le aparecía insistentemente (en la factura de un sombrero, en el número de habitación de un hotel o en el número de asiento en el tren). Le daba la sensación de que el cosmos trataba de decirle algo. ¿Acaso moriría a los sesenta y dos años?

En el mismo ensayo explicaba la experiencia de haber recorrido un laberinto de calles en un antiguo pueblo italiano y encontrarse en el barrio de la prostitución. Aunque siguió la que pensaba que era la ruta más directa para salir del barrio, pronto volvió a estar en medio de éste. Eso le sucedía una y otra vez, fuera en la dirección que fuese. Esta experiencia no puede más que recordarnos a Francis Bacon. Como consecuencia de estos experimentos, Freud empezó a sospechar que podría existir algún tipo de complicidad entre su

psique y el cosmos. ¿O acaso el cosmos creaba significados con independencia de cualquier entidad humana y, por así decirlo, los dirigía hacia él?

Si Freud se hubiera visto obligado a admitir que cualquiera de esas suposiciones era cierta, incluso aunque fuera en un solo caso, toda su cosmovisión materialista habría quedado rota en pedazos. Lógicamente, estaba deseoso de anular tales provocaciones. Le dejaban en un estado mental alterado.

La colonización europea de otras partes del mundo generó un flujo de ideas esotéricas en dirección contraria, la colonización inversa de Europa. La ocupación británica de la India dio lugar a la publicación en inglés de textos esotéricos hindúes y, en consecuencia, el esoterismo oriental sigue estando mejor representado en las librerías de Occidente que su homólogo occidental. De forma similar, las colonias francesas del Norte de África transmitieron al esoterismo de los territorios francófonos un matiz claramente sufí.

La partición de Polonia, en el siglo XIX, provocó la difusión de las tradiciones alquímicas de ese país por el resto de Europa. En Centroeuropa sobrevivió un auténtico impulso rosacruz en forma de la *Antroposofía* de Rudolf Steiner. La Revolución rusa motivó la huida de los ocultistas refugiados en la corte de los zares, lo cual ayudó a introducir una corriente de esoterismo ortodoxo en Occidente, y la filosofía de orientación sufí y ortodoxa de Gurdjieff y Oupensky pasó a ser muy influyente tanto en Europa como en Estados Unidos. En la década de 1950, la invasión china del Tibet provocaría la dispersión del esoterismo tibetano por todo el mundo.

En un momento en el que para muchos occidentales la religión oficial está a punto de verse reducida a un mero formalismo, y en el que a muchos les parece estéril y exhausta, tal vez no sería de extrañar que toda persona inteligente llegara a un momento de su existencia en que quisiera plantearse los grandes interrogantes de la vida y de la muerte, y preguntarse

si éstas y el universo tienen sentido; un momento en el que hay que intentar encontrar respuestas. La filosofía esotérica, considerada en conjunto, representa la parte más enriquecedora, profunda y fascinante de la reflexión sobre esos interrogantes.

Los artistas y escritores más célebres hallan el modo de expresar lo que significa estar vivo en un momento de la historia.

El arte más destacado de finales del siglo XIX y principios del XX fue el grito de una humanidad herida y perpleja. Algunos artistas y escritores, incluidos unos pocos de renombre, miraron de frente la existencia y decidieron que era bastante intrascendente, que la vida en la Tierra, la vida humana, era un accidente de combinaciones químicas y que, como Jean-Paul Sartre decía al final de *La náusea*, el único modo de que la vida pueda tener sentido es si concebimos objetivos para nosotros mismos.

También es cierto que a algunos artistas les agradaba en gran medida la época materialista y sus brillantes superficies. Sin duda, el modernismo era iconoclasta. Sin embargo, a finales del siglo XIX, la tiranía de los reyes, las supersticiones clericales y la insípida moralidad burguesa fueron objetivos bastante fáciles para los iconoclastas.

Para la mayoría de los grandes artistas de la edad moderna, el modelo mecánico del universo ha sido el icono que realmente han querido destruir.

Nos gusta creer que el modernismo es ingenioso, está a la moda, en sintonía con la era industrial y que tiene poca paciencia con la autoridad y el dogma de épocas anteriores. En efecto, cumple todas esas características, pero no es, como también nos gusta creer a veces, ateo, al menos no en el sentido moderno radical de la palabra. De hecho, si gusta ver el esoterismo como el refugio de la antigua superstición, entonces eso es lo que realmente es el modernismo. El gran espíritu unificador de este último (el espíritu que une a

Picasso, Joyce, Malevich, Gaudí, Beuys, Borges y Calvino) es el deseo de socavar y subvertir el materialismo científico imperante. Basta con indagar un poco en las vidas de estos artistas y escritores para ver que todos guardaban una estrecha relación con lo oculto, y que el esoterismo les brindó la filosofía clave de su vida y la estética que les guiaba.

Si consideramos a Baudelaire y Rimbaud como puntos de partida representativos del modernismo, resulta fácil interpretar el trastorno de los sentidos que los modernistas recomendaban como un fin en sí mismo. Lo que creían en realidad es que cuando se disuelva el mundo material, se presentará el lineamento de los mundos espirituales. «El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desarreglo de todos los sentidos», dijo Rimbaud.

Gauguin, Munch, Klee y Mondrian eran teósofos. La teosofía de Mondrian le enseñó que era posible discernir una realidad espiritual estructurando las formas del mundo material. Gauguin creía que creaba esculturas a las que, como los *golems*, podían dar vida los seres incorpóreos. Kandinksy, al igual que Franz Marc, era discípulo de Rudolf Steiner, pero la gran influencia en las pinturas de Kandinksy, que lo llevaron a la abstracción, fueron las «formas mentales» percibidas en un estado de trance y relatadas por los teósofos Annie Besant y C. W. Leadbetter. Klee se retrató a sí mismo meditando sobre el Tercer Ojo.

Aunque las raíces esotéricas del arte de Matisse estén escondidas, él decía que a veces se pasaba semanas, incluso meses, contemplando un objeto que quería pintar, como una planta, hasta que su espíritu empezaba a apremiarlo para que lo plasmara en el lienzo.

La arquitectura de Gaudí, de inspiración árabe, con una proliferación de recargados arabescos en los que las formas animales y humanas se fusionan y se metamorfosean entre sí, invita al visitante a sumirse en un estado de alteración de conciencia.

España tal vez sea el país europeo en el que lo sobrenatural roza más la superficie de lo cotidiano. Picasso, el gran artista-mago del modernismo, tuvo siempre una intensa percepción de las intrusiones de los mundos espirituales. De niño, algunos de sus amigos creían que tenía poderes sobrenaturales, como la capacidad de leer la mente y la clarividencia. Cuando viajó a Francia, Max Jacob, Eric Satie, Apollinaire, Georges Bataille, Jean Cocteau y otros lo iniciaron en una sofisticada tradición esotérica.

Picasso usó a menudo temas esotéricos en su obra. A veces se retrataba a sí mismo como un arlequín, personaje que se asocia con Hermes y con el infierno, sobre todo en la Barcelona donde vivió, donde la victoria del arlequín sobre la muerte se representa cada año en las rúas de carnaval. En ocasiones, su amigo Apollinaire se refería a él como «Arlequín Trismegisto». Otras veces se retrataba como una imagen del Tarot, suspendido entre el mundo material y los mundos espirituales.

En un análisis de un dibujo de 1934 de una corrida de toros, una obra que se ha pasado por alto durante mucho tiempo, Mark Harris pone de relieve el tema de *Perceval*. Su ensayo es un inspirador ejemplo de la forma en que el pensamiento esotérico puede iluminar dimensiones cerradas al juicio crítico convencional. En su juventud, Picasso había sido miembro fundador de un grupo llamado Valhalla, formado para estudiar los aspectos místicos de Wagner. El dibujo representa la escena de la ópera de Wagner en la que el nigromante arroja la lanza de Longinos a Perceval, pero dado que Perceval ya es un iniciado, el arma sólo le pasa por encima de la cabeza.

Georges Bataille investigó el mitraísmo y, en 1901, Picasso realizó una serie de pinturas que mostraban a mujeres que llevaban un gorro mitraico, un símbolo tradicional de la iniciación. Al igual que Dante y Dostoievski antes que él,

muestra que el infierno que el candidato debe recorrer empieza con el de sus propios deseos. Aunque el infierno esté al otro lado de la tumba, esta vida también es infernal.

Ese dibujo es una de las representaciones de uno de los grandes temas de Picasso. Nuestro mundo se sacude, se ve fragmentado por la erupción de las fuerzas del mal subterráneas. El artista iniciado, Picasso, puede volver a crear el mundo, puede ser un dios de la fertilidad resucitado, pero no lo hará siguiendo los cánones de belleza convencionales. Recombinará lo desechado, lo despedazado y lo feo de un modo nuevo y hermoso.

El pintor abstracto y conceptual Yves Klein descubrió la doctrina esotérica cuando encontró por casualidad un libro del defensor moderno de la filosofía rosacruz Max Heindel, a quien había iniciado Rudolf Steiner, si bien se desvinculó de él para crear su propio movimiento rosacruz. Con el deseo de transfigurar la materia, Klein concibió su arte como la inauguración de una nueva Era del Espacio, representada en lienzos de azul ultramarino ininterrumpido por las líneas o las formas. En su nueva era, el espíritu humano, sin restricciones en cuanto a materia y forma, levitaría y flotaría.

Los grandes escritores del siglo XX también estaban profundamente inmersos en el pensamiento esotérico. Inspirado por los rumores que circulaban sobre William Blake y su religión sexual, W. B. Yeats y su joven mujer, Georgie, exploraron en primer lugar el vínculo directo entre la unión sexual y espiritual que se encuentra en *El Zohar*, el yoga tántrico de entonces. Yeats se sometió incluso a una vasectomía con la esperanza de que contener la salida de semen lo ayudase a reunir la energía necesaria para experimentar un trance visionario. Sus experimentos no sólo produjeron más de cuatro mil páginas de escritura automática inspirada por los espíritus, sino que el autor gozó de juventud sexual hasta una edad avanzada, y compuso algunos de sus poemas más fabulosos en ese momento. Escribió sobre «el amor que mueve el Sol». Yeats fue también miembro de la

Orden del Amanecer Dorado y de la Sociedad Teosófica, estudió alquimia, escribió abiertamente sobre magia y redactó la introducción a una edición popular de *Los Yoga Sutras de Pantanjali*. El *Ulises* y *El despertar de Finnegan* de Joyce muestran lo familiarizado que este escritor estaba con la doctrina hindú y hermética al incluir citas de Swedenborg, madame Blavatsky y Éliphas Lévy. La poesía de T. S. Eliot también usa referencias ocultas de un modo ecléctico. Eliot asistió a reuniones teosóficas y se unió al grupo disidente integrado por Ezra Pound, Wyndham Lewis y Gershem Scholem, el gran erudito del misticismo judío. Pero tal vez la influencia formativa de su sensibilidad poética fue la filosofía de inspiración sufí de Oupensky, a cuyas conferencias también asistía. De hecho, los famosos tres primeros versos del que tal vez haya sido el poema más influyente en inglés del siglo XX, «Cuatro cuartetos» (sobre el pasado y el futuro contenido en el presente) son una paráfrasis de la filosofía de Oupensky.

Quizá el escritor más esotérico del siglo XX y el que más fiel se mantuvo a la máxima de Rimbaud sobre la transformación en médium fue Fernando Pessoa. Afirmó guardar en su interior todos los sueños del mundo y tener el deseo de experimentar todo el universo (su realidad) en su interior. Esperaba el regreso del Oculto, el cual lleva ya esperando desde el inicio de los tiempos. Mientras tanto, Pessoa se vaciaba como un médium, dejándose poseer por una serie de personajes en cuyo nombre escribió diferentes series de poemas con voces muy distintas. «Soy la inteligencia en los dados», reza un antiguo texto taoísta. «Soy lo activo en los hechos», dice el Himno Gnóstico de la Perla. Pessoa reconocía estos sentimientos. Para trasladar las cosas en el espacio y el tiempo, para lograr un mundo mejor, no basta con esforzarse al máximo. Necesitamos que los mundos espirituales actúen a través de nosotros. Necesitamos parte de ese espíritu de inteligencia.

En la literatura de finales del siglo XX, Borges, Calvino, Salinger y Singer tratan también abiertamente temas esotéricos. Parece que se ciñan a la afirmación de Karlheinz Stockhausen de que toda creación genuina hace adquirir conciencia de algo del reino esotérico de lo que no se era consciente antes. La *Antroposofía* de Rudolf Steiner ha influido enormemente, no sólo en Kandinsky, Marc y Beuys, sino también en William Golding y Doris Lessing, que vivían a su vez en comunidades antroposóficas.

La extraña forma en que se difunden las influencias esotéricas se percibe en el hecho de que escritores tan distintos como C. S. Lewis y Saul Bellow fueran introducidos en la filosofía esotérica por el mismo maestro espiritual, el antropósofo Owen Barfield.

¿En todos los casos se puede afirmar que los grandes escritores de la época están interesados en las ideas esotéricas? Sin duda podemos ver la influencia del esoterismo tanto en Bellow como en John Updike, los dos principales novelistas de habla inglesa de principios del siglo XX, y se han publicado algunas de las cartas entre Bellow y Barfield. Updike escribió una novela abiertamente esotérica, *Las brujas de Eastwick*, pero tal vez sea más revelador este fragmento de su última novela, *Villages*: «El sexo es un delirio programado que hace retroceder a la muerte con la propia sustancia de la muerte; es el espacio negro entre las estrellas al que se da la dulce sustancia en nuestras venas y fisuras. Nuestras propias partes que la decencia convencional llama indecorosas se exaltan. Se nos dice que brillamos […]»

Este pasaje va directo al núcleo de la cuestión que se encuentra entre la cosmovisión exotérica y su opuesto. Según los pensadores esotéricos, la vida en un entorno mecanizado, industrializado y digitalizado amortece nuestras funciones mentales. El cemento, el plástico, el metal, los impulsos eléctricos que salen de la pantalla se internalizan, lo que da lugar a un páramo estéril que no se regenera.



Al igual que Augusto y que Jacobo I, Hitler persiguió a los ocultistas porque creía en ellos, y no al contrario. Uno de los ocultistas más destacados de la época, Franz Bardon, fue arrestado por las SS junto con uno de sus discípulos. Se cuenta que cuando se les estaba golpeando, el discípulo perdió el control y gritó una fórmula cabalística que dejó congelados a sus torturadores. Al romperse el conjuro, dispararon al discípulo. Bardon era mago de profesión. La idea de que un mago que actúa en un escenario sea también ocultista en la vida real la recogió Thomas Mann en su relato «Mario y el mago», y se plasmó en la película aquí representada, *El Gabinete del Doctor Caligari* (*Das Kabinett des Dr. Caligari*).

Se necesita un cambio consciente de la conciencia para abrirnos de nuevo a la influencia revitalizante y con libertad de movimiento de los mundos espirituales.

En 1789, las huestes de ángeles dirigidas por san Miguel vencieron en el cielo. Sin embargo, para que esta victoria fuera decisiva, se iba a tener que luchar de nuevo en la Tierra.

El 28 de junio de 1914, Rasputín se vio sorprendido por un complot de asesinato. El mismo día era asesinado el archiduque Francisco Fernando de Austria.

El infierno empezó a campar a sus anchas.

Se ha escrito mucho sobre las influencias ocultas del mal en Alemania a principios del siglo XX, pero se sabe menos acerca de la historia de las influencias ocultas en Rusia en la época de la Revolución. Ya hemos hablado de Saint-Martin, Papus y Rasputín; sin embargo, apenas se conoce lo que se ocultaba tras sus enemigos, los comunistas revolucionarios.

Como ya he sugerido, el marxismo puede considerarse una reformulación materialista de los ideales fraternales de la masonería. La estructura de células revolucionarias instigada por Lenin y Trotski se basó estrechamente en la metodología de Weishaupt. Marx, Engels y Trotski eran masones. Lenin era masón de grado trigésimo primero, miembro de varias logias, incluida la logia de las Nueve Hermanas, la más importante, y en la que se infiltraron los seguidores y la filosofía nihilista de los illuminati. Lenin y Trotski declararon la guerra a Dios.

Sin embargo, en este punto cabe mencionar un misterio aún mayor. ¿Cómo fue capaz un hombre como Lenin de someter a millones de personas a su voluntad? Eso es algo que parece superar las siniestras estrategias de un Weishaupt.

La investigación militar estadounidense para hallar métodos ocultos que le permitieran aventajar a la Unión Soviética está extensamente documentada. Sin embargo, aunque algunos miembros clave del personal han ofrecido testimonios que suenan como auténticos, los resultados parecen haber sido bastante limitados.

En cambio lo que está empezando a despuntar es el uso mucho más extremo (y eficaz) de lo oculto por parte de los organismos gubernamentales de la antigua Unión Soviética. Algunos iniciados reacios que han sobrevivido hablan de «la iniciación roja», de la instrucción para convertirse en agentes secretos que se realizaba en antiguos monasterios. Al parecer, se empleaban también técnicas esotéricas para reforzar la voluntad hasta un grado sobrenatural, explotando al máximo la energía psíquica de los torturados y de las víctimas sacrificadas. Sólo alguien que había matado por la causa podía convertirse en un iniciado rojo.

Por supuesto, hemos visto antes este tipo de magia negra en la cultura sudamericana de las pirámides. En la historia secreta, Lenin es la reencarnación de un sumo sacerdote, resucitado para hacer frente a la segunda venida del dios Sol, y

cuando Trotski huyó de sus antiguos camaradas, escondiéndose en la Ciudad de México, en realidad volvía a su hogar.

La imagen de Lenin, la encarnación momificada de un iniciado de las pirámides, es a la vez relevante y un poco absurda para la mentalidad moderna. Tal vez, irónicamente, esta imagen contenga el verdadero espíritu del modernismo, que mezcla lo icónico con lo poco convencional, sea representativa de lo barato, banal e incluso ordinario que hay en la actualidad respecto al saber esotérico de la Antigüedad.

En los círculos ocultos se ha generado cierto debate en torno a qué cantidad de saber esotérico debería darse a conocer al exterior. ¿Qué cantidad es favorable para la guerra contra el materialismo y qué cantidad es peligrosa?

Volvamos a la India, donde empezó la historia tras la Atlántida.

A medida que nos acercamos al final de esta historia, vamos estando en buena posición para comprobar lo mucho que ha evolucionado la humanidad desde que existiera esa criatura de mentalidad comunitaria de la Antigüedad, que tenía poca conciencia del mundo que lo rodeaba y poca sensibilidad respecto a la existencia de una vida interior. En Gandhi percibimos la libertad de pensamiento individual, la libre voluntad y el amor libre. Se trata de un personaje que había ampliado tanto la conciencia de sí mismo que era capaz de convertir momentos cruciales de cambio de su historia personal, de su narrativa interior, en momentos cruciales de cambio en la historia mundial.

A Gandhi se lo considera una importante encarnación de la nueva forma de conciencia que las sociedades secretas han intentado hacer evolucionar a lo largo de la historia.

Tal vez sea un poco irónico —además de revelador del alcance global de las sociedades secretas— que, viniendo de la tierra de los rishis, Gandhi aprendiera primero las ideas

esotéricas de la teosofía rusa/inglesa/egipcia/americana que enseñaba madame Blavatsky.

De joven, Gandhi se definió a sí mismo como «enamorado» del Imperio británico. Al ser tan bondadoso por naturaleza, veía con muy buenos ojos a los honrados y justos británicos que gobernaban su país natal como una colonia.

Sin embargo, conforme maduraba, empezó a ver una realidad más profunda. Bajo la justicia de que tanto alarde se hacía, observó, por ejemplo, la injusticia que suponían los impuestos que se iban fuera del país y sobre todo la falta de libertad de la India para elegir su propio destino.

Influido en parte por la filosofía de la desobediencia del trascendentalista norteamericano Henry Thoreau y por el crítico de arte y sociólogo John Ruskin, Gandhi se propuso volver el mundo del revés, cambiarlo totalmente.

En 1906, a los treinta y seis años de edad, renunció a mantener relaciones sexuales con su mujer. Como parte de su disciplina espiritual, trabajaba a diario tejiendo con una rueca manual. Lo hacía para recuperar un método de tejer ropa que daría ocupación a los pobres, pero también por su convicción de que mientras tejía la ropa, estaba ejercitando su cuerpo vegetal. Si era capaz de dominar su cuerpo en sus distintas dimensiones, podría desarrollar lo que llamaba «fuerza del alma».

Creía que el cosmos se rige por la verdad y por las leyes de la verdad y que, al actuar conforme a esas leyes, un individuo adquiriría la *satyagraha*, la fuerza de la verdad y el amor.

Por ejemplo, si se confía totalmente en el adversario, finalmente se influirá en él y se le hará actuar con lealtad, tanto por medio de la influencia psicológica como, lo que es de suma importancia, por medio de una influencia sobrenatural. Asimismo, si nos atacan, deberíamos intentar alejar de nuestra mente todos los pensamientos de ira y odio

contra nuestro atacante. Si se seguía esta filosofía, enseñaba Gandhi, «podríamos librarnos del temor a los reyes, a la gente, a los ladrones, a los tigres e incluso a la muerte».

Fiel a una ideología característica de las sociedades secretas, en la que se da la vuelta a los conceptos, Gandhi culpaba a los hindúes y no a los británicos de la ocupación de la India, al señalar que cien mil británicos no podían controlar a trescientos millones de hindúes a menos que éstos lo aceptaran. El algodón indio se estaba exportando a Gran Bretaña, a las hilanderías de Lancashire, tras lo cual se volvía a vender a la India, con beneficio para Gran Bretaña y perjuicio para la India. Sentado en su rueca, Gandhi decía: «Tengo la plena convicción de que con cada hilo que extraigo, estoy tejiendo el destino de la India.»

El 26 de enero de 1929 pidió a su pueblo que instaurara el día de la Independencia Nacional en los pueblos y ciudades de todo el continente indio. Llamó al boicot de los tribunales, las elecciones y las escuelas del gobierno. También se enfrentó al monopolio de la sal ejercido por el gobierno británico, que implicaba que los hindúes tenían que pagar la sal a los británicos, a pesar de que, evidentemente, abundaba en su propia costa. En marzo de 1930, Gandhi, ya sexagenario, partió, bastón en mano, en una marcha de veinticuatro días hasta el mar, a la que se unieron miles de personas. Finalmente, entró en el agua para llevar a cabo el ritual de purificación. A continuación se agachó y recogió un pequeño puñado de sal. La multitud le aclamó: «¡El redentor!»

La fuerza espiritual de Gandhi era tal que cuando se cruzaba con soldados armados, éstos solían bajar las armas. Los hindúes y los musulmanes se perdonaban entre sí en su presencia.

Su encarcelamiento y sus huelgas de hambre mermaron la autoridad moral del gobierno británico, lo cual desembocó en la independencia de la India en 1947. El mayor imperio que había conocido el mundo se desvaneció.

En esta historia hemos hablado de las vidas de grandes dirigentes como Alejandro Magno y Napoleón. En cierto sentido, Gandhi fue más importante que cualquiera de ellos. Él creía que la fuerza espiritual podía alejar al poder militar más importante, ya que la intención tras cualquier acción podía tener efectos más intensos y amplios que la propia acción.

Aunque Gandhi era un hindú devoto, vivió conforme a las leyes más profundas establecidas en el Sermón de la Montaña. Al dirigirse a las facciones hostiles hindúes y musulmanas, argüía que alguien cuyo espíritu de sacrificio no iba más allá de su propia comunidad se volvería finalmente egoísta y haría que su comunidad también se volviera egoísta. El espíritu altruista, decía, debería abarcar a todos.

Al igual que san Francisco, amaba a todo el mundo.

El Anticristo • La vuelta al Bosque Antiguo • El Buda Maitreya • La apertura de los siete sellos • La Nueva Jerusalén

Sólo en este lóbrego suburbio de la historia en el que nunca parece ocurrir nada maravilloso y en el que no habitan grandes genios, en esta época en que el nivel educativo de las clases con formación académica cae en picado, sólo en esta época y lugar es cuando la gente ha mantenido la creencia de que la materia fue antes que la mente. En todos los demás lugares, y en otras épocas, la gente creía lo contrario. Hubieran considerado casi imposible imaginar que alguien pudiera creer en lo que creemos.

Según la historia secreta, este cambio se debe a una transformación de la conciencia. En la tradición esotérica, la conciencia cambia con mucha más rapidez y de un modo mucho más radical que en la historia convencional. Espero que este libro haya ayudado a demostrar que si la gente creía en una filosofía basada en la preexistencia de la mente respecto a la materia hace unas cuantas generaciones, no era porque hubieran sopesado los argumentos a favor y en contra y se hubieran decantado por el idealismo. Se debía a que experimentaban el mundo de un modo idealista.

Finalmente, planteémonos en qué difiere nuestra conciencia de la de nuestros padres. Es probable que la nuestra sea más liberal, con una disposición más favorable, más capaz de valorar el punto de vista de otras razas, clases, sexo, preferencias sexuales, etcétera. En algunos aspectos tenemos, probablemente, más conciencia de nosotros mismos. Puesto que las ideas de Freud se han filtrado tanto, es menos probable que desconozcamos las motivaciones sexuales que subyacen en nuestros impulsos (o las motivaciones comerciales, gracias a Marx). Probablemente nos reprimamos menos, tengamos menos miedo a la autoridad, seamos más inconformistas y tengamos vínculos familiares menos sólidos. Es probable que

mintamos con facilidad y que poseamos menos capacidad de concentración y menos determinación para ceñirnos a tareas aburridas que permitan cumplir un objetivo a largo plazo. Aunque la cultura popular apoya de boquilla el amor romántico, es probable que nosotros, y la mayoría de la gente, ya no creamos totalmente en él, como queda patente en el hecho de que muy pocos querrían o esperarían quedarse junto a la misma pareja sexual toda la vida. De hecho, tal como sugería Rilke en *Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, una parte de nosotros desea huir de la responsabilidad que comporta el hecho de ser amado.



El Anticristo, de Luca Signorelli, detalle de la capilla de San Bricio, en la catedral de Orvieto. Signorelli trabajó junto a Botticelli en la Capilla Sixtina y, al igual que Leonardo, era miembro del estudio de Verrocchio, cuya propia obra está repleta de referencias esotéricas. Los sacerdotes-astrónomos mayas determinaron que la encarnación de Lucifer se produjo el 13 de agosto del año 3114 a. J.C., lo cual se relaciona estrechamente con el inicio de la Edad Oscura en la tradición hindú. Esos mismos sacerdotes predijeron un momento decisivo similar de cambio en la historia, el cierre de un gran ciclo y el inicio de otro, el 22 de diciembre de 2012 d. J.C.

Por tanto, nuestra conciencia difiere de la de nuestros progenitores y es probable que también sea muy distinta de la de nuestros abuelos. Si esta velocidad de cambio se proyecta en el pasado histórico, resulta patente que hace sólo unas pocas generaciones la conciencia cotidiana en estado de vigilia se podría haber parecido al tipo de conciencia que

experimentamos en los sueños. Esto suscita asimismo la siguiente pregunta: ¿de qué forma cambiará la conciencia en un futuro no lejano?

Desde el punto de vista basado en la preexistencia de la mente respecto a la materia, la mente creó el universo físico precisamente con la intención de formar la conciencia humana y ayudarla a evolucionar.

Así pues, ¿qué dice acerca de la forma en que cambiará esa conciencia?

Según el cristianismo esotérico, Jesucristo vivió en la Tierra hacia la mitad de la historia del cosmos. Su vida representa el gran punto de inflexión. Todo lo que sucede después es un reflejo de lo que había pasado antes. Por lo tanto, estamos experimentando los grandes acontecimientos de la era precristiana en el orden contrario y nuestro avance hacia el futuro nos llevará por las fases anteriores en un orden inverso.

Por ejemplo, en el año 2000 d. J.C., nuestras vidas son un reflejo de la de Abraham, en el año 2000 a. J.C., caminando entre los rascacielos idolátricos de Uruk.

En la actualidad puede considerarse que los rascacielos representan el fundamentalismo. Por un lado, hay cristianos radicales a los que deberíamos meter en el mismo saco que a los islamistas más toscos. Ambos quieren reprimir la libertad personal y la inteligencia humanas para hacernos entrar con sus ardides en un éxtasis nada iluminador. Ésta es la influencia de Lucifer. Por otro lado, está el materialismo científico imperante, cuyo deseo es acabar con el espíritu humano. Las máquinas nos están volviendo mecánicos. Ésta es la influencia de Satanás, que tiene la intención de llegar aún más lejos y exprimir nuestro espíritu hasta agotarlo, para convertirnos en pura materia.

Y, al igual que Lucifer se encarnó, Satanás se encarnará. Lo hará como escritor, con el propósito de destruir la espiritualidad, desechándola con cuatro explicaciones. Tendrá capacidad para crear acontecimientos sobrenaturales, pero al hacerlo, sabrá darles una explicación reductivamente científica.

Al principio parecerá un gran benefactor para la humanidad, un genio. De entrada, él mismo tal vez no sea consciente de que es el Anticristo, al creer que actúa sólo por amor a la humanidad. Acabará con una gran cantidad de supersticiones peligrosas y se esforzará por unir las religiones del mundo. Sin embargo, llegará el momento en que, orgulloso, se dará cuenta de que está logrando algunas cosas que Jesucristo, al parecer, no pudo conseguir. Entonces adquirirá conciencia de su identidad y de su misión.

¿Cómo se reconoce a Satanás? ¿O a cualquier falso profeta? ¿O una doctrina supuestamente espiritual que no lo sea? Las doctrinas falsas suelen tener poca dimensión moral o carecer de ella (por ejemplo, recomendar los beneficios de reactivar los chacras tan sólo desde el punto de vista de un «crecimiento personal» egoísta). Las auténticas enseñanzas espirituales se basan, en el fondo, en el amor al prójimo y el amor por la humanidad, un amor inteligente que se da libremente.

Hay que tener también cuidado con las doctrinas que no invitan a cuestionarlas o que se prestan a la burla. Te están diciendo, de hecho, que Dios quiere que seas tonto.

En este libro se han recopilado pruebas que demuestran que, a lo largo de la historia, los individuos sumamente inteligentes se han sumergido en la filosofía esotérica.

Se han valido de técnicas secretas para alcanzar estados de alteración de conciencia mediante los que pudieran acceder a un grado de inteligencia anormalmente alto.

Las pruebas demuestran que los grupos inmersos en estas sociedades se dedicaban a forjar nuevas formas de conciencia más inteligentes.

El pensamiento esotérico ha influido en gran medida, y de un modo decisivo, en la evolución humana, lo cual se pasa por alto casi completamente en la actualidad.

Según esta ideología, antaño, los humanos podían acceder libremente a los mundos espirituales. Sin embargo, conforme se solidificaba la materia, esa posibilidad se volvió confusa y empezó a desaparecer. En la actualidad, la brecha entre nosotros y los mundos espirituales se está reduciendo de nuevo. El mundo material está perdiendo vigor y se está desgastando.

Es posible que empecemos a ser más conscientes de los patrones que sugieren las «coincidencias» y las sincronías que experimentamos. Tal vez comencemos a percibir en ellas el esbozo de leyes más profundas.

Quizá no nos apresuremos tanto a dar por sentado que nuestras intuiciones, nuestras ideas brillantes son realmente nuestras y estemos más abiertos a la posibilidad de que podrían ser sugerencias espirituales.

Además de ser conscientes de que tal vez estemos inspirados por seres inteligentes incorpóreos, es posible que también nos demos cuenta de que estamos conectados entre nosotros de un modo más directo a través del pensamiento, de lo que lo estamos a través de la interacción verbal y la observación física. Quizá lleguemos a comprender mejor que la relación con los demás es un proceso mucho más misterioso de lo que solemos creer.

En el futuro es posible que aprendamos también a considerar las relaciones desde el punto de vista de la reencarnación. Tal vez lleguemos a plantearnos que las

relaciones en encarnaciones previas pueden explicar la sensación «subconsciente» de agrado o desagrado que surge cuando conocemos a alguien.

Lógicamente, si se le aplica el sentido común, todo esto parece una locura. En un universo científico-materialista no hay cabida para este tipo de reflexión. Sin embargo, la concepción científicomaterialista tiene limitaciones, como he intentado explicar.

Cuando se trata de contemplar acontecimientos tan remotos como el inicio del universo, resulta inevitable que se superponga una enorme cantidad de especulación al más mínimo indicio de prueba concebible. Las especulaciones de los principales físicos, cosmólogos y filósofos sobre las dimensiones infinitas entrelazadas, los universos paralelos y los «universos en burbuja» son tan fruto de la imaginación como la duda de santo Tomás de Aquino de cuántos ángeles cabían en la punta de un alfiler.

Lo cierto es que en lo que respecta a las preguntas más trascendentales, una vez más, la gente no elige necesariamente estudiando las probabilidades, cuyas diferencias posiblemente, sean demasiado pequeñas como para medirse. El mundo es como un cuadro «de doble perspectiva» que lo mismo puede parecer una bruja que una hermosa joven. A menudo, la gente se decanta por una cosmovisión frente a otra porque, en el fondo de su ser, eso es lo que quiere creer realmente.

Si aprendemos a ser conscientes de esta predisposición, podemos tomar una decisión que sea —hasta cierto punto— libre, ya que se trata de una decisión basada en el conocimiento. La parte de nosotros —en lo más profundo de nuestro ser— que quiere creer en el universo mecánico-materialista, tal vez no sea, bien pensado, la parte de nosotros mismos que queremos que rija nuestro destino.

«Conócete a ti mismo», ordenaba el dios Sol. Las técnicas enseñadas en la Antigüedad en las escuelas mistéricas y en la época moderna por grupos como los rosacruces, están

pensadas para ayudarnos a adquirir conciencia del movimiento de nuestra respiración y de nuestro corazón, de nuestros ritmos sexuales y los del estado de vigilia, los sueños y el sueño sin sueños. Lo que se sugiere es que si podemos armonizar conscientemente nuestros ritmos personales con los del cosmos, determinados por Jakin y Boaz, es posible que finalmente unamos nuestra evolución personal a la del cosmos. Eso implicaría encontrar sentido a la vida del modo más sublime posible.

La filosofía esotérica requiere un redescubrimiento de las jerarquías espirituales que están por encima de nosotros y, en estrecha relación con ello, un descubrimiento de las capacidades divinas que se encuentran en nuestro interior. Éste era el secreto que guardaban y cultivaban genios tan distintos como Platón, san Pablo, Leonardo, Shakespeare y Newton:

1. Si eres capaz de meditar con tal profundidad que puedas redescubrir las raíces espirituales del pensamiento, si puedes identificar que los pensamientos son seres vivos espirituales…

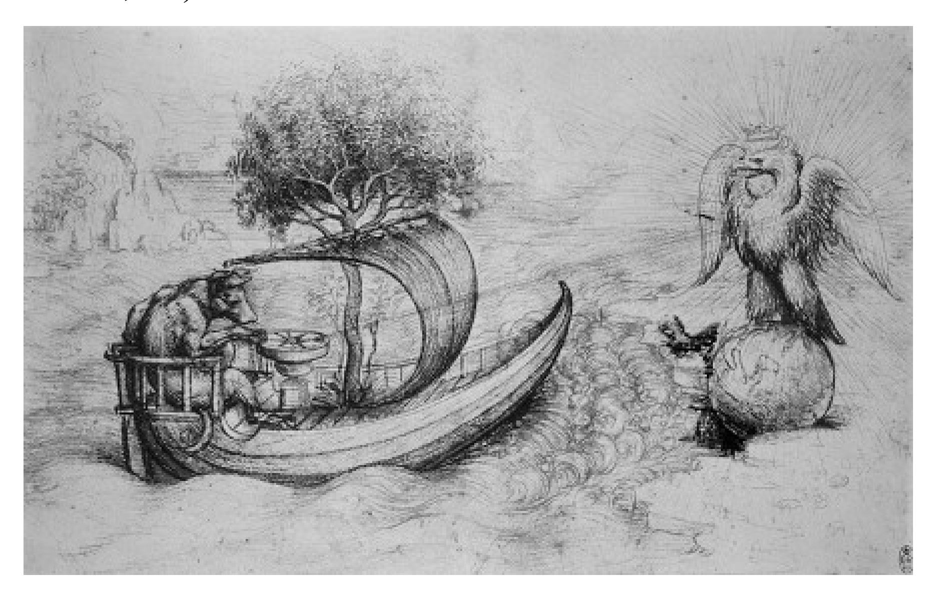
2. Si puedes tener un conocimiento lo suficientemente sólido de tu propio ser de modo que seas consciente de tu interacción con los Seres del Pensamiento que entran y salen de tu interior, y aun así no sentirte abrumado por esta realidad…

3. Si puedes recrear el antiguo sentimiento de curiosidad y usarlo para ayudar a despertar la fuerza de voluntad que dormita en las oscuras profundidades de tu interior…

4. Si sale de tu corazón la llama del amor por los seres humanos que te rodean y te hace derramar lágrimas de compasión…

… es que has estado trabajando en los Cuatro Elementos. Has iniciado el proceso de su transformación.

Ésta es la misteriosa «obra» cuádruple a la que también alude san Pablo en la Primera Epístola a los Corintios: «Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad» (1 Cor. 13, 12).



Alegoría, de Leonardo da Vinci. En tanto que iniciado en la filosofía secreta, Leonardo entendía los ejercicios espirituales que permitían ejercitar los Cuatro Elementos a los que alude san Pablo. La criatura de la izquierda no es un lobo, como afirma el catálogo de la colección de la reina de Inglaterra, sino un toro.

La intuición es el intelecto transformado que concibe que los seres espirituales son reales. San Pablo apela a esta fe.

La curiosidad es el sentimiento transformado, el sentimiento que ha asimilado el funcionamiento espiritual del cosmos pero no se deja abrumar por él. San Pablo lo llama esperanza.

La conciencia es la voluntad transformada. Mediante la ejercitación del pensamiento y la imaginación, la fe y la esperanza, hemos empezado a transformar esa parte de nosotros, incluida la fuerza de voluntad que reside tras el umbral de la conciencia. San Pablo se refiere a ello como la caridad o amor.

Al aplicar la fe a la esperanza, y al aplicar ambas al amor, el ser humano puede transformarse en un ángel.

Por lo tanto, el Escorpión se transforma en una Águila. El Águila interactúa con el Toro y al Toro le salen alas. El Toro alado influye en el León, de modo que a éste también le crecen alas.

Al final de este proceso cuádruple, el León alado influye en el Hombre, el cual pasa a convertirse en un Ángel. Se trata de un importante misterio que se enseñaba en las escuelas mistéricas de antaño y que pasó a ser el gran misterio del cristianismo esotérico.

Los Cuatro Elementos desempeñan un papel clave en la formación del universo físico e influir en ellos mientras entran y salen de nosotros implica la transformación no sólo de nosotros mismos sino de todo el universo, incluso hasta sus límites exteriores. Si un individuo derrama lágrimas de compasión, su naturaleza animal se ha transformado hasta cierto punto, pero también lo ha hecho el querubín que ocupa y se abre paso por todo el cosmos. Los cambios en la fisiología humana se convierten en semillas de la transfiguración de todo el universo material.

El cabalista Isaac Luria escribió que, al final, no quedará ni un solo átomo que no se haya visto afectado por la acción humana.

En los primeros capítulos de esta historia hemos visto que el mundo y la humanidad se crearon en el siguiente orden: primero la parte mineral, segundo la parte vegetal, tercero la animal y, finalmente, como broche final de la creación, el elemento inequívocamente humano. Las partes que lo integraban se favorecían entre sí, dado que cada una de ellas garantizaba las condiciones para el desarrollo de la fase siguiente. Cuando avancen las últimas fases de la historia, estas partes se transformarán en sentido contrario: humana, animal, vegetal y, finalmente, mineral. Al final de los tiempos,

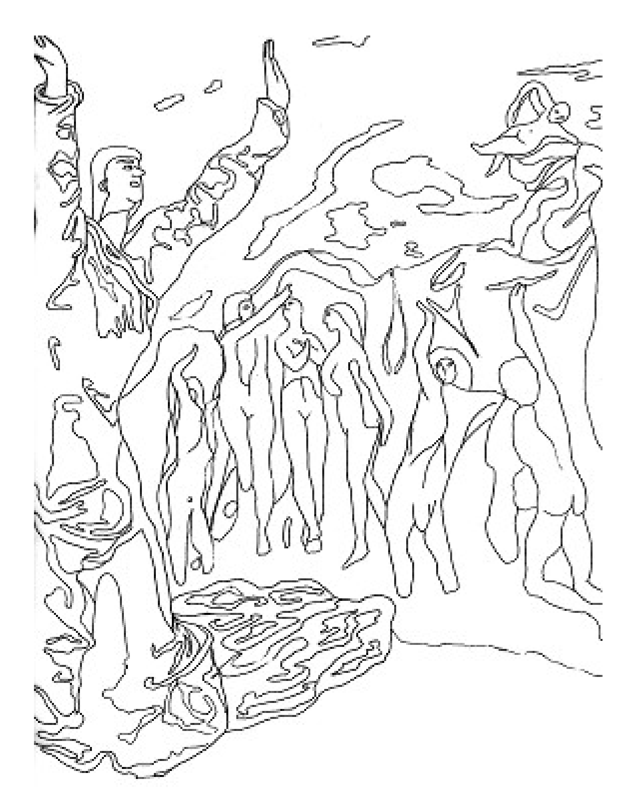
incluso los propios átomos de nuestra naturaleza material se transformarán, como el cuerpo físico de Jesucristo en la Transfiguración.

Como hemos visto, según la historia secreta, la humanidad se sumerge sólo brevemente en la materia, y el endurecimiento de la Tierra y de nuestros cráneos nos ha permitido desarrollar una adecuada conciencia de nosotros mismos y, por lo tanto, del potencial para pensar, querer y amar libremente. Sin embargo, antes de este breve contacto con los objetos físicos, nuestra experiencia se basaba en las ideas. Los objetos de nuestra imaginación, que creíamos que procedían de los espíritus, los ángeles y los dioses nos parecían reales. Durante la mayor parte de la historia humana, incluso mucho después de la formación de la materia, lo que veía el ojo de la mente nos parecía aún más real que los objetos materiales. La lección que aprendemos de la historia moderna es que la materia se está transformando, dispersando, de modo que en un futuro no muy lejano volveremos a entrar en el reino de la imaginación.

¿Cuándo sucederá esto? ¿Qué pasará después de la encarnación de Satanás? Como hemos visto en el cuarto capítulo, desde el punto de vista que sostiene la preexistencia de la mente respecto a la materia, la historia se divide en siete días. El sábado (*Saturday*) se refería al gobierno de Saturno, el domingo (*Sunday*) indicaba la época en que la Tierra estaba unida al sol, y el lunes (*Monday*) era la época anterior a la partida de la luna. El martes (*Tuesday*) se asociaba a la época que empezaba con la fijación del mundo material en el año 11145 a. J.C. La muerte de Jesucristo marcó el punto medio en el martes y la Gran Semana. ¿Qué ocurrirá con el resto de la semana?

En el año 3574 d. J.C. entraremos en el período que el Apocalipsis denomina la era de la Iglesia de Filadelfia. Si los impulsos evolutivos importantes de las épocas anteriores procedían de la India, Persia, Egipto, Grecia, Roma y el norte de Europa, el próximo impulso vendrá de Europa del Este y

Rusia. Los gobiernos influidos por los masones en Estados Unidos y Gran Bretaña se han mostrado interesados en estar presentes en esa región del mundo por ese motivo. Ya se pueden observar los extremos que emanan de esa zona, tanto extremos de espiritualidad como extremos del mal, como la mafia rusa.



La apertura del quinto sello, de El Greco. Esta revitalización de los chacras es a lo que se refiere el Apocalipsis con la expresión «abrir los sellos».

En el futuro, los personajes históricos que recordamos, las grandes personalidades que ayudaron a guiar a la humanidad para que saliera de los mundos espirituales, renacerán para llevarnos de nuevo a esos mundos. Habrá un nuevo Shakespeare, un nuevo Moisés, un nuevo Zaratustra, un nuevo Hércules. Hacia el final de la era de la Iglesia de Filadelfia, Jesús ben Pandira, el maestro de los esenios, se volverá a encarnar como el quinto jinete que «monta un caballo blanco y se llama "Fiel" y "Veraz"» al que se refiere el Apocalipsis. En la tradición oriental, este personaje recibe el nombre de Buda Maitreya. Traerá grandes obsequios espirituales y abrirá lo que santa Teresa de Ávila llamaba «los ojos del alma», los chacras.

Entonces entraremos de nuevo en el Bosque Sagrado descrito en el segundo capítulo. Seremos conscientes de que los espíritus, los ángeles y los dioses viven en todo lo que nos rodea, pero ya no nos controlarán más. De nuevo tendremos presentes a los seres espirituales alineados a nuestro lado siempre que tomemos una decisión.

Si los espíritus buenos y malos se hacen notar, y todos nos comunicamos con más libertad con los mundos espirituales, ya no se necesitará una religión organizada.

Imagine que no hay religiones.

Recuperaremos una parte de la capacidad para controlar a los animales y las plantas mediante el poder de nuestro pensamiento, de la que gozaba Adán. Empezaremos a recordar vidas pasadas y a predecir el futuro.

Se desarrollará nuestra conciencia en estado de vigilia de modo que guarde la misma relación con nuestra conciencia en vigilia actual que la que guarda la conciencia en vigilia actual con nuestra conciencia de ensueño. Nos daremos cuenta de que, aunque creíamos estar despiertos, en realidad estábamos dormidos.

Esta sucesión de acontecimientos se logrará con mucho esfuerzo. Al final de la era de Filadelfia, se librará una catastrófica guerra mundial que terminará con la transformación de la superficie terrestre en un páramo espiritual, excepto en América, donde se mantendrá viva la llama de la espiritualidad. Esto será el reflejo del período del primer Zaratustra.

El período 5734-7894 d. J.C. recibe el nombre de Laodicea en el Apocalipsis. Conforme la materia pierda densidad, nuestros cuerpos responderán cada vez más a los impulsos espirituales. La bondad de la gente buena irradiará hacia el exterior, a la par que se moldearán los rostros y cuerpos de la gente mala según las pasiones animales que los dominen.

A la gente buena le costará cada vez más ser feliz si está rodeada de individuos mezquinos. En última instancia, nadie será feliz hasta que todo el mundo lo sea.

Si el mundo material es breve, también lo es la muerte. En el futuro, ya no moriremos, sino que dormiremos muy profundamente y, más adelante, tendremos un sueño cada vez menos profundo. La muerte, como dice san Pablo, será engullida. A medida que nos adentremos en otra era de metamorfosis, la generación biológica también se hará finalmente innecesaria. Descubriremos la «Palabra Perdida» de los masones, es decir, seremos capaces de crear mediante el poder de la voz.

En la organización de la Gran Semana habremos llegado hasta el jueves (*Thursday*), aunque, por supuesto, ya no existirá el tiempo como lo concebimos en el presente. Nuestros pensamientos tendrán vida propia, actuando en nuestro nombre pero a la vez independientes de nosotros.

A medida que la historia se acerque a su fin, las fuerzas del mal se reafirmarán una vez más, ya que el tercer ser de la trinidad del mal, Sorath, el demonio del Sol, se opondrá a las intenciones divinas. Ésta es la bestia «con dos cuernos como de cordero» que describe el Apocalipsis, y dirigirá las fuerzas del mal en la batalla final.

Finalmente, ocurrirá que no sólo el sol saldrá de un modo distinto, tal como predijo san Juan Crisóstomo, sino que saldrá un sol en el interior de cada uno de nosotros.

¡Todo esto se logrará con el poder de la mente!

En general, quienes más han modificado el curso de la historia no han sido los grandes políticos o generales, sino los artistas y pensadores. Un individuo que se sienta a solas en una habitación y tiene una idea puede cambiar más la historia que un general que dirija a miles de soldados en el campo de batalla, o un dirigente político que cuente con millones de fieles seguidores.

Esto es lo atractivo y lo emocionante de la filosofía. En un universo que concibe que la mente existió antes que la materia, en toda forma de pensamiento, hay algo más que idealización y emoción, también hay magia. No se trata únicamente de lo que hago o digo, sino de lo que creo que afecta a mis congéneres humanos y a todo el curso de la historia.

Platón decía que toda filosofía empieza con la curiosidad.

La ciencia moderna está aniquilando la curiosidad al asegurarnos que lo sabemos todo. La ciencia moderna está aniquilando la filosofía al disuadirnos de preguntarnos los trascendentales «por qué». Estas preguntas no tienen ningún sentido, se dice. Limítate a aceptarlo y seguir adelante.

Los científicos del presente insisten en que son los únicos que pueden interpretar las condiciones básicas de la existencia humana. Les gusta hablar de lo que saben. En su opinión, lo conocido es como un vasto continente que abarca casi todo lo que existe.

En este libro, los hombres y mujeres de los que se ha dicho que han hecho historia han preferido hablar de lo que desconocen. En su opinión, lo desconocido es una diminuta isla que flota en un vasto y rarísimo mar.

Sembremos las semillas de la duda. Aceptemos el consejo de Francis Bacon y abstengámonos de apresurarnos a imponer un patrón al mundo. Esperemos junto a Keats a que surja un patrón más rico.

La ciencia no es totalmente segura y cierta. Es un mito como cualquier otro, que representa lo que la gente quiere creer en lo más profundo de su ser.

Rudolf Steiner dijo una vez que la gente que no tiene agallas para ser cruel desarrolla a menudo creencias crueles. Proponer que no vivimos en un universo recíproco es innecesariamente cruel.

Si aceptamos estos puntos de vista crueles, estamos permitiendo que las opiniones de los expertos en su propia disciplina tenga prioridad respecto a nuestra propia experiencia personal. También negamos cosas que Shakespeare, Cervantes y Dostoievski nos dicen que son ciertas.

Por lo tanto, el objetivo de este libro ha sido sugerir que si nos replanteamos de nuevo las condiciones básicas de nuestra existencia, es posible que las veamos de un modo radicalmente nuevo. De hecho, quizá las veamos de un modo casi totalmente opuesto a como se nos ha educado para creer. Eso es lo que hace la filosofía si se hace bien.

Los vestigios del antiguo saber están a nuestro alrededor, en los nombres de los días de la semana y los meses del año, en la disposición de las pepitas de una manzana y en la extraña forma del muérdago, en la música, en los cuentos que contamos a nuestros hijos y en el diseño de muchos edificios públicos y estatuas, y en lo más sublime de nuestro arte y literatura.

Si no podemos percibir ese antiguo saber, es porque se nos ha condicionado para no hacerlo. El materialismo nos ha hechizado.

La ciencia considera que el idealismo dominó la historia hasta el siglo XVII, cuando empezó a desacreditarse. Da por sentado que el materialismo seguirá siendo la filosofía dominante hasta el final de los tiempos. Según las sociedades secretas, el materialismo acabará viéndose como una mera interrupción sin importancia.

En este libro se han sacado por primera vez a la luz del día las enseñanzas de las sociedades secretas. Tal vez los lectores lo encuentren ridículo, pero al menos lo harán con un conocimiento real de estas doctrinas. Es posible que otros lectores intuyan algo en ellas, aunque parezcan totalmente incompatibles con las grandes aseveraciones científicas de nuestra época.

Ésta ha sido una historia visionaria, tal como se retiene en la psique humana, una historia mantenida por los adeptos capaces de pasar de una dimensión material a otra. Aunque podría parecer incompatible con la historia que se nos ha educado para creer, ¿puede ser cierta en otras dimensiones?

¿Deberíamos acabar tal vez considerando la reflexión de un gran científico? El físico Niels Bohr afirmó: «Lo contrario de una afirmación verdadera es una afirmación falsa. Pero lo contrario de una profunda verdad puede ser, en cambio, otra profunda verdad.»

Como hemos visto, si se intenta echar un vistazo al pasado más allá del año 11451 a. J.C., hay muy pocas pruebas de la solidez de la ciencia. Las vastas y fútiles interpretaciones se equilibran precariamente sobre datos ínfimos. Y, por supuesto, sucede lo mismo si se trata de analizar el futuro más allá del año 11451 d. J.C. Lo cierto es que tenemos que usar la imaginación. Cuando avanzamos en cualquiera de las dos direcciones, cuando abandonamos los confines de esta pequeña isla de la materia, no podemos más que entrar en el reino de la imaginación.

Por supuesto, los materialistas dudan de la imaginación, al asociarla con la fantasía y el espejismo.

Sin embargo, las sociedades secretas tienen un concepto de la misma especialmente exaltado. Cada mente es una proyección en el mundo material de una vasta mente cósmica, y debemos utilizar la imaginación para volver a encontrarla y entregarnos a ella.

Al utilizar así la imaginación, Leonardo, Shakespeare y Mozart se volvieron seres divinos.

La imaginación es la clave.



Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Sarmaurin, Kszil y Aaron. Hannah Black, Jane Bradish Ellames, Jamie Buxton, Kevin Jackson, Kate Parkin y Paul Sidey que me han ayudado a recopilar ideas para el libro y a redactarlo. Tengo suerte de contar con unos espíritus tan afines a mí. Tengo el mejor agente y editor. Jonny Geller es sumamente hábil, como un arquero zen, y Anthony Cheetham es una mezcla única de influencia intelectual y pericia comercial. Tan pronto como me enteré de que estaba creando una nueva editorial, supe que quería que publicara mi libro. Deseo expresar mi agradecimiento a Sue Freestone, mi editora de Quercus, y también a Charlotte Clerk por su excepcional profesionalidad. Gracias también a Patrick Carpenter, Nicolas Cheetham, Caroline Proud, Lucy Ramsey, Emma Ward, Andrew Sydenham, Doug Kean, Paul Abel y también a Elaine Willis por buscar cuadros realmente esotéricos. Gracias a Betsy Robbins y Emma Parry por las estupendas ventas de los derechos en el extranjero. Estoy muy contento de tener al legendario Peter Mayer como editor en Estados Unidos. Sé que Fred Gettings y Lorna Byrne Fitzgerald me han cuidado desde la distancia. Mi madre, Cynthia, y Terry me han ofrecido un remanso de paz cuando lo necesitaba. Mi familia ha tenido que aguantar mucho en los últimos dieciocho meses. Mi hija Tabitha también me ha ayudado dibujando brillantes ilustraciones cuando no se pudieron obtener permisos de publicación, y mi hijo Barnaby siempre está dispuesto a animar con sus chistes subversivos. Doy las gracias a mi mujer, Fiona, por todo el amor y la dedicación que me ha demostrado durante la redacción de este libro, y que ahora quiero recompensar.

Nota sobre las fuentes y la bibliografía seleccionada

El instante en el que todo se gestó fue cuando encontré en la librería de viejo de Tunbridge Wells un ejemplar del *Mysterium Magnum,* de Jakob Böhme, traducido en dos volúmenes por John Sparrow. Escrito en 1623, antes de la gran influencia esotérica procedente de Oriente que se produciría a raíz del imperialismo europeo, ese libro me enseñó que existía realmente una auténtica tradición esotérica occidental que asociaba las escuelas mistéricas egipcias, griegas y romanas con las aseveraciones de visionarios de la era moderna como Rudolf Steiner.

Por la misma época, leí por casualidad *The Signature of All Things*, de Böhme, *Los siete libros de la archidoxia mágica*, de Paracelso, y *Paracelsus: Life and Prophecies*, una recopilación de sus textos publicados junto con una breve biografía, a cargo de Franz Hartmann, y *The Works of Thomas Vaughan*, el rosacruz inglés, publicado por A. E. Waite, con una atractiva y brillante cubierta dorada. Estas obras, sin duda enriquecedoras, ayudaron a confirmar esa tradición. Un libro actual, *Robert Fludd*, de Joscelyn Godwin, contenía una ilustración en la que la Tierra se separaba del sol. Sabía que existía una tradición esotérica que lo consideraba un hecho histórico, pero antes sólo lo había leído en Steiner.

Se ha acusado a algunos escritores, como Valentine Tomberg y Max Heindel, de no declararse lo suficientemente en deuda con Steiner. Permitidme que yo lo haga ahora. Steiner es un personaje colosal en los círculos arcanos, que dominó el panorama de finales del siglo XIX al siglo XX, del mismo modo que Swedenborg lo había hecho de finales del siglo XVIII al XIX. Ha hecho más que ningún otro maestro para iluminar el difícil y paradójico mundo de la filosofía esotérica. Al parecer, la obra de Steiner consta de aproximadamente seiscientos volúmenes, sobre todo recopilaciones de conferencias. Debo de haber leído como mínimo unos treinta.

Aunque ha contribuido en gran medida a la iluminación, sus libros no son fáciles de leer en absoluto. Steiner no pretende ser lo más transparente posible según el estándar académico angloamericano. Su objetivo es influir en su audiencia enlazando temas: lo histórico con lo metafísico, con lo moral y con lo filosófico. Carece de una estructura convencional y no tiene narrativa. Los temas surgen y vuelven a plantearse de un modo rítmico, algunos en ciclos más prolongados, otros en ciclos más breves. Muchos lectores pierden pronto la paciencia, pero si se es persistente, siempre hay trocitos de información (y mi propio libro está tan repleto de esos trocitos steinerianos como un budín de frutas).

Toda filosofía idealista (es decir, aquella que postula que la mente precedió a la materia y que esta última emanó de una mente cósmica de un determinado modo) explica este surgimiento como una serie de emanaciones que se produjeron a partir de la mente cósmica. La sublime ciencia del idealismo —la filosofía esotérica en todas las tradiciones— asocia siempre estas emanaciones con los cuerpos celestes de una forma bastante sistemática. Las diferentes tradiciones muestran algunas variaciones, y en tal caso, no sólo lo he simplificado para que fuera más claro, sino que he tomado a Steiner como guía, con ensayos clave como: *Teosofía*, *La ciencia oculta*, *The Evolution of the World and Humanity* y *Universe, Earth and Man*.

(Me he mantenido al margen de las disputas sobre la cronología de estos eventos entre diferentes escuelas ideológicas, como los antropósofos, los teósofos y los seguidores de Keyserling, porque son abstrusas y porque, tal como argumento en mi libro, entonces no existía el tiempo tal como lo concebimos en la actualidad. Creo que ese tipo de discusiones se desvían a veces peligrosamente hacia lo irrelevante, pero si se quiere consultar un análisis inteligente de estas disputas, recomiendo la página web de Vermont Sophia y el sitio web de la Sophia Foundation de Robert Powell. Muchas de las obras de Keyserling están disponibles

también en Internet. Por cierto, en un caso —en el planteamiento de si debían separarse las historias de los dos Krisnas— he preferido Keyserling a Steiner.)

Steiner es un visionario, por lo que rara vez documenta sus enseñanzas. Gran parte de lo que afirma no puede, en principio, demostrarse de un modo académico ni científico, pero una gran parte de ello puede corroborarse, y casi siempre se ha verificado. Las excepciones son mínimas, en mi opinión.

Creo que lo que ocurre con Steiner es que es un personaje tan destacado que a quienes siguen sus pasos les cuesta pensar de una forma libre e independiente. La sombra de Steiner puede inhibir la originalidad. En parte porque llevo tantos años trabajando en el mundo editorial, donde es indispensable que uno se asegure obstinadamente de tener razón si quiere triunfar, y en parte porque mi investigación ha sido tan extensa que he podido, al menos hasta cierto punto, poner a Steiner en contexto, no he sentido en absoluto que fuera una carga, sino más bien una inspiración.

Entre otros maestros de la era moderna, G. I. Gurdjieff quiere bromear y causar estupefacción en sus obras, pero sus gigantescos diez volúmenes de *All and Everything* contienen también fragmentos sorprendentes que confirman la doctrina esotérica de la Antigüedad. Su protegido, Oupensky, tenía el don de reformular el saber de la Antigüedad y transformarlo en lo que llamaríamos, sin pecar demasiado de encantadores, un modismo modernista en *En busca de lo milagroso* y *Tertium Organon*. También inmerso en la tradición sufí, René Guénon es la imagen del rigor intelectual galo, y he usado su *El hombre y su devenir*, *El rey del mundo* e *Introducción general al estudio de las doctrinas hindúes* no sólo como fuentes de información sino como modelos de buena disciplina.

The Secret Wisdom of Qabalah es una guía fantásticamente concisa y aun así reveladora. En lo que respecta a la tradición esotérica específicamente cristiana,

cuesta encontrar *The Perfect Way*, de Anna Bonus Kingsford y Edward Maitland, escrito en 1881, pero casualmente tuve en mis manos una fotocopia encuadernada. Escrito por un anglicano de la Alta Iglesia, C. G. Harrison, *The Trascendental Universe* se publicó en 1893 y causó furor en los círculos esotéricos, tanto dentro como fuera de la Iglesia, ya que revelaba aspectos que las sociedades secretas creían que era mejor mantener en secreto. Desde la Orthodox Perspective, la pequeña colección de libros de Omraam, Mikhal Aïvahov representa la tradición de difusión de los antiguos Misterios Solares y las enseñanzas esotéricas cristianas sobre el amor y la sexualidad. Mencionado en el texto, *Meditations on the Tarot* se publicó de forma anónima en París en 1980, escrito por un antiguo discípulo de Steiner, Valentin Tomberg, que más tarde se convirtió al catolicismo romano. (Si se desea consultar un fascinante relato de la caída, recomiendo *The Case of Valentin Tomberg*, de Sergei O. Prokofieff.) *Meditations on the Tarot* es el tesoro de la doctrina esotérica cristiana. *El celador*, de David Ovason, es un clásico olvidado entre las obras esotéricas modernas. Se basa en el saber de varias escuelas, aunque en el fondo tiene un mensaje cristiano. Las obras de Rudolf Steiner sobre Jesucristo han sido de incalculable valor, sobre todo en lo que respecta al misterio solar, clave en el cristianismo esotérico: *El cristianismo como hecho místico y los misterios de la Antigüedad, The Spiritual Beings in the Heavenly Bodies and in the Kingdoms of Nature, Building Stones for an Understanding of the Mystery of the Golgotha, the Influences of Lucifer and Ahriman, From Buddha to Christ*, sus diversos comentarios sobre los evangelios, incluido el llamado quinto evangelio, y *The Redemption of Thinking* (sobre santo Tomás de Aquino). Asimismo, he localizado algunas obras excluidas de los varios programas de publicación exhaustivos de Steiner, incluido su ensayo teosófico inicial sobre *Atlantis and Lemuria*, y el que tiene más importancia para mi texto, *Inner Impulses of Evolution: The Mexican Mysteries and the Knights Templar*. He usado en gran medida los comentarios bíblicos del amigo

de Steiner, Emil Bock, procedentes de *Genesis to the Three Years and Saint Paul*. También me he basado en *Lore and Legend of the English Church*, de G. S. Tyack, y *Good and Evil Spirits*, de Edward Langton.

Las grandes obras maestras sobre la alquimia publicadas en el siglo XX son, por supuesto*, Le Mystère des Cathédrales* y *Les Demeures Philosophales*, que no sólo ofrecen pistas para la comprensión, sino que también son brillantes guías para recorrer los lugares esotéricos de Francia. Recomiendo *History of the Rosicrucian Brotherhood,* de Paul Sedir, que contiene una descripción excelente y reveladora del florecimiento de la alquimia cristianizada. *El celador*, de David Ovason, es también una buena referencia sobre el tema, al igual que *The Mysteries of the Rosicrucians*, de Steiner. A quien tenga interés en saber aún más de la alquimia, le recomiendo el sitio web de Adam Maclean, un fascinante archivo de documentos históricos.

La predecesora de Steiner, madame Blavatsky, es un poco conflictiva, sobre todo porque su aversión al cristianismo parece, visto en retrospectiva, algo endiablada y perversa. Prefiero considerar a Blavatsky un ejemplar de la espléndida tradición victoriana (libros monstruosamente extensos, repletos de extrañas ideas y de una erudición esotérica pero a menudo fascinante). A excepción de *La rama dorada*, de James Frazer, que al menos perdura impreso, estos libros apenas se leen en la actualidad. De hecho, a veces me preguntaba si yo era la primera persona en leer algunas de esas páginas en quizá más de un siglo. Aunque se han rechazado los conocimientos que contienen, contienen sabiduría, y me he divertido mucho hojeando los siguientes: *La doctrina secreta del hombre*, *Isis sin velo,* de madame Blavatsky; *Theosophy and Psychological Religion,* de F. Max Muller. *Fragments of a Faith Forgotten* y *Orpheus*, de G. R. S. Meade; *El libro egipcio de los muertos* y *Gnostic and Historic Christianity*, del amigo de George Eliot, Gerald Massey; *Ancient Theories of Revelation and Inspiration*, de Edwyn Bevan; *Oedipus*

Judaicus, de William Drummond; *The Lost Language of Symbolism* y *Archaic England*, de Harold Bayley; *El canon*, de William Stirling; *Architecture: Mysticism and Myth*, de William Lethaby; *Pagan and Christian Creeds*, de Edward Carpenter; *Introduction to Tantra Sastra* y *The Serpent Power*, de sir John Woodroffe; *The History of Magic*, de Éliphas Lévy; *The Kabbalah Unveiled*, de S. L. Macgregor Mathers; *La mística*, de Evelyn Underhill; *Studies in Mysticism and Certain Aspects of the Secret Tradition*, de A. E. Waite; *Cosmic Consciousness*, de Richard Bucke; *Los grandes iniciados*, de Édouard Schuré; *The Eleusian and Bacchic Mysteries*, de Thomas Taylor; *The Veil of Isis*, de W. Winwood Reade.

La fisiología esotérica es una parte fundamental de este libro. Me he basado en *The Occult Causes of Disease*, de E. Wolfram, *The Encyclopedia of Esoteric Man*, de Benjamin Walker, *Occult Principles of Health and Healing*, de Max Heindel, *Occult Anatomy and the Bible*, de Corinne Heline y *An Occult Physiology, Initiation and Results, Occult Science and Occult Development*, de Steiner. *The Parable of the Beast*, de John Bleibtreu, aunque no se enmarca en la filosofía esotérica, ofrece información fascinante, sobre todo en lo que respecta al Tercer Ojo.

El arte esotérico también es fundamental. Me he basado en *Symbolists and Symbolism*, de Robert L. Delevoy, *Legendary and Mythological Art*, de Clara Erskine Clement, *Hieronymus Bosch*, de Wilhelm Fraenger, *Symbols in Christian Art*, de Edward Hulme, *Three Lectures on Art*, de René Huyghe (especialmente interesante en lo relativo a El Greco), *The Occult in Art*, de Fred Gettings, *The Two Children*, de David Ovason, *Apariencia desnuda: la obra de Marcel Duchamp* de Octavio Paz sobre Marcel Duchamp; la biografía en tres volúmenes de John Richardson, *Picasso: una biografía*, y el ensayo de Mark Harris sobre *Picasso's Lost Masterpiece*, *The Foundations of Modern Art*, de Ozenfant,

Sacred and Legendary Art, de Anna Jameson, *Surrealism and Painting*, de André Breton y *Surrealism and the Occult*, de Nadia Choucha.

Los libros de Albert Pike y A. E. Waite sobre la masonería pertenecen a la categoría de monstruosos libros victorianos. Junto con Manly Hall, han sido considerados los principales autores sobre los misterios de la masonería, y he utilizado sus obras *Morals and Dogma*, *History of Freemasonry* y *Secret Teachings of All Ages*, así como *The Temple Legend*, de Rudolf Steiner. Asimismo, quiero mencionar *The Secret Zodiacs of Washington DC*, de David Ovason y *The Seven Ordeals of Count Cagliostro*, de Ian McCalman. También quisiera mencionar la investigación independiente de Robert Lomas, coautor junto a Christopher Knight de varios bestsellers sobre los orígenes de la masonería, como *La clave masónica*, *El segundo Mesías* y *Uriel's Machine*. Al igual que otro autor de bestsellers en otro campo de la historia, Robert Bauval, Lomas es ingeniero y, por lo tanto, capaz de observar cosas que muchos autores de mentalidad teórica han pasado por alto. En mi propio libro, he intentado insistir en que el hecho de que las enseñanzas esotéricas tengan una aplicación útil y práctica aumenta más la probabilidad de que sean ciertas. *The Hidden Church of the Holy Grail*, de A. E. Waite es el mejor relato de los diversos publicados sobre la leyenda del Santo Grial.

La gran figura de la egiptología esotérica es Schwaller de Lubicz, que supone un importante impulso para entender la conciencia de la Antigüedad. Me he basado en conceptos de *El templo en el hombre*, *Sacred Science* y *The Egyptian Miracle*. También he tenido el placer de navegar por el Nilo y visitar los principales yacimientos arqueológicos egipcios junto a muchos de los autores actuales más populares del ámbito, como Robert Bauval, Graham Hancock, Robert Temple y Colin Wilson. En una ocasión me encontré explorando un pasadizo secreto tras el altar de uno de los grandes templos de Egipto acompañado de Michael Baigent. De especial

relevancia para este trabajo es el último libro de Bauval, *Código Egipto: el mensaje secreto de las estrellas*, citado en el texto, en el que creo que finalmente descifra el código numérico astronómico que subyace en la arquitectura egipcia. Por su parte, Robert Temple es sin duda capaz de llegar a grados sobrenaturales de inteligencia. *El misterio de Sirio*, *El sol de cristal* y *Netherworld* son libros de peso sobre el simbolismo astronómico en la mitología y la doctrina de la iniciación. Otras referencias son *The Mysteries*, de Ita Wegman, *Mystery Knowledge and Mystery Centres*, de Rudolf Steiner, *En los oscuros lugares del saber,* de Peter Kingsley. Lo primero que leí fue *The Outsider*, de Colin Wilson, a la edad apropiada, es decir, a los diecisiete años, y se me introdujo en Rilke y Sartre. Más tarde, mi tutor de filosofía (del que a veces se dice que es el catedrático más inteligente de Oxford) desacreditó la obra de Sartre por no ser filosofía real, y no me cabe duda que diría lo mismo de Wilson. Sin embargo, en mi opinión, Wilson es un intelectual por excelencia, ya que se esfuerza por entender las grandes preguntas de la vida y la muerte y lo que significa estar vivo en este momento, con total honestidad y con una energía intelectual notable. Sus herederos intelectuales de la siguiente generación fueron Michael Baigent y Graham Hancock. Baigent escribió junto a Henry Lincoln y Richard Leigh *The Holy Blood and the Holy Grail*, el ensayo que creó el clima cultural en el que debía enmarcarse cualquier libro sobre el tema de la sociedades secretas. En mi texto, explico en qué puntos considero que se equivoca al ofrecer una interpretación materialista de una creencia auténtica, pero más espiritual, acerca de la relación de Jesucristo y María Magdalena. Al igual que Baigent y Leigh, Hancock es experto en utilizar las técnicas del suspense para ayudar al lector a sortear ideas que revisten bastante dificultad. Sus libros, sobre todo *Las huellas de los dioses*, han empezado a cambiar el paradigma, a convencer a la masa de lectores de que deberían poner en tela de juicio la versión de la historia que les han legado sus antepasados, más sabios. Su último libro, *Supernatural*, asume

riesgos intelectuales extraordinarios, pero está escrito con todo el rigor que cabría esperar de un hombre que había sido uno de los principales periodistas británicos del mundo financiero.

Al pertenecer al ámbito académico, el arqueólogo David Rohl se distanciaría quizá ligeramente de algunos de los autores que acabo de mencionar, es el autor superventas de *A Test of Time*, *Legend: The Genesis of Civilization* y *The Lost Testament*. Sus argumentos sobre la datación, sobre todo en lo que respecta al área en que la arqueología egipcia se ajusta a los textos bíblicos, llegará a ser aceptada, creo, por sus homólogos senior de la institución académica durante los próximos diez años.

Lo que me ha sorprendido durante la redacción de este libro es la cantidad de académicos de ámbitos distintos que están obteniendo resultados anómalos en lo que respecta al paradigma vigente, tanto en términos de hegemonía materialista como respecto a la concepción convencional de la historia. Una de las cosas que he intentado hacer en esta obra es reunir muchos grupos distintos de anomalías para crear una cosmovisión total anómala. A algunos de los académicos de alto nivel mencionados en este libro los conozco personalmente, pero a la mayoría no, y no tengo forma de saber si les interesa o les ha interesado lo esotérico. Lo importante es que en sus textos no se evidencia una afiliación a ello, pero sus libros respaldan la cosmovisión esotérica: *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the BiCameral Mind*, de Julian Jaynes, *The Wandering Scholars*, de Helen Waddell, *Les Troubadors et le Sentiment Romanesque,* de Robert Briffault, *El arte de la memoria*, *The Occult Philosophy in the Elizabethan Age* y *Giordano Bruno y la tradición hermética*, de Frances Yates, *Shakespeare: la invención de lo humano* y *Dónde se encuentra la sabiduría*, de Harold Bloom, *Why Mrs Blake Cried*, de Marsha Keith Schuchard, *Isaac Newton, the Man,* de John Maynard Keynes, *Name in the Window*, de Margaret Demorest (sobre John Donne), *The School of Night*, de M. C. Cranbrook, *Hamlet's*

Mill, de Giorgio de Santillana y Hertha von Dechend, *Las raíces del romanticismo*, de Isaiah Berlin, *Religion and the Decline* of *Magic*, de Keith Thomas, *Church and Gnosis*, de F. C. Burkitt, *Emperor of the Earth*, de Czeslaw Milosz, *La llama doble: amor y erotismo*, de Octavio Paz, *John Amos Comenius*, de S. S. Laurie, *La caza y los toros*, de José Ortega y Gasset.

Otras fuentes clave son las siguientes:

El libro del maestro de los lugares ocultos, de W. Marsham Adams

El asno de oro, de Apuleyo, traducción inglesa de William Adlington

Love and Sexuality, de Omraam Mikhael Aivanhov

Francis of Assissi: Canticle of the Creatures, de Paul M. Allen y Joan de Ris Allen

Through the Eyes of the Masters, de David Anrias

The Apocryphal New Testament, editado por Wake y Lardner

SSOTBME an Essay on Magic, de Anon

Myth, Nature and Individual, de Frank Baker

Las diabólicas, de Jules Barbey D'Aurevilly

History in English Word, de Owen Barfield

Dark Knights of the Solar Cross, de Geoffrey Basil Smith

The Esoteric Path, de Luc Benoist

A Rumour of Angels, de Peter L. Berger

A Pictorial History of Magic and the Supernatural, de Maurice Bessy

The Undergrowth of History, de Robert Birley

Radiant Matter Decay and Consecration, de Georg Blattmann

The Inner Group Teachings, de H. P. Blavatsky

Estudios sobre ocultismo, de H. P. Blavatsky

Historia universal de la infamia, de Jorge Luis Borges

Giordano Bruno y el caso de la embajada, de John Bossy

Letters from an Occultist, de Marcus Bottomley

The Occult History of the World, vol. 1, de J. H. Brennan

Nadja, de André Breton

Egypt Under the Pharaohs, de Heinrich Brugsch-Bey

Hermit in the Himalayas, de Paul Brunton

A Search for Secret India, de Paul Brunton

La magia egipcia y *Osiris, la resurrección egipcia*, de E. A. Wallis Budge

Legends of Charlemagne, de Thomas Bulfinch

Studies in Comparative Religion, de Titus Burckhardt

Si una noche de invierno un viajero, de Italo Calvino*

El héroe de mil caras, de Joseph Campbell

Rediscovering Gandhi, de Yogesh Chadha

Life Before Birth, Life on Earth, Life after Death, de Paul E. Chu

The True Story of the Rosicrucians, de Tobias Churton

El sueño de Escipión, de Cicerón

Sobre la naturaleza de los dioses, de Cicerón

The New Gods, de E. M. Cioran

Los demonios familiares de Europa, de Norman Cohn

The Theory of the Celestial Influence, de Rodney Collin

Ka, de Roberto Calasso

Las bodas de Cadmo y Harmonia, de Roberto Calasso*

A Road to the Spirit, de Paul Coroze

The Mysteries of Mithras, de Franz Cumont

The Afterlife in Roman Paganism, de Franz Cumont

Valis, de Philip K. Dick

The Revelation of Evolutionary Events, de Evelynn B. Debusschere

Mystical Theology and Celestial Hierarchy, de Dioniso el Areopagita, traducción de los editores de Shrine of Wisdom

Atlantis: the Antediluvian World, de Ignatius Donnelly

The Erotic World of Faery, de Maureen Duffy

Les Magiciens de Dieu, de François Ribadeau Dumas

Crónicas, vol. 1, de Bob Dylan*

El péndulo de Foucault, de Umberto Eco

El nombre de la rosa, de Umberto Eco

El libro de Enoch, versión inglesa publicada por R. H. Charles

The Sacred Magician, de Georges Chevalier

Life's Hidden Secrets, de Edward G. Collinge

Conversaciones con Goethe, de Eckermann*

A New Chronology of the Gospels, de Ormond Edwards

Zodiacs Old and New, de Cyril Fagan

On Life after Death, de Gustav Theodor Fechner

Ecstasies, de Carlo Ginzburg

Once Upon a Fairy Tale, de Norbert Glas

Snow-White Put Right, de Norbert Glas

Magic and Divination, de Rupert Gleadow

Máximas y reflexiones, de Johann Wolfgang von Goethe

Hara, de Karlfried Dürckheim

Los mitos griegos, de Robert Graves

M. R. James' Book of the Supernatural, de Peter Haining

Cabalistic Keys to the Lord's Prayer, de Manly P. Hall

Sages and Seers, de Manly P. Hall

The Secret Teachings of All Ages, de Manly P. Hall

The Roots of Witchcraft, de Michael Harrison

The Communion Service and the Ancient Mysteries, de Alfred Heidenreich

El concepto rosacruz del cosmos, de Max Heindel

The Hermetica, en la edición publicada y traducida por Walter Scott

El mundo real de las hadas, de Geoffrey Hodson

The Kingdom of the Gods, de Geoffrey Hodson

Myth and Ritual, de Samuel H. Hooke

The Way of the Sacred, de Frances Huxley

Allá abajo, de J. K. Huysmans

Vernal Blooms, de W. Q. Judge

Eshtetes et Magiciens, de Philippe Jullian

The Teachings of Zoroaster, de S. A. Kapadia

The Rebirth of Magic, de Francis King e Isabel Sutherland

Egyptian Mysteries New Light on Ancient Knowledge, de Lucy Lamy

Transcendental Magic, de Éliphas Lévy

El colegio invisible, de Robert Lomas

Turning the Solomon Key, de Robert Lomas

Libro de amigo y amado, de Ramon Llull

David Lynch por David Lynch, publicado en inglés por Chris Rodley

An Astrological Key to Biblical Symbolism, de Ellen Conroy McCaffrey

Reincarnation in Christianity, de Geddes MacGregor

El gran secreto, de Maurice Maeterlinck

Experiment in Depth, de P. W. Martin

The Western Way, de Caitlin y John Matthews

Simon Magus, de G. R. S. Mead

The Secret of the West, de Dimitri Merezhkovsky

The Ascent of Man, de Eleanor Merry

Studies in Symbolism, de Marguerite Mertens-Stienon

Ancient Christian Magic, de Meyer y Smith

Outline of Metaphysics, de I. Furze Morrish

Rudolf Steiner's Vision of Love, de Bernard Nesfield-Cookson

The Mark, de Maurice Nicoll

The New Man, de Maurice Nicoll

Simple Explanation of Work Ideas, de Maurice Nicoll

Lo santo, de Rudolf Otto

Los secretos de Nostradamus, de David Ovason*

Metamorfosis, de Ovidio, traducción inglesa de David Raeburn

Gurdjieff, de Louis Pauwels

Les Sociétés Secretes, de Louis Pauwels y Jacques Bergier

Select Works of Plotinus, editor G. R. S. Mead

La llama doble: amor y erotismo, de Octavio Paz

The Cycle of the Seasons and Seven Liberal Arts, de Sergei O. Prokofieff

Prophecy of the Russian Epic, de Sergei O. Prokofieff

Versos áureos de Pitágoras y otros fragmentos pitagóricos, traducción inglesa de Florence M. Firth

El tarot de los bohemios, de Papus

King Arthur: The True Story, de Graham Philips y Martin Keatman

Freemasonry, de Alexander Piatigorsky

Gargantúa y Pantagruel, de Rabelais, traducción inglesa de J. M. Cohen

Zen Flesh, Zen Bones, de Paul Reps

Cartas a un joven poeta, de Rainer Maria Rilke*

Los apuntes de Malte Laurids Bridge, de Rainer Maria Rilke

The Followers of Horus, de David Rohl

Dionysius the Areopagite, de C. E. Rolt

Pan y la pesadilla, de Heinrich Roscher y James Hillman*

Lost Civilizations of the Stone Age, de Richard Rudgley

The Philosophy of Magic, de Eusebio Salverte

Historia de los atlantes, de W. Scott Elliot

Studies in Comparative Religion, de Frithjof Schuon

Los anillos de Saturno, de W. G. Sebald

Annotations of the Sacred Writings of the Hindus, de Edward Sellon

Lights Out for the Territory, de Iain Sinclair

Los sufíes, de Idries Shah

Man, Creator of Forms, de V. Wallace Slater

Jesús, el mago, de Morton Smith

The Occult Causes of the Present War, de Lewis Spence

Mitos y leyendas del Egipto antiguo, de Lewis Spence

Epiphany, de Owen St. Victor

The Present Age, de W. J. Stein

The Principle of Reincarnation, de W. J. Stein

Tolstoï o Dostievskiï, de George Steiner

Atlantis and Lemuria, de Rudolf Steiner

The Book with Fourteen Seals, de Rudolf Steiner

The Concepts of Original Sin and Grace, de Rudolf Steiner

The Dead are With Us, de Rudolf Steiner

Deeper Secrets of Human History in the Light of the Gospel of St Matthew, de Rudolf Steiner

Egyptian Myths and Mysteries, de Rudolf Steiner

The Evolution of Consciousness y *The Sun Initiation of the Druid Priest and his Moon-Science*, de Rudolf Steiner

From Symptom to Reality in Modern History, de Rudolf Steiner

The Inner Impulses of Evolution, de Rudolf Steiner

The Karma of Untruthfulness, vol. 1 y 2, de Rudolf Steiner

Relaciones cármicas, vol. 1 y 2, de Rudolf Steiner

Life between Death and Rebirth, de Rudolf Steiner

Manifestations of Karma, de Rudolf Steiner

Occult History, de Rudolf Steiner

The Occult Movement in the Nineteenth Century, de Rudolf Steiner*

The Occult Significance of Blood, de Rudolf Steiner

The Origins of Natural Science, de Rudolf Steiner

Reincarnation and Karma, de Rudolf Steiner

Results of Spiritual Investigation, de Rudolf Steiner

The Temple Legend, de Rudolf Steiner

Three Streams in Human Evolution, de Rudolf Steiner

Verses and Meditations, de Rudolf Steiner

Wonders of the World, de Rudolf Steiner

The World of the Desert Fathers, de Columba Stewart

Witchcraft and Black Magic, de Montague Summers

Conjugal Love, de Emanuel Swedenborg

Del cielo y del infierno, de Emanuel Swedenborg

Conversations with Eternity, de Robert Temple*

He Who Saw Everything, traducción de la Épica de Gilgamesh, de Robert Temple

Mysteries and Secrets of Magic, de C. J. S. Thompson

The Elizabethan World Picture, de E. M. W. Tillyard

Tracks in the Snow — Studies in English Science and Art, de Ruthven Todd

Del sentimiento trágico de la vida, de Miguel de Unamuno

Primitive Man, de Cesar de Vesme

Reincarnation, de Günther Wachsmuth

Raymund Lully, Illuminated Doctor, Alchemist and Christian Mystic, de A. E. Waite

Gnosticism, de Benjamin Walker

El mandril de Madame Blavatsky: historia de la teosofía y del gurú occidental, de Peter Washington

El camino del Tao, de Alan Watts

Secret Societies and Subversive Movements, de Nesta Webster

La serpiente celeste: los enigmas de la civilización egipcia, de John Anthony West

El secreto de la flor de oro: un libro de la vida chino, de Richard Wilhelm

Witchcraft, de Charles Williams

The Laughing Philosopher: A Life of Rabelais, de M. P. Willocks

Are These the Words of Jesus?, de Ian Wilson

Autobiography of a Yogi, de Paramahansa Yogananda*

Mysticism sacred and profane, de R. C. Zaehner

Este libro es fruto de alrededor de veinte años de lectura. A menudo he leído una obra de la que sólo una frase me ha servido para mi propio libro, de modo que lo que he incluido previamente es una selección de bibliografía. Tal vez debería declarar cierta parcialidad al respecto, ya que en el caso de algunos de estos libros, no sólo los he leído sino que los he encargado y publicado. En un principio, quería que las notas fueran casi tan largas como el texto, pero en ese caso el texto sería el doble de largo de lo que quería. Tal vez sea para bien. Si se hubiera incluido un minúsculo y breve dato más, este libro hubiera explotado, como el señor Creosote en *El sentido de la vida* (*Meaning of Life*), de los Monty Python.

Es un riesgo escribir un libro tan exhaustivo porque, incluso cuando está a punto de entrar en imprenta, se publican nuevos libros que hay que leer y tener en cuenta. Me gustaría mencionar solamente la brillante biografía de Paracelso de Philip Ball, *The Devil's Doctor*, y *The Occult Tradition*, de David S. Katz. Ambos muestran una gran «capacidad negativa» en lo que respecta a la cuestión de si los fenómenos ocultos son reales. El reciente libro de Barry Strauss, *The Trojan War*, sostiene que la guerra de Troya fue un hecho histórico real.

He puesto un asterisco junto a los libros que recomiendo (no en los más evidentes, como *Los hermanos Karamazov*) porque ofrecen al lector la vertiginosa sensación de zambullirse en mundos ideológicos totalmente nuevos. He seleccionado libros fáciles de leer (y también, supongo, relativamente fáciles de encontrar).

Discografía: *De Occulta Philosophia*, J. S. Bach interpretado por Emma Kirkby y Carlos Mena.

Beethoven consideraba que la *Appassionata* era su obra más esotérica, aunque a mi parecer lo es su última sonata para piano, la número 32, en do menor, op. 111, durante la cual salta de repente y se avanza a la profetizada música jazz de un siglo después.

En la categoría de música pop esotérica destacan el patafísico Robert Wyatt, así como el excelente Donovan, con su *There is a Mountain*.

Agradecimientos por las ilustraciones

Los editores desean expresar su agradecimiento por el material de referencia y por los permisos para reproducir el material sujeto a derechos de propiedad intelectual:

Colección privada.

Bridgeman Art Library/Colección privada/Photo Boltin Picture.

Library © Succession Marcel Duchamp/ADAGP, París, y DACS, Londres, 2007.

Bridgeman Art Library/Colección privada.

Bridgeman Art Library/Giraudon/Louvre, París.

Topfoto/Fotomas.

Topfoto/Charles Walker.

Topfoto/Picturepoint.

Le Petit Prince (*El principito*) de Antoine de Saint-Exupéry, publicado en inglés en 1943.

National Gallery, Londres.

Corbis/Philadelphia Museum of Art © Succession Marcel Duchamp/ ADAGP, París, y DACS, Londres, 2007.

Corbis/Alinari Archives.

Martin J. Powell © Martin J. Powell.

SECCIÓN EN COLOR

Lámina 1: Arriba: The Kobal Collection/Warner Bros; Izquierda: Bridgeman Art Library/Washington University, St. Louis, EE. UU./Lauros/Giraudon © ADAGP, París, y DACS, Londres; Derecha: Bridgeman Art Library/ Prado, Madrid, España. Lámina 2: Arriba: AKG Images; Abajo: Corbis/Sygma. Lámina 3: Arriba: Bridgeman Art Library/Peter Willi/Goethe Museum, Frankfurt; Abajo: AKG Images. Lámina 4: Arriba: The National Gallery of Ireland;

Abajo: Corbis/Philadelphia Museum of Art © Succession Marcel Duchamp/ADAGP, París, y DACS, Londres, 2007. Lámina 5: Colección privada. Lámina 6: Arriba: Art Archive/Musée du Louvre, París/Gianni Dagli Orti; Izquierda: Bridgeman Art Library/Musee d'Unterlinden, Colmar, France/Giraudon; Derecha: Bridgeman Art Library/Prado, Madrid, España. Lámina 7: Colección privada. Lámina 8: Colección privada. Lámina 9: Arriba a la izquierda: The British Museum, Londres; Arriba y derecha: Colección privada, Abajo: The Kobal Collection/NERO. Lámina 10: Arriba: Bridgeman Art Library/Musee d'Unterlinden, Colmar, Francia/Giraudon, Abajo: Colección privada. Lámina 11: Arriba: Bridgeman Art Library/Giraudon/ Lauros/Ste. Marie Madeleine, Aix-en-Provence, Francia; Abajo: Colección privada. Lámina 12: Arriba: Bridgeman Art Library/Giraudon/Louvre, París, Francia, Abajo: Bridgeman Art Library/Graphische Sammlung Albertina, Vienna, Austria. Lámina 13: Arriba: Bridgeman Art Library/Giraudon/ Prado, Madrid, España. Abajo: Bridgeman Art Library/Alinari/Santa Maria della Vittoria, Roma, Italia. Lámina 14: Arriba: Art Archive/Museum der Stadt Wien/Alfredo Dagli Orti; Abajo: Colección privada. Lámina 15: Arriba: Bridgeman Art Library/Yale Center for British Art, Paul Mellon Collection, EE. UU.; Abajo: Bridgeman Art Library/Duomo, Orvieto, Umbría, Italia. Lámina 16: Arriba: Corbis/Christine Kolisch; Abajo: Corbis/Francis G. Mayer.

Se ha intentado por todos los medios contactar con los propietarios de los derechos de autor. Sin embargo, los editores estarán encantados de rectificar en futuras ediciones cualquier omisión involuntaria que se les haga saber.

La historia secreta del mundo

Jonathan Black

Título original: *The Secret History of the World*

Diseño de la cubierta, Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta, Shutterstock

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN: 978-84-08-21049-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com